DGCL
A

T. 172075
C. 1223283

LOS PARTIDOS EN CAMISA.

MANUEL RODRIGUEZ, EDITOR.

LOS PARTIDOS EN CAMISA.

COMPLEMENTO

DE LOS

POLITICOS EN IDEM,

PRECEDIDO
DE ALGUNAS REMINISCENCIAS Y GENERALIDADES Á GUISA DE PRÓLOGO,
EN QUE SE PRESENTA EN PAÑOS MENORES
Á LA FILFA DE SETIEMBRE,
Y SE LEVANTAN LAS ENAGUAS,
PARA QUE SE LA VEA TAN BIEN COMO SE LA SIENTE,
Á LA INTERINIDAD, VULGO PRIMADA,
QUE HACE TAN FELICES
Á TODOS LOS QUE NO VIVEN DE ELLA:

POR

EL JESUITA DE MARRAS. (Juan Martinez Villergas)

MADRID: 1870.

OFICINAS Y ADMINISTRACION,
Plazuela del Biombo, 2.

IMPR

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.



R. 139735

REMINISCENCIAS Y GENERALIDADES

Á GUISA

DE PRÓLOGO.

Cómo pasa el tiempo, lector benévolo! Parece que era ayer cuando departíamos los dos tranquilamente sobre las cosas y los hombres de la época. ¿Te acuerdas de los buenos ratos que pasábamos, siguiendo en sus evoluciones á algunos de nuestros polichinelas políticos, á quienes tratábamos con la mayor consideracion y respeto? Podíamos haberles quitado el pellejo, y ni siquiera les quitamos la camisa. ¡Siempre hemos pecado de caritativos y circunspectos!

Parece que era ayer, y desde entónces han trascurrido ya cinco lustros próximamente. Nos hallamos *interineando*, que es como si dijéramos tostándonos á fuego lento y consumiéndonos, en el año de gracia de 1870, tercero, que ahora empieza, de la España con honra y de la gloriosa revolucion de Setiembre. Y fué, si mal no me acuerdo, en 1845 cuando se echó á volar la primera entrega de los *Políticos en camisa*. La última se publicó en 18

Desde aquella ya remota fecha, habrás preguntado algu vez por mí, sin que nadie te haya sabido d n de dero. Y te habrás figurado, sin dud

rio metidito en mi concha, sin permitirme excursion alguna por el mundo político. No, lector amigo; un jesuita no se condena á la inaccion ni un sólo instante; pero no gusta á los hijos de Loyola dejarse ver, aunque se dejen sentir. Somos como la peste, cuyos estragos conocemos todos, sin que á ella la haya visto nadie nunca. Qué quieres? Cada cual tiene, como suele decirse, su manera de matar pulgas. Dejamos el bombo y los platillos y toda la fanfarria para quien los quiera, no obstante habernos demostrado la experiencia que España es patrimonio de los bombistas, sobre todo de los bombistas que, como algunos que yo conozco y tú conoces, se llaman y hacen llamar por sus amigos, ofreciéndoles la recíproca, ilustres sabios y esclarecidos patricios, y al mismo tiempo se llaman y se hacen llamar modestos.

Se aplica á los jactanciosos un refran que dice: «miéntras tú vivas, no faltará quien te alabe.» Y ¿quién, á no ser que tenga algun pedazo de queso que soltar, como el cuervo de la fábula, ha de verse alabado, si no se alaba él mismo?

Toda la prensa echa el resto;
¿has visto qué elogios, Sixto,
al mal libro que has compuesto?
—¿Pues no los he de haber visto,
si yo mismo los he puesto?

Créeme, lector; casi todos los elogiados son Sixtos, á no ser que de ellos se espere algo. Elogios desinteresados, apénas hay más que los que uno mismo se tributa. El hombre que peor concepto merece en España, y á quien más desea ver desaparecer de la escena la generalidad de los españoles, es, de dos años á esta parte, objeto de los más ruidosos ditirambos. Tiene muchos quesos que soltar, y hay muchas zorras que los codician.

Se le ha comparado con Espartero, el ilustre pacificador; con ...onnell, el inmortal caudillo de la guerra de África, y hasta ...ico de ...ia, con Federico el Grande. Eso en cuanto ... á lo político, Alberoni, Talleyrand,

Metternich, Pitt, Hamilton, Palmerston y el mismo Bismark, son á su lado unos Tomasitos de Génova, unos rapazuelos que áun llevan el cartapacio colgado del hombro.

Y qué diremos de su patriotismo? Guzman el Bueno, Gravina, el Empecinado, Álvarez, el defensor de Gerona; Palafox, el defensor de Zaragoza, son, puestos en parangon con él, unos egoistas sórdidos.

Y su liberalismo? ¡Qué hábitos, qué instintos los suyos tan democráticos! Qué aversion á la ostentacion y al fausto! ¡Qué horror, sobre todo, á las desigualdades artificiales y de pura convencion, á los títulos aristocráticos, á las cruces y á todas las zarandajas! No hay nadie que celebre con mas entusiasmo que él aquel epigrama:

¡Otra cruz veo en tu pecho!
¿Qué otra picardía has hecho?

Y, por supuesto, inclina automáticamente la cabeza para contemplar las suyas, fijándose principalmente en la que lleva de San Hermenegildo, cuya significacion es conocida de todos los militares.

Por su espíritu democrático, algunos tertulianos del partido de que es dignísimo jefe quisieron compararle con alguien, y, no sabiendo con quién, él mismo les sacó de apuros. Algunas piedras que zumbaron á su alrededor para demostrarle su popularidad, le hicieron creerse un Washington.

«Para que ustedes vean,
á mí, como á Washington, me apedrean,»
dijo en cierta ocasion; ¡qué analogía!
Yo oí decir un dia
á un mozo de billar, á un tal Bartolo:
«Yo, como Hernan-Cortés, me afeito solo.»

Sea dicho de paso; he leido várias historias de la revolucion de los Estados-Unidos, y ninguna de ellas me ha dado la noticia

de que el glorioso fundador de la libertad americana hubiese sido nunca apedreado.

* * *

Pero todo esto, caro lector, para decirte que, desde que me despedí de tí en el año 1847, no he permanecido ocioso, como tú podias figurarte, me parece que es divagar demasiado. No extrañes el desórden casi progresista y la confusion casi neo-católica de mis ideas. Nos hallamos en plena Babel, en plena interinidad caótica, y ya habrás oido decir que toda literatura es el reflejo de su época. Para concertar un poco los variados conceptos que se aglomeran en mi cerebro, como se aglomeran los patriotas alrededor del botin despues de una victoria á que no han contribuido en lo más mínimo, necesitaria salir del actual estado de anarquía, que el ex-republicano Sr. Rivero llama *mansa*, del actual estado de desequilibrio estable, que llama *equilibrio inestable* el ciudadano Castelar, y que arrancó del pecho del presidente de la indisoluble y soberana Asamblea Constituyente aquel grito, más angustioso que el *Annibal ad portas* de los Romanos: «Aquí nadie se entiende.»

No falta quien se entienda y baile solo. Ya se entienden los presidentes de Consejo que no sueltan ni á dos tirones la cola de las mayorías. Ay! ¿qué sería de ellos, qué sería de todos nosotros si las mayorías fuesen rabonas?

* * *

Y héteme otra vez echando por esos cerros. ¿Llegaré á decirte lo que quiero? ¿Llegaré á satisfacer la curiosidad que tienes de saber lo que ha sido de mí en todo el tiempo que no nos hemos visto?

Pues has de saber que he permanecido constantemente en la brecha, aunque con la visera del anónimo calada. He arrojado torrentes de metralla en verso y prosa. He escrito en el *Espectador* en dos distintas épocas, y en la *Ley*, y en la *Actualidad*, y

en la *Nacion*, y en el *Norte Español*, y en la *Península*, y en el *Clamor Público*, y en el *Constitucional*, y en la *Política*, y no recuerdo en qué otros periódicos. No lo sabías? No es extraño. Yo no anuncio nunca mi aparicion ni mi desaparicion, como anuncia las suyas el más oscuro gacetillero; no aprovecho, para hacerme ver en los teatros, las butacas de las redacciones; entro en éstas sin saludar al público, y salgo sin despedirme, ni más ni ménos que entran y salen de las casas los aguadores; y me voy á Alhama, y vuelvo de Alhama, y caigo enfermo, y me restablezco, y cazo, y pesco, y gozo, y rabio, sin confiar á la *Correspondencia* estos importantísimos secretos. Si de mí oyes decir, como de algunos que ántes de la *gloriosa* no tenian dónde caerse muertos, que he ido á visitar *mis posesiones*, di que es mentira.

—«El duque de la Cureña
en su casa vió reunido
todo lo más distinguido
de la córte madrileña.»—
Así dijo una reseña
del baile que el duque dió;
y un fatuo que la leyó,
arrojándola con ira,
exclamó al punto:—Mentira!
no estuve en el baile yo.—

Yo no me parezco á ese fatuo. Ni soy, ni quiero ser distinguido; y si te doy cuenta de lo que he hecho en todo el tiempo que no has oido hablar de mí, lo hago porque me conviene persuadirte de que no he perdido la pista á los acontecimientos que se han ido sucediendo de veintitres años á esta parte; pues si alguno hubiese dejado pasar desapercibido, no me hallaria en aptitud de cumplir con el compromiso que he contraido de escribir este libro.

Y ya sabes si han pasado cosas en estos últimos veintitres años. Y lo que colea, lector! lo que colea! ¡Qué guerras en América! qué guerras en Europa! qué guerras en todas partes! ¡Qué

alteraciones en el mapa! cuántos tronos caidos! ¡cuántos pretendientes chasqueados! ¡Cuántas invasiones del cólera morbo asiático! cuántas epidemias de tífus! ¡cuántas revoluciones para estar todo peor que estaba! ¡cuántos progresos en el arte de matar para ayuda de la Naturaleza! En presencia del general trastorno, te habrás preguntado si estaba próximo á realizarse el presentimiento de Napoleon en Santa Elena: «Antes que concluya este siglo, Europa toda será republicana ó cosaca.» Ó germana; ¿quién sabe? Y te habrás acordado de Washington, que, al fundar la libertad americana, manifestó el propósito de establecer una república poderosa y felíz que sirviese de modelo á las naciones de la carcomida Europa; y te habrás dicho que pudo muy bien tener razon Víctor Hugo cuando dijo que nuestros padres vieron la república francesa, y que nuestros hijos verán la república universal; y, aunque no creas en profetas, habrás hecho tal vez una excepcion en favor del popular Beranger, trayéndote el actual cataclismo á la memoria el estribillo de su magnífica letrilla *Le Deluge:*

«Faute d'esprit pour se construire une arche,
ces pauvres rois ils seront tous noyés.»

* * *

No te harás cruces, sin embargo, aunque veas pulular monárquicos entre todas las ruinas de las instituciones caducas, porque la sangre de la monarquía alimentaba muchos parásitos, y no hay razon para exigir que se alegren de que se limpien los establos de Augias los gusanos que se nutren de su inmundicia. *Nemini datur se ipsum prodere.* He visto en América, en tiempos bonancibles, ponerse frenéticos á muchos que viven de los despojos de las tempestades que ellos recogen en la playa; y entre todos los dichos sentenciosos de los grandes reformadores, ninguno me lo parece tanto como aquel de Cárlos III: «Los pueblos

son como los niños, que lloran cuando se les limpia.» Por otra parte, hay hábitos contraidos que forman una segunda naturaleza; y, por más que diga el poeta, en la letrilla ya citada,

«Nous plus instruits consommant la defaite,
de tant de rois inutiles en fin,»

es lo cierto que son muchos los que no saben prescindir de eso que se llama esplendor del trono,

porque hay grandes enanos
que no pueden vivir sin besamanos.

Te parecerá natural que haya muchos, muchísimos monárquicos; pero no te lo parecerá tanto que haya todavía quien, para dar gusto á los monárquicos, quiera ser monarca. ¿Aceptarias tú la corona si te la ofreciesen? Dudas? estás perplejo? ¿Te parece que la respuesta vale la pena de meditarse un poco? ¿Reflexionas sobre lo muy grato que debe ser tener por criados á los que son amos en su casa, por lacayos á los que tienen lacayos, por ayudas de cámara á los que tienen ayudas de cámara? *Vanitas vanitatum!* ¿Examinas la asignacion ó presupuesto de la real casa, y piensas en el poco tiempo que necesitarias para redondearte? Sin duda el oficio de rey tiene sus alicientes, pues veo que todos los que lo han sido quieren volverlo á ser, y yo, sin embargo, no vacilo un sólo instante; si ves figurar mi nombre en alguna candidatura para uno de los muchos tronos en la actualidad vacantes, te autorizo para borrarlo. No quiero ser rey. Lo juro por la corona de Cárlos I de Inglaterra, y por la de Luis XVI de Francia, y por la de Itúrbide, y por la de Maximiliano, y por la de Cárlos X, y por la de Luis Felipe, y por la de los dos Napoleones, y por la de Paco Dos, y por la de los duques de Parma, Módena y Toscana, y por la de Isabel II, y hasta por la de Soulouque de Haiti, y por la de Theodoros de Abisinia. No, no quiero ser rey; jamás, jamás, jamás.

* * *

Y sin embargo quisiera, si no ha de venir la república, que viniera un rey cuanto ántes, si pudiera ser por telégrafo, porque corre mucha prisa; y quisiera, si no ha de venir un rey cuanto ántes, que viniera cuanto ántes la república, federal ó unitaria, pues no hemos de reñir por tan poco. Deseo una solucion ántes que nos protocolicen, y si no, que nos protocolicen. Ya ves que soy fácil de contentar; todo lo acepto, menos lo actual. Deseo que venga *algo* que saque al país de la interinidad que le corrompe y le asfixia; *algo* que le libre de los merodeadores y traficantes políticos que se hallan hoy al frente de los negocios para hacer el suyo.

Pero no vendrá nada. ¿Qué ha de venir con esos semi-monárquicos que quieren una semi-república, con esos semi-monárquicos que quieren un semi-rey que sea un semi-vasallo suyo? Les cuesta tanto encontrar un amo á su gusto, como á Bertoldo encontrar el árbol de que le habian de colgar.

Con todo, algo ha de venir, y sólo falta saber si ganaremos algo con el algo que venga, sea lo que quiera. ¿No seguirá España postrada bajo las plantas de un partido que la estrujará desapiadadamente? ¿No será siempre una minoría audaz quien se sobreponga á la mayoría del país?

Es posible que haya un partido más fuerte que otro; pero no hay ninguno que sea más fuerte que todos los demas juntos; no hay ninguno que cuente con el apoyo de la opinion pública, harto dividida para poder contrarestar victoriosamente los embates de las oposiciones combinadas.

Estas reflexiones me hacía yo ántes de la Revolucion de Setiembre, y no obstante mi amor á la libertad, ó tal vez por mi mismo amor á la libertad, no participé del entusiasmo con que muchos liberales vieron la caida de la dinastía borbónica. No supe distinguir, en el estado en que se hallaba el país, nada que pudiese reemplazarla ventajosamente.

Y, sin embargo, la situacion que se desplomó á consecuencia de la batalla de Alcolea y no más que de la batalla de Alcolea, en

que no tomaron ninguna parte los que cargaron despues, como suele decirse, con el santo y la limosna, era todo lo mala que podia ser una situacion definitiva; pero una situacion definitiva, por mala que sea, nunca lo es tanto como una interinidad muy prolongada. La interinidad que se prolonga agota todas las fuerzas vivas del país, mata necesariamente. Ya lo estamos viendo. La inmensa mayoría de la nacion, que, á pesar de ser tantos los que cobran, la forman los que pagan, aplaudió la caida de Doña Isabel II, y hoy confiesa que está peor, mucho peor que ántes de la Revolucion de Setiembre. El artesano se queja, el industrial se queja, el comerciante se queja, el propietario se queja, el labrador se queja, todos se quejan, menos los que han asaltado, en medio del actual desórden, posiciones inmerecidas. Y en este caso se encuentran casi todos los que ocupan hoy posiciones. Á rio revuelto.....

El país se queja. Pero es de vicio, dirán los satisfechos.

Verdad es que, del desbarajuste que el país lamenta, no se debe echar toda la culpa á la interinidad, pues la tienen en gran parte los hombres que han tomado á su cargo la direccion de los negocios, y más aún el partido á que estos hombres pertenecen. La fraccion hoy dominante del progresismo es la más nula, la más defectuosa, la más desacreditada de todas las fracciones, como tendremos ocasion de demostrar más adelante. Es un gremio destacado del antiguo partido progresista, que, como el moderado, ha perdido su gente en una prolongada serie de continuas deserciones, y al que no le quedan ya más que sus *leaders*, y áun éstos no muy bien avenidos. El que conoce su vida y milagros, tenía previsto, desde que se hizo la revolucion, que la harian degenerar en asqueroso motin. Sus antecedentes inspiraban poca confianza, no revelando más que vanidad, egoismo, codicia y mezquinas y hasta mujeriles pasiones. No brilla en ninguno el menor destello del genio de los grandes revolucionarios, ni la menor llama del patriotismo de los grandes reformadores. La interinidad podria, tal vez, soportarse con un Cromwell ó con

un Washington; con uno de esos hombres dotados de poderosa iniciativa, capaces de reconstituir la opinion pública para hacerse fuertes con ella y sobreponerse al espíritu de partido. Pero, en este caso, ya habria cesado la interinidad, porque habria patriotismo en los que gobiernan, y la falta de patriotismo en éstos es únicamente quien la prolonga.

Los interinistas recelan, no sin fundamento, que su dominacion sólo durará lo que dure la interinidad, y no llevan su abnegacion al extremo de sacrificar en aras del bien público sus intereses individuales. Comprenden que, monarquía ó república, cualquiera que sea la forma determinada de gobierno que se establezca sobre las ruinas de la indefinida situacion que nos devora, querrá, al ménos en un principio y hasta que se malee, dar satisfaccion al mérito desatendido, á la justicia hollada y á la probidad escarnecida, y arrojará de los puestos que ocupan indignamente á los que, por su incapacidad ó por sus malos actos, son para el país, como diria el Sr. Rivero, una gran vergüenza.

* * *

Insisto en que sólo levantando el espíritu público, podian normalizar la situacion los que de ella se apoderaron despues de la batalla de Alcolea, y consolidar la obra revolucionaria que ahora se cae por su propio peso. La bandera que enarbolaron los vencedores era magnífica; en ella estaba escrito el doble lema de *derechos individuales* y *España con honra*. Les hubiera bastado, para levantar el espíritu público, ser fieles á este lema, que les imponia deberes que desgraciadamente no han cumplido. En el mero hecho de proclamar los derechos individuales, debieron abstenerse de prejuzgar la cuestion de forma de gobierno, dejándola intacta al juicio del país. Á éste tocaba resolver cuál era la forma de gobierno más favorable al libre ejercicio de los derechos proclamados.

Careciendo de legitimidad tradicional, el Gobierno de la Revolucion debió darse una legitimidad revolucionaria, para tener alguna. Pero no se la dió; y esta falta de legitimidad, por más que haya unas Córtes que se llaman Soberanas, deja en falso todo el edificio de Setiembre, y el poder revolucionario está ya muerto en la conciencia pública. Se le obedece á la fuerza, porque á la fuerza no hay poder alguno de hecho que no sea obedecido; pero no se le reconoce ningun derecho para ejercerse. ¿Quién lo nombró? ¿Lo nombró una Junta central, compuesta de individuos de todas las juntas revolucionarias de España, elegidas por el voto de sus respectivas provincias, en cuyo caso el Gobierno hubiera sintetizado, siquiera en apariencia, la opinion predominante del país? No; lo nombró la Junta de Madrid, ó al ménos así se creyó en un principio. Pero ni áun eso; despues se supo que el general Serrano lo tenía ya nombrado ántes del combate de Alcolea. Y, por Dios, que tuvo buena mano! Siendo unionista, entregó á los progresistas la situacion que él habia creado sin el concurso de ellos en la hora del peligro. Sí, les entregó la situacion, porque les entregó el Ministerio de la Guerra en vísperas de inminentes trastornos, y el Ministerio de la Gobernacion en vísperas de unas elecciones para una Asamblea Constituyente. ¡Cómo se reirán desde su tumba el duque de Tetuan y el de Valencia! Hicieron mal en morirse. Si cualquiera de los dos viviese, áun en el supuesto de que, viviendo cualquiera de los dos, Isabel II hubiese caido, lo que es muy problemático, no pasaria nada de lo que pasa. Ya hubiera cualquiera de los dos echado á rodar todos los bártulos, y algunos que se dan hoy ínfulas de matones no se atreverian á decir «esta boca es mia.»

El resultado fué que, siendo republicanas en su inmensa mayoría las juntas nombradas á raíz de la revolucion, en que parecia, por lo mismo, deber hallarse encarnado el verdadero espíritu revolucionario, se formó un Ministerio exclusivamente monárquico, con exclusion hasta del elemento democrático; y bajo los auspicios de aquel Ministerio, que oficialmente se llamó provisio-

nal, pero que el vulgo llamó de *las provisiones*, porque no se cuidó más que de provisionarse y provisionar á los amigos, se hicieron las elecciones de diputados para la Asamblea Constituyente, que hasta ahora no ha constituido nada de provecho. Resultó una mayoría progresista, no obstante no haber sido el partido progresista quien dió á la revolucion su bandera, y haberse abstenido prudentemente, él y sus caudillos, de participar de los peligros de la lucha; pues algunas intentonas anteriores, en que tampoco sus caudillos se dejaron ver, les habian convencido de su falta de prestigio en el pueblo y en el ejército, y de su completa impotencia. Y siendo el más impopular de todos los partidos, triunfó en las elecciones, sin que pudiera ser otra cosa, porque el ministro de la Gobernacion era progresista, y en España y fuera de España, cualquiera que sea la ley electoral, lo mismo con el sufragio universal que con el sufragio restringido, la mayoría de los elegidos es siempre del color del ministro de la Gobernacion, que dispone, amén de otras cosas, de numerosísimas legiones de funcionarios públicos diseminados por toda la superficie del territorio.

Con todo, las influencias oficiales hubieran sido tal vez insuficientes para traer á las Córtes una mayoría progresista, si los candidatos se hubiesen presentado en el palenque electoral con la cara descubierta, con la visera levantada. Todos debian en un programa haber manifestado su pensamiento, puesto que se entraba en una nueva era, y nadie queria que se le juzgase por sus antecedentes. Pero, léjos de hacerlo así, todos velaron cautelosamente sus tendencias en presencia de los electores, sin atreverse siquiera los monárquicos á definir su monarquismo. Todos se llamaban demócratas, y como demócratas, no como unionistas ni como progresistas, triunfaron los que triunfaron. El país creyó de buena fe que unionistas y progresistas se habian fundido en un solo molde, en el molde de la democracia. Pobre país!

* * *

Así, y sólo así, pudieron los progresistas preponderar por su número en la Constituyente; y entónces, cuando se hubieron contado y vieron que estaban en mayoría, se quitaron la careta democrática y dijeron, como nosotros los jesuitas: *Sim ut sum, aut non sim.* Se les tenía por tontos, y ellos, para destruir este concepto, se hicieron pérfidos, con lo que consiguieron que se les aplicase esta última calificacion, sin por eso dejárseles de aplicar la otra, pues no son las dos incompatibles. Se puede no ser tonto, y sin embargo ser leal y honrado.

Desde entónces volvieron á su exclusivismo anterior á la Revolucion, y no pensaron más que en desprenderse del elemento unionista y del democrático. Pero cómo? ¿habian de desprenderse de los dos simultáneamente? Aunque estaban en mayoría respecto de cualquiera de las demas fracciones de la Cámara, no lo estaban respecto de las demas fracciones juntas. Su mayoría era nada más que relativa. Y rompieron primero las hostilidades contra la union liberal para arrojarla de la situacion que ella habia creado, contra la union liberal que les habia sacado á ellos *ex limo terræ*. Y en la campaña contra la union liberal se les unieron todos, siendo los de la fraccion democrática, los bautizados con el nombre de *cimbrios*, los de una fraccion compuesta toda de tránsfugas del partido republicano, sus auxiliares más afanosos.

Los cimbrios son unos *bons vivants sui generis*, unos republicanos que sólo esperaban que cayese la monarquía para hacerse monárquicos.

Es de creer que, si la monarquía se restablece, vuelvan á hacerse republicanos. Se harán republicanos como la monarquía no les deje chupar todo lo que quieran, porque son esencialmente chupópteros, si bien esta preciosa cualidad no es ya en España exclusiva de ningun partido. Es una cualidad española, como la de comer garbanzos y la de hacer versos ó no hacer nada, que es lo mismo.

* * *

Los cimbrios tomaron en el poder las posiciones de que, con su auxilio, los progresistas desalojaron á los unionistas. Éstos, al poco tiempo, ayudaron á los progresistas á echar fuera á los cimbrios, y despues los cimbrios ayudaron á los progresistas á echar fuera á los unionistas, y no sabemos quiénes serán los definitivamente echados, aunque lo más probable es que el país, y si no es el país, será Europa, se canse de esa *concordia discors*, como diria el padre de la elocuencia romana, y les eche indistintamente á todos, unionistas, progresistas y cimbrios, que tanto alborotan el cotarro.

* * *

Diríase que la Revolucion de Setiembre de 1868 no tuvo más objeto que hacer buenos á los moderados. Diríase que se hizo expresamente para crear una situacion que exagerase los vicios de la que ella misma habia derribado.

El nepotismo, ¿no es acaso hoy más irritante y escandaloso que bajo las dominaciones de Narvaez, Gonzalez Bravo y compañía? ¿No llueve hoy el maná del presupuesto, con más abundancia que entónces, sobre familias enteras, por la sola circunstancia de haber en ellas un individuo que ha alborotado más ó ménos gritando libertad, sin haber prestado á la libertad ningun servicio? Al paso que se obliga á sufrir un exámen á infelices auxiliares, á empleadillos de cinco á seis mil reales, para conservar sus cargos que desempeñan satisfactoriamente, ¿no se confieren, sin exigir ninguna prueba de suficiencia, destinos, en su mayor parte innecesarios, de diez y seis y hasta de veinte mil reales, á muchachos recien salidos de la escuela ó que no han ido nunca á la escuela, sin más razon que la de ser hijos de sus padres ó sobrinos de sus tios? No se ha hecho más de un capitan de cualquier sargento? ¿No hay jefes superiores de ejército, que eran paisanos un dia ántes de la batalla de Alcolea, siendo éste el único hecho de armas que hubo, y en el cual no estuvieron, como no estuvo tampoco el jefe de la interinidad, quien, no por acordarse mucho de sus ami-

gos, habia de olvidarse de sí propio? Si viniera una restauracion y se me acusase de haber tomado parte en la Revolucion de Setiembre ó en alguno de los motines progresistas que la precedieron, nada desearia tanto como poder exhibir un documento en que el jefe de la interinidad certificase que me hallaba á su lado durante los sucesos. Sería el mejor medio de probar la coartada. Y responderia lo que Ibrahim, cuando le preguntaron:

De Alcolea en la asonada,
¿no hiciste nada, Ibrahim?
—Hombre! no pude hacer nada
porque me hallaba con.....

No quiero decir el nombre, porque hay una sucursal de la Tertulia progresista de la cual, por más que sea un *mito*, segun autoridad de los que deben tener motivo de conocerla, decimos lo que Martinez de la Rosa de los demagogos:

—«Los demagogos que ve su señoría son fantasmas.

—Sí, pero son fantasmas que matan.»

Sigamos el interrogatorio, aunque sin ánimo de terminarlo, porque es interminable.

* * *

En la provision de los cargos públicos, ¿no se desatiende hoy más el mérito que en tiempo de los moderados? Muchos de los altos funcionarios del dia, ¿podrian serlo si se les exigiese un exámen, aunque no fuese más que como el que se ha exigido á algunos pobrecillos de cuatro mil reales de sueldo? ¿Están hoy mejor cubiertas las atenciones públicas? ¿Es hoy ménos que ántes el despilfarro? Ha aumentado ó disminuido el déficit? ¿Qué destinos inútiles se han suprimido? ¿Qué medidas radicales se han tomado para aliviar el presupuesto de una manera sensible?

—Y la libertad de reunion y de imprenta?—nos dirán los sa-

tisfechos.—Y la partida de la porra? responderé yo. Mucho miedo tenía *in illo tempore* al lápiz colorado del fiscal, y bien lo manifestaba cuando, en mi condicion de pobre letrillero, decia:

Sé otras cosas que no escribo,
que en singular y en plural
un miedo superlativo
tengo al lápiz del fiscal.
Que cuando el tal lápiz pasa
sobre mis versos perversos,
se lleva, cual bala rasa,
todo un batallon de versos.
Y el ver versos suprimir,
y versos decapitar,
me hace llorar y reir,
me hace reir y llorar.

Prefiero, no obstante, el lápiz del fiscal á la porra de la partida.

Tambien se me dirá que ahora no hay cuerdas á Leganes, que hay seguridad individual. Es verdad, hasta cierto punto. Pero es expuesto ir un hombre solo aunque no sea más que á la Cuesta de Areneros ó á la Vírgen del Puerto.

—Y la libertad religiosa? Francamente, no habiéndose declarado la Iglesia libre en el Estado libre, lo que, á más de ser lógico, racional y justo, hubiera tenido un gran alcance económico, la generalidad no percibe sus ventajas. Sólo las habrá notado alguno que otro que haya querido casarse civilmente. Ya que no la libertad religiosa, al ménos la libertad de no tener religion la teníamos ya de hecho. ¿Quién, mucho ántes de la gloriosa, iba á misa si no queria ir á misa? ¡Cuántos no iban, y eran neo-católicos! Pero, en fin, ya que el Estado, despues de la gloriosa, ha querido seguir siendo el encargado de pagar al clero, ¿por qué no le paga? Por qué deja á muchos curas pereciendo de hambre? ¡Y áun no pagándoles, les exige el Gobierno que juren la Consti-

tucion, cuando, por respeto á los derechos individuales, ni áun pagándoles deberia exigírselo! ¿Pues no ve el Gobierno que es un juramento arrancado á la fuerza, un juramento nulo, un juramento que á nada obliga, un juramento que lo prestan todos, curas y no curas, con todas las reservas mentales imaginables? Qué ridiculeces! ¿Creen, acaso, en juramentos, los mismos que los exigen? ¿No podrian todos ellos decir lo que Talleyrand cuando prestó juramento á Luis Felipe: — *Hé! hé! sire, c'est le treizieme?*

Me parece raro que haya quien en política exija juramentos; pero más raro me parece aún que haya quien se resista á prestarlos. ¡Jurad todos, imbéciles, que ántes que falteis vosotros á vuestros juramentos, habrán, si les conviene, faltado á ellos los que os los exigen!

Y luégo, ya que la revolucion se ha hecho invocando la honra de España, podria, en nombre de esta honra, preguntar cualquiera: ¿No es hoy mayor que ántes de la Revolucion de Setiembre el número de los que ayer no podian salir á la calle por falta de zapatos, y hoy insultan con su fausto y ciegan con el polvo que levantan las ruedas de su coche á los hombres inteligentes, honrados y laboriosos que, gracias á la interinidad que ha paralizado todos los músculos de la actividad humana, no tienen dónde ganar un pedazo de pan con el sudor de su rostro?

***

A propósito de coches. No pide el país economías? ¿No las pedian, cuando se hallaban en la oposicion, los hombres que hoy dominan? ¿Por qué, pues, se han devuelto á los subsecretarios de los Ministerios los coches pagados por el Estado, que suprimió la última Administracion moderada? ¿No era preferible abolir este gasto y otras gollerías por el estilo, á dejar pereciendo en la miseria á una multitud de huérfanas, á quienes se ha retirado la pension que disfrutaban? ¿Por qué no se han suprimido, ya que no las

jubilaciones, al ménos las cesantías? ¿Por qué no se han suprimido las cargas de justicia? ¿Por qué, ya que se han proclamado los derechos individuales, y por consiguiente la libertad religiosa, no se ha declarado la Iglesia libre en el Estado libre? ¿Por qué hay religion del Estado, y por consiguiente contribucion de Culto y Clero? Se nos dirá que hay intereses creados que deben respetarse. Pues entónces, diremos nosotros, que no se hagan revoluciones. Las reformas que han introducido los revolucionarios de Setiembre hubieran podido introducirlas los mismos moderados, y las hubieran tal vez introducido, á impulsos de la opinion pública, sin faltar á sus principios, sin producir trastornos y sin derribar dinastías.

* * *

El fausto oficial no habia llegado nunca al grado actual de desarrollo. Nunca se habian visto tantos cocheros y lacayos con cierta escarapela en el sombrero. Y en verdad, que la escarapela es una divisa que pudiera muy bien suprimirse, sin riesgo de que los coches oficiales se confundiesen con los otros. Basta para distinguirlos ver la gente *cursi* que se repantiga en ellos con aristocrática afectacion. ¡Cuánto se divertirian, examinando sus forzadas posturas, los contribuyentes, si no pagasen ellos el pienso de los caballos! Pero es muy justo que lo paguen. Es muy justo evitar que el pésimo empedrado de Madrid estropee los piés de las subsecretarias y de tanta gentecilla, áun más menuda, que, tal vez, ni en coche *simon* se habia sentado nunca. Coches hay que son picotas. Parece que los que van en ellos están puestos á la vergüenza. Cuántos están *en berlina*, creyendo ir en carretela!

* * *

¡Qué progresismo, qué radicalismo, qué democratismo nos ha traido la *filfa* de Setiembre! No era tan difícil obtener ántes una

audiencia de Doña Isabel II, como lo es obtenerla hoy de algun encopetado funcionario á quien ántes, si se le queria ver, se le tenía que buscar en un café cantante, ó en otro sitio áun más..... modesto. ¡Dios nos libre de ochavos que se hacen pasar por cuartos! Hay excelencia del dia que ni á su mujer apea el tratamiento.

Qué progreseros! Qué radicaleros! Qué democratiqueros! Durante todo el reinado de Doña Isabel II, la prodigalidad de la augusta señora en conferir títulos y honores habia quitado á éstos todo su valor, no pudiéndoseles considerar ya como una distincion, porque los condecorados llegaron á estar en mayoría en el país, lo que me hizo decir entónces:

No soy marqués, ni áun baron,
ni gran cruz, ni concejal,
ni aspiro á diputacion,
y así soy una excepcion
de la regla general.

Pues bien; durante todo el reinado de Doña Isabel II no cayó de las regiones oficiales tanta abundancia de esa faramalla que nosotros llamamos cruces, y que Laboulaye llama calderilla de la vanidad, como en los dos años escasos que llevamos de monarquía democrática sin monarca y tambien sin democracia.

Qué lástima que los honores no sean honor! Pero suelen ser lo contrario.

Gran cruz ó comendador,
no se envanezca, señor,
que, por regla general,
el singular del honor
contradice su plural.

Cuánto en poco tiempo han degenerado los progresistas! Cuánto se han afeado emperifollándose! ¿Dónde están los hábitos modestos de sus prohombres, de los Heros, de los Calatravas,

de los Argüelles, cuya distincion mejor y más honrosa era no tener ninguna? De ninguno de los actuales padres graves podria decir hoy lo que dije del último de los patriarcas de la libertad que he nombrado.

Ni una cruz, ni una banda
el noble pecho decoró del sabio,
que en su labio poniendo la demanda
de una nacion que libre ser queria,
hizo, con sólo el labio,
en su asiento temblar la tiranía.
Labio tan poderoso
no era el labio de un hombre,
era el labio del pueblo en cuyo nombre
luchaba valeroso.
Su acento tan temido era el acento
de un pueblo heroico, de sufrir cansado;
era la voz de un pueblo descontento
que, de justicia y libertad sediento,
daba el grito de ¡atras! á lo pasado.
Y ¡ni una banda, ni una cruz! ¿qué importa?
Bien, sin ellas, parecen
los generosos pechos
de los hombres de bien que las merecen.
De los hechos el premio está en los hechos;
y el que los suyos consignó en la historia
de un pueblo, con su auxilio emancipado,
¿qué necesita más para su gloria?
¿Á qué el brillo prestado
de una cruz mendigar ó de un bordado
quien, como el sol, con brillo propio luce?
Cuando á sí mismo el mérito se basta,
el fútil oropel no le seduce,
que á veces de la intriga en el mercado
el crímen compra y el poder subasta.

Ningun individuo de raza anglo-sajona ha podido comprender el gusto que encuentran los de la raza latina en llevar un cintajo en un ojal. Tambien los franceses son aficionados á cru-

ces. Son fatuos, y por eso los alemanes les han pegado, y les están pegando, y seguirán pegándoles. Queríais gloria? Pues tomad gloria, señores imperialistas.

* * *

No se crea que es mi deseo aplicar á España el sistema de los Estados-Unidos sin tener en cuenta su educacion, sus tradiciones, su carácter, sus hábitos contraidos, su manera de ser especial. No quiero parecerme al paleto de quien dije yo mismo en cierta ocasion:

En casa de un retratista
un paleto vió colgados
retratos muy bien sacados
por el pincel del artista.
Despues de pasar revista,
dijo con cierto desden:
«Voy á ver otro almacen,
»pues mi retrato deseo,
»y entre tantos ni uno veo
»que venga á mi rostro bien.»
Llámese Blas, Gil ó Luis,
el que en naciones vecinas
las leyes busca y doctrinas
que han de regir su país,
es sólo un chisgaravís,
y mi razon le compara,
por su pretension tan rara,
al paleto mentecato
que iba buscando un retrato
acomodado á su cara.

Las constituciones se hacen para los pueblos, no los pueblos para las constituciones. Algunos políticos de pacotilla opinan sin embargo de otro modo, y tiempo atras me pusieron en el caso de aplicarles la siguiente moraleja:

En una calle ó plazuela
se encontró José María,
pasante de cierta escuela,
un mal pedazo de suela
que para nada servia.

Era el tacon de una ex-bota
ó zapato que ya fué,
de una edad tal vez remota;
lo que era, yo no lo sé,
mas era una cosa rota.

El dómine cicatero,
con su hallazgo ó su caudal,
se fué á buscar muy ligero
á Simon, su zapatero,
que vivia en un portal.

Y tras la salutacion,
entrando con él en tratos,
le dijo: —Tio Simon,
yo quisiera á este tacon
echar un par de zapatos.—

En un monton de basura,
tambien se encontró una noche
una mohosa herradura,
y exclamó: —¡Buena ventura!
tengo un principio de coche.

Siempre buenas cosas hallo;
mucha fortuna es la mia;
formé un plan que no lo callo:
á esta herradura algun dia
haré echar un buen caballo.—

Luégo por el Rastro pasa,
y ve una puerta cochera
que en pocos cuartos se tasa,
y dijo, al comprarla, que era
para ponerla una casa.

Habrá entre nuestros políticos,
sean grandes ó raquíticos,

quizá alguno que se ria,
en estos momentos críticos,
del pobre José María.
Y ellos, sin embargo, son
del dómine imitacion,
que hasta el más adocenado
halló una constitucion
á que ha de dar un Estado.

Ni todo se ha de aceptar, ni tampoco se ha de rechazar todo por ser exótico. La verdad y la justicia en todas las regiones pueden aclimatarse, y el buen sentido dice lo que hay bueno en cada pueblo, susceptible de introducirse en otro con ventaja. En España solemos siempre tomar lo malo de todos los países.

* * *

España con honra.

¿Sabes, lector, el compromiso que contrajeron los revolucionarios de Setiembre, al estampar este lema en su bandera? Este lema les obligaba, no sólo á ser ellos muy honrados, sino tambien á rechazar á todos los que no lo fueran. Así hubieran levantado el espíritu público, que debia vivificar la Revolucion de Setiembre. Pero el espíritu público no se ha levantado, porque, hasta ahora, lo que ménos se ha visto es esa honra tan decantada.

Porque el espíritu público no se revela, como creen los progresistas, tocando himnos de Riego, jugando á los soldados y dando vivas y mueras por las calles. Las llamaradas de entusiasmo de las turbas inconscientes no son manifestaciones del espíritu público. Éste permanece latente, y, sin hacer ningun ruido, acaba por esterilizar todo lo que le contraría. Él es la fuerza natural de los gobiernos; es su *vis insita*, su *vis vitæ*, sin la cual, la vida que viven es artificial, es aparente. Forman el espíritu público, sean pocos, sean muchos, los que aspiran á lo racional, á lo verdadero, á lo justo; no los que tributan culto á la mentira, aunque sean la mayoría. Así es que una Asamblea, aunque hija del sufragio universal, no es la síntesis del espíritu público, por-

que éste puede no hallarse en la mayoría del país, y tambien puede la mayoría del país no aspirar á lo que él mismo conoce que es lo racional, lo verdadero y lo justo. Y aunque así no fuese, podria suceder tambien, y sucede con harta frecuencia, que una Asamblea, por egoismo de los que la componen, por hallarse el interes particular de los diputados en pugna con los del país que los ha elegido, obrase en oposicion con los deseos de éste. Ahora mismo tenemos un ejemplo en lo que está pasando. ¿Hay quien pueda poner en duda que el país desea salir, de cualquier modo, de la interinidad que le aniquila, y que, si no ha salido, es porque la Asamblea no ha querido que saliese, porque, compuesta como está, casi en su totalidad, de empleados, le va muy bien con la interinidad, aunque al país le vaya muy mal con ella?

No; una Asamblea, aunque hija del sufragio universal, puede no ser la síntesis de la opinion del mayor número; una Asamblea, áun siendo la síntesis de la opinion del mayor número, puede no ser la síntesis del espíritu público. Supongamos que la opinion del mayor número fuese opuesta á la cesacion de la interinidad; la opinion del mayor número, en este caso hipotético, sería contraria á lo que es á todas luces racional y justo, y de consiguiente contraria al espíritu público, que sólo lo constituyen los que aspiran á lo justo y á lo racional.

Actualmente, el buen criterio de todos los políticos no subordinados á un empirismo ciego ha proscrito la teoría de la omnipotencia parlamentaria, que es aún hoy la que profesan nuestros progresistas incorregibles. Á la omnipotencia de un Parlamento es preferible la de un solo individuo; el despotismo colectivo es el peor de los despotismos, porque la responsabilidad, aunque no sea más que moral, repartida entre muchos, es más ineficaz que cuando pesa sobre un hombre solo. Una nacion regida por una Asamblea se halla sometida á un régimen absoluto, pues el absolutismo no es más que la concentracion en un sólo poder de todos los poderes, y esta concentracion existe siempre con una Asamblea única, ya sea que el poder ejecutivo se halle supeditado á

ella, ya sea que ella, compuesta de avaros ó tímidos eunucos políticos, se halle supeditada al poder ejecutivo, como sucede ahora entre nosotros, por más que diga el jefe del poder ejecutivo que está asido á la cola de la mayoría. La verdad es que quien está asida del jefe del poder ejecutivo, es la mayoría, de cuya cola dice él estar asido; la omnipotencia parlamentaria es la omnipotencia del general que tiene hoy la sarten por el mango. ¡Y para llegar á esto se ha hecho una revolucion!

Para librar al país de este absolutismo, deseo que se salga de la interinidad; deseo que funcionen las dos Cámaras que la Constitucion prescribe, de suerte que la una sirva á la otra de contrapeso; deseo que haya entre el poder legislativo y ejecutivo otro poder con autoridad suficiente para oponerse á sus extralimitaciones. Dos Cámaras, ninguna de ellas vitalicia, teniendo las dos la raíz en el pueblo; un poder ejecutivo, responsable ante las Cámaras y dependiente de otro poder superior, y, para mayor garantía de la libertad, un poder judicial inamovible que ampare á los ciudadanos contra cualquier ataque de los demas poderes á los derechos individuales. Hé aquí el sistema de los Estados-Unidos, el bello ideal de los sistemas políticos, el único que corresponde á un pueblo libre.

Y nada de omnipotencia parlamentaria, nada de soberanía popular ejercida por delegacion y sin cortapisas, porque el pueblo es soberano siempre, no deja de serlo un sólo instante; no delega de su soberanía más que una parte, dentro de límites prescritos, de los cuales no es posible pasar, pues de otra suerte deja de ser soberano y queda sometido á un régimen absoluto. Libertad completa de todos los poderes dentro del círculo de sus atribuciones respectivas, pero imposibilidad de traspasar este círculo.

Sépanlo los liberales empíricos: los que pedimos salir de la interinidad no pedimos más que salir del régimen absoluto; y ellos, oponiéndose á nuestras pretensiones, creen ser liberales y son absolutistas, tan absolutistas como Calomarde.

* * *

Vuelvo ahora al lema de honra nacional, escrito en la bandera de los revolucionarios de Setiembre, y me pregunto si son honrados todos los que la Revolucion de Setiembre ensalzó, y si entre los que ella derribó no hay ninguno que lo sea.

Y me respondo que de todo hay en unos y en otros, como en la viña del Señor.

Pero ¿qué sentido se quiso dar á la palabra honra al invocarla?

Del manifiesto de Cádiz se desprende que los honrados revolucionarios no aludian precisamente al espíritu dilapidador que se atribuia entónces á las desastrosas administraciones moderadas, como se atribuye ahora á la desastrosa administracion actual, que, no contenta con aumentar el presupuesto, que era ya monstruoso, y con recurrir á onerosos empréstitos, precursores inmediatos de una vergonzosa bancarota, deja de cubrir la mayor parte de las atenciones. Es indudable que los pronunciados de Cádiz, al invocar la honra de España, hacian alusion á las verdaderas ó supuestas liviandades de la que entónces ocupaba el trono. No siendo cómplices en estas liviandades algunos de los que las echaban en cara á la reina, pues en caso de serlo no podian tirar la primera piedra, condenaron nada más que por las apariencias, ó, por mejor decir, nada más que por los rumores que se habia encargado de propalar la maledicencia pública. Si las murmuraciones son pruebas valederas, del mismo modo que se atacó la reputacion de una reina en un documento que debia ser leido en todo el mundo, se puede atacar la de muchas á quienes el índice de la opinion pública señala como favoritas de algunos que ocupan muy altos puestos en la España con honra.

Sin duda es un gran mal la falta de un buen predicamento en las personas *hautement placées*, porque, como decia el mismo César, no basta que la mujer de César sea honrada, sino que es menester que lo parezca; pero peor es que ataquen la honra ajena los que tal vez no han cuidado bastante de conservar ilesa la propia. Hay ciertas historias que no las deben contar, ni siquiera oir, los que tienen tambien ciertas historias.

Creemos en realidad que una persona, cuanto más elevada es la posicion que ocupa, cuanto más visible es el puesto en que se halla colocada, mayor circunspeccion debe guardar en todos sus actos, porque es mayor la influencia que éstos ejercen sobre la moral pública.

Los vicios de un magnate son siempre un escándalo, y, lo que es peor aún, un mal ejemplo. La honra de los que la tienen vacila en presencia de la consideracion de que se rodea á los que de ella carecen. Así es cómo un tífus moral invade las sociedades, y las penetra hasta en lo más recóndito, cuando la corrupcion viene de arriba. La manceba de un peon de albañil y el peon de albañil que tiene una manceba, pasan desapercibidos; pero la manceba de un ministro, por ejemplo, es conocida de todo el mundo, y muchas mujeres, que la censuran en el fondo de su conciencia, la adulan en lugar de evitar su trato, y muchas que la ven adulada, en lugar de censurarla, la envidian.

En los Estados-Unidos, los hombres públicos pertenecen enteramente al dominio público, hasta en su vida privada, porque la vida privada de los hombres públicos trasciende á la pública moral; y, ademas, es sabido que un hombre que es malo como hombre público, puede ser bueno en su vida privada, pero nadie que sea malo en su vida privada, puede ser bueno como hombre público. Un ladron, un borracho, un crapuloso, un hijo pródigo, un mal padre de familia, un jugador de oficio, no son dignos de la confianza que debe merecer todo el que desempeña funciones públicas, altas ó bajas.

Pero en España se considera como una profanacion penetrar en el sagrado de la vida privada, y no seré yo quien incurra en la nota de sacrílego. Guárdenla para sí los que no supieron en la reina respetar siquiera á la mujer. Guárdenla para sí los que promovieron mayor escándalo, consintiendo que se divulgasen ciertas obscenidades, que el que con ellas podia producirse. Guárdenla para sí los que hasta muy tarde no se opusieron á la circulacion de ciertas caricaturas capaces de avergonzar á Tais y á Lu-

crecia Borja. Por fortuna ó por desgracia, la sociedad estaba ya entónces demasiado corrompida para corromperse.

* * *

Sabe Dios que, cuando Isabel II cayó, este jesuita no pertenecia al número de sus turiferarios y sicofantas. No me causó su caida ni tanta pena como á algunos, ni tanta alegría como á otros. Áun ahora no sé si debió ó nó hacerse la Revolucion de Setiembre. Lo que sé es que no debieron hacerla algunos de los que la hicieron. Hablo de sus caudillos.

No debieron hacerla, porque debian á la reina mercedes y recompensas muy superiores, infinitamente superiores, á sus merecimientos.

No debieron hacerla, porque ellos mismos habian contribuido á entronizar la situacion que derribaban.

No debieron hacerla, porque situaciones iguales á la que derribaban les habian hecho muchas veces partícipes de sus goces sibaríticos.

No debieron hacerla, porque la hicieron en nombre de la libertad, y no son liberales; en nombre de la democracia, y no son demócratas; en nombre de.....

No debieron hacerla, porque no tenian ni fuerza para oponerse á sus naturales consecuencias, ni voluntad para someterse á ellas.

No debieron hacerla, porque, cuando se derriba una dinastía, es preciso tener otra á mano para ponerla en el acto en su lugar, con seguridad de poderla poner, ó ser republicano; porque no se condena á una nacion civilizada á volver de la noche á la mañana al estado salvaje, al estado de las sociedades primitivas: una nacion no puede estar ni un sólo instante sin una forma de gobierno determinada: cuando cae un rey, se pone otro inmediatamente, ó se proclama la república.

No habiendo rey, la proclamacion de la república era lo que procedia. Más diré: la república debió proclamarse áun habiendo

rey, y persistir hasta que éste, por el voto del país, tomara posesion del trono. Así se ha hecho, desde que el mundo es mundo, en todas las naciones en que se ha derribado una dinastía; así acaba de hacerse ahora mismo en Francia. Á la caida de Napoleon III, se ha proclamado provisionalmente la república; ahora el pueblo dirá si la quiere ó si quiere otra cosa.

No; los que hicieron la Revolucion de Setiembre, no debieron hacerla; y si no debieron hacerla, ménos aún deberian usufructuarla en provecho exclusivo propio y de unos cuantos amigos. Y ya que la hicieron en nombre de la libertad, convendria recordasen que deben á servicios prestados á la reaccion contra la libertad casi todos sus títulos, grados, honores y condecoraciones, y arrojarlos, en prueba de arrepentimiento, á la cara de quien se los confirió, y que sin duda siente habérselos conferido. Lo demas, francamente, es demasiado cómodo. Cuando, con motivo del proyecto de ley de Ayuntamientos, el honrado Espartero se puso en pugna abierta con Doña María Cristina, á la sazon regente del reino, lo primero que hizo fué renunciar todas las mercedes que habia recibido en su dilatada carrera, á pesar de que ninguna de ellas recordaba acto alguno de su vida que fuese hostil á la libertad y á la independencia de su patria.

* * *

Ya es hora de que concluya esta cosa á guisa de prólogo, que se va haciendo demasiado larga. La Revolucion de Setiembre, debiese ó nó hacerse, podia haber sido un gran bien, y está produciendo inmensos males. Víctor Hugo diria de ella lo que dijo de la Revolucion de Julio: *c'est une revolution rentrée.*

En efecto, las revoluciones son como los exantemas, son como las erupciones cutáneas, que si no brotan enteramente, si se las detiene en su curso, si se las repercute, matan al enfermo. Es menester que lleguen á su término, que se desenvuelvan enteramente, que se destruyan todos los abusos, todos los anacro-

nismos que han perdido su razon de ser, todos los obstáculos que se oponen al desarrollo de la libertad. Los abusos son los malos humores del cuerpo social; si no hay resolucion para librar á éste de ellos, conviene no removerlos. Las revoluciones á medias no hacen más que agravar los males de las sociedades enfermas que pretenden curar, pudiendo de ellos decirse lo que dice Hipócrates de las sangrías insuficientes: *Si vassorum inanitio talis fit cualis fieri debet, proficit; si minus, contra.*

* * *

No puedo decir si la Revolucion de Setiembre estaba toda reducida á una simple sedicion militar. Lo que sé es que la sedicion militar, sin tener tal vez ningun carácter antidinástico, fué la única causa eficiente de la caida de la dinastía borbónica. Es para mí casi seguro que el giro democrático que tomó la Revolucion de Setiembre, cuyos principales agentes quisieron tal vez reducirla á un insignificante pronunciamiento, lo tomó con posterioridad á la batalla de Alcolea. Sus autores debian saber y no sabian que en la época actual no es posible sacudimiento alguno, cualquiera que sea la causa que lo determine, sin que la democracia intervenga en él y le imprima sus tendencias y lo haga suyo, *quia nominor leo*. La democracia en la época actual es el leon de la fábula; se guarda siempre la mejor parte. Ella es ese no sé qué desconocido, misterioso, ese *quid ignotum*, ese *quid divinum* que se encuentra en todas las revoluciones, y con que no siempre cuentan los ambiciosos que las hacen. Así es cómo se llevan éstos tantos chascos.

Dícese que, en el campo de batalla de Alcolea, el general que mandaba en jefe las fuerzas pronunciadas reconvino con indignacion, y con una aspereza muy ajena de su carácter condescendiente y melifluo, á los oficiales de un regimiento que se habian quitado las divisas borbónicas; y sabido es que otro general, que

se ha hecho amo absoluto de la anómala situacion creada por la Revolucion de Setiembre, se negó á quitarse las que llevaba, á pesar de todas las excitaciones.

Sabido es tambien que el periódico que pasa por el órgano más genuino del partido que principalmente se ha apoderado del actual órden ó desórden de cosas creado por la Revolucion, poco ántes de la batalla de Alcolea hacía protestas de adhesion á la dinastía caida, á cuya ruina se hubiera opuesto el progresismo si Doña Isabel II le hubiera llamado al poder, faltando á todas las prescripciones del buen gusto. Porque se necesita tenerlo pésimo y muy depravado para llamar al poder á los que tan mal uso han hecho de él cuantas veces lo han ocupado.

Pero ello es que los progresistas, en vísperas de la batalla de Alcolea no eran antidinásticos, ni presentian, á pesar de que invocan hoy la monarquía democrática, que nadie sabe lo qué es, el alcance democrático que tendria la Revolucion de Setiembre. Importa poco que el *leader* del progresismo hiciera alardes, cuando los Borbones habian ya caido, de una hidrofobia antiborbónica de que dijo estar dominado, desde ántes que naciera. Cómo? ¿era ya antiborbónico cuando fué embajador, ocupando el trono Doña Isabel DE BORBON? ¿Era ya antiborbónico cuando fué ministro con Doña Isabel DE BORBON, y Doña Isabel DE BORBON le confirió el Toison de Oro? Cuando contribuyó á abrir las puertas á la reaccion con su fatídico *Dios salve á la Reina*, la reina que queria salvar, no era acaso Doña Isabel DE BORBON?

No quiero creer que el jefe civil de los progresistas adolezca de un antiborbonismo de fecha tan antigua como él quiere dar á entender ahora. Á pesar de sus alardes de perfidia, no quiero creer que sea pérfido, y lo sería indudablemente si fuese cierto, como él dice, que cuando aceptaba mercedes de Doña Isabel de Borbon era antiborbónico. Pero caido el ídolo, halaga su amor propio el que se diga que él desde mucho ántes habia zapado su pedestal para derribarlo. Hay muchas vanidades tontas en el mundo, y la del *leader* del progresismo lo es en grado tan superlati-

vo, que sólo puede compararse á la de esos mozuelos, de quienes dice el célebre Breton:

«Por el flujo de *hombrear*,
¡cuántos publican la triste
vergonzosa pestilencia
que abrevia sus dias! Títeres!...
¡Y hay mueble tan presumido
que sin sentirla la finge,
mintiendo palmas de *mártir*
cuando las lleva de vírgen!»

El *leader* del progresismo es vírgen, aunque quiera parecer mártir. Su furor antiborbónico es posterior á la batalla de Alcolea. Respondo de su inocencia en la Revolucion de Setiembre. No es cómplice en ella, ni lo es tampoco ninguno de los que forman en las huestes que acaudilla, compuestas todas de borbónicos de la víspera y antiborbónicos del dia siguiente, que hoy hacen leña del árbol caido, á cuya sombra quisieron y no pudieron cobijarse. Si la última Borbon, un dia ántes de caer, les hubiera ofrecido el mando, lo hubieran aceptado de rodillas, aunque les hubiera impuesto la condicion de exagerar en sentido reaccionario la política de los moderados, con tal que les hubiera permitido sazonarla con un poco de himno de Riego tocado por la música del Hospicio.

Ni áun esto era necesario para ahogar los gérmenes de su borbonifobia, hasta la sazon latente. Hubiera bastado que el éxito de la batalla de Alcolea hubiera sido contrario á los pronunciados, para que todo el aparato de nubes cargadas de electricidad revolucionaria se disipase como el humo, y entónces no hubiera blasonado el *leader* del progreso de su congénita aversion á la dinastía, ni entre los progresistas se hubiera encontrado un antiborbónico por un ojo de la cara. Entónces hubieran todos dicho lloriqueando: «Mamá, yo no he sido.»

Todo dependió de la batalla de Alcolea. ¿Y qué fué la batalla

de Alcolea? Un inglés acaba de preguntármelo, y hé aquí la respuesta que doy

á ese extranjero que saber desea
lo que fué la batalla de Alcolea:

Dos chambones jugaban al billar,
¡válgame Dios! ¡qué modo de jugar!
Era el uno Manuel, el otro, Paco,
que no sabian ni coger el taco.
Paco ni una vez sola,
ni siquiera una vez, supo dar bola,
pudiendo por el número de erradas
contarse el de tacadas.
Ay! y ¡fué el otro quien perdió! ¿qué tal?
¿qué tal el otro, jugaria mal?
Si de Alcolea la sangrienta hazaña
se registra en las crónicas de España;
si aquel hecho infecundo toma un nombre
que lo recuerde al hombre,
nadie dirá, que sepa el castellano:
«La gran batalla que ganó Serrano.»
Sólo se dirá un dia:
«La gran batalla que perdió Pavía.»

FIN DEL PRÓLOGO.

CAPÍTULO I.

EL JESUITA NO PERTENECE Á NINGUN PARTIDO.

Mal podria poner en camisa á todos los partidos, sin excepcion de uno solo, y dar á cada cual su merecido, el que perteneciese á alguno de ellos. *El Jesuita*, gracias á Dios, no pertenece á ninguno.

Te ries, lector? ¿abres los ojos y la boca en señal de incredulidad? Ya sé lo que vas á decir. Vas á decir, como si lo oyera, que *El Jesuita*, segun propia confesion, segun él mismo te ha manifestado en el prólogo de este mal pergeñado libro, ha escrito en periódicos que eran órganos más ó ménos genuinos de un partido, y, lo que es más grave aún, en periódicos que no han defendido todos las aspiraciones é intereses de un partido mismo.

Dirás, de consiguiente, que *El Jesuita*, léjos de poder blasonar de no pertenecer á ningun partido, ha pertenecido á varios.

En primer lugar, lector, no es lo mismo pertenecer que haber pertenecido. Pero es el caso que *El Jesuita*, no solamente no pertenece á ningun partido, sino que no ha pertenecido á ninguno nunca.

Tu incredulidad va en aumento? qué aspavientos son esos?

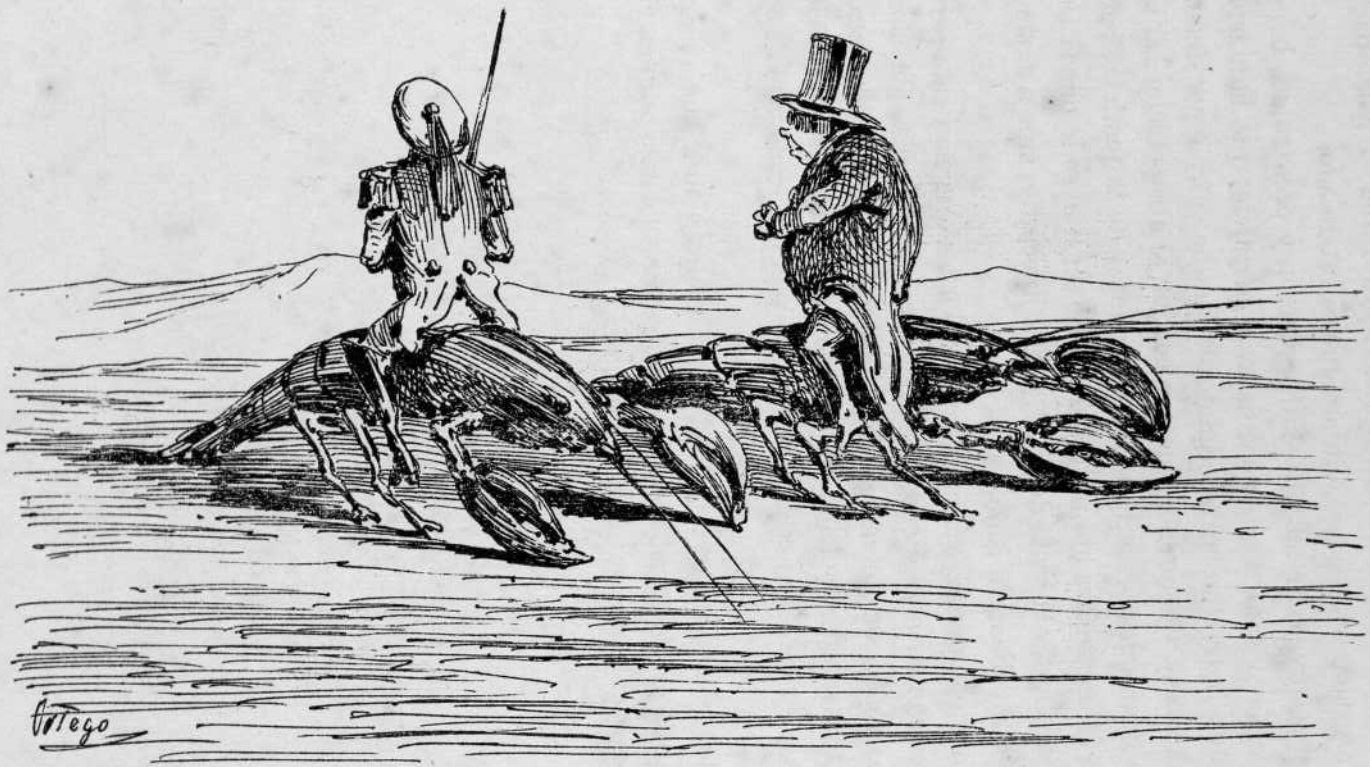
No, *El Jesuita* no ha pertenecido nunca á ningun partido, porque se ha pertenecido siempre á sí mismo. Siempre se le ha tenido por insubordinado y díscolo. ¿Y sabes lo que significa este vocablo en la lengua ó jerga de los partidos? ¿Sabes á quién se aplica? Se aplica al hombre de carácter independiente que no halaga las malas pasiones ni aplaude los desaciertos de ninguna persona ni de ninguna colectividad, sea la que quiera; que á su conciencia pospone sus antipatías y simpatías, sin empeñarla en el montepío de ninguna parcialidad, y no sacrifica jamás su propio criterio, sean los que quieran los resultados de su intransigencia, en aras de una bandería, para servir intereses que con frecuencia no son más que los de un especulador ó unos cuantos especuladores.

El Jesuita ha servido, sin embargo, esos intereses, pero ha sido siempre á pesar suyo. En lugar de especular con la política, como tantos otros, la política ha especulado con *El Jesuita*. Y si no la política, los políticos. Mal pecado! ¡cuántos confeccionadores ramplones de periódicos, en que *El Jesuita* ha llevado la batuta, deben al periodismo posiciones lucrativas, sin que, como á él, se les haya clavado en la carne ninguna espina de la corona del martirio que han ceñido los verdaderos apóstoles de la libertad, hoy casi todos oscurecidos y olvidados!

Quien ménos pone más gana,
que en esta tierra de tunos,
en que la honradez es vana,
llevan la fama los unos,
los otros cardan la lana.

* * *

No creas, sin embargo, lector, que sea de los que opinan que deben premiarse los actos de patriotismo, suponiendo que merezcan este nombre los servicios que se presten á tal ó cual idea, á tal ó cual partido. No veo que haya ningun mérito en profesar



Por las monturas, se conocen los ginetes.

tal ó cual opinion, en pertenecer á tal ó cual grupo. Egoismo y patriotismo son palabras antitéticas, tanto que el patriotismo deja de serlo desde el momento en que es interesado.

Tampoco veo, no obstante haber sido muy perseguido, la razon que haya para resarcir los daños y perjuicios que han irrogado á un individuo las persecuciones que ha sufrido por defender una causa. Comprendo que se castigue al atropellador, si ha obrado contra las prescripciones de la ley y de la justicia, pero no que se indemnice al atropellado, á no ser que se le pueda indemnizar, no á expensas del país, que es inocente, sino á expensas del atropellador mismo.

Ménos comprendo aún que se premie á los que han sido perseguidos confiriéndoles empleos que, para que el país esté bien servido, deben ser desempeñados por personas aptas, laboriosas y honradas, importándole á él muy poco que hayan ó nó comido el pan de las cárceles, el de los presidios y el tan cacareado de la emigracion.

Es tolerable que, en igualdad de honradez y suficiencia, un gobierno de partido prefiera, para desempeñar un cargo público, á los que pertenecen á su partido, pero nada más.

Que, en circunstancias iguales,
un gobierno de partido
los destinos más momiales
de los que le han combatido
á sus adeptos traspase,
eso pase;
Mas sólo por ser adepto,
ser de tal ó cual pandilla,
dar preferencia al inepto,
que no sabe la cartilla,
sobre el que más estudió,
eso nó.

* * *

Los partidos, especialmente el progresista, han hecho una carrera, un oficio, una profesion de las persecuciones.

Muchos, que no pueden pedir á su inteligencia que algun dia les saque de la nada, se hacen perseguir expresamente, en los tiempos adversos, para reclamar una recompensa en los tiempos prósperos.

Otros, que no pueden hacerse perseguir, se fingen perseguidos. Sin que nadie pare en ellos mientes, se esconden ó se expatrian, y luégo, cuando llega la ocasion oportuna, que siempre llega, porque ya se sabe que en España todas las situaciones son transitorias, reaparecen haciendo el papel de héroes y de víctimas, se dan mucho charol y mucho bombo, y como sepan leer y escribir medianamente, aunque sea con una que otra falta de ortografía, es muy fácil que lleguen á subsecretarios y hasta á ministros. De ménos nos hizo Dios.

En su afan de premiar con destinos á los que han sufrido persecuciones, sin más que por haber sufrido persecuciones, los gobiernos, especialmente los progresistas, están servidos por funcionarios como cierto gobernador de quien *El Jesuita* dijo:

> Un gobernador del dia,
> que no es ningun cachivache,
> para probar que sabía
> ortografía, escribia
> ortografía con hache.

* * *

Y no es eso lo grande, no obstante ser tan grande. Confundida con los proscritos voluntarios ó forzosos, falsos ó verdaderos, se cuela la purriela más benemérita. Cubierta la cara con un antifaz político, se presentan, para entrar en el reparto del botin, Rinconetes y Cortadillos á docenas, tahures, tramposos, desertores de presidio, y todo linaje de perseguidos por delitos comunes. Cuántos habrán hecho así su carrera!

No me refiero á la situacion creada despues de la Revolucion



—¿Quien quiere hacerme el favor de tomar esto?

de Setiembre, que ya sé que es muy progresista, y, por consiguiente, muy honrada. Es la actual una situacion inmejorable, que se define con sólo decir, sin nombrar á nadie, porque *le nom ne fait rien a la chose:*

Fulano ciñe una faja,
Zutano administra un sitio,
y Mengano es presidente
del Consejo de Ministros.

* * *

No todos ejercen la profesion de perseguido (ya he dicho que es una profesion como otra cualquiera) con la misma habilidad y acierto.

El más maestro que he conocido en el ramo es uno que, á pesar de ser hombre de chaqueta, vislumbraba de léjos, con una perspicacia de lince, todas las peripecias políticas y el giro que habian de tomar los negocios, y este presentimiento le servia para tener trazada de antemano su línea de conducta. Era un Bismark en pequeña escala.

En 1848 tomó parte en algunas de las *echauffourées* ó cascabeladas que provocó en España la excitacion producida por el advenimiento de la República en Francia. Ya sabía él que aquellos chispazos no habian de dar más resultado que alentar á los reaccionarios, con una victoria fácil, en la práctica de su sistema de opresion, compresion y represion; lo sabía, y sin embargo, con la seguridad de ser vencido, se comprometió en aquella lucha tan desigual, sin más objeto que contraer méritos para más adelante.

Procuró salir ileso del combate, y lo consiguió, guardando el bulto.

Muchos de los verdaderos combatientes perecieron en la refriega.

Que siempre en las contiendas fratricidas
los que encuentran la muerte son los fieles;
entre ellos se reparten las heridas,
entre otros se reparten los laureles.

El gobierno hizo seguir su triunfo de persecuciones inauditas. Los primeros sublevados que cayeron en su poder fueron pasados por las armas. Poco á poco la sed de sangre se fué aplacando, y pasado el parasismo de furor, pasado el período de recrudescencia de la fiebre reaccionaria, que fué bastante largo, los vencidos, entre los cuales habia muchos que podian llamarse inocentes, porque no habian estado en el combate ni traducido sus opiniones en ningun hecho punible, en lugar de ser lanzados á la eternidad, fueron conducidos en cuerdas á Leganes ó deportados á remotos climas.

Viendo que ya no se arcabuceaba, el hombre hábil se delató á sí mismo; orientó á la policía, que habia perdido su rastro; descubrió su madriguera, y fué, como él deseaba, preso y deportado.

Seis años despues, en 1854, cuando los pobrecitos progresistas, gracias al general O'Donnell *que les trajo las gallinas*, dieron, como dice *La Política* con mucha gracia, la batalla *en seco* que dan siempre los progresistas pasado el peligro, y que es la única para que les da el naipe; cuando, seguros ya los bizarros progresistas de que nadie habia de atacarles, cubrieron todo Madrid de barricadas, que sólo servian para poner obstáculos á la libre circulacion de los transeuntes pacíficos, el hombre hábil, progresiston de marca mayor, apareció en la escena convertido en un *alter ego* del principal caudillo que los barrios bajos se improvisaron á la sazon, el cual ejercia facultades casi tan omnímodas y discrecionales y gozaba de un nombre casi tan merecidamente fascinador y prestigioso como el del gran torcedor de sables y saltador de troneras que tanto celebra la crónica militar contemporánea.

Los sacrificios del hombre hábil por la justa causa, que es como llama cada cual á la suya; sus eminentes servicios; sus *persecuciones* recientes; su carácter casi sagrado de secretario del héroe de los barrios bajos, el cual gozaba del privilegio casi progresista de no saber leer y por ende tenía secretario, le valieron, en el

Real Patrimonio, uno de esos destinos que en ciertas manos pueden ser una buena ganga. Desde lo alto de su posicion dirigió entónces á sus correligionarios una mirada de desden que equivalia casi á llamarles tontos, y se convirtió en un palaciego tan hábil, es decir, tan servil y complaciente, que obtuvo la privanza de la reina Isabel y del rey consorte, y por tanto las sonrisas aduladoras de los más encopetados cortesanos y hasta de los más altos funcionarios, á quienes trataba como de potencia á potencia.

Agarrado á tan buenas aldabas, atravesó incólume las numerosas crísis políticas que se sucedieron en el espacio de catorce años, y no cayó hasta que las aldabas se vinieron abajo, es decir, hasta que se consumó, sin poderla prever, la ruina de la dinastía borbónica. Si la hubiese podido prever, la hubiera previsto, y si la hubiese previsto, no hubiera caido. Ahora sería tal vez secretario y favorito de..... quién sabe?

Cayó, pero cayó de piés, como los gatos, porque tenía ya el riñon bien cubierto, y no sé si es verdad que, no obstante su humilde extraccion, llegó á obtener un título de Castilla. No sería extraño. Han caido tantos sobre España desde que se llama liberal, que si Franklin hubiese nacido en nuestro país y en nuestros tiempos, en lugar de inventar los pararayos, hubiera inventado los paratítulos.

De la mayor parte de los títulos no es fácil decir si son premios ó castigos. Sabemos de un elevadísimo, improvisadísimo y liberalísimo personaje que tiene dos, y debe los dos á dos derrotas, y uno de ellos particularmente á una derrota que sufrió combatiendo la libertad de que se finge apóstol.

No lo deberá tampoco á servicios que á la libertad haya prestado el hombre hábil de que me ocupo, en el caso de haber obtenido alguno.

Háyalo ó nó obtenido, te lo cito, lector, como un tipo de los grandes maestros en la profesion de perseguidos. No conozco á ninguno que le llegue á la suela del zapato.

La profesion es lucrativa, tan lucrativa casi como la de conspirador, que es la más lucrativa de todas si el que la sigue toma á su cargo el manejo de fondos para llevar á cabo una revolucion en cualquier sentido, que suele siempre reducirse á un insignificante motin, con que se cubre el expediente y se legitima aparentemente la inversion de las cantidades recibidas. ¡Cuántos son los que así han sacado la tripa de mal año! Si supieras!

Pero estoy viendo que vuelvo á las andadas, y he de procurar enmendarme. No puedes figurarte, lector, cuánto me perjudica conocer al dedillo la crónica escandalosa de nuestros dias. Sé tantas historias, y es en mí tan imperioso el deseo de referirlas, que, no pudiendo resistir á este deseo, me permito involucraciones continuas que me hacen acreedor á tus más severas censuras.

Sentiria *El Jesuita* que atribuyeses sus impertinentes é inoportunas digresiones, que tan pesadas deben parecerte, á la imposibilidad, en que sin duda crees que se encuentra, de sostener la para tí extraña tésis de que no pertenece á ningun partido, no obstante haber escrito en la parte política y doctrinal de periódicos de color bien pronunciado.

No, lector, no tropieza *El Jesuita* con la menor dificultad para salir del paso. No es *El Jesuita* de los que, por lucir su ingenio, se complacen en defender, *argüendi gratia*, cualquier extraña paradoja.

Créelo; no pertenece, no ha pertenecido nunca á ningun partido, á pesar de haber escrito en periódicos de partido; y has de saber que en el mismo caso se encuentran, sin conocerlo ellos mismos, casi todos los redactores de periódicos políticos. Hablo de los que se llaman vulgarmente redactores de planta.

* * *

El Jesuita, aunque jesuita, ha sido por sus pecados escritor de profesion, y son muy pocos los escritores de profesion que po-

seen un periódico propio en que emitir sus ideas. Tienen, sin embargo, que emitirlas en alguno, aunque no sea más que para poder satisfacer, bien ó mal, las necesidades imprescindibles de su modesta y atribulada vida.

El periodista de profesion escribe donde puede, no donde quiere. No es lo regular, si la libertad es su bello ideal, que solicite un puesto en la redaccion de un periódico absolutista, donde no lo obtendria, aunque lo solicitase, sin haber rezado ántes un acto de contricion, sometiéndose á las pruebas á que se sujetan los arrepentidos y los neófitos. Busca cada cual el periódico cuyas tendencias más en armonía se hallan con las suyas, y si consigue entrar en él, se da por muy contento; pero si no, busca otro, aunque esté ménos conforme con sus ideas y sentimientos. ¿Qué ha de hacer?

Desde luégo, si es escritor honrado y concienzudo, no defiende opiniones que no se hallen en el fondo de su conciencia; pero tampoco quiere que sean sus escritos notas discordantes en la orquesta, ni embarazar la marcha que se ha trazado el periódico en que escribe. Es de advertir que casi todos los periódicos formales se publican con un fin particular, no siempre conocido de los suscritores, ni áun de todos los redactores.

Toda la habilidad del escritor concienzudo que conoce la aguja de marear y sabe en qué mar navega, consiste en abstenerse prudentemente de dilucidar las cuestiones que no ha de poder resolver con su propio criterio, sin ponerse en desacuerdo con el del propietario ó el de la sociedad de que el periódico depende. Así es cómo *El Jesuita*, sin pertenecer á ningun partido, sin faltarse á sí mismo, ni faltar tampoco á los compromisos contraidos con una empresa periodística, ha podido escribir años y años en periódicos de partido sin pertenecer á ningun partido.

Hay otros escritores ménos escrupulosos.

Los hay que se comparan con los escultores, que hacen un santo cuando se les paga para que hagan un santo, y hacen un diablo cuando se les paga para que hagan un diablo. Dicen que

no han de ser ellos de peor condicion que los editores, que, aunque blasonen de más católicos que el Papa, no reparan en publicar por su cuenta las obras de Renan, si calculan que con ellas han de hacer cuartos; y aunque se precien de más republicanos que el señor Rivero cuando lo era, no tienen ningun inconveniente, para rascar pelo arriba el bolsillo del prójimo, en encargar á un absolutista que les escriba una apología del sistema de gobierno de Felipe II.

Tienen razon hasta cierto punto. El que de cualquier modo contribuye á la propagacion de doctrinas que su conciencia condena como erróneas, es tan censurable como el mismo que, faltando á su conciencia, las formula y emite.

Un periodista conozco, y no de chicha y nabo, que, no obstante cobrar del Estado muy pingües sueldos y poder por consiguiente prescindir del periodismo, ha escrito á la vez en dos, tres, y hasta cuatro periódicos de opiniones opuestas, ministeriales unas, oposicionistas otras, y ha sostenido encarnizadas polémicas consigo mismo, y hasta se ha insultado á sí mismo, y hasta á sí mismo se ha desafiado, y se ha admitido á sí mismo el desafío, todo, por supuesto, bajo el velo del anónimo.

Ya veo que no me enmiendo, á pesar de mis propósitos. ¡Qué rabia me da saber tantas historias! Y gracias á que no se me escapa de la pluma ningun nombre propio. No es poca fortuna.

* * *

En cuanto al *Jesuita* personalmente, que es de lo que ahora se trata, puedo asegurarte, lector, que cualquiera que haya sido el color de los periódicos en que haya escrito, no ha faltado nunca á su conciencia. Se habrá equivocado muchas veces en los juicios que ha emitido sobre las cosas, y muchas veces tambien en los que ha emitido sobre las personas, sobre todo si las ha juzgado favorablemente; pero si no siempre ha expresado todo lo que ha sentido, nunca ha expresado nada que no haya sentido.

Repasando cuanto ha escrito, que es mucho, y más que mucho demasiado, porque sería demasiado aunque fuese poco, sabe que ha llevado á todas las cuestiones un criterio liberal, el más liberal posible en cada una de las distintas circunstancias que el país ha atravesado.

Al contrario de muchos que, llamándose liberales, son siempre todo lo ménos liberal que se puede ser en cada situacion, *El Jesuita* es siempre todo lo más liberal que en cada situacion es posible.

Dada una situacion, *El Jesuita*, que desde que llegó á la edad madura no ha tratado nunca de destruir ninguna, que las ha combatido casi todas, no para derribarlas, sino para liberalizarlas en lo posible, que á ninguna ha pedido más libertad de la que cabia dentro de ella sin romperse, pero que á todas ha pedido toda la que dentro de ellas cabia, cree en el más y el ménos de la libertad, lo que le obliga á tener siempre en cuenta las circunstancias.

Desenvolveré este tema en ocasion más oportuna, cuando llegue el momento de hablar de los republicanos de ayer, monárquicos de hoy, motejados con el nombre de cimbrios. Ahora terminaré este que pudiera llamar incidente, con el siguiente apólogo que encuentro entre mis borradores:

Son *la Concha* y *la Dolores*
dos magníficas fragatas,
que en una mañana misma
fueron botadas al agua.
Son dos hermanas gemelas,
que no se llevan ventaja
en la arboladura, y miden
idénticas toneladas.
El capitan de *la Concha*,
anciano de mucha práctica,
se distingue especialmente
por su prudencia y su calma.
Es un jóven inexperto

el que *la Dolores* manda,
de genio impaciente y vivo,
y ménos ciencia que audacia.
El viejo se llama Pedro,
el jóven Pablo se llama,
y el uno tiene del otro
muy pobre idea formada.
Con cargamento de trigo
consignadas á la Habana,
las dos fragatas á un tiempo
del puerto del Ferrol zarpan.
Ya á toda vela navegan,
tan iguales en su marcha,
que un número igual de nudos
las correderas se tragan.
Mas al llegar ambos buques
á la altura de Canarias,
un viento fresco de proa
al de popa reemplaza.
Se conduce el viejo Pedro
con su cordura probada,
y manda aferrar juanetes,
cargar mayores y gavias.
Navega de vuelta y vuelta,
poco avanza, pero avanza,
y dice, á fuer de discreto,
«más vale poco, que nada.»
Miéntras tanto el jóven Pablo,
audaz como la ignorancia,
contra el aguijon da coces,
y en hierro frio machaca.
No manda coger un rizo,
que temerario se afana
en navegar contra el viento
con arrastraderas y alas.
¿Quien debió, lector benigno,
llegar ántes á la Habana?
¿Pedro, que tiene prudencia,
ó Pablo, que tiene audacia?

¿Pedro, que cuerdo transige
con el tiempo, si no basta
á dominarlo, ó bien Pablo,
que transacciones rechaza?
Adivino tu respuesta,
y, cual yo, la adivinara
cualquiera, aunque saludado
no hubiera nunca la náutica.
Hacía un mes que *la Concha*,
triunfante de las borrascas,
en el suspirado puerto
tenía echadas las anclas,
cuando, con más averías
que las leyes en España,
por fin tomar puerto pudo
su desventurada hermana.

Pues repugna la comida
al que se la dan mascada,
dejo, lector, de este apólogo
que tú la aplicacion hagas.
Tú verás si hay en política
Pablos de imprudencia tanta
que, en su terquedad, en cuenta
no tienen las circunstancias.
Yo, aunque me llamen retrógrado,
opino que, con el ansia
de marchar siempre de prisa,
á veces se retrograda.

Esto no pasa de ser una opinion mia, opinion muy natural en el que es, como yo, partidario del progreso pacífico.

Creo que no todas las circunstancias son igualmente propicias para lanzar al pueblo por la senda de las grandes reformas.

Hay dias de retroceso en que el que retrocede poco ó se para, avanza relativamente.

Pero las circunstancias propicias deben aprovecharse, porque

pasan pronto y tardan mucho en volver. Lamartine lo dice en versos magníficos, que me tomé la libertad de traducir:

«Dios una hora y nada más otorga
al pueblo que entre grillos se quebranta
y sus cadenas impotente muerde.
¡Ay de aquel que impaciente la adelanta!
¡Ay tambien del cobarde que la pierde!»

Basta. Me he ocupado demasiado de mi propia persona, y no es á mí á quien debo poner en camisa, sino á los partidos. Ya sabes que esto, y no otra cosa, es lo tratado entre los dos. Pero he creido deber colocarme ante tí en una posicion de imparcialidad respecto de los partidos, para que sepas que me hallo en aptitud de dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. *Suum cuique*. Para que no se me acuse de deferente con ningun partido, voy á ocuparme de ellos por órden cronológico. Empiezo.

CAPÍTULO II.

LOS DOS PARTIDOS QUE SON, FUERON Y SERÁN DESDE EL PRINCIPIO HASTA EL FIN DE LAS SOCIEDADES HUMANAS.

Desde que hay sociedades en el mundo, no ha dejado de haber nunca dos grandes partidos, de que han seguido brotando todos los demas, y á que en definitiva se reducen todos. Uno de estos partidos paga; el otro cobra.

En España están los dos campos perfectamente deslindados, mejor deslindados que en ninguna otra nacion del mundo.

En España son de un rigor lógico absoluto los dos siguientes entimemas: «Yo pago, *ergo* no cobro; yo cobro, *ergo* no pago.»

Es imposible confundir uno con otro los dos grandes partidos.

Las cargas y los cargos se hallan distribuidos con una equidad, que pedirla mayor sería gollería.

Aquí no hay nadie que pueda decir que no tiene nada; algo tenemos todos.

Todos acá en España
tenemos algo;
los unos tienen cargas,
los otros cargos.

—

No es España, como dicen
calumniadores ingratos,

tan madrastra de sus hijos,
tan madre de sus hijastros,
que trate mal á los buenos,
que trate bien á los malos,
y ni mal ni bien á algunos
que sobran como pleonasmos.
Apoyo y sostengo
todo lo contrario,
y digo y repito
con fe y entusiasmo,
que todos en España
tenemos algo;
los unos tienen cargas,
los otros cargos.

—

Todo está bien repartido,
hermanos somos al cabo;
bien un ciudadano sopla,
bien sorbe otro ciudadano.
Nadie se queje, señores,
que una teta es el Erario;
¿qué importa que unos la llenen,
si otros la chupan en cambio?
Muy lindo es el juego
que estamos jugando;
dice el uno: *suelto!*
dice el otro: *agarro!*
que todos en España
tenemos algo;
los unos tienen cargas,
los otros cargos.

—

Contribuyentes son unos,
y son otros funcionarios;
si el Tesoro come á Pedro,
se come el Tesoro Pablo.
¡Los unos pagando siempre!
¡los otros siempre cobrando!
cada cual á su manera,

todos sirven al Estado.
Y como haber debe
amos, dó hay criados,
criado es quien paga
y quien cobra es amo.
Que todos en España
tenemos algo;
los unos tienen cargas,
los otros cargos.

—

Por eso todos ardemos,
y todos nos abrasamos,
y todos nos derretimos,
como sebo, en amor patrio.
Todos de ser españoles
igual ventaja sacamos;
para ayudarse, los hombres
en sociedad se agruparon.
Y de abajo arriba,
y de arriba abajo,
todos nos queremos
cual buenos hermanos,
debiéndose á que todos
tenemos algo,
y al que le sobran cargas
le faltan cargos.

Los que cobran y los que pagan son los dos troncos de que derivan todos los partidos que se hallan diseminados por la superficie de la tierra.

¡Y si supieses, lector, cuánto modifica las opiniones el pertenecer á uno ú otro de los dos!

Nuestros antepasados no se hallaban en el caso de notar esta diferencia, porque en sus buenos tiempos, como les llaman los partidarios del pasado, eran siempre unos mismos los que pagaban y unos mismos los que cobraban. Pero hoy que los partidos turnan en el poder, tan pacíficamente como sabes, á lo mejor los que pagaban son los que cobran y los que cobraban son los que

pagan. ¡De qué manera tan distinta ven entónces las cosas unos y otros, aunque estas cosas sigan siendo las mismas, sin haber variado más que el punto de vista bajo el cual se miran!

Parecen imposibles ciertos efectos de perspectiva.

¡Cuán diferente es el mundo para el que cobra de lo que es para el que paga! Al uno, todo le parece bien; al otro, todo le parece mal. Aquél se hace conservador de lo existente, aunque lo existente sea una negacion como la interinidad actual; éste busca en el pasado, busca en el porvenir algo peor que lo existente, y no lo encuentra. Al uno y al otro se les conoce á la primera ojeada. Vas á ver sus caracteres distintivos.

El que se llena de enojos,
de vinagre pone el gesto
y echa chispas por los ojos,
cuando ve que el presupuesto
sus economías traga;
ese paga:
Mas el que muy convencido
dice, con aire formal,
que un presupuesto crecido
no es en España un gran mal
que deba causar zozobra,
ese cobra.

—

El que cree, cual yo creo,
que sin poner correctivo
á tanto inútil empleo,
tanto gasto improductivo,
una bancarota amaga,
ese paga:
Mas quien, riéndose de esos
que el fisco dejó sin trastos,
aumento quiere de ingresos,
no disminucion de gastos,
y que siga la maniobra,
ese cobra.

—

El que pide economías
si el déficit va en aumento,
si ve las arcas vacías,
y al contribuyente hambriento,
y el crédito que naufraga,
ese paga:
Mas el que pide afanoso,
si hay que cubrir atenciones,
otro empréstito oneroso,
y nuevas contribuciones
para coronar la obra,
ese cobra.

—

El que de la Hacienda el carro
viendo cerca de un abismo,
clama contra el despilfarro,
é insiste siempre en lo mismo
como la maza de Fraga,
ese paga:
Mas el que de la *Gaceta*
viendo en una ú otra plana
la consabida receta:
EL PAGO SE ABRE MAÑANA,
cree que el oro nos sobra,
ese cobra.

Ya ves, lector amigo, que las señas son mortales.

El que cobra y el que paga forman dos partidos que no confundirá nunca el que sepa distinguir las gallinas de las zorras, los mosquitos de los murciélagos y las moscas de las arañas.

* * *

Si en este mundo, que es el mejor de los posibles, indagas con ánimo sereno las causas latentes de las luchas intestinas de las sociedades, desde su época más remota hasta nuestros venturosos dias, haciendo caso omiso de las aparentes ó que no son más que pretextos, verás que, cualesquiera que sean los principios que se

invoquen, todas las perturbaciones y convulsiones sociales son el resultado de los empeñados combates que libran los que pagan á los que cobran para desalojar á éstos de sus posiciones, y de la resistencia que éstos les oponen para sostenerse en ellas.

Los que pagan quieren ser de los que cobran; los que cobran no quieren ser de los que pagan.

Varía, segun las épocas, el lema de la bandera de los combatientes, pero el último término de las aspiraciones es siempre el mismo.

Si posible fuera que todos cobrasen y no pagase nadie; si posible fuera que todos comiesen de la olla grande; que hubiera un presupuesto de gastos sin que hubiera un presupuesto de ingresos; si hubiera cargos retribuidos sin haber cargas imponibles, la sociedad estaria tranquila como una balsa de aceite, y recobraria la felicidad edénica, la bienaventuranza de la edad de oro.

Pero esto es una utopia, un imposible.

Ha de haber cargos retribuidos, y por consiguiente ha de haber cargas imponibles.

Ha de haber quien cobre, y por consiguiente ha de haber quien pague.

Durarán pues lo que duren las sociedades los dos partidos antagonistas, el partido de los que cobran y el partido de los que pagan, el partido de los cargos y el partido de las cargas.

* * *

Por más que la necesidad legitime la existencia de estos dos partidos, muy rara vez ó nunca deja de ser legítimo el descontento del que paga, y se justifican por consiguiente, hasta cierto punto, las turbulencias y convulsiones sociales que de este descontento resultan.

El que paga tiene casi siempre razon contra el que cobra, es decir contra el gobierno.

Porque el que paga bien tiene derecho á estar bien servido, y él está mal servido.

Tiene derecho á que se le considere como amo, y se le considera como criado.

Tiene derecho á saber siempre cómo se invierte su dinero, y no sabe nunca cómo se invierte su dinero.

Tiene derecho, cuando se le imponen cargas superiores á sus fuerzas, á exigir una reduccion de gastos y á que esta reduccion se haga debidamente.

Tiene derecho á no pagar más en sangre ni en metálico que lo estrictamente necesario para cubrir atenciones de interes público indispensable, perfectamente conocido.

Tiene derecho á que el peculio que suelta para que se cubran estas atenciones no se distraiga de su objeto, y á que estas atenciones se cubran.

Tiene derecho á que se le proteja en el ejercicio de su libertad para el desenvolvimiento de sus facultades físicas, intelectuales y morales.

Y teniendo derecho á que no se le moleste en este libre ejercicio, es evidente que lo tiene tambien de exigir de aquellos á quienes paga que conserven el órden y la paz pública.

Y teniendo este derecho y todos los demas indicados, tiene incontestablemente el de clamar contra el parasitismo oficial, el de no permitir que haya más empleados pagados por él que los estrictamente necesarios para la gestion de los negocios públicos, el de buscar en estos empleados requisitos y garantías de laboriosidad, probidad y suficiencia; tiene el derecho de reclamar publicidad en el manejo de la Hacienda; tiene el derecho de exigir que todos los asociados gocen de las ventajas del estado social á proporcion de los servicios que presten á la sociedad, con independencia de las opiniones de los individuos, que son libres; tiene el derecho de no retribuir más que á los que le sirven, y no á los que le han servido si les ha retribuido ya, y por consiguiente tiene el derecho de mandar suprimir todas las cesantías, todas, sin excepcion alguna.

Otros muchos derechos le da su condicion de pagano, pero no

puede hacerlos valer sino cuando tiene la fuerza, y ésta no suele ser del partido que paga, sino del partido que cobra, porque la fuerza, es decir el que la manda, tambien cobra y no paga.

Resulta de tan ingeniosa combinacion que los que pagan la fuerza son los mismos contra quienes se emplea. Hubo un capitan general en Cataluña que enviaba á las familias de los desgraciados á quienes mandaba pasar por las armas, una cuenta circunstanciada de los gastos que habian ocasionado al Estado, y en ella incluia el de la pólvora y las balas con que habian sido fusilados. Eso es peor que lo de Isaac, obligado á llevar el haz de leña de su propio sacrificio.

Cuando, como sucede casi siempre, los que pagan no tienen para hacer prevalecer su derecho el apoyo de la fuerza, los que cobran, que son los que tienen la fuerza, los combaten victoriosamente en nombre del órden, no obstante ser ellos los que, conculcando el derecho, provocan todos los desórdenes.

Todos los que cobran aman el órden varsoviano; todos los que comen quieren comer en paz. Sin tranquilidad no se hacen buenas digestiones. El más misántropo, el más fastidiado del mundo, se vuelve optimista desde el momento que se sienta á la mesa del presupuesto. Niega el progreso, niega que el mundo pueda estar mejor de lo que está, ni ser mejor de lo que es; no comprende que haya quien no encuentre en el planeta que habitamos el último término de la perfectibilidad humana, y por consiguiente no cree en otro mejor, no cree en el cielo, ni siquiera en la pluralidad de los mundos habitados. Aquí, y sólo aquí, se cumple el destino del hombre, porque aquí es donde él tiene el suyo de treinta, cuarenta, cincuenta ó sesenta mil reales.

Eso no impide, sin embargo, que para afianzarse en su destino invoque en circunstancias dadas, á más del órden, que él perturba, la religion, en que él no cree.

Tal es el partido que cobra.

Todo, miéntras cobra, lo ve de color de rosa; pero, cuando deja de cobrar, todo se le vuelve negro.

Y cuando el partido que paga, y que ve todo el cielo encapotado, pasa á ser el partido que cobra, se siente súbitamente sumergido en los magníficos resplandores de una inextinguible aurora boreal.

No hay abuso de poder, no hay infraccion de ley, no hay despilfarro gubernativo, no hay ataque á la honra nacional que pasen desapercibidos por el partido que está abajo, es decir por el que paga, y de que se aperciba el partido que está arriba, es decir el que cobra.

Cuando tal ó cual partido
todas las leyes infringe,
y al código establecido
no tiene amor, ni áun lo finge,
y si puede lo derriba,
es señal de que está arriba.
Mas si á la Constitucion
afecta tener respeto,
y ve en todo su infraccion,
y de legal y discreto
blasona con desparpajo,
es señal de que está abajo.

—

Cuando él ensalza un Congreso,
cuyos individuos todos
al Tesoro de su peso
aligeran de mil modos,
sin que de ello se aperciba,
es señal de que está arriba.
Mas si al diputado que es
empleado, arma camorra,
ó desea que á sus piés
suelte el queso, cual la zorra
en la fábula del grajo,
es señal de que está abajo.

—

Cuando tan indiferente
é impasible como un leño,

que agujeree consiente
nuestra bandera el rifeño
hasta hacer de ella una criba,
es señal de que está arriba.
Mas si predica cruzadas
con ardiente frenesí,
y habla de sables, de espadas,
de aplastar al marroquí,
cual si fuese un renacuajo,
es señal de que está abajo.

—

Cuando en un profundo caos
nuestra Hacienda se convierte,
y en banquetes y en saraos
del pueblo el sudor se invierte,
sin que en contra hable ni escriba,
es señal de que está arriba.
Mas si economías pide
con acento plañidero,
y el dolor del pobre mide
cuando al fisco da el dinero
que ganó con su trabajo,
es señal de que está abajo.

—

Cuando no ve que el país,
cansado de despotismo,
se agita, y está en un tris
de caer en un abismo,
como Dios no lo prohiba,
es señal de que está arriba.
Mas si dice que está fuera
la sociedad de su asiento,
por cualquier riña ó quimera
que luégo se llevó el viento
y que el Valdepeñas trajo,
es señal de que está abajo.

—

Cuando, en fin, marcha la cosa,
en su concepto, muy bien,

y es la patria venturosa,
y, cual España, otro Eden
no es posible se conciba,
es señal de que está arriba.
Mas si marcha, en su concepto,
todo mal, todo muy mal,
y al gobierno llama inepto,
haciendo á todo lo actual
la oposicion á destajo,
es señal de que está abajo.

Antes, la precedente copla, que hoy puede aplicarse á todos los partidos, juzgándolos á todos por analogía de los que han imperado en las regiones oficiales, no podia aplicarse á ninguno, porque, como he dicho, ántes los dos partidos únicos que habia, y que son los generadores de los actuales, no turnaban nunca en el poder; era siempre uno mismo el que pagaba y uno mismo el que cobraba.—Qué tiempos aquellos!—exclaman, echándolos de ménos, miéntras firman la nómina, los afortunados que se hallan en el pleno ejercicio de sus facultades presupuestívoras.—¡Qué tiempos aquellos en que el que era empleado no dejaba de serlo hasta que lo llevaban á enterrar! ¿Por qué los destinos no han de ser inamovibles?

Omito decir que esta opinion, que es la de todos los que se hallan en activo servicio, no es la de ningun cesante, ni la de ningun pretendiente desatendido. Los que se encuentran en este caso se rien con razon de cuantos proyectos de ley presentan los *acomodados* para no tener que soltar nunca los innumerables pezones de la gran vaca á cuyo alrededor tienen fruncido el músculo orbicular de los labios.

—Ya os lo dirán de misas,—murmuran al oido de los que están mamando los que esperan tanda para mamar.—Cuando llegue la nuestra, vereis de lo que sirven las leyes que vuestro egoismo y conveniencia os hayan sugerido.

Preciso es confesar que no les falta razon á los que así se expresan. Cuando un partido no se contenta con ser él quien hace

las leyes, sino que las hace no teniendo en cuenta más que su propia conveniencia, es muy justo que haga otro tanto el partido que le sucede.

Y á todo eso, qué dice la patria, que es la nodriza? ¿Qué ha de decir? Como á Quevedo, «la misma indignacion la hace hacer versos.» Hé aquí cómo se quejaba durante la dominacion del bando que cayó envuelto en las ruinas de la dinastía borbónica:

—Tanto y tanto chupeton
agota mi fuerza física;
deja de mamar, tragon;
¿no ves que me pones tísica?—
Así llorando se queja
una mujer, cuya angustia
incesante se refleja
en su tez pálida y mustia.
Y sigue el rorro chupando;
miéntras el ama cantando,
porque de dormirle trata,
le repite sin cesar:
—Tu eterno chupar me mata;
ya no lo puedo aguantar.

—

En vano le mece el ama,
como el mar á una chalupa;
él siempre mama que mama,
él siempre chupa que chupa.
Y siempre haciéndose el sordo
de la pobre á la querella,
se pondrá gordo, muy gordo,
pero acabará con ella.
Se pega al pezon su boca
como la lapa á la roca
y á la piel la garrapata,
por más que siga el cantar:
—Tu eterno chupar me mata;
ya no lo puedo aguantar.

—

Y no creais que es el rorro
un chiquillo diminuto;
engendróle cierto zorro
cuando engendró el Estatuto.
Desde que murió Fernando,
Fernando número siete,
está chupando, chupando,
sin querer se le destete.
Y del ama la afliccion
conmoviera un corazon
que fuese de hoja de lata,
pues no cesa de exclamar:
—Tu eterno chupar me mata;
ya no lo puedo aguantar.

—

¿Quién resiste una mamada
de un chicote tan crecido,
que solo de una tirada
mamó un oncenio seguido?
¿Por qué el ama no le envia
á chupar palo campeche?
Al cabo llegará un dia
en que diga:—No hay más leche.—
Da mucha lástima oir
á la infeliz repetir,
miéntras el suero y la nata
él traga á todo tragar:
—Tu eterno chupar me mata;
ya no lo puedo aguantar.

—

Empréstitos más de tres,
y otras mil cosas, lector,
te dicen muy bien quién es
ese eterno chupador.
Y esta nacion que agoniza
debe parecerse mucho
á la estenuada nodriza
cuyo triste canto escucho.
El partido moderado

á este pueblo desgraciado
era antaño, hablando en plata,
quien la obligaba á gritar:
—Tu eterno chupar me mata;
ya no lo puedo aguantar.—

Pobre España! En 1868, despues de la Revolucion de Setiembre, creyó ver el cielo abierto cuando quitaron la teta al partido moderado, que la habia chupado tanto. Tan agarrado estaba á ella, que fué preciso hacérsela soltar á cañonazos. La soltó, y España se puso muy contenta. Pero, pobre España! duró poco su alegría. ¿Cómo habia de presumir que se la acabarian de comer los mismos que, cuando veian chupar á su antagonista, ponian el grito en el cielo afectando compadecerla, y de palabra y por escrito, en verso y en prosa, en las calles, en los cafés, en los teatros, en las tertulias, en los periódicos, en la tribuna, en todas partes, anatematizaban los despilfarros, los empréstitos, las quintas, las contribuciones, el favoritismo, el fausto oficial, la falta de luz en los negocios, la empleomanía, etc., etc., etc.?

Pobre España! Cuando se libró del insaciable mamon, estaba ya en los huesos, desfallecida, aniquilada, estenuada, y, sin darla tiempo de reponerse un poco, la cogieron por su cuenta, para que les amamantase, tres partidos en lugar de uno.

Por fortuna, hubo un grito de: «Las glándulas mamarias de la madre patria no segregan leche para todos! ¡Radicales, á defenderse!» Qué bien se deja oir la voz del patriotismo!

Uno de los tres partidos se resignó á separarse de la codiciada ubre; pero, áun así, quedaron dos agarrados á ella. Y qué dos! qué fuerza de succion la suya! qué elasticidad la de su estómago!

Los dos estaban hambrientos. ¿Qué tiene que ver con su hambre la que se pasó en el sitio de Gerona? Son dos partidos que todo lo chupan, que todo se lo tragan. Sus fuerzas digestivas se han practicado hasta en aves y peces reservados por los naturalistas para ensayos de aclimatacion, y se tiene por un milagro que se hayan librado de la intemperancia de sus mandíbulas los

ejemplares disecados del Museo de Historia Natural. Capaces son de haberse hecho servir en ensalada hasta los árboles del Pardo y de la Casa de Campo, de donde han desaparecido muchos. Lo que no admite duda es que los usufructuarios de la *Setembrina* han chupado hasta la leche correspondiente á las pobres criaturas recogidas en la Inclusa, pues equivale á habérsela mamado haber puesto á las nodrizas en el caso de abandonar su cria por falta de fondos con que pagar los intereses de su maternidad alquilada. Qué buitres! Está visto; los de la *Tertulia* quieren toda la leche para sí; no dejan mamar ni á los expósitos.

Se ha hablado tambien de alguna espada célebre reducida á quimo por no se sabe qué estómago. ¡Habladurías de los que pagan y no cobran! Bajo el imperio de la cosa rara á que se halla España sometida, ¿no puede haber, para tragarse espadas, prestidigitadores, saltimbanquis ó jugadores de manos, como muchos que se han visto en los teatros?

Son demasiado dos mamones, en lugar de uno, chupando á destajo con sus innumerables palpos ó tentáculos, despues de una prolongada abstinencia. No sé, lector, si has notado que un partido es un monstruoso y enorme pulpo que tiene tantos chupadores ó ventosas cuantos son los individuos de que se compone.

Y entre estas ventosas, hay algunas formidables.

Hay una, que se llama embajada de París, que extrae una cantidad de humores que parece fabulosa.

Si alguna vez, lector, te han aplicado sanguijuelas, habrás notado que hay, entre las más voraces, una que es la primera que agarra y la última que suelta, y se hincha más que un globo aerostático. Pues bien; una sanguijuela por el estilo es un embajador de España en París, pero mayor, mucho mayor, y chupa á proporcion de su tamaño. Para hacerte cargo de lo que traga, figúrate lo que chuparia un mosquito del tamaño de un buey, una sanguijuela del tamaño de una ballena franca.

A propósito de sanguijuelas. En ciertas comarcas he visto balsas en que, el que se mete, queda al momento cubierto de esa es-

pecie de anélidos, sedientos de sangre como los prusianos del rey Guillermo. ¿No te parece, lector, que España entera está metida en una de esas balsas?

Se dice que quien no llora, no mama. Tratándose de partidos, lo que sucede es que quien no mama, llora.

En los períodos de forzoso ayuno á que se ven condenados los partidos presupuestívoros, los lamentos de sus individuos ablandan las peñas.

Á instancias de algunos de ellos, compuse la siguiente jaculatoria como apéndice de un devocionario:

Á vos me encomiendo, Señor, á vos hablo,
si sois en España quien quita y quien da;
pero si es el diablo, me encomiendo al diablo,
á quien doy el alma, si suya no es ya.
En vano continuas anuncio las crísis
que digo que minan la actual situacion;
en vano repito que pérfida tísis
de los que hoy gobiernan consume el pulmon.
En vano queriendo que lleguen al solio
temores de riesgos supuestos por mí,
invento fecundo mentiras de á folio,
y anuncio desastres que nunca preví.
En vano contrito conviértome en neo,
y estoy de rodillas haciendo oracion,
y luégo me rio, sintiéndome ateo,
de las rodilleras de mi pantalon.
En nada yo creo y en mí nadie cree;
de nada me sirve ningun antifaz;
al trasluz de todos el pueblo en mí lee
el plan de egoismo que oculto falaz.
Señor, tú eres grande, porque tú has dispuesto
para el aire al ave, para el mar al pez,
y á los españoles (1) para el presupuesto;

(1) En lugar de españoles, el devoto dirá progresistas, moderados, radicales, etc., segun sea el partido en que se halle afiliado. La oracion está escrita para uso de los fieles de todas las comuniones políticas en sus dias de tribulaciones.

Señor, tú eres grande, repito otra vez.
Mas, ay! pasan dias, y el tiempo se escapa,
mi bella esperanza llevando tras sí;
Señor, si á la roca pegaste la lapa,
¿por qué al presupuesto no pegarme á mí?
Si en trance tan duro, Señor, no me ayudas,
si pronto mi bando no vuelve al poder,
me cuelgo de un árbol lo mismo que Júdas;
no siendo empleado, más vale no ser.
Á vos me encomiendo, Señor, á vos hablo,
si sois en España quien quita y quien da;
pero si es el diablo, me encomiendo al diablo,
á quien doy el alma, si suya no es ya.

Esta oracion hace mucho bien á los infelices á quienes han limpiado el comedero, si creen firmemente en Dios ó en el diablo. Falta que crean. Son tan excépticos los partidos militantes!

Pero quién me mete ahora en partidos militantes? No es de ellos de quienes se trata, sino de los dos primeros y últimos partidos que son, fueron y serán *in principium*, *et nunc*, *et semper*, *et in sæcula sæculorum*. Y de éstos nada más digo, porque lo que me resta que exponer acerca de ellos quedará expuesto naturalmente al ocuparme de los demas partidos que son sus submúltiplos, y cuyas verdaderas tendencias he prejuzgado ya con exceso.

CAPÍTULO III.

EL GRAN PARTIDO Ó EL PARTIDO INNOMINADO.

Por lo mismo lector, que *El Jesuita*, para pertenecerse á sí propio, no pertenece á ningun partido, pertenece al partido más considerable, al partido de los que como él, para pertenecerse á sí propios, no pertenecen á ninguno.

Este partido, el mayor de todos, á que *El Jesuita* pertenece no perteneciendo á ninguno, es innominado. Nadie sabe cómo se llama; no se llama nada. Si tuviese un nombre, dejaria de ser lo que es, un partido que no es partido.

¿Qué serian los partidos sin nombre, si algunos de ellos no se distinguen unos de otros más que por el nombre? Sin nombre, existirian acaso? ¿Hay algun clasificador, aunque para determinar los caracteres distintivos de los objetos sometidos á su análisis tenga la perspicacia de un Linneo, que, sin nombrar al partido moderado, al unionista y al progresista, sea capaz de definirlos de manera que por la sola definicion se les distinga?

No. En el poder, que es precisamente el terreno práctico, el terreno de aplicacion de sus teorías, todos son, como diria Fernando VII, los mismos perros con diferentes collares. Todos son exactamente lo mismo, y si entre ellos se nota alguna diferencia, ésta depende exclusivamente de las circunstancias del tiempo y del carácter de los individuos que se hallan al frente de la administracion, no de una disparidad de principios, ni siquiera de conducta.

¿No has visto, lector, progresistas que, figurando en su comunion, no como subalternos, sino como personajes importantes, resuelven todas las cuestiones con un criterio tan conservador como el de los moderados más conservadores? ¿No has visto muchos unionistas más liberales que muchos progresistas? ¿Concibes un Ministerio, no ya unionista, sino moderado puro, cuya política en las actuales circunstancias en que en España no hay un rey con quien transigir, ni en Francia un poder con quien contemporizar, y en que Europa atraviesa un período de trasformacion y palingenesia, concibes, digo, un Ministerio, no ya unionista, sino moderado puro, cuya política no fuese de hecho más liberal que la del que forma hoy las delicias del progresismo, y que está todo compuesto de progresistas circunstancialmente demócratas, y hasta de ex-republicanos circunstancialmente monárquicos?

Pues bien; si el Ministerio actual fuese reemplazado por otro, no ya moderado puro, sino unionista, los progresistas asegurarian que el carro de la revolucion, como ellos dicen, tiene enganchados los caballos á la trasera; que en lugar de avanzar, retrocede; que España se precipita á todo vapor por el ferro-carril de la reaccion; que entre el sol de la libertad y nuestro planeta se ha interpuesto el opaco absolutismo, y ha producido un eclipse total de duracion ilimitada. Ya sabes que las metáforas tomadas de la astronomía son del gusto de los oradores de la Tertulia que no han estudiado astronomía, y la Tertulia es todo el partido progresista, ni más ni ménos. Hablarian de eclipses de la libertad, como si ésta no estuviese ya eclipsada desde que empezó á funcionar la partida de su partido que no es más que un *mito*.

No llamándose progresista, cualquier Ministerio monárquico, por liberal que fuese, sería hostilizado como retrógrado por los titulados progresistas, aunque les dejase tocar el himno de Riego y llevar uniforme y decir «atras, paisano!» que es la mejor prueba de liberalismo que puede dar un gobierno.

Ya ves, pues, lector cuánto á los partidos importa el nombre. Los partidos monárquico-constitucionales sólo por el nombre se distinguen unos de otros, siendo imposible definirlos por carecer de caracteres propios y determinados que, conviniendo á todos los individuos que componen uno de ellos, no corresponden en manera alguna á los individuos que componen los otros. No existen caracteres exclusivos que convengan á todos los progresistas sin excepcion, sin convenir á ninguno de los individuos que se titulan moderados. No existen caracteres exclusivos que no permitan á los moderados confundirse con ninguno de los individuos que se titulan progresistas. Y quien dice moderados y progresistas, dice unionistas. Ya lo he dicho; á pesar del empeño que tienen los tres partidos constitucionales en no parecerse entre sí, son tales sus analogías y semejanza, que el genio clasificador de un Linneo ó de un Cuvier, aplicado todo entero á la política, se estrellaria ante la dificultad de formar de ellos órdenes distintos.

Y al mismo tiempo que tienen todos el mismo aire de familia, ofrecen entre sí los individuos de cada partido una diversidad tal de matices, que, con mucha frecuencia, es más fácil distinguir en la esfera de los principios un progresista de otro progresista, y un moderado de otro moderado, que éstos de aquéllos y aquéllos de éstos.

No me citarás dos progresistas que se parezcan entre sí más de lo que cualquiera de los dos se parece á un moderado cualquiera.

Moderados y progresistas son lo mismo, y hé aquí la razon de que se odien tanto. No les separa la valla de principios genuinos propios de cada partido. Se aborrecen porque aspiran á un mismo fin, y la identidad del objeto que se proponen alcanzar es la causa del antagonismo mortal que les divide.

Qué objeto es ese? me preguntarás. Ay, lector! siendo en todos los partidos muy enérgicas las funciones asimilativas, no es posible ninguna transaccion entre los que comen y los que ayunan en las cuestiones que afectan al estómago. Los partidos no se

coaligan nunca sino para comer, y riñen siempre por la comida. Cuando uno come, los demas se mancomunan para apoderarse del rancho, y si lo consiguen, forman rueda alrededor de la marmita; pero ésta, por grande que sea, no lo es bastante para tanta gente. Á la hora de comer empiezan las desavenencias, como les sucedia al perro y al gato de Juan Perez. ¿Sabes quién es Juan Perez? Voy á decírtelo.

Juan Perez es un alférez
del servicio retirado:
queda, por tanto, probado
que no es muy rico Juan Perez.
Subió poco en su carrera,
y por la misma razon
hoy se ve en la precision
de subir mucha escalera.
En un sotabanco tiene
su mal catre y peor mesa.....
Mas basta: en la cuestion esa
nada me va ni me viene.
Entro en materia de lleno:
Juan tiene un perro y un gato
que se resienten del trato
que les da, que no es muy bueno.
Condenados á abstinencia,
no pueden con lo que comen
satisfacer de su abdómen
la natural exigencia.
Mas si bien dice un refran,
refran de los más sabidos,
que siempre mal avenidos
perros y gatos están,
de este refran la alusion
destruye prácticamente
el natural complaciente
del perro y gato en cuestion.
No es extraño, pues, segun
cierto autor de mucha nota,

los mutuos odios embota
el infortunio comun.
Les une apretado nudo;
va el uno del otro en pos,
y, para echarse, los dos
buscan el mismo felpudo.
Mas no digo que distinto
no es su carácter, no tal;
en el mundo cada cual
tiene su genio y su instinto.
Pero aunque en algun asunto
opinen de opuesto modo,
por más que los dos del todo
discrepen en más de un punto,
sin arañar, sin morder,
pasan en paz todo el dia.....
mas ¡ay! cesa la armonía
á las horas de comer.
Arquea el gato su cerro
cuando hay que lamer un plato,
y el perro tambien al gato
le pone cara... de perro.

—

Eso te dice, lector,
que fácilmente una alianza
hasta entre el gato peor
y el peor perro se alcanza.
Pero es fuerza que confieses
que con muy poco trabajo
la oposicion de intereses
las alianzas echa abajo.
Por eso me he figurado,
aunque otra cosa se diga,
que los bandos que han formado
contra otro bando una liga
prolongarán su armisticio,
consolidarán su union,
si el completo sacrificio
les basta de su opinion.

Mas yo á la mia me aferro,
y digo que por el plato
el gato arañará al perro
y el perro morderá al gato.

No te parece lo mismo que á mí? ¿No te parece que, habiendo más gatos y perros que platos que lamer, al llegar la hora de almorzar estarán siempre los partidos, por más que momentáneamente parezca que hacen buenas migas, como perros y gatos?

Vamos á cuentas.

El país paga veinte veces más de lo que puede. Los impuestos con que se le abruma son infinitamente superiores á sus fuerzas. Y no obstante ser tan crecido el presupuesto, es insuficiente para saciar el estómago de los Heliogábalos de un solo partido. ¿Cómo, pues, ha de saciar el de dos, tres ó más partidos, todos á cual más famélicos? De ninguna manera; son habas contadas.

* * *

Si en el seno de un mismo partido se forman partidos nuevos por la disolvente accion de los jugos gástricos, ¿qué no ha de suceder cuando se reunan varios partidos para quimificar y quilificar la sustancia del Estado, que ya casi no tiene sustancia? La concordia, áun entre las fracciones de una misma comunion, es imposible. Ríete siempre que te hablen de ella. Por elástico y extensible que sea el presupuesto, que nunca lo es tanto como los estómagos de los presupuestívoros, no se puede estirar hasta el extremo de dar en él cabida á todos los parásitos que le piden el *panis noster cotidianus*. Contra las satisfacciones de los estómagos repletos, habrá siempre las protestas de los estómagos vacíos. Los partidos han tomado á España por un pastel sabroso, y ya sabes lo que pasa con los pasteles que se cubren de moscas en verano.

Cuando en verano un pastel
se cubre de moscas todo,

no riñen de ningun modo
las que se ceban en él.
Sin que entre ellas se desborden
malas pasiones jamás,
chupan todas á cual más
y no perturban el órden.
Mas si bien obra suprema
el rico pastel del arte,
formado de ojaldre en parte
y en parte tambien de crema,
por sus grandes dimensiones
es un pastel colosal,
como el presupuesto actual
que asciende á tantos millones,
tanta mosca le acomete
y tanta mosca le asalta,
que á muchas moscas les falta
un lugar en el banquete.
No hay una que no codicie
un pastel tan singular,
y que no quiera ocupar
un puesto en su superficie.
Mas del botin al olor
acuden tantas con hambre,
que es el famélico enjambre
á cada instante mayor.
Callan todas las que chupan,
que al buen callar llaman Sancho,
siendo su bandera el rancho
encima del cual se agrupan.
El resto del bando hambriento,
zumbando alrededor, vuela,
y con su runrun revela
su impaciencia y descontento.
Así se produce un cisma
entre individuos que son
de una misma comunion
y de una familia misma.

—

En esto un podenco pasa,
y á las que chupan con gusto
da, sin él saberlo, un susto
y las destituye en masa.
Y las que alredor zumbaban,
como vertiendo denuestos,
vuelan á ocupar los puestos
que las demas ocupaban.
¿Habrá ahora paz y union?
Lo mismo que ántes, que al fin,
aunque dueñas del botin
las que lo anhelaban son,
ahora se oye el zumbido
de las que chupaban ántes,
y lloran, como cesantes,
la posicion que han perdido.
Terminarán sus querellas,
cesará su lucha cruel,
lector, cuando en el pastel
quepan juntas todas ellas.
Y si es claro, como el sol
que en el cenit resplandece,
que el tal pastel se parece
al presupuesto español,
no extrañes, lector, que cuando
me hables de conciliaciones
entre las várias fracciones
de erariopófago bando,
tuerza con desden el gesto,
y diga resueltamente:
lector, para tanta gente
es pequeño el presupuesto.

Pícaro estómago! ¡causa principal de la lucha que, desde que el mundo es mundo, sostienen unos contra otros todos los séres creados! ¡Desorganizador corrosivo de los partidos y de las sociedades! Demasiado favor te hacen los esplenógrafos comparándote á una gaita gallega. Sin tus exigencias, tal vez España se ha-

bria librado de la interinidad y de sus consecuencias incalculables, y muchas cosas que han pasado no habrian pasado, y muchas que pasarán no pasarian.

* * *

Es imposible ocuparse de los partidos que desde la muerte de Fernando VII han espigado en los campos de la patria, entre los rastrojos que habia dejado la hoz monacal, sin hacer mencion de la más prosaica de las vísceras abdominales. Partido medio y estómago son dos palabras casi sinónimas, y el que juzga á los partidos por las funciones que ejercen y la mision que han venido á cumplir, no puede tener inconveniente en reemplazar un vocablo con otro y decir estómago en lugar de partido, en esta forma: Estómago progresista, estómago moderado, estómago unionista, estómago democrático. ¿Variaria acaso el sentido de la locucion si los españoles, en vez de preguntar qué partido nos manda, preguntásemos qué estómago nos digiere; ó bien, si en vez de preguntar qué partido nos manda ó qué estómago nos digiere, preguntásemos qué partido nos digiere ó qué estómago nos manda? Mandar y digerir, no es acaso en España lo mismo?

Y tratándose de partidos medios, lo mismo es uno que otro, sin que puedan mutuamente envidiarse sus fuerzas digestivas. Los principios, no siendo los de la mesa, no juegan para nada en su antagonismo, por más que ellos pretendan fundarlo en la esencia de lo que llaman sus respectivas doctrinas. Poco les importa que éstas desciendan ó nó de las regiones de la especulacion al terreno de la práctica. Las ideas, no pudiéndose hacer de ellas, como del jamon, tajadas manducables, todas son nada; los partidos ó los estómagos, que es lo mismo, lo son todo. Así es que si los progresistas, hallándose en el poder, ó siendo dueños de la marmita, hacen algo por equivocacion á favor del órden, los moderados consideran este acto como una usurpacion de sus doctrinas, y, léjos de felicitarse por él, exclaman en tono de recon-

vencion: *Estais gobernando con nuestros principios!* Y lo mismo dicen los progresistas á los moderados, cuando, hallándose éstos en el poder, hacen algo, que nunca es mucho, á favor de la libertad.

Y yo digo á unos y á otros:

Si fuéseis hombres de principios políticos, ¿qué os importaria con tal que éstos se practicasen, que fuese moderado ó progresista el encargado de su aplicacion? Ahora os importa mucho; os importa establecer desemejanzas artificiales que no existen más que de nombre; os importa hacer ver que sois diferentes unos de otros, que profesais principios de política distintos, porque las oficinas del Estado, no obstante ser tan numerosas y capaces, no lo son bastante para conteneros á todos. Os habeis acostumbrado á considerar á España, no como una nacion, sino como un refectorio. Vuestras disidencias no proceden de las doctrinas, sino de los intereses, y por eso, los que no se alimentan de la sustancia del Erario, ya sea porque no necesiten alimentarse de ella, ya porque carezcan de favor para poder aspirar á una posicion oficial y renuncien á obtenerla con la resignacion de la zorra que no podia alcanzar las uvas, ya porque les repugne el uso de los malos medios de que se valen muchos para sentarse á la mesa del presupuesto, no tienen el mal gusto de ser progresistas ni moderados, entre los cuales no hay ningun amante platónico. El que destruya en España los gérmenes de esa enfermedad endémica que se llama empleomanía, abriendo nuevas vías de aplicacion á la actividad del país, para que no tenga que afluir y agolparse casi toda entera en las regiones oficiales, habrá pronunciado la oracion necrológica sobre la tumba de los gobiernos de partido.

* * *

Porque es contra éstos, y no precisamente contra los partidos, contra quienes *El Jesuita* se rebela. Y nótese que por gobierno de partido no entiende el que gobierna en conformidad con los prin-

cipios, sino con los intereses de un partido. Más de una ocasion tendrá *El Jesuita* de desenvolver esta idea.

En la imposibilidad de hallar en los principios un carácter bastante pronunciado para distinguirse, moderados, unionistas y progresistas lo buscan en la persona por quien se hacen representar, y abdicando en un jefe, degeneran en idólatras, como los fanáticos adoradores del zancarron de Mahoma, y, lo mismo que éstos, emplean indistintamente para designarse el nombre bautismal de un partido y un adjetivo formado del apellido del caudillo á quien rinden veneracion y culto. Progresista y esparterista, moderado y narvaista han sido por espacio de mucho tiempo palabras sinónimas, habiendo llegado á un extremo tal el *fetiquismo* (con perdon sea dicho del Diccionario de la Academia), que si Espartero se hubiese hecho moderado y Narvaez se hubiese hecho progresista, casi todos los moderados se hubieran hecho progresistas con Narvaez, y casi todos los progresistas se hubieran hecho moderados con Espartero.

Y ni unos ni otros hubieran tenido que modificar su credo. Se distinguen por el nombre. No más que por el nombre.

En la lucha sistemática de que eres testigo, ¿no estás cansado, lector, de ver á los progresistas reprobar en los moderados y á éstos reprobar en aquéllos lo mismo que aprueban ó ensalzan en uno de su propio partido?

Si alguna vez los progresistas y los moderados han pretendido hacer de los principios la manzana de sus discordias, no lo han conseguido sino modificando su dogma, ó, por mejor decir, dándose un dogma, porque ellos no lo tienen, y si lo tienen, es esencialmente igual el que profesan los unos al que profesan los otros. Desde ántes, desde mucho ántes de la Revolucion de Setiembre, los moderados se habian desconstitucionalizado hasta el punto de confundirse con los absolutistas, y luégo, al caer el trono, los progresistas salvaron la barrera que les separaba de la democracia para pedir á ésta una mano de barniz con que cohonestar su monarquismo de que se avergüenzan, y de que al mismo tiempo

no saben prescindir, porque les gustan los títulos, los cintajos, las paradas, las fiestas, y oir la marcha real, interpolada entre el trágala y el himno de Riego.

Pero si los progresistas y los moderados fuesen algo más que un nombre, al hacerse los unos demócratas y los otros absolutistas más ó ménos vergonzantes, en lugar de crear un partido progresista y un partido moderado distintos uno de otro, hubieran acabado con los dos; pero no fué así, porque en su trasformacion no abandonaron ningun principio, puesto que no tenian ninguno, ni abandonaron tampoco su nombre, que es lo único que tienen, lo único por lo que se les distingue.

* * *

Ya he demostrado que un partido sin nombre no es partido, y por consiguiente, no lo es el partido á que yo pertenezco, que precisamente se diferencia de todos los otros en que no tiene nombre.

—Qué embolismo! qué confusion! exclamarás tú, lector, y me preguntarás si mi partido, ya que no tiene nombre, al ménos tiene principios.

Tampoco tiene principios.

C'est trop fort, dirias tú si fueses frances.

Y yo, que soy español, te responderia:—Pues ahí verá usted!

El partido ó no partido á que yo pertenezco carece de bandera, de doctrina codificada, de símbolo comun. No hay entre los que lo forman ninguna comunidad de ideas. Cada cual tiene las suyas, ó no tiene ninguna, que es lo más frecuente. Hay en él republicanos y monárquicos, pero ni unos ni otros pertenecen á ninguno de los grupos en que los republicanos y monárquicos se dividen. Dicho queda que todos se pertenecen á sí mismos.

Este partido innominado, á quien, para llamarle algo, seguiré llamando partido, aunque no lo sea, se compone de elementos heterogéneos, y si bien es inocente, inofensivo, nada inten-

cionado, su desarrollo excesivo es una prueba de la mala constitucion de los partidos militantes que ahogan la opinion pública, y del estado de decadencia y falta de vitalidad de un país. Es un caso de patologia social, un fenómeno morboso.

Este partido negativo forma en cierto modo en el cuerpo social una masa inerte, indolente y apática, que no representa el espíritu público, porque éste, cuando existe, es muy activo, es el alma de las naciones; pero llena el vacío que el espíritu público deja cuando se ha sobrepuesto á él, y le ha hecho desaparecer, el espíritu de partido.

Y sin embargo, los partidos creen ó afectan creer que su espíritu es el espíritu público, el espíritu público por ellos desconocido, el espíritu público que es la antítesis del suyo, el espíritu público que es el único de que espera España su resurreccion.

Porque todos los males de nuestra patria proceden del espíritu de partido, y todos los males de nuestra patria sólo por el espíritu público pueden ser curados.

Pero al mismo tiempo que la carencia de espíritu público alimenta el espíritu de partido, éste impide que aquél se forme, y la nacion, abatida y angustiada, pasando alternativamente del poder de una bandería al de otra bandería, se encuentra en la crítica situacion de un enfermo atacado de una dolencia crónica, que despide á un charlatan para entregarse á otro charlatan, sin que ninguno con su maravilloso específico, ruidosamente preconizado, acierte á devolverle la salud y la vida.

La política tiene como la medicina, y más aún que la medicina, sus empíricos, sus charlatanes, que son los hombres de partido. Éstos poseen todos una prodigiosa receta, cuya infalible virtud para salvar al país anuncian con estrépito, procurando al mismo tiempo desacreditar toda receta que no sea la suya. El país, en su desesperacion, se entrega, aunque con desconfianza, á cualquiera de ellos; y el resultado es que varía sin cesar de planes curativos, y se siente peor cada dia. ¿No es ésta la pintura fiel de nuestro desgraciado país desde que brilló con los últimos

resplandores del espíritu público en la gloriosa guerra de la Independencia? ¿No podrian aplicarse á la desventurada España con tanta razon como á la hoy no ménos desventurada Francia las siguientes palabras de Guizot:

«La paz es imposible, en tanto que las diversas clases, los »grandes partidos políticos que encierra nuestra sociedad, nutran »la esperanza de anularse mutuamente y poseer solos el poder. »No es otro el mal que desde 1789 nos trabaja y trastorna perió»dicamente. Ya los elementos democráticos se empeñan en extir»par de raíz todo elemento conservador, ya los elementos conser»vadores se empeñan en ahogar los elementos democráticos, y en »arrebatarles el dominio. Las constituciones, las leyes, la prác»tica del gobierno se han dirigido sucesivamente como máquinas »de guerra hácia el uno ó el otro de esos dos objetos. Guerra á »muerte, en la cual ni uno ni otro de los combatientes creia po»der vivir quedando su antagonista en pié.»

* * *

Todo lo que es estéril, miserable, efímero, es obra del espíritu de partido.

Todo lo que es fecundo, grande, permanente, es obra del espíritu público.

El espíritu público dió á Colon los marineros y soldados con que fué desde España al descubrimiento de un nuevo mundo;

El espíritu de partido envió á Colon desde el Nuevo Mundo á España cargado de cadenas.

El espíritu público lanzó á Cortés á la conquista de Méjico;

El espíritu de partido condenó al héroe incomparable, al más magnánimo de los conquistadores, á la miseria más espantosa.

El espíritu público arrancó Granada del poder de los moros;

El espíritu de partido expulsó á los moros de España, y con ellos expulsó las ciencias, las artes y todas las industrias.

El espíritu público colocó al conde de Floridablanca á la ca-

beza de la Junta central, que organizó la resistencia de España para oponerse al torrente de la invasion extranjera;

El espíritu de partido habia ántes derribado á Floridablanca del Ministerio, y le habia desterrado á Murcia, y encerrado en la ciudadela de Pamplona.

El espíritu público habia inspirado á Cárlos IV el nombramiento de Jovellanos para la embajada de Rusia;

El espíritu de partido confinó á Jovellanos á Asturias, y despues á Mallorca, y por último le llevó preso al castillo de Bellver.

El espíritu público hizo del Empecinado el Viriato de los tiempos modernos, el terror de las huestes extranjeras que amancillaban con sus plantas el sagrado suelo de la patria;

El espíritu de partido entregó á las manos del verdugo aquella gran gloria nacional escarnecida y vilipendiada.

El espíritu público abatió en España el vuelo de las águilas imperiales que devoraban á Europa;

El espíritu de partido hace á España doblarse á las exigencias de cualquier monarca extranjero.

El espíritu público, que habia dado á la epopeya patria un incendio de Numancia y de Sagunto, la adicionó con dos nuevos magníficos cantos en Zaragoza y en Gerona;

El espíritu de partido nunca ha producido más que motines como los muy asquerosos que registra en sus fastos la historia de nuestros dias.

El espíritu público obligó al absolutismo á quemar en Vergara sus banderas;

El espíritu de partido galvaniza al absolutismo desahuciado.

El espíritu público es reformador;

El espíritu de partido es trastornador.

* * *

En España el espíritu público, que es la fuente de todos los

bienes, se halla comprimido por el espíritu de partido, que es la fuente de todos los males.

Todo en España es malo, y todo es obra de los partidos; todo se hace en favor ó en contra de tal ó cual partido, todo en nombre de un partido.

Lo mismo mandando unos que otros, la Constitucion, la ley fundamental del Estado es siempre hija de un partido; la administracion de justicia pertenece á un partido, la enseñanza á un partido, todos los cargos públicos á un partido; el gobierno gobierna en provecho de un partido, y en interes de un partido se le hace la oposicion.

Hasta á las solemnidades, á las festividades nacionales más independientes de la política militante, se procura dar el color de un partido. Se da el color de un partido hasta á la distribucion de premios artísticos, hasta á la traida de las aguas del Lozoya á Madrid, y se confiere al general Espartero, porque se coloca á la cabeza del partido progresista, el grado de doctor *in utroque*.

Porque el espíritu de partido, amén de todo lo demas, es ridículo.

Recorre, lector, todas las oficinas, todas las dependencias del Estado, hasta las universidades, hasta los archivos, hasta las bibliotecas. Ve quiénes ocupan los destinos, examina sus antecedentes, y hallarás que, de los ciento, los noventa y nueve, carezcan ó nó de mérito para desempeñarlos, no los deben á su mérito, sino al espíritu de partido. El espíritu de partido lo monopoliza todo de tal manera, que confiere hasta los cargos puramente honoríficos, si bien, para cohonestar su parcialidad y exclusivismo, deja de cuándo en cuándo caer alguno de ellos sobre algunos pocos de los que no ha avasallado.

Bajo el reinado de Doña Isabel II, durante la interminable dominacion de los reaccionarios, nadie que no fuese ultra-moderado podia aspirar al título de individuo de la Real Academia Española. Verdad es que no se exigia ningun otro requisito, pero éste era indispensable. Un D. Pascual, antiguo conocido mio, se mo-

ria de ganas de ser académico, y me preguntó si le consideraba dotado de las circunstancias debidas para aspirar á la primera vacante. Le respondí como sigue:

Créame usted, don Pascual,
aquí el mérito se premia;
no siendo usted liberal,
si escribe y habla muy mal,
puede entrar en la Academia.

* * *

Un país desorganizado por los partidos no puede esperar su salvacion sino de un gobierno que no pertenezca á ninguno. Necesita un hombre de Estado que coloque el espíritu público sobre los intereses de bandería. Si la Providencia lo depara, el país puede pronunciar el *consummatum est* sobre la fosa de los partidos; pero si la Providencia lo niega, el país no tarda en ser un cadáver que no espera de los buenos patricios más que una oracion fúnebre.

* * *

Hasta ahora la Providencia ha negado á España, como lo ha negado tambien á Francia, ese hombre predestinado que suele aparecer de improviso en medio de las convulsiones y cataclismos sociales. Así es que en España, como en Francia, el espíritu público no sale de la postracion y abatimiento en que cayó desde que un rey ingrato, por quien los españoles habian prodigado generosamente su sangre, recompensó con cadenas los sacrificios que habian hecho para rescatarle de su cautiverio.

Desde entónces el espíritu público no se ha manifestado en España más que por estériles conatos, de que sólo se ha aprovechado el espíritu de partido.

* * *

Ni áun en 1848, cuando en Francia el sacudimiento de Febrero conmovió todo el mundo, pudo el espíritu público dar en España alguna señal de vida. El espíritu de partido multiplicó sus esfuerzos para ahogarlo; y cuando en Francia se entronizó la reaccion, miéntras nuestros moderados, á coro con los absolutistas, se empeñaban en que nuestra política fuese un gesto de la del otro lado de los Pirineos, en menoscabo de la poca libertad que nos quedaba y de la dignidad nacional, el Piamonte, que se hallaba respecto de Austria en una posicion mucho más desventajosa que España respecto de Francia, encontró al hombre que á nosotros nos falta; encontró quien supiese despertar el espíritu público y hacerse fuerte con él para burlar las intrigas de la opresora de la pobre Italia, y supo con su tribuna y con su prensa ser la Vestal que alimentó sin cesar el fuego santo de la libertad italiana.

Miéntras bajo las administraciones que precedieron en España á la insurreccion de Febrero de 1848, la diplomacia española, alentada por el espíritu de partido, mendigaba á Roma cadenas para esclavizar la patria y restablecer órdenes religiosas, poniendo de esta manera un Estado dentro de otro Estado, el Piamonte se sobrepuso á las notas con que la córte de Roma le amenazaba, procedió á la abolicion de los privilegios, y la teocracia, que es el peor de los partidos y el peor de los despotismos, creyendo dominar como en otro tiempo los ánimos, en lugar de conseguir alarmar las conciencias con todo género de oposiciones, vió levantarse por el pueblo un monumento al ministro que sometió al Parlamento las sábias leyes que daban el último golpe al feudalismo clerical.

* * *

¿Y en qué época, gracias al espíritu público, tuvo el Piamonte energía para conservar su independencia, cuando habia entre los españoles almas bastante débiles para aconsejarles que consintie-

sen en el menoscabo de la suya? Un gobierno de partido queria que los españoles, que habian sacado triunfante la libertad de los campos de batalla, la inmolasen á las exigencias extranjeras, miéntras los piamonteses, que tenian un gobierno nacional, elevaban la estatua de la libertad sobre los escombros de Novara. Un gobierno de partido queria que los españoles convirtiesen en derrota su triunfo, miéntras los piamonteses, que tenian un gobierno nacional, se regeneraban despues de la derrota, y realizaban toda especie de reformas políticas y religiosas, industriales y mercantiles, reclamadas por el espíritu de la época, por el espíritu público. Un gobierno de partido hacía incesantemente perder á España su fuerza moral y su importancia política, habiendo salido ilesa de las convulsiones que agitaron á Europa despues de la revolucion de Febrero, miéntras los piamonteses, que tenian un gobierno nacional, no obstante haber pesado sobre ellos todas las catástrofes que habia sufrido la libertad en Nápoles, en Sicilia, en Roma, en Milan, en Venecia y en Toscana, sentian crecer incesantemente su poder y multiplicarse sus títulos de gloria.

* * *

Un sentimiento de rubor no permite al *Jesuita* proseguir ese paralelo, esa antítesis que afrenta y humilla á España, y se abstiene por lo mismo de llevar la comparacion al terreno económico, en el cual, ménos aún que en el político, podria nuestra patria sostener con el Piamonte la competencia. *El Jesuita*, que es muy liberal, aunque no pertenezca á ningun partido, prefiere trazar una nueva antítesis, poniendo en parangon el Piamonte con Austria, su eterna enemiga, para poner prácticamente en evidencia las ventajas que la razon ha hecho reconocer, en teoría, de los gobiernos populares sobre los autocráticos, sellar con una mordaza la boca de los sistemáticos detractores de todo régimen liberal y rutinarios apologistas del sistema absoluto, y al mismo tiempo

hacer ver de lo que es capaz un pueblo que, en presencia del peligro y rodeado de circunstancias adversas, encuentra en sí la abnegacion, que sólo inspira el espíritu público, para inmolar ante el altar de la patria los odios y los intereses de bandería. Estos, en definitiva, no son más que la expresion de una suma de egoismos y vanidades individuales.

* * *

Cuando Cárlos Alberto, asociando á los de Italia los intereses de su dinastía, abandonó el perfumado ambiente de su córte para ir á respirar la pesada atmósfera que enturbia el humo de la pólvora, en él se hizo hombre la independencia italiana, y se estableció en Turin el foco vivificador de la libertad que habia de regenerar á una raza, á la cual el yugo de una larga y afrentosa esclavitud no habia podido degradar completamente.

Cárlos Alberto se lanzó á su empresa; pero, abandonado de la Francia republicana, que, faltando á su mision, disipó muy pronto las esperanzas que sus promesas le habian hecho concebir; vendido por Ramorino; calumniado por la demagogia, se vió solo con su pueblo frente á frente del poder de Austria, y sucumbió, porque no podia dejar de sucumbir, en una lucha tan desigual como gloriosa. Lo mismo que Aníbal, no pudo sobrevivir á la derrota, y la melancolía produjo en su organizacion el rápido estrago que hizo en la del famoso general de la antigüedad el veneno que llevaba oculto bajo la piedra de una sortija. La pasion de ánimo extinguió aquella existencia de soldado, que con tanto desprendimiento quiso entregar el rey del Piamonte á la metralla de Radetzki.

El pueblo subalpino quedó despues de la derrota á discrecion de su vencedor implacable. Parecia que el espíritu público habia de ahogarse bajo el peso de tan inmensa catástrofe, y que el Piamonte habia de renunciar para siempre á la gloriosa iniciativa de regenerar á Italia que le confió su malogrado rey. Pero no fué

así, porque el espíritu público, cuando existe, conoce su poder, y se hace superior á todos los infortunios y contratiempos. No desespera nunca; es el antiguo general *No importa* de nosotros los españoles, ó, por mejor decir, de los españoles nuestros padres. El pueblo rodeó á Víctor Manuel, sucesor de Cárlos Alberto, del prestigio á que se hizo acreedor su heroico padre. Los ciudadanos, en la imposibilidad de contrarestar las duras condiciones que les impuso el vencedor, se sometieron á ellas con magnánima resignacion, y todos de mancomun, sin agravar mutuamente su situacion con recriminaciones estériles, sólo pensaron en ejercer sobre el porvenir de Italia una influencia más poderosa que la que se prometió el Piamonte del buen éxito de una batalla campal.

Gracias á su abnegacion, el Piamonte, despues de tantos reveses, mantuvo izada en lo alto del asta, para que toda la Italia la viera, la bandera de la emancipacion. Supo convertir en triunfo moral su derrota material, haciéndose temer de Austria, de Nápoles y de Roma por el resultado de la comparacion establecida entre él y aquellas potencias. Unos tras otros se sucedieron en el gobierno del Piamonte ministros que no se enriquecieron, que pidieron á la iniciativa de las reformas el órden que otros piden á la compresion y á la resistencia, y mantuvieron la tranquilidad pública sin espionaje, sin arbitrariedades y sin proscripciones. Y miéntras él, á pesar de tantos sacudimientos y desastres, redobló moral y políticamente su importancia sin contar más que con recursos industriales y mercantiles sumamente escasos, Austria, poseyendo un territorio inmenso, con una poblacion crecida, con rentas exorbitantes, vió en treinta años de prosperidad y de paz aumentarse su deuda en más de dos mil millones de reales, y ahuecándose á medida que crecia, no tuvo su impopular gobierno bastante fuerza para resistir en 1848 una revolucion que duró dos dias, y necesitó, para someter una de sus provincias, pedir de rodillas el costoso auxilio de los ejércitos moscovitas.

* * *

Sin espíritu público, el pueblo más poderoso decae rápidamente; con espíritu público, el pueblo más postrado se levanta.

Y quien más contribuye á formar el espíritu público es, con frecuencia, un hombre sólo. *El Jesuita*, que mira siempre con desden á los pueblos idólatras, que no aprueba que se dejen automatizar ó mecanizar por ningun farsante, ni que abdiquen su pensamiento, sus derechos ó su fuerza en un individuo ni en una colectividad, lo que nunca sucede cuando hay espíritu público, comprende sin embargo que, para que éste renazca cuando ha muerto, ó no muera cuando existe, ejerce una poderosa influencia el genio de los hombres que toman su direccion á su cargo.

El Piamonte tuvo uno de esos hombres predestinados, uno de esos hombres que no aman el poder por el poder, sino para llevar á cabo un fin patriótico, para realizar una idea fecunda; uno de esos hombres que no hacen del pueblo un instrumento de su ambicion, sino que se convierten ellos mismos en instrumento de la prosperidad del pueblo. Diríase que no son más que los condensadores del espíritu público para darle mayor energía.

El Piamonte tuvo uno de esos hombres que la Providencia no prodiga, y lo tuvo en ocasion oportuna; lo tuvo cuando más falta le hacía. Tuvo al conde de Cavour, cuya firmeza de carácter, cuya fuerza debida á sus convicciones profundas, cuya tranquila calma en medio de los embates de todas las banderías, produjeron, cuando subió al poder, un fenómeno sorprendente. Cavour se colocó desde luégo á una altura á que sólo puede aspirar el hombre de Estado que reune á la habilidad la constancia, al talento el propósito de emplearlo bien. Hombre de convicciones, y no hombre de partido, el gran ministro se sobrepuso á los partidos por medio de sus convicciones. Sin hacer caso de las exigencias de los reaccionarios ni de los halagos de los más exaltados, porque sabía que interpretaba mejor que unos y otros los sentimientos del país; sin dejarse intimidar por las amenazas ni seducir por los amaños, siguió la línea de conducta que en las circunstancias más difíciles le tenía trazada su ilustrada y honrada concien-

cia, obligando al cabo á confesar á todos los partidos que habia sacado todas las ventajas posibles de la complicada situacion en que el Piamonte se encontraba cuando subió al poder.

En una nacion desgarrada por el antagonismo de pretensiones opuestas, el hombre de Estado que consigue granjearse la estimacion y respeto de los partidos rivales es una verdadera maravilla, y debe presentarse como un modelo á todos los que tienen en sus manos los destinos de un pueblo destrozado por intestinas discordias. Donde quiera, despues del desastre de Novara, los piamonteses se mostraban sus odios irreconciliables y deseos encontrados, y cada odio y cada deseo tenian en la prensa una lengua que los expresaba y exasperaba. Bien pronto todas aquellas lenguas, como si estuviesen movidas por una sola voluntad, expresaron un sentimiento comun, un sentimiento de resignacion heroica en vista de las desgracias de la patria, que se tradujo en elogios al jefe del gabinete. ¿No fué un milagro un acuerdo tan súbito como inesperado? ¿Y cómo pudo Cavour hacer tan gran milagro? ¿Cómo dió una muerte fulminante, si así puede decirse, á todos los partidos? Muy fácilmente: no perteneciendo él á ninguno, teniendo la suficiente resolucion para colocar un pensamiento patriótico propio encima de todas las ideas vagas y contradictorias que se agitaban en torno suyo.

* * *

En buen hora el que tienda á subir, aunque no sea en alas de su ambicion, sino en alas de su patriotismo, pida á un partido el impulso para conseguirlo. Habiendo partidos, es difícil, es casi imposible, subir al poder de otra manera. Pero el que no es un hombre vulgar, el que no brilla con luz prestada, el que tiene un sistema de gobierno que es suyo y no más que suyo, cuando se halla en el poder deja de ser hombre de partido; aunque haya subido en hombros de uno, está obligado á sostenerse con el apoyo de todos. Esto es precisamente lo que hizo Cavour; esto es pre-

cisamente lo que han hecho todos los grandes hombres que no han brillado como un meteoro fugaz en el horizonte político de las naciones. La circunferencia trazada por el compas del exclusivismo de un partido cierra un círculo muy estrecho para que pueda en él revolverse con espontaneidad el genio de un hombre de primer órden; el genio de un grande hombre necesita al ménos toda una nacion para desplegar sus alas. De Washington no se sabe á qué partido pertenecia; pertenecia á su patria, pertenecia á la humanidad. Por eso fué tan grande en el poder y es tan grande en la historia. Por eso no tuvo rival; los hombres predestinados no lo tienen nunca. Todo ante ellos se siente inferior, y las medianías no se atreven á poner sus miras en la esfera donde se elevan los grandes personajes históricos.

* * *

Todo jefe de partido se contamina con las pasiones y vicios del partido á que pertenece, y le inocula los suyos. El partido, sobre todo, se resiente mucho de las malas cualidades de su jefe. *Quando caput dolet, cætera membra dolent.* El jefe del partido progresista no es ya el general Espartero, sino el general Prim; pero fuerza es confesar que el partido progresista del general Prim es muy diferente del partido progresista del general Espartero. Se suele decir que cada pueblo tiene el gobierno que merece, lo que sólo es verdadero hasta cierto punto. Lo absolutamente cierto es que los partidos son siempre dignos de los jefes que se dan. Éstos son la síntesis de aquéllos. El partido moderado y el general Narvaez, tales como eran en sus buenos tiempos, parecian hechos el uno para el otro. Tal como era el general Narvaez, no podia ser jefe más que del partido moderado; tal como era el partido moderado, no podia tener por jefe más que al general Narvaez. Y lo que decimos del partido moderado respecto del general Narvaez, lo decimos del partido unionista respecto del general O'Donnell, del partido progresista respecto del general Espartero.

Para que un jefe sea digno de su partido, es preciso que todos los afiliados reconozcan en él una superioridad indiscutible, debida á los servicios que al partido ha prestado, más aún que á su carácter ó á su inteligencia.

* * *

Cuando los partidos medios, hoy caducos, se hallaban en toda la fuerza de su virilidad, no habia entre sus notables ninguno que se atreviese á disputar la jefatura al que ellos llamaban su jefe natural; pero luégo que empezaron á fraccionarse, cada fraccion se dió su jefe respectivo, y así las soluciones de continuidad se hicieron más anchas y profundas. Á cada pontífice se le presentó un antipapa ó varios antipapas; mas ántes de salir los gérmenes de las divisiones de su estado latente, el antiguo jefe era universalmente reconocido y considerado como una necesidad, no ya del partido, sino del Estado. Sabido es que, para todo partido, él y el Estado son una misma cosa. *L'État c'est moi*, dicen ellos, como los reyes. Un hombre que es necesario á un partido es para este partido una necesidad del Estado. Tal es el orígen de la teoría de los hombres necesarios, que todos los partidos aceptan. En vano se les arguye que un hombre que por sus condiciones de carácter puede ser un gobernante útil en circunstancias dadas, en otras puede ser hasta funesto. Para ellos en todas las circunstancias su hombre es indispensable; y ninguna peripecia sobreviene que no sea la que les parece más á propósito para que sea llamado al poder ó permanezca en él su irreemplazable caudillo.

Aun hallándose un partido fraccionado, si las circunstancias son muy críticas para él, todas las fracciones se repliegan alrededor del jefe primitivo y le prodigan más alabanzas que un charlatan á sus drogas, para producir efecto en elevadas regiones. En el pueblo no suelen producir ninguno, sobre todo en la parte de pueblo que no pertenece á ningun partido, ó, lo que es lo mismo, que pertenece al partido á que yo pertenezco.

El hombre necesario del partido moderado fué, desde 1843 hasta su muerte, el general D. Ramon María Narvaez, el cual durante muchos años consiguió que no perdiesen sus huestes el tacto de codos. En 1859, las fracciones todas del moderantismo que más irreconciliables parecian, formaron una liga en que se incluyeron muchos elementos absolutistas, para proclamar la necesidad de que el general subiese al poder con el apoyo de todas las fracciones reaccionarias. El general servia para todo, lo mismo para un fregado que para un barrido. Así lo decian sus admiradores, que no eran pocos, y no es extraño, porque como jefe de partido, para conservar la disciplina en sus subordinados, no ha habido nunca otro general Narvaez. Hubo, sin embargo, ocasiones en que se indisciplinó hasta él mismo.

Pero siguió siendo siempre el hombre necesario, lo que le hizo acreedor á la siguiente moraleja que escribió á la sazon *El Jesuita:*

Tenía un comerciante grande acopio
en su almacen, de un género que propio
era, segun decia con engaño,
de cualquier tiempo ó estacion del año.
En un grotesco anuncio pregonaba,
al llegar el invierno, que abrasaba,
y, al llegar el verano, en un grotesco
anuncio, pregonaba que era fresco.
Era un género tal, segun decia,
que para todo, á no dudar, servia;
para frac, pantalones y chaleco,
para el tiempo lluvioso y para el seco.
Servia para un hábito de fraile
y para traje de visita ó baile,
para vestir de gala ó de trapillo,
para el marqués y el labrador sencillo.
He leido, y por eso lo promulgo,
que fué un instante seducido el vulgo,
mas tambien dice cierto escrito inédito
que el género era malo y perdió el crédito.

Y lo que es hoy, la cháchara es ya vana
del trapalon que en anunciar se afana
un género que es bueno de tal modo
que para todos sirve y para todo.
Lo anuncia, sin que encuentre un majadero
que en tal género invierta su dinero,
siendo cosa sabida y muy probada
que no vale ni sirve para nada.
Dejémosle que siga en su porfía,
como dejamos que á Ramon María
el título dé el bando reaccionario
de hombre en todos los tiempos necesario.
¿Qué importar puede al pueblo que la liga,
para encumbrar á don Ramon, le diga
que en cualquiera estacion es don Ramon
el género que pide la estacion?
¿Que para gobernar, habiendo paz,
es don Ramon el único capaz,
y que en tiempo de guerra es menester
que el mismo don Ramon vuelva al poder?
¿Que él sólo es el remedio universal
que se puede oponer á todo mal,
remedio en que se estrella toda crítica,
el ungüento Holloway de la política?
Es don Ramon un género estancado,
droga cuya virtud hemos probado;
no logrará la liga que esté en boga
género tan fatal, tan mala droga.

Tambien los unionistas y progresistas tuvieron su correspondiente hombre necesario, siendo el de los primeros el del general D. Leopoldo O'Donnell, y el de los segundos el del general Don Baldomero Espartero. El general O'Donnell organizó bien sus huestes, pero no fue tan hábil como Narvaez para evitar que se le indisciplinasen. El general Espartero fué más desgraciado; se volvieron contra él sus propias huestes, que se lo debian todo. Verdad es que en el pecado llevaron la penitencia. Su ingratitud fué un suicidio. Pero ni áun éste les sirvió de escarmiento.

* * *

No debe causar extrañeza, á los que conocen á fondo la historia de las vicisitudes políticas de España, que sus partidos medios, como si fuesen ejércitos, se hayan dado todos jefes militares. Todos, para sucederse en el poder, han tenido que recurrir á la fuerza.

Más adelante, al ocuparse *El Jesuita* de cada partido en particular, tendrá que decir algo de los tres generales, de quienes por ahora se anticipa á manifestar que valian los tres mucho más que sus partidos respectivos. No podrá decir otro tanto de los que les han reemplazado.

El partido á que *El Jesuita* pertenece, único á quien se ha comprometido á poner en camisa en el presente capítulo, como no es un partido, aunque así le llama por llamarle algo, no tiene jefe, y no es ésta la menor de sus ventajas. No teniendo jefe, no tiene tampoco nadie que dispute y á quien se dispute la jefatura.

El partido innominado, como queda dicho, se compone de elementos diversos que pueden encerrarse en cuatro grupos, ó dividirse en cuatro clases. Á la primera pertenecen los que nunca han sido políticos. Pertenecen á la segunda los que han sido políticos, pero ya no lo son, porque hartos de política, que es como si dijéramos cansados de hacer el oso, se han retirado de ella. Pertenecen á la tercera los que, no obstante ser políticos, tener opinion, seguir con la vista los sucesos á medida que se van desenvolviendo, y no carecer de criterio para resolver á su manera las cuestiones, no se han afiliado nunca á ningun partido. Pertenecen á la cuarta los que han sido hombres de partido, pero han dejado de serlo, sin abandonar la política, lo que, no habiendo un espíritu público formado, en cuyo caso se harian sus intérpretes, les hace condenarse á sí mismos á un aislamiento impotente, á un platonismo estéril. ¿Y qué ha de hacer el que se resiste á pertenecer á partido alguno para no hacerse cómplice de sus desaciertos, y no obrar en desacuerdo con su propia conciencia, y no sacrificar en aras de la conveniencia de una colectividad su pensamiento propio.

Sin duda el que, con el propósito de no hacer daño á los demas, se niega á ser hombre de partido, se hace daño á sí propio, porque el espíritu de partido es enemigo de todos los que á él no se subordinan, de todos los que por él no se dejen mecanizar, y no consiente que conserve ningun individuo el relieve de su carácter propio.

El hombre político que no pertenece á ningun partido se hace siempre sospechoso á todos. Así es cómo el espíritu de partido desalienta y anula á los hombres independientes. Así es cómo engendra el excepticismo político, la indiferencia en los negocios del Estado. Así es cómo engruesa incesantemente el partido de los que no pertenecen á ninguno.

Y ya he dicho que este partido, si no constituye en sí mismo una enfermedad, es un síntoma de ella, un síntoma de indiferentismo político, que es la más grave de todas las enfermedades sociales.

¿Cómo, pues, preguntará el lector, sabiendo *El Jesuita* lo que su partido es, pertenece á él, segun confesion propia?

Pertenece á él porque no pertenece á ninguno; y no pertenece á ninguno porque ninguno es la condensacion del espíritu público. Éste ha sido muerto por el espíritu de partido, y ahora el espíritu de partido se conserva porque el espíritu público no existe.

Falta enteramente. No hay en su lugar más que el egoismo de los logreros políticos que trafican con unas cuantas palabras sonoras, y el indiferentismo de los que, para no confundirse con esos logreros, no pertenecen á ningun partido.

¿Y sabes, lector, cuáles son los efectos de ese indiferentismo? Sabes lo que es una nacion sin espíritu público? En una nacion con espíritu público, hasta las mujeres se vuelven hombres para defenderla; en una nacion sin espíritu público, hasta los hombres se vuelven mujeres. El espíritu público dió á Francia una Juana de Arco, á España una Agustina Aragon; donde no hay espíritu público, los alcaldes, no teniendo en los pueblos á cuyo

frente se hallan, un sentimiento elevado en que inspirarse, se amilanan á la aproximacion de unos cuantos hulanos que invaden la comarca, y se someten al extranjero sin la menor resistencia. El mismo gran pueblo que, en el parasismo de su fiebre revolucionaria, devorado por las discordias intestinas que produce el choque de las ideas y de los intereses en todos los grandes períodos de trasformacion política y social, halló en el patriotismo de sus hijos suficiente energía para contrarestar victoriosamente á la Europa entera coligada contra él, hoy, abatido y humillado, pide la paz de rodillas á la misma Prusia, á quien estaba acostumbrado á vencer, y no se levanta su espíritu enardecido al oir las afrentosas condiciones que para concederle la paz que solicita le impone su implacable enemigo.

* * *

Ahora se quiere hacer á Napoleon el Pequeño único responsable del estado de postracion á que ha pasado repentinamente una nacion que, muy pocos meses atras, era aún llamada por antonomasia la *gran nacion*, porque parecia ser la primera de las grandes potencias. Pesa seguramente sobre el último emperador una gran parte de responsabilidad en la degeneracion de la sociedad francesa, que ha perdido su tipo, su valor, su superioridad, porque todo esto y mucho más pierde una nacion cuando en ella se ha perdido el espíritu público. Mucho ha contribuido el último emperador á esa degeneracion, cuya prueba no se debe buscar precisamente en la materialidad de las derrotas que acaba de sufrir el ejército frances, porque éstas pueden ser debidas á una mala organizacion ó á una mala direccion, y, ademas, no siempre el éxito de las batallas corona los esfuerzos de los que más valen. La derrota de Sedan, que ha sido la más decisiva, podrá probar, todo lo más, la incapacidad y hasta la pusilanimidad de Napoleon el Pequeño, pero no la degeneracion de los hijos de aquellos héroes que se empeñaron en las grandes guerras de la primera República y del primer Impe-

rio. La degeneracion de Francia no está puesta en evidencia por las derrotas, sino por el abatimiento en que ha caido despues de las derrotas, las cuales, habiendo nada más que un rescoldo de patriotismo, nada más que un átomo de espíritu público, hubieran galvanizado hasta un cadáver en putrefaccion.

Pues bien; de esa falta de espíritu público no tiene el último emperador toda la culpa, y la generalidad se la atribuye porque ha sido el que ha precedido inmediatamente á la catástrofe. *Post hoc, ergo propter hoc*, es el argumento del vulgo. Los hombres reflexivos se valen de él muy pocas veces, porque no confunden con las causas ocasionales ó determinantes las eficientes ó específicas.

Napoleon el Pequeño, queriendo ser fiel á las tradiciones de su familia, aunque dijo que el Imperio era la paz, no quiso encerrarse en la mezquina y egoista fórmula de Luis Felipe, *chacun chez soi*, *chacun pour soi*, pero adoptó el sistema de corrupcion con que el último monarca frances pervirtió á Francia y á todas las naciones sobre quienes ejercia su deletérea influencia. España fué la que recogió mayor abundancia de miasmas mefíticos. Baste decir que Luis Felipe es el padre y la madre de nuestro partido moderado. Él lo engendró y amamantó, y le puso los andadores, y le enseñó todas sus malas mañas, siendo lo peor que despues los moderados las han enseñado á los progresistas.

El resultado es que en Francia y en España no hay espíritu público. La prueba de que no lo habia ya en Francia cuando Napoleon el Pequeño se hizo emperador, es que Napoleon el Pequeño pudo hacerse emperador. Habiendo espíritu público, su eleccion hubiera sido imposible. Una nacion cuyo espíritu no se ha desvanecido, no despide un amo para darse otro. En el mero hecho de haber despedido uno, debe conocer que el amo es ella, porque los que despiden son los amos y no los criados.

Francia debe su decadencia, más aún, debe su imposibilidad de levantarse de nuevo en mucho tiempo, á su falta de espíritu público. Pero no guiándose por el refran que dice: «mal de muchos, consuelo de todos ó de tontos,» no es España quien tiene derecho á echar en cara á Francia su actual abatimiento. Da grima la compasion desdeñosa con que en las actuales circunstancias los españoles, recordando la heroica resistencia de nuestros padres á las poderosas águilas del primer Imperio, miran hoy á los franceses abrumados bajo la pesadumbre de un inmenso desastre. Pues qué! ¿se hallan hoy los españoles en aptitud de recoger laureles tan gloriosos como los que nuestros padres recogieron en la guerra de la Independencia? No, porque el espíritu público ha muerto en España como en Francia. ¿Cómo se quiere que salieran hoy á oponerse resueltamente á una invasion, alentada por una larga serie de no interrumpidas victorias, los que en época áun reciente se dejaron arrebatar la libertad por un ejército de cien mil hombres? ¿Dónde está el espíritu público, dónde está el patriotismo, dónde está el sentimiento del deber en un país que cuenta entre sus hijos un partido que se aprovecha de una guerra extranjera para provocar una guerra civil, como los absolutistas en San Cárlos de la Rápita? Si las tropas del rey Guillermo entrasen en España como han entrado en Francia, ¿se pondrian para contrarestarlos, á la cabeza de un puñado de valientes, las autoridades que bajo mil pretextos especiosos abandonan su puesto de honor al menor asomo de epidemia? ¿Puede esperarse algo del espíritu de un pueblo que rinde culto á ídolos indignos, que alienta la ambicion de todas las medianías, de todas las nulidades, que confia la defensa de su libertad á los que han contribuido á derribarla, á los que nunca han dejado de entrar en el reparto del botin despues del triunfo, y han faltado siempre á su puesto en la hora del peligro?

Ríase España de Francia porque ha dejado evaporarse en el fausto y la molicie su potente espíritu; pero ríase tambien de sí propia. Es tan digna como ella de lástima y de risa.

¿Es una nacion España
de las demas excepcion?
Quien diga que sí, se engaña,
que esta cosa tan extraña
ser no puede una nacion.
Yo digo, al verla juguete
de cualquier chisgaravís
que logra tenerla en brete,
si en la cholla se le mete:
¡Válgame Dios! qué país!

—

Ya medio siglo llevamos
de lucha, y si bien hacemos
como que nos gobernamos,
cual estábamos, estamos,
cual estamos, estaremos.
Ves ¡oh pueblo! inicuas tramas
ponerte siempre en un tris,
y á tus salvadores llamas,
y ellos se andan por las ramas...
¡Válgame Dios! qué país!

—

Logra importancia y favor
el político embustero
que, á su conciencia traidor,
estima en poco su honor,
y lo reduce á dinero.
Como le den un estanco,
el negro se vuelve gris,
y se vuelve rojo el blanco
por un billete de banco...
¡Válgame Dios! qué país!

—

¡Qué buena administracion!
todo gobierno, atenido
sólo á su conservacion,
manda á favor de un partido
y en contra de la nacion.

La nacion que tal tolera
no vale un grano de anís,
y una chusma pordiosera
á sus expensas prospera...
¡Válgame Dios! qué país!

—

Blasona hasta el bando neo
de nacional, y es el bando
que, de lesa-nacion reo,
buscó allende el Pirineo
quien le devolviese el mando.
Impetró en su angustia extrema
de los nietos de San Luis
y del duque de Angulema
proteccion á su sistema...
¡Válgame Dios! qué país!

—

Al que reina en Francia adula
el que en España domina,
y con el mundo especula,
y en nuestra tierra inocula
los vicios de la vecina.
Como ensalzó á Napoleon,
ensalzó la flor de lis
que ajó la revolucion,
y al Orleans como al Borbon...
¡Válgame Dios! qué país!

—

Pues la desgracia le cupo
de remedar al de al lado,
no sé cómo me preocupo
de la suerte de un Estado
que nunca ser suyo supo.
Todos vosotros, lectores,
hoy conmigo repetís,
viendo errores tras errores
que son cada vez mayores:
¡Válgame Dios! qué país!

Recurro á los versos para inculcar ciertas ideas, porque no me basta la prosa. Si otra cosa hubiera, que no fuese prosa ni verso, para expresar mi pensamiento, á ella recurriria.

* * *

Hay ideas en que es necesario insistir, porque en un país enfermo como España, viciado hasta la médula por la accion deletérea de los partidos egoistas, por el mal ejemplo de los magnates, por la influencia corruptora de los ambiciosos, por los cálculos, siempre coronados de buen éxito, de los apóstatas, de los mercenarios, de los aventureros políticos; en un país como España, en que se ha extinguido la luz de la conciencia, en que se han torcido hasta los instintos, en que se han perdido la vergüenza y la nocion del bien y del mal, en que la invocacion á los sentimientos de dignidad y de justicia suena como una frase hueca, y se toma por un logogrifo que nadie entiende, en que los más honrados, sintiendo que el desengaño les seca el corazon, repiten las angustiosas palabras de Bruto en Filipos: «Virtud, tú no eres más que un nombre,» se requiere mucha perseverancia para llevar á los ánimos é inocular en ellos la verdad más sencilla que contradiga en lo más mínimo esa segunda naturaleza que crean los malos hábitos, así en las naciones como en los individuos.

Acostumbrada España á ser tratada por los gobiernos de partido como si les perteneciese por derecho de conquista, se ha familiarizado con la idea de que las facultades que sobre ella tiene el grupo de hombres, cualesquiera que sean, que alternan en el poder en nombre de no sé qué principio, son absolutas y omnímodas, y tal vez no sería tan fácil como á primera vista parece convencerla de que ella no se pertenece más que á sí misma, que no es, que no puede ser patrimonio de nadie, que su soberanía es permanente y continua, que no puede abdicarla en nadie, ni en una Asamblea, á la cual confiere poderes necesariamente limitados; que el que paga no es nunca el criado, sino el amo, y el que

cobra no es nunca el amo, sino el criado, y que de consiguiente á ningun gobierno es lícito, para favorecer los intereses de una bandería, disponer de los tesoros y la sangre que los hombres constituidos en sociedad prodigan sin distincion de opiniones para sostener á la sociedad misma, es decir, en pro del bienestar comun. Los gobiernos de partido prescinden de esta verdad, de la cual no prescindirian seguramente si los hábitos de servidumbre que ha contraido la nacion no la hubiesen privado hasta de la facultad de conocerla.

Conviene, pues, inculcar esta verdad hasta que penetre y se infiltre en todos los corazones, y domine y se asimile todos los espíritus. En su propagacion se halla interesada la dignidad de todos, y la sociedad que la desconoce no forma una nacion, no forma siquiera una horda. Es un rebaño.

¿No basta acaso, para conocer esta verdad, comprender el único objeto para el cual los hombres se han constituido en sociedad, objeto que no pudo ser otro que el de socorrerse recíprocamente? ¿Y hay esta reciprocidad en una nacion en que los unos explotan á los otros, sin más que porque profesan ó afectan profesar tales ó cuales opiniones, y sin embargo se dice, porque no puede decirse otra cosa, que las opiniones son libres? Sí, las opiniones son libres; nadie es por ellas justiciable, miéntras no las traduzca en hechos reprobados por las leyes; pero como estas leyes, aunque se amasen en una Cámara nacida del sufragio universal, son, por razones que expondremos más adelante, obra de un partido que las ha formado exclusivamente á favor suyo, y no á favor de la generalidad, no son nunca la expresion de la voluntad general, sin cuyo requisito no hay leyes legítimas. Ademas, aunque nadie sea justiciable legalmente por sus opiniones, el hecho es que, al que no afecta profesar las que un gobierno de partido tiene á bien imponerle, no le bastan la honradez ni la capacidad para abrirse la senda de los cargos públicos, obstruida por el exclusivismo de una bandería.

No, las opiniones no son justiciables; pero se castigan, y se

castigan muy cruelmente, pues privan, al que no profesa las del partido dominante, de todos los derechos, sin eximirle de ninguno de sus deberes.

* * *

De hecho, el que no está identificado con la política del poder, á no ser que goce de favor en elevadas regiones, no puede ejercer ninguna funcion oficial, ni siquiera la de portero de una dependencia del Estado. Pero su opinion no es obstáculo para que contribuya á sostener las cargas del Estado, aunque éste no le sirva á él para nada; ni su opinion es obstáculo tampoco para que sus hijos, al llegar á cierta edad, sean arrancados de sus estudios ó de sus talleres para contraer hábitos de holganza, sirviendo en clase de soldados.

Sirviendo á quién? á la patria?

No: bajo un gobierno de partido no hay patria, no hay más que el partido á que pertenece el gobierno. Todos vosotros, lectores, dais vuestros hijos para que sirvan, no á la patria, sino á un partido; á un partido que tal vez os sea odioso; á un partido que os ha tal vez vituperado, arruinado, deportado; á un partido que tal vez mañana convertirá vuestros mismos hijos en instrumentos para deportaros nuevamente.

¿No subleva la conciencia esa iniquidad de los partidos? Dar vuestros hijos á vuestros enemigos, para que éstos, en un caso dado, se sirvan de ellos contra vosotros, ¿no es mil veces más repugnante que construirse uno mismo el dogal con que ha de ser extrangulado? Pues esto pasa en España bajo los gobiernos de partido; y no me refiero á ningun partido determinadamente, sino á todos, absolutamente á todos los que han ocupado el poder; y no digo nada de los demas, porque son siempre aventurados los juicios por simple analogía.

* * *

Un gobierno está en su derecho gobernando á la nacion segun los principios, pero no segun los intereses de un partido. Así es

que no llamo gobierno de partido sino al que hace concurrir las fuerzas vivas del país, sus tesoros y su sangre á la satisfaccion de ambiciones determinadas, y en este sentido bien se puede decir que los gobiernos de partido son la mayor de las calamidades. Una nacion sin patriotismo, sin espíritu público, es como un cuerpo sin alma, es un cadáver, y la llama del patriotismo, el espíritu público, no brota, no puede brotar bajo semejantes gobiernos. Para que haya patriotismo es necesario que haya patria, y para que haya patria no basta que un número de individuos viva cobijado por un mismo cielo, y limitado por las mismas fronteras, y reducido á los mismos horizontes; no basta que hablen todos el mismo idioma, que sigan todos las mismas costumbres, que tengan todos la misma historia. Es necesario, ademas, que estén todos sujetos á una ley comun, que gocen de los mismos derechos, que se obliguen á los mismos deberes; es necesario que políticamente no sean los unos explotados y los otros explotadores; es necesario, en fin, que constituyan todos juntos una verdadera familia.

Se dirá que, establecido el sufragio universal, mis reflexiones carecen de importancia. No será *El Jesuita* quien desconozca que el sufragio universal es una gran conquista; no será él quien desconozca que el sufragio restringido es una iniquidad y un ataque al sentido comun. El sufragio universal es una condicion que impone la lógica á todo pueblo que quiere gobernarse por sí mismo. Pero como criterio de verdad, y como criterio de conveniencia pública, no tiene todo el valor que algunos le atribuyen. Á pesar de la influencia que debe ejercer el voto del mayor número en las cuestiones de interes general, el hombre sensato es siempre fiel á la máxima de Séneca, que aconseja valuar los pareceres y no contarlos, y no pierde de vista que todas las grandes verdades que iluminan los horizontes de la ciencia, en el principio de su revelacion, han sido patrimonio de muy pocos individuos, ó de un individuo solo.

Debe tenerse siempre en cuenta la voluntad general, porque,

como dice C. Pecqueur, «es una luz indirecta, un dato necesa»rio, un motivo imperioso de exámen, un manantial de revela»ciones fecundas. Pero no es, añade, una regla para la concien»cia y la razon individuales, no es un criterio de certeza perso»nal. Es necesario que oiga la voz y la voluntad general. Más »aún; debo oir tambien las opiniones del menor número; pero ni »unas ni otras tienen fuerza de ley para mi conducta, ni se im»ponen á mi pensamiento y á mi deseo. Por qué? ¿qué es lo que »busco? La verdad, lo mejor, y, al efecto, me informo de lo que »piensan, desean y hacen mis semejantes; pero ellos, por su parte, »se sienten obligados á obrar del mismo modo respecto de mí, y »por consiguiente ninguno de nosotros puede resolver por las ase»veraciones de los demas, puesto que cada uno en particular es una »unidad susceptible de error, y todos juntos no pueden por lo »mismo dar la verdad por resultado necesario, á no ser que se »pretenda que la verdad se halle en el número, despues de ad»mitir que cada uno de los que lo componen es susceptible de er»ror. Debemos, pues, considerarnos todos como focos luminosos »por sí mismos, pero que reflejan el uno en el otro su claridad par»ticular para componer otra más pura y más brillante, ó bien co»mo astros medio opacos, que se vuelven hácia el nuevo sol, el »cual les hará más resplandecientes. Pero para ver el sol nuevo »se necesitan ojos apropiados, ojos dispuestos á recibir la luz des»conocida. ¿Dónde encontrarlos, si no los tengo en mí mismo, »en mi órbita espiritual, en mi entendimiento y en mi razon »propia?»

* * *

No: la voluntad general de un pueblo, aunque se exprese por medio del sufragio universal, no es criterio de certeza, y pueden muy bien los ménos tener razon contra los más. Aristóteles exigia como criterio de certeza, no la generalidad, sino la universalidad de las razones individuales, y San Vicente de Lerins no te-

nía por ortodoxo sino lo que creian todos en todos los lugares y tiempos: *quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.*

La voluntad de la mayoría, áun expresándose por medio del sufragio universal, si puede ser la consagracion de la verdad, puede ser tambien la consagracion del error. El sufragio universal es una máquina cuyas funciones son limitadas, y á ella no deben someterse más que cuestiones muy sencillas, cuestiones de simple sentido comun. El sufragio universal no sirve para resolver ningun problema científico. Áun hoy, si se le llamase á decidir sobre el movimiento de la tierra, echaria abajo la teoría de Copérnico y la de Galileo.

Y no olvides, lector, que la política es tambien una ciencia.

El sufragio universal no pasa de ser un expediente, un medio para salir del paso, á que se recurre á falta de otro mejor, pero está muy léjos de ser perfecto. Lo sería si la razon y la verdad fuesen cuestiones de número. Pero no lo son, y de esta circunstancia se aprovechan los adversarios del sufragio universal para combatirlo, sin hacerse cargo de que no tiene por objeto resolver si los más tienen razon contra los ménos, sino averiguar cuáles son los ménos y cuáles son los más. El sufragio universal sirve para conocer la voluntad ó la opinion del mayor número, ni más, ni ménos. Lo triste es que, cuando la opinion del mayor número es errónea, como sucede con frecuencia, los hombres sensatos tengan que someterse á ella.

Pero, cómo ha de ser? ¿por qué, para acercarse á la perfeccion social, no proponen otro medio mejor los adversarios de la universalidad del sufragio? ¿Por qué no confian esta mision á la inteligencia y á la virtud probadas, ya que tanto afectan temer la ignorancia de la muchedumbre ciega? ¿Lo han hecho así los restringidores del sufragio? No, ni podrán hacerlo; porque ¿quién es capaz de medir la inteligencia y virtud de cada individuo?

No pudiendo dar por base la inteligencia y la virtud á sus leyes electorales, supusieron arbitrariamente que la inteligencia y la virtud residen en la riqueza, y sobre ésta basaron su sis-

tema de eleccion para dotar al país de leyes hechas exclusivamente por los ricos, pero á que tambien habian de someterse los pobres. Semejante procedimiento contribuyó no poco á corromper la sociedad, porque dando al dinero todas las prerogativas, sin tener en cuenta la manera de adquirirlo, la *auri sacra fames* habia de tomar necesariamente formidables proporciones. Y no eran ya pequeñas las que tenía.

El dinero ha sido siempre, bajo todos los sistemas, una condicion de bienestar, por lo que bajo todos los sistemas ha sido codiciado, debiéndose sin duda á esta codicia muy grandes hechos, y tambien crímenes muy repugnantes. Bajo todos los sistemas, el dinero da ventajas á los que lo tienen sobre los que de él carecen; y sería llevar la exageracion hasta el absurdo suponer que es característico de la época actual el afan de adquirirlo. Sin el aliciente del oro, nadie hubiera acompañado en sus empresas á los inmortales genios de la grande época de los descubrimientos, que se lanzaron por mares nunca surcados al encuentro de mundos desconocidos. Los filósofos y poetas de todas las edades, y muy particularmente los que pertenecen al período caballeresco de nuestra historia, á aquel período en que hasta la vida se sacrificaba á ciertas preocupaciones, restos de la antigua barbarie que murió ahogada en brazos del Cristianismo, no nos permiten dudar de que, hasta en los siglos de ménos positivismo, el deseo de poseer mucho, para gozar mucho, era un deseo predominante.

Quién niega el poder del oro? ¿quién piensa tampoco en destruirlo? El poder del oro es indestructible. Hágase lo que se quiera, el que tenga dinero será siempre, lo mismo para el bien que para el mal, más poderoso que si no lo tuviese. Pero si el oro, por el poder que da naturalmente, excita de tal modo el ánsia de poseerlo que ahoga en muchas almas todos los afectos tiernos, y se sobrepone en algunos individuos á las prescripciones de la conciencia, ¿era justo aumentar este poder fatal en la imposibilidad de disminuirlo? ¿Era justo que se produjese un desequilibrio mayor que el que produce necesariamente en la sociedad la inevita-

ble y hasta conveniente desigualdad de fortunas, dando á la riqueza, por medio de las leyes, preeminencias que no la corresponden, sobre las que tiene ya naturalmente? Si la importancia que da el oro sugiere el afan de adquirirlo, y si el afan de adquirirlo es la causa principal de la mayor parte de los crímenes que se cometen, ¿no es exponerse á aumentar los crímenes aumentar el afan de adquirir oro, y no es aumentar este afan aumentar la importancia que el oro tiene?

El saber, la laboriosidad, la virtud, en una palabra, el verdadero mérito, que rara vez hace rico al que lo posee, no sustituyen ni pueden sustituir nunca á la riqueza en sus aplicaciones; ¿por qué, pues, se quiso que la riqueza sustituyese en sus aplicaciones al saber, á la laboriosidad, á la virtud, en una palabra, al verdadero mérito? Porque los legisladores sólo pensaron en favorecer á los ricos, cuando los ricos, por su calidad de tales, eran ya los más favorecidos.

Las leyes concedian á la riqueza derechos que negaban á la inteligencia y á la probidad, á pesar de que para ejercerse debidamente se necesitaba inteligencia y probidad, y no riqueza. Sin el auxilio de la inteligencia y la probidad podia la riqueza intervenir en los negocios de los Estados, en los cuales, sin el auxilio de la riqueza, no podian intervenir la inteligencia y la probidad. ¡Cuántas anomalías, que repugnan al buen sentido, produjo una monstruosidad semejante! ¿Y cómo no habia de producirlas en un país como España, en que abundan más que en ningun otro los personajes de relumbron, las reputaciones usurpadas, las posiciones inmerecidas, y en que más que en ningun otro es la fortuna inaccesible al mérito? Dime, lector, si en una sociedad cuya organizacion política, ántes que el sufragio universal se estableciese, era tal que la riqueza podia ocupar siempre el lugar del verdadero mérito, y éste no podia nunca ocupar el lugar de aquélla, debia á nadie parecer un fenómeno que fuese el oro el punto de confluencia de todos los deseos, y que se reparase muy poco en la manera de adquirirlo, sobre todo cuando los medios no

menoscaban en lo más mínimo las consideraciones de que se ve rodeado el que llega á obtenerlo.

Complicado en un proceso,
á su padre escribió un hijo
una carta en que le dijo:
—Estoy encausado y preso.
De un millon la cantidad
dicen que he robado yo.—
El padre le respondió:
—¡Ay de tí, si no es verdad!

Esta contestacion del padre define perfectamente las sociedades modernas. El oro por sí solo es todo; todo sin el oro es nada. El oro es virtud, el oro es ciencia; sólo el que tiene oro, aunque lo haya robado, es á los ojos del mundo inteligente y probo. Un ladron sorprendido, como suele decirse, con las manos en la masa, en el acto de abrir el arca de un potentado, respondió al preguntarle lo que hacía:—Estoy haciéndome hombre de bien.—En efecto, se habia propuesto renunciar á sus malas mañas luégo que se hubiese enriquecido con ellas, y vivir en lo sucesivo como hombre honrado, rodeado de la consideracion de todo el mundo. Sin duda habia leido á Cervántes, que dice que no puede el pobre ser hombre de bien. Lo mismo creian sin duda los fautores de las Constituciones modernas.

* * *

La idea no parece muy cristiana. Aquel Cristo, que quiso nacer en un establo, no entresacó de las clases acomodadas los apóstoles de su santa doctrina, ni estableció á favor de la riqueza las preeminencias que la concedieron más adelante las leyes. Bastantes ventajas tiene el oro por sí solo; no hay necesidad de darle otras nuevas. No se agreguen desigualdades artificiales y postizas á las que proceden de la misma naturaleza humana. El que

goza de bienes de fortuna tiene sobre el que está de ellos privado hasta la ventaja de poder más fácilmente practicar la virtud y desenvolver su inteligencia. Para qué se le han de dar otras? ¿Para qué se le ha de dar hasta el derecho de no necesitar el mérito para ser cuánto quiera? Aun obligándole á tener mérito para ser algo, si el premio de la carrera, como dice M. Pelletan, perteneciese hoy al mejor corredor, ¿no tendria él sobre los demas tres pasos de ventaja?

Para moralizar á la sociedad, es necesario rodear á la inteligencia y á la virtud de las consideraciones que hasta hoy se han reservado sólo á la riqueza, distrayendo, por medio de estímulos que los llamen á otra parte, los deseos de atesorar que en el siglo actual predominan, sin exclusion de todos los otros. Que la frase *Es pobre, pero honrado*, forme hoy, como formaba en otro tiempo, la apología del individuo á quien se aplique, y reemplace á la que hasta ahora ha estado en boga: *Es honrado, pues es rico.*

* * *

El dinero no es una garantía de acierto en quien lo posee, como la inteligencia y la virtud; y no pudiendo éstas aquilatarse debidamente, el sufragio universal no puede ser reemplazado con ventaja. Pero es preciso limitar su accion; no permitirle invadir el terreno de la ciencia; no declararle juez competente en todas las cuestiones, y sobre todo no subordinar á los poderes que de él emanen ningun derecho individual. Los derechos individuales están encima de todos los poderes, encima de todas las mayorías. El mundo entero carece de facultades para privar de una sola de sus libertades individuales al hombre más oscuro, que no ha traspasado con su ejercicio los límites que le imponen la libertad de los demas. No hay derecho contra el derecho. Por eso Proudhon, que decia que la República es la única forma de gobierno que no opone ningun obstáculo al ejercicio de los derechos individuales, colocaba la República encima del sufragio universal, y negaba á

Francia el derecho de restaurar el trono, de restablecer la forma monárquica.

El Jesuita no va tan léjos, porque, si bien está persuadido de que la forma republicana es la más adecuada al ejercicio de los derechos individuales, no cree que sean éstos incompatibles con la institucion monárquica. No es imposible, con un rey verdaderamente liberal, encauzar todas las libertades, de suerte que corran libremente sin salirse de madre. Lo difícil es encontrar ese rey verdaderamente liberal. Hasta ahora la historia de todos los tiempos y de todos los países consigna el nombre de muy pocos que, siendo liberales ántes de ceñirse la corona, hayan seguido siéndolo despues de habérsela ceñido Hay quien dice, hablando de reyes, que el mal no está en la persona, sino en el oficio. Podrá ser; pero, áun así, es más fácil que se conserve liberal el que dió pruebas de serlo ántes de subir al trono, que no que se vuelva liberal el que no lo era ántes de sentarse en él. *El Jesuita* no tiene candidato, ya lo ha dicho; pero si no se quiere la república, ni restaurar la dinastía caida, no cree que haya más rey aceptable, sea ó nó Borbon, que el duque de Montpensier, el cual, por sus antecedentes, por sus compromisos contraidos, por el puesto que ocupa su familia (la de Orleans) en la serie revolucionaria, ofrece más garantías de liberalismo que ningun otro, y, á pesar de todos los intrusos que comen de gorra en la mesa de la revolucion, estaria ya sentado en el trono, si la union liberal, en quien parece apoyarse, no se hubiese manifestado, para atraerse á las clases conservadoras, tan neo-católica, tan gubernamentalista y tan retrógrada. Esto opina *El Jesuita*, lo que prueba que el duque de Montpensier le ha dado dinero.

* * *

Son muchos los que dicen que la cuestion de forma de gobierno debió haberse resuelto por medio de un plebiscito, y del mismo modo tambien deberia resolverse la cuestion de monarca. *El*

Jesuita participa de la misma opinion; pero cree que las dos cuestiones debian haberse resuelto simultáneamente. Entónces no se hubieran sumado cantidades heterogéneas, como se han sumado los monárquicos de la Asamblea, no obstante querer los unos un rey, los otros otro, los otros otro, y quererlo cada cual á su manera, con diferentes prerogativas. Entónces se hubiera visto que ni la república, ni ningun candidato al trono, tenía mayoría absoluta en el país; pero tal vez se hubiera visto tambien que la mayoría relativa es republicana. Lo demas es formar de todos los monárquicos un partido solo, lo que es absurdo, porque apénas hay entre ellos dos docenas que estén de acuerdo en la cuestion de monarca ni en otra alguna. Eso de sumar á un tradicionalista con un cimbrio, á Manterola con Martos, no se ocurre más que á farsantes. Cada grupo de los cuarenta ó cincuenta en que se dividen los monárquicos prefiere el triunfo de la república al de cualquier candidato al trono que no sea el suyo.

Los monárquicos no quisieron plebiscito. ¿Por qué no lo quisieron? Porque temieron el resultado, que no hubiera sido otro que el que yo acabo de indicar. Montpensier es el candidato genuino de la revolucion; no debió tener entre los revolucionarios más rival que la república. Montpensier hubiera sido el rey más conveniente, y, sin embargo, hubiera salido peor librado del plebiscito que todos los demas candidatos. Porque, lo digo con dolor, en este país estúpido y tan lleno de miserias, en que el egoismo de las banderías ha ahogado todos los sentimientos patrióticos, la union liberal, que es la única que ha sabido en el poder conciliar la libertad con el órden, y que en estos tiempos de corrupcion debia ser bendecida por todo el pueblo, aunque no fuera más que por su pureza en la gestion de los negocios, nunca ha sido popular, y su impopularidad se explica con sólo decir que ha gozado de popularidad el de los siete candidatos en el bolsillo. El apoyo de la union liberal ha perjudicado al duque de Montpensier, y le ha perjudicado tanto más, cuanto que despues de la revolucion la union liberal se ha hecho atras más de lo conveniente.

Creo positivamente que un plebiscito hubiera dado una mayoría relativa á la república, y que entre los candidatos al trono, si el gobierno no hubiera puesto en la balanza el peso de su influencia para favorecer á un candidato determinado, el Niño Terso hubiera obtenido más votos que ningun otro.

Deduzco este resultado del número de suscritores con que cuentan los periódicos republicanos y carlistas, que, sumados todos, exceden en mucho á los de cualquier otro partido, exceptuando la *Correspondencia*, que no pertenece á ninguno, y el *Imparcial*, que, siendo órgano de un grupito tan pequeñito que no se le mandaria dispersar áun despues de publicada la ley marcial, se vende mucho porque echa sapos y culebras contra la union liberal, y se da muy barato.

Y téngase en cuenta que los republicanos y los carlistas son los únicos que conservan raíces en las vulgarmente llamadas masas, compuestas casi en su totalidad de gentes que no saben leer, y que, por consiguiente, no están suscritas á ningun periódico.

Prueba tambien que los republicanos y carlistas gozan, entre las clases populares, de simpatías de que carecen los demas partidos, la circunstancia de ser los únicos que se hallan en aptitud de *echarse á la calle*, donde es verdad que son vencidos, porque tienen en contra un ejército organizado, pero ningun otro partido podria hacer otro tanto. En época áun muy reciente, sin contar con un sólo soldado, ni con el beneplácito de sus más caracterizados caudillos, los republicanos dieron no poco que hacer al gobierno del general Prim; al paso que los progresistas, en el tiempo de su mayor vigor y lozanía, cuando los unionistas y los demócratas no habian echado aún el anzuelo en las corrientes de su jurisdiccion para cogerles los peces más granados; cuando el partido estaba entero, si así puede decirse, y no se habian producido aún en él las numerosas soluciones de continuidad que más adelante le redujeron á casi impalpable polvo (pues la muy grave producida por su estúpida rebelion contra su jefe natural, contra el honrado general Espartero, estaba á punto de cicatrizarse

con muy poca pérdida de sustancia); cuando se hallaba España bajo el odioso dominio de los moderados, y la situacion política era tan tirante que todo grito lanzado contra ella debia al parecer hallar eco en el país, los progresistas, no obstante iniciar sus sacudimientos con batallones enteros del ejército, conducidos por jefes tan hábiles, tan valientes, tan honrados y tan prestigiosos como el inolvidable Zurbano y el malogrado Solís, que tuvieron la desgracia de fiarse de un partido egoista, alborotador, bravatero, que quiere que todo se lo den hecho sin poner nada de su parte, no consiguieron en diez años dar á sus actos insurreccionales más que las exiguas proporciones de un motin casi instantáneamente sofocado. Y entónces los gobiernos no tenian, para dominar una insurreccion, las inmensas ventajas estratégicas y tácticas que les dan ahora los telégrafos eléctricos, los ferro-carriles y la mayor precision y alcance de las armas de fuego modernas, que no poseen los paisanos.

El incomparable general O'Donnell, que es el verdadero campeon de la guerra de África, aunque no torció ningun sable, ni saltó á caballo ninguna tronera, ni corrió tras los marroquíes, cuando ya huian, con una bandera en la mano; el incomparable general O'Donnell que, á pesar de su habitual sonrisa, era un hombre serio y no una figurilla teatral, un gran militar y no un mal cómico, un hombre de Estado y no un Lúculo, un político y no un sibarita; el general O'Donnell, que era un cuarto que nunca habia sido ochavo, un aristócrata por su cuna y por su esmerada educacion, y un demócrata por la afabilidad de su trato y la sencillez de sus costumbres; el general O'Donnell, que no queria, para ninguno de sus actos, editores responsables, que no se comprometia en ninguna empresa sin contar ántes con su propio corazon para llevarla á cabo; que era él mismo el agente principal de su pensamiento; que, antítesis de quien yo sé y del capitan Araña, nunca faltó al puesto de mayor peligro que le mandaba ocupar su honor ó su palabra empeñada; el general O'Donnell, que no amaba el poder por el poder, que no lo codiciaba para sa-

tisfacer su vanidad, ni para saciar ningun apetito, ni para hacer ningun negocio, sino para realizar una política que él creia beneficiosa para su patria; el general O'Donnell venció en tres horas la insurreccion progresista más formidable, y tambien más inmotivada é inicua, que mancha los anales del partido; la más inicua, exceptuando únicamente el pronunciamiento de 1843 contra el insigne Pacificador de España, sin cuyo poderoso auxilio no hubiera nunca el progresismo podido levantar la cabeza. Los progresistas son los cuervos del refran, que quitan los ojos á quien los cria.

El general O'Donnell les venció en tres horas, no obstante tener ellos pronunciados en su favor dos regimientos de artillería, más ó ménos minados todos los cuerpos de la guarnicion, abierto el Parque para proveerse de armas y municiones, y contar con la cooperacion de algunos republicanos, con la aquiescencia benévola de otros, y con el arrojo del general Pierrard, á quien ahora tan desapiadadamente tratan.

* * *

Se ve desde luégo que el partido carlista y el republicano encuentran más energía en sí mismos y más favor en el pueblo, porque tienen mas fe, y por consiguiente más vitalidad, que el partido progresista.

En cuanto al unionista y al moderado, todo movimiento popular les está expresamente prohibido. No se sostienen cuando están levantados, ni se levantan cuando están caidos, sino por medio del ejército. No saltan nunca al redondel; miran siempre los toros, puestos ellos detras de la barrera. No pueden hacer otra cosa, porque el pueblo en general, y sobre todo el de armas tomar, pertenece siempre á los partidos extremos. Cuando el partido progresista era partido extremo, porque no habia partido republicano, tenía pueblo. Ahora ya no lo tiene, y necesita dar destinos á los que no saben leer, para que sigan ayudándole al-

gunas gentes de chaqueta, las cuales, bien meditado todo, á lo único que le ayudan es á comer, como si él para comer tuviese necesidad de ayuda.

* * *

Los partidos monárquicos, que no pueden considerarse como fracciones de un mismo partido, porque, á más de ser diferente su punto de partida, tienen aspiraciones opuestas, no quieren plebiscitos, y la razon, despues de lo expuesto, se alcanza hasta á un progresista.

Y, sin embargo, un plebiscito, despues de la Revolucion de Setiembre, era necesario de toda necesidad, era absolutamente indispensable. La Asamblea Constituyente, ni áun votando unánime en la cuestion de forma de gobierno y en la cuestion de monarca, podria legitimar el órden de cosas creado á consecuencia de la revolucion. La república que saliese de la Asamblea careceria de condiciones de legitimidad lo mismo que cualquier monarca, á no ser que se la proclamase y aceptase como forma transitoria, para tener alguna miéntras se preparara la situacion ó solucion definitiva. No se olvide que la Asamblea fué convocada por quien no podia convocarla, por un gobierno que no habia recibido sus poderes de la voluntad del país expresada por medio del sufragio universal, sino que fué hechura de la Junta revolucionaria de Madrid, la cual se arrogó facultades que, en el caso de pertenecer á las Juntas, pertenecian á todas ellas reunidas. ¿Y creen los revolucionarios que este pecado original no les ha de salir á la cara?

Por otra parte, la cuestion de forma de gobierno y la de candidato para el trono son demasiado trascendentales para que el pueblo pueda fiar su solucion á una Asamblea, siempre más fácil de sobornar que la nacion entera. Dice un poeta:

«Diez jueces, Boabdil, los compra al oro,
mas no puede comprar á todo un pueblo.»

Y quien dice diez jueces, puede decir cien diputados, ó doscientos ó trescientos. Hoy los blancos se compran más baratos que los negros, y un trono es una finca que tiene muchos golosos, porque es una finca muy productiva, y el que se haga con ella puede estar seguro de sacar en poco tiempo todo el capital que haya invertido en su adquisicion.

Agréguese á lo dicho que la Asamblea Constituyente, con su falta de iniciativa, con su ministerialismo, con sus transacciones, con sus alianzas tan pronto formadas como rotas como vueltas á formar, con sus vacilaciones, con sus desacuerdos, con el afan de asaltar posiciones que se ha apoderado de una gran parte de sus individuos, con el egoismo, ya de bandería, ya personal, que se revela en muchos de sus actos, está desautorizada á sus propios ojos. Léanse los periódicos, entre los cuales hay muchos redactados por individuos de la Cámara; oíganse las conversaciones que tienen los diputados en el salon de Conferencias, y se verá que la Asamblea es la primera en reirse de sí misma.

Y se quiere que una Asamblea semejante nombre monarca! Y lo quieren los mismos diputados que se burlan de ella! ¡Y los hay que se quejan aún de que es demasiado exigir para el nombramiento de rey el número de votos propuesto en el particular del Sr. Rojo Arias! Pues entónces que nombre rey cualquiera, que lo nombre el primer mozo de cordel que se encuentre en cualquiera esquina!

Oh revolucion de Setiembre! ¡en qué berengenal te has metido y nos has metido á todos!

Un plebiscito era, y sigue siendo, indispensable, no por exigirlo el interes del país, sino el interes de la revolucion, que necesita, de un modo ú otro, legitimar su obra. Aquí no valen farsas ni subterfugios: ó la legitimidad que da la herencia, ó la que da la voluntad del país directa y explícitamente manifestada.

Por lo demas, *El Jesuita* no cree que, ni con plebiscito ni sin plebiscito, España se salve. Una interinidad prolongada, bajo un ministerio inepto, despilfarrador, que lo único que hace bien es

la digestion, la ha dejado arruinada para siempre. No podria salvarla más que el espíritu público, y dónde está el espíritu público?

El partido, que no es partido, á que *El Jesuita* pertenece, es cada dia más numeroso. Dicho queda de qué elementos se compone. El elemento que en él prepondera es el de los *bons vivants*, el de los pancistas, entre los cuales hay muchos tan indiferentes á la política, que áun no saben que haya muerto Fernando VII. Éstos, en un plebiscito, no votarán, ó votarán á quien se les diga que voten, ofreciéndoles paz, tranquilidad y rebaja de contribuciones. Dirán á todo amén, y darán un *sí*, sin saber ellos mismos si aquel *sí* quiere decir *nó*. ¿No se ha visto lo que ha pasado en Francia, la cual, por lo que toca á espíritu público, corre parejas con España? Quereis República?—Sí.—Quereis Imperio?—Sí.—Quereis otra vez República?—Sí. Siempre sí. Y quien dice siempre sí es el sufragio universal!

* * *

Y lo mismo dice el sufragio restringido. ¿Has oido, lector, hablar alguna vez de un gobierno que haya perdido las elecciones? Pues no creas que este resultado constante, este triunfo que obtienen todos los gobiernos, sin excepcion alguna, en el palenque electoral, se debe exclusivamente á sus maniobras; se debe más aún á la falta de espíritu público, que no se toma la molestia de desbaratarlas. Los contribuyentes rabian contra las contribuciones que les esquilman y contra los empleados que las devoran, y luégo ellos mismos, si se sujeta á reeleccion á un diputado por haberle el gobierno conferido un empleo, le eligen nuevamente. Qué se puede esperar de un país así? Bien merece que le pase lo que le está pasando. Casi me alegro. M. Dumas, padre, estuvo en lo justo cuando dijo que, si los carneros fuesen electores, elegirian al carnicero.

En una nacion sin espíritu público, los hombres se vuelven borregos

* * *

Si en España hubiese espíritu público; si no lo hubiesen muerto los partidos con sus mentiras, con sus desmanes, con su probada impotencia para el bien; si una serie de revoluciones abortadas y movimientos populares desviados de su objeto, y completamente infecundos y estériles, no hubiese apagado la fe en todos los corazones que áun conservaban alguna; si tantos y tantos desengaños recibidos no hubiesen engrosado tan considerablemente el número de los indiferentes y excépticos que componen en su casi totalidad el partido, que no es partido, á que *El Jesuita* pertenece, no habria necesidad de que la ley declarase incompatible con toda posicion oficial remunerada el cargo de diputado, para que la incompatibilidad fuese un hecho.

Pero aquí viene de molde el dicho ya citado de Cárlos III: «Los pueblos son como los niños, que lloran cuando se les lava,» y sin embargo, es menester lavarlos. Ya que el pueblo parece complacerse en su malestar; ya que no obra en conformidad con lo que su propia conveniencia le dicta; ya que confía la defensa de su causa á quienes, en el mero hecho de ser empleados, tienen interes en defender la del gobierno, por malo que sea; ya que los carneros eligen al carnicero; ya que los que no carecen de juicio están obligados por un deber de humanidad á impedir que los que han perdido su instinto de conservacion, los que tienen la manía del suicidio, lleven á cabo su determinacion funesta, una ley de incompatibilidades es de todo punto indispensable.

Mas ¿cómo obtener esta ley si los legisladores son los principalmente interesados en que no se haga? Para que no se suiciden los electores, se han de suicidar los diputados? En estos tiempos de positivismo, ¿serán muchos los que aspiren á la diputacion cuando ésta deje de favorecer los cálculos personales del que la obtenga?

«El cargo de diputado es incompatible con toda posicion oficial remunerada.» Sin esta ley, el régimen representativo no funcionará nunca beneficiosamente para el país, pero esta ley conduce necesariamente á una oligarquía repugnante. Con ella no

pueden ser diputados más que los ricos, á no ser que el cargo de diputado se haga cargo retribuido. Sin esta condicion, es una ley que no puede ser aceptada por ningun pueblo libre.

Pero, ni áun con esta condicion, la ley de incompatibilidades cae en gracia á los diputados presupuestívoros, porque comprenden que la asignacion de los representantes del pueblo deberia ser muy moderada, y no equivaldria, ni con mucho, al sueldo que obtienen ó esperan obtener siendo empleados al mismo tiempo que diputados. Los muy marrulleros hacen mil aspavientos, encubriendo su egoismo bajo una máscara de desinteres y de consideracion al bolsillo de los contribuyentes. No saben éstos el dineral que les cuestan esos diputados que creen tener de balde. Lo barato es caro.

Para que los incautos se pongan en guardia contra el aparente desinteres de los que, afectando compadecerse de los contribuyentes, se oponen á que el cargo de diputado sea retribuido, voy á permitirme una moraleja, mal que pese á los que, bajo el velo de un falso patriotismo, ocultan sus miras egoistas.

El hombre ó parcialidad
que lo que su interes es
presenta como interes
de la generalidad;
el que sofismas acopia,
que el buen sentido condena,
para hacer ver que es ajena
la que sólo es causa propia;
el que afecta patriotismo
y finge, especulador,
profesar al pueblo amor
sólo amándose á sí mismo,
con cada mano una oreja
es en vano que se tape,
que ha de oir, sin que se escape,
la siguiente moraleja:

Un pícaro raton agazapado
en el rincon oscuro de un granero,

á vivir de lo ajeno acostumbrado,
(pues quien dice raton, dice ratero),
era frecuentemente visitado
por un ladino gato, tan grosero,
que sin pasar recado y sin permiso
se presentaba siempre de improviso.
Afectando el raton mucho cariño
á la víctima misma á quien robaba,
á un pobre labrador que, como un niño,
viendo su trigo disminuir, lloraba,
le dirigió un discurso, cuyo aliño
sus oratorias dotes revelaba,
y en él le dió de balde un buen consejo
con el desinteres de un raton viejo.
—Te compadezco, labrador amigo,
dijo con gravedad; inútil, vana
es toda precaucion, yo te lo digo,
miéntras dejes abierta esa ventana.
Entra por ella, codiciando el trigo,
una chusma de pájaros insana,
y así se crian á tu costa gordos
millares de gorriones y de tordos.—
Se hallaba de un tejado en el alero
un gorrion escuchando estas razones,
y dijo al labrador:—De ese embustero
conoce, como yo, las intenciones.
Que tapies, te aconseja, el agujero
por do entramos nosotros los gorriones;
que cierres la ventana..... El mogigato
no quiere que por ella pase el gato.

* * *

Tiene para sí *El Jesuita* que el sistema representativo, funcionando regularmente, es el mejor de todos los sistemas, sin que haya ninguno que pueda reemplazarle con ventaja; y convencido de que no funcionará regularmente miéntras los diputados no sean independientes del gobierno, sólo de una buena ley de incompatibilidades espera la resurreccion del espíritu público, que

es como si dijera la reaccion del interes general sobre los intereses de bandería.

Con una buena ley de incompatibilidades, el sistema representativo, cualquiera que sea la forma de gobierno que se adopte, hará entrar al país en caja; le hará entrar en un estado normal, hasta ahora desconocido, y será para él fecundo, porque provocará el desarrollo de todos sus intereses morales y materiales. Entónces tocarán sus ventajas esos hongos sociales que son el principal ingrediente del partido á que *El Jesuita* pertenece, y saldrán de su marasmo, y se interesarán por la cosa pública. Este partido, compuesto en su totalidad de los que no pertenecen á ninguno, cuyo monstruoso desenvolvimiento se debe á las malas artes con que los demas partidos han esterilizado las instituciones, no puede dejar de menguar y de quedar reducido á la menor expresion luégo que las instituciones se hagan fecundas. Esta masa inerte que ha reemplazado al espíritu público, como reemplaza un lechino en el seno de una llaga fungosa la carne viva que ha desaparecido, será ella misma la que lo reconstituya. Dejará de ser indolente; se reanimará y reanimará al país.

Entónces habrá tal vez en España un sentimiento comun bastante fuerte, una aspiracion bastante general para imponer silencio á las pasiones egoistas y ahogar el grito de los intereses de partido, que no son más que intereses individuales, cuyo antagonismo produce, cualquiera que sea el órden de cosas establecido, la mayor parte de los disturbios y conflictos que los espíritus superficiales y crédulos atribuyen á disidencias de opiniones. Casi todos los corazones están enervados por la metálica frialdad de los intereses materiales; las palabras más santas, hasta la libertad y el órden, son títulos que se negocian como el papel del Estado, son acciones de esa rica mina que se llama credulidad pública, explotada de mil maneras y en todas direcciones por nuestra actual sociedad, ávida de tesoros y de goces.

Poco importa que contra estas apreciaciones se subleven algunas conciencias que no se hallan aún completamente pervertidas.

Nos hallamos hace muchos años bajo la influencia de un tífus moral, y son muy pocos los que están completamente libres del contagio. Interróguese cada cual á sí mismo, sujétense todos á un riguroso exámen de conciencia, pesen uno tras otro todos sus actos, no ya antiguos, sino recientes, los de ayer, los de hoy, para medir su moralidad, apreciar su objeto, valuar sus tendencias, y se sentirán todos ménos desinteresados, ménos humanos, ménos entusiastas para el bien, ménos desprendidos de su personalidad, de lo que á cada cual conviene para pasar por virtuoso, no á los ojos de los demas, sino á sus propios ojos. En el fondo de sus acciones que más indiferentes y tal vez más generosas les parezcan, hallarán las heces del egoismo. La corrupcion se ha generalizado tanto, que la sociedad, sin apercibirse de ello, la bebe por todos sus poros.

Ya sabe *El Jesuita* que el afan inmoderado de atesorar y de gozar no es característico y exclusivo de nuestra sociedad, sino que es general en todo el mundo. En todas las clases el deseo del bienestar material domina todas las ideas y sentimientos. En la primera revolucion francesa, en aquella revolucion en que todo era grande, grandes los crímenes, grandes las virtudes, los hombres, ávidos de sangre, despreciaban el oro. Los amigos y los enemigos de la revolucion mataban y morian, pero no se vendian. Unos y otros veian el principio que les servia de bandera, y no se miraban á sí mismos. Se manchaban en sangre, lo que es horrible, pero no en oro, lo que es bajo. ¡Cuán distinto el carácter de aquella revolucion del de la de 1848! En ésta las turbas de trabajadores, en un momento de entusiasmo, pusieron dos meses de hambre á disposicion de la República; pero muy pronto la pasion dominante de la época se sobrepuso á su resignacion, y produjo la gran catástrofe que dió á Cavaignac la dictadura y allanó al tan funesto Luis Napoleon el camino del Imperio. Ese carácter socialista que toman hoy todas las convulsiones políticas, se debe al positivismo de los muy tristes tiempos que alcanzamos.

Falta en España un sentimiento comun, colectivo, nacional; falta un espíritu público que, en circunstancias dadas, permita una concentracion de todas las fuerzas para salvar á la patria en sus extremas angustias. No hay ningun principio que pueda invocarse, porque los partidos los han desacreditado todos, para mancomunar todos los esfuerzos. Los partidos han muerto algo más que hombres, han muerto á la nacion, han ahogado el espíritu público. Y por eso todos los medios que se emplean, más ó ménos empíricamente, para curar los males de la patria, son inútiles; se aplican á un cadáver. Y por eso tambien las revoluciones en España son estériles y faltas de arranque, sin que del cuadro de ninguna de ellas se destaque una de esas figuras gigantescas que, poderosas para el bien ó para el mal, se han visto levantarse, en otros países, cien codos sobre el resto de sus contemporáneos.

Porque hay siempre correlacion entre las revoluciones y los que en ellas figuran como protagonistas, ya sea para iniciarlas, ya sea para empujarlas, ya sea para contenerlas dentro de ciertos límites. Medias revoluciones suponen siempre medios hombres ó revolucionarios á medias, y los actores de una revolucion mezquina son necesariamente raquíticos y enanos. ¿Dónde están en España las grandes revoluciones, sin las cuales no hay grandes revolucionarios? ¿Dónde están los grandes revolucionarios, sin los cuales no hay grandes revoluciones? Para iniciar en España una de esas revoluciones que arrojan una inmensa oleada sobre todo cuanto existe, y lo hacen desaparecer, ¿dónde están los que han de prepararla en los espíritus? ¿Dónde están los que han de empujarla? ¿Dónde está el que ha de contenerla, asimilársela, condensarla en sí mismo para hacerla hombre en él, como se hizo hombre en Washington la gran revolucion americana?

* * *

Los grandes vientos y las grandes tempestades se corresponden recíprocamente.

Para formar la piedra pómez, diria Víctor Hugo, se necesitan volcanes.

En España no ha habido ninguna revolucion, no obstante haberse derribado una dinastía. La piedra pómez no se ha formado, y necesitan ser muy fatuos nuestros revoltosos para llamarse revolucionarios. Sólo merecen el nombre de revoluciones esos grandes sacudimientos que, á más de ser el supremo esfuerzo de una suma muy considerable de voluntades, tienen una tendencia radical, y no se dirigen solamente á desarbolar la nave del Estado, á variar su palo mayor, que se llama dinastía, valiéndonos de la gráfica metáfora del poeta ya citado, sino que dan á la nave del Estado un rumbo diametralmente opuesto al que está siguiendo. Revoluciones son esos grandes sacudimientos que tienden á convertir una república en monarquía, ó una monarquía en república, ó, cuando ménos, á reemplazar el régimen absoluto con el constitucional, ó el constitucional con el absoluto. No son revoluciones esos levantamientos cuyo objeto se reduce á obligar á los progresistas á ceder la marmita á los conservadores, ó á los conservadores á ceder la marmita á los progresistas. Si á eso, que no tiene ningun objeto social ni moral, llamais revoluciones, no se qué inconveniente puede haber en llamar revoluciones tambien á la barahunda que arman los perros en las plazuelas cuando se disputan un hueso.

Sin espíritu público, los motines son inevitables, pero las revoluciones sólo se producen cuando hay espíritu público.

Y no habiéndolo, no se improvisa. No es, sin embargo, imposible crearlo, pero para eso es necesario sustraer la nacion á las causas que de él la han privado. Es necesario sustraerla al espíritu de partido; y al expresarse así, no quiere significar *El Jesuita* que no debe haber partidos, sino que no debe haber partidos cuyo espíritu se sobreponga al espíritu público, lo que sólo puede conseguir un gobierno que, como gobierno, no pertenezca á partido alguno; que cualquiera que sea el partido en que se apoye, convenza á todos los ciudadanos de que tienen una patria

comun, que no es para unos madre y para otros madrastra, sino que es madre de todos, que mira á todos con igual solicitud, que concede á todos los mismos derechos, que funda todas sus predilecciones no más que en la superioridad del mérito y de las virtudes de los que se llaman sus hijos.

* * *

Pero, entretanto, todo en España seguirá siendo, como hasta aquí, nada entre dos platos. España seguirá siendo la nacion de los viceversas. Creeremos estar en plena revolucion, y estaremos en plena reaccion. Cuando no hay espíritu público, no hay país ni hay gobierno, y todo es azar, todo inconsecuencia, todo absurdo.

Las nubes anuncian bonanza, y el íris preludia tempestades.

Esta es una observacion de todo el mundo, que muchos habrán hecho desde muy antiguo, y que *El Jesuita* dejó consignada en unas malas coplas que se le ocurrieron en Junio de 1858. Conste que hacía un calor insoportable, lo que siempre, para los crímenes de lesa-poesía, debe ser una circunstancia atenuante.

Se acumulan á porfía
mil nubes, á cual más negra,
en el cielo cada dia,
y mi corazon se alegra,
pues va á cesar la sequía.
El sombrero nuevo expongo
al agua si no lo dejo;
déjolo pues, y me pongo
otro que tengo muy viejo
y que es por su forma un hongo.
Va á llover dentro de un rato,
que la atmósfera aparece
muy cargada...
Mas qué es eso? el aparato
de nubes se desvanece;
ya no hay nada.

—

Que de todo nubarron
haciendo burla y donaire,
barre el cielo el aquilon,
y prueba que en conclusion
en España todo es aire.

Si ardiente como el Vesubio
aparece en cielo claro
el sol, á quien llaman rubio,
aquí, como todo es raro,
es de temer un diluvio.

Creo que estás en tu cielo,
oh España, perfectamente
retratada,
que en tu cielo y en tu suelo
todo engaña, todo miente,
todo es nada.

—

Mentira es la libertad
donde hay tanto fariseo,
mentira es la autoridad,
todo es mentira; hasta creo
que es mentira la verdad.

Y para colmo de horror,
mi vista, que en torno gira,
bosquejarse alrededor
ve una realidad peor,
sí, peor que la mentira.

¿Nos lleva al absolutismo
la farsa que de tal modo
nos degrada?
No nos lleva, por lo mismo
que siempre en España todo
pára en nada.

—

He de nada escrito mucho,
y hoy no quiero escribir más;
con dificultades lucho,
lector, que comprenderás,
aunque no seas muy ducho.

Mi musa está paralítica,
que hace un calor soberano;
nada se presta á la crítica;
creo que hasta la política
duerme la siesta en verano.
¿Y no he de dormirla yo?
¿á tenderme no me exhorta
la almohada?
Contestes que sí ó que nó,
tu contestacion me importa
poco ó nada.

* * *

Nada! todo mentira! Pero si hay algo que sea ménos que nada, si hay algo que sea más mentira que la mentira, es la gloriosa Revolucion de Setiembre. ¡Qué modo de mentir los que tomaron parte en ella, y, sobre todo, los que no tomaron en ella parte! Qué mareo! Me cogió en la calle la noticia del triunfo obtenido en Alcolea por los sublevados, y desde entónces ya no vi más que máscaras. En un abrir y cerrar de ojos todos los transeuntes se disfrazaron. No pude ya conocer á ninguno de mis conocidos. Aquí un republicano que se acababa de volver monárquico; allí un monárquico que se acababa de volver republicano; más allá otro que áun no sabía de positivo lo que habia de volverse; pero el que ménos, preparaba su metamorfosis. Nadie seguia siendo lo que era un cuarto de hora ántes.

Oí decir que los señores Rivero, Martos, Becerra y otros de la misma procedencia, formaban parte de una Junta revolucionaria que acababa de improvisarse.—República tenemos—dije yo para mis adentros. No sé para sus adentros lo que dirian ellos mismos; probablemente lo que dijeron fué:—Tenemos posicion. ¡Dios se lo premie al general Serrano!

Ellos y muchos otros estuvieron conmigo en la batalla de Alcolea, es decir, que estuvieron en la batalla de Alcolea lo mismo que yo. Debo hacerles esta justicia.

Me retiré á mi tugurio, para no entusiasmarme demasiado con el general entusiasmo.

Desde una ventana de mi celda veia el cuartel de San Gil, teatro de tantas hazañas. No esperaba yo que aquel mismo dia debiese serlo de otras nuevas. Vi de pronto abrirse la puerta del Parque, y entrar en él una muchedumbre inmensa á buscar armas. La plaza de San Marcial estaba cubierta de gente; nunca habia visto tanta reunida. Aquella gente se armó en un abrir y cerrar de ojos. Esto me tranquilizó, porque, cuando la muchedumbre se afana en tomar las armas, es evidente que no hay ningun peligro que pueda obligar á hacer uso de ellas. Entónces me convencí de que los progresistas son hombres *de armas tomar*, rectificando la opinion que de ellos tenía formada. Recordé que cuando la sublevacion de los artilleros, los soldados gritaban: «Paisanos, el Parque está abierto! id á buscar armas!» Y no iba á buscar armas nadie, porque entónces las armas eran para batirse.

Al dia siguiente, la curiosidad me hizo echarme á la calle, y no las tuve todas conmigo cuando vi que no se levantaban barricadas como en 1854. Tampoco el que llaman *pueblo* suele levantar barricadas sino cuando está seguro de que nadie ha de atacarlas. Las barricadas se levantan siempre en Madrid despues del triunfo.

Como en Madrid está la teta de la gran vaca, como en él se reparte el presupuesto, el presupuesto es el objetivo de cuanto en Madrid se hace. En 1854, las barricadas eran memoriales. En 1868 se adoptó otra fórmula más sencilla; las solicitudes se extendieron en arcos de triunfo, banderas y nombres de calle. En la batalla inocentísima que se dió en Madrid, despues de la de Alcolea, se quemó bastante pólvora disparando al aire; pero lo que se gastó principalmente fué almazarron y negro de humo.

Entre las inscripciones habia algunas muy extrañas. En un arco que habia en la plazuela de Santo Domingo vi el apellido de

Calvo Asensio entre el del cura Merino y el de Sixto Cámara, trazados todos por una misma mano. No pude comprender el significado de aquellos tres nombres reunidos.

El nombre de Calvo Asensio se leia en muchas partes, el de Espartero en algunas, el de Zurbano en pocas, el de Solís en ninguna. Verdad es que Espartero no habia hecho más que pacificar á España, y Zurbano y Solís no murieron gloriosamente de una tifoidea como el fundador de *La Iberia*. Qué progresistas!

Pero dejémoslos en paz por ahora, que ya les llegará su turno si Dios da al *Jesuita* vida y salud, y tiene tinta su tintero.

* * *

Á pesar de que la Revolucion de Setiembre fué producida por generadores de diversas especies, y es sabido que las concepciones híbridas suelen ser estériles, algunos hombres de buena fe y de buena voluntad vieron en ella el principio de la regeneracion política de España. En vano se les argüia manifestándoles la infructuosidad de los pronunciamientos anteriores. En su concepto, esta infructuosidad se debia á que la cuchilla revolucionaria no habia penetrado bastante en la profundidad del cáncer para extirparlo de raíz; se debia á que los liberales se habian andado por las ramas, como se dice vulgarmente, y en lugar de atacar el mal en su orígen, para evitar reincidencias fáciles de prever, se habian limitado á corregir los síntomas. Creian, derribando un ministerio, haber hecho una revolucion, como si los ministerios fuesen más que un síntoma del mal, y no el mal mismo. El mal era Doña Isabel II, y Doña Isabel II, con ó sin el beneplácito de los caudillos mismos de la Revolucion, habia caido y arrastrado en su caida á su dinastía. España estaba, pues, radicalmente curada, y bien se podia decir que, desde el borde del sepulcro, habia entrado repentinamente en el período de convalescencia.

Ademas, viendo la armonía que en un principio reinaba entre todos los liberales de las distintas sectas, porque no habia llegado aún la hora de comer y cada grupo acariciaba la idea de

sobreponerse á los otros y desempeñar en el reparto del botin el papel del leon de la fábula, tomaron aquella aparente concordia por una verdadera reconstitucion del espíritu público. ¡Buen chasco se llevaron!

El Jesuita se hizo muy pocas ilusiones, y las pocas que se hizo se disiparon cuando vió asomar ciertos pajarracos de mal agüero, prendados de su propia personalidad, y colarse de mogollon, en el salon del festin, gorristas y barateros de todas las situaciones. Presintió lo que iba á suceder, y con el corazon lleno de amargura se volvió á su celda. «En España todo es mentira,» se dijo; y dominado por esta idea encendió su pipa, de que sólo hace uso cuando se halla solo en su retiro, y el humo ó el mal humor le inspiró las siguientes desiguales líneas:

Disipa toda ilusion
el tiempo con sus verdades;
él enseñó á Salomon
que todas las cosas son
vanidad de vanidades.
Por eso yo con desden
miro el mal y miro el bien,
impasible como pocos,
pues presumo
que en esta jaula de locos
todo es humo.

—

Cuando el hombre, año tras año,
mucho espera y poco alcanza,
el viento del desengaño
se lleva para su daño
el humo de la esperanza.
Aquel plan de hipocresía
con que el neo pretendia
de la religion de Cristo
sacar zumo,
se disipó, por lo visto,
como el humo.

—

Con una y otra patraña
por único desayuno,
no urdidas todas con maña,
más de un escritor muy tuno
nutre á los bobos de España.
Cada cual el tiempo pasa
como puede; yo en mi casa
distraigo todos mis males
miéntras fumo,
viendo cómo en espirales
sube el humo.

—

Y todos vamos andando,
y nuestra senda siguiendo,
y nuestro tiempo matando;
unos lo matan fumando,
y otros lo matan mintiendo.
Y el embuste se disipa
como el humo de mi pipa,
porque cuanto el hombre labra
lo resumo
con esta sola palabra:
todo es humo!

En efecto, nunca se habia mentido tanto, ni tan gordo, ni con tanta desfachatez y sangre fria como en los primeros dias de la Revolucion de Setiembre. No se veian más que máscaras que se embromaban unas á otras. Tratábase de saber quién engañaba á quién, y todos los papeles estaban trocados. *El Jesuita* no sabía lo que le pasaba, y se apoderó de él un verdadero estupor. Le parecia haber de improviso bajado en un globo á la isla de San Balandran, como los dos aventureros de la zarzuela de este título. Porque es más extraño, mucho más extraño que ver al bello sexo desempeñando funciones varoniles, ver al vencido de Reus, que, no obstante su humildísima extraccion, tan pagado está de sus títulos aristocráticos, darse ínfulas de demócrata. El republicano señor Rivero exhibia á la luz del sol su flamante monarquismo,

no consignado en su programa de *La Discusion*. Hubo defensores de la esclavitud de los negros que levantaron la bandera de los derechos individuales, y partidarios del Santo Oficio que proclamaron la libertad de cultos. Y todo esto, y mucho más, se hacía gratis y por puro patriotismo. Con la nueva Babel no se puede comparar la de la antigüedad, en que no se confundieron más que las lenguas. En la de Setiembre se confundió todo, y en la confusion se perdieron hasta las primeras nociones del bien y del mal. Aquello fué el naufragio de la conciencia humana.

Ya no se sabe lo que es valor, ni lo que es probidad, ni lo que es sentido comun. Se necesita ser malvado para adquirir fama de hombre de bien, y á fuerza de atentados puede cualquiera labrarse en el poder la reputacion de político eminente.

Del gobernante en el dia
que la ley toma por guía
y manda lo que ella manda,
aunque en saber y energía
exceda al conde de Aranda,
aunque ni un Cid Campeador
le sobrepuje en arrojo,
¿dirán que tiene valor?
No señor,
dirán que es inepto y flojo.
Mas traspasa un mandarin
de las leyes el confin
como si leyes no hubiera,
y aunque se lance á su fin
como á su presa la fiera,
aunque todo en su furor
lo atropelle y desconcierte,
¿dirán de él que es un traidor?
No señor,
dirán que es hábil y fuerte.

—

Del que, ocupando el poder,
le importa poco caer,

que eso no es cosa que importe
al que tiene su deber
por consejero y por norte,
como sea su Mentor
la justicia y no su antojo,
¿dirán que tiene valor?
No señor,
dirán que es inepto y flojo.
Pero si el poder codicia,
para saciar su avaricia,
y al pueblo dejando exhausto,
al mundo moral desquicia
y le insulta con su fausto;
corrompido y corruptor,
si la sociedad pervierte,
¿dirán de él que es un traidor?
No señor,
dirán que es hábil y fuerte.

—

De aquel á quien la opulencia,
en medio de su indigencia,
no deslumbra con su tren,
que reta con su conciencia,
con su fe de hombre de bien,
de los malos sin temor
el halago y el enojo,
¿dirán que tiene valor?
No señor,
dirán que es inepto y flojo.
Mas si es tal su alevosía
que pida á la apostasía
le saque de la miseria,
le convierta en mercancía,
y que le venda en la feria
do se subasta el honor
del alma herida de muerte,
¿dirán de él que es un traidor?
No señor,
dirán que es hábil y fuerte.

—

Del que sólo culto rinde
á la verdad, que es el linde
de su aspiracion y afan,
que en su camino prescinde,
se rie del qué dirán,
aunque le ponga el error
á cada paso un abrojo,
¿dirán que tiene valor?
No señor,
dirán que es inepto y flojo.
Mas si del bien y del mal
no tiene nocion cabal,
porque su propio interes
el criterio y la moral
de todos sus actos es;
si al crímen debió el favor
y los mimos de la suerte,
¿dirán de él que es un traidor?
No señor,
dirán que es hábil y fuerte.

Así estamos. Han pasado dos años, y sigue el Carnaval, aunque parece estar ya próximo á su terminacion, porque resulta muy caro, y no hay dinero ni de dónde sacarlo.

Concluirá el Carnaval. Y qué? Empezará otro. España no volverá ya á ser un pueblo formal, ni una nacion de veras. Verdad es que nunca lo ha sido, ni áun en las épocas de su mayor esplendor, en que era tan desgraciada como ahora. Nada bueno se puede esperar miéntras el espíritu público no se sobreponga al indiferentismo del partido que no lo es, y al egoismo y malas pasiones de los partidos que lo son.

* * *

El Jesuita, en medio de su tristeza, vió algunas máscaras que le hicieron reir á pesar suyo. Pero entre ellas vió tambien algunos hombres distinguidísimos, de grande inteligencia, de seve-

ras costumbres, de inquebrantable energía, de mucha rectitud de juicio, y de patriotismo nunca desmentido. Éstos no eran máscaras; estaban entre ellas con su traje habitual y con su fisonomía propia.

Qué hacian allí? Sostenian una lucha, tal vez inútil, para conciliar sus convicciones con las exigencias de su patriotismo, en la situacion indefinida y anómala que acababa de crearse. Podian haberse separado de la revolucion para no permanecer en contacto con elementos que les repugnaban, y con los cuales no podian fundirse. ¿Pero qué hubiera sido de la revolucion entónces, qué hubiera sido del país, abandonado al ciego empirismo de los ineptos, de los aventureros y de los fatuos? Permaneciendo dentro de la situacion, obedecieron á sus patrióticos sentimientos, pero hicieron el mayor de los sacrificios.

El Jesuita vió entre aquellos hombres notables al más notable de todos, al esclarecido orador, al poderoso tribuno, al gran ciudadano D. Antonio de los Rios Rosas. ¿Qué no sufriria el fuerte atleta parlamentario, tan poco elástico, tan poco equilibrista, tan poco dúctil, tan poco maleable como es, teniendo que transigir, para no acelerar la ruina de su patria, con principios de todo punto incompatibles con los suyos? No deben ser pura fábula los trabajos de Hércules. Necesitó ser tan fuerte como es para no hacerse pedazos. ¿Cómo él, con su carácter rígido, con sus opiniones severas, con su conciencia por única regla, pudo ni un sólo instante exhibirse entre tantos histriones sin dejar completamente libre y despejado el escenario? ¿Cómo dejó el leon ahogar sus rugidos por aquellos micrófonos miserables? *El Jesuita* le vió, y le pareció ver á un elefante encerrado voluntariamente en una jaula de micos.

¡D. Antonio de los Rios Rosas embebido en una coalicion! ¡Don Antonio de los Rios Rosas colocado en el terreno de las transacciones y de las condescendencias! ¡D. Antonio de los Rios Rosas, obligado á desgastar con la lima del patriotismo las asperezas y ángulos salientes de su temperamento de acero! ¿Cómo no se des-

gastó ántes la lima? Ah! ya lo he dicho; era la lima del patriotismo, y lo que el patriotismo templa, no se destempla nunca.

Sólo así se explica tan sorprendente fenómeno. ¡D. Antonio de los Rios Rosas metido dentro de una coalicion, cuando con el rigorismo de su criterio no cabe ni áun dentro de su propio partido! No, no cabe, no ha cabido nunca; y si su exceso de vida no le prohibiese condenarse á la inaccion, si la intervencion en la política militante no fuese una necesidad de su posicion, de sus compromisos, y más aún de su constitucion, de su idiosincrasia, perteneceria necesariamente al partido del *Jesuita*, al partido de los que no pertenecen á ninguno, del cual se podria aún decir mucho más, pero no en este libro, que se ha ocupado ya de él demasiado. Un partido, que no es partido, cabe, aún ménos que el señor Rios en una coalicion, en un libro que tiene por único objeto la vida y milagros de los partidos.

CAPÍTULO IV.

EL PARTIDO DECENTE.

La confusion que reina en el limbo político en que vagamos, como sombras de antiguos patriarcas, es de tal naturaleza, que de ella se queja amargamente hasta el mismo Sr. Ruiz Zorrilla, no obstante ser, en su calidad de progresista notable, uno de los que más han contribuido á producirla.

Conviene mucho, si no hemos de quedarnos completamente á oscuras, no aumentar las tinieblas que nos rodean con el uso de terminachos técnicos que no hayan pasado aún al dominio del vulgo. En el caso de usarlos, es menester tomarse la molestia de definirlos miéntras no se hayan vulgarizado. Esta obra de caridad, que bien merece que así se la llame, podria convenir, no ménos que á los lectores y oyentes, á los escritores y oradores que les dirijan la palabra, en el supuesto de que se la dirijan para que les entiendan.

Y les convendrá tanto más, cuanto que la precision de definir vocablos, poco conocidos fuera del mundo científico, les impondrá el deber de usarlos con propiedad y de no valerse de ninguno cuyo verdadero significado no conozcan ellos mismos.

Pero ¿qué será entónces de los oradores de la Tertulia progresista? Por más que les deslumbre el sol reusense con sus magníficos resplandores, tendrán que abstenerse de mendigar imágenes y metáforas á la ciencia astronómica, que no conocen ni por

el forro, pues no es de creer que en la Tertulia progresista, aunque á ella pertenezca el célebre descubridor de la incombustibilidad de los cabellos, que aprendió á decir *nebulosas*, haya ningun astrónomo.

Tampoco, si hubiese precision de definir las voces cuyo significado desconoce la generalidad de los lectores, harian de ellas tan mal uso algunos periódicos, que están sin embargo redactados con incontestable talento. Uno de ellos, muy aficionado á penetrar en el santuario de las ciencias y de las artes, como si fuese su gran sacerdote, ocupándose de la actual situacion en un artículo muy bien escrito, dijo que ya ni con moxas sería posible galvanizarla. Profano! Galvanizar con moxas! ¿Qué dirán los médicos y los físicos? ¿Qué dirán los que sepan lo que son moxas y lo que es galvanismo? Y los que no lo sepan creerán que una moxa es un aparato de Volta.

El mismo periódico fué de los primeros que enriquecieron el galimatías político con el *delirium tremens*, creyendo sin duda que es así como llaman los médicos al delirio furioso. No sabía que el *delirium tremens* expresa una idea diametralmente opuesta á la que él queria hacer concebir á sus lectores, pues léjos de suponer una excitacion cerebral producida por el furor ó causa de éste, es la significacion de un colapso ó postracion de fuerzas. El *delirium tremens*, ó delirio de los bebedores, es, más que un síntoma, una caquexia, es una especie de imbecilidad, acompañada de temblor, de que suelen adolecer los que han abusado mucho de licores espirituosos. El Sr. Rivero, que es médico, no dirá lo contrario. Debe conocer, mejor que *El Jesuita*, el *delirium tremens;* á su autoridad nos remitimos.

Y la frase, á pesar de su aplicacion errónea, ha hecho fortuna entre los políticos.

Era indígena de las regiones médicas, pero exótica en las políticas, donde los eruditos á la violeta han procurado aclimatarla. Les ha gustado porque está en latin y suena bien, y toda onomatopeya es de mucho efecto en los pueblos pobres de ideas.

El Jesuita, con lo que acaba de decir, no pretende perjudicar á los neologistas.

Al contrario, les aplaude.

En el mundo político han aparecido, en estos últimos años, situaciones, tipos y partidos desconocidos hasta ahora, que han obligado á inventar palabras nuevas.

Un neologista llama al actual órden de cosas *pillocracia*.

Un hombre de Estado muy distinguido, el respetable señor Don Claudio Anton de Luzuriaga, introdujo en el vocabulario político la palabra mogigatocracia, que no significa lo mismo que mogigatería. *El Jesuita* hará notar la diferencia cuando ponga en camisa á los mogigatos y á los mogigatócratas.

Tan favorable se muestra *El Jesuita* á los neologistas, que él mismo, sin consultar á la Academia, se ha tomado la libertad de inventar el verbo *interinear*, que representa, mejor que ningun otro, la manera de vivir trampeando de la sociedad española durante el interminable período de la interinidad, si bien este verbo tiene el inconveniente de expresar dos métodos de vida, dos géneros de existencia, dos maneras de ser muy diferentes, segun la posicion del que los usa.

Vivir exclusivamente dedicado á los trabajos del estómago, sin hacer ningun uso de la cabeza;

Comer mucho, cazar mucho, divertirse mucho;

Perseguir á la Partida de la Porra sin poder nunca dar con ella;

Pasar desde periodista ramplon á ocupar en la diplomacia el mismo puesto que ocuparon un Alcalá Galiano y un Pastor Díaz;

Tener un nombre oscuro, sin ningun hecho que lo ilustre, y designar con él una calle de la córte ó de alguna otra capital;

Llamarse Abascal y llegar á la misma altura á que llegó Don Martin de los Heros;

Echar faldones á la chaqueta;

Gastar sólo en guantes más de lo que en vísperas de la Revolucion de Setiembre se gastaba en comer y vestir, teniendo que preguntar al guantero cuál es el de una mano y cuál el de la otra;

Ir en coche, no en el pescante, ni en la trasera, como sería lo más regular, en vista de los antecedentes y méritos de la persona, sino dentro;

Ponerse en una levita de paisano galones y hasta entorchados;

Pasar de un salto, sin ninguna accion de guerra, de cabo á teniente, de sargento á capitan;

Haber tomado unas cuantas lecciones de D. Rufo Gordó ú otro pendolista, sin más objeto que el de aprender la materialidad de poner la firma, que es lo único que se requiere para firmar una nómina;

Adquirir de la noche á la mañana, no sólo *posiciones*, sino *posesiones*,

Hé aquí, amén del goce de otras muchas felicidades por el estilo, que sería prolijo enumerar, lo que el verbo *interinear* significa para los que se han apoderado de bóbilis bóbilis de la situacion creada á consecuencia de la batalla de Alcolea.

Pero, para la generalidad de los españoles, el verbo *interinear* tiene una acepcion que es la antítesis de la otra.

Ir á una dependencia del Estado y preguntar al portero por el director, por el subdirector, por cualquiera de los oficiales, y contestarle que no hay nadie, y si por casualidad hay alguno, no saberle éste dar razon del asunto que le interesa;

Ser militar, con una brillante hoja de servicios, y hallarse postergado á quien por su mala conducta fué justamente expulsado del ejército;

Ver desatendido su mérito todo el que lo tiene;

Hacer uso de los derechos consignados en las leyes, y verse por ende aporreado, saqueado, amenazado de muerte;

No poder salir de una poblacion sin exponerse á ser secuestrado;

Sufrir aumento de contribuciones para satisfacer cargas del Estado, que no se satisfacen;

Presenciar en todas partes, como no se habia presenciado nunca en España, no obstante ser el país clásico del nepotismo, del

favoritismo y de las injusticias, el cuadro que ofrecen los hombres de verdadero valer por su honradez y por su inteligencia, luchando inútilmente para abrirse camino entre los ineptos y criminales que les obstruyen el paso y les impiden, no ya llegar, sino acercarse al término lógico y natural de sus costosos afanes;

Ser artesano laborioso, y no encontrar trabajo por hallarse paralizados los negocios; ser comerciante, y tener que suspender las transacciones; ser acreedor del Estado, y no percibir un real en muchos meses; ser militar retirado, y tener que pedir limosna de puerta en puerta; ser maestro de escuela, y morirse de hambre; ser sacerdote, y andar descalzo; no tener pan, ni libertad, ni órden, ni seguridad individual, ni tranquilidad de ánimo: hé aquí lo que significa el verbo *interinear* para todos los que no pertenecen á esa plaga de destructora langosta que la tempestad de Setiembre ha arrojado sobre los campos de la patria.

Teniendo en cuenta las dos acepciones, el verbo *interinear* es un gran verbo, y es de desear que se introduzca en las nuevas ediciones del *Diccionario de la Academia*.

Así, pues, *El Jesuita* no es enemigo de los neologistas, siendo neologista él mismo. Pero, por las razones que ha aducido ya, suplica, no á los neologistas, sino á los eruditos, que no empleen en política ninguna voz facultativa ó técnica sin definirla en el acto.

* * *

Eso es lo que va á hacer él ahora, teniendo que valerse de la palabra *sinergía*, apenas conocida más que de los fisiólogos. Éstos saben que en el cuerpo humano hay lazos para unir los diversos aparatos que pueden ayudarse mutuamente en el ejercicio de su funcion respectiva, y que á este concurso ó concierto de acciones simultáneas ó sucesivas llamó Barthes *sinergía*.

Pero la sinergía que se produce en el estado de salud, para el desempeño de una funcion natural, es una sinergía fisiológica,

y no es ella, lector, la que te importa conocer, sino la que se produce en el estado patológico, cuando un órgano, en presencia de una causa morbífica, llama la accion de los demas para que le ayuden á rechazarla.

Me parece que has adivinado ya adónde voy á parar. Eres muy listo.

No he hecho más que iniciar mi idea, y ya has comprendido que el cuerpo social, lo mismo que el humano y el de todos los animales de órden superior, puede sentirse afectado en alguno de sus órganos y solicitar el auxilio de los demas que están sanos, para ayudar al enfermo á rechazar el principio morbífico ántes que éste les invada todos.

Me has entendido, lector, y ahora ya sabes lo que es sinergía lo mismo que los fisiólogos.

* * *

¿Tendré necesidad de decirte que considero de absoluta necesidad, en el estado actual de España, una sinergía, un concurso de fuerzas de todos sus órganos, para que la ayuden á triunfar de la causa morbífica que la tiene postrada y moribunda y afecta toda su economía, porque ha atacado principalmente la cabeza, y *quando caput dòlet, cætera membre dolent?*

Convendrás con *El Jesuita* en que, condenada nuestra desventurada patria á una perpetua crisis, ha atravesado muchas y muy graves situaciones, pero ninguna tan anómala, tan extraordinaria, tan grave como la actual; ninguna más preñada de males para el presente y de peligros para el porvenir; ninguna que más se preste á cálculos tristes y á conjeturas siniestras; ninguna, en fin, en que los que han de dominarla hayan acumulado tantas pruebas de su incapacidad y de su impericia.

España está enferma de la cabeza, ya se ha dicho.

Los que se hallan á su frente, no son un gobierno bueno ni malo; son una enfermedad, enfermedad gravísima, prevista por

El Jesuita desde los primeros dias de la Revolucion de Setiembre, desde que vió que la revolucion se hacía hombre, y sobre todo desde que vió en qué hombre se hacía hombre la revolucion.

* * *

Desgracia es de todos los pueblos acostumbrados á venerar imágenes, hacerse idólatras en política, como se han hecho idólatras en religion, y no elevarse al ideal político, como no se elevan tampoco al ideal religioso. Lo mismo en política que en religion son antropomorfistas, y no saben representarse á Dios ni á la libertad sino en figura humana.

Pero en la esfera religiosa, cuanto más cultivada es la inteligencia de los idólatras, tanto más ha de esmerarse el artista en expresar ó traducir en la materia bruta los atributos intelectuales y morales de la Divinidad. ¡Qué diferencia de las divinidades griegas y romanas al zancarron de Mahoma, al ammon de los egipcios y á los fetiches de los negros de Dahomey!

En la esfera política sucede lo mismo.

El pensamiento político no se hace estatua como el religioso; pero se hace hombre, hombre de carne y hueso, y notarás, lector, que este hombre vale tanto ménos cuanto ménos ilustrado es el partido que en él personifica su causa.

El partido moderado personificó la suya en el general Narvaez; la suya, el unionista, en el general O'Donnell; y el progresista, cuando áun la union liberal y la democracia no se habian desenvuelto á sus expensas, privándole de sus elementos más inteligentes y activos, personificó la suya en el general Espartero.

Ahora, el partido progresista, despues de las operaciones químicas á que le han sometido la union liberal y la democracia, para quitarle la una la inteligencia y la otra la fuerza, y no dejarle más que el estómago, ha quedado reducido á un residuo, á un *caput mortuum* que el general Espartero se desdeña de re-

presentar, y ha sintetizado en el general Prim el alto ideal que no tiene.

Así estamos.

* * *

Habrás notado que los que personifican la causa de los diferentes partidos que hemos nombrado, son todos generales.

Ya he dicho en otro capítulo que este fenómeno se explica por la necesidad que tienen los partidos, no apoyándose ninguno de ellos en la opinion pública, de subir al poder, ó al ménos de sostenerse en él, por medio de la fuerza

Ademas, así como ninguna vieja se eleva mentalmente á la Divinidad si no ve pintada ó esculpida la imágen de un hombre desnudo clavado en una cruz, ningun español del dia comprende la libertad ni el órden sin faja y sin entorchados.

Lo mismo el órden que la libertad, y la libertad que el órden, han de estar vestidos de generales.

* * *

La idolatría de los progresistas, desde que derribaron de su pedestal á su ídolo antiguo, se parece mucho á la de los salvajes, los cuales no rinden un culto preferente á los objetos que aman, sino á los objetos que temen; no á las divinidades que han ejercido sobre su destino una influencia benéfica, sino á los que la han ejercido más desastrosa.

Han hecho su ídolo de quien no les ha causado más que daño, y han asociado el nombre de este ídolo al nombre de libertad, que son los dos nombres que hay en el mundo más antitéticos. Nadie, que tenga los instintos de conservacion de que la naturaleza ha dotado al más miserable zoófito, comprende cómo ha llegado á ser la divinidad de los progresistas el que les combatió sin misericordia, y, entregándolos atados de piés y manos á sus verdugos, se hizo gran cruz y general y conde.

Y el ídolo, para que sus vociferarios no le abandonen, no tiene que hacer más que arrojarles algunas migajas recogidas en la mesa del festin que preside desde lo alto de su altar.

* * *

El actual ídolo del progresismo debe su elevacion inconcebible, que tanto sorprende á los que no le conocen, y más aún á los que le conocen, al bombo que se le ha dado y no á ningun mérito propio, á ninguna alta cualidad, á ninguna prenda relevante. En el capítulo que *El Jesuita* dedique al partido progresista, demostrará que este partido es el partido bombista por excelencia, y que su ídolo actual, que es más bombista aún que sus idólatras, debe toda su importancia, absolutamente toda, al bombo que le han dado y que se ha dado.

Para ser bombista se necesita cierta habilidad; y si bien el fetiche de los progresistas no tiene otra, ésta la tiene en grado superlativo. Dígalo la expedicion de Méjico, la guerra de África, la Revolucion de Setiembre. Todos sus *claqueurs* inflaron los carrillos como la mensajera de Júpiter, y sus cien bocas trompetearon estrepitosamente para preconizar y extender por el orbe los grandes hechos del épico personaje.

Éste puso su más tenaz empeño en crearse, sin extraordinarios peligros, una reputacion de héroe batallador, que es la que más satisface á los cobardes y la que más seduce á los imbéciles.

* * *

Los imbéciles, que son numerosísimos, se han formado del valor una falsa idea, desconociendo completamente el valor moral, de que es una de las más importantes manifestaciones el valor cívico.

El Jesuita no sabe si el fetiche de los progresistas está dotado en muy alto grado de ese valor de temperamento que parece estar en la sangre y resulta de la organizacion física de cada

uno, de ese valor del hombre primitivo que divinizó la fuerza corporal é hizo de Hércules el tipo de la grandeza.

El Jesuita no sabe si el fetiche de los progresistas está dotado de ese valor accidental que, en momentos de exaltacion, puede llevar hasta el heroismo á las naturalezas más débiles.

El Jesuita no sabe si el fetiche de los progresistas está dotado de ese valor contraido por la costumbre, de ese valor maquinal que permite al albañil y al pintor y al revocador de fachadas pasearse con indiferencia por los andamios y los aleros de los tejados, como si no pudieran caerse; al marinero recorrer la jarcia, ponerse de pié en una verga de juanete y subirse á los topes en medio de un temporal deshecho, y al soldado arrojarse resueltamente contra una batería que va sembrando de cadáveres el camino que recorre.

Pero *El Jesuita* cree que el fetiche de los progresistas, á pesar de que en ciertos momentos críticos y decisivos ha pecado por exceso de prudencia, tiene el valor que no suele faltar á la generalidad de los que ejercen la profesion de las armas, lo que no le parece suficiente motivo para que se le tenga por más valiente que á los otros. Cuidado si hay en España generales! Hay más que coroneles, y eso que *El Jesuita* oyó á un coronel amigo suyo quejarse amargamente de que en España no hay otra cosa. Pues bien; entre tantísimos generales no habrá diez que no hayan dado tantas pruebas de valor como el fetiche de los progresistas, sin que á ninguno de ellos se le cite como un prodigio.

El valor de cada uno no se puede deducir más que de los hechos en que se haya manifestado ó en que haya dejado de manifestarse debiéndose manifestar, y por eso, en la hoja de servicios de los militares que no han tenido ocasion de probar el suyo, se les supone.

¡Cuántos valientes habrá que no se han batido nunca ni han arrostrado nunca ningun peligro!

Se les puede por eso llamar cobardes?

No, pero valientes tampoco.

El valor necesita pruebas; y habiendo muchos militares que han dado más pruebas de valor que el fetiche de los progresistas, por qué no se les aplica, como á éste, el dictado de valientes? ¿Por qué ha de ser el fetiche de los progresistas el valiente por antonomasia?

Hé aquí el poder del bombo. No hay ninguna cualidad que se preste tanto á la *contrefaçon* como el valor.

Pero si un individuo no puede ser calificado de valiente ó de cobarde más que por sus hechos, ¿qué calificacion se dará al que tiene consignados en su historia actos de valor positivos y negativos?

Son muchos los que se encuentran en dicho caso. Por eso, segun dice Rousseau, los españoles de aquellos famosos tercios que asombraban al mundo con sus hazañas no decian de ninguno de ellos que fuese valiente, sino que tuvo valor en tal ó cual dia.

Y aquellos españoles, añade el mismo inmortal filósofo, eran votos irrecusables en la materia.

* * *

El fetiche de los progresistas tiene más puntos de contacto con Ulíses que con Aquíles.

Está dotado de aquella astucia que, en los tiempos que los poetas llaman heroicos y la historia llama bárbaros, caracterizaba á los talentos poco cultivados. Ulíses, en resumidas cuentas, no era más que el primer trapisondista de su tiempo. No son los Ulíses los que hacen falta en la época en que tú y yo, lector, vivimos.

La falacia, cuando la toman á su servicio monstruos de tan poderosa inteligencia como Bismark ó el primer Napoleon, puede producir glorias, pero glorias que para la humanidad son catástrofes. Cuando constituye el fondo de la política de hombres vulgares ó ménos que vulgares, no produce más que catástrofes sin gloria.

Sí; por más que los palmoteadores del gran actor político-militar que ha aparecido en la escena española quieran hacer de él un rival de Aquiles, *El Jesuita* no ve en él más que un émulo de Ulises, un conato que no llega á ser una parodia. Se le ve el juego.

No es un Ulises, y ménos un Aquiles. Aquiles, encontrándose en su pellejo en estos últimos tiempos, no se hubiera hecho notar por su ausencia en el cuartel de la Montaña, ni en el de San Gil, ni en la batalla de Alcolea, etc., etc., ó hubiera perdido la reputacion de valiente. El fetiche de los progresistas la conserva. Cómo la conserva?

La conserva por medio del bombo que le dan, llamándole valiente, venga ó no venga á pelo. No se le nombra nunca, para dar cuenta del acto más insignificante de su vida, sin que á su nombre, si se le designa por su nombre; ó á su cargo, si se le designa por su cargo; ó á su empleo, si se le designa por su empleo; ó á sus títulos, si se le designa por sus títulos, preceda sin remision el dictado de valiente.

Cuántas veces, lector, habrás leido:

«El *valiente* general X salió ayer para las aguas de Panticosa. El *valiente* marqués de X guardó ayer cama por sentirse indispuesto (generalmente se dice por resentirse de sus heridas).

»El valiente presidente de etc. comió ayer con el regente.

»El valiente capitan general, conde de X, está cazando en los montes de su propiedad, ó asistió al baile de la embajada tal, ó paseó por el cortijo de su amigo el doctor Simon.»

Pero, lector, para pasear, para bailar, para cazar, para comer, para guardar cama, para tomar aguas, se necesita ser valiente?

Ya ves lo que son las cosas. Así se crean las reputaciones, así es cómo se fabrican las alas artificiales con que muchos murciélagos suben á mayor altura que las águilas.

* * *

Y no son sólo los obligados panegiristas y los fanáticos adoradores del fetiche los que han labrado su gloria, sino que han contribuido tambien á ella con elogios, sin ton ni són, los mismos que más desean despojarle de sus falsos atavíos y mentidos oropeles.

Y para despojarle de ellos le ponen otros nuevos! ¿Por qué será eso?

Lector; el héroe de relumbron que los progresistas han divinizado, ha conseguido, á fuerza de bombo, convertirse, sin haber hecho nunca nada á favor de la libertad, en árbitro supremo de la actual situacion, que dicen que es eminentemente liberal, lo que tú no habrás conocido, ni yo tampoco. Pero habiéndose hecho los progresistas amos del cotarro, la influencia omnipotente de su divinidad es incontestable.

Los republicanos y los unionistas han querido apoderarse de esta influencia, no arrebatándola al que la ejerce, sino haciendo á éste suyo. Han conocido que la vanidad es su fuerte ó su flaco, y por el mango de la vanidad han procurado cogerle. No lo han conseguido, y ahora, afanosos como Penélope, tienen que destruir su propia obra, tienen que derribar el prestigio que ellos mismos han contribuido á levantar.

Fueron torpes de veras.

¿Cómo pudieron figurarse los hombres de la union que harian del fetiche de los progresistas un instrumento de órden?

¿Cómo llegaron á presumir los republicanos que convertirian al fetiche de los progresistas en un instrumento de libertad?

¿Cómo no comprendieron unos y otros que el fetiche de los progresistas es tan incompatible con la libertad como con el órden?

¿Cómo no vieron desde ántes, desde mucho ántes de la gloriosa, que el fetiche de los progresistas no trabaja en pro de ningun partido, ni en pro de la patria, ni en pro de ninguna idea, sino en pro de su ambicion personal, y nada más que de su ambicion personal?

Cierto es que se dirige á su objeto de una manera inhábil, porque su genio es más pequeño que su ambicion; pero su objeto no lo pierde de vista. No tiene más subjetivo ni objetivo que su propia individualidad; él no se mira más que á él, pero se mira siempre. Es el espejo de sí mismo.

Ya sabian los unionistas y republicanos que el fetiche de los progresistas no tenía ningun principio político. Acerca del particular, los antecedentes no les permitian concebir la menor duda; pero por lo mismo que sabian que no le retenia en ningun punto fijo ninguna intencion política determinada, creyeron unos y otros poderle atraer más fácilmente, con el cebo de la lisonja, al punto que á ellos más les conviniese. No se les ocultaba que el título de valiente es el que más hueco le pone, y se lo prodigaron de tal manera, que cualquier otro, aunque hubiese sido el mismo Cid Campeador, hubiera creido que se burlaban de él desapiadadamente.

No se sabe si el fetiche del progresismo cree á pié juntillas en su incomparable valor; pero cree que creen en él los que se lo atribuyen, y no necesita más para satisfaccion de su amor propio.

* * *

Otras dos circunstancias han contribuido tambien á la celebridad y elevacion del que parece que encargó al brigadier Topete, al general Serrano, hoy regente *in nomine*, sin atribuciones, pero con un sueldecito regular, al general Izquierdo y á otros *ejusdem furfuris*, que le hiciesen una revolucion expresamente para él, enteramente á su medida; y, en efecto, se la sacaron que no le hace ni una arruga. Le viene pintada. Pidió que le hicieran una revolucion como quien pide á un zapatero que le haga un par de botas.

Una de las dos circunstancias, sin la cual se hubiera venido abajo por su propio peso ántes de llegar á la mitad de la cucaña, consiste en los mimos con que le han favorecido é inmerecidas

consideraciones que le han guardado Doña María Cristina de Borbon, Doña Isabel de idem, y los prohombres de todas las situaciones, empeñados en sembrar beneficios en un suelo ingrato, enteramente exhausto de tierra vegetal, sin condiciones para la germinacion de ninguna semilla provechosa.

Sembraron trigo y cogieron cicuta.

Bien merecido lo tienen.

Y quien más le ha mimado, sin saber por qué, sin ninguna razon plausible, es el pueblo, el pueblo empíricamente liberal, de quien, por más que debiera á él acercarle su más que humilde cuna, le separan los humos aristocráticos, exagerados hasta lo grotesco, del que no está acostumbrado á bragas; el pueblo, á quien dos veces ha fusilado y ametrallado por haberle reclamado el cumplimiento de una palabra que le tenía empeñada; el pueblo, contra cuyo verdadero caudillo, que era el honrado general Espartero, le hizo insurreccionarse con promesas que no se habian de cumplir, y bajo especiosos pretextos, que sabía que eran falsos; el pueblo, á quien arrastró al suicidio, á quien entregó desapiadadamente á la reaccion; el pueblo, á quien no ha prestado ni prestará nunca ningun servicio, á quien ha comprometido en locas aventuras, á quien ha lanzado á la tempestad muchas veces, quedándose él siempre en tierra como el patron Araña; el pueblo, en fin, que, despues de tantas decepciones, es aún hoy tan ciego que no ve que la mano que él besa es la mano que le azota; que no se acaba de convencer de que el fetiche de los progresistas es quien principalmente ha bastardeado y esterilizado la Revolucion de Setiembre; quien ha desacreditado hasta la libertad; quien imposibilita, en la crísis mortal que atravesamos, todo desenlace honroso y regular; quien, en una palabra, se opone á que cese la interinidad, y es, por consiguiente, la causa principal del hambre, de la miseria, de la incertidumbre, de las zozobras, del desórden, del desbarajuste, de la inmoralidad, de las desdichas todas que afligen á la patria. Pueblo estúpido!

* * *

La otra potencia motriz que ha empujado en su fabulosa carrera al fetiche de los progresistas ha sido la casualidad de ser él, precisamente él, el elegido por la envidia para oponerlo como rival á los que se han levantado sobre el nivel comun.

Despues de haberse creado una reputacion de más valiente que todos los valientes, y de más liberal que todos los liberales, se quiso ofuscar, con su pretendida gloria, la de los que figuraban en primer término en el cuadro de nuestras discordias civiles.

Se le escogió, como se podia haber escogido á cualquier otro, para distraer, llamándola hácia él, el aura popular que rodeaba al general Espartero despues de la guerra civil, al general O'Donnell despues de la campaña de África, y al general Serrano despues de la batalla de Alcolea.

No hay hombre eminente á quien sus enemigos, entre los cuales se cuentan todos los envidiosos, no le señalen, para ponerlo en parangon con él, un émulo indigno, el primero que encuentran á mano.

¿Á quién victoreaba, principalmente en Madrid, la gárrula muchedumbre cuando entró el ejército triunfante despues de la campaña de África? Á su magnánimo caudillo? ¿Al incomparable D. Leopoldo O'Donnell? No, al fetiche de los progresistas.

«On m'ose préférer Crébillon le barbare!»

podia haber dicho el general O'Donnell, con tanta razon como Arouet.

Y áun ahora se oye cantar, de cuando en cuando, á la gente que sale de los cafés manchegos:

En el puente de Alcolea
la batalla ganó.....

Quién? ¿El fetiche de los progresistas, que no estuvo en el puente de Alcolea?

Añade, lector, á todo lo dicho una carencia completa de escrúpulos, una insolvencia declarada para saldar todas las cuentas que reclama la gratitud, una falta absoluta de lastre moral, y te explicarás perfectamente la ascension de ciertos globos aerostáticos.

* * *

El Jesuita no niega, no discute siquiera, el valor guerrero del fetiche de los progresistas. Se limita á decir que es un valor mucho ménos probado que el de un sin fin de militares á quienes nadie se ha acordado nunca de llamar valientes.

Pero aunque el fetiche de los progresistas excediese en valor guerrero á los semidioses de la *Ilíada*, no inspirándose en el sentimiento del deber, en el amor á la patria, en el deseo del bien público, que es el único deseo que está permitido á los que se constituyen en árbitros de los destinos de un país, no sería el hombre de la época, no sería el hombre fuerte que las circunstancias reclaman, no sería ni el hombre de la Revolucion ni el hombre del progreso; no sería más que lo que es, un ambicioso vulgar, que se figura que las naciones se han hecho para los gobiernos, y no los gobiernos para las naciones, y que le es lícito en su posicion, en lugar de dedicarse exclusivamente á satisfacer las necesidades del pueblo, no pensar más que en satisfacer sus necesidades propias.

Si el valor, tal como lo entienden los que lo adjudican en grado eminente al fetiche de los progresistas, fuese la verdadera cualidad de los grandes políticos, el *Caramelo* y el *Señorito*, los dos toros que tanto se distinguieron en su lucha con el leon y el tigre, hubieran merecido ocupar el puesto de Palmerston y de Pitt, y los mejores ministros saldrian de las ganaderías de Gaviria y de Veragua.

Para gobernar no basta cazar, comer, meter mucho ruido y pintar la cigüeña en paradas y simulacros militares. El gran

Washington era un cazador de primer órden, y la historia no nos dice que se entregase ni una vez siquiera á su diversion favorita en los largos años que tardaron en constituirse los Estados-Unidos. No sé si nuestros gobernantes del dia aspiran á inscribir un buen nombre en los fastos políticos de España; pero no es dudoso que lo dejarán consignado en sus fastos cinegéticos y culinarios. Para qué quieren más gloria?

* * *

No nos hallamos ya en la edad primitiva, en que la especie humana tenía que luchar con la naturaleza exterior áun no domada, sin contar más que con su energía física. La ciencia ha reemplazado á la fuerza, y Franklin vale más que Hércules.

Los tiempos heroicos han pasado tambien. Han pasado aquellos tiempos en que cada individuo, no habiendo intereses comunes ni leyes protectoras de la sociedad, tenía que contar con su propio valor y sus propias fuerzas para rechazar las agresiones y ataques de sus semejantes. Y porque aquellos tiempos han pasado, el hombre no se educa, como entónces, para estar siempre dispuesto á luchar á brazo partido contra los que le acometan; y así se explica cómo el ciudadano inofensivo, creyéndose amparado por la ley, el dia que este amparo le falta tiene que doblar la cabeza y sucumbir sin resistencia á una *Partida de la Porra*, acaudillada por no se sabe quién, por un cualquiera, por cualquier mal cajista ó cualquier mal torero. Qué sabemos?

Oh! Si los hombres que marchan con la época hubieran previsto este anacronismo (que otra cosa no es la *Partida de la Porra*, sobre todo despues de proclamados los derechos individuales), en lugar de cultivar su inteligencia hubieran ejercitado su musculatura para provocar su desarrollo, y se hubieran adiestrado en los *ludi*, y se hubieran hecho amaestrar, no por los sabios, no por los profesores de filosofía y letras, sino por los lanistas, como los antiguos gladiadores.

Pero ahora, confiados en que tenian en las leyes una coraza impenetrable, no han hecho del pugilato su profesion; en lo que ménos han pensado ha sido en que tendrian que repeler la fuerza con la fuerza, andar á cuchilladas, repartir mandobles, argüir á pistoletazos; y habiendo descuidado su educacion en este sentido, no habiendo, como los militares, preparado de antemano su ánimo á semejantes contingencias, tan ajenas de su oficio, se encuentran delante de los porristas en la misma situacion en que se encontraria un hombre de vida sedentaria que nunca hubiese visto el mar, si, en medio de una tempestad, le obligasen á subir á las vergas de un palo mayor para coger rizos.

Más fácil sería apalear á un Rousseau que á un baratero del Rastro.

* * *

Y sin embargo, esos hombres, sin ser hombres de armas tomar, pueden ser muy valientes, valientes en el sentido en que deberian serlo los hombres probos, los buenos ciudadanos.

Valientes para hablar claro á los poderosos, cualesquiera que sean las consecuencias de su leal franqueza.

Valientes para servir al pueblo sin halagar sus malos instintos.

Valientes para sobreponerse, en defensa de la justicia, á los instintos de conservacion del individuo.

Valientes para seguir la senda, por escabrosa que sea, que les indica su conciencia honrada, aunque les trace otra mucho más fácil su conveniencia personal.

Valientes para prescindir del qué dirán, sin cejar en el cumplimiento de sus deberes.

Valientes para preferir la miseria á una posicion mal adquirida.

Valientes para decir la verdad á los enemigos, y, lo que es más expuesto aún, á los amigos.

Valientes para luchar contra la corriente de las malas pasiones, que tal vez les llevaria á la prosperidad y á los honores si se entregasen á ella con los ojos cerrados.

Valientes para no sacrificar sus creencias á ninguna autoridad tiránica.

Valientes para no retroceder delante de las consecuencias legítimas de ningun principio.

Valientes para manifestar y sostener su opinion, aunque tenga en contra la opinion del mundo entero.

Valientes para sacrificar su vida, no por una exigencia del amor propio herido, no tampoco para adquirir fama de valientes, sino en defensa del débil y del necesitado, ó en aras de la humanidad y de la patria, ó en obsequio á la verdad y á la justicia.

* * *

El vulgo no sabe que el valor es como el talento. No se le puede considerar con abstraccion del objeto en que se emplea. Se le ha de juzgar, favorable ó desfavorablemente, segun el uso que de él se hace, y segun las ventajas ó desventajas que de su aplicacion á tal ó cual fin la sociedad reporta. El valor y el talento son un mal, ó no son nada, si no se unen á ideas elevadas. Se puede tener mucho valor y mucho talento y ser un bandido.

El Jesuita no respeta el valor y el talento por lo que ellos son en sí, ni tampoco por las recompensas y aplausos con que los gobiernos y las muchedumbres enaltecen, encumbran y llenan de perifollos á aquellos á quienes atribuyen estas dotes, ténganlas ó no las tengan. *El Jesuita* es avaro de cortesías, y no se quita ni se pone el sombrero sin conocimiento de causa.

Ante muchos infelices
que, de favor siempre escasos,
son tal vez soldados rasos,
y llevan con cicatrices
un hecho glorioso escrito,
me lo quito.

Ante los que en antesalas
diez ascensos consiguieron,
y que rara vez oyeron
el silbido de las balas,
con fundamento supongo,
me lo pongo.

—

Ante el sabio, á quien no premia
España nunca, y que lidia
contra la intriga y la envidia,
sin títulos de Academia,
ni un diploma de erudito,
me lo quito.
Ante el sabio de pandilla,
sabio declarado tal
por real órden, aunque mal
deletree la letrilla,
é ignore lo que es diptongo,
me lo pongo.

—

Ante el vate á quien inspira
sus himnos la humanidad,
y contra la libertad
no tiene cuerdas su lira,
ni tiene su pecho un grito,
me lo quito.
Ante el poeta que el crímen
victorioso adula, y canta
al poder que se levanta
sobre los pueblos que gimen,
esclavos como en el Congo,
me lo pongo.

—

Siempre, siempre ante el saber,
cuando combate el error;
siempre, siempre ante el valor,
cuando lleva á cometer
un buen acto, no un delito,
me lo quito.

Siempre, siempre ante el talento
que se emplea en un mal fin,
y ante todo espadachin
cuya espada es su argumento,
mi sombrero, aunque es un hongo,
me lo pongo.

Sí; *El Jesuita* se lo pone y se lo pondrá, en todas las ocasiones en que otra cosa no le prescriban las prácticas sociales y las reglas de la buena crianza, hasta delante del fetiche de los progresistas, cuyo valor no tiene inconveniente en reconocer, pero no tiene ninguna obligacion de venerar. *El Jesuita* está mal organizado, segun los frenólogos que han examinado su cráneo, para ayuda de cámara, conviniendo todos ellos en que el órgano de la veneracion es en él casi nulo. Los superiores de la Órden le han reconvenido muchas veces por su franqueza brusca y casi salvaje, por la falta de elasticidad de su carácter y por su táctica habitual poco conforme con la consabida máxima *serviliter pro dominatione*. Ay! *El Jesuita*, con su genio, no podria, como Sixto V, pasar años y años con la columna vertebral hecha un arco y con la mirada fija en el suelo buscando las llaves de San Pedro, ni decir como el Bearnés: «París bien vale una misa.» No ha preguntado nunca á ningun lacayo, á ningun eunuco, á ningun diputado de la mayoría, á ningun progresista, cuánto vale cada genuflexion ó cada condescendencia.

El valor que se atribuye al fetiche de los progresistas, y á que debe todo su ascendiente, es de un género que ya no lo estilan los que viven la vida de la época.

El valor se trasforma subordinándose á las exigencias del tiempo, y en cada generacion que se sucede toma un carácter más moral, carácter que se acentúa tanto más en cada país cuanto más ha adelantado en civilizacion y cultura.

El valor guerrero ha perdido casi toda su importancia.

La ha perdido hasta para la materialidad de hacer la guerra, y es claro que la perderá enteramente cuando carezca de razon

de ser, cuando llegue el dia, que llegará, en que ya no haya guerras.

* * *

No es ya de los más denodados, sino de los mejor dirigidos y de los que más saben, el éxito de las campañas. Así lo demuestran todas las guerras que en estos últimos tiempos han ensangrentado la tierra. Por valientes que sean los soldados españoles, ¿lo son más que los marroquíes, á quienes en la guerra de África derrotaron en todos los encuentros? ¿Son los franceses más valientes que los argelinos, por ellos sojuzgados? ¿Son los alemanes más valientes que los franceses, á quienes han obligado á lanzar un grito más angustioso que el de Roma al aproximarse el ejército de Aníbal?

Prusia, con los Estados alemanes, unificados de grado ó fuerza, y de grado ó fuerza adheridos á su causa, cuenta, á poca diferencia, el mismo número de habitantes que Francia; y no obstante, sin que en artes y en ciencias haya progresado ménos que su poderosa rival, sin que su industria haya sufrido mayores menoscabos que la de su rival por la necesidad de tener en pié de guerra un grande ejército, ha sabido presentar un ejército más numeroso que el de su rival cuando ha llegado la ocasion de medir con ella sus armas. Ya en esta superioridad de organizacion empieza á verse la superioridad de su cultivado y calculador talento. Y la superioridad de éste se ve despues en la superioridad de su artillería, contra la cual la impetuosidad de los franceses, tan famosos por sus cargas á la bayoneta, sólo sirve para acelerar su derrota.

* * *

Aunque *El Jesuita* no es aficionado á corridas de toros, y por consiguiente entiende poco de tauromaquia, sabe, porque se lo

han dicho los inteligentes, que, cuanto más acometedor es el toro, tanto mayor es la facilidad con que los diestros le capean, le banderillean y le matan. Un toro acometedor se clava él mismo, y otro tanto sucede á los franceses.

Moltke es un gran diestro, es un Montes para torear franceses. Es hombre de inmenso saber, á quien todas las ciencias son familiares. Es el primer estratégico del mundo. Tiene combinado su plan para batir al enemigo si el enemigo hace lo que debe, si hace lo que haría él en su caso. Si no lo hace, si comete algun error, entónces la derrota es aún más pronta y decisiva.

Y sin embargo, no se cuenta de Moltke ninguna de esas hazañas, ninguno de esos golpes teatrales que entusiasman á los bobos. En toda la actual campaña no ha torcido ningun sable, ni saltado á caballo ninguna tronera. No se le pinta en bandejas y abanicos con una bandera en la mano, ni con una espetera de cruces y condecoraciones. Acaso tenga ménos que cualquier capitan de nuestra milicia ciudadana, motivo por el cual los progresistas le consideran con razon muy inferior á su fetiche.

Moltke es un *Deus ex machina*, que todo lo ve sin levantar los ojos del mapa, sin que á él le vea nadie. Á él es á quien debe la guerra ese sello clásico que tanto se acomoda al carácter de los alemanes, clásicos en todo, en su literatura, en su pintura, en su música. Todo lo hacen en regla y *secundum artem*, todo con su cuenta y razon, todo con conocimiento de causa. Fian á la casualidad muy poco ó nada.

* * *

Moltke! Moltke! Vales más que el fetiche de los progresistas. No se ofenda tu modestia.

Porque tú, Moltke, has estudiado, no es verdad? No eres un improvisado general, ni un improvisado político. Y amas, ademas, á algo que no es tú mismo, amas á tu patria. No todo lo refieres á tu sola personalidad.

No vayas á creer, por lo que te digo, que te quiero bien. No; quisiera que los franceses te zurrasen. Pero hago justicia á tu genio, á tu talento, á tu ciencia y á tu patriotismo.

Á tu ciencia sobre todo, y á la ciencia de los alemanes. Porque por la ciencia y con la ciencia han sido batidos los franceses. La ciencia ha dado á los alemanes su superioridad numérica, su superioridad estratégica, su superioridad de medios ofensivos.

Estoy viendo ahora lo que ya vi en la última gigantesca lucha de los Estados-Unidos de América.

La gran República asombró al mundo aplicando al arte de la guerra los más maravillosos inventos industriales y todos los progresos científicos; allanando obstáculos, al parecer insuperables, para el desenvolvimiento de sus combinaciones estratégicas; forzando á los rios más caudalosos á tomar otro cauce; improvisando incesantemente nuevos medios de ataque y de defensa. Se atrajo la admiracion universal, no con los prodigios del valor, sino con los prodigios de la ciencia. Qué valen aquéllos comparados con éstos?

* * *

Dígase que el fetiche de los progresistas es un Hércules, un Aquíles ó un Cid Campeador. Y qué? Aunque Hércules y Aquíles y el Cid Campeador no fuesen un mito como la *Partida de la Porra*, y hubiesen existido tales como nos los figuramos, no podrian, con todos sus atributos de fuerza y arrojo, si viviesen ahora entre nosotros, disputar á los cañones Krupp el laurel de la victoria. Iríamos tal vez á admirar sus peligrosos ejercicios gimnásticos en el Circo de Price ó en los Campos Elíseos. Pero nada más.

Desde luégo se puede asegurar que no gobernarian los Estados, como no los gobiernan tampoco los Leotard y los Blondin.

¿Por qué, pues, ha de gobernar á España el fetiche de los progresistas?

Con todo el valor guerrero que se le atribuye, más ó ménos

fundadamente, carece del verdadero valor, del valor propio de la época.

Sabes quién es, lector, en cada época el más valiente? El que ménos se contamina con los defectos que le caracterizan, el que mejor sabe sobreponerse á las preocupaciones y pasiones dominantes.

España necesitaba, para regenerarse, hombres en el poder que fuesen todo lo contrario de lo que son los que actualmente lo ocupan; necesitaba hombres cuyo sér moral se sobrepusiese á los instintos animales, que son casi los únicos que tiende á satisfacer la sociedad actual. En medio de la universal podredumbre en que vivimos, se necesitaban hombres no apestados, cuya política fuese un desinfectante eficaz y continuo. Cuando tanto se ha desarrollado la pasion del lujo, que tanto contribuye al malestar actual, se necesitaban hombres de costumbres muy sencillas, enemigos del fausto, de la prosopopeya y del ruido. Cuando el egoismo, el afan de goces materiales y el frio metálico de los intereses hielan todos los corazones, se necesitaban en el poder, para vivificarlos, hombres dotados de abnegacion y patriotismo; hombres que tomasen la direccion de los negocios con el firme propósito de retirarse á la vida privada más pobres que cuando de ella salieron.

No; el fetiche de los progresistas y los Cirineos que le ayudan á llevar la cruz de la situacion no están organizados para la mision que aparentemente se han impuesto.

No han nacido para gobernar.

Para tenerles á ellos al frente de los negocios, mejor era para el país tascar el freno del moderantismo. Al ménos los prohombres moderados tenian talento; y ya que con sus excesos desacreditasen el órden, no desacreditaban al mismo tiempo la libertad.

* * *

Sería hacer demasiado favor á los que, despues de la Revolucion de Setiembre, se han apoderado del órden de cosas creado por

ella, decir que no se hallan á la altura de las circunstancias actuales.

No se hallan á la altura de ninguna circunstancia.

No sirven para gobernar ni en tiempos normales, ni en tiempos revueltos. Son nulos, absolutamente nulos.

Y si no fuesen más que nulos!

Demasiado conozco que el desórden que con su incapacidad y su falta de virtudes cívicas han introducido en todos los ramos de la administracion no cesará como por encanto el dia que se sustraiga el país á la accion de las causas que lo arrastran rápidamente á su ruina.

Es preciso no hacerse ilusiones; el mal es grave.

Los charlatanes de la revolucion, cuando se encargaron del enfermo, lo encontraron en un estado deplorable; pero ellos han agravado este estado, y los estragos producidos por sus drogas, torpemente administradas, son mayores que los producidos por la misma enfermedad.

Hoy sería casi una dicha para España volver al vergonzoso estado anterior á la Revolucion de Setiembre. Es cuanto se puede decir; y, sin embargo, no hay exageracion en lo que digo; pudiera omitir el casi.

Sí; no hay un sólo español dotado de sentido comun que, á no ser que se halle pegado á la actual situacion con la cola fuerte del presupuesto, no optase por Gonzalez Bravo ántes que por el fetiche de los progresistas. A desprenderse de éstos cuanto ántes deben dirigirse todos los esfuerzos de los hombres de buena voluntad, sin cuidarse de lo que puede venir despues. Venga lo que quiera.

Nada puede haber peor que lo actual, como no sea la continuacion de lo actual.

* * *

Uno de los más ilustres patricios y más grandes oradores de nuestros dias dijo que las revoluciones son un gran mal, pero

que las peores revoluciones son las restauraciones. Yo digo que hay algo peor aún que las restauraciones, y son las revoluciones que faltan á su principio, que no siguen su cauce natural, que exageran los mismos males, los mismos vicios y abusos que las provocaron é hicieron necesarias.

Y cuando esto sucede, no queda más recurso que una restauracion que deshaga cuanto la revolucion ha hecho, ó una segunda revolucion que sea la fe de erratas de la primera. No queda más recurso que una restauracion ó una revolucion formidables, que destruyan todo lo existente, que pidan estrecha cuenta á los embaucadores de todos sus actos, que les fuercen á una liquidacion minuciosa, que obliguen á todo el mundo á dar razon hasta del último ochavo, que registren hasta el último bolsillo.

Así podrá ser que España se salve. Si no, no.

Una restauracion furiosa, vengativa, reaccionaria, sin ningun freno, ó una revolucion que recurra sin vacilaciones y escrúpulos á los grandes remedios con que se curan los grandes males.

Sea reaccion, sea revolucion, porque una de las dos ha de venir necesariamente ó no hay lógica en los sucesos, debe preguntar á los improvisados personajes del dia lo que han hecho de aquella honra de España que ésta lavó con su sangre en los campos marroquíes. De allí salió inmaculada y pura.

Pero, cuántas manchas han caido sobre ella desde entónces!

La Francia napoleónica la ha escupido, la Alemania de Bismark la ha escupido, la ha escupido Italia, la ha escupido hasta Portugal.

Pegados tiene los esputos de todas las naciones.

Los revolucionarios de Setiembre, mendigando de córte en córte, para que se ciñera la corona de España una cabeza cualquiera, de niño, de ajos ó de calabaza, han hecho de la nacion la escupidera de Europa.

* * *

Sea reaccion, sea revolucion, lo que venga será bien recibido si libra al país de los hombres sin conciencia y sin fe y sin patriotismo que se hallan al frente del actual escándalo, que no tienen respuesta que dar á los mismos periódicos que les defienden, cuando, en un momento de sublevacion de su natural pudor, les hablan de las talas de bosques en Balsain;

De los propietarios de fincas vendidas por la nacion, que han sido despojados por los dependientes de la nacion misma;

De los bienes que fueron de la corona, usufructuados por los empleados del país;

De los bosques y sotos, propios del Estado, que se devastan para satisfacer el desordenado apetito de situacioneros privilegiados;

De actos de pseudo-militares, *arte pelasga et dolo instructi*, de que se avergonzaria hasta el Júdas de la *Escritura*, el que vendió á Cristo; hasta el Simon de la *Eneida*, el autor del Caballo de Troya;

De la impunidad con que ejerce, no se sabe con autorizacion de quién, su filantrópica industria la liberalísima *Partida de la Porra;*

De la muerte, sin formacion de causa, que sufren algunos presuntos malhechores al ser trasladados de un punto á otro.

Sea reaccion, sea revolucion lo que venga, será bien recibido si por fas ó por nefas obliga á los prohombres del dia á dar explicaciones satisfactorias sobre los susodichos puntos y otros muchos no ménos cárdenos que se han presentado en la superficie de la situacion como manchas gangrenosas, y son un síntoma patognomónico de los gérmenes de corrupcion latentes en su economía.

* * *

Si no es la revolucion, será la reaccion quien formule el capítulo de cargos.

No te parece, lector, que la estás viendo? ¿No te parece que

estás viendo á los individuos del ministerio que arrastró en su caida á la dinastía borbónica coger del cuello del gaban ó de la ex-chaqueta á los más caracterizados revolucionarios, y preguntarles:

«¿Qué habeis hecho de los principios que invocábais para derribarnos?

»¿Dónde está la libertad, dónde está el órden, dónde está la honra de España, dónde está la justicia distributiva, dónde está la moralidad, dónde está la pureza en la gestion de los negocios, dónde están las economías?

»¿Por qué, en lugar de librar á los contribuyentes del exceso de peso, superior á sus fuerzas, con que nosotros le abrumábamos, habeis hecho más desesperada su situacion, paralizando la agricultura, la industria y el comercio con vuestras reformas empíricas y con vuestras reglamentaciones estúpidas?

»Ya que, para concitar contra nosotros la animadversion pública, tomásteis por pretexto la necesidad de poner un correctivo al abuso que hacíamos del crédito público con nuestras emisiones de papel del Estado, ¿cómo habeis vosotros mismos tenido la desvergüenza de emitirlo en cantidad tan exorbitante, que la tercera parte del presupuesto de gastos es apénas suficiente para pagar los intereses de la Deuda?

»¿Por qué presentásteis unos presupuestos que llegan á una altura á que jamás subieron en el calamitoso período de nuestra dominacion funesta?

»¿Por qué, ya que os llamábais revolucionarios, no hicísteis desaparecer las grandes injusticias? ¿Por qué no hicísteis desaparecer la mayor de todas ellas, las cesantías? *Nemini datur se ipsum prodere:* ¿no es verdad, ilustres Catones de Setiembre?

»Pero ya que os faltó, no valor, sino abnegacion, para suprimir las cesantías, ¿por qué no pagásteis con la misma puntualidad que á las clases pasivas de Madrid á las clases pasivas de las provincias, á las cuales condenásteis á perecer en la miseria?

»Y el clero? ¿No proclamásteis la libertad religiosa, lo que

nosotros no hubiéramos hecho nunca, á pesar de que somos tan descreidos como podais ser vosotros, tan descreidos como vuestro Echegaray, el cimbrio panteista, que hizo alarde, sin venir á cuento, de su aversion á toda religion positiva?

»Proclamásteis la libertad religiosa, y retrocedísteis ante la consecuencia natural y legítima del principio que os indujo á proclamarla. Proclamásteis la libertad religiosa, y no declarásteis la Iglesia libre en el Estado libre. Qué farsa era la vuestra?

»Pero ya que os empeñásteis en no separar la Iglesia del Estado, en obligar á éste á tener una religion, como si los Estados tuviesen alma; ya que os empeñásteis en que hubiese un culto oficial, ¿por qué dejásteis desatendidos á los ministros de este culto, hasta poner á algunos de ellos en la dura necesidad de mendigar un jornal como miserables gañanes?

»Proclamásteis la libertad religiosa, sin eximir, á los que en uso de esta libertad se declarasen anticatólicos, de contribuir al mantenimiento de un culto que no es el suyo. ¿En qué razones de justicia ó conveniencia pública fundásteis vuestra contradiccion patente? Dijísteis que era preciso respetar los sentimientos religiosos de la inmensa mayoría de los españoles, como si las creencias religiosas no fuesen de todo punto independientes de la voluntad del mayor número. Independientes son, y así lo reconocísteis en el mero hecho de establecer legalmente la libertad religiosa. Ó no debísteis aceptar esta libertad, ó debísteis al mismo tiempo proclamar la independencia de la Iglesia y del Estado, que es su corolario inmediato y forzoso. Lo demas es alarmar las conciencias timoratas, sin ninguna ventaja para el país; es transigir con el absurdo, sin valor ni para reconocerlo, ni para negarlo.»

* * *

Ni los reaccionarios, ni los verdaderos reformadores, tendrán que esforzarse mucho para hacer soltar el balancin á los seudo-

li! erales de Setiembre, que pretenden guardar el equilibrio entre unos y otros, con gran descontento de todos.

Los verdaderos reformadores, á quienes, los que hoy tienen la sarten por el mango, hacen el bú con el catolicismo del pueblo español, dirán que no debe de ser este catolicismo muy ardiente cuando no acude á socorrer al clero abandonado por los gobernantes, los cuales contrajeron el imprescindible deber de subvenir á sus necesidades, en el mero hecho de querer que el catolicismo, en España, siguiese siendo religion oficial. Saldrán al encuentro tambien á las demas razones de pié de banco con que los prohombres del dia pretenden invalidar las objeciones que el sentido comun opone á sus atentados contra la lógica. Cuando se les dice que, despues de haberse consignado en la ley fundamental la libertad religiosa, es una iniquidad obligar á ciudadano alguno á mantener un culto que no es el suyo, contestan que ha habido y hay instituciones en nuestra sociedad, á cuyo sostenimiento concurren todos los asociados, sin que de ellos reporten todos ningun beneficio. Y citan la guardia rural, que sólo aprovechaba, cuando la habia, á los labradores y propietarios del campo; y las subvenciones por el Estado á las empresas de ferro-carriles, cuya ruina importa tan poco como su prosperidad á los que no son accionistas, ni obligacionistas, ni tienen nunca que viajar, ni que trasportar ninguna mercancía. Y esos pobres discutidores creen con su contestacion, reducida á cohonestar una iniquidad con otras, haber puesto una pica en Flándes. Pero la lógica natural les replica que, ó no es verdad que de la guardia rural y de los ferro-carriles no reporten beneficios todos los ciudadanos indistintamente, ó los ciudadanos á quienes se obliga á contribuir al sostenimiento de la guardia rural y de las empresas de ferro-carriles, sin reportar de éstos ni de aquélla una ventaja proporcionada al sacrificio que se les exige, tienen derecho á decir que el Estado les roba su dinero. Sí, se lo roba, como se lo roba obligándoles á contribuir al sostenimiento de un culto que no es el suyo. En una sociedad bien organizada, ningun ciu-

dadano debe contribuir con un sólo céntimo á sostener carga alguna del Estado que no sea de interes comun, bien demostrado y bien reconocido.

* * *

Razones, más ó ménos especiosas, nunca faltan al egoismo para oponerse á toda reforma, por más que la opinion pública le reclame, como tienda á destruir un abuso ó un *statu quo* favorable á determinados intereses.

Á raíz de la Revolucion de Setiembre, que escribió en su bandera la palabra economías, se habló mucho de la supresion del Consejo de Estado, que está muy léjos de valer lo que cuesta. Un consejero, que se opuso tenazmente á la supresion, como era natural siendo consejero, dijo que la economía que de ella podia reportar el país era insignificante, por cuanto casi todos los que componian el Consejo de Estado eran antiguos funcionarios que cobraban crecidas cesantías. Cualquiera diria que la cantidad con que grava al Erario el Consejo de Estado se reduce á la diferencia que hay entre el sueldo de los consejeros cesantes y el sueldo de los consejeros en servicio activo, como si en el Consejo de Estado no hubiese, á más de los consejeros, empleados de distintas categorías, muy numerosos y muy bien remunerados.

Á más de que los que pedian la supresion del Consejo de Estado pedian tambien la supresion de las cesantías, como no puede dejar de pedirla todo el que tenga el más pequeño asomo de patriotismo y la menor nocion de justicia.

No paga el país á los que le sirven? ¿Pues por qué, cuando no le sirven, ha de seguir pagándoles? Hé aquí otra iniquidad, otro abuso que no se desarraigará miéntras no se declare incompatible el cargo de diputado con toda funcion oficial remunerada.

Pero la declaracion de la Iglesia libre en el Estado libre no afectaba, directamente al ménos, los intereses de los prohom-

bres que se hicieron dueños y señores de España despues de la batalla de Alcolea. ¿Por qué, pues, se opusieron á ella, debiendo de ella reportar el país una grande economía, una gran disminucion en el presupuesto de gastos?

¿Fué acaso por temor de que el culto y el clero católicos, puestos á merced de los verdaderos creyentes, quedasen desatendidos? Todo lo contrario, segun se desprende de las razones que adujo en apoyo de su negativa el primer ministerio que se formó despues de la gran filfa del siglo, llamada Revolucion de Setiembre. El afortunado mortal que cargó con la cartera de Gracia y Justicia en el Gobierno provisional, que se arreglaron á su gusto unos cuantos compadres, se opuso á la separacion de la Iglesia y del Estado por miedo de que el clero, con las limosnas de los fieles, se hiciese demasiado poderoso. ¿Qué le importaba á ese buen señor que el clero se enriqueciese, no enriqueciéndose á sus expensas? Acaso, aunque la Iglesia no se declarase independiente del Estado, ¿podria impedir que los fieles le auxiliasen con cuantiosos donativos? Desgraciadamente, la experiencia ha demostrado que los recelos del ministro revolucionario carecian de fundamento; pues los ministros del altar, desatendidos por el gobierno que tomó á su cargo su manutencion, están pereciendo en la miseria, y de ella no les sacan los fieles.

Lo que el gobierno queria y sigue queriendo es que no desaparezcan del presupuesto los millones que en él tiene consignados para atender al clero, á quien no paga, sirviéndose de ellos para cubrir otras obligaciones que no se puede decir cuáles son, porque ninguna se cubre puntualmente. Y cuando esto sucede, por honrados que sean los gerentes de la cosa pública, no se puede evitar que la suspicacia popular se cebe en su reputacion y la destroce, sobre todo si, con las angustias del Tesoro y con la penuria general, coincide la improvisada fortuna de los que privan en las regiones oficiales. Ay! Y la maledicencia no calla, aunque todo el milagro se explique por el dote de la mujer; porque se ha dado en decir que el dote de la mujer de un tramposo es

lo que hay en el mundo más extensible y elástico, despues de la conciencia de un cimbrio.

* * *

Y aquí *El Jesuita*, sin que ponga en duda la inmaculada pureza de nadie, tiene que permitirse algunas ligeras y tímidas observaciones.

El Jesuita no comprende cómo los que no se han hecho dueños del poder para hacer un negocio no lo pasan á otras manos más hábiles ó más afortunadas, cuando el estado del país, cada dia más aflictivo, les revela su impotencia para el bien ó su impericia. Su obstinacion da tambien orígen á muchas murmuraciones. ¿Qué se diria de un médico que, teniendo á su cargo un enfermo que le paga muy bien sus visitas, se obstinase en someterle al único plan curativo que posee, á pesar de ver claramente que con su plan el mal se agrava incesantemente y amenaza con una terminacion funesta? Se diria que lo que él quiere es cobrar sus visitas, importándole muy poco la vida del paciente. Pues lo mismo hay derecho á decir de los gobernantes que, despues de demostrarles la experiencia que gobiernan mal, se obstinan en seguir gobernando.

Tampoco comprende *El Jesuita* cómo gobernantes que se empeñan en seguir en sus puestos sin discurrir medios para satisfacer las necesidades públicas, tienen tan poca delicadeza que cubran las suyas propias.

Los ministros deberian ser los últimos que cobrasen el sueldo que les está señalado, ya que ellos tienen la culpa de que otros dejen de cobrar el suyo.

Cuando, por escasez de víveres, la tripulacion de un buque y la guarnicion de una plaza sitiada se ponen á media racion, á media racion se ponen tambien el capitan del buque y el comandante de la plaza. No hay ignominia comparable á la de un general que pierde todo su ejército y él se salva.

Cuando, en el sitio de Gerona, los heroicos habitantes de la ciudad comian ratones, el magnánimo Álvarez no comia, seguramente, perdices.

El Jesuita no dice, como los socialistas de cierta escuela, que nadie tiene derecho á comer cuando el pueblo se muere de hambre, ni acepta tampoco sin alguna reserva la máxima de algunos Padres de la Iglesia, entre ellos San Agustin, el sublime apóstol de la caridad, segun la cual nadie debe disponer de lo superfluo cuando á otros falta lo necesario. Pero un ministro que, en el mero hecho de serlo, contrae el deber de cubrir las atenciones del Estado, si algunas deja de cubrir han de ser primeramente las suyas.

Pero basta de predicar en desierto, y sigamos, lector, nuestro primer tema.

* * *

Sea reaccion, sea revolucion lo que suceda á esto tan indefinible, tan nulo y tan despreciable que hay ahora, incluirá en el capítulo de culpas formulado contra los mangoneadores del dia la cuestion de enseñanza, que tanto se presta, desde la filfa de Setiembre, á ejercitar la *vis comica* de todos los escritores humorísticos.

Qué falta hace un Quevedo! ¡Cómo, si viviera hoy entre nosotros, arrimaria el látigo de su irresistible sátira á las espaldas de esos gobernantes de tres al cuarto, que, á raíz de la Revolucion, cuando no debian pensar más que en consolidar el nuevo órden de cosas y constituir el país, empezaron á levantar el edificio por el tejado, sin cuidarse de sus cimientos, es decir, sin cuidarse de dar á su obra una legitimidad revolucionaria, á falta de otra; legitimidad sin la cual, venga ó no venga rey, estará siempre tambaleándose! ¿Era propio de un gobierno provisional ocuparse de instruccion pública? Y, sin embargo, el gobierno provisional apénas se ocupó de otra cosa, y los maes-

tros de escuela concibieron sin duda, al ver su celo, grandes esperanzas de que iba á mejorar su posicion, siendo así que nunca como ahora habrá podido decirse con tanta propiedad, del que se muere de hambre, que tiene más hambre que un maestro de escuela. Y para que el sarcasmo fuese más irritante, al mismo tiempo que tanta importancia parecia darse al cultivo de la inteligencia, se desatendia el verdadero mérito, eran postergados los hombres estudiosos, y se plagaban todas las dependencias del Estado de empleados ineptos, entre los cuales hay no pocos que con dificultad saben leer la misma nómina que firman todos los meses. Y esto, no es divertido? Esto no es bufo? ¿Esto no reclama un Quevedo?

Y todo es lo mismo en la situacion que atravesamos; todo igualmente bufo y divertido.

* * *

Aristóteles habia previsto la política del dia cuando soñó con una política que fuese el complemento de la moral. Ya la tenemos; nos la ha traido la Revolucion de Setiembre, de que salió el actual gobierno, á que debemos la mejor de las situaciones posibles y hasta imposibles.

No me permite en este momento el entusiasmo dejar de cantar sus grandes glorias.

El íris de paz asoma
bajo un gobierno tan justo;
ya España no envidia á Roma
la felíz era de Augusto.
Sus beneficios derrama
sobre todos como el sol;
es, lector, lo que se llama
un ministerio español.
Bien su digno presidente
su mision ha comprendido,

de la nacion puesto al frente,
y no al frente de un partido.
Es, por la misma razon,
la dicha de la nacion
tan cabal,
que no hay mejor situacion
que la actual.

—

Que sean negros ó blancos,
los hombres de pro y buen seso
tendrán asiento en los bancos
del Senado y del Congreso.
Por lo impreso ó por lo escrito
á nadie se arma camorra,
pues se sabe que es un mito
la Partida de la Porra.
De pandillas del demonio,
como en los tiempos pretéritos,
no es ya España patrimonio;
son atendidos los méritos.
Y éstos, sin más condicion,
de ascender el medio son
principal,
que no hay mejor situacion
que la actual.

—

Ya la nacion no es un feudo,
y ya, con lo que ella paga,
un ministro á ningun deudo
ni á ningun amigo halaga.
Del saber y la virtud
ya los empleos son premio,
que está ya en el ataud
el espíritu de gremio.
Y causan miles de asombros
ministros que, levantados
sobre los yertos escombros
de los bandos destrozados,
abren la Constitucion

con la pública opinion
por puntal,
que no hay mejor situacion
que la actual.

—

Para abaratar el pan,
conjurar la carestía,
el gobierno con afan
vela de noche y de dia.
Varones de tal meollo
y de una intencion tan pura
dan, para su desarrollo,
impulso á la agricultura.
No hay mejora que rechacen;
las artes todas florecen,
y nuevas industrias nacen,
miéntras las antiguas crecen.
Donde no rueda un wagon,
se abre á la navegacion
un canal,
que no hay mejor situacion
que la actual.

—

Las malas pasiones doman
de cualquier chisgaravís;
y como su fuerza toman
de la opinion del país,
Obran de acuerdo con ésta
y el buen sentir de la gente,
y así muy poco les cuesta
su ejército permanente.
Éste es poco numeroso;
pues dicen en todas partes
que, siendo mucho, es gravoso
á la agricultura y artes.
Tan sábia administracion
merece la aprobacion
general,

que no hay mejor situacion
que la actual.

—

Ya la miseria, llamada
consejera del delito,
ha salido desterrada
de nuestro suelo bendito.
Puede el más humilde y bajo
ingeniarse de mil modos,
que hay para todos trabajo,
es decir, pan para todos.
Al ver tanta carretera,
cómo el corazon se ensancha!
¡no hay un mendigo siquiera,
ni en Aragon ni en la Mancha!
Le da al más pobre peon
buena mesa, buen colchon,
su jornal,
que no hay mejor situacion
que la actual.

—

No trata á la Santa Sede
nunca el Gobierno con saña,
pero sostiene, y no cede,
la independencia de España
Y aunque pone gran cuidado
en que esté el clero atendido,
no quiere sea otro Estado
en el estado metido,
Ni que un intérprete fiel
de la doctrina divina
desempeñe otro papel
que el de enseñar la doctrina.
Halla en él oposicion
toda extralimitacion
ilegal,
que no hay mejor situacion
que la actual.

—

Aun la conciencia me dicta
sus alabanzas, á fe;
de la economía estricta,
del gobierno nada hablé.
Exigen sus planes vastos
desembolsos excesivos,
¿qué importa? todos sus gastos
son gastos reproductivos.....
. . . . . .

* * *

Pero basta. Veo que te ries, lector, porque sin duda tomas por irónicamente exageradas las justas alabanzas que mi jesuítica musa tributa al actual gobierno y á la actual situacion.

Se conoce que no tienes noticia de las muy desinteresadas y concienzudas que le prodigan todos los dias los cuatro órganos de Móstoles que hay en la actualidad francamente ministeriales. Fíjate un poco en ellas, y verás que *El Jesuita* se ha quedado corto.

Has de saber que colocan al fetiche de los neo-polacos á una altura tal, que mira á vista de pájaro á las águilas que se pierden en las nubes.

El mismo Dios de Echegaray tiene que levantar la cabeza para verle, y ponerse anteojos. Ya sabrás que el Dios de Echegaray no es el Sér Supremo como el Dios de los que no somos ministros, sino un sér superior; es decir que es, respecto de nosotros, lo que un cabo segundo respecto de un soldado raso. Apénas si llega á regente sin atribuciones. Hasta creo que el actual ministro de Fomento escribe Dios con *d* minúscula.

Su dios no merece más.

* * *

Pero hablemos, lector, con formalidad, adoptando el tono que corresponde á la naturaleza del objeto y á la gravedad de las circunstancias.

Si *El Jesuita* tuviese que clasificar el sistema de desgobierno que perturba actualmente al país, para señalarle un lugar en la serie de sistemas políticos y sociales conocidos, diria que lo que impera en la sociedad española es un comunismo de la peor especie, una variedad del comunismo la más odiosa, la forma más repugnante que el comunismo puede afectar para meter miedo al más pintado.

Ya sabes, lector, que la teoría del comunismo está basada sobre la comunidad de bienes y de males entre todos los hombres. Esta teoría, cuyo mayor inconveniente es ser de todo punto irrealizable, fué desenvuelta por el canciller de Inglaterra Tomás Morus en su novela titulada *Utopia*, de que procede la denominacion que se da actualmente á todas las concepciones del ingenio cuya práctica es imposible. El comunismo es un absurdo, porque es absurdo querer que desaparezcan, no sólo las desigualdades artificiales y de pura convencion, como, por ejemplo, los títulos de nobleza, sino que tambien las que proceden naturalmente de la inteligencia, laboriosidad y virtudes distintas de cada individuo. Con todo, no se puede desconocer que el comunismo tenía un objeto grande y generoso.

Pero éste no es el comunismo de que es hoy víctima la sociedad española.

Aquí no se trata de repartir lo de todos entre todos, sino de repartir lo de todos entre unos cuantos.

El verdadero comunismo, en el reparto que hace de lo de todos entre todos, prescinde del mérito de cada individuo, al paso que la secta comunista que hoy impera en España, y á cuyo frente se halla el gobierno, no prescinde del mérito de cada individuo, sino que lo tiene muy en cuenta para postergar al que lo posee. Ya ves que es un comunismo de peor especie que el comunismo propiamente dicho, contra el cual claman con razon los hombres sensatos que, aspirando á todas las reformas útiles posibles, no van nunca en pos de fantasmas y quimeras.

* * *

Fácilmente se alcanza que si hubiese alguno tan insensato que, ocupando las esferas del poder, intentase realizar desde ellas la utopia comunista, es decir repartir lo de todos entre todos, produciria el más espantoso de los cataclismos sociales. ¿Cuál, pues, no ha de ser el que produzcan los prohombres del dia, empeñados en repartirse lo de todos los españoles entre sí y unos cuantos paniaguados?

En un país de empleados como el nuestro, en que difícilmente vive el que no ocupa algun puesto en las regiones oficiales, bien se puede decir que el gobierno que reparte entre sus paniaguados todos los cargos públicos, reparte entre ellos los bienes de todos, y condena á la generalidad á la miseria. ¿Pero acaso todos los gobiernos de partido no han hecho lo mismo que hace el actual? Indudablemente; pero como en todos los partidos hay muchos hombres de mérito, de que carece el que actualmente domina, su exclusivismo, que *El Jesuita* reprueba, producia un efecto mucho ménos repugnante. Muchos hombres, para acercarse al término de sus aspiraciones legítimas, por modestas que fuesen, encontraban en sus opiniones, contrarias á las del bando dominante, obstáculos que no podian allanar su incontestable probidad y reconocido talento; pero muy pocos se veian postergados á nulidades, por no emplear otro nombre peor, como las que hoy pueblan las dependencias del Estado.

* * *

No habrá sido el menor de los males que deba España á la Revolucion de Setiembre la infiltracion de la empleomanía en las clases que hasta ahora se habian librado del calamitoso vírus.

Ántes de la gloriosa filfa, los que no habian recibido cierta educacion de persona *decente* y cultivado su inteligencia, al ménos lo suficiente para presentarse en sociedad sin hacer un papel ridículo, no pensaban en ser empleados, y á lo más á que aspiraban, si bien ó mal sabian leer, era á una plaza de cartero, y si no á una vacante de guarda-paseos, de salvaguardia, de barren-

dero ó de sereno del Ayuntamiento. Generalmente vivia de su oficio el que lo tenía, y el que no, si no era bastante laborioso para ponerse á servir de criado en alguna casa, ó bastante robusto para aumentar el número de esas acémilas humanas que se llaman mozos de cordel, encontraba algun garito en que obtenia una plaza de vigilante para evitar las sorpresas de la policía.

Diré de paso que, desde la gloriosa, esta manera honrosa de vivir no existe, no por haber desaparecido los garitos, sino por haber desaparecido el riesgo de las sorpresas. La policía tiene otras cosas más importantes de que ocuparse; tiene que *perseguir* á la *Partida de la Porra*. Pero hoy no hay apénas artesano, ni licenciado del ejército ó de otra cosa, ni portero de redaccion, ni repartidor de periódicos que, si sabe deletrear, contar con los dedos, gritar *Viva Prim* y cantar el himno de Riego, no solicite un puesto en la administracion con muchas probabilidades de obtenerlo, como tenga en la Tertulia progresista alguna alma caritativa que le patrocine.

Así es que, bajo todos los conceptos, lo mismo moral que intelectualmente, la España oficial ha descendido tanto de su nivel desde la no bastante motivada caida de Doña Isabel II, que todo se ha rebajado, y nosotros mismos nos sentimos más pequeños al ver la especie de gente que se nos ha subido encima. Examina, lector, á todos los que ocupan hoy posiciones oficiales, desde el presidente del Consejo hasta el último empleado de la más insignificante dependencia, y compáralos con los que ocupaban los mismos puestos bajo las dominaciones moderadas y unionistas, y hasta bajo las progresistas de otros tiempos.

Compáralos y verás.

Compáralos, y comprenderás á qué grado de abyeccion hemos llegado. Hay oficina en que será preciso que hables en caló para que te entiendan.

* * *

España, valiéndome de la gráfica frase aplicada á otro país por un rey cuyo nombre no recuerdo, con la Revolucion de Se-

tiembre se libró de los lobos que la devoraban; pero ahora se ve comida de piojos.

Hé aquí lo que ha ganado.

La ha sucedido lo que á muchos enfermos, que se ponen peor con los remedios heroicos que toman para curarse.

Bien merecido lo tiene. Así aprenderá á no volverse á poner en manos de inhábiles curanderos, que lo único que quieren es acabarla de chupar los cuartos.

Mas me parece que la leccion habrá llegado tarde. Ya no la levanta ni la bula de Meco. Está dando las boqueadas. Ántes de la Revolucion de Setiembre estaba á la última pregunta. ¿Cómo estará ahora?

* * *

¿Y qué tal, si es verdad, como se dice, que ya tenemos rey? Gracias á Dios! exclamarás tú, lector; así saldremos de la interinidad.

Ilusiones engañosas! Así nos meteremos más en ella. ¿No sabes que el rey que dicen que viene nos lo trae el fetiche de los progresistas para consolidar su situacion, que es como si dijéramos para dar un carácter de cronicidad á la enfermedad que arrastra al país á la sepultura?

El país deseaba librarse del fetiche para salir de la interinidad; pero áun deseaba más salir de la interinidad para librarse del fetiche. El rey viene, pero el fetiche no se va.

Y si el fetiche no se va, seguirá el neo-polaquismo en el poder, y seguirán los piojos comiéndose á la pobre España.

Hé aquí lo que se llama «mala noche y parir hija.»

* * *

Despues de haber pasado mucho tiempo buscando un rey en todas las córtes de Europa, con el firme propósito de no hallarlo, (pues si lo hubiera querido hallar, ninguna necesidad tenía de buscarlo fuera de España, donde hay cuatro candidatos, el prín-

cipe Alfonso, Cárlos de Borbon y Este, el general Espartero y el duque de Montpensier, que gozan en el país de más simpatías que ningun príncipe extranjero), el fetiche de los progresistas, á quien con la interinidad le va á pedir de boca, ha resuelto encontrar uno y lo ha encontrado; lo que prueba que con el nuevo rey espera que sigan las cosas del mismo modo que ántes que la interinidad cesase. Á no ser así, buen cuidado hubiera tenido en no encontrarlo. Parece que, más que un rey, ha buscado un cómplice.

Y qué rey es el que nos trae?

Se llama Amadeo.

El nombre no es feo para el protagonista de una novela romántica, y desde luégo suena mejor que el de Tomás, que es el de otro reyezuelo que nos quiso traer ántes el fetiche de los neopolacos. Tomás! Vaya un nombre para rey! Despues de haber visto ó leido la graciosísima comedia de este título del Sr. Serra, no puede llamarse Tomás ningun rey que no sea un rey de sainete.

Amadeo es nombre más bonito, aunque en un país chungon como el nuestro, tan aficionado á jugar con el vocablo, no tardaria en convertirse en Asmodeo, lo que es peor aún que adulterar el apellido de Prim como hizo Fray Gerundio; pues ya sabrás que se llama Asmodeo uno de los espíritus malignos del reino de Satanas. Ya nada más faltaba á España, para que acabase de ser un infierno, que poner á su rey el nombre de un diablo.

* * *

No; un rey de España no puede, sin peligro, llamarse Amadeo. Aunque el nombre significa muy poco, todo, hasta lo más insignificante, debe tenerse en cuenta tratándose de un sér á quien se ha de rodear de un prestigio sobrenatural para que no se confunda con el resto de los míseros mortales.

El nombre de Amadeo, tal vez por el miedo de que, llamando

Amadeo á una persona, respondiese el diablo, no está en uso en España. Sin embargo, cuando Amadeo, el rey de Prim, ocupe el trono, no tardará su nombre en vulgarizarse, y dentro de poco habrá tantos Amadeos como Baldomeros. Conocemos á los progresistas.

Las mujeres de los diputados de la mayoría, de los milicianos nacionales, de la generalidad de los empleados, de los sargentos de ayer que son hoy capitanes, y de los dignos individuos que componen la benéfica institucion de la Porra, no parirán más que Amadeos y Amadeas. Sus maridos no les permitirán parir otra cosa, y así, dentro de algunos años, los Amadeos y Amadeas se habrán multiplicado en España, como en todos los jardines de Europa la *Dhalia variabilis* y la *Dhalia coccinea*, procedentes de Méjico. Hoy las dalias, que ántes del año 1790 eran desconocidas en España, adornan las chimeneas hasta de las neo-señoras más cursis de la situacion. Lo mismo se vulgarizarán los Amadeos y Amadeas.

* * *

Ya sabes, lector, el nombre del rey que, con ayuda de M. Martin, ha hecho parir el general Prim á la España revolucionaria.

Hay quien dice que el general Prim ha trocado la criatura, que no era Amadeo, sino otro, el rey que la Revolucion llevaba en su vientre, en el caso de llevar alguno.

Amadeo no es más que una *mola*. Habladurías!

La verdad es que, despues de un período de gestacion que ha traspasado los límites naturales, la madre ha salido muy estropeada de su laboriosísimo parto. Muchos opinan que el feto no ha nacido viable, y que el voto de la mayoría de la Asamblea es insuficiente para darle condiciones de vida. Tal creo, y creo tambien que M. Martin, que es un comadron inhábil y poco práctico en el manejo del fórceps, habrá contribuido no poco con sus torpes manipulaciones á poner á la madre y al hijo en el triste estado en que se encuentran.

Pobre Amadeo!

Amadeo es hijo tercero del monarca *galantuomo*, de Víctor Manuel el excomulgado, rey de Italia por la gracia de Francia y Prusia, tan antipático á los liberales como á los católicos de todo el mundo.

Amadeo, por consiguiente, es italiano, y parece raro que nos presenten un rey italiano los que hace poco nos presentaban un rey aleman.

Cuál es su criterio?

Si hace poco nos convenia un rey aleman, ¿cómo puede convenirnos ahora un rey italiano?

El fetiche de los progresistas no ve más allá de sus narices. Lo mismo le da que tengamos ó no tengamos rey, y que sea este ó aquel el que tengamos. Lo que le importa es ser él quien mande.

Pero esto es, precisamente, lo que el país no quiere; y por lo mismo, más que por otra cosa, desea que cese la interinidad.

Si, cesando la interinidad, no desaparece de la escena el fetiche de los progresistas, nadie creerá que la interinidad haya cesado. Para qué quiere permanecer más tiempo en el poder? ¿No pondrá el doctor Simon á su disposicion sus regios dominios de Aranjuez, donde podrá pasar el resto de sus dias con la conciencia tranquila, libre de los aplausos y bendiciones de los pueblos agradecidos, que rechaza su característica modestia, viviendo con su sobriedad proverbial del fruto de sus economías y del mezquino sueldo de capitan general, que á nadie debe más que á sí mismo?

* * *

Acabo de decir que Amadeo es italiano. ¿Qué otra cosa habria de ser? No podia ser más que un príncipe italiano ó un príncipe aleman, educado en la escuela de las usurpaciones, para venir á recoger un cetro que por derecho tradicional pertenece al príncipe Alfonso ó á D. Cárlos, y, por derecho revolucionario, ó no per-

tenece á nadie, ó pertenece al general Espartero ó al duque de Montpensier. Nada tienen que hacer aquí los príncipes alemanes y los príncipes italianos. Los rechazan nuestras creencias, los rechazan nuestras costumbres, los rechaza nuestro carácter, los rechaza hasta nuestro arte culinario. Ni aquí la bebida habitual es la cerveza, ni la sopa habitual son los macarrones. ¿Qué entienden ellos del buen peleon y del buen garbanzo?

* * *

El ilustre Pacheco decia que él, de Francia, lo aceptaba todo, menos los príncipes.

Los españoles, en general, no aceptan de Italia más que los cantantes y el salchichon de Génova, aunque no puede competir con el de Vich legítimo.

Amadeo no es tan niño como el general Izquierdo, que nació con la Revolucion de Setiembre, segun dijo en pleno Parlamento, y por consiguiente no ha cumplido aún tres años; circunstancia que, ántes de depositar en él su confianza, debió haber tenido presente el señor duque de Montpensier, recordando el refran que dice: «quien con niños se acuesta, etc.»

* * *

Amadeo tiene veinticinco años y es casado. Muy jóven se ha querido llenar de obligaciones. Su esposa, la princesa de la Cisterna (vaya un principado!) es sobrina del cardenal Merode, lo que debe contribuir poderosamente á popularizarla en estos tiempos de *merodeos*. Nos regalará un príncipe de Asturias, hecho á propósito y como por encargo.

¡Quién habia de decir, cuando la Revolucion, que de una cisterna debia de salir una nueva dinastía para España!

Y aquí se me ocurre preguntar á cierto actual ministro que, ántes de serlo, movia un escándalo en las Córtes cada vez que se

trataba de la dotacion de un nuevo vástago de la real familia: ¿No se ha tratado nada acerca del particular en las *negociaçiones telegráficas?* ¿Se ha conformado la nueva reina con abstenerse todo lo posible de dar que hacer á la obstetricia? ¿Se la ha fijado el máximum de hijos que el Estado tendrá que mantener, y S. M. se ha comprometido á llevar los demas á la Inclusa?

* * *

Dicen malas lenguas que la nueva reina tiene más vanidad que un pavo real, y que está dotada de una cualidad borbónica, cual es la de ser ella la que lleva los calzones.

Parece que se está ya ocupando de su servidumbre. ¿Nos traerá de allí muchos presupuestívoros, como si aquí no hubiese ya demasiados? Éramos pocos y parió la gata!

No es de creer que confiera los altos cargos de Palacio á los que forman actualmente la córte de chaqueta del general Prim, aunque otra cosa opinen los interesados, de los cuales se dice que se están ya ensayando en la etiqueta. Algunos han dado ya al sastre, para que la gobernase, la metamorfoseada chaqueta, en que tiempos atras mandaron echar faldones, y las futuras damas de honor pasan todo el dia delante del espejo enseñándose á hacer cortesías.

Cuando se establezca la nueva córte, si menudean los besamanos y ceremonias palaciegas, á que los progresistas son más aficionados que los moderados, sobre todo si figuran en ellas como actores, el teatro de los Bufos se trasladará á la plaza de Oriente, y Arderíus tendrá que cerrar el suyo.

Amadeo es gimnasta, y hasta entiende de volatines y equilibrios, por cuya razon, sin duda, el periódico alfonsino *La Época*, que es tan equilibrista, se le manifiesta casi propicio, con la esperanza, tal vez, de llegar á ser su órgano genuino. Lo será, mal que pese á *La Iberia* de Calvo Asensio.

* * *

De las facultades intelectuales del nuevo rey nada rezan las crónicas; pero cuando los que defienden su candidatura no nos dicen que el monarca de Prim y Prats sea un Séneca, un Salomon, un Aristóteles, un *sciens in omni re scibile*, bien se puede asegurar que su inteligencia se halla casi al nivel de la de cualquier progresista.

Respecto de su físico, no parece que sea el modelo que el arte griego hubiera adoptado para representar su Apolo, aunque lo hubiese tenido á mano.

Aunque un periódico moderado haya dicho que el nuevo rey entrará en España deslumbrando al pueblo con su aureola de derrotas, sabemos por el general Prim que Amadeo es un *mozo cruo*, tan *terne* casi como él, que es todo lo *terne* que se puede ser en este mundo.

Así debe ser un rey para esta tierra, en que empezaban ya á escasear héroes como los de Quevedo,

Mascaraque el de Sevilla,
Zamborondon el de Yepes.

Tenemos, pues, un rey italiano, jóven, casado y no civilmente, con un hijo en prensa, próximo á ver la luz pública, casi tan gimnasta como Onzalo, casi tan inteligente como un progresista, y casi tan valiente como el que ganó la batalla de Alcolea sin estar en ella.

Pedir más sería gollería.

Ecce homo! Hé aquí el rey que, llamado por el fetiche de los progresistas, viene para ayudarle á acabarnos de hacer felices.

Cómo! Podemos ser más felices todavía? Vamos á reventar de felicidad.

* * *

Pero es cierto que vendrá Amadeo? ¿Nos lo traerá la mayoría de la Asamblea? ¿No habrá ésta echado las cuentas sin la huéspeda? ¿Crees, lector, que una Asamblea, áun suponiendo que

haya sido libremente elegida y que no se haya dejado corromper por el egoismo personal de los que la componen, empleados en su mayor número, tiene poder para fundar un trono, y, sobre todo, un trono hereditario?

El pueblo no es ya soberano? La nacion ¿no es ya árbitra y dueña de sus destinos? La soberanía se abdica acaso alguna vez? ¿No está siempre el poderdante encima del poderhabiente?

Y, ademas, aunque la Asamblea Constituyente hubiese recibido plenos y omnímodos poderes de los actuales electores, ¿podian éstos haber conferido á sus diputados facultades de que ellos carecen? *Nemo dat quod non habet.* ¿Tiene algun poder la generacion actual sobre las generaciones venideras? ¿Quién se lo ha dado, no habiendo sido las generaciones venideras, que todavía no se han formado? ¿Ó se quiere, acaso, que la soberanía deje de residir en el pueblo, luégo que la actual generacion haya pasado?

Si el pueblo es hoy legítimamente soberano, legítimamente soberano será tambien mañana, y dentro de un año, y de ciento, y de mil, hasta la consumacion de los siglos. No; no es posible ser demócrata, reconocer el principio de la soberanía popular, y fundar un poder hereditario.

* * *

La eleccion y la herencia se excluyen.

Un rey elegido por el pueblo ha de reconocer la soberanía de éste, ó se niega á sí mismo, niega la legitimidad de su orígen. Pero si reconoce que el pueblo, en uso de su soberanía, ha podido levantarle al trono, reconoce tambien que el pueblo, en uso de su soberanía, puede derribarle. Y si le puede derribar, carece de esa estabilidad que sirve casi de única razon á los partidarios de la monarquía para preferir la forma monárquica á la forma republicana.

Un trono no puede ser estable si no es hereditario, y no puede ser hereditario si es electivo.

¿Cómo, pues, no siendo republicanos los caudillos de la Revolucion de Setiembre, derribaron el trono de Doña Isabel II?

¿No comprendieron que no habian de poder fundar otro?

¿No sabian que todos los tronos fundados con condiciones de estabilidad proceden de tiempos remotos, de tiempos en que la soberanía popular no era reconocida?

Si el duque de Montpensier hubiese subido al trono á consecuencia de la Revolucion, más hubiera parecido que lo ocupaba como miembro de la familia destronada que cómo rey electivo, y ésta es otra de las razones que le hacian muy preferible á todos los demas candidatos. Hubiera reinado sin que, al parecer, se hubiera roto la tradicion dinástica. Hubiera reinado como reinaria la familia de D. Cárlos, si la hubiese sido favorable el éxito de la lucha empeñada entre sus partidarios y los de Doña Isabel II.

* * *

¿No se ve, en lo que acabo de decir, que los revolucionarios de Setiembre hicieron una revolucion sin saber lo que se hacian?

Aplaudo á los partidarios de la monarquía hereditaria que, no transigiendo con la revolucion, reclaman el trono para el príncipe Alfonso ó para D. Cárlos.

Aplaudo á los partidarios de la monarquía hereditaria que, transigiendo con la revolucion, reclaman el trono para el duque de Montpensier.

Aplaudo á los partidarios de la monarquía electiva que reclaman el trono para el general Espartero. En el mero hecho de querer elevar á la suprema magistratura á un anciano que no tiene hijos, no quieren una monarquía hereditaria.

Todos son lógicos, todos, y más que todos los republicanos.

Los ilógicos, los inconsecuentes, los que no saben lo que quieren, ó lo que quieren es seguir pescando en el rio revuelto de la interinidad, son los que rompen la tradicion dinástica, oponiéndose á la monarquía de los Borbones y de los Orleanes, y se

empeñan al mismo tiempo en fundar, por medio de la eleccion, una monarquía hereditaria, es decir una nueva dinastía.

La fundarán?

No; no la fundarán, aunque venga á reinar en España el príncipe Amadeo, cuya legitimidad no reconocerá nunca ningun alfonsino, ningun carlista, ningun montpensierista, ningun esparterista, ningun republicano, ni tampoco los que forman el gran partido de los que no pertenecen á ninguno.

* * *

Luis Felipe fué en Francia rey por aclamacion, y sin embargo, conociendo que su trono estaba falseado por su orígen, por faltarle la base sobre que descansan los poderes hereditarios, pugnó hasta su caida para dar á su poder la legitimidad que sólo puede dar la tradicion. Él queria ser rey, no por la voluntad del pueblo, sino por derecho propio, por su sangre, por su parentesco con la dinastía caida. Áun así, no pudo legar su corona á sus descendientes.

Tampoco Luis Napoleon, aunque hizo sancionar su poder por un plebiscito, pretendia fundar su legitimidad más que en la herencia, y por eso se titulaba Napoleon III.

No queria que se le considerase como un fundador, sino como un restaurador del Imperio.

Demasiado sabía él que las democracias no fundan dinastías, y, lo mismo que Luis Felipe, sacudia sin cesar la cabeza para desprenderse del agua de su bautismo revolucionario.

Insisto en que Amadeo, duque de Aosta, podrá sentarse en el trono por el voto de la Asamblea, hija más ó ménos legítima del sufragio universal, y hasta, lo que es muy improbable, por la voluntad del pueblo directamente manifestada; pero no llegará á ser el jefe de una nueva dinastía.

Le impedirá serlo la consecuencia misma del principio á que

deberá su elevacion. Las democracias no fundan más que repúblicas.

* * *

Escribo estas líneas en 6 de Noviembre de 1870, dos dias despues de haber el presidente del Consejo de ministros sometido á la aprobacion de la Asamblea Constituyente la candidatura, patrocinada por él y por Inglaterra *(nota bene)*, del príncipe Amadeo, duque de Aosta, para el trono de España.

De creer es que, cuando estas líneas vean la luz pública, el príncipe Amadeo sea ya proclamado rey de España, ó que su candidatura se haya sumergido en el abismo en que han naufragado tantas otras. No importa; no habian de ser las observaciones de un oscuro jesuita las que modificasen el automatismo de una Cámara, mecanizada por la ordenanza como un ejército, obediente como el Senado de Calígula, contra cuyo fatal acuerdo, tomado de antemano, nada han podido la arrebatadora elocuencia del incomparable Castelar, ni la incontrastable lógica del gran Rios y Rosas.

* * *

Rios y Rosas y Castelar!

¡Caracteres casi únicos, que despues de la Revolucion de Setiembre, que los ha rebajado todos, permanecen levantados en medio de la degradacion general!

Los dos oradores sin rival hablaron con fe á una reunion de excépticos, hablaron con patriotismo á una cáfila de gente vividora, y su voz se perdió en el desierto!

Hablaron con razon, hablaron con sentimiento; pero se dirigieron á la inteligencia y al corazon de una mayoría que no tiene más que estómago, y que lleva escrito en su bandera el lema «Vamos comiendo.»

Los estómagos se cautivan con buenas tajadas y no con buenos discursos.

Quien sabe eso mejor que nadie es cierto banquero, de quien se dice que es uno de los más ardientes patrocinadores de la candidatura del señor duque de Aosta. Conoce á los polacos del progresismo y al cimbrismo, como conocia á los polacos del moderantismo y á los neo-católicos, que son los polacos del absolutismo. Sabe que todos son iguales y que á todos se les mueve con el mismo resorte. Es probable, cualquiera que sea el estado de sus fondos, que haya ofrecido un banquete á los que voten á su patrocinado para cuando éste venga á ocupar el trono.

* * *

Contra la elocuencia de Salamanca nada puede la de los Castelares y Rios Rosas.

Recuerda, lector, que en los tiempos de la union liberal, ménos malos que los de ahora, se quiso formar una liga, llamada *liga blanca*, contra la situacion entónces dominante. La liga debia componerse de las distintas fracciones del partido moderado y del partido neo-católico.

Habia necesidad de poner término á ciertas disidencias que los prohombres del moderantismo no pudieron hacer desaparecer, por lo que se confirió tan importante mision al nunca bastante alabado D. José. Éste llamó á su palacio á los ligueros, y ¿qué te parece que les dijo? No les dijo nada; les dió de comer hasta atiforrarles. Los eminentes gastrólogos Herman y L'Hardy sostuvieron todo el peso de la discusion, y se arreglaron todas las diferencias. Con este motivo *El Jesuita*, admirador del célebre banquero, escribió la siguiente letrilla:

Nadie como Don José
á los ligueros comprende;
él solo la antorcha enciende
de su amortiguada fe.
Tiene para predicar,
en vez de apóstoles, pinches,

que de sus dignos compinches
convencen el paladar.
Y sabe la liga blanca
que, aunque dé la vuelta al mundo,
no ha de encontrar un segundo
Salamanca.

—

El oro le importa un bledo
á ese banquero tan pródigo,
que sabe cuál es el código,
el dogma comun y el credo
De la moderada grey,
que, para comer nacida,
pasa comiendo la vida,
porque comer es su ley.
No sus riquezas estanca;
cual él no hay otro en el orbe;
tanto arroja cuanto sorbe
Salamanca.

—

Él piensa, como yo pienso,
que el partido moderado,
debidamente estudiado,
es un estómago inmenso.
Piensa que estómago tal,
digeriendo cuanto acopia,
reduce á sustancia propia
la sustancia nacional.
Y dándole de comer,
ha encontrado la palanca
con que poderle mover
Salamanca.

—

Para acabar disensiones
y terminar disidencias,
no habla á las inteligencias,
tampoco á los corazones.
Las facultades más vivas
que predominan elige,

y por eso se dirige
á las fuerzas digestivas.
De esta manera desbanca
con un faisan ó capon
toda fe, toda opinion,
Salamanca.

—

Me estremezco y me horripilo
sólo al pensar que en un mes
el empréstito Mirés
la liga convirtió en quilo.
De ella llama á los más linces
Salamanca, á quien alabo,
y á cada cual muestra un pavo
diciendo: *In hoc signo vinces.*
Allana toda barranca
como él lo quiera ó lo mande,
dando banquetes en grande
Salamanca.

* * *

El mismo género de argumentacion creado por D. José de Salamanca para convencer á los polacos del moderantismo ha sido adoptado por Prim y Prats para atraerse las simpatías de los polacos del progresismo, y le ha ido á pedir de boca. Todos se han persuadido, durante el ejercicio de sus funciones masticatorias, de que la actual situacion es la mejor de las situaciones posibles, y, entonando el *gloria in excelsis Joanni*, envuelven á su ídolo en nubes de orobías. Ya se ha tratado de erigirle una estatua en la plaza de San Marcial, con una inscripcion en el pedestal que diga: «Al héroe del cuartel de San Gil, los estómagos agradecidos.»

Bien por D. José de Salamanca! Una candidatura patrocinada por él, por Inglaterra y por el fetiche de los progresistas, ha de ser necesariamente muy patriótica, muy conveniente al país, digan lo que quieran los descontentadizos y díscolos. ¿Cuándo el fetiche de los progresistas, Inglaterra y D. José de Salamanca

han hecho algo que no fuese completamente desinteresado y *ad majorem Hispaniæ gloriam?*

* * *

Pero dejémonos de sarcasmos.

¿Qué se propone Inglaterra sosteniendo á capa y espada la candidatura para el trono de España de un hijo de Víctor Manuel, rey de Italia? ¿Se encamina su pensamiento á invalidar cuantas gestiones se practiquen para obtener la devolucion de Gibraltar, ó tiende á volver más permanentes los obstáculos que se oponen á la union ibérica, la cual sólo puede ser obra de una federacion incompatible con la monarquía, á no ser que se lleve á cabo por la fuerza de las armas, como la de la Alemania del Norte? ¿Ó pretende que España forme causa comun con Italia para contrarestar el poder invasor de Prusia, envolviéndola en las dificultades y peligros que se ha creado Víctor Manuel con su ambicion desatentada?

Tal vez á todas estas preguntas pudiéramos dar una contestacion afirmativa, y, sin embargo, bastaria poder contestar afirmativamente á cualquiera de ellas para que un gobierno, dotado de prevision y de amor patrio, rechazase la candidatura del príncipe Amadeo. Pero ¿qué entiende de eso el fetiche de los progresistas? ¿Cuándo ha puesto la mano en una cosa sin haberla echado á perder? ¿Quién, pues, le mete en negocios con Prusia y con Inglaterra? ¿No conoce que un Bismark y un Gladstone juegan con él como con el raton el gato? Él no lo cree así, porque es un compuesto de vanidad y ambicion sin mezcla alguna de talento ni de patriotismo.

¿Qué le importa, por otra parte, al fetiche de los progresistas comprometer el porvenir de España, metiéndola en un laberinto de complicaciones de que es imposible que salga bien librada?

Acaso se acuerda él de España para algo?

No; él no piensa ni ha pensado nunca más que en sí mismo.

Registra, lector, los rasgos característicos, los hechos más culminantes de su historia, ya que desgraciadamente el fetiche de los progresistas tiene historia.

Porque no pensaba en España, sino en sí mismo, fué, llamándose progresista, uno de los más oficiosos agentes de María Cristina en 1843, y figuró como cabeza de motin en el muy asqueroso que derribó al honrado general Espartero. Á consecuencia de aquel levantamiento, en que se coligaron los logreros de todos los partidos, el sol de la libertad sufrió un eclipse que duró once años, once años que fueron para los liberales de persecuciones y martirios sin cuento; pero el fetiche de los progresistas, que, procedente de cuerpos francos, habia llegado de bóbilis bóbilis á coronel de ejército, ascendió á brigadier y obtuvo el título de conde por haber capitulado ante las tropas leales que acaudillaba el magnánimo general Zurbano. ¡Un título por una derrota, y por una derrota sufrida peleando contra la libertad, que afectaba defender!

* * *

Y en aquel pronunciamiento sucedieron cosas singulares. Del cuartel general de los insurrectos, de que era el fetiche de los progresistas uno de los cabecillas más caracterizados, salió un italiano, tan italiano como el príncipe Amadeo, y se trasladó á Lérida, donde se hallaba Zurbano, con el proyecto de envenenar al ilustre guerrillero, fingiendo que se pasaba á sus filas. Zurbano recibió un aviso confidencial que le descubrió la trama de que iba á ser víctima; y el italiano, convicto y confeso de su traicion, despues de sometido á un consejo de guerra, fué pasado por las armas, al mismo tiempo que uno de sus cómplices. Los dos confesaron que habian recibido dinero para perpetrar su crímen.

Quién se lo dió?

Si *El Jesuita* fuera de los que hacen extensivas á un partido las manchas de individuos que á él pertenecen, tendria derecho á decir al partido progresista que, á pesar de su antigua fama de

honradez, tan menoscabada hoy por el neo-polaquismo que le corrompe, no hay ningun otro ménos autorizado que él para tirar piedras al tejado del vecino.

Á más del atentado que acabo de recordar, le haría presente otro, más inicuo aún, de que durante el mando de la union liberal estuvieron á punto de ser víctimas el general D. Leopoldo O'Donnell y algunos otros personajes de la situacion á cuyo frente se hallaba el irreemplazable caudillo. Se intentó hacer descarrilar el tren en que éste viajaba, lo que era un acto de iniquidad que hacia bueno al rey Heródes, porque O'Donnell no viajaba sólo con sus compañeros de gabinete, sino que habia en el mismo tren, á más de los correspondientes empleados del ferro-carril, gran número de personas enteramente ajenas á la política. Frustrado el intento, los periódicos progresistas negaron que se hubiese concebido, y hasta supusieron que era una farsa de O'Donnell ó un sueño que habia engendrado el miedo en su imaginacion despavorida; pero harto sabian á qué atenerse los que conocian al inolvidable caudillo, el cual nada tenía de miedoso ni de farsante.

* * *

Tampoco el fetiche de los progresistas pensaba en España, sino en sí mismo, cuando, rota la coalicion, despues de derribar á Espartero, hizo armas contra los liberales, á quienes habia engañado ofreciéndoles el establecimiento de una Junta central, é hizo armas contra ellos precisamente porque le reclamaban el cumplimiento de su promesa. Ganó, combatiendo á los liberales que le declararon traidor en un documento que recientemente han exhumado algunos periódicos, la faja de mariscal de campo y la gran cruz de San Fernando.

Es digno de notarse que muchos de los individuos de la Junta revolucionaria, que firmaron el expresado documento, pertenecen hoy al número de los feticistas más adictos, como es digno de notarse tambien que, entre los milicianos nacionales de Ma-

drid con que cuenta el fetiche para defender su ominosa dictadura contra la opinion pública que la rechaza, hay muchos que ostentan en su pecho la cruz de San Fernando que el general D. Evaristo San Miguel confirió á los voluntarios de la córte que sostuvieron hasta el último momento la regencia de Espartero. Qué se puede esperar de un país en que hay tales patriotas? Eso no impide que los tales patriotas se llamen *consecuentes progresistas*.

* * *

El mismo fetiche siguió tambien blasonando de progresista despues de haber en sangre de progresistas ahogado la libertad, y merecido, por el furor con que peleó contra ellos, que la musa reaccionaria le dedicase una porcion de jácaras y romances, como no se han escrito mejores para celebrar las hazañas de José María y de Jaime el Barbudo.

Tan progresista siguió siendo el fetiche, que se le complicó en una causa llamada de los trabucos, incoada contra algunos que, intentando asesinar al general Narvaez, mataron de un trabucazo á un ayudante suyo que iba con él en el coche, y no le mataron á él por haber dado la rara casualidad de que llevase la izquierda, en lugar de llevar la derecha como era lo más regular. Tambien D. Ramon María era hombre de suerte. Dios protege á los buenos. Capaz es de estar en el cielo á la derecha del Señor. *Statuens in parte dextra.*

Sometido á un consejo de guerra, el fetiche de los progresistas fué condenado á la deportacion á las islas Marianas; pero el general Narvaez le perdonó, y, en lugar de enviarle á sufrir su condena á las islas Marianas, le envió poco tiempo despues de capitan general á Puerto-Rico. Si de buena se libró el fetiche de los moderados, tampoco fué mala la de que se libró el fetiche de los progresistas. Otro bueno protegido por la divina gracia.

Y ¿sabes, lector, que sin esa proteccion dispensada á los dos fetiches, España se hubiera irremisiblemente perdido? ¡Cuántos

hechos inmortales hubieran dejado de inscribirse en el catálogo de sus inmarcesibles glorias!

Durante el mando del fetiche, se cometieron en Puerto-Rico actos de filantropía que no hubieran tenido inconveniente en prohijar Cárlos Spagne y el mismo Torquemada. De ellos dan cuenta los periódicos de aquella época. Se trata de verdaderas cuestiones de tormento.

* * *

Te llamará la atencion, lector, que el general Narvaez, que, cerrado siempre su corazon con doble vuelta de llave á todos los sentimientos de misericordia, quiso beber la sangre del ilustre Zurbano despues de haber regado con la de sus valientes hijos la arena de las ejecuciones, fuese generoso con el fetiche de los progresistas, y le premiase en vez de castigarle. ¿Quiso darle una prueba de desprecio? Así sin duda lo creyó el fetiche, cuya conducta nos recuerda el apotegma de Rousseau. *Parfois l'offensé perdonne; l'offenseur ne perdonne jamais.*

Ademas, *llops ab llops may se mossegan*, como se dice en el dialecto del fetiche.

Tampoco el fetiche de los progresistas pensaba en la patria, sino en sí mismo, cuando, traspasando las órdenes del general en jefe, y sin hacer ningun caso de las observaciones de los generales de division del cuerpo de ejército que él mandaba, empeñó en Castillejos, durante la guerra de África, una accion sin ningun objeto trascendental, que estuvo á punto de comprometer el éxito de la campaña. Gracias á su temeridad y á su impericia, el cuerpo de ejército que el general O'Donnell le confió tuvo que pronunciarse en retirada, y la derrota hubiera sido completa si no hubiesen acudido en su auxilio los demas cuerpos. El resultado fué que con aquel hecho de armas no se obtuvo ninguna ventaja, y costó á los españoles más de quinientas bajas. Pero, ¿qué le importa eso al fetiche, que es tan pródigo de la sangre ajena, como avaro de la propia? Es de esos empíricos que creen que

Dios ha dado sangre á los soldados para que la viertan, y que con ella se riegan los campos de batalla para satisfacer el amor propio de cualquier fatuo. Es de esos empíricos que creen que la guerra no es un medio, sino un objeto, y que no tiene necesidad de ningun fin social ó patriótico porque constituye un fin social ó patriótico por sí misma. Se ha figurado que las guerras se hacen para que los pueblos ó los ejércitos hagan ostentacion de su bravura. Para él una batalla es un espectáculo, una especie de corrida de toros.

Y ¿qué se propuso en Castillejos al empeñar una accion para conseguir un triunfo que, áun consiguiéndolo, hubiera sido estéril? Hacer ver que tenía iniciativa propia y contrarestar con ella la del ilustre O'Donnell para eclipsar á éste. No lo consiguió, y, áun así, los bombistas llaman á él, y no á O'Donnell, el caudillo de la guerra de África. Deben ser los mismos bombistas que le atribuyen el triunfo de Alcolea, en cuya batalla no estuvo.

* * *

Y en Méjico? ¿Pensaba en España ó en sí mismo cuando, desentendiéndose de la mision, buena ó mala, que el Gobierno le habia impuesto al confiarle el mando del ejército expedicionario, distrajo á éste de su objeto, quiso convertirle en instrumento de sus miras particulares, se indispuso con Francia nuestra aliada, y necesario fué que el Gabinete que presidia el general O'Donnell reprobase su conducta para no turbar nuestras buenas relaciones con la nacion vecina?

Y cuáles eran las miras del fetiche?

Salia á la sazon en Veracruz un periódico redactado por sus turiferarios, por sus agentes, por su trahilla de fieles alanos, conocida por los veracruzanos con el nombre de la Kabila, que áun hoy conserva su guardia negra. En dicho periódico, en que no se publicaba una sola línea sin el beneplácito del fetiche, se procu-

raba crear atmósfera á favor de éste para hacerle proclamar emperador de Méjico.

Por sabido se calla que los redactores del periódico confirieron al fetiche la amplitud cesárea de los grandes fundadores; pero su plan era descabellado y fué acogido en América con una estrepitosa carcajada, que la oimos desde Europa y la repetimos todos.

* * *

El desenfado con que el fetiche separó por sí y ante sí la causa de España de la de Francia é Inglaterra, que se habian aliado con ella para obrar de comun acuerdo en una cuestion que interesaba á las tres potencias, fué celebrado con mucho estrépito de bombo y de platillos por los feticistas entusiastas, que lo calificaron de golpe de audacia, de arranque de valor y acto de arrojo, pero de un arrojo más que titánico, superior al de Encélado cuando intentó escalar el cielo, superior al de Narvaez cuando en 1848 mandó á otra parte con la música al embajador de la Gran Bretaña.

Pero semejantes bravatas, que pueden poner á la patria en un conflicto sin que por ellas se exponga el que las echa á ningun peligro personal, no revelan valor ni energía de carácter, sino falta de patriotismo. Son barrabasadas, de que sólo puede absolverse al que las comete cuando es el primero en arrostrar el peligro que con ellas ha ocasionado, como hizo el general San Miguel en 1823, saliendo espada en mano al encuentro de las huestes del duque de Angulema, para sostener sus atrevidas notas.

Pero San Miguel pertenecia aún á aquella generacion del año doce y de la guerra de la Independencia, en que los valientes eran valientes sin decirlo ni hacerlo decir á nadie. No se habia aún creado la frase dar y darse bombo, porque no habia aún nacido la especie que con ella se expresa. Elogiarse uno á sí mismo, era hasta una falta de buena crianza.

* * *

El Jesuita ha citado ya suficientes rasgos del fetiche para demostrar que éste no tiene más objetivo que su propia personalidad, *quod erat probandum*. De ellos resulta ademas que, debiendo favores inmerecidos al trono, y al pueblo, y á los progresistas, y á los moderados, y á los unionistas, y muy particularmente á los jefes natos de los tres partidos, ha sido ingrato con todos. Él cree cohonestar su ingratitud diciendo que el cumplimiento de sus deberes le ha exigido posponer su reconocimiento al bien de la patria, lo que sería una excusa medio aceptable si en realidad hubiese servido á la patria, la cual no le debe más que males, en lugar de servirse á sí mismo.

En plena paz, durante la regencia de Espartero, obtuvo el empleo de coronel y el mando de un regimiento, y fué de los primeros que se pronunciaron contra el regente.

Los progresistas le rodearon de una popularidad que fué el fundamento de su elevacion, y á ellos debió el salir diputado, y á ellos en gran parte el éxito de la empresa liberticida que acometió en 1843, lo que no impidió que les ametrallase á los pocos dias.

Debió al general Serrano el entorchado de brigadier, el título de conde, la faja de general y la gran cruz de San Fernando. El general Serrano *le hizo* la Revolucion de Setiembre, pues ya se sabe que la Revolucion de Setiembre no se hizo más que para él, y él, para inhabilitarle y anularle dentro de la situacion misma que creó en Setiembre de 1868, le ha encerrado, segun la feliz expresion del ilustre Castelar, en la jaula de oro de la regencia sin atribuciones. Y enjaulada sigue el águila de la revolucion, miéntras alrededor de su jaula revolotean libremente muchísimos pajarracos, que parece que se burlan de él, como las alondras del mochuelo.

El general Narvaez le libró de ir deportado á las islas Marianas, le nombró capitan general de Puerto-Rico, y bajo una situacion moderada en que, por el mero hecho de ser moderada, dicho general ejercia una poderosa influencia, aunque no fuese él

ministro ni estuviese á partir un piñon con los que lo eran, el fetiche fué comisionado para estudiar las operaciones de campaña durante la guerra de Crimea.

Dícese que la comision costó bastante cara á la administracion de aquella época, porque el fetiche de los progresistas no hace nada barato. Ya se ve, se ha criado en la opulencia!....

Como la gratitud es propia de almas nobles, agradecido el fetiche á la generosidad del general Narvaez, atacó á éste en el Senado con una violencia sin ejemplo, y al parecer sin más objeto que el de captarse las simpatías de los progresistas, en cuyas filas acababa de ingresar nuevamente y de ser nuevamente admitido. Qué progresistas esos!

Pero el general Narvaez, que no tenía pelos en la lengua ni se hacía de miel para que se lo comieran moscas, el general Narvaez, que no tenía miedo al fetiche, al cual era muy superior en todos los terrenos, al verse acometido por el ingrato que le debia hasta la vida, recogió en su contestacion toda la saliva que pudieron hacerle segregar la ira y el desprecio, y se la escupió al rostro. Le puso de vuelta y media; le puso como un trapo, como hoja de peregil, como ropa de pascua; le puso..... no se puede decir cómo le puso; le puso como no se puede expresar con todos los modismos que atesora la lengua castellana para significar que á un hombre le han dejado de manera que no hay por dónde cogerle. Se veia claramente que el general Narvaez queria provocar lo que se llama un lance de honor, y, en efecto, un lance de honor esperaban todos los que asistieron á la sesion, pues por mucho ménos habia el fetiche de los progresistas desafiado al ilustre inofensivo escritor D. Modesto Lafuente y al diputado constituyente don Paciano Masadas. No hubo ningun lance, y si no lo hubo, no se perdió por el general Narvaez, que lo deseaba con toda su alma. Pero, como se dice en el dialecto del fetiche, *¡ja pots xiular si l'ase no vol beurer.*

* * *

No se condujo el fetiche con ménos nobleza con el general D. Leopoldo O'Donnell que con el general D. Ramon María Narvaez. El general O'Donnell le hizo teniente general y senador, y le confió en la guerra de África el mando de un cuerpo de ejército, lo que le valió, amén de otras insignificancias, el título de marqués con grandeza de primera clase, y un bombo tal como nunca se ha dado á ningun héroe de la antigüedad ni de los tiempos modernos. Hubiérase dicho que en la guerra de África no habia más que él, y que él solo lo hizo todo. Los bombistas le atribuyeron hechos extraordinarios que hasta la mitología griega y romana rechazarian por demasiado inverosímiles. Hizo más, muchísimo más que colocar el Osa sobre el Pelion; hizo más, muchísimo más él solo que todos los Titanes reunidos.

La manera que tuvo el fetiche de corresponder al general O'Donnell, que tantas consideraciones le habia guardado, es conocida de todo el mundo. Conspiró contra él incesantemente, embaucando al pueblo, relajando la disciplina del ejército, sublevando regimientos, aunque sin participar él nunca del peligro de sus empresas, porque siempre ha dejado á otras manos el cuidado de sacar del fuego las castañas que queria comerse, y nunca ha sido él quien ha puesto el cascabel al gato. Sus aventuras han costado á la pobre España torrentes de sangre, sin que él haya contribuido á formarlos con una sola gota de la suya.

Ya sé, lector, que no te digo nada nuevo, porque todo lo que te cuento lo saben hasta los progresistas, lo que no impide que sigan negociando con él y tributándole un elogio por cada mendrugo. ¡Oh dignísimos descendientes de los Argüelles, los Mendizábales y los Calatravas!

* * *

El Jesuita no tiene necesidad de hacerte observar que toda la gratitud que debe el fetiche á Serrano, á Narvaez, á O'Donnell y hasta al mismo Espartero por los favores que de ellos ha reci-

bido, se la debe principalmente á Doña Isabel II, hoy caida del trono y expatriada.

¡Y es él mismo quien, disponiendo, como si fuera suyo, de ese trono en que se sentaba la que tan generosa fué con él, la reina á quien debe todo, absolutamente todo lo que es y puede llegar á ser, lo ofrece á un príncipe italiano, despues de haberlo ofrecido á cuantos le ha dado la gana de ofrecerlo, sin tener para nada en cuenta, ni las repugnancias que inspira al país todo candidato extranjero, ni los compromisos de los que *le* hicieron la revolucion, ni el bien de la patria, á la cual, como he dicho ya, envuelve en una red de inextricables complicaciones!

Porque, no hay que hacerse ilusiones, el advenimiento del príncipe Amadeo al trono de San Fernando atrae sobre España la tempestad que ruge en otros puntos de Europa, y desencadena al mismo tiempo todos los elementos revolucionarios y reaccionarios que se agitan, como en un antro de Eolo, en la caótica España del fetiche de los progresistas. El duque de Aosta, que acepta ahora la corona que no quiso admitir la primera vez que le fué ofrecida, diciendo entónces que preferia ser capitan de la Armada italiana á ser rey de España, ha cedido sin duda á los consejos ó instancias de su padre el rey excomulgado, que ve en peligro el nuevo reino que se ha formado con una serie de usurpaciones verdaderamente escandalosa, y quiere que España le ayude á conservar sus vituperables adquisiciones.

¿Y cree el fetiche que, aunque Amadeo sea rey de España, se prestará el pueblo español á una alianza ofensiva y defensiva con el carcelero del soberano pontífice? No, no se prestará; y Amadeo, por el mero hecho de haberlo intentado, aumentará las repugnancias que hoy inspira por su calidad de príncipe extranjero.

* * *

El Jesuita, que, siendo jesuita, no puede ménos de ser católico, es sin embargo partidario de la libertad religiosa, y como no

es de los que retroceden ante las legítimas consecuencias de los principios que aceptan, al querer la libertad religiosa quiere tambien la Iglesia libre en el Estado libre. Eso no impide que reconozca y declare que en España, si bien son muchos los que no creen ni afectan creer en ninguna religion positiva, los que creen ó afectan creer en alguna son, ó aparentan ser todos, con muy pocas excepciones, enteramente adictos á la Santa Sede. El que no es excéptico es católico, y es, por consiguiente, herir al país en sus creencias religiosas imponerle para rey, aunque sea por una Asamblea hija del sufragio universal, el príncipe de una dinastía que está en abierta pugna con el padre comun de los fieles, como es herirle en sus sentimientos patrióticos imponerle un monarca extranjero.

No faltará quien diga que, siendo hija del sufragio universal la Asamblea Constituyente, el príncipe Amadeo, si es proclamado rey por la mayoría de la Asamblea, representa en el país la voluntad del mayor número. Tan especioso argumento obedece al mismo criterio y á la misma lógica de que se servia cierto paleto para demostrar que la Casa de Correos es lo mejor que hay en el mundo, puesto que es lo mejor que hay en la Puerta del Sol, y la Puerta del Sol lo mejor que hay en Madrid, y Madrid lo mejor que hay en España, y España lo mejor que hay en Europa, y Europa lo mejor que hay en el mundo. Ya me he anticipado á contestar á él en el prólogo de este libro, negando, como niega todo el que tiene sentido comun, la omnipotencia parlamentaria; negando, como niega todo el que tiene sentido comun, que el pueblo deje un sólo instante de ser soberano; negando, como niega todo el que tiene sentido comun, que, al nombrar á sus representantes, el pueblo abdique en ellos su soberanía.

* * *

Prescindo en este momento de la presion oficial que se suele ejercer sobre los electores por medio de amaños, amenazas y pro-

mesas para arrancarles un voto que no se halla en el fondo de su conciencia.

Prescindo de la falta de legitimidad del seudo-gobierno que llamó á los electores á las urnas, lo que hace por lo ménos muy problemática la legitimidad de cuanto se ha hecho en España desde la revolucion.

Prescindo de la ignorancia de los electores respecto de la intencion, cuidadosamente velada, de los hombres á quienes confirieron sus poderes.

Prescindo de las alteraciones que, en dos años que han trascurrido próximamente desde que se eligió la actual Asamblea, puede haber sufrido la opinion del país, poniéndose en disidencia con la de sus representantes, que puede tambien haberse modificado.

Prescindo hasta de la carencia de autoridad y de prestigio de una mayoría parlamentaria automática, ciega, compuesta casi en su totalidad de funcionarios públicos, de agentes del gobierno que, votando con éste en la cuestion de candidatura del príncipe italiano, votan á sabiendas contra la voluntad del país, puesta en evidencia por todos los medios de manifestacion que están á su alcance.

Pero no puedo prescindir de preguntar: Cuando se hizo la malhadada revolucion, ¿pensó alguno de los que la hicieron en reemplazar á Doña Isabel II con el príncipe Amadeo? ¿Se acordaban siquiera de que hubiese un Amadeo en el mundo los combatientes de Alcolea? ¿Se hubiera hecho la Revolucion de Setiembre si los que, de cualquier modo, tomaron parte en ella hubiesen podido ni áun remotamente sospechar que vendria un príncipe italiano á ocupar el trono de San Fernando?

No, y mil veces no: nadie, cuando se hizo la Revolucion de Setiembre, se acordaba de semejante desenlace; nadie, ni los que la hicieron, ni los que no la hicieron.

* * *

En la batalla en seco que se dió despues de la de Alcolea, el nombre del príncipe Amadeo no salió de ninguna boca, ni se inscribió en ningun arco, ni se bautizó con él ninguna calle, ni se leyó escrito con almazarron en ninguno de los miles de trapos que, colgados de un palo de escoba á guisa de bandera, se pasearon por todas las calles al compas de cualquier himno patriótico nacional ó extranjero. Y á fe que en aquellas banderas no hubo extravagancia que no se estampase como lema, ni se dirá tampoco que en aquella ocasion faltase intemperancia de nombres propios. Qué nombres se sacaron á relucir! ¡Con qué letreros entregaron al público dominio sus frascos de *cúralo todo* los Dulcamaras revolucionarios! Pero el nombre del príncipe Amadeo no sonó para nada; y si para algo hubiera sonado, no hubiera inspirado ningun recelo á las píldoras de Holloway, ni á la carne Liebig ni á la Revalenta arábiga.

Fuera de las regiones oficiales, que es como si se dijera fuera de la mayoría de la Asamblea Constituyente y de la Tertulia progresista, el príncipe Amadeo no tiene ni un sólo partidario. Qué partidarios ha de tener? qué representa aquí? Como hijo de Víctor Manuel, es antipático á todos los católicos, sean ó nó liberales, y á todos los liberales, sean ó nó católicos. Como extranjero, es antipático á todos los españoles. Si viene de rey, aunque haga santos, hará diablos.

Y ya se sabe que no ha de hacer santos, puesto que no viene á arrojar del poder, sino á consolidar en el poder, al fetiche de los progresistas.

* * *

No; no es esa la mision que España impone al que venga á poner término á la interinidad que la aniquila. España necesita dos cosas: limpieza y dinero. El rey que no venga con una escoba en una mano y en la otra una bolsa inmensa con más plata y más oro que todas las minas del Potosí y de las Californias, puede

irse con la música á otra parte. Necesitamos un rey Mídas. Ay! ¡y Amadeo viene de Italia, que es una nacion tan tronada como la nuestra! ¡Y viene, segun lo dió á entender en la Cámara el fetiche de los progresistas, con el compromiso de hacer de él su primer ministro! Santo Dios! ¡nos vamos á quedar con toda la miseria y con toda la basura! En lugar de un rey-cloruro, vamos á tener un rey-miasma.

Y no porque Amadeo no sea un buen sujeto. Será todo lo que se quiera, pero no nos conviene. No le vemos la escoba ni la bolsa.

Será todo lo bueno que se quiera, pero no nos conviene. No nos conviene, ni le conocemos. Si es buen marino, servirá para mandar un buque, pero no para mandar á España. No se maneja del mismo modo una nacion que una fragata. Digo! ¡Y una nacion como la nuestra! ¡y una nacion como la nuestra, en el estado en que la revolucion la ha puesto! Extranjero por extranjero, era preferible un rey de acero, el príncipe Federico Cárlos de Prusia, que es, despues de Moltke, el primer militar de nuestros tiempos.

* * *

No lo dude el jóven príncipe Amadeo: los que mejor le quieren no son los que aceptan su candidatura, sino los que la rechazan. ¿Sabe el atolladero en que se mete el que venga á reinar sobre este fango, á que le llama, no la voluntad del país, que es contraria á todo monarca extranjero, sino el egoismo de los que inconscientemente ó á sabiendas se oponen á la voluntad del pueblo, que está cansado de ellos, y quieren hacer del rey un instrumento para conservarse en sus inmerecidas posiciones y extraer á la nacion hasta la última gota de la poca sangre que dejaron en sus venas las administraciones anteriores? ¿Sabe qué ambiente viene á respirar? ¿Sabe que en la atmósfera oficial, de que él será el centro, apénas hay oxígeno respirable para una persona decente? ¿Sabe que para vivir en ella se requiere un aparato respiratorio como el de las correderas y el de los escarabajos peloteros,

que no se axfixian en el hidrógeno sulfurado, y que, áun siendo rey, debe ser insoportable tener que llevar siempre delante de las narices un pañuelo empapado en agua de Colonia?

* * *

Pero una idea engendra otra, y aquí se me ocurre que no hay mal que por bien no venga. Acabo de descubrir un cargo, desconocido hasta ahora, que podria introducirse en la nueva córte democrática, y premiar con él el sacrificio de cuatro esparteristas y otros tantos montpensieristas de los que votan para rey de España al príncipe Amadeo de Saboya. Podria haber un alto funcionario exclusivamente destinado á sostener el pañuelo de agua de Colonia junto á la pituitaria de S. M., y otro encargado de renovar el pañuelo cuando se hubiese secado ó evaporado la esencia. Tenemos ya dos empleados; pero como sus funciones habrian de ser continuas, preciso sería nombrar otros dos que los relevasen, y ya son cuatro. Otros tantos necesitaria la reina ó esposa de S. M. el rey, y ya son ocho, debiendo este número ir en progresivo aumento á medida que se dilatase la régia prole, pues cada nuevo vástago habia de contar tambien con cuatro desinfeccionadores ó perfumadores. Parece que nó, y acabo de descubrir una mina. ¡Albricias, señores montpensieristas y esparteristas, que dais vuestro voto al rey de los progresistas! Poco á poco os ireis colocando todos, beneméritos patricios.

* * *

Conste que *El Jesuita* da ménos importancia que la generalidad, por no decir la totalidad, de los españoles, á la nacionalidad del que venga á ocupar el trono de España. Lo que desea, si no ha de venir la República, es que venga un rey, venga de donde viniere. Lo que quiere es que venga algo que haga cesar la interinidad, y si quien ha de hacerla cesar es el príncipe Amadeo, bien venido sea el príncipe Amadeo!

Y bien venido sería, tal vez, y bien recibido, á pesar de las repugnancias que inspira por su calidad de extranjero, si librara al país de los progresistas y de su fetiche, como lo libraria indudablemente si viniera á ser rey de los españoles, y no rey de un partido. De otra suerte, no habrá cesado la interinidad, y la venida del rey, léjos de ser la constitucion definitiva del país, léjos de ser la cesacion de la interinidad, que es la gran dolencia que nos aflige, será la misma dolencia que habrá pasado al estado crónico.

Venga á reinar en España el príncipe Amadeo de Saboya ú otro cualquiera, príncipe ó no príncipe, que, habiendo leido *Los Miserables* de Mr. Víctor Hugo, se sienta con aliento para arrostrar trabajos superiores á los que pasó el pobre Valjean en las alcantarillas de París, llenas de inmundicia.

Venga á reinar en España el príncipe Amadeo de Saboya, pero no venga á reinar con el apoyo de un partido, y si se apoya en alguno, que no sea éste el partido progresista. Tambien los otros partidos monárquicos valen muy poco; pero todos, por su cantidad y cualidad, valen infinitamente más que el progresista, que tiene la desgracia de ser enteramente tonto. En cuanto á patriotismo y otras virtudes, allá se irán unos y otros.

Con los progresistas, el rey que venga no va á ganar nada, y le han de costar más caros aún que los moderados. Comen mucho.

Y el caso es que no le servirán de maldita de Dios la cosa. Son impotentes. Nunca por sí solos han podido derribar una situacion, y hasta para derribarse á sí mismos necesitaron el auxilio de los demas partidos, como lo prueba el pronunciamiento de 1843 contra la regencia del general Espartero, en que les ayudaron los carlistas, los moderados y hasta los pocos republicanos que á la sazon habia. Prescinda el rey que venga de los progresistas, como si no los hubiera, y ganará lo que Dios sabe. Es un partido, ya lo he dicho, que no sirve más que para comer, cantar, jugar á los soldados y á *otras cosas*, y echar baladronadas.

* * *

Doña Isabel de Borbon nunca quiso valerse de los progresistas para nada, é hizo perfectamente. Cuantas veces los llamó al poder fué contra su voluntad, y las cosas fueron de mal en peor; y ahora, en el período de interinidad que estamos atravesando, han acabado de probar que, por su insuficiencia, su codicia y sus malas pasiones son la mayor plaga que puede caer sobre el país.

Doña Isabel II les conocia; y como les conocia, procuraba tenerlos alejados del poder, á lo que ellos, que son muy fatuos, atribuyen la caida de su dinastía. Es un error. Cuantas veces intentaron hacer algo contra el poder constituido, salieron con las manos en la cabeza; y si alguna vez ocuparon las regiones oficiales, preciso fué que el ejército se lo diera todo hecho. Ahora mismo, si los progresistas son dueños de la situacion, ¿lo deben á sus propias fuerzas? Suprímanse de su historia los generales Espartero, O'Donnell y Serrano, que tres veces les han sacado *ex limo terræ*, y habrán desaparecido de los fastos políticos de la España del siglo XIX todas las dominaciones progresistas. No; Isabel de Borbon no hubiera caido nunca si los progresistas hubieran tenido que derribarla. Los trabucos de *Porta cœli* y la *Partida de la Porra* nos dicen que el partido progresista dispone de medios para deshacerse de una persona, pero no para echar abajo una situacion.

* * *

Créanos el rey que venga; no se apoye en los progresistas. Déjeles tocar el himno de Riego, vestirse de milicianos y llevar muchos cintajos, pero no les confie la direccion de la nave del Estado.

No se apoye tampoco en la cimbrería. Los que eran republicanos cuando la república era imposible, no pueden ser monárquicos en el fondo de su conciencia cuando la monarquía, no siendo la tradicional, es más difícil aún de consolidar que la república

Tampoco puede fiarse el rey que venga de los que se pusieron al frente de la revolucion que le llama para coronar el edificio. Por muchas y muy inmerecidas que sean las mercedes que les prodigue, no podrá nunca estar seguro de que no le han de posponer á su conveniencia propia y á sus ambiciosas miras. ¿Qué más ha de hacer con ellos cualquier rey que venga, que lo que con ellos hizo la reina destronada?

La ingratitud es el pecado que hace al hombre más semejante al diablo. Se puede perdonar la rebelion, se puede perdonar la inconsecuencia, se puede perdonar hasta la traicion, pero la ingratitud nunca, y si el rey que venga se rodea de progresistas y de los jefes de la revolucion de Setiembre, le va á pasar con ellos lo mismo que á Espartero, á O'Donnell, á Montpensier y á Doña Isabel II.

* * *

Tonto de capirote será tambien el rey que venga si deposita su confianza en los montpensieristas y esparteristas que le hayan votado. Sólo le serán leales, miéntras de su lealtad no pueda reportar ninguna ventaja. Todos ellos, para excusar su incalificable conducta, dirán que le han votado porque, en la imposibilidad de hacer triunfar el candidato que les era más simpático, han coadyuvado al triunfo del que más probabilidades ofrecia de obtenerlo, para evitar que se prolongase la interinidad ó viniese la república.

El Jesuita no los conoce á todos personalmente, pero sabe de qué pie cojea cada uno de ellos. Todos odian la interinidad porque los tiene alejados de la mesa del presupuesto ó relegados á un segundo término en el cuadro de los satisfechos. Todos odian la interinidad porque temen que, si no viene pronto un rey, venga la república á poner término á un estado de cosas verdaderamente insostenible.

* * *

Pero, por qué tienen tanto miedo á la república?

Algunos de ellos se lo tienen porque sí, por la misma razon que los niños se lo tienen al coco, las colegialas á los ratones, las novicias á los mancebos y los pájaros á los espantajos.

Otros han sido ministros ó altos funcionarios, y disfrutan pingües cesantías que la nacion les paga, miéntras ella se muere de hambre, y la república las suprimiria porque es justo que se supriman. Los que no han sido nunca ministros y altos funcionarios y están dotados de tanta inteligencia, al ménos, como ellos, les dirian: «Haced lo que nosotros; trabajad para comer como todo hijo de vecino.»

Otros tiemblan ante la idea de que la república haga desaparecer toda esa farsa ridícula de títulos aristocráticos, tratamientos, condecoraciones y otras desigualdades de puro artificio, depresivas de la dignidad humana, sin las cuales no se conciben á sí mismos. Porque, efectivamente, hay hombres que no son más que perchas, de que se cuelgan elegantes vestidos, y, á la manera de esos maniquíes que figuran en los escaparates de las tiendas de géneros de lujo, no tienen más importancia que la que les da la faramalla que ostentan en un dia de besamanos.

No pregunta Sandoval,
que es un cuadrúpedo enorme,
quién es aquel general;
pregunta el muy animal:
¿quién es aquel uniforme?

Otros esperan, con el rey que venga, sea el que quiera, hacer su negocio.

Otros pueden haber sido comprados, si no con metálico sonante, con una credencial que se les ha dejado entrever desde léjos para excitar su apetito y darles dentera.

El Jesuita cree, sin embargo, que todos de buena fe desean que cesen las angustias de la interinidad, que pueden traernos la república.

Pero ¿no es posible que hayan echado mal sus cuentas? ¿No es posible que atraigan la tempestad con los medios mismos que hayan adoptado para conjurarla? ¿No es posible que la venida de un rey exaspere los males de la interinidad, en lugar de librarnos de ellos, en cuyo caso se aumentarian, léjos de disminuir, las probabilidades del advenimiento de la república, que tanto temen?

* * *

Supongamos que venga á reinar el príncipe Amadeo de Saboya, que, en la baraja que tiene en las manos el fetiche de los progresistas, es el rey que está en puerta. No se necesita ser muy lince ni estar dotado del dón de profecía para pronosticar que esta solucion, con que se quiere coronar el edificio de la Revolucion de Setiembre, entraña la guerra civil, y tambien la guerra extranjera. Pero ahora no vamos á eso: supongamos que el príncipe Amadeo, viniendo á reinar en España, haga del fetiche de los progresistas su consejero, su *alter ego*, su privado, y se valga de los mismos elementos de gobierno que producen la actual perturbacion, la actual ruina. ¿No es evidente que no habrán cesado los males de la interinidad? ¿Y no es evidente que si estos males no cesan, á pesar de tener ya monarca, el desprestigio, que ahora recae sobre la interinidad, recaerá sobre la institucion monárquica? ¿Y no es eso acelerar el advenimiento de la república?

* * *

El Jesuita, que no conspiró nunca contra Doña Isabel II, aunque combatió con más ó ménos energía á todos sus ministerios, hasta á los que le eran más simpáticos, no conspirará tampoco contra el príncipe Amadeo ni ningun otro, príncipe ó no príncipe, que venga á reinar en España, cualquiera que sea la legiti-

midad de su orígen. Pero *El Jesuita* niega desde ahora su legitimidad, niega que haya poder en la democracia para fundar un trono hereditario, y cree que los revolucionarios de Setiembre no debian derribar la dinastía de Isabel II, ó debian renunciar á su título de monárquicos. No lo hicieron, y todos ellos, llámense unionistas, ó progresistas, ó demócratas, se metieron en un laberinto cuya salida buscan hace ya dos años, y se figuran haberla encontrado en la solucion que les propone su desventurado fetiche, que no sabe lo que se hace ni lo que tiene entre manos. No es el príncipe Amadeo quien lleva en las suyas el hilo de Ariadna que ha de guiarles. Milagro será que el príncipe Amadeo, si viene, no se pierda tambien con ellos en el mismo dédalo.

* * *

Los unionistas, á quienes realmente debe su triunfo la Revolucion de Setiembre, comprendieron desde luégo que, para consolidar el triunfo de la revolucion, no podian enarbolar su propia bandera, y enarbolaron la bandera democrática. La misma bandera enarbolaron los progresistas, porque tampoco tenian confianza en la popularidad de la suya.

Pero los unionistas, entre los cuales los hay muy listos; los unionistas, que no son, como los progresistas, unos políticos empíricos, que no conocen ningun organismo social, ni la razon de ser y condiciones de existencia de ninguno de ellos, pues todos juntos los progresistas han estudiado ménos y han digerido peor lo poco que han estudiado que el unionista, el moderado ó el republicano más insignificante, comprendieron desde luégo que, habiendo derribado la monarquía tradicional sin ser republicanos, se habian metido en un *impasse*, en un callejon sin salida, porque se hallaban en la imposibilidad de fundar otra, porque en pleno siglo XIX las monarquías no se sostienen sino por las raíces que tienen echadas en la tradicion, porque no hay ningun pue-

blo que, si es monárquico, consienta que el trono se derribe, y que, si es republicano, consienta que se levante.

Los unionistas querian una monarquía, pero una monarquía que, siendo hereditaria, no estuviese representada ni por Doña Isabel II ni por Cárlos VII. Y como no podian fundarla, querian lo imposible.

Algunos, los más perspicaces, se declararon partidarios del príncipe Alfonso. La candidatura del príncipe Alfonso era la más lógica, la más natural, la única aceptable para todos los verdaderos monárquicos que no forman en las filas de D. Cárlos; pero, siendo la más aceptable, era la más difícil de hacer aceptar por los monárquicos sin fe que tomaron á su cargo la solucion del problema y sólo querian un rey para su uso particular.

No queriendo república, los revolucionarios debian darse por muy satisfechos con la abdicacion de Doña Isabel II en su hijo el príncipe D. Alfonso.

Ó el príncipe Alfonso ó la república: la Revolucion de Setiembre no sentó ni pudo sentar más que este dilema, y este dilema escrito quedará en la conciencia pública, cualquiera que sea el rey que venga.

Los unionistas, en general, aunque pegados á la tradicion, cejaron ante los inconvenientes y peligros de una restauracion, que necesariamente habria de venir con la espada de la reaccion en la mano para destruir toda la obra revolucionaria, y acariciaron la idea de colocar en el trono de Doña Isabel á su hermana Doña María Luisa, con lo que creyeron enlazar en lo posible la tradicion con la revolucion.

Pero la democracia que habian invocado para popularizar su obra y consolidar su triunfo, les cerró esta puerta de escape, escribiendo en la bandera revolucionaria el lema de *¡Abajo los Borbones!*

Obligados á batirse en retirada, hicieron del duque de Montpensier, el esposo de la hermana de la reina, su último parapeto, sin considerar que, no eligiendo rey al duque de Montpensier co-

mo Borbon, no soldaban, como ellos querian, la tradicion monárquica rota por la revolucion; y si le elegian como Borbon, quedaba envuelto en el mismo anatema revolucionario que pesaba sobre su esposa, la hermana de la reina, sobre el príncipe Alfonso y Cárlos de Borbon y Este.

En este último parapeto de los unionistas se hicieron tambien fuertes algunos, aunque pocos, progresistas, que conocian mejor el terreno que pisaban que el resto de sus correligionarios.

De todos modos estaban empeñados en un imposible. La nacion que derriba una dinastía no lleva otra en su seno para reemplazar á la que ha derribado, y queda, como se ha dicho, encerrada entre los dos términos del inexorable dilema:

Ó restauracion ó república.

Las terribles angustias que mortifican á España desde la Revolucion de Setiembre se deben á los esfuerzos que se practican para hallar entre los dos términos del dilema un término medio imposible. Qué imbecilidad!

Un imbécil comadron
quiere hacer parir un rey,
para la española grey,
á la española nacion.
En su desesperacion,
al ver que no pare nada,
exclama la desdichada
despues de un postrer esfuerzo:
—¿Cómo he de parir, mastuerzo,
si no estoy embarazada?—

* * *

Pero miéntras estoy escribiendo estas líneas, oigo desde mi balcon un ruido como de cañonazos. Escucho atentamente; no hay duda, cañonazos son..... De noche? Qué será eso?

Me han dicho que hoy, 16 de Noviembre, se ha reunido la

Asamblea Constituyente para elegir rey de España al candidato del fetiche de los progresistas, al príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta.

Me han dicho tambien que se ha desplegado un grande aparato de fuerza, y áun creo haber oido desde aquí pasar por la calle algunas charangas. Seguros son los toros. El pueblo habrá protestado en términos violentos contra la candidatura de un príncipe extranjero, y los cañones Krupp le contestan con su elocuencia acostumbrada.

Y los cañonazos siguen! Se conoce que la cosa va de veras. Malditos cañones! Ya sabía yo que no habian de servir para defender la honra del país y la integridad nacional contra alguna invasion extranjera, sino para ametrallar al pueblo y colocar la fuerza encima del derecho y de la voluntad del pueblo.

Otro estampido! Nó; el pueblo, inerme ó mal armado, no puede oponer una resistencia tan prolongada á las destructoras máquinas de guerra de invencion moderna. Sin duda la milicia nacional ha tomado parte en el combate contra el ejército..... Pero no; tampoco eso puede ser. La milicia nacional es del gobierno en su casi totalidad. Casi todos los jefes que la mandan son empleados. Y, ademas, ¿qué haría la milicia nacional contra el ejército? Nada. ¿Dónde está su disciplina, sin la cual es imposible la victoria? Y su armamento? ¿Puede la milicia disponer de los medios de accion de que dispone el ejército? ¿Tiene carabinas del sistema Berdan, tiene cañones Krupp, tiene ametralladoras? ¡Pobres milicianos! Qué tontos, qué progresistas son! ¿No conocen que el Gobierno se burla de ellos como de unos chiquillos, y que les deja jugar á los soldados para tenerlos contentos? ¡Buen cuidado tiene todo gobierno, cuando hay milicia, en que ésta no se pueda subir al ejército á las barbas! Si hubiese habido milicia ántes de la invencion de las armas de fuego, cuando el ejército no tenía más que lanzas y alabardas, á ella la hubieran armado con palos de escoba; y luégo, cuando se armó el ejército con arcabuces de mecha, á ella se la hubiera armado con armas blancas. Los

arcabuces de mecha no hubieran llegado á sus manos hasta que el ejército hubiese usado mosquetes ó fusiles de chispa. Ya hemos visto en nuestros tiempos que la fuerza ciudadana no ha gastado fusiles de chispa hasta que el ejército ha tenido fusiles de piston; y en la actualidad, cuando se la permite jugar á los soldados con fusiles de piston, el ejército todo tiene fusiles que se cargan por la recámara.

Contra quién, pues, se disparan tantos cañonazos? El conde de Bismark es el mismísimo demonio, y el baron de Moltke mueve un millon de hombres en el teatro de operaciones con la misma facilidad y acierto con que el célebre Morphi mueve en un tablero las piezas del ajedrez, para disponer sus jaque-mates. ¿Será posible que, no contento con la Alsacia y la Lorena, haya querido el rey Guillermo anexionar Castilla la Nueva á su Imperio germánico? No lo creo. Nuestro ejército se le entregaria sin oponerle la menor resistencia; los ejércitos avezados á pelear contra un pueblo inerme ó mal armado se acostumbran á triunfos demasiado fáciles, y no sirven despues para habérselas con ejércitos bien organizados; hacen lo que ha hecho en Sedan el ejército frances, de que se sirvió Napoleon el Chico para consumar su crímen del 2 de Diciembre. No es lo mismo ametrallar al paisanaje que salir al encuentro de las tropas del príncipe Federico Cárlos, ni todas las resistencias que tiene que vencer un ejército en una guerra extranjera son como las que opusieron al hábil y bizarro general Gaminde los doce sublevados de la villa de Gracia.

¿Crees, lector, que habria tantos cazadores si las liebres y conejos gastasen fusil de aguja?

¿Qué significan, pues, esos disparos que se suceden á intervalos tan breves? Un choque de la milicia con el ejército, que obligue á éste á hacer funcionar la artillería, es improbable. Se oirian tambien descargas de fusilería, y no se oye un sólo tiro de fusil. Ademas, los milicianos, en su mayor parte, no se echan á la calle cuando la patria les llama á algo más que á pintar la cigüeña. En una época en que se notaban síntomas de próximos trastor-

nos, una tal Nicolasa y *El Jesuita*, que era su director espiritual, tuvieron el siguiente brevísimo diálogo:

—Dicen que un motin se amasa!
yo quisiera que mi hermano
se quedase quieto en casa.
—Pues procura, Nicolasa,
que se haga miliciano.

Otro cañonazo!.... ¿Se habrá pronunciado parte de la guarnicion de Madrid? Imposible! El ejército español pronunciarse? No se ha pronunciado nunca. ¿Y habia de pronunciarse ahora tan sin motivo? ¿Por una cuestion tan insignificante como la de traernos un rey extranjero contra la voluntad unánime del país? ¡Pronunciarse el ejército contra una situacion que hace á España tan libre, tan feliz é independiente! ¡Pronunciarse teniendo al frente coroneles y brigadieres y generales que todo lo que son lo deben á su acrisolada lealtad, que no han infringido nunca la ordenanza, que no han faltado nunca á sus juramentos ni á las severas leyes de la disciplina!

Parece que el fuego ha cesado. No me explico su orígen. ¿Se habrá avistado alguna escuadra en las aguas del Manzanares, y se le habrán hecho los saludos de ordenanza? ¿Ó acaso..... ¡Iba á decir una barbaridad! iba á preguntarme si los cañonazos que he oido han sido la salva que ha anunciado á la villa del madroño y el oso la eleccion del príncipe Amadeo de Saboya para el trono de España. No puede ser. En la conciencia de muchos diputados estaba que la mayoría de una Asamblea, compuesta en su mayor parte de empleados, carece de independencia, puesto que pedian que se declarase incompatible el cargo de diputado con toda posicion oficial remunerada. La mayoría misma era de este dictámen, y por consiguiente la mayoría misma debia considerarse incapaz de resolver por sí sola una cuestion tan grave como la de eleccion de monarca. Ademas, eran habas contadas. Si han vo-

tado contra el canditato del Gobierno los republicanos, los carlistas, los alfonsinos, los montpensieristas y los esparteristas, no puede el príncipe Amadeo haber reunido suficiente número de votos. De los republicanos, carlistas y alfonsinos, bien puede asegurarse que no han faltado á su fe y á sus compromisos, por voluntariamente que los hayan contraido.

Y los montpensieristas? y los esparteristas?

Tampoco.

Á pesar de que en estos últimos dias han circulado rumores de ciertas inconsecuencias y evoluciones más ó ménos hábiles, *El Jesuita* no les dió ningun crédito. Los montpensieristas, que componian una falanje tan imponente que, sin contar con ellos, era imposible la eleccion de rey, ¿habian de haber abandonado á Montpensier en el momento crítico, despues de los muchos discursos que han pronunciado en su defensa, y de haber dicho en todos los tonos que era el rey legítimo de la revolucion, el único rey posible? ¿Habian los esparteristas de haber desistido de su propósito de nombrar rey á Espartero, hollando el juramento que prestaron á la faz de la nacion de no votar ningun otro candidato?

El Jesuita les pide perdon por las sospechas que ha concebido.

Los montpensieristas y los esparteristas, tan honrados y consecuentes como son, no han votado al duque de Aosta. Si le hubiesen votado para salir del paso, hubieran aceptado ántes otro cualquiera de los candidatos que se presentaron, al duque de Génova, al rey viudo de Portugal, á Hohenzollern Sigmaringen. Cualquiera de ellos se presentaba bajo auspicios tan favorables como el príncipe Amadeo de Saboya, y ninguno amenazaba envolver á España en tan graves complicaciones.

Se concebiria que esparteristas y montpensieristas hubiesen abandonado su candidato y aceptado el del fetiche de los progresistas, que necesita una pantalla para hacer su santa voluntad, cediendo á la presion de la voluntad nacional; pero es el caso que, desde que se anunció la candidatura del príncipe Amadeo, se declararon contra ella todas las clases de la sociedad, desde la

más elevada á la más humilde; todos los partidos, desde el republicano al absolutista. ¿Á qué impulso habrian, pues, obedecido los esparteristas y los montpensieristas votando al candidato italiano? En el caso de haberle votado, el tiempo nos explicará el misterio. ¡Dios quiera que no encontremos la explicacion en móviles indignos!

Pero nó, no lo han votado, y si no lo han votado, no puede haber salido victorioso..... ¿Á qué, pues, los cañonazos que se han disparado? Si anunciaban la eleccion de rey, claramente nos lo dirán las manifestaciones del entusiasmo público. ¿Qué hago que no abro la ventana de mi sala? Dios mio! qué oscuridad! ¡qué silencio! Me parece que esta noche es más callada y lúgubre que las otras. Ni una música rondando las calles! ¡ni una luz en un balcon! No hay rey, no hay rey. Pero y los cañonazos? Aguardaré que el repartidor eche *La Correspondencia* por debajo de la puerta. No quiero devanarme los sesos echando cálculos inútiles. *La Correspondencia* me lo dirá todo..... Pero ¡cuánto tarda hoy en llegar el *eco fiel de la opinion y de la prensa!*

* * *

Ya está aquí..... gracias á Dios! Deseo salir cuanto ántes de mi ansiedad, y cojo el periódico. Suelto la pluma y abandono mi tarea con ánimo de no volver á ella hasta mañana. Ahora no puedo hacer más que leer, no puedo hacer más que devorar *La Correspondencia* hasta encontrar en ella la explicacion de esos cañonazos fatídicos de que procuro en vano darme cuenta.

Leo: PRIMERA EDICION. La paso por alto, y tambien la segunda, y llego á la tercera. Tengo delante el extracto de la sesion de la Asamblea. *Presidencia del excelentísimo señor* (¡qué excelencias le han salido á la España con honra!) *D. Manuel Ruiz Zorrilla*. Leo muy por encima, deseando llegar cuanto ántes á la votacion... Me quedo como quien ve visiones, y me santiguo cuatro veces seguidas. Ya sé lo que significaban los cañonazos. ¡Eran

salvas al príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta, candidato del fetiche de los progresistas á la corona de España, elegido rey en la Asamblea por una mayoría de diez y ocho votos!

El resultado del escrutinio me produce el mismo efecto que la capitulacion de Metz. Qué indignidad! ¡qué degradacion la de la raza latina! ¡Poned á esos esparteristas y montpensieristas que han votado al príncipe Amadeo, detras de las murallas de la invicta Zaragoza y de la inmortal Gerona! ¡Que sean ellos los que defiendan la brecha! ¿Tardarán en rendirse un cuarto de hora? Ay! ¡y entre los montpensieristas que han capitulado hay uno que lleva un título respetable, el más respetable, el único tal vez respetable, despues del de duque de la Victoria, que se ha conferido bajo el reinado de Doña Isabel II!

* * *

Príncipe Amadeo! si venís á ocupar el trono que os ofrece el fetiche de los progresistas, que quiere haceros su encubridor, su cómplice y su editor responsable, no os rodeeis de esos esparteristas y montpensieristas que os han dado su voto por desesperacion de causa, que han hecho de vos un plato de segunda mesa, que se han conducido con vos, al elegiros, como esos amantes despechados que, no pudiendo obtener la mano de la mujer que aman, se casan con la primera prostituta que encuentran en la Carrera de San Jerónimo. Esa mujer cualquiera sois vos, príncipe. Figuraos el cariño que os tendrán! Son, haciéndoles mucho favor, pobres caracteres, hombres sin temple de alma, de esos que no se envuelven nunca en las vicisitudes de la causa que defienden. Os abandonarán en la hora del peligro, despues de haber contribuido tal vez á vuestra ruina; pero ellos no se sepultarán, como el Sanson de la Escritura, bajo los escombros del templo de los filisteos.

* * *

Príncipe! *El Jesuita* que os dirige la palabra sabe de memoria la vida y milagros de todos los personajes de la época. Si venís á reinar, haced de él vuestro padre Claret, vuestro director espiritual, y no tendreis motivo de arrepentimiento.

Pero nó, el príncipe Amadeo no vendrá á reinar en España. Escuchará, si no son tardíos, los desinteresados consejos de este oscuro *Jesuita*, que tiene horror al vacío, como la naturaleza de los antiguos. No vendrá el príncipe Amadeo á meterse espontáneamente dentro de la campana de la máquina neumática, cuyos émbolos hace funcionar con energía el fetiche de los progresistas. Y si viene, no se entregará á esos esparteristas y montpensieristas de ayer, partidarios suyos de ocasion, que, como le han votado á él, hubieran votado á Perico de los Palotes. No se entregará tampoco á los progresistas, que son pocos y mal avenidos, muy caros de mantener, muy fáciles de sublevarse hasta contra sí mismos, enemigos de los moderados por envidia, y que, en último resultado, no son más ellos mismos que unos moderados tontos, sin educacion, sin instruccion y sin talento. No se rodeará de ellos el príncipe Amadeo, aunque no sea por otra cosa, para no aprender el caló ó un catalan chapurrado, creyendo aprender la lengua de Cervantes. Nunca hablará bien el castellano si se acostumbra á hablar con progresistas.

Tampoco, si viene, recurrirá á los cimbrios. Los cimbrios no podrian darle ninguna fuerza, porque no llegan en España á tres docenas, y entre ellos hay tres ó cuatro que son listos, pero los demas apénas exceden en inteligencia á un progresista cualquiera. Y resultan tambien muy caros, carísimos, y mienten mucho. Han contribuido, no con sus armas, sino con sus predicaciones, á la demolicion de la monarquía, y ahora combaten, con todo el furor propio de los apóstatas y neófitos, á los mismos á quienes con sus predicaciones sedujeron. ¿Puede un rey de veras apoyarse en esos séres híbridas, mestizos, comunes de dos, mulatos políticos, medio monárquicos, medio republicanos, que piden para España la menor cantidad de monarca que sea posible?

* * *

Pero si es peligroso y poco decente que el príncipe Amadeo, cuando venga á ocupar el trono, se rodee de los neo-polacos progresistas, ó de los montpensieristas y esparteristas que han practicado una evolucion en sentido aostino, ó de los cimbrios, monárquicos de hoy, demagogos de ayer, que son el *caput mortuum* y las echaduras del partido republicano, ¿con qué elementos compondrá su córte y constituirá su gobierno? ¿Recurrirá á los montpensieristas y esparteristas leales, que desde que se anunció su candidatura son más esparteristas y montpensieristas que nunca? ¿Recurrirá á los alfonsinos, á los carlistas ó á los republicanos, cuya fuerza numérica (la de los tres partidos), á la sola aparicion de un candidato extranjero, se ha desarrollado considerablemente á expensas del partido de *El Jesuita*, que es el partido de los que no pertenecemos á ninguno?

No lo dude el príncipe Amadeo; viene á reinar en una especie de Sahara moral. España será para él un desierto, en que no recogerá más que simpatías interesadas, que son peores que todas las antipatías. Carece de raíces en el país y en la opinion pública. Tendrá que crearse una situacion de fuerza, que es lo peor que puede suceder á un rey que viene llamado, no para reprimir una revolucion, sino por los mismos que se llaman hijos de la revolucion. Tendrá que apoyarse en el ejército, y el ejército es en realidad un buen apoyo para sostener, por más ó ménos tiempo, una situacion pasajera, una dictadura ministerial, un poder transitorio, pero no para consolidar una dinastía, que sólo puede levantarse sobre la ancha base de la tradicion, contemporizando con la opinion pública y acomodándose á las sucesivas necesidades de las épocas.

El Jesuita no cree, aunque la desea, en la prosperidad del reinado del príncipe Amadeo. Difícil es que éste, haga lo que quiera, se granjee la buena voluntad de la generalidad de los españoles. Pero, si de algun modo ha de granjeársela, ha de ser inspirándose en el desprecio con que son mirados los logreros políticos por los que, cualquiera que sea el partido á que pertenezcan ó aun-

que no pertenezcan á ninguno, han sacado ilesos del general naufragio de todas las pasiones nobles, su honradez y su vergüenza.

* * *

En el supuesto de que venga el príncipe Amadeo, y de que su venida sea el término de la interinidad, ó, lo que es lo mismo, la desaparicion del odiado y odioso fetiche, debe venir á vengar la justicia, la dignidad y la probidad holladas por ese neopolaquismo que ha invadido el país desde la Revolucion de Setiembre. La muerte del infeliz Azcárraga, ilustrado jóven que no pudo huir de sus infames asesinos, porque estaba afectado del pecho, no ha sido vengada y ha de vengarse. Si el rey que venga inaugura su reinado castigando de una manera ejemplar á la *Partida de la Porra*, *El Jesuita* pondrá dos farolitos en la ventana de su pobre celda, aunque no se lo ordene el Sr. Mártos, gobernador monárquico interino.

Advertencia: lo de interino, aplicado al Sr. Mártos, puede referirse lo mismo al monárquico que al gobernador.

Tampoco el rey que venga puede dejar impunes los asesinatos de los malogrados oficiales de artillería cometidos por una soldadesca desenfrenada al grito contradictorio de *¡Viva la libertad!* y *viva el fetiche!* el cual, con su reconocida prudencia, estaba mirando tranquilamente los toros, no desde la barrera, sino desde lo más alto de un tendido. *El Jesuita*, que no quiere sangre, no pedirá al rey que les imponga el castigo que merecen; pero, haciéndose eco de los sentimientos de todos los militares pundonorosos, le aconsejará que les expulse del ejército, ó al ménos que les prive de los grados y empleos con que se ha premiado su crímen, en perjuicio de otros dignos militares que han sido postergados.

La revision de la hoja de servicios de los militares todos, sin excepcion alguna, desde el más ínfimo subteniente al más encopetado general, deberá ser el objeto preferente del príncipe Ama-

deo, si viene á reinar en España. Preciso será, al efecto, nombrar una junta de inspeccion, compuesta de militares de todas graduaciones, ordenancistas rígidos que, al examinar la hoja de servicios de sus compañeros, no tengan en la suya ninguna mancha. La moral pública requiere que, lo mismo en lo militar que en lo civil, se destruya toda la obra de los progresistas.

Ó el rey que venga derribará el actual polaquismo, ó caerá envuelto en los escombros del actual polaquismo.

* * *

Aun adoptando una conducta reparadora, difícil será que el rey que venga venza las repugnancias que inspira todo monarca extranjero y eche raíces en la opinion pública. Muchos años, siglos tal vez, han de trascurrir ántes que deje su dinastía de ser considerada como exótica é intrusa, y nunca, aunque la actual generacion española, haciéndose árbitra de los destinos de las generaciones futuras, confirmase por medio de un plebiscito el fallo de la Asamblea Constituyente, adquiriria el príncipe Amadeo el prestigio de que los republicanos, que son muy numerosos y lo serán más cada dia, no rodean á ningun rey, y de que los verdaderos monárquicos no rodean más que á las dinastías cuya legitimidad se halla consagrada por los siglos.

Pero hágase el milagro, aunque lo haga el diablo. Si el príncipe Amadeo viene con el inquebrantable propósito de galvanizar este cadáver que se llama nacion española; si viene á inaugurar una era de libertad y de órden; si viene á restablecer el imperio de la justicia; si viene á arrancar al país de las garras del neo-polaquismo que chupa su sangre, *El Jesuita* no dirá que sea el rey legítimo de España, porque no cree que puedan las Córtes dar patentes de legitimidad, pero le aplaudirá aunque no sea legítimo.

¿Vendrá el príncipe Amadeo con este propósito, irrealizable en concepto del *Jesuita*, porque, si bien con él se atraeria muchas

simpatías en el numeroso grupo de los que no pertenecen á ningun partido, no desarmaria á los que pertenecen á los partidos que le son hostiles, y se enajenaria el apoyo del que hoy se le manifiesta adicto?

No lo espera *El Jesuita*, ni lo creen tampoco los mismos que le han llamado, y que por eso le han llamado.

Le han llamado para que venga á ser rey de los progresistas, es decir para tener un progresista más.

Le han llamado para que venga á ser socio de la Tertulia.

Le han llamado para que con la púrpura de su manto encubra las hediondas llagas de la interinidad, sin que ésta cese.

Le han llamado para que venga á dar un carácter de estabilidad y permanencia á la situacion anómala que atravesamos, confiados en que así adquirirán algun crédito para negociar nuevos empréstitos, y seguir viviendo, y trampa adelante.

Le han llamado para que venga á autorizar con su presencia los atentados que se cometen.

Le han llamado, como dice muy oportunamente un periódico, para que venga á ser síndico de la quiebra nacional.

Le han llamado para hacer de él su cómplice.

Le han llamado para tener un escudo que les proteja con su inviolabilidad.

¿No lo ha conocido el príncipe Amadeo? Si no lo ha conocido, tanto peor para él.

* * *

Todas estas reflexiones brotaron espontáneamente en el cerebro del *Jesuita*, apénas hubo leido en *La Correspondencia* el resultado de la votacion de la Asamblea que sacó triunfante de las urnas el nombre del príncipe Amadeo, candidato del fetiche de los progresistas al trono de España.

La impaciencia del *Jesuita*, parecida á la de algunos lectores de novelas que, interesándose por la suerte de un personaje, pasan por alto todas las hojas para conocer pronto el desenlace, le

hizo darse cuenta del resultado de la votacion ántes de la lectura de la sesion que precedió al escrutinio.

El Jesuita no se habia fijado en las dotes personales del candidato, porque, tratándose de una monarquía hereditaria, estas dotes son de todo punto indiferentes. ¿Qué podia importar que el candidato al trono fuese un hombre de bien á carta cabal, si el hijo que le sucediese en el trono podia muy bien ser un pícaro de cuatro suelas? ¿No tuvo Cárlos III un hijo que fué Cárlos IV y un nieto que fué Fernando VII? Los campos de batalla en que, bajo Napoleon I, recogió Francia sus más inmarcesibles laureles, ¿no son los mismos campos de batalla en que, bajo Napoleon III, acaba de cubrirse de ignominia?

Ninguna importancia, absolutamente ninguna, dió *El Jesuita* á las prendas intelectuales y morales del príncipe Amadeo, que el presidente de la Cámara, Sr. Ruiz Zorrilla, con una tolerancia y justicia enteramente progresistas, no permitió discutir. Él, sin embargo, que, como buen progresista, es partidario de la ley del embudo y de los que dicen justicia y no por mi casa, hizo un panegírico del príncipe, ensalzando su valor de una manera capaz de excitar la envidia del mismo fetiche de los progresistas, que hasta ahora, en el mundo de los idem, habia pasado por el más valiente de todos los valientes. *El Jesuita* no niega que el príncipe Amadeo de Saboya sea hombre de pelo en pecho. Al contrario; si viene voluntariamente á meterse en este lodazal, del cual yo huiria si pudiera; si viene voluntariamente á colocarse en medio de la guardia negra del fetiche; si viene voluntariamente á cobijarse bajo esta situacion perdida que amenaza ruina por todas partes; si, en una palabra, para servir los intereses de su padre el rey excomulgado, ó atraido por el celo de la lista civil, ó por otra causa cualquiera, viene á reinar sobre los revoltosos, ingobernables é ingobernantes de la España progresista, su valor traspasa los límites de todos los valores sobrehumanos.

Pero ¿es un rey valiente lo que España necesita?

Qué hará Amadeo de su valor? hará moneda?

Cuando nos morimos de hambre, ¿es la ayuda de un valiente lo que necesitamos? Nó, es la ayuda de quien pueda y quiera darnos pan.

Y, francamente, en Italia el dinero anda casi tan escaso como en España. Allá nos vamos italianos y españoles. ¡Somos un par de pueblos!

Ricardo, Corazon de Leon, sería un rey que en las actuales circunstancias convendria ménos á España que el rey Mídas.

Por otra parte, el que el príncipe Amadeo sea todo un valiente no impide que sea todo un extranjero, y hasta ahora no sabemos que entre todos los españoles que rechazan su candidatura, que son casi todos los que han nacido en España, haya uno solo que funde su repulsion y antipatías en la falta de valor del candidato italiano. ¿Por qué, pues, se tomó la molestia el Sr. Ruiz Zorrilla de demostrar que el príncipe Amadeo está dotado de una cualidad de que nadie se habia ocupado? Lo que debió demostrar el presidente de la Cámara es que el rey de los progresistas no es extranjero, y como esto era imposible, se esforzó en probar que la circunstancia de ser extranjero un monarca no impide que pueda ser un buen monarca. Qué progresistadas!

* * *

Seguramente, un rey puede ser extranjero y regir debidamente la nave del Estado, así como puede ser extranjero un empleado cualquiera, y no obstante ser un buen empleado. Eso no impide que la ley prohiba terminantemente que ocupen en España destinos oficiales los que no son españoles. Y es una ley muy justa. Para comerse á la España, los españoles se bastan y se sobran. No necesitan que vengan extranjeros á ayudarles.

Y el empleo de rey es tan lucrativo! Verdad es que en estos tiempos es un oficio que tiene tambien sus quiebras.

Aunque España supiera, lo que está muy léjos de saber, que el príncipe Amadeo ha de labrar su felicidad, no le aceptaria gus-

tosa porque es extranjero. Un extranjero no puede ocupar un trono sino conquistándolo, ó llegando á él por derecho de sucesion, ó siendo para el país su advenimiento al trono una condicion *sine qua non* de su independencia. Nada digo de las anexiones ó fusiones de pueblos distintos bajo un sólo cetro, porque estas peripecias, que destruyen una autonomía en beneficio de otra, no se producen sino violentamente, por medio de la fuerza de las armas, ó espontáneamente, por la conveniencia de ambos pueblos. Si el príncipe Amadeo, al venir á reinar en España, se trajese algunas provincias de Italia, no sería su eleccion tan tenazmente combatida por la generalidad de los españoles. ¿Por qué la candidatura de un príncipe de Portugal no excitó tan vivas repugnancias como la de un príncipe italiano? Porque la candidatura de un príncipe de Portugal permitia á muchos acariciar la idea de la reunion de los dos reinos dentro de un término más ó ménos próximo.

Pero no hay ninguna razon de conveniencia pública en que pueda apoyarse la eleccion del príncipe Amadeo.

* * *

No obstante todo lo dicho, si *El Jesuita* fuese capaz de complacerse en el daño de los que no le han causado ninguno, se alegraria del triunfo obtenido por el príncipe Amadeo en la Asamblea Constituyente. ¿Qué puede suceder si el desdichado hijo del rey Víctor Manuel viene á ocupar el trono? ¿Que se entregue á los progresistas, como así esperan que lo haga el fetiche á que debe su eleccion, y el Sr. Ruiz Zorrilla y los demas chupópteros que nos desangran?

Si se entrega á un partido, caerá con este partido. Si se entrega al partido progresista, caerá con el partido progresista. ¿No cayó Isabel II con el partido moderado por haberse entregado al partido moderado? Y sin embargo, ¡qué diferencia del partido moderado al partido progresista! ¡Qué diferencia de Doña Isabel II

al príncipe Amadeo! ¡Qué diferencia de la España de ántes de la revolucion á la España de despues de la revolucion!

* * *

El partido moderado, á cuyo tejado de vidrio, considerándole bajo el punto de vista moral, no pueden los progresistas tirar ninguna piedra sin que les sea devuelta y rompa el suyo, que es de vidrio tambien y más quebradizo aún; el partido moderado, cuya pureza en la gestion de los negocios deja sin duda mucho que desear, aunque no tanto como la del progresista, cuenta en su seno, en medio de muchas nulidades y medianías, que no son ménos que en los demas partidos, mnchos hombres de talento, muchos oradores eminentes y escritores de grande ingenio; y si bien le falta el apoyo de la clase llamada trabajadora, en el mismo caso se encuentra el partido progresista, cuyos elementos verdaderamente populares se han ingerido todos en las filas republicanas. Lo mismo el partido moderado, en que se apoyaba Doña Isabel II, que el partido progresista, en que éste cree que se apoyará el rey que él nos traiga, es un partido puramente oficial, sin más prosélitos que los que firman la nómina cuando se halla en el poder; pero el partido moderado ofrece más garantías, ya que no de órden, de tranquilidad, á los que viven con independencia de la política, que el partido progresista, y, ademas, sus ataques á la libertad repugnan ménos, porque los infiere en nombre del órden, y no en nombre de la libertad misma. Así es que el partido moderado, impopular como es, obtiene, cuando ocupa el poder, ya que no las simpatías, al ménos la aquiescencia ó la neutralidad de muchos de los que componen el gran partido de los que no pertenecemos á ninguno, y por consiguiente ofrecia al trono, para apoyarse en él, una base ménos estrecha y ménos débil que el partido progresista. Hasta en la práctica del mal, el partido moderado es más decente, más decoroso, más observador de las buenas formas que el que actualmente domina.

* * *

En cuanto á Doña Isabel II, no se puede desconocer que poseia para ceñir la corona condiciones de popularidad y estabilidad de que carece el príncipe Amadeo. Era española, tenía la legitimidad que da la herencia, se habian creado muchos intereses á la sombra de su trono, los españoles se habian acostumbrado á ella, á pesar de todos sus defectos, que no eran tantos como suponen los progresistas, y, ademas, se habia mecido con la libertad constitucional en la misma cuna, como si fuesen las dos dos hermanas gemelas.

Para enajenarse el cariño del pueblo, tuvo Doña Isabel II que cometer muchos desaciertos, que pueden todos reducirse á uno solo, cual es el de haberse hecho reina y cómplice de un partido, en lugar de ser reina de la Nacion. Doña Isabel II se enajenó el cariño del pueblo, y sin embargo el cariño del pueblo se enajena más fácilmente que se conquista. Doña Isabel II lo tenía ya conquistado cuando empuñó el cetro de sus mayores, y el príncipe Amadeo tendrá que conquistarlo.

Nótese, sobre todo, para distinguir bien la diferencia de condiciones entre Doña Isabel II y el príncipe Amadeo, lo que era en España y en el mundo entero el estado de la opinion pública cuando la hija de Fernando VII se sentó en el trono, y lo que es en este momento en que es llamado á él el nieto de Cárlos Alberto.

Sin duda, durante el reinado de Isabel II, la idea republicana germinaba latente y silenciosa en muchos cerebros, y, entre los progresistas mismos que han votado la monarquía, era cosa corriente considerar la monarquía constitucional como un puente provisional para trasladarse de la monarquía á la república. El mismo presidente de la Asamblea, Sr. Ruiz Zorrilla, tan célebre por sus torpezas y salidas de tono, al mismo tiempo que defendia la candidatura del príncipe Amadeo, para fundar en España una nueva monarquía hereditaria, procuraba alentar á los republicanos haciéndoles entrever la república para establecerla dentro de un término más ó ménos próximo. Y monárquicos como el se-

ñor Ruiz Zorrilla, republicanos *in fieri*, en espectativa, en estado de crisálida, son los únicos que llaman al trono de España al príncipe Amadeo. El desgraciado príncipe no puede contar con otro apoyo. Qué apoyo! ¡Cuánto más fuerte era el de la dinastía caida, entre cuyos defensores habia muchos que no eran monárquicos de circunstancias, sino monárquicos que nunca pensaron en ser otra cosa! Y cayó sin embargo.

Los monárquicos que han llamado al príncipe Amadeo, le han llamado con la condicion tácita, ya que no expresa, de que sea un instrumento de su ambicion y su codicia. *Amici usque ad ventriculum*, le dirán si se opone á que sigan satisfaciendo su torpe apetito, y le abandonarán, y se harán republicanos ú otra cosa cualquiera. Los monárquicos de Amadeo son monárquicos *quorum Deus venter est;* su fe monárquica está en el estómago.

* * *

Es, ademas, preciso ser ciego para no ver que la institucion monárquica, careciendo del prestigio de que la rodeaban las preocupaciones de otros tiempos, está muerta en la opinion pública. Podrá ser un mal que así sea, pero es un hecho, y los hechos no se destruyen negándolos.

Para galvanizar la institucion monárquica, sería preciso exhumar la teoría del derecho divino que la razon y la conciencia universal rechazan. Sería preciso restablecer creencias condenadas por absurdas, convenciendo á todo el mundo de que las diversas naciones en que se divide el globo son patrimonio de unas cuantas familias.

El derecho divino era el alma de la monarquía, era quien daba á los reyes el carácter sagrado que les hacía inviolables y que se consideraba en ellos como ingénito, como inherente á su propia naturaleza, juzgada superior á la de los demas hombres. Ahora que la teoría del derecho divino ha caducado, la inviolabilidad del monarca es hija de un convenio y tiene su orígen en la

tierra. El rey es inviolable porque las leyes, obra de los hombres, le hacen inviolable; y le hacen inviolable porque le hacen impunible; y le hacen impunible porque le hacen irresponsable; y le hacen irresponsable porque le hacen impecable; y le hacen impecable porque no puede obrar mal; y no puede obrar mal porque no puede obrar de manera alguna; pues si pudiese obrar de alguna manera, podria obrar mal; y si pudiese obrar mal, sería pecable; y si fuese pecable, sería responsable; y si fuese responsable, sería punible; y si fuese punible, sería violable. Hoy, cuando un rey, no contentándose con el papel simbólico que se le confiere, quiere influir en los negocios públicos, aunque sea dentro de los límites de las atribuciones que las leyes le otorgan, se expone á ejercer una influencia deletérea, se expone á obrar mal, y por consiguiente se hace pecable, y por consiguiente se hace responsable, y por consiguiente se hace punible, y por consiguiente se hace violable.

Pero si es necesario un símbolo y un rey, no ha de ser otra cosa; más cómodo y más barato sería colocar en el trono, en lugar de un hombre, un maniquí ó un objeto cualquiera.

El resultado es que, no volviendo á la teoría del derecho divino, á la cual es imposible volver, un rey que no puede hacer nada es inútil, y un rey que puede hacer algo es violable. Le hace violable la razon, á pesar de las leyes que proclaman su inviolabilidad. No puede ser otra cosa.

El oficio de rey es un oficio puramente humano. Si se quiere fundar una monarquía, se ha de fundar en razones de conveniencia pública, y si éstas faltan, la monarquía carece de razon de ser. Así es que, no pudiéndose restablecer la teoría del derecho divino de los reyes, la monarquía descansa sobre una base movediza, porque movedizas son todas las razones de conveniencia. Lo que convenia ayer puede no convenir hoy, y lo que conviene hoy puede no convenir mañana.

Dios no creó á los reyes, como no creó á los sastres, ni á los médicos, ni á los abogados, ni á los vaciadores de navajas. Lee-

mos en el Génesis que Dios creó el cielo y la tierra y á los hombres y los animales y las plantas, pero de los reyes no dice el Génesis una sola palabra. Al contrario, no reconoce en ningun hombre una naturaleza superior á la de los demas, pues da á todos el mismo primer padre y la misma primera madre; les hace proceder á todos de un tronco comun. Si Dios hubiese querido crear un órden de séres inferiores á él, pero superiores al hombre, hubiera formado con ellos una categoría aparte, y la veríamos consignada en el primer libro de la Sagrada Escritura. La superioridad de los reyes se revelaria al hombre por dotes sobrehumanas. Pero nada de eso. Un rey no tiene más de divino de lo que tiene otro hombre cualquiera.

Tal es hoy la creencia general, que ha sido siempre la de todos los hombres pensadores. Y dominando semejante creencia, es más difícil de lo que parece crear una nueva monarquía hereditaria. Así lo comprendió el mismo señor Ruiz Zorrilla, que cree (¡pobre señor!) que una nueva monarquía hereditaria ha salido de la Asamblea Constituyente, lo que á él mismo le parece imposible. ¡Tan imposible como es! Nosotros y nuestros padres hemos visto repetirse los conatos de fundar monarquías nuevas en Europa y en América, pero no se ha fundado ninguna. Díganlo Napoleon el Grande y Napoleon el Chico, Luis Felipe, Itúrbide y Maximiliano. Porque, fuerza es repetirlo, una monarquía que no viene consagrada por el espíritu de otros tiempos, en que se creia en el derecho divino de los reyes como en un artículo de fe, no se funda más que en razones de conveniencia pública, cuya futilidad es cada dia más evidente. Ni en un país de negros como Haiti, donde la ignorancia popular permitia más fácilmente aclimatar cualquier absurdo, pudo establecerse la monarquía hereditaria. Ningun descendiente de Soulouque ha heredado el poder supremo.

* * *

Ni el fetiche de los progresistas ni el mismo señor Ruiz Zorrilla, á pesar de lo poco que se les alcanza á uno y otro de achaques de organismo social, se han atrevido á invocar á favor del príncipe Amadeo el derecho divino. Verdad es que tampoco han invocado la conveniencia pública, sino la conveniencia del partido progresista, como si no se tratase de dar un rey á los españoles, sino de dar un jefe á la *Partida de la Porra*. Tal vez por eso encarecieron tanto el valor del candidato. Debian haber dicho tambien que manejaba con destreza el palo y la navaja.

Pero nó, no debian haber dicho nada, porque, como hemos significado ántes, son de poca importancia las cualidades personales de un rey tratándose de fundar una monarquía hereditaria, y así debe reconocerlo el mismo señor Ruiz Zorrilla, pues ántes de defender la candidatura del príncipe Amadeo quiso crear atmósfera á favor de la del niño Tomasito de Génova, lo que le valió una ovacion de silbidos y patatazos que debia haberle hecho desistir para *in eternum* de su decidido empeño en cazar reyes. Pero él sabe lo que le conviene, y dónde le aprieta el zapato, mejor que nosotros. La caza de reyes es para él caza de gangas. Perteneciente á una familia de chupópteros que ha engordado bajo todas las situaciones, comprende perfectamente que, si consigue colocar en el trono un rey patrocinado por él, es probable que todos los suyos sigan satisfaciendo sus ánsias presupuestívoras.

* * *

Otra circunstancia hace en España difícil la consolidacion de una nueva monarquía. Han trascurrido ya más de dos años desde que cayó la monarquía secular, y en este tiempo se han perdido todos los hábitos monárquicos del país, de que ya ántes se habia éste desprendido casi completamente. Ya, en los últimos tiempos de Isabel II, la institucion monárquica estaba más desacreditada aún que la augusta persona que la simbolizaba. En vano el fetiche de los progresistas y el vencedor de Alcolea han

hecho todo lo posible para que las tradiciones monárquicas no naufragasen en el tempestuoso golfo de la interinidad; en vano se han sustituido ellos á los reyes y han disfrazado de caballeros á unos cuantos perdidos, y se han dado barniz palaciego y apariencias de majestades; en vano han desplegado en ocasiones un lujo verdaderamente regio. Sólo han conseguido acabar de desacreditar la institucion monárquica con su grotesca parodia. ¡Qué córte la suya! Digna de ellos. Mas que á la antigua córte de España, se parece á la córte de los Milagros. No podia ser otra cosa. El nivel ha descendido por igual y proporcionalmente en toda su extension. Las piezas todas de ese aborto que se llama España revolucionaria se corresponden perfectamente, y basta ver cuáles son los que ocupan los primeros puestos para comprender lo que serán los que ocupen los últimos. Hay arriba..... ya sabes, lector, quién hay arriba. Hay abajo..... ya sabes, lector, quién hay abajo. Hay la *Partida de la Porra*. ¿Qué otra cosa podia haber? ¿Habia de levantarse el ídolo de barro sobre un pedestal de oro?

* * *

No pueden darse circunstancias más adversas que las que rodean al príncipe Amadeo para venir á ocupar el trono de España. En la precision de recurrir á los progresistas, tendrá que valerse de consejeros ineptos y corrompidos, y si se niega á ser su cómplice, ellos, que no sirven para gobernar, pero que al mismo tiempo son ingobernables, fraguarán incesantes conspiraciones. Los montpensieristas y esparteristas que le han votado son las gentes de ménos valer de las dos fracciones. El príncipe Amadeo nos inspira lástima; es un jóven inexperto, y si viene, vendrá engañado. Cuando abra los ojos, será ya tarde; estará ya deslizándose por la pendiente, cada vez más rápida, que le conducirá al abismo, y no podrá retroceder.

Los hombres de Setiembre, que han querido hacer de la interinidad una parodia de la monarquía antigua, quieren hacer de la monarquía nueva una parodia de la interinidad.

Y al frente de la futura interinidad, más caótica que la actual, colocan al príncipe Amadeo. Sólo por el príncipe lo siente *El Jesuita*. Sólo por el príncipe lamenta *El Jesuita* que la Asamblea Constituyente, disponiendo de una corona que no la pertenece, la coloque en la cabeza del augusto jóven. Por lo demas, se alegra de que la Asamblea que se llama soberana, contrariando la voluntad del país, haya dado á España un rey extranjero. Así la Asamblea misma, que se llama soberana, ha dado el golpe de gracia á la nefanda y estúpida teoría de la soberanía ejercida por delegacion, y de la omnipotencia parlamentaria sobreponiéndose á la del pueblo. Porque nunca como ahora habia sido tan patente la divergencia que separa la opinion pública de los que se llaman sus representantes. Porque éstos, en lugar de ceder á la voluntad del país, no han hecho más que doblarse á la del fetiche de los progresistas, á la del hombre (casi repugna llamarle hombre, y es muy dudoso que Linneo le otorgase en su clasificacion un lugar entre los *próceres)*, á la del hombre que el país más odia, á la del hombre que no ha causado al país más que males, y que nada de lo que es debe á su inteligencia, bien escasa por cierto, ni á su abnegacion, de que no ha dado ninguna prueba, ni á su valor, que es muy problemático, sino que se lo debe todo al bombo que le han dado los estultos progresistas, con cuya sangre más de una vez ha enrojecido sus poco envidiables blasones.

Pues bien; la Asamblea Constituyente, nacida del sufragio universal más ó ménos adulterado, en lugar de hacerse eco de la voz pública en la cuestion de monarca, se ha hecho instrumento ciego y puramente mecánico de la voluntad egoista del hijo predilecto del bombo. ¡Qué condenacion tan explícita y terminante de la teoría de la soberanía popular delegada en una Asamblea! No hay enseñanza como la de los hechos. *Erudimini.*

* * *

En lo sucesivo, cuantas veces haya quien intente demostrar que la voluntad de una Asamblea es la expresion legítima, la condensacion y la síntesis de la voluntad nacional, se le opondrá el hecho de la votacion que ha conferido la corona de España al príncipe Amadeo de Saboya. Este hecho constituye por sí solo uno de esos argumentos que cierran la puerta á toda discusion, porque no tienen réplica. Porque nunca, desde que hay Asambleas, se habia visto ninguna en que se hiciese tan patente el antagonismo de los poderdantes y de sus apoderados.

Los apoderados del pueblo se han convertido en apoderados del fetiche de los progresistas. De éste, y no del pueblo, han recibido el mandato de nombrar rey á un príncipe italiano. No eran mayores la indignidad y bajeza de los senadores de Calígula. ¿Cómo no se le ocurrió al fetiche de los progresistas hacer nombrar diputados á sus perros de caza?

Aquí, en lugar de decir, como Dumas, que si los carneros fuesen electores, elegirian al carnicero, diremos que si los carneros fuesen diputados, se convertirian en carniceros de los electores.

* * *

Ahora falta saber si los progresistas han echado ó nó las cuentas sin la huéspeda.

¿Se contentará el príncipe Amadeo, para venir á ocupar el trono de España, con la exigua votacion de la Asamblea que con él le brinda como si fuese suyo? ¿Vendrá á reinar el príncipe Amadeo? Y si viene, ¿se entregará á los progresistas, como los progresistas creen? ¿Se rodeará por gratitud, ó arrastrado por la necesidad de su falsa posicion, de la pandilla que ha favorecido su elevacion al trono, ingobernable é ingobernante, débil, escasa, reñida con el país, convencida de nulidad y de impotencia? ¿Ó se pondrá al arbitrio de los que *totis viribus* han combatido su eleccion, porque no era el candidato lógico y natural de ninguno de los partidos militantes?

* * *

Cuando *El Jesuita* empezó á escribir este capítulo, la candidatura del príncipe Amadeo no era más que otra de tantas, y nadie la tomaba por lo serio. Imposible parecia á todos los hombres formales que los que habian derribado una dinastía secular, que si bien era exótica en su orígen, se habia aclimatado en España á fuerza de tiempo, pudieran acariciar la idea, con ánimo de realizarla, de traer un rey extranjero. Cada partido monárquico tenía un candidato para oponerse al establecimiento de la república y hacer cesar la interinidad, que de buena gana, los que estaban en posesion del presupuesto, hubieran convertido en situacion definitiva. Así es que el jefe de los presupuestívoros, á quien el regente, no sabemos con qué motivo ni con qué autorizacion, confirió el encargo de buscar un rey, lo buscó en todas partes con aparente asiduidad, pero con ánimo de no encontrarlo, porque no queria que la interinidad cesase, y sólo cuando vió que ésta no podia ya prolongarse, se preguntó lo que podria hacer para crear una situacion que tuviese para él y los suyos las mismas ventajas que la interinidad, es decir que fuese la misma interinidad, pero que no lo pareciese. Aunque se dijo que en cierta ocasion anduvo en tratos con los republicanos, no se sabe si se le ocurrió hacerse nombrar presidente de la república, lo que parece poco probable, porque la austeridad republicana se aviene mal con sus inclinaciones faustuosas y despilfarradoras. En el caso de pensar en la presidencia de la república, querria que la presidencia le sirviese de estribo, como á Napoleon III, para subir al trono imperial. Los republicanos, con tal de tener república, hubieran echado pelillos á la mar y le hubieran nombrado presidente, que era lo que la república necesitaba para hundirse en el cieno del descrédito. Es de creer que, haciéndose republicano el fetiche del progresismo, los republicanos se hubieran hecho feticistas y los progresistas se hubieran hecho republicanos. Hubiera habido una concordia momentánea, que se hubiera roto desde el momento en que el fetiche hubiese intentado, por medio de un golpe de Estado ú otro cualquiera, convertir su cargo en vitalicio y hasta

en hereditario, es decir en restablecer la monarquía en provecho propio.

Le pareció más conveniente, cuando vió que la interinidad era ya insostenible, activar sus gestiones para encontrar un candidato al trono; un rey que le conviniera á él, aunque no conviniera al país; un rey *ad usum suum;* un rey que le debiese la corona, y que por gratitud le dejase seguir mangoneando en todo, y ninguno para el caso le pareció tan á propósito como el jóven escolar Tomasito, duque de Génova, el cual, por sus pocos años, requeria una regencia, y el fetiche, ya que no podia ser rey, queria al ménos ser regente. Queria ser regente, solo ó acompañado, pero no regente de mentirijilla como Serrano, sino regente con atribuciones, regente como lo habia sido el general Espartero, al cual excede en méritos, porque el general Espartero no hizo más que poner término á la guerra civil. Y el fetiche de los progresistas la ha provocado muchas veces, cuantas veces la ha podido provocar sin poner en peligro su interesantísima persona.

Fracasó la candidatura del muchacho, y el fetiche creyó haber hecho ya lo bastante para excusarse en el concepto de los que pedian á voz en grito que terminase la interinidad, diciendo que, si ésta se prolongaba, no era culpa suya. Pero los anti-interinistas, que eran todos los españoles, á excepcion de la cimbrería y los neo-polacos del progresismo, á quienes la interinidad hacía el caldo gordo, no cejaron en su harto justificado empeño, y acusaron al fetiche de que buscaba lo que no queria encontrar, y presentaba expresamente candidatos inaceptables.

* * *

Conocida la cancamusa, la farsa era insostenible. Preciso es confesar que la tarea del fetiche de los progresistas, aunque la hubiese tomado á su cargo con la resolucion inquebrantable de llevarla á cabo, era sumamente difícil, tanto más cuanto que, para salir de la interinidad, el fetiche no queria recurrir ni al esta-

blecimiento de la república, que era lo más lógico despues de derribada la dinastía, ni aceptaba ninguno de los candidatos que tenian algun apoyo en la opinion pública. Queria un rey de los progresistas neo-polacos, es decir un rey suyo. Excluyó de sus combinaciones al príncipe Alfonso, á quien pertenecia la corona por derecho de sucesion ó herencia, y tenía á su favor á todo el partido moderado; excluyó á D. Cárlos de Borbon, que, en concepto de muchos, representaba la legitimidad y obtenia las simpatías de todos los absolutistas; excluyó á Montpensier, que era el verdadero candidato de los que verdaderamente hicieron la revolucion, y enlazaba en cierto modo la tradicion con la idea nueva, el derecho antiguo con el moderno; excluyó al general Espartero, que, por su honradez y los servicios prestados á la patria y á la libertad, era el que ménos repugnancias excitaba hasta entre los mismos republicanos. Verdad es que la elevacion de Espartero al trono no resolvia la cuestion monárquica, no hacía más que aplazarla, porque el ilustre general es ya muy viejo y no hubiera tenido descendientes á quienes legar su autoridad suprema. Pero este aplazamiento, que por de pronto hacía cesar la interinidad y arrancaba el poder de las manos indignas y torpes que hacian de él un uso detestable, era lo más conveniente en el estado de confusion en que se hallan las ideas en España, donde todos los sistemas se disputan el próximo porvenir, y en medio de la penosa indecision y angustiosa zozobra en que se agita la Europa entera, obligada de una manera apremiante á resolver el pavoroso problema propuesto á la conciencia del siglo XIX, en que Europa ha de ser necesariamente republicana ó cosaca.

* * *

La monarquía de Espartero era un oásis en medio del desierto, era el ancon en que se refugia la nave durante la tempestad para proseguir luégo su derrotero.

No pudiendo prolongarse el desórden de la interinidad, que,

bajo la dominacion del inamovible presidente del Consejo de Ministros, constituye un verdadero estado salvaje, ni siendo tampoco posible crear un órden de cosas definitivo, porque la estabilidad de lo que se establezca, sea lo que quiera, depende del resultado de la lucha empeñada entre Francia y Prusia, y de la que está próxima á empeñarse entre Rusia é Inglaterra, parecia providencial que hubiese en España un Espartero para atravesar con el menor desgobierno posible este período de ansiedades y de incertidumbre y de dudas y de horizonte encapotado y de cruel espectativa.

Si la eleccion de Espartero no resolvia ninguna cuestion, tampoco prejuzgaba ninguna, que era lo esencial en el estado actual de Europa, y obligaba á los partidos á un armisticio, sin ser el triunfo de ninguno de ellos. El reinado de Espartero no hubiera sido el último término de ninguna aspiracion, pero hubiera sido un rato de descanso para España, que tanto lo necesita; hubiera sido para ella una tregua durante la cual hubiera podido rehacerse algo y orientarse en medio de las tinieblas que la envuelven y que envuelven al universo entero. Ahora, cuanto se edifica con carácter definitivo se edifica inconscientemente y á oscuras, porque no se sabe hácia qué lado dirigirá sus aguas el torrente salido de madre que amenaza arrastrarlo todo en su impetuoso curso.

* * *

Con Espartero rey, proclamado á raíz de la revolucion, España hubiera atravesado la actual tempestuosa crísis europea en un estado casi de apirexia, ya que no definitivo, casi normal; se hubiera puesto á ver venir con cierta tranquilidad relativa; se hubiera evitado el escándalo de un ministro inepto y nulo, y al mismo tiempo inamovible, y la nacion hubiera llegado á una situacion determinada y á una forma precisa de gobierno, sin pasar por la demagogia ni por la dictadura. Y ahora, por una anomalía de que no hay ejemplo en la historia, la cual nos pre-

senta siempre la dictadura fundándose en la necesidad de acabar con la demagogia, tenemos dictadura y demagogia á un mismo tiempo. Porque la demagogia se halla en el poder desde la Revolucion de Setiembre, y tenemos lo que no ha tenido nunca ninguna nacion en el mundo; tenemos un dictador tan enemigo de la libertad como del órden; tenemos un dictador demagogo.

Es fiel á su orígen ese dictador de nuevo género. La demagogia, prendada de sus malas cualidades, le levantó á fuerza de bombo, y él se ha puesto y la ha puesto á su servicio. Porque la demagogia, que la formaban en otro tiempo las turbas inconscientes, salidas del fango removido por las revoluciones, las cuales hacen subir á la superficie los gusanos que hay ocultos en el fondo, no está hoy en el partido republicano ni en el absolutista, á pesar de que son los únicos partidos que se reparten las simpatías de las clases trabajadoras. La demagogia no cabe dentro de partidos como el republicano y el absolutista, que tienen principios fijos, que tienen, si así puede decirse, una doctrina codificada, que tienen trazada de antemano la línea de conducta que han de seguir cuando ocupen el poder.

La demagogia está hoy en el partido progresista, que cree que la libertad se reduce al himno de Riego y el órden á la *Partida de la Porra*.

* * *

Estamos bajo el imperio de la demagogia, y de otra cosa peor aún; estamos bajo el imperio de un comunismo de peor especie que el que combaten todos los hombres sensatos.

Los comunistas propiamente dichos, no son unos malvados; son unos utopistas fanáticos y delirantes, que predican una doctrina peligrosa y trastornadora, pero que ellos consideran justa. Qué piden? Que se reparta lo de todos entre todos. Los neo-polacos que hoy tienen sojuzgada España no predican, sino que practican, una doctrina infinitamente peor, pues reparten lo de todos

entre ellos solos; y así vemos que, miéntras la miseria pública va cada dia en aumento, muchos de ellos, que ántes de la Revolucion de Setiembre no tenian más que trampas, hoy tienen posesiones.

Estamos bajo el imperio de la demagogia, cuyo jefe es el fetiche de los progresistas. Éste, no pudiendo por más tiempo oponerse á la constitucion definitiva del país, incompatible con su permanencia en el poder, se echó á buscar reyes por todas las córtes de Europa, pues no le parecia bien ninguno de los candidatos presentados por los diferentes partidos. Es de notar que dichos candidatos son todos españoles, todos nacidos en España, á excepcion del duque de Montpensier, y áun éste tiene desde hace muchos años tomada en España carta de naturaleza, es en España propietario y general, está casado con una dignísima princesa española, y españoles son todos sus hijos.

Pero, por lo mismo que todos esos candidatos eran españoles, sabian de memoria la vida y milagros del hijo del bombo, y éste comprendia demasiado que no podria nunca merecer su confianza. Del fetiche, nada bueno esperará nunca el hombre dotado de patriotismo que le conozca, y los españoles dotados de patriotismo le conocen todos. ¡Ojalá le hubieran conocido ántes, como le conocia *El Jesuita!* ¡Cuánta sangre y cuanta vergüenza hubieran evitado á la infeliz España!

* * *

El fetiche no tiene más mision que satisfacer su ambicion y su vanidad, y producir catástrofes. Causando males, su naturaleza cumple su ley, como la peste.

El general Narvaez lo dijo en pleno Parlamento, con motivo de una sedicion militar en Puerto-Rico, en que se invocó el nombre del fetiche. «¡Desgracia es de ese hombre, exclamó, que no se cometa un crímen en que no suene su nombre!» Catástrofes ocasiona siempre, y no son pequeñas las que ha producido en sus cacerías de reyes. En busca de licitadores, no para hacer cesar la interi-

nidad, sino para prolongarla en otra forma, paseó la corona arrancada de las sienes de Doña Isabel II por todas las córtes de Europa, sin encontrar ningun desesperado que pujase en la subasta. La ofreció al rey viudo de Portugal, que la habia rechazado ya una vez, para hacer pasar á España por la humillacion de que la rechazase otra. Con la primera negativa del rey viudo de Portugal, la altiva España recibió un bofeton en una mejilla, y el fetiche, queriendo sin duda igualar el color de las dos, la hizo presentar la otra para que recibiese otro bofeton. Y la altiva España lo recibió, y fueron dos bofetones. Y no se los devolvió á quien debia, que era el que á ellos la expuso y no el rey viudo de Portugal, que hizo santísimamente en negarse á ser rey de la España del fetiche. Lo extraño es que el príncipe Amadeo no haya hecho otro tanto.

* * *

No admitiendo la corona de España el rey viudo de Portugal, el fetiche la ofreció á su hijo el rey Luis, pretendiendo enlazarla con la union ibérica, que rechaza el pueblo portugues, celoso de su autonomía. Y bien se comprende que nadie quiera ser español, ni áun los portugueses.

Para la realizacion de su plan, contaba al parecer el fetiche con el auxilio del mariscal Saldanha, que es partidario de la union de los dos pueblos, y hombre que no se para en barras, porque tiene ménos conciencia que un caballo. Por medio de una sedicion militar, se impuso al rey Luis y se apoderó del gobierno para llevar á cabo su intento; pero sus maquinaciones, que estuvieron á punto de producir grandes disturbios, se estrellaron en el buen sentido del pueblo portugues.

Quiera ó no quiera, el fetiche no puede hacer nada bien, no puede hacer nada sin provocar trastornos. Él medra con ellos, porque aplica siempre la mecha á la mina desde léjos, y no salta con ella. Es prudente para todo lo que se refiere á su individuo,

que es lo único que quiere en el mundo. Él mismo lo dijo cuando dijo que era de la raza de los Guzmanes. Algunos creyeron que usaba la frase en sentido directo para hacer alarde de su noble alcurnia. Nó; el que se encaramara por el árbol genealógico del fetiche, tal vez veria que él es el primero de su familia que ha gastado levita. Y sin embargo, es muy posible que se cuelgue un dia la cruz de alguna de las cuatro órdenes militares, como se ha colgado la de San Hermenegildo. Buen provecho le haga.

* * *

Pero, en obsequio á la verdad, *El Jesuita* debe decir que el fetiche de los progresistas, no obstante su fatuidad característica que tan ridículo le hace, al llamarse de la raza de los Guzmanes no quiso revindicar un puesto en las filas de la aristocracia antigua, de la nobleza llamada de sangre, la cual le considerará siempre como un *parvenu*, como un advenedizo. Él no podia decir, como el gran Riquetti, conde de Mirabeau: «No hay en mi familia más que una mala alianza, y es la de los Médicis.» Al llamarse de la raza de los Guzmanes, sólo pretendió significar que tiene, como Guzman el Bueno, el temple de alma suficiente para inmolar á su hijo en aras de los deberes que la patria le impone. Y en efecto, la heroica abnegacion de que ha dado pruebas en las várias jornadas sangrientas á que no ha asistido, habiéndolas él provocado, no permite dudar un sólo instante de que se siente animado del mismo noble espíritu que el defensor de Tarifa.

* * *

Sin embargo, el fetiche podia muy bien tener razon en decir lo que dijo, porque él no entiende por patria lo que por patria entienden todos los que no son progresistas. Para él, que lo refiere todo á sí mismo, no hay más patria que su propio indivi-

duo, y en este sentido le considera *El Jesuita* capaz de sacrificar á su hijo y hasta á mil hijos que tuviera. Porque nadie está tan prendado como él de su propia personalidad, nadie, ni el mismo Don Salustiano Olózaga, que cree verse reflejado en todas partes, lo que hizo decir al *Jesuita:*

El cerdo de San Anton
miraba Olózaga el viejo,
y le puso su toison
para hacerse la ilusion
de que estaba ante un espejo.

* * *

Mas ¿quién me manda sacar ahora á relucir el nombre inmaculado y venerando del hombre de la *Salve*, que tan *desinteresados servicios* ha prestado siempre á la causa de la libertad de España, y á quien ésta debe casi tantos beneficios como al mismo actual fetiche de los progresistas? Si está enamorado de sí mismo, si se adora, si se derrite en su propia contemplacion, motivos tiene para ello. ¿No has leido, lector, su biografía, escrita, segun consta en la portada, por D. Ángel Fernandez de los Rios? *El Jesuita* la leyó y quedó como quien ve visiones, porque está bastante bien escrita, y en ella se adjudica á D. Salustiano el título de valiente. Y, francamente, *El Jesuita* no creia que D. Salustiano fuese tan valiente, ni que el Sr. Fernandez de los Rios escribiese tan bien. ¿Será cierto que es el Sr. Fernandez de los Rios el Plutarco que escribió la vida del ilustre monárquico anti-borbónico, tan condecorado por la última Borbon? Pregúntaselo, lector, á Don Ángel, pregúntaselo:

—¿La vida usted escribió
de D. Salustiano el vano?
—Sí señor, la escribí yo;
dígalo D. Salustiano,
que fué quien me la dictó.

* * *

No encontrando por de pronto, ni en Portugal ni en Italia, postores que pujasen en la indigna subasta de la corona de España, el fetiche de los progresistas, para no descontentar á los que sostienen la candidatura del general Espartero, hizo ver que no tenía inconveniente en aceptar la solucion que le proponian para coronar el edificio revolucionario, y al efecto, con la fe púnica que le distingue, escribió una carta al ilustre Pacificador preguntándole muy á secas si aceptaria la corona en el caso de que la mayoría de la Asamblea Constituyente se la ofreciese. La delicadeza y el pudor no permitia al invicto general dar á semejante pregunta más que una respuesta evasiva, que era precisamente lo que deseaba el fetiche, el cual odia al general Espartero, porque los hombres de las condiciones del fetiche odian á todo lo consecuente y á todo lo que vale más que ellos. Y, para que se vea la mala fe con que procedia el hijo predilecto del bombo, al afectar que deseaba explorar la voluntad del general Espartero, al mismo tiempo que le dirigia su insidiosa pregunta, tenía entabladas, para ofrecer la corona de España á cualquier principillo de Alemania, negociaciones secretas con el gran canciller del rey Guillermo, con el conde de Bismark, que es la zorra más pérfida y más ladina que se ha cobijado nunca en los cobiles de la diplomacia europea.

Digno es de notarse que la negativa del general Espartero era deseada por muchos que estaban de acuerdo con el fetiche y afectaban ser sus enemigos, porque con ella pretendian legitimar un vergonzoso cambio de frente que tenian premeditado.

Entre los supuestos partidarios del duque de Montpensier, habia evolucionistas del mismo género.

¡Y áun habrá quien diga que, á falta de una verdadera revolucion, no es necesaria una reaccion completa para acabar con tanto fariseo!

* * *

No hay que hacerse ilusiones; en medio de la peste de inmoralidad que infesta á España, no puede salvarla más que el triunfo de uno ú otro de los dos partidos extremos. Y uno ú otro triunfará. Todo depende del desenlace de la espantosa guerra empeñada entre Francia y Prusia. Si triunfa Francia, vendrá la república; si triunfa Prusia, vendrá el absolutismo. Por eso nos admira tanto que, sin aguardar este próximo desenlace, el príncipe Amadeo acepte la corona de España, y más aún que la acepte por el sólo voto de una Asamblea de legitimidad harto dudosa, sin hacerlo confirmar por un plebiscito. ¿Qué título aducirá para hacer constar su derecho, cuando el absolutismo ó la república se lo disputen ó se lo nieguen? La herencia? Nó. ¿La voluntad nacional? Tampoco. Y fuera de estos dos títulos, no hay ningun otro valedero para ocupar un trono.

* * *

Del trato clandestino, de la especie de deshonesto contubernio del fetiche con el conde de Bismark, resultó un engendro monstruoso digno de tales padres; el engendro de una candidatura inverosímil, la candidatura del oscuro príncipe aleman Hohenzollern-Sigmaringen, coronel al servicio del rey Guillermo. En el estado de tirantez de relaciones entre Francia y Prusia, semejante candidatura era un reto, era un guante de desafío, era un *casus belli* previsto por el diplomático prusiano, que, debidamente preparado para la lucha, sólo esperaba dar á Francia un pretexto para provocar un rompimiento. Eso no entraba en las miras del fetiche, que es el más míope de todos los políticos, y se echó á buscar reyes cuando vió que era imposible prolongar la interinidad, sin ningun criterio y sin contar para nada con las complicaciones interiores y exteriores á que podria dar orígen la eleccion de tal ó cual candidato. Así es que pidió indistintamente un rey á Portugal, á Italia y á Alemania, y no se necesita decir más para hacer ver los puntos que calza el fetiche en materias diplomáticas.

La candidatura del príncipe Hohenzollern, no obstante haberla este príncipe retirado por órden ó consejo de su papá, ha sido la causa ocasional de una de las más terribles guerras que han ensangrentado el mundo, y esta guerra dura todavía cada vez más encarnizada, y no se sabe cuándo ni cómo terminará, y ha costado ya la corona á un emperador y al Papa el último resto de su poder temporal, y los cañonazos en ella disparados han despertado la pavorosa cuestion de Oriente, que parecia dormida, con lo que se ha paralizado en todas partes la industria y el comercio, no habiendo nacion que no tema verse envuelta próximamente en una conflagracion universal.

Pero *El Jesuita* repite que nada de lo dicho habia previsto el fetiche, el cual no es capaz de ver nada más allá de los entorchados de su manga y de su cortijo de Aranjuez, que le ha costado, nominales ó efectivos, ocho millones, fruto de sus severas economías, y áun así lo tiene casi regalado. Aprèndan á ser económicos los retirados, los jubilados, las viudas, los curas y los maestros de escuela que, á consecuencia de sus despilfarros, están muriéndose de hambre. Si introdujesen un buen órden en la administracion de sus bienes, nadarian en la abundancia, como los neo-polacos que le han salido á la Revolucion de Setiembre.

Habiendo fracasado la candidatura del príncipe aleman, el fetiche recurrió de nuevo al rey de Italia, pidiéndole un monarca con mucha necesidad. Víctor Manuel, que es muy caritativo, se compadeció de nosotros, y consintió generosamente en que uno de sus hijos se dignase hacernos el alto honor de venir á ser nuestro amo. El hijo de Víctor Manuel, á quien éste impuso tan inmenso sacrificio, es el príncipe Amadeo, el cual lo ha aceptado con una resolucion magnánima. Aun no es rey de los españoles, pero ya lo es de los progresistas, ó al ménos éstos así le llaman. Cuando se estampen estas líneas, el príncipe Amadeo ocupará ya probablemente el trono.

* * *

El tiempo se encargará de poner en nuestro conocimiento las complicaciones interiores y exteriores que resulten del extraño coronamiento que se ha querido dar al edificio revolucionario de Setiembre. *El Jesuita* nada bueno espera de semejante acontecimiento, en que la voluntad del país no ha sido consultada, ni ha intervenido en lo más mínimo.

No podemos persuadirnos de que el fetiche de los progresistas, á pesar de su poca perspicacia, no prevea que la elevacion del príncipe Amadeo al trono podrá muy bien ser motivo para que haya la de Dios es Cristo, llevando consigo el gérmen de grandes turbulencias, y tal vez de una guerra civil y hasta de alguna guerra extranjera.

Pero eso qué le importa al fetiche? Si el país no se resigna á aceptar el rey que él le impone, se lo hará tragar á la fuerza, que para eso tiene España carabinas del sistema Berdan, y cañones del sistema Krupp, y ametralladoras venidas de Bélgica, y soldados que hagan funcionar todas esas máquinas filantrópicas. Los gobernantes del dia no miran nunca si tal ó cual medida podrá ocasionar desórdenes, sino si tienen ó nó medios materiales suficientes para reprimir y ahogar en sangre los desórdenes que con sus medidas ocasionen. Y esos hombres se llaman liberales! Tan dignos como ellos son de este título los salteadores de caminos que obligan al pasajero inerme á dar la bolsa ó la vida.

* * *

Lo peor que hay en el negocio es la seguridad que parece tener el fetiche de que con la venida del príncipe Amadeo se consolidará, en lugar de cesar, su demagógica dictadura, tanto más ominosa cuanto que, á más de carecer el fetiche de dotes para dictador, no se halla la dictadura legitimada por las circunstancias que el país atraviesa. Las dictaduras no se levantan nunca á favor de la demagogia, sino contra ella, y ya se ha dicho que la

demagogia reside actualmente en las esferas del poder, en las regiones oficiales.

Las dictaduras son en general el principio de la transicion de las revoluciones á las restauraciones. Suceden casi siempre á las repúblicas cuando éstas no aciertan á resolver algun gran problema social propuesto á la conciencia pública, ó cuando las es imposible sostenerse por falta de virtudes, por falta de patriotistismo, por falta de ciudadanos. Las dictaduras son una exigencia de la paz pública cuando un país, para contrarestar una invasion extranjera ó para hacer cesar las luchas intestinas que le despedazan, necesita concentrar en un sólo poder todos los poderes. Se halla España en este caso? Nó: si despues de la revolucion no se hubiese apoderado del poder la demagogia, el país estaria tranquilo como una balsa de aceite. El cáncer que le corroe es el gobierno, es la dictadura del fetiche.

Ni España tiene un Napoleon, ni la hace falta.

¿Hay, entre la situacion de la España de Setiembre y la de la Francia del 93 y la de la Francia de Febrero de 1848, alguna analogía?

Para hacer frente á la Europa entera coligada contra ella, necesitó la gran Revolucion francesa concentrar todas sus fuerzas, y Francia abdicó su poderosa iniciativa en el primer Napoleon, fundido al parecer expresamente para la mision inmensa y sin igual que le confiaba la Providencia.

Y para que los gérmenes de libertad que en Francia habian nacido se esparciesen por la Europa entera, quiso la misma Providencia que Napoleon fuese un ambicioso, que aspirase á deshacer y á rehacer el mapa, á dar á la nacion que le habia elegido su jefe límites más dilatados, á recorrer victoriosamente todos los países, como único medio que á la sazon habia de generalizar la idea revolucionaria. Napoleon I fué la revolucion misma que en él se hizo hombre, y por eso Napoleon I era en Francia tan popular como la revolucion misma.

Como se explica la popularidad del tio, se explica la popula-

ridad del sobrino. Con Napoleon III, el socialismo se sentó en el trono. Lo que más asombra, sin duda, al fetiche, que quiere parodiar á los dos Napoleones, es la elevacion de éstos al poder supremo, figurándose que la maravillosa combinacion de sucesos y peripecias imprevistas, que ha sido necesaria para colocarles en el trono de la nacion más grande de la tierra por el poder de su iniciativa, ha sido puramente casual, ó que, si en ello ha intervenido la Providencia, ha intervenido sin más objeto que el de encumbrar á dos hombres para favorecer sus intereses personales. Nó; la Providencia no se ocupa de semejantes pequeñeces; la Prodencia no hace de ningun individuo su objeto, sino su instrumento para conseguirlo, y todo, lo mismo lo que á primera vista parece malo que lo que á primera vista parece bueno, es un medio de que ella se vale para lanzar á la humanidad hácia adelante en la senda de sus inmortales destinos.

Á la libertad, dice un gran pensador, todos la sirven, los unos sin querer, y los otros queriendo.

* * *

La abortada Revolucion de Setiembre, que *El Jesuita* califica de estéril, no lo es tanto como á primera vista parece. Los progresistas, para quienes no se ha hecho, pero para quienes ellos creen que se ha hecho, no comprenden que se ha hecho contra ellos. La Revolucion de Setiembre les ha puesto á prueba para arrebatarles sus falsos títulos de honradez y liberalismo, y hundirles para siempre en el cieno del descrédito. Algunos, muchos de ellos, habrán hecho fortuna; pero al partido ya no le levanta ni la bula de Meco. Y al mismo tiempo la Revolucion de Setiembre ha puesto en evidencia los vicios y la nulidad del fetiche, del héroe de relumbron cuya popularidad tan funesta ha sido al país, despojándole de sus falsos oropeles y de su inmerecido prestigio. El cortijo que ha comprado en Aranjuez, por bien adquirido que

sea, es un padron de ignominia que la Providencia le ha obligado á levantarse él mismo; porque el pudor político obliga á los que manejan fondos públicos, no sólo á ser muy puros, sino á parecerlo.

Otro beneficio ha producido la Revolucion de Setiembre. Ha acostumbrado á los espíritus débiles y meticulosos á ciertas voces que ántes crispaban casi todos los nervios. Hoy ya á nadie asustan las palabras más pavorosas.

* * *

Pero volvamos, lector, á Napoleon III, actualmente caido, para explorar los grandes designios de la Providencia.

¿Qué era Napoleon III, ese Napoleon considerado por los liberales como el mayor enemigo de la libertad? ¿No era acaso el producto del sufragio universal, es decir la hechura de la soberanía nacional, ejercida directamente por la universalidad del sufragio? ¿No era acaso el derecho de eleccion que venció y reemplazó al de herencia? ¿Qué importa que se titulase Napoleon III, para presentarse como miembro de una dinastía ya fundada? Eso podia ser un homenaje prestado á la memoria de su tio, pero no podia revelar un propósito, que hubiera sido absurdo de buscar fuera del sufragio universal la legitimidad de su orígen. Era emperador porque habia sido elegido emperador, y, sin negar la validez de su orígen, no podia negar que Francia tenía para sustituir la república al imperio el mismo derecho que habia tenido para sustituir el imperio á la república.

Por medio de la eleccion se puede erigir un trono, pero no fundar una dinastía. Ya ántes lo ha dicho *El Jesuita*. La voluntad de una generacion, que consulta su conveniencia, no puede prejuzgar la voluntad de las generaciones sucesivas, que consultarán tambien la suya, y queda por consiguiente levantada sobre cimientos movedizos una monarquía que se funda en la soberanía popular. Y cuenta que *El Jesuita* se refiere á la soberanía

popular verdadera, ejercida directamente por el pueblo, que es el único soberano. ¡Cuán exenta no estará, pues, de condiciones de estabilidad una monarquía hereditaria erigida por una Asamblea puesta en evidente antagonismo con la voluntad nacional! Si en el mero hecho de sentar como un principio inconcuso, que el pueblo tiene la facultad de darse un rey, se deja sentado que tiene la facultad de quitárselo, un rey que debe su trono al voto de una Asamblea, podrá tambien perderlo por el voto de una Asamblea. Puede darse una monarquía fundada más en falso?

Sépanlo los miopes progresistas, que invocan á la vez la monarquía hereditaria electiva, la omnipotencia parlamentaria y la soberanía nacional. Con todas esas palabras, que rabian al verse juntas, arman un galimatías que no les permite entenderse ni permite que nadie las entienda. La eleccion es incompatible con la herencia; la omnipotencia parlamentaria es incompatible con la soberanía nacional, y la omnipotencia parlamentaria y la soberanía nacional son incompatibles con la monarquía hereditaria. Queriendo monarquía hereditaria, no debieron los revolucionarios de Setiembre derribar la dinastía borbónica. La falta de lógica les matará: ó vendrá la restauracion, ó vendrá la república. Y al decir la restauracion, no quiere *El Jesuita* significar precisamente el príncipe Alfonso ó D. Cárlos de Borbon y de Este, sino cualquiera de los dos, aquel en quien crea la mayoría del país que reside el derecho de sucesion ó herencia.

* * *

Pero volvamos, lector, á la dictadura ejercida por el fetiche de los progresistas, á la sombra de un regente sin atribuciones, sin ninguna razon de analogía que la legitime. Hemos buscado esta razon en el estado de Francia cuando el primer Napoleon y Napoleon III concentraron en sus manos todos los poderes.

Son muchos los que convienen con *El Jesuita* en que, acer-

ralada como se hallaba la república por el socialismo en 1848, sin saber transigir con él, el restablecimiento del imperio era necesario. Pero entre éstos hay algunos que dicen que, por beneficioso que haya podido ser para Francia el restablecimiento del imperio, ha sido funesto para la libertad de las demas naciones. Lo mismo se decia del primer imperio, y, sin embargo, no ha habido acontecimiento en Europa que más haya contribuido á preparar el advenimiento de la libertad general, cuyo triunfo tal vez no se hará esperar ya mucho.

¿No es contribuir eficazmente á la ruina de las instituciones caducas, dar aliento á los retrógrados para restaurarlas, cuando basta tocarlas suavemente para reducirlas á polvo? ¿No es matar un principio, hacer que se exagere mucho, sabiéndose, como se sabe, que todos los principios mueren por el abuso que hacen de sí mismos? ¿No es desacreditar á la reaccion empujarla con el ejemplo, para lanzarla á lo imposible?

Pues todo eso hizo Napoleon III. Francia, que habia ya hallado una fórmula, aunque incompleta, para resolver el problema que la agitaba, necesitaba quietud para trasformarse, y su silencio, como el del gusano encerrado en su capullo, era el que acompaña á todas las metamorfosis. Napoleon III, para que nada interrumpiese el trabajo de trasformacion, impuso silencio á la prensa, impuso silencio á la tribuna, y todos los reaccionarios de Europa dijeron: Abajo la prensa! Abajo la tribuna!—¿Qué más necesitaba la reaccion para desacreditarse?

¡Cuánto se hubiera reido Napoleon III de semejante plagio, si hubiera tenido la conciencia de su obra, que acaso no la tenía, porque los hombres suelen ser instrumentos ciegos de la Providencia! Cuánto se hubiera reido! Ahora mismo vemos que un cualquiera, el fetiche de los progresistas, quiere absorber, porque la absorbió un Napoleon, toda la iniciativa de un gran pueblo, sin tener ningun uso que hacer de su iniciativa á favor del pueblo mismo. ¿No es eso querer ser un César de yeso, un Napoleon de rinconera? ¿No es eso desacreditar el principio de au-

toridad, y hacer, por el contraste, resaltar más y más la bondad de su antinómico?

* * *

El Jesuita, al ver la accion doble que ejercia la política de Napoleon III, política que, aplicada á Francia, reconstituia la sociedad sobre nuevas bases, y, aplicada á otras naciones, desvirtuaba completamente el principio de autoridad, se figuró que la majestuosa sombra del tio murmuraba solemnemente al oido del sobrino aquellas agoreras palabras, que saben perfectamente de memoria todos los que alguna vez se han ocupado del próximo porvenir que está reservado á Europa.

El establecimiento en Francia de una dictadura permanente, disfrazada con la pomposa denominacion de imperio, no habiendo ni la monarquía constitucional ni la república logrado resolver el inmenso problema social que tenía avasallada á la cuestion política, era lógico, era necesario, como era necesaria y lógica la caida de la monarquía constitucional y de la república, porque toda institucion es tarde ó temprano arrollada por la idea predominante que se sale de madre, cuando no acierta á darla un cauce por el cual circule libremente, en lugar de oponerla obstáculos para contener su curso. Lógico y necesario era tambien que la cuestion social, que en definitiva no es más que la cuestion del trabajo, la cuestion del proletarismo, costase á Francia un sacrificio terrible, el sacrificio de la libertad, porque en medio de tantos sistemas contradictorios como se habian inventado para resolver el problema, urgia imponer á todos silencio para dejar obrar á uno solo. Los sistemas se estorbaban mutuamente, y el uno se oponia á la aplicacion del otro.

Por otra parte, no se mejora la condicion de una clase oprimida sino á expensas de las clases opresoras, y éstas, como era natural, oponian á toda reforma, que tendia á hacer más llevadera la suerte de los proletarios, una resistencia tenaz que sólo

podia vencerse ahogando su accion bajo el peso de una dictadura. Con una imprenta libre, con una tribuna libre, los reaccionarios mismos, que allanaron á Napoleon la senda del imperio, le hubieran impedido adoptar la política marcadamente socialista á que debió todo su prestigio entre las clases trabajadoras. ¡Fenómeno singular! Luis Bonaparte suprimió la libertad de imprenta y de tribuna para privar principalmente de ellas á los que más enemigos eran de dichas dos libertades.

* * *

En el seno de la monarquía de Julio se desenvolvió visiblemente el embrion del socialismo. Se desenvolvió al calor de la libertad constitucional, cuyos defensores no creyeron que llegase á tomar nunca grandes proporciones. Los doctrinarios se reian desdeñosamente de las teorías socialistas, y el mismo Luis Felipe se complacia en su propagacion, porque, consideradas por él como irrealizables utopias, como elucubraciones que no tienen más objeto que dar pruebas de ingenio, como pasatiempos filosóficos que no aspirarian á pasar nunca del terreno de la especulacion al de la práctica, le gustaba que por su medio se distrajese la atencion pública de las cuestiones políticas, que la tenian demasiado absorbida. Luis Felipe no temió nunca al socialismo, que nunca tomó por lo serio; no temia más que á la república.

Bajo la república, el socialismo acabó de desarrollarse. Era una idea que se creyó ya bastante fuerte para ser aplicada; la república quiso luchar contra ella, y sucumbió. El imperio, más prudente, la prohijó, se la asimiló, la hizo suya, y el socialismo se sentó con él en el trono. Miéntras Napoleon III, pensando tal vez, como su tio, en alimentar á la clase proletaria con los despojos de las naciones vencidas, murmuraba á solas: «El imperio es la espada *(l'Empire c'est l'épée),*» para halagar á la clase media decia públicamente: «El imperio es la paz *(l'Empire c'est la paix),*» y al mismo tiempo, procurando por medio de grandes

obras que no faltase pan á los trabajadores, hacía que éstos dijesen: «*L'Empire c'est la paie*,» es decir, la paga ó el salario. No necesito advertir que *épée*, espada, *paix*, paz, y *paie*, paga, son vocablos que se pronuncian en frances de manera que suenan todos lo mismo.

* * *

Dicho queda que la solucion, aunque no más que aparente, del problema social costó á Francia la libertad. En efecto, la libertad era en un principio incompatible con el socialismo, porque éste luchaba con abusos que le hubieran combatido con las armas de la discusion, si no hubiesen estado privados de ellas, y se hubieran opuesto á sus más vastas manifestaciones. Cuando hubo allanado los principales obstáculos, cuando hubo echado algunas raíces en la opinion pública, cuando pudo sin peligro pasar por la prueba de la controversia, él mismo llamó á la libertad para que le auxiliase y le consolidase, y la mision providencial del emperador llegó á su término. La guerra de Francia y Prusia ha sido la causa ocasional, y no la eficiente, de la caida del imperio. El mismo Napoleon III la provocó en desesperacion de causa, sin más objeto que distraer á la libertad, que se le echaba encima para hundir su trono.

* * *

Pero de que Francia se viese obligada, despues de la revolucion de 1848, á sacrificar á la cuestion social su libertad, recurriendo á una ominosa dictadura que empezó en el general Cavaignac y se trasmitió á Luis Napoleon, ¿es lícito deducir que España, despues de la Revolucion de Setiembre de 1868, haya debido sacrificar su libertad á una cuestion social para cuya solucion el dictador que se ha impuesto al país de una manera vergonzante, no tiene la fórmula, ni siquiera ha tratado de buscarla? ¿Acaso los

progresistas y su fetiche, tan ignorantes y superficiales como son, se han propuesto dar solucion á algun gran problema económico, y la libertad se lo impide? Todo lo contrario. Si el bando hoy dominante piensa en España en menoscabar la libertad, no es seguramente para mejorar la condicion de las clases trabajadoras, víctimas, como todas las otras, del parasitismo oficial, sino para oponerse á sus más legítimas aspiraciones.

Para el fetiche de los progresistas, que es quien de hecho ejerce la dictadura, pues un ministro inamovible es un verdadero dictador, deberia ser un fenómeno digno de meditacion y estudio el que ofreció en Francia la opinion pública respecto del jefe que despues de la revolucion de Febrero de 1848 se dió en uso de su soberanía, ejercida directamente, aunque con mucho engaño y mucha presion oficial, por la universalidad del sufragio, más ó ménos insidiosamente consultado. Los legitimistas, los orleanistas y los republicanos moderados, que allanaron á Luis Bonaparte el camino del imperio, los unos en odio á la república, los otros en odio al socialismo, y todos con la esperanza de convertir al elegido en instrumento de sus miras, fueron despues los que le combatieron, y los republicanos rojos, los socialistas, los que tenian á sus jefes condenados al ostracismo ó arrastrando una miserable existencia en los pontones de Cayena, en odio á los legitimistas, á los socialistas y á los republicanos moderados, fueron quienes principalmente le sostuvieron.

¿Quiere esto significar que los monárquicos y republicanos templados se democratizaron, y que se monarquizaron los republicanos rojos y los socialistas? Nó.

Esto quiere decir pura y simplemente que los monárquicos y los republicanos templados, que pensaron hacer del imperio una barca, los unos para pasar de la república á la monarquía de derecho divino, y los otros de la república roja á la república oligárquica, fueron istrumentos del que creian que lo era suyo, y despues, despechados y arrepentidos de su propia obra, se rebelaron contra ella. Trabajaban por cuenta de Luis Napoleon, y creian que

Luis Napoleon trabajaba por cuenta suya. ¡Con qué sonrisas de desden acogieron todos ellos, todos los reaccionarios, aquellas fatídicas palabras del célebre Proudhon: «Socialismo ó cesarismo: no hay más alternativa, no saldreis de aquí. No habeis querido república moderada, conservadora, progresiva, parlamentaria y libre; hé aquí, pues, cómo os habeis encerrado entre el *emperador* y la *social*. Avisad ahora lo que más os plazca, porque, en verdad, si Luis Napoleon cae, no caerá, como su tio, más que por la revolucion y para la revolucion, y el proletario, suceda lo que quiera, se cansará ménos que vosotros.»

¿Cuál era el objeto de la revolucion de Febrero, que, como todas las revoluciones, tenía un carácter esencialmente negativo, porque las revoluciones no se hacen para engendrar una idea en los espíritus, sino para allanar los obstáculos que se oponen á que una idea ya concebida se convierta en hecho? ¿Cuál era el objeto de la revolucion de Febrero, desconocido hasta de los que se empeñaron en conducirla, y que no la supieron conducir, por lo mismo que desconocieron su objeto? Se dice que el socialismo mató á la república. Sí; la mató, porque ella quiso matarle á él; si el imperio hubiera querido matar al socialismo, el socialismo hubiera muerto al imperio.

La revolucion de Febrero, separando de ella la cuestion social, que era la cuestion de fondo, de la cuestion política, que era cuestion puramente de forma, como intentaron hacerlo los republicanos del general Cavaignac, especie de monárquicos que no querian monarca, no tenía ninguna razon de ser; era una revolucion sin causa conocida y sin efecto determinado, porque, bajo el reinado de Luis Felipe, no tenía Francia ninguna desigualdad facticia que hacer desaparecer, absolutamente ninguna. Habiendo el 91 y el 93 pasado por encima de la sociedad el rastrillo revolucionario, no tenía la nacion francesa ningun privilegio ominoso que abolir, ningun yugo afrentoso que sacudir, ninguna cadena pesada que romper; era libre, casi tan libre como lo fué despues bajo la república, y mucho más libre, infinita-

mente más libre de lo que lo fué luégo bajo el imperio, y de consiguiente, al proclamar la república, no pretendia precisamente darse más libertad, sino hallar en una nueva forma de gobierno la fórmula para resolver el problema social que habia pedido en vano á la monarquía.

El general Cavaignac creyó que, para resolver el problema social, la mejor fórmula eran los cañones, y á los proletarios, que pedian á la república *du travail ou du plomb*, les dió plomo y no les dió trabajo. Nunca los empíricos han hecho otra cosa. Los doctrinarios le aplaudieron, porque plagiaba su sistema; le aplaudieron los monárquicos todos, le aplaudieron hasta los republicanos templados, sin que ninguno de sus admiradores adivinase que la causa de todos ellos se ahogaba en la sangre de aquellas espantosas jornadas.

Quien lo adivinó fué Proudhon, quien lo adivinó fué Luis Bonaparte. El general Cavaignac queria la república sin la social, y despues tuvo que resignarse á la social sin la república. La república debia de nuevo restablecerse en Francia, pero sin que la social desapareciese. El imperio fué socialista; Luis Napoleon fué el agente del socialismo; expresó la fórmula superior de la revolucion, y, no cayendo por un accidente imprevisto, sólo podia derribarle el que mejor que él supiera expresarla. Comprendió perfectamente su situacion, su mision, su destino, y halló el medio de asociar su fortuna personal á la aplicacion de inmortales reformas. Por eso fué popular; por eso, cuantas veces interrogó al sufragio universal, éste le contestó con una nueva prueba de confianza.

Los legitimistas, los orleanistas, los republicanos templados, y hasta los republicanos ardientes, que creian con razon que al hombre no le basta pan, como á los perros y á los neo-polacos del progresismo, sino que necesita tambien libertad, combatieron el Imperio. Pero los proletarios haraposos y hambrientos, á quienes Napoleon III proporcionó el bienestar material, que no les dió la monarquía de derecho divino, ni la constitucional, ni

la república de Febrero, trataron al imperio con benevolencia, y Napoleon III reinó por medio de ellos.

Y para contener por medio de la plebe á la clase alta y á la clase media, es necesario alimentarla, como Napoleon I, con los despojos de las naciones vencidas, ó hacerla, como Napoleon III, vivir de su trabajo.

Pero si la libertad sin pan no es suficiente para satisfacer las dobles necesidades del hombre, que es, al mismo tiempo que un sér moral, un sér animal, tampoco es suficiente para satisfacerlas el pan sin libertad, porque el hombre es, al mismo tiempo que un sér animal, un sér moral. Los dos imperios resolvieron la cuestion social, el primero por medio de la guerra, el segundo por medio de la paz. Mas ni el uno ni el otro resolvieron la cuestion política, y en el último período del segundo imperio, aunque el jefe del Estado, transigiendo con la opinion que se le echaba encima, se liberalizaba gradualmente y poco á poco, el pueblo, en las grandes capitales, le dió á entender en todas las campañas electorales, de una manera harto significativa, que empezaba á arrepentirse de haber vendido su libertad, como Esaú su derecho de primogenitura, por un plato de lentejas. Tarde comprendió Luis Napoleon que el pan no basta; y, en efecto, no hay que cansarse, nada prevalece contra la libertad, porque la libertad es el eterno voto, la eterna esperanza, la eterna aspiracion del género humano, y las instituciones sólo son duraderas en tanto que se hallan en armonía con las necesidades del presente y las tendencias del porvenir, y dejan libre el vuelo al genio y á la iniciativa individuales.

Pan y libertad. El pueblo, aunque tenga libertad, pedirá pan miéntras no tenga pan; el pueblo, aunque tenga pan, pedirá libertad miéntras no tenga libertad.

* * *

En España, bajo todas las dominaciones, ha habido siempre falta de libertad y falta de pan; y es lo más chusco que, para privar al pueblo de su libertad, se invocan sus intereses materiales y se le hace entrever un pedazo de pan que nunca llega á su boca; ó, para hacerle olvidar su miseria, se le habla de libertad y se pretende distraer su hambre al són del himno de Riego. No gozan de pan y de libertad sino los parásitos que vegetan en las regiones oficiales. Oiga el pueblo como quien oye llover á esos farsantes que le halagan con promesas, nunca cumplidas, de satisfacer sus necesidades materiales para que no se cuide de las morales, ó *viceversa*.

Sin pan libertades son
ilusion, pura ilusion;
es verdad, tienes razon;
pero ellos no te darán
ni libertades ni pan.

—

Yo de sólo pan no vivo,
y, por tanto, aunque no niego
que es mucho más nutritivo
el pan que el himno de Riego,
si oigo preguntar á algunos:
«¿Qué es libertad con ayunos?»
contesto: «Nada, en verdad;
¿y ayunos sin libertad?»
Y aconsejo á la nacion
que escuche con prevencion
á tanto y tanto chalan,
zacarratin trapalon,
porque ellos no la darán
ni libertades ni pan.

—

Así la cuestion está
colocada en su terreno;
y si quiero, puedo ya
entrar en ella de lleno.

¿Del hombre el duro rigor
celebro yo? Nó, lector;
pero es aumento de penas
llevar con hambre cadenas.
Tal es, biznietos del Cid,
el busilis, tal el *quid*
de los que con tanto afan
hablan de pan; advertid
que esos tales no os darán
ni libertades ni pan.

—

De muy cándida no peque
España ya escarmentada:
de su libertad á trueque,
¿qué piensa han de darla? Nada.
Y pues nada la han de dar,
no se la deje mermar.
Si, á pesar de ella, se estrella,
más se estrellará sin ella.
Tente, pueblo, tente tieso;
á otro can con ese hueso.
Te hablan de pan con el plan
de hundirte, y tú sabes eso;
sabes que no te darán
ni libertades ni pan.

Las precedentes estrofas, entresacadas de una letrilla antigua, traen á la memoria del *Jesuita* la siguiente moraleja:

EL AVARO Y LOS PUPILOS.

—

Á un pueblo que estaba hambriento
dijo un célebre Don Juan,
que era de Juanes portento:
«Libertad sin pan es viento;
¿quieres viento ó quieres pan?»
Le oye con cierto estupor
un *quidam*; recapacita,
y contesta: «Buen señor,

la libertad se nos quita
para hambrearnos mejor.
Si pudiendo conciliar
dos bienes, de los dos uno
nos forzais á renunciar,
sé que nos quereis dejar,
como podais, sin ninguno.»
¿Pan ó libertad? Pamema,
sutileza de teólogo
viene á ser vuestro dilema;
á esa coyuntiva extrema
por mí conteste un apólogo:

Á pension un avaro tenía
seis buenos muchachos,
que eran todos, segun se decia,
de padres ricachos.
De explotarles, y en eso era listo,
tenía el deseo,
como explotan el nombre de Cristo
las gentes del neo.
Como nunca tener les dejaba
ni un cuarto siquiera,
despertar su codicia lograba
de fácil manera.
Habla siempre de cuanto bonito
de Francia ha llegado;
y ya, al fin, el pueril apetito
teniendo excitado,
«Dos reales, les dice, de plata
tendrá quien no coma;
de reales, muchachos, se trata:
ninguno los toma?»
Y vaciando en la próxima mesa
su bolso de cuero,
á la turba inocente embelesa
con tanto dinero.

Los muchachos ¡qué borricos!

alargan todos la mano;
con dos reales los chicos
se consideran más ricos
que el duque del Sevillano.
Alegres, sin vacilar,
á la comida renuncian,
y empiezan cuentas á echar,
y mutuamente se anuncian
lo que se van á comprar.
«Yo me compraré un morrion.
—Yo un sable.—Yo una tartana.
—Yo un caballo de carton.
—Y yo un fraile con canana
que pida la Inquisicion.»
Al fin y al cabo, tormento
el hambre á darles empieza,
pues son muy pobre alimento
los planes en la cabeza
y en el estómago el viento.
Queriéndose desquitar,
cada cual hambriento aguarda
dé la hora de cenar;
y, para el hambre aumentar,
el avaro la retarda.
Con más ánsia un alma en pena
no aguarda en el Purgatorio
las misas, que ellos la cena;
por fin la campana suena,
que les llama al refectorio.
Mas ¡ay! su paciencia trata
el avaro de apurar
con esta frase que mata:
«Todo el que quiera cenar
dé dos reales de plata.»
Y todos ellos los dan.....
desdichados! qué han de hacer?
de hambre bostezando están,
y el avaro perillan
se rie á más no poder.

«¡Adios, adios mi morrion!
—Adios, sable!—Adios, tartana
y caballo de carton!
—¡Adios, fraile con canana
que pida la Inquisicion!»

No quiere el pueblo, Don Juan,
que riais, cual se reia
de los chicos el chalan;
no quiere decir un dia:
«Adios, libertad y pan.»

* * *

Los que se creen hombres de gobierno, sin más título para legitimar su pretension que la resistencia sistemática que oponen á todas las reformas encaminadas á destruir repugnantes abusos consagrados por el tiempo, y á sacar al país de un *statu quo* insoportable, piden á su ingenio sofismas para hacer ver al pueblo que la libertad es incompatible con su bienestar, y que debe resignarse, para ser feliz, á abdicar su dignidad, y á convertirse en ciego autómata, á obedecer pasivamente.

Y sin embargo, están tan léjos de ser incompatibles la libertad y la prosperidad material, que los pueblos, lo mismo que los individuos, sólo aspiran á ser más ricos para ser más libres, y á ser más libres para aumentar sus probabilidades de riqueza, aumentando los medios de desenvolver ámpliamente sus facultades físicas, intelectuales y morales.

En Francia, lo mismo Luis Felipe que Napoleon III, procuraron, bajo la máscara de una prosperidad material, ménos real que aparente, hacer olvidar al pueblo su libertad, y así le arrastraron al último grado de decadencia moral, que habia de ponerse en evidencia luégo que la patria necesitase de sus degradados hijos la mayor suma de abnegacion posible y el valor propio de los que no se han dejado rebajar, enervar y afeminar por un sibaritismo deshonroso.

Pero España ha llegado al último término de la decadencia moral sin ninguna apariencia de prosperidad material. Ya ántes de la Revolucion de Setiembre, si bien pareció revivir en los breves períodos de mando de la calumniada union liberal, era, entre las que se llaman naciones civilizadas, la más pobre y más envilecida, y ha acabado de envilecerla y empobrecerla la indigna farsa revolucionaria de Setiembre. Presenta al aire libre su asquerosa lepra, sin ningun apósito que la cubra, como esos mendigos que, para excitar la caridad pública, descubren ante los transeuntes sus vicios de conformacion. Tiene la hipocresía del vicio. Se recata ménos que una prostituta de cuartel.

La España con honra es la España de la desvergüenza. El embustero hace alarde de sus mentiras, el apóstata de sus traiciones, el ladron de sus robos. Los diputados, para llegar á las puertas del Congreso, tienen que atravesar numerosas fuerzas del ejército, y el presidente de la Asamblea, con una desfachatez más que cínica, niega que se hayan tomado precauciones militares. Algunos, que se decian republicanos cuando era imposible la república, léjos de temer que el pueblo les eche en cara su defeccion, quieren, para hacerla más patente, constituirse ellos mismos en defensores de un candidato extranjero, que por esta sola circunstancia repugna á la nacion entera. La miseria es extrema; no hay un cuarto ni de dónde sacarlo; se contraen empréstitos y más empréstitos, se hipotecan todas las rentas del Estado, se cobran á balazos las contribuciones que los contribuyentes se niegan á pagar porque son superiores á sus fuerzas y no se cubren con ellas las atenciones públicas, y al mismo tiempo muchos hombres de la situacion, que no tenian ayer dónde caerse muertos, gastan coche, y las cacerías y banquetes se suceden sin interrupcion, y los que se hallan al frente de los negocios, que ántes de la revolucion no tenian más que trampas, hoy tienen posesiones por las cuales bien podria dar todo su reino cualquier reyezuelo de Alemania. ¡Al ménos tuviesen esos esclarecidos varones el pudor y la delicadeza de la urraca que oculta el fruto de

sus rapiñas! La zorra se esconde en su madriguera, el lobo se interna en lo más intrincado de los bosques y el águila busca la cresta más solitaria del monte para devorar su presa. Todos los animales, hasta los más dañinos, dan pruebas, con los medios de que se valen para cubrir las apariencias, de ser más escrupulosos que los hombres de Setiembre. Hasta los perros, cuando cometen algun acto sucio, escarban ligeramente la tierra para tapar la inmundicia.

* * *

Tal es la situacion creada á consecuencia de la Revolucion de Setiembre, situacion de cieno, situacion que podria satisfacer á insectos organizados para vivir en la inmundicia, pero en que un sér racional, moral y decente se asfixia y ahoga por falta de aire respirable.

Tal es la situacion que sostiene, con un poder dictatorial usurpado, el fetiche de los progresistas, rodeándose de séres que valen tan poco como él.

Nos hallamos bajo la férula de un dictador raquítico y enano, y una dictadura es tanto más ominosa cuanto más pequeño es el que la ejerce.

¡Yo siervo de tal señor!
¡yo humilde besar su mano!
Nó! tirano por tirano,
el más grande es el mejor.

Tales son las palabras que el ilustre Lamartine pone en boca de un personaje de uno de sus poemas. Un pueblo puede tolerar una dictadura pasajera, legitimada por las circunstancias, si el dictador se ha impuesto una mision patriótica y se halla á la altura de su salvadora empresa. Se concibe, en medio de la disolucion de la república romana, un César cuyo genio le elevaba cien codos sobre todos los grandes hombres de su época; se concibe á

Robespierre, fanático por una idea, por la cual mataba y estaba dispuesto á morir; se concibe un Danton, que, con tal que se salvase la libertad, no le importaba que su nombre fuese maldito; se concibe un Cromwell, que fué el verdadero protagonista de la Revolucion de Inglaterra, y se hizo árbitro de los destinos del pueblo para salvar su propia obra, medio política, medio religiosa; se concibe un Napoleon el Grande, que hizo desocupar á la libertad el espacio que queria llenar con la gloria de las armas. Hay grandeza en todos esos hombres que se apoderaron de la iniciativa popular para algo más que para satisfacer su vanidad ó codicia; hay grandeza hasta en sus errores, hay grandeza hasta en sus crímenes, porque preside todos sus actos ó una gran fe ó una grande idea. Pero si alguno de ellos hubiese ejercido el poder sin ningun fin trascendental, sin más objeto que el de aumentar el número de sus aduladores, respirar el humo del incienso de unos cuantos turiferarios asalariados, tener unos cuantos lacayos más, poner en la mesa tres ó cuatro principios ó tres cuatro postres en lugar de uno, ¿se ocuparia de ellos la historia? El que aspira á dominar á sus conciudadanos para cazar mucho, para comer mucho, para pagar trampas, para redondearse, para comprar cortijos, no espere el renombre de un César; conténtese con el de un.....

* * *

Lector, para que veas trazada á grandes rasgos y resumida en pocas palabras la historia del pequeño dictador que pesa horriblemente sobre la desgraciada España, porque los dictadores pesan tanto más cuanto son más pequeños, lee el siguiente párrafo de un artículo de un periódico republicano, que excita al pueblo á que, despues de haber gritado «Abajo los Borbones!» grite «Abajo los bribones!» Su excitacion se dirige indistintamente á todos los españoles honrados, cualquiera que sea el partido á que pertenezcan.

«¿Veis, dice, ese soberbio militar, lleno de cruces, entorchados y condecoraciones, sin capacidad, sin títulos ni merecimientos para mandar una compañía en un ejército decente, que ha venido conspirando toda su vida *con todos y contra todos los partidos* y gobiernos; que ha llegado á general promoviendo insurrecciones y revueltas, sin arriesgar nunca su individualidad; que ha sido cien veces apóstata y traidor al pueblo, y que se ha elevado rápidamente por medios tan villanos desde la modesta clase de soldado hasta la más alta jerarquía social, y desde la mendicidad hasta la más insolente opulencia? *Pues ese es un.....*»

Lo que es, el periódico lo dice, y *El Jesuita* no tiene necesidad de repetirlo.

* * *

Con colores tan propios como los que el periódico citado toma de su paleta para pintar al dictador, otro periódico, republicano tambien, pinta la situacion dictatorial por él creada:

El cuadro es el siguiente, del cual *El Jesuita* no tiene más que suprimir el nombre propio del fetiche:

«¿Qué se proponen hacer de España los hombres que la desgobiernan?

»Se asesina conscientemente y como cosa lógica y natural al pueblo que paga lo que no puede.

»Se forman bandas de salvajes porristas que apalean y matan á la sombra de los gobernantes y de la *justicia histórica*, su cómplice.

»Se premia al felon y al traidor de oficio.

»Se favorece gubernamentalmente al perdido y al truhan.

»Se emplea y distingue á los escapados de presidio.

»Se persigue al hombre honrado y al escritor independiente que al poder censuran.

»Se destierra á los militares sospechosos que ayer derramaron su sangre para encumbrar al fetiche.

»Se prostituye á la magistratura y á los tribunales de justicia.

»Se vela la estatua de la ley con el crespon del crímen.

»Se esquilma sin piedad al contribuyente y se le piden humildemente adhesiones para un rey extranjero.

»Se hace odiosa á la guardia civil, haciéndola desempeñar el papel de verdugo del pueblo.

»Se vende la soberanía nacional y se enajena la independencia de la patria.

»Se hace traicion á todo y á todos.

»No se paga á los más legítimos acreedores del Estado.

»Se hacen empréstitos sobre empréstitos, sin dar cuenta ni á las Córtes, cómplices del fetiche.

»Se aumentan los gastos estúpida y asombrosamente.

»Se señala la bancarota, se pisotea el derecho, se escarnece la ley, se insulta á la humanidad y se ultraja á la justicia.

»Y la anarquía administrativa nos envuelve á todos en el caos de tanta calamidad como reasume el nombre del fetiche . . . . .

. . . . . »

* * *

¿Pero extrañan lo que está pasando los periódicos republicanos? ¿Esperaban algo bueno y digno de los que iniciaron la revolucion, y sobre todo de los que se apoderaron de ella? ¿No conocian acaso al fetiche cuando ellos mismos hacian coro con todas las comisiones de aplausos para ensalzarle hasta el sétimo cielo?

Seamos francos. Ellos esperaban que el fetiche les ayudase á plantear la república, como era lógico que se plantease despues de derribada la dinastía secular. No sólo los republicanos, sino que tambien los monárquicos verdaderos, en cuyo número no contamos a los cimbrios ni á los progresistas, que ni son verdaderos monárquicos ni verdaderos republicanos, no sólo, decimos, los

republicanos, sino que tambien los monárquicos verdaderos, debieron desear que sobre las ruinas del trono de los Borbones se levantase la república, porque sólo pasando ántes por ésta se podia llegar á una nueva monarquía con alguna condicion de estabilidad, ó á la restauracion de la antigua. Si la república, puesta á prueba, no hubiera correspondido á las esperanzas que hicieron concebir al pueblo sus partidarios, si hubiese sido impotente para conciliar la libertad con el órden, hubiera caido bajo el peso de su propio descrédito, y el restablecimiento monárquico se hubiera verificado naturalmente. Hasta muchos de los mismos republicanos de buena fe se hubieran entónces monarquizado; pero ántes de someter sus especulaciones á la piedra de toque de la experiencia, era imposible que renunciasen á ellas sin que el hierro candente de la opinion pública señalase su frente con la marca de los apóstatas.

Sí; los que hicieron la Revolucion de Setiembre y los hijos del bombo que de ella se apoderaron, debieron establecer la república, y los republicanos que acariciaban la esperanza de que el fetiche de los progresistas, que rechazaba todos los candidatos al trono que se le presentaban, aceptaria su solucion, le halagaron con una exageracion ridícula para atraerle á su causa. Pero otra era la senda que tenía trazada al fetiche su ambicion desatentada. Su ambicion no es una ambicion de grande hombre. Es, más que ambicion propiamente tal, una vanidad mujeril que le hace codicioso y ávido de riquezas, porque necesita mucho fausto, mucho bullicio y muchos perifollos para satisfacerse. Prefiere tener un distintivo á merecerlo. Más le gusta que se diga de él que es un grande hombre, que serlo en realidad; y si se le condenase á ser más rico que Creso sin permitirle hacer una vana ostentacion de sus riquezas, se moriria más pronto que si se le condenase á hacer el potentado sin tener dónde caerse muerto. No concibe esos caracteres taciturnos y sombríos que trabajan en la oscuridad como las arañas; no concibe á Cromwell, no concibe á Richelieu, no concibe á Felipe II; no le gustan más que los co-

lores chillones y los ruidos fuertes. Más le gusta parecer que ser; se paga de exterioridades. Quiere, sin embargo, darse ínfulas de hábil y profundo, y cree dárselas afectando ocultar un pensamiento que no tiene. Llama destreza á la mentira, y algunos veces parece que se envuelve en las sombras del misterio, como si tuviese en incubacion en su reducidísimo cerebro alguna grande idea. No hay tal idea, ni cabe ninguna grande en su cabeza.

Y no obstante, los republicanos, conociéndole, quisieron atraerle á sus miras, quisieron hacerle entrever la presidencia de la república para excitar su ambicion; pero ésta, como queda indicado, le tenía trazado otro camino, y los que quisieron apartarle de él comprendieron, aunque no tan pronto como hubiera sido de desear, que sus halagos eran inútiles y que perdian miserablemente el tiempo. Entónces cubrieron de merecido cieno el ídolo falso en cuyas aras habian quemado tanto incienso inmerecido.

Dicho sea de paso que tal vez, con el auxilio del fetiche, los republicanos hubieran conseguido establecer la república, tanto más cuanto que los feticistas que hoy blasonan de monárquicos sólo esperaban para republicanizarse que su amo les diese la señal.

* * *

Pero la Providencia ha favorecido á los republicanos, y éstos deberian estar muy contentos de que á raíz de la revolucion no se proclamase la república. ¿Qué hubiera sido la república, teniendo á su frente, como hubiera tenido, á los hombres mismos que han estado hasta ahora al frente de la interinidad, todos con la sangre inficionada por los vicios monárquicos y sin una sola virtud republicana? Ellos, que, siendo monárquicos, han deshonrado la monarquía, ¿cómo, no siendo republicanos, no habian de deshonrar la república? Hoy se diria de la república lo que se dice de la in-

terinidad, la cual no es, como suponen algunos monárquicos, una muestra de lo que sería la república si viniera, ni es tampoco, como suponen algunos republicanos, una continuacion de la antigua monarquía. La interinidad ó la dictadura del fetiche, que es lo mismo, es una especie de bacanal que tiene todos los inconvenientes de la monarquía y la república, sin ninguna de sus ventajas.

Es un desórden, cuyos partidarios no lo son más que á medias; el actual desórden no tiene partidarios decididos.

* * *

Bajo otras situaciones reaccionarias, algunos, á quienes no satisfacia la política dominante, se resignaban á sostenerla para sostener á los hombres que se hallaban á su frente; otros, al contrario, simpatizaban muy poco con esos hombres, pero los sostenian para sostener la política dominante.

Lástima de hombres que no representen otra situacion! decian los unos.

¡Lástima de situacion que no esté representada por otros hombres! decian los otros.

Es decir que habia, bajo otras dominaciones, ministeriales que no eran en el fondo de su conciencia amantes de la situacion, y amantes de la situacion que no eran en el fondo de su conciencia verdaderamente ministeriales, y miéntras unos deseaban que la situacion variase de aspecto sin que cayesen los hombres que se hallaban á su frente, otros deseaban que cayesen los hombres que se hallaban al frente de la situacion sin que ésta sufriese modificacion alguna.

Los unos hubieran abandonado la política dominante desde el momento que la hubiese abandonado el ministerio; los otros hubieran abandonado al ministerio desde el momento que hubiese abandonado la política dominante.

Los primeros eran feticistas, pues feticistas ha habido bajo

todas las dominaciones, aunque bajo ninguna ha sucedido lo que bajo la actual, en que son feticistas todos los que la sostienen.

No hay más voluntad que la del fetiche. Sus sostenedores todos, sin excepcion alguna, han abdicado en él completamente la suya. No son hombres, ni siquiera animales; son ménos que máquinas, son instrumentos para cualquier cosa. Son lo que quiere el fetiche que sean. Si el fetiche diera un paso hácia la república, darian todos un paso hácia la república. Si diera un paso hácia la restauracion, darian todos un paso hácia la restauracion. Y como el fetiche carece completamente de conciencia política y no tiene más objetivo que su propia individualidad, no habia despues de la revolucion partido alguno que no creyese posible atraérselo, y todos lo intentaron porque todos sabian que, atrayéndoselo á él, se atraerian á todos sus partidarios.

* * *

Bajo todas las dominaciones reaccionarias, los partidarios de una situacion lo eran no más que á medias; pero, en cambio sus adversarios lo eran por entero. Éstos hubieran combatido á la situacion dominante aunque hubiese estado representada por otro gobierno, y hubieran combatido al gobierno aunque hubiese representado otra situacion.

El general Narvaez, en el último período de su mando, prohijó la política de D. Juan Bravo Murillo que habia ántes combatido, lo que hizo que la prohijasen tambien todos los feticistas de Narvaez que la habian combatido con él, pero los partidarios de D. Juan Bravo Murillo se lamentaban de que no se hallase éste en el poder hallándose en el poder su política.

Desde luégo era preferible que el gobierno del general Narvaez representase otra situacion, ó que, dada aquella situacion, la hubiese representado otro gobierno.

Todos los liberales hubieran preferido la política anti-reformista que en el primer período de su mando representaba el ge-

neral Narvaez, á la política reformista en sentido retrógrado que personificó Bravo Murillo; pero con la política de Bravo Murillo todos los liberales hubieran preferido Bravo Murillo al general Narvaez.

Despues de tantos años de lucha, no hay en España doctrina, desde la más liberal hasta la que lo es ménos, que no caracterice á una fraccion determinada, ni hay fraccion, cualquiera que sea la doctrina que la caracterice, que no tenga sus jefes reconocidos; y es cuestion, no sólo de lógica, sino hasta de moralidad, que, cuando suba al poder una doctrina, suban al poder los hombres caracterizados por ella. Nada subleva tanto la conciencia como ver en el poder hombres sin sus propias doctrinas, ó doctrinas sin sus propios hombres.

Doctrinas que no suben al poder con sus legítimos jefes, y jefes que no suben al poder con sus legítimas doctrinas, no hacen más que desacreditarse.

El descrédito de la república hubiera sido completo bajo la dominacion del fetiche, como es completo el descrédito de los progresistas y los cimbrios que se alimentan de las sobras y relieves de sus sardanapálicos festines, como completo hubiera sido tambien el de cualquier partido que hubiera personificado su doctrina, para realizarla, en quien nunca ha tenido doctrina alguna.

* * *

Y no fueron sólo los republicanos los que, á raíz de la revolucion, pretendieron crear atmósfera á favor del que habia de ser su verdugo. Tambien los unionistas agitaron el incensario delante del fetiche de los progresistas, y hoy le atacan con no ménos virulencia que los republicanos, que tambien quisieron labrarle una reputacion á expensas de la del vencedor de África y de la del vencedor de Alcolea; con tanta virulencia como los absolutistas y los moderados, que le han atacado siempre, y entre cuyos perió-

dicos se distinguia el titulado *La Gorda*, que es sin disputa el periódico humorístico que se ha escrito con más intencion, con más gracia y más talento en España y fuera de España.

Siente *El Jesuita* no tener á mano ningun periódico absolutista ni moderado para reproducir alguno de los artículos dedicados al fetiche. Todos le tratan á cual peor, pero ninguno peor de lo que merece. Y cuenta que *El Jesuita* conoce al fetiche mejor que la madre que lo parió; sabe toda su vida y milagros; ha sido su idómetro, ha seguido todos sus pasos, desde que, el que es hoy capitan general, era un simple pesetero.

Á raíz de la revolucion, era tal el empeño de los unionistas en hacerse suyo al fetiche por medio de las más exageradas adulaciones, que se dice que los redactores de un periódico unionista, dotados todos de muchísimo ingenio, tenian encargado á los cajistas de la imprenta que, siempre que en el original encontrasen el nombre del fetiche, lo hiciesen preceder de una calificacion honrosa, de la calificacion de valiente, ilustre, hábil, y hasta de la de consecuente y honrado, aunque ellos por descuido, ó por una repugnancia fácil de concebir, por una aversion instintiva á la mentira ó por un escrúpulo de conciencia, la hubiesen omitido en los manuscritos que llevaban á las cajas. Hoy, este mismo periódico trata al fetiche como puede verse en el siguiente magnífico artículo, que no tiene desperdicio:

«Tengamos el valor de confesarlo, ya que tenemos la vergüenza de sufrirlo: hay un hombre funesto en quien se personifican todas las pavorosas desventuras que desde hace dos años devora, en la postracion de la anarquía y de la miseria, nuestro pobre país. Nuestra generacion conoce bien la historia de ese hombre. Hace muchos años que ese hombre se agita, arrastrado por el vértigo de su ambicion, en el seno de la España de la libertad, como una de sus más antipáticas, de sus más aborrecibles figuras. Las épocas dolorosas que marcan en la vida de los pueblos un período de grandes sufrimientos, exhiben y cuentan siempre algunas de esas entidades, representantes del mal, hijas

del acaso, precursoras de la catástrofe, actoras del desastre. La desgracia tiene sus metéoros, sus precursoras encarnaciones, sus señales infalibles en la vida social. No hay en la triste historia de los últimos treinta años un suceso infausto, una temerosa crísis política, un peligro, un daño nacional de difícil reparacion, en los que no figure el nombre de ese repulsivo personaje. Ese hombre es el general.....»

Aquí el articulista cita el apellido del fetiche, pero *El Jesuita* no quiere pronunciarlo. Lo sustituirá, en cuantas ocasiones se presenten, con el de *feliche* ó *hijo del bombo*.

«Bien sabe Dios, prosigue el articulista elocuentísimo, que escribimos estas líneas sin apasionamiento, sin odio, sin premeditacion egoista de ningun género. Bien sabe Dios que es una conviccion profunda, ajena á toda preocupacion mezquina, la que nos inspira estas líneas. Mucho daríamos por no trazarlas. Pero ¿nos es posible hacerlo? Por grande que sea nuestra repugnancia á ensañarnos con una personalidad, ¿es culpa nuestra que la personalidad del fetiche sea en estos gravísimos instantes cuestion de ser ó no ser para esta perturbada sociedad española que rueda de abismo en abismo? Y así es, en efecto. Ha llegado el dia en que el sentimiento público se preocupa honda y aflictivamente, no sólo del pasado de ese hombre, no sólo de su actual situacion al frente de este inmenso desórden, sino de lo que ese hombre puede ser, influir y representar mañana.

»El pasado del fetiche, su historia militar, lo que hasta Setiembre de 1868 fué su vida entera, ¿qué lado grande, qué lado admirable, qué lado respetable nos ofrece? Las aventuras de un soldado de suerte cuya espada ganaron fácilmente todas las dominaciones de la España liberal; el valor personal, siempre dispuesto á las transacciones del interes privado, intermitente á las veces; la iniciativa del oficial ó del jefe calavera, aventurando con negativo y especulativo desden una vida inútil en aras del dios Éxito, ganando y tirando con sistemática irreflexion fortuna tras fortuna, mezclando laureles y orgías políticas con el sibarí-

tico aturdimiento del que nada bueno pierde, del que á nada levantado se encamina, del que á nada memorable aspira.

»El presente del fetiche, su preponderancia en el paréntesis revolucionario que atravesamos, el desarrollo de sus condiciones de hombre de gobierno, los triunfos de su fria astucia sobre las debilidades y las ineptitudes que le han rodeado, la extension de su mirada política sobre el conjunto de ruinas que le ha servido de escabel, la oportunidad de su osadía para aprovecharse del alejamiento, del temor ó del desafecto en que la mayor parte de nuestros importantes hombres públicos se han colocado respecto á una revolucion infiel á sus más importantes promesas, ¿es mejor, es más grande, es más noble, es más respetable, en la esencia, este presente que aquel pasado?

»Para pronosticar el mañana del fetiche tenemos un dato, que él mismo, que su insensatez misma, que su mismo cínico atrevimiento nos ha dado. El país lo sabe. Una monarquía extranjera, una monarquía impensada, inesperada, ajena á todos nuestros sentimientos y á todos nuestros intereses nacionales, va á venir: y esta monarquía se nos la presenta entregándose en brazos de ese hombre que, haciendo abstraccion de cuanto pasa, y clama, y espera en su patria, ha fraguado esa monarquía en su gabinete, en su pupitre. El país lo sabe: el fetiche va á ser indeterminada, indefinidamente, el primer ministro de esa monarquía. Él mismo nos lo ha anunciado en uno de los pocos momentos en que le ha sido preciso arrojar la máscara.

»El país lo sabe: esa monarquía viene engañada; el fetiche le ha hecho creer que él solo es bastante para fundarla y consolidarle; el fetiche le ha hecho creer que somos un pueblo idiota, compacto y unánime en la abyeccion, que aceptaremos sumisos ó indiferentes la solucion por él propuesta, por él buscada; y como, para probarlo así, el fetiche ha enviado á esa monarquía el testimonio de una votacion parlamentaria cuyo secreto se envuelve para el extranjero en la brumosa distancia, esa monarquía viene, bajo la fe del fetiche, á probar fortuna á su lado.

»El país lo sabe: el fetiche no ha querido ni quiere retroceder un ápice en el irritante paroxismo de su desembozada ambicion. Un hombre verdaderamente hábil traeria esa monarquía y se eclipsaria inmediatamente tras de ella, y le diria: «Yo te ampararé tras de la cortina: gobierna con los hombres que pongo á tu lado; utiliza su respetabilidad y su popularidad, puesto que las mias no existen: yo esperaré.» Pero el fetiche no ha hecho, no hace eso siquiera. La monarquía viene á ser desde luégo solidaria, inseparable de ese hombre. Ese hombre cree tener regimientos bastantes, que tiene fuerza y órden público bastantes para consumar descaradamente su obra. Ese hombre parece decir violentamente al país y al mundo entero: «Esto que viene es hechura mia; viene por mí y para mí. Quién puede disputármelo?»

»Pues bien: todavía falta algo para que esa horrible realidad sea un hecho; todavía hay muchas horas disponibles para la dignidad, para la salvacion del país. Abierta y funcionando está la Representacion nacional; todavía no ha sonado en su recinto el juramento constitucional del nuevo rey; todavía las oposiciones, los elementos políticos que en el seno de la Asamblea se oponen á esta miserable, desorganizadora situacion, pueden hacer mucho. Qué pueden hacer? Combatir juntos, combatir sin tregua, combatir por todos los medios que la ley pone en sus manos á ese hombre que ha engañado al país, que ha engañado á Italia, que ha engañado á Europa, que ha engañado á un príncipe digno ciertamente de mejor partidario.

»Hacedlo pues así, oposiciones de la Cámara; secundad así el deseo de la nacion, el ejemplo de la prensa; combatid sin descanso en estos últimos dias de vuestra iniciativa parlamentaria á ese hombre funesto. Ya lo sabeis, ya lo sentís; la monarquía no puede ser en manos de ese hombre otra cosa que el gérmen de discordias, de luchas, de miserias, de sucesos horribles. Ya lo sabeis; ese hombre está muerto para la consideracion pública; no ha habido en nuestros dias impopularidad como la suya; ese hombre no tiene un amigo en ningun rincon de España; ese hom-

bre no cuenta más que con las afecciones transitorias que sus dádivas oficiales mantienen todavía á su lado; mirando alrededor de ese hombre, puede decirse con Maquiavelo que: *questi che lo laudano sono corrotti della fortuna sua;* por ese hombre no late un solo corazon español sano y sincero; ese ministro, ese millonario, ese propietario, ese marqués, ese conde, ese capitan general no tendria un millar de votos en las cuarenta y nueve provincias de España si su continuacion en el poder se sometiese al sufragio.

»Combatid á ese hombre, diputados absolutistas, amantes de la autoridad, porque ya sabeis el impotente escarnio que hacen de la autoridad las manos de ese hombre. Combatid á ese hombre, diputados republicanos, porque ya sabeis que hay manos que convierten la libertad en tiranía. Combatid á ese hombre, diputados unionistas, así los que permaneceis alejados de él como los que habeis votado con él la monarquía en la esperanza de que la monarquía librará al país de su fatal dominacion, porque vosotros, que habeis visto á la monarquía apoyada en un O'Donnell, no podeis querer verla apoyada en semejante enano moral. Combatid á ese hombre, diputados demócratas, porque sabeis que en manos de ese hombre no sois más que el instrumento de un dia. Combatid á ese hombre, diputados progresistas de buena fe, los que nunca le habeis creido digno de vuestra jefatura, porque ya os debe decir el corazon que todas las históricas desventuras de vuestro partido serán nada al lado de las que la ineptitud despótica de ese hombre debe depararle.

»Sí; combatid juntos en nombre de la patria, en nombre de la libertad, en nombre de la tranquilidad pública, á ese hombre; combatidle, oposiciones de la Cámara, olvidando para hacerlo cuanto hoy os separa. Combatidle, derrotadle, acosadle, mostradlo en toda la absoluta desnudez de su desprestigio y de su verdadera impotencia al rey que va á venir. Probad á esa monarquía que el gigante, el organizador, el jefe de partido, el soldado respetado no han existido nunca; que el brazo que se le ofrece al pi-

sar el suelo español es sólo el del esqueleto de un ambicioso; animadle á pasar sobre él; deparadle la conviccion de que, el hacerlo así, será el mejor de sus primeros actos, acaso el único que puede salvarle. En quince, en veinte dias, podeis hacer, diputados independientes, un inmenso, un trascendentalísimo servicio al país: librar á la monarquía que se acerca de la humillante, vergonzosa, disolvente tutela que la espera. Si esa monarquía, despues de vuestra patriótica demostracion, de vuestro salvador esfuerzo, busca esa tutela, entónces tendremos derecho á creer que esa monarquía es digna de su autor, y España sabrá lo que debe hacer.»

Una filípica de Demóstenes, una catilinaria de Ciceron, una diatriba de M. Víctor Hugo contra Napoleon el Chico, no son más contundentes ni están inspiradas por una saña más justa que el artículo que *El Jesuita* acaba de trascribir; y es triste tener que invertir tanta elocuencia en combatir á un sér tan diminuto. Porque el fetiche de los progresistas no es un Filipo, ni un Catilina, ni un Napoleon el Chico, ni mucho ménos. Ni áun moralmente se le puede comparar á los que fueron objeto de la indignacion de tan grandes hombres. Los que merecieron las iras de éstos tenian un pensamiento político que les servia al ménos de máscara para ocultar su ambicion desatentada. ¿Pero qué pensasamiento político tiene el fetiche de los progresistas que sirva de pretexto siquiera á su ánsia devoradora de medro personal? Ninguno, absolutamente ninguno, ni tampoco resplandece en él ningun destello del genio que brilla con frecuencia en la frente de los que han sido azotes de un pueblo y se han hecho acreedores á la execracion póstuma.

* * *

No con ménos energía que los periódicos citados blanden el látigo de su indignacion contra el fetiche de los progresistas los demas periódicos de oposicion al actual desórden de cosas, que

son, con muy pocas y muy poco honrosas excepciones, cuantos se publican en España. Si no son subvencionados todos los periódicos ministeriales, bien puede asegurarse que los que se hallan á su frente están sentados á la mesa del presupuesto. Verdad es que en el mismo caso se encuentran todos los españoles, entre los cuales no cuenta la situacion actual un solo partidario fuera de las regiones oficiales. Todos los que no tienen ó no entreven una credencial la combaten, y no hay nadie, que bien ó mal maneje una pluma, que no quiera dejar consignada en el papel su aversion á la caricatura de Cromwell, que lo ha convertido en caricatura todo, hasta la revolucion y hasta la misma España.

Si se levantase una estatua al fetiche, no habria un sólo hombre en las generaciones venideras que, al pasar junto á ella, no le arrojase una piedra, como los parisienses á la de Perrinet Leclerc.

* * *

Que no hubiesen los republicanos y unionistas hecho el caldo gordo al progresismo neo-polaco; que hubiesen procurado que el pueblo abriese los ojos, en lugar de volver más tupida la venda que se los tapaba; que se hubiesen abstenido de arrojar flores al que por sus antecedentes sólo debia inspirarles antipatías, recelos y desconfianzas, y no tendrian ahora que arrojarle piedras, ó las piedras que le arrojasen causarian en él mayor estrago. Con su mentido bombo contribuyeron á rodearle de un prestigio inmerecido que hasta ahora le ha servido de coraza. ¿Por qué, sabiendo lo que era y lo que podia dar de sí, quisieron hacer de él el instrumento de sus honradas miras? Ni áun para instrumentos han de valerse los hombres de conciencia de los que de ella carecen, ni deben aspirar nunca á un buen fin por malos medios. ¡Cuánto más preferible hubiera sido, para ahorrar á la patria muchas vergüenzas y lágrimas y sangre, impedir al fetiche tomar la posicion desde la cual hostiliza al país, á intentar desalojarle de ella!

Demasiado sabe *El Jesuita* que es tan arriesgado decir la verdad á los pueblos como á los reyes. Demasiado sabe *El Jesuita* que no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oir, y que el pueblo es de esa clase de ciegos y de sordos cuando turba su razon el vértigo del entusiasmo y se encuentra en el parasismo de su fiebre. Supon, lector, que cuando el hijo del bombo hizo en Madrid su entrada triunfal, entre los frenéticos vítores de la muchedumbre, despues de una victoria á la cual no habia contribuido en lo más mínimo, un buen patricio, sin más objeto que conjurar los males que presentia, hubiese dicho á las turbas:

—Ese hombre á quien deificais, ese hombre que es objeto de vuestra apoteósis, no ha prestado nunca á la libertad ningun servicio ni ha corrido por ella ningun riesgo; la ha sacrificado constantemente en aras de su interes personal, y seguirá sacrificándola, porque nada tiene de liberal, tiene mucho de ambicioso, y es ingrato y traicionero por hábito, por cálculo y por instinto. Ahogará la libertad en sangre de liberales, como la ha ahogado otras veces; será capaz, aunque con ménos razon que el conde D. Julian, de entregar la patria á un rey extranjero, de daros un extranjero por amo, y España se empobrecerá á medida que él se enriquezca, y se abatirá á medida que él se encumbre.— ¿Qué crees, lector, que hubieran contestado las turbas al buen patricio cuyos consejos, siendo tenidos en cuenta, hubieran evitado al país manchas de ignominia y torrentes de sangre? Le hubieran llamado traidor, agente de la reaccion, pagado para sembrar cizaña en el campo de la libertad, y se hubiera levantado contra él un *tolle tolle*, y se hubieran improvisado, hubieran nacido allí mismo Partidas de la Porra que le hubieran hecho pedazos. ¿Sabes, lector, lo que es un pueblo entusiasmado, en pleno uso de su apaleadora soberanía?

Pero si la prudencia aconsejaba á los hombres de bien que conocian al fetiche no romper contra él las hostilidades durante el periodo de la calentura popular, su prevision les mandaba no con-

tribuir á levantar el pedestal desde el cual, tan pequeño como es, les mira ahora de arriba abajo. Porque, tomando el pedestal por parte integrante de su figura, se imagina en su necia vanidad que toda la peana es santo. Se cree muy alto porque está muy alto.

Se hace la ilusion de que es un dictador de veras, cuando él de veras no puede ser nada, ni áun rico, por dinero que tenga.

Siempre parecerá una caricatura, caricatura de general, caricatura de hombre de Estado, caricatura de ricacho.

No sabe ser ni áun lo que es.

Siempre en sus parodias parece que se burla de los otros y de sí mismo y del sentido comun.

Sería imposible, ni áun viéndole beber sangre, tomarle por lo serio. Sería un Han de Islandia grotesco y bufo.

Y lo mismo son casi todos los improvisados personajes que le rodean. Casi todos tienen más de polichinelas que de hombres. Si *El Jesuita* los quisiera nombrar, no habria nadie que no dijese que tiene razon.

* * *

El fetiche dictador! Para qué? ¿Para imitar á Napoleon el Pequeño? Es él, acaso, un Napoleon? España es acaso Francia?

Él Napoleon! Ya ves, lector, si hay diferencia del vencedor de Austerlitz al vencido de Sedan! Pues bien, áun es mayor, millones de millones de veces mayor, la que hay del vencido de Sedan al vencido de Reus.

¿Y ese raquítico, ese sietemesino se ha erigido en dictador sin ninguna mira política, sin ningun fin patriótico, sin ninguna necesidad que legitime ó excuse la absorcion por la suya de todas las autonomías individuales, sin más objeto que hacer su negocio y el de la pandilla que trabaja por su cuenta?

Para qué quiere España un dictador?

Las dictaduras nacen cuando hay una grande idea que las re-

clama para su realizacion; cuando la sociedad, presa de las angustias que preceden á los períodos de trasformacion y palingenesia, necesita para salir del mal paso una inteligencia y una voluntad, más poderosas que las otras, que las sinteticen todas.

Querer sujetar á los dolores de un laborioso parto, que otra cosa no eran los dolores de la nacion francesa, lo mismo bajo Robespierre que bajo los Napoleones; querer sujetar, decimos, á los dolores de esa Francia, iniciadora por excelencia, de esa Francia, de quien decia Víctor Hugo á los demas pueblos de Europa: «Mirad su vientre, es vuestra madre; mirad sus pechos, es vuestra nodriza;» querer sujetar á los dolores de un laborioso parto á una nacion infecunda, estéril como España, á una nacion sin iniciativa, que no lleva en su seno el gérmen de ninguna grande idea nueva que deba dar á luz próximamente para que el género humano se la asimile, es exagerar demasiado, es llevar á un extremo demasiado ridículo el espíritu de parodia que caracteriza al fetiche de los progresistas.

* * *

No hay razon para someter á España á una dictadura.

El despotismo nada tiene que hacer aquí; los que lo desean lo desean simplemente como un objeto de lujo, y es un objeto que á todos puede costar muy caro.

El fetiche no tiene nada que dar al pueblo en cambio de la libertad que le quita.

Léjos de darle gloria y pan, el despotismo sólo servirá para acabarle de quitar pan y gloria.

Los españoles no esperamos del fetiche cañones tomados al enemigo para levantar columnas como la de Vendome, ni tampoco un poderoso impulso dado á todas las industrias para que encuentre aplicacion la actividad de los que carecen de trabajo.

No esperemos del despotismo más que despotismo, un despo-

tismo sin objeto, ó, lo que es peor aún, un despotismo con un objeto puramente personal.

Una dictadura, como medio, puede, aunque siempre lamentable, ser en algunos breves períodos necesaria; una dictadura, como objeto, no es necesaria nunca y es execrable siempre.

¡Estamos en plena dictadura, sin ninguna razon ni apariencia de interes comun que la legitime! ¡Estamos en plena dictadura porque sí, y el dictador es un pigmeo!

El pigmeo se ha hecho dictador, no para hacer cesar el desórden de que él es la causa principal, sino para prolongarlo.

Y no con el propósito de hacerlo cesar, sino con la esperanza de que no cese, ha buscado un rey.

Y cree haber encontrado el rey que buscaba, el rey de su conveniencia, aunque puede muy bien haberse equivocado.

Lo veremos, y será pronto.

* * *

Trabajo cuesta convencerse de que pueda haber un rey tan amante del desórden que se eche en brazos de los mismos á que el desórden se debe; pero al mismo tiempo no se comprende cómo un rey, que no deberá su corona más que á una pandilla, podrá no entregarse á ella en cuerpo y alma.

Porque el príncipe Amadeo sabe, tan bien como el fetiche, que el país no le quiere; y por eso, lo mismo que el fetiche, se niega á que su popularidad se someta á la piedra de toque de un plebiscito.

No comprende *El Jesuita* la repugnancia del príncipe Amadeo á consultar el voto del país, porque semejante repugnancia revela empeño en ocupar el trono á pesar de la opinion pública. Este empeño se explica en un rey hereditario, que cree que ha nacido rey, que no debe al pueblo, sino á Dios, el trono que ocupa, es decir que lo ocupa en virtud de un derecho propio, en virtud de un derecho superior á todas las convenciones humanas.

Pero un rey electivo, si carece de la legitimidad que le da la voluntad de la nacion, ¿qué legitimidad puede tener no teniendo la que da la herencia, ni tampoco la que da la conquista? ¿Viene Amadeo á conquistarnos? ¿Viene á hacer de España entera lo que Guillermo de Prusia quiere hacer de la Alsacia y la Lorena? ¿Dónde están sus triunfos?

Y cuenta que *El Jesuita*, que, por razones que lleva ya expuestas, no reconoce ni ha reconocido nunca en la mayoría de la nacion la facultad de fundar una nueva dinastía, ménos áun reconoce esta facultad en la mayoría de una Asamblea. ¡Y con la mayoría, por cierto bien exigua y bien artificial, de una Asamblea que se complace en contrarestar la corriente de la opinion pública, se contenta el príncipe Amadeo! Eso, fuerza es repetirlo, parece inconcebible, y quizás no se haya dado un caso igual en la historia de ningun pueblo.

Hasta Octavio, vencedor de Antonio y Cleopatra, despues que hubo tomado el sobrenombre de Augusto y el título de *princeps*, con que designaba su autoridad suprema, y el de *imperator*, que le permitia disponer de todos los ejércitos, de cuando en cuando se hacía reelegir, y habia necesidad cada diez años de suplicarle que siguiese sobrellevando el peso de los negocios. El mismo Napoleon el Pequeño, no obstante ser hijo del sufragio universal, despues de consentir que se introdujesen algunas modificaciones en su política, apeló nuevamente al voto del país.

Y, en efecto, una dinastía nacida de la voluntad del pueblo pierde sus condiciones de existencia desde el momento que la voluntad del pueblo la es contraria; y por eso, teniendo en cuenta que la voluntad del pueblo es variable, *El Jesuita* ha dicho que una dinastía fundada por el voto popular descansa sobre cimientos inseguros.

* * *

No son las circunstancias del momento las que sugieren al *Jesuita* las precedentes ideas. Siendo él diputado en una Asamblea Constituyente, se sometió á la deliberacion y resolucion de la Cámara el trono y la dinastía borbónica, y se abstuvo de emitir su voto, porque ya entónces tenía la conviccion íntima de que una monarquía hereditaria se puede derribar revolucionariamente, pero legalmente no se puede discutir. Fundar otra, con condiciones de viabilidad, es imposible por medio del voto del país, sea ó nó directo.

Los monárquicos, que saben lo que es y lo que significa una monarquía hereditaria, y no pueden desconocer por tanto que el derecho de sucesion á la corona de España no pertenece ni puede pertenecer más que al príncipe Alfonso ó á D. Cárlos de Borbon y Este, depositaron en la urna papeletas en blanco, cuando en la actual Asamblea se sometió á votacion la persona que debia ocupar el trono, que la revolucion podia derribar, pero que no podia dejar vacante.

Procedieron con lógica, y se colocaron en terreno firme.

No es cierto que, al abstenerse de escribir en la papeleta el nombre del candidato que les merecia la preferencia, les faltase el valor de sus convicciones. Una papeleta en blanco equivalia á una abstencion, y una abstencion equivalia á una protesta.

Los que votaron en blanco, teniendo sin embargo candidato propio, protestaron contra la facultad usurpada de una Asamblea que se permitia fundar una dinastía, crear una monarquía hereditaria, y disponer, al mismo tiempo que de un trono que no era suyo, de la voluntad, que tampoco pertenece á ninguna Asamblea, de las generaciones venideras.

***

Imposible parece que el príncipe Amadeo, siendo un príncipe de sangre real, con la aceptacion de la corona de España, que le ofrece la mayoría de una Cámara, pase por encima de la tra-

dicion monárquica. ¿Cómo no comprende que sin respeto á esta tradicion queda sujeto sin defensa á todos los embates de la opinion pública, naturalmente modificable, á la manera de un buque sin brújula ni timon que se pone á merced de las olas en medio de un golfo tempestuoso?

Porque es verdad, aunque no lo parezca, que el príncipe Amadeo acepta (se cree que incondicionalmente) la corona de España, que le han ofrecido unos cuantos logreros políticos, que son indudablemente los hombres más odiados y más odiosos que hay en el país. Á la hora de escribir *El Jesuita* estas líneas, el príncipe Amadeo se habrá ya hecho á la mar para venir á España; y cuando estas líneas se publiquen, el príncipe Amadeo, en la actualidad rey electo, habrá cumplido con las formalidades que prescribe la Constitucion, y será ya rey de hecho.

Séalo en hora buena. Dios quiera que no le suceda ningun contratiempo, como los que preven los mismos que nos lo traen, entre ellos el consecuente republicano y consecuente monárquico Don Nicolas María Rivero, ministro de la Gobernacion bajo la presidencia del fetiche, de quien se pudiera decir, como del célebre M. Emilio Girardin, que blasonaba de tener ideas fijas, «que, en efecto, cada dia tiene fija una idea nueva en contradiccion con las anteriores.» Pero así se hace el negocio, y *laus Deo*.

¡Dios quiera que el príncipe Amadeo, con sus levantados propósitos y sus actos de reparadora justicia, haga olvidar los vicios de su eleccion á los partidarios del príncipe Alfonso, de D. Cárlos de Borbon y Este, y á los republicanos! ¡Dios quiera que consiga convertir en simpatías los sentimientos repulsivos que, por su calidad de extranjero, inspira á la generalidad de los españoles!

Muy en duda pone *El Jesuita* que el príncipe Amadeo, por mucho que sea su talento, por honrados que sean sus fines y por inquebrantable que sea su resolucion de sacar á España del deplorable estado en que se encuentra, no se haya impuesto, al aceptar la corona, una mision superior á sus fuerzas.

Deberá, ante todo, preguntarse si la monarquía es compati-

ble con la Constitucion que han hecho los mismos que le han llamado, no pudiendo con ella gobernar los mismos que la han hecho; así como el pueblo se pregunta si las libertades que en la Constitucion se consignan son compatibles con los atributos que se confieren al monarca.

Verá que la nacion, á punto de sumergirse en el abismo de la bancarota, necesita hacer grandes sacrificios para salvar su crédito, y no puede hacer ni uno sólo más de los que está haciendo, porque éstos exceden ya en mucho á sus medios y á sus facultades.

Verá que ha de arrojar del poder á los mismos que le han dado el cetro, en cuyo caso tendrá que llamar á los que no querian dárselo, ó, no queriendo valerse de éstos, tendrá que recurrir á los neo-polacos que hoy nos desgobiernan.

Si hace lo primero, se expone á rodearse de consejeros poco adictos.

Si hace lo segundo, quedará envuelto en la impopularidad y desprestigio del neo-polaquismo. Su posicion no puede ser más difícil. Se ha colocado entre Escila y Caribdis.

Tenga ademas en cuenta el príncipe Amadeo que, en las circunstancias actuales, tiene ménos importancia de lo que parece la maquiavélica máxima *divide* y *reinarás*, pues en España las excisiones no impiden nunca que en momentos dados, sin ningun acuerdo previo, sin renunciar nadie á sus principios, los partidos, cada cual por su propia cuenta, emprendan todos á la vez un trabajo de demolicion comun.

* * *

Y este trabajo de los partidos está emprendido desde que el partido progresista se apoderó de la situacion creada á consecuencia de la Revolucion de Setiembre, para falsear y destruir la obra de los que más empuje dieron al movimiento revolucionario.

Y como los progresistas, al mismo tiempo que con su exclusi-

vismo se pusieron en abierta pugna con los elementos liberales, hostilizaron á los partidos que no habian tomado parte en la revolucion, se quedaron solos en el campo, y tuvieron que sostener, sin ninguna ayuda ajena, el choque contra todos los partidos. Los progresistas, que no se levantan nunca del polvo si algun otro partido no les da la mano, caen siempre por la saña con que muerden la mano misma que les ha sacado de su impotencia. No comprenden que es más difícil sostenerse que levantarse, y que, careciendo de fuerza para levantarse, más aún han de carecer de fuerza para sostenerse.

Esta falta de fuerza les hace despóticos en el poder, porque el despotismo es la única fuerza de los gobiernos débiles.

Y su despotismo, que contradice las doctrinas de que hacen alarde cuando están en la oposicion, les vuelve odiosos al país, de suerte que no hay dominacion progresista que en el trascurso de un año no tenga en contra, no sólo á todos los partidos, sino hasta á los indiferentes, hasta á los que no pertenecen á partido alguno.

El general O'Donnell es ya cadáver. Pero si sus manos se han librado de la corrupcion por medio del embalsamamiento, áun podrán verse en una de ellas las impresiones de los dientes del progresismo, cuando se la tendió en 1854 para sacarle del cieno en que se revolvia encadenado é impotente.

Y la huella de los dientes del progresismo, indeleblemente marcada en su mano, podrán mostraros tambien, como premio de su generosidad, el invicto general Espartero y el indefinible brigadier Topete.

Los progresistas son peores que el portugues aquel que ofrecia á un castellano perdonarle la vida si le sacaba del pozo, del cual no podia salir sin su ayuda.

Los progresistas, á la manera de ciertas mujeres que injurian y arañan al que detiene el brazo del marido que las muele á palos, reservan su principal encono para el que tiene el mal gusto de compadecerles y dispensarles su proteccion. Matan, si pueden,

á mojicones al que, hallándose moribundos, les suministra un cordial para que revivan. Si Lázaro hubiese sido como ellos, hubiera azotado á Jesucristo.

* * *

Á propósito de Jesucristo. Muchos son los progresistas á quienes se oye decir que si el Divino Redentor, con sus santas doctrinas de libertad, igualdad y fraternidad, hubiese bajado al mundo en el tiempo en que habia inquisicion, hubiese sido condenado á perecer en las llamas por los mismos que levantaban hogueras en su nombre. Es muy probable; pero no lo es ménos que, si se hubiese hecho hombre expresamente para redimir á los progresistas, éstos le hubieran crucificado, ó al ménos entregado á la *Partida de la Porra*.

Á los progresistas no hay como tratarles á baqueta.

Téngalo presente el príncipe Amadeo, si no quiere que se le suban á las barbas.

No le han de agradecer ningun favor que les haga.

No se deje seducir por los honores póstumos que tributan á algunos eminentes patricios que se titulaban progresistas, cuando habia progresistas que eran todo lo contrario de los progresistas de hoy, aunque como los de hoy habia ya muchos, entre ellos los de hoy mismo. ¿Quién ha sido peor tratado en vida por los progresistas que el célebre Mendizábal, á quien despues de muerto han erigido ellos mismos una estatua? Si Zurbano y Solís no hubiesen sido víctimas de los moderados, lo hubieran sido de los progresistas, porque éstos no transigen con ningun hombre de verdadera abnegacion y de verdadero patriotismo.

Necesitan prohombres como los que tienen ahora. Éstos, que más de una vez les han azotado, son los únicos dignos de ellos.

Y triste es pensar que, por efecto de las circunstancias, podrá muy bien suceder que el príncipe Amadeo caiga en manos de semejante partido. Qué será entónces del desventurado monarca?

* * *

Porque, dicho queda, se ha establecido ya en España contra la dominacion progresista una mancomunacion de esfuerzos que nunca deja de establecerse cuando se la hiere en su independencia ó en sus sentimientos de honra y de decoro. Una mancomunacion semejante ha sido siempre quien la ha salvado hallándose en los extremos más angustiosos, y será tambien quien la salve ahora si el príncipe Amadeo no viene á reinar con el inquebrantable propósito de limpiar inmediatamente los establos de Augias de la situacion dominante.

Se ha producido en el cuerpo social, gravemente enfermo, la sinergía salvadora de que hemos hablado al principiar este largo capítulo. Todas las fuerzas vivas del país han acudido al llamamiento de la patria moribunda, para rechazar la causa morbífica que le ha arrastrado al borde del sepulcro.

Y de que esta sinergía se ha verificado, no puede caber la menor duda. Si alguna duda hubiera, bastarian para disiparla los discursos pronunciados en la Cámara por los grandes oradores de todas las oposiciones, y el lenguaje de los periódicos que combaten la actual situacion, que son casi tantos como los que en España se publican.

Hay incontestablemente una mancomunacion de esfuerzos para derribar lo existente, que es insoportable.

El peligro comun ha hecho comun la necesidad de la comun defensa, bastando el instinto de conservacion de cada uno para romper resueltamente las hostilidades contra el neo-polaquismo, y contra cualquiera que venga á sostener á éste en el poder, desde el cual ha deshonrado la revolucion y ha empobrecido á España tal vez para siempre.

***

La simultaneidad de esfuerzos de las oposiciones de que es España testigo se ha verificado sin ningun acuerdo previo y sin que ningun partido haya arriado ni rollado su bandera, y no se

puede por consiguiente decir que sea una coalicion. Cada partido, incluso el que está formado por los que no pertenecen á ninguno, obra por su propia cuenta, pero todos obran á la vez y sin oponerse recíprocos obstáculos. Se ha convenido tácitamente entre ellos en un armisticio, en una tregua, para no distraer sus fuerzas del objeto que consideran todos como de vida ó muerte, no ya para tal ó cual principio exclusivo, sino para la patria. Cada cual, sin embargo, alimenta la esperanza de levantarse sobre los escombros de lo actual, pero todos prefieren á la permanencia ó prolongacion de lo actual el advenimiento de otra cosa cualquiera. «Ántes que el neo-polaquismo y un rey extranjero que le sirva de pantalla, Alfonso de Borbon, Cárlos de Borbon y Este ó el duque de Montpensier,» dicen para sí los republicanos; y alfonsinos y carlistas y montpensieristas responden: « Ántes que el neo-polaquismo ó un rey extranjero que prolongue su dominacion, la república.»

El Jesuita, respecto del rey extranjero, no dice una palabra, ni sabe aún si le apoyará ú hostilizará, aunque siempre negando á una Asamblea Constituyente la facultad de resolver la cuestion de monarca. Pero, respecto del fetiche y de los neo-polacos del progresismo, confiesa que les considera como la mayor vergüenza que ha podido enrojecer las mejillas de un país abofeteado, y como la mayor de las calamidades públicas hasta ahora conocidas.

Nunca, por consiguiente, habia sido tan necesaria esa sinergía de que espera la patria su salvacion. Si no se produjese con toda la energía que reclaman el patriotismo, la dignidad de todos y la decencia de cada uno, bien podríamos entonar el *consummatum est* y el *de profundis* sobre la pobre España, y no se conseguiria más que aniquilarse en esfuerzos tardíos é impotentes, como los de la desdichada Francia, que, por no haber á tiempo concentrado su accion para combatir á hierro y fuego á los logreros políticos que eran el cáncer que la devoraba, hoy agoniza entre las garras y se ahoga bajo las plantas de despiadados extranjeros.

Esas sinergías, que en España, por su fortuna, se repiten con frecuencia, pues sin ellas habria ya nuestra patria desaparecido del catálogo de las naciones que se pertenecen á sí mismas, en las tremendas y pavorosas crísis que ha atravesado; esas sinergías, cuando tienden á rechazar una invasion ó una influencia extranjera, agrupan á todos los españoles dignos de este nombre alrededor de la bandera nacional, y así se forma espontáneamente un partido que no dura más que las circunstancias que lo han engendrado, pero que, aunque transitorio, miéntras dura es irresistible. Dirigido contra el extranjero, este partido es el partido nacional, es la nacion misma.

Cuando este mismo partido se ha formado para rechazar una dominacion abominable y corrompida, toma el nombre de partido decente. Á la sinergía actual concurren á la vez todas las personas decentes, y tambien todos los que sienten latir en su pecho un corazon verdaderamente español. Es una sinergía que, ántes que se pensase sériamente en la eleccion del príncipe Amadeo de Saboya para venir á ocupar el trono de España, se juzgaba ya necesaria para hacer cesar la asquerosa interinidad que tan del agrado era de los merodeadores políticos y de algunos piojos resucitados; y despues, con la eleccion de un rey extranjero contra la voluntad casi unánime del país, ha tomado un carácter bastante parecido al espíritu de independencia que hizo á nuestros padres reaccionarse contra el hermano de Napoleon, á pesar de sus grandes dotes de gobierno.

* * *

De todos modos, aunque el príncipe Amadeo no hubiera aceptado el trono que le han ofrecido, sin ser suyo, los famélicos que componen la mayoría de la Asamblea Constituyente, todas las personas decentes hubieran mancomunado sus esfuerzos para librarse del fetiche de los progresistas, sin miedo á lo desconocido,

sin cejar ni áun ante la certeza de que en pos del fetiche habia de venir el diluvio.

La mancomunacion de esfuerzos ménos está provocada por las repugnancias que inspira un amo extranjero, el cual amenaza envolvernos en terribles complicaciones internacionales, que por las repugnancias que inspiran los que le han elegido. Se cree, tal vez con fundamento, que el príncipe Amadeo ha aceptado la corona porque así conviene á Italia, y no porque así convenga á España; se cree, lo que es peor aun, que viene á reinar en provecho de un partido y nó de la nacion, y muy grandes cosas ha de hacer para destruir esta preocupacion arraigada en todos los ánimos. Para tener un rey de partido, bien estaba España con Doña Isabel II, la cual se hallaba en mejores condiciones que el príncipe Amadeo para sobreponerse á las exigencias de una bandería determinada. Al cabo, Doña Isabel II, á más de ser reina por derecho hereditario, no debia su trono á una fraccion exigua del país, como se lo deberá el nuevo rey.

España, con la eleccion del príncipe Amadeo, no acaricia la esperanza de que van á terminar sus males, y por eso su eleccion ha vigorizado, en lugar de debilitarla, la idea de una convergencia de todos los esfuerzos para echar abajo todo lo existente. Preciso es convenir en que, condenada nuestra desventurada patria á una perpetua crísis, ha atravesado muchas y muy graves situaciones, pero ninguna tan anómala, tan extraordinaria, tan formidable como la actual, ninguna tan preñada de males para el presente y de peligros para el porvenir, ninguna que más se preste á cálculos tristes y á conjeturas siniestras, y todo porque nunca ha habido en España gobernantes que, como los de ahora, hayan carecido tanto de fe en los principios, ni hayan acumulado tantas pruebas de incapacidad y de impericia.

Todos los hombres independientes y sensatos, á quienes no ciega el espíritu de partido, cualquiera que por otra parte sea el que les merece la preferencia, están conformes en decir que el horizonte político se halla más que nunca encapotado, que nun-

ca como ahora se habia visto la atmósfera tan cargada de electricidad revolucionaria y de electricidad reaccionaria, y todos se preguntan qué reaccion ó qué revolucion es la que se está desenvolviendo, y qué consecuencias las que esta reaccion ó esta revolucion lleva en sus flancos.

El estado del país legitima demasiado la condensacion momentánea de todos los pensamientos en un pensamiento comun; legitima demasiado la sinergía provocada por la necesidad de salir cuanto ántes del lodo en que la España entera se revuelve y se asfixia.

* * *

Hoy por hoy, siendo los alfonsinos más alfonsinos que nunca, los carlistas más carlistas que nunca, los montpensieristas más montpensieristas que nunca y los republicanos más republicanos que nunca, se acuerdan todos ménos del hombre que personifica su causa y de la forma de gobierno que mejor sintetiza sus aspiraciones, que de la necesidad de echar abajo lo existente. Un odio comun, por cierto bien justificado, aduna las voluntades mejor que hubiera podido hacerlo la aceptacion de un mismo credo. Esas sinergías de que en la actualidad nos ocupamos, se diferencian precisamente de la opinion pública, en que ésta tiende á fundar un órden de cosas normal, y ellas se limitan á hacer cesar un estado patológico, si así puede decirse, ó, lo que es lo mismo, á conjurar un peligro de muerte.

Diferéncianse tambien de la opinion pública, en que ésta tiene un carácter permanente y continuo, y ellas un carácter intermitente y transitorio, cesando desde el momento en que ha cesado el peligro ó causa morbífica que las ha provocado. Son como un fenómeno intercurrente, son como un accidente en la vida de las naciones.

Pero no son una manifestacion de la opinion pública, por más que llenen, en circunstancias dadas y hasta cierto punto, el va-

cio que deja en los pueblos la opinion pública, muerta por el espíritu de partido. Esas sinergías no se producen nunca en los países en que hay espíritu público, porque, habiendo espíritu público, son de todo punto imposibles los malos gobiernos que las provocan. Pues qué! Si despues de la Revolucion de Setiembre hubiese habido en España espíritu público, ¿se hubiera victoreado al fetiche de los progresistas, y se le hubiera allanado á fuerza de bombo la senda que le ha llevado á la dictadura, sin haber prestado nunca al país ningun servicio?

Ahora, no habiendo espíritu público, que todo lo puede, que es la vida misma, que es el alma de una nacion, la sinergía, que se ha determinado por efecto de las circunstancias, es natural y justa. Sin ella, se hubiera dicho que España habia perdido el instinto de conservacion de que están dotados hasta los animales de ménos inervacion, de ménos relacion y dependencia entre sus partes, de vida ménos centralizada, de organizacion más homogénea. Sin ella, se hubiera hecho patente que el pueblo español no está formado por un conjunto más ó ménos armónico de partes distintas, sino que los españoles somos como una haz desatada, que cada cual tira por su lado, sin que formemos juntos un todo más ó ménos complejo, y en lo sucesivo, en lugar de decirse que África empieza en los Pirineos, se hubiera dicho que África termina en los Pirineos.

* * *

La escandalosa existencia, é impunidad más escandalosa aún, de esa compañía de malhechores tan célebre bajo la denominacion de *Partida de la Porra*, considerada casi como una institucion y un medio de gobierno por la pandilla dominante, que afecta hipócritamente respetar los derechos individuales, debieron bastar en una nacion honrada para que, todos los que no quieren volver al estado salvaje, formasen lo que se llama un partido decente.

Todos debieron persuadirse de que la policía, tal como está organizada en España, donde su objeto aparente es proteger en el ejercicio de sus derechos á los ciudadanos que no faltan á sus deberes, pero su objeto real no es otro que servir de instrumento ciego á las miras de cualquier gobierno, no habia de servirles de escudo contra ningun género de atentados. Debieron, pues, todos los ciudadanos honrados, en uso de su legítima defensa, mancomunar su accion para rechazar la fuerza con la fuerza. Eso es triste, porque los ciudadanos son los que pagan las contribuciones con que se sostiene la policía, en cambio de la seguridad que se les ofrece; pero, por triste que sea, es necesario. Miéntras sea la policía en manos del gobierno un elemento político, un instrumento de opresion, difícil será que quiera pertenecer á ella ningun hombre que haya recibido cierta educacion; y áun limitando su accion á la persecucion y descubrimiento de malhechores, inspirará casi siempre tanta repugnancia como éstos á la generalidad de los ciudadanos.

Lo que es en la actualidad, despues de haber visto la libertad y desparpajo con que funcionaban los héroes esclarecidos de la *Partida de la Porra* á las barbas de los mismos agentes de seguridad pública, ó sin que los agentes de seguridad pública se les subiesen á las barbas, los habitantes pacíficos de la villa del madroño y del oso, que ántes, al avistar á la luz de un farol el uniforme de un agente de órden público clavado en una esquina, se creian libres de todo percance, procuran evitar el encuentro de aquel funcionario porque no saben si está allí para guardar las espaldas á los porristas.

Y otro tanto sucede con la guardia civil, que, en tiempos de ménos libertad que ahora, inspiraba á los viajeros una confianza absoluta. Ahora, desde que los presos, al ser trasladados de un punto á otro, han dado en escaparse, sin que les sirva de escarmiento el trágico fin de todos los que ántes que ellos lo han intentado, los pasajeros tienen más miedo á la guardia civil que á los bandidos, prefiriendo que los secuestradores les secuestren á que los

guardias civiles les tomen por secuestradores. Porque un *quid pro quo* no es imposible, pues no se sabe que los secuestradores hagan uso de ningun distintivo para diferenciarse de los que no lo son. Cierto es que ante los jueces podrá el inocente hacer constar su inocencia; pero ¿y si le levantan la tapa de los sesos ántes que se le juzgue?

La guardia civil es, sin embargo, una institucion admirable, cuyo prestigio no hubiera sufrido ningun menoscabo si no se la hubiera convertido nunca en instrumento de un partido ó de un gobierno, que son la misma cosa, pues ya se sabe que en España todos los gobiernos son de partido. Exigíanse, á los que querian ingresar en ella, ciertas condiciones de honradez y de buena conducta que sería ridículo pedir á los que vulgarmente se conocen con el nombre de esbirros, destinados principalmente á ejercer sobre todos los ciudadanos un espionaje degradante. Entre las várias moralejas con que *El Jesuita* ha entretenido algunas veces sus escasos ocios, se encuentra la siguiente, que viene aquí como pedrada en ojo de boticario, como una credencial en manos de un consecuente progresista:

SIMILIA SIMILIBUS.

—

Bandidos, cuyas maldades
registrarán con asombro
en sus fastos las edades,
infestaban las ciudades
de una nacion que no nombro.
Los caminos hormigueros
eran tambien de ladrones,
que á todos los pasajeros
quitaban los pantalones
y les dejaban en cueros.
Al ver tanta fechoría,
el rey, que era hombre de pro,
de sensatez y energía,

en organizar pensó
una buena policía.
Se encargó una comision
de formar los estatutos
de la nueva institucion,
y tan difícil mision
desempeñó en diez minutos.
Número fijo de agentes
debia haber, y ser todos
personas casi decentes,
de buenos antecedentes,
buena moral, buenos modos.
Tal condicion al saber,
soltó el rey la carcajada
sin poderla contener,
y exclamó: «¿Qué van á hacer
con tal policía? Nada.
Echéme unos consejeros,
cabezas de calabaza,
que pretenden ¡majaderos!
que inofensivos corderos
vayan de lobos á caza.»
Mala idea fué en efecto;
no queriéndose alistar
nadie de corazon recto,
se tuvo que reformar
el primitivo proyecto.
Se quitó la condicion
de honradez, y en un instante,
sin más que esta supresion,
no quedó ni una vacante
para tanta pretension.
Pronto cesaron los robos;
pero, aplaudiendo el buen fin,
sentian los hombres probos
que se pusiera á los lobos
la carlanca del mastin.
Supo de buena manera
la policía taimada

echar la red barredera,
tanto, que la chusma entera
se trajo de una redada.
Habia entre tan vil lodo
bandidos de gran calibre,
que, atados codo con codo,
iban ya estudiando el modo
de volver al aire libre.
En la cárcel ejercia
sobre ellos la policía
una vigilancia extrema,
que ellos burlaron un dia
con no sé qué estratagema.
Al alcaide sobornaron,
y al centinela, que alerta
siempre estaba, asesinaron,
y en seguida se marcharon,
despues de atrancar la puerta.
Ya de sus operaciones
están de nuevo en el centro;
y se fugaron ¡bribones!
dejando á los guardias dentro
cogidos como ratones.
Al rey contó su valido,
que era, al parecer, un alma
de cántaro, lo ocurrido,
y el rey contestó con calma,
poco ó nada conmovido:
—«¿Con que en la cárcel está
la policía, y allí
los que estaban no están ya?
Pues bien, dejémoslo así;
unos ú otros, ¿qué más da?
—Pero, señor, ¿estaremos
sin policía?—el privado
exclamó.—Ya la tendremos.
—Y ¿cómo?—La formaremos
con los que se han escapado.»

* * *

Volviendo ahora, lector, á nuestro tema, convendrás con *El Jesuita* en que los atentados de la *Partida de la Porra*, que han quedado impunes, no obstante ser tan repetidos, debian por sí solos provocar una reaccion de todas las personas decentes contra el poder que no queria ó no sabía castigarlos ni evitar su reincidencia.

La *Partida de la Porra* fué en realidad una poderosísima causa de la sinergía que se ha producido, agregándose á ella otras concausas que reclamaban el concurso de todos los órganos sanos del cuerpo social, para conjurarlas ó removerlas.

Las ilegalidades cometidas por el gobierno, las esperanzas del país defraudadas, la improvisacion de fortunas de altos y pequeños funcionarios, que ha coincidido con la alarmante progresion de la miseria pública, cada dia más aflictiva, la estudiada provocacion del poder á los partidos hostiles, colocándose fuera del terreno legal para sacarles de él y tener el gusto de abrumarlos bajo el peso de la fuerza bruta, eran otras tantas amenazas que, amén de otras muchas que sería prolijo enumerar, ponian á la sociedad en el caso de mancomunar todas sus fuerzas contra el bando dominante para salvarse á sí misma.

Y entre tantas concausas, la más eficaz era, sin duda, la mala gestion de la Hacienda, confiada á Dulcamaras, charlatanes y farsantes que no han hecho más que agravar el mal estado en que la dejaron las administraciones anteriores á la Revolucion de Setiembre, á las cuales ellos mismos habian combatido *totis viribus* desde los bancos de las oposiciones. Y despues, puestos á prueba, no hicieron más que exagerar los errores y vicios de anteriores sistemas, introduciendo en ellos innovaciones más funestas que los sistemas mismos. Pero en la esencia sus planes rentísticos eran y son los de todos los ministros de Hacienda que ha habido en España. Ninguno de ellos hasta ahora ha demostrado para salir del paso un talento superior al del peluquero Estéban, de cuya conducta en el manejo de sus intereses se hizo cargo *El Jesuita* en las siguientes mal hilvanadas coplas:

EL CÍRCULO VICIOSO.

—

Dame un consonante en ábana,
¡oh lector! y aprenderás
la pata á no estirar más
de lo que alcanza la sábana.

Estéban, mi peluquero,
que es original sin copia,
no teniendo casa propia,
tiene que tener casero.
Y en los tiempos infelices
á que han los hombres llegado,
tenemos todos montado
el casero en las narices.
No conozco un inquilino
á quien, de su casa el dueño,
no venga á turbar su sueño
como la sombra de Nino.
Tener casa y tener coche
son dos deseos que llevan
á mi peluquero Estéban
á trabajar dia y noche.
Trabajando como diez,
y á fuerza de economía,
espera poder un dia
ser él casero á su vez.
Y, en efecto, bien ó mal,
rapando, descañonando,
pelo y más pelo rizando,
logra juntar un caudal.
Y no pudiendo dar tregua
al logro de su deseo,
compra, aunque de lance y feo,
un tílburi con su yegua.
Y ve un solar que le gusta
en una calle del centro,
y va del dueño al encuentro,
y en un santiamen lo ajusta.

Mas, como es tan majadero,
en la compra del solar,
áun ántes de edificar,
gasta el último dinero.
La yegua de buena alzada
era y de color de perla,
pero tuvo que venderla
para comprarla cebada.
Y ya, sin yegua á quien dar
la cebada, ésta vendió
para, con lo que sacó,
la yegua otra vez comprar.
Y así se está, haciendo el oso,
Estéban desventurado,
perpetuamente encerrado
en un círculo vicioso.
El más topo ve á la legua
que no ha de adelantar nada:
ó la yegua sin cebada,
ó la cebada sin yegua.
¿Y con el solar, qué pasa?
¿qué hace Estéban del solar?
¡Lo tiene que enajenar
para levantar la casa!
Mas como, sin aquél, ésta
ha de quedarse en proyecto,
y lo enajena en efecto
por ménos de lo que cuesta,
lo ha de comprar nuevamente,
lo vuelve luégo á vender,
y lo vuelve á poseer
y así sucesivamente.
Y como en esos manejos,
que debieran darle grima,
va pagando alguna prima,
porque da con perros viejos,
sus fondos sufren gran baja,
y emigran las amarillas,
fruto de sus tenacillas,

sus tijeras y navaja.
¡Pobre peluquero mio!
se encierra en círculo estrecho,
y al romperlo en su despecho
ya tiene el bolso vacío.
Y hasta entónces no conoce
que está pobre, cual le veis,
porque quiso hacer con seis
lo que requeria doce.
Tal fué su error. Sin embargo,
si, como un gobierno, hubiera
sobre un tributo cualquiera
podido hacer un recargo,
veríais que, aunque estupenda
hoy os parezca su maña,
es la que gasta en España
cualquier ministro de Hacienda.

* * *

Al ménos perspicaz se alcanza que, el que tiene apénas lo indispensable para subvenir á sus más imprescindibles necesidades, ha de reducir sus gastos á la satisfaccion de éstos, si no quiere marchar rápidamente á su ruina.

Pero esto, que lo comprenden los más topos, no lo comprenden los que se llaman hacendistas, en cuyo concepto es un absurdo establecer analogías entre la gestion de los intereses particulares y la de los intereses públicos.

Toda su ciencia se reduce á buscar pan para hoy y hambre para mañana, á destapar un agujero para tapar otro, sin más sistema que el de trampa adelante.

Miéntras haya quien preste, por gravosas que sean las condiciones, no hay ministro de Hacienda que se asuste.

Contratando empréstitos onerosos, aumentando los intereses de la deuda hasta llegar á la bancarota, imponiendo nuevos tri-

butos que se arrancan á bayonetazos á los esquilmados contribuyentes, sacrificando, en una palabra, el porvenir del país á la necesidad de salir del paso para vivir un dia más, no hay nadie que no sepa ser ministro de Hacienda.

Pero de ninguno de ellos se exija que subordine el presupuesto de gastos al de ingresos y que mida las fuerzas del país ántes de disponer de ellas. Un buen gobierno, como los del dia, no mira nunca cuánto puede pagar la nacion, sino cuánto tiene él que gastar. Administrar la Hacienda pública como un hombre de buena conducta administra la propia, sería resignarse á no gastar más que lo que se tiene para no llenarse de deudas.

* * *

El gobierno de una nacion no puede prescindir de ciertas superfluidades para fachendear y darse tono.

Por pobre que una nacion sea, no ha de consentir que los que la representan en el extranjero carezcan, para *representarla dignamente*, de los medios de que disponen los representantes de las naciones más ricas, y preciso es, aunque arda Troya, asignarles sueldos que serian suficientes para mantener millares de familias que perecen en la miseria.

Por pobre que una nacion sea, no ha de consentir que ciertos altos funcionarios, que se rozan continuamente con los ministros, y la mujer y los hijos de dichos funcionarios, paseen á pié por el Prado y por la Castellana, ó tengan que distraer de cuando en cuando una peseta de su asignacion *escasa é insuficiente* para tomar un coche simon, lo que sería una deshonra indigna de la España con honra. Las naciones son como los grandes aristócratas, que, aunque estén tronados como arpa vieja, han de sostener el esplendor de la casa. Pues no faltaba más! ¿No es preferible llenarse de deudas á suprimir el coche?

* * *

Las economías deben hacerse por otro lado. Á un señoron muy encopetado, pero muy despilfarrador, cuyas rentas, aunque muy pingües, eran muy inferiores á sus prodigalidades, su mayordomo le advirtió que, si no reducia considerablemente sus gastos, su ruina no se haría esperar mucho.—¿He de reducirme aún más de lo que estoy? dijo para sí el señoron, que se quedó solo despues del aviso. Y empezó á reflexionar acerca de sus gastos, sin que ninguno le pareciese superfluo.—No se sientan á mi mesa, se dijo, más que doce convidados. No almorzamos más que seis platos fuertes, y la comida se reduce á tres sopas, veinte principios y otros tantos postres, con su correspondiente champagne y otros vinos generosos. Verdad es que muchos dias el almuerzo y la comida se quedan íntegros para los criados, porque, para variar, me voy con mis amigos á la fonda. Lo que es de la comida no puedo cercenar nada; mi sobriedad me hace casi parecer tacaño. Tampoco puedo disminuir el número de criados; no tengo más que ochenta. Podria dejar de jugar, pero eso sería hacer un papel ridículo. Ademas, yo no soy un verdadero jugador; juego al monte de cuando en cuando, pero por lo regular juego al tresillo á cuatro reales el tanto, lo que es un pasatiempo inocente, que no puede arruinar á nadie. Más caras que el juego me cuestan las veinte queridas que mantengo, sin contar alguna excursioncilla que, como es natural, me permito de cuando en cuando fuera del círculo de mis habituales amigas. ¿Qué ménos ha de tener uno que veinte queridas? Por este lado no se me puede imputar ningun exceso. Podria disminuir el número de mis coches; ¿pero cómo, si no tengo más que trece, con sus correspondientes troncos, cocheros y lacayos? El administrador me aconseja que alquile algunos de los palacios que me reservo para mi uso particular. Qué barbaridad! no me reservo más que cuatro! Tambien dice que gasto demasiado en cacerías y francachelas, y viajes al extranjero y otras diversiones, de que no puede prescindir ninguna persona decente. Bastante hago en no abonarme por temporadas más que á un palco en cada teatro, donde no voy nunca.

Se querrá tambien que castigue por este lado el presupuesto? Nó, no puedo introducir la menor reforma en mi género de vida, que no puede ser más metódico. Pero sí, puedo introducir una; se me ocurre una idea.....

Interrumpió su soliloquio el mayordomo, que se presentó de nuevo para preguntarle si habia pensado en las economías que podrian adoptarse.—Pues yo lo creo! respondió el señoron; soltemos el canario.—El canario! para qué? exclamó el mayordomo con asombro.—Gasta, replicó el señoron, ese animalito, que no sirve para nada, dos cuartos de alpiste todas las semanas, que podemos muy bien ahorrárnoslos. Ademas, despediremos al limpiabotas, y me limpiaré las botas yo solo.

* * *

Del mismo género que las del señoron son las economías que de cuando en cuando introducen los ministros en sus respectivas dependencias para salvar la Hacienda. No les hableis de suprimir en la administracion ruedas inútiles, ni de licenciar el ejército, ni de declarar la Iglesia independiente del Estado, con cuyas medidas se producirian economías verdaderamente sensibles. Ellos creen haber obtenido las suficientes con suprimir unas cuantas plazas de cinco ó seis mil reales, ocupadas con frecuencia por infelices que, con tan mezquino sueldo, mantienen á su madre desvalida. Y siempre suelen redundar las supresiones en perjuicio de los más necesitados, porque, por regla general, son los que más carecen de favor. No hay cuidado que dejen nunca cesante, por ser innecesario su destino, al que es hijo ó sobrino de un diputado ó de un alto funcionario, y que sólo quiere el sueldo para guantes y cigarros.

Y al mismo tiempo, los que por vía de economías suprimen dos ó tres plazas de cinco ó seis mil reales, crean otras de treinta mil para favorecer á tal ó cual pariente ó amigo.

Cuéntase de un ministro que, pocos dias despues de haber to-

mado posesion de su cargo, supo que habia presupuestada en su Ministerio una cantidad de un real diario que se invertia en cordilla para los gatos. Se escandalizó, y exclamó haciendo mil aspavientos:—¡Así no es extraño que el déficit vaya cada dia en aumento! Pobre nacion! cuánto despilfarro!—Y llamó á un portero, y le mandó echar inmediatamente á los zapirones, que eran cuatro gatazos que parecian borregos, de los cuales el que ménos llevaba ya tres años en su destino, desempeñándolo con celo, lealtad é inteligencia, á juicio de todo el mundo menos de los ratones y ratas, á quienes la medida económica del ministro volvió sin duda decididamente ministeriales. Los cuatro beneméritos empleados de raza felina quedaron cesantes; pero el ministro no tardó en comprender que, no habiendo gatos, todas sus dependencias se llenarian de roedores, que producirian en ellas grande estrago, sobre todo en la biblioteca y el archivo, por lo que, para custodiar los papeles, creó un nuevo empleo de doce mil reales, que confirió á un antiguo criado suyo. Así son las economías que se hacen en España.

* * *

Pero digamos, en honor de la verdad, que hoy no hay ya sistema alguno de economías que baste á sacar al país del deplorable estado en que se encuentra. Ni la supresion de numerosas dependencias, como lo aconseja la necesidad de simplificar la tramitacion de los negocios, ni el licenciamiento de todo ó casi todo el ejército, dejando únicamente en pié los cuerpos facultativos y el cuadro de oficiales, ni la abolicion de toda iglesia oficial, que es absurda no siendo oficiales las creencias, nos librarian de la bancarota. Nos hubieran librado de ella algunos años ántes, pero ahora es ya tarde. Aunque se suprimiesen todos los gastos del Estado, absolutamente todos, y se impusiesen á los contribuyentes dobles sacrificios, no habria lo suficiente para pagar todos los intereses de la deuda que se ha contraido con los empréstitos

leoninos contratados en el extranjero. España de hecho no es ya dueña de su territorio; tendria que entregarse toda entera para pagar su deuda.

* * *

En el abismo espantoso á que fueron encaminando el país los despilfarros de las administraciones de la última Borbon, y en que le han hundido, sin esperanza alguna de salvacion, los revolucionarios de Setiembre, justo y muy justo era que contra éstos fulminasen sus iras todos los buenos españoles.

Ya que no sea posible salvar la patria, húndanse con ella los que han consumado su ruina.

Tal es hoy el deseo general, tal la reaccion que se ha producido, espontánea é indistintamente, en todas las clases de la sociedad, contra el neo-polaquismo progresista.

* * *

El mal estado de la Hacienda fué quien principalmente excusó el pronunciamiento de Setiembre de 1868; el mal estado de la Hacienda, á los dos años de haberse verificado el pronunciamiento, excusa una contrarevolucion ó una nueva revolucion, que no se sabe cómo se llevará á cabo, pero que se llevará á cabo por el general descontento.

Demasiado sabe *El Jesuita* que el mal viene de muy léjos, y que no toda la culpa del mal estado de la Hacienda la tiene la situacion creada á consecuencia de la sublevacion militar de Setiembre.

España ha sido siempre la peor administrada de todas las naciones, inclusa Italia.

Ya en 1639 el inmortal Quevedo escribió á Felipe IV un memorial notabilísimo, del cual se permite *El Jesuita* exhumar algunos fragmentos que, á no indicar la fecha y el nombre del au-

tor, parecerian inspirados por el aflictivo estado en que el país actualmente se encuentra. Hé aquí cómo se expresa el príncipe de nuestros poetas y filósofos:

«Católica, sacra y real majestad,
á quien en la tierra Dios hizo deidad,
un anciano pobre, sencillo y honrado
humilde os invoca y os habla postrado.
. . . . . ,
Cuando aquí lloramos con tristes gemidos,
sin llegar las quejas á vuestros oidos,
mal oireis, señor, gemidos y queja
de las dos Castillas, la Nueva y la Vieja.
Alargad los ojos, que la Andalucía
sin zapatos anda, si un tiempo lucía;
aquí viene el oro, y todo no vale;
¿qué será en los pueblos, que es de donde sale?
La arroba menguada de rupia y de hez
paga siete reales y el aceite diez,
ocho los borregos por cada cabeza,
y las demas reses á rata por pieza.
Hoy viven los peces ó mueren de risa,
que no hay quien los pesque por la grande sisa;
en cuanto Dios cria, sin lo que se inventa,
de más que ello vale se paga la renta.
Á cien reyes juntos nunca ha tributado
España las sumas que á vuestro reinado,
que el pueblo doliente llega á recelar
no le echen gabela sobre el respirar.
Aunque el cielo frutos inmensos envia,
estéril le invade nuestra carestía;
el anciano pobre y el buen caballero,
si enferman, no alcanzan á pan y carnero.
Perdieron sus fuerzas pechos españoles,
porque se sustentan de tronchos de coles;
si el despedazarnos acaso barrunta,
valiendo dinero lo admite la junta.
Familias sin pan y viudas sin tocas
esperan, hambrientas y mudas sus bocas;

ved que los pobretes «solos y escondidos,»
callando os invocan con más alaridos.

Un ministro en paz se come de gajes
más que en guerra pueden gastar diez linajes;
venden ratoneras los extranjerillos,
y en España compran horcas y cuchillos.

. . . . . .

Más de mil nos cuesta el daros quinientos;
lo demas nos hurtan para los asientos.

Los que tienen puestos lo caro encarecen,
y los otros plañen, revientan, perecen;
no es buena grandeza hollar al menor,
que el polluelo tiene á Dios por tutor!

En vano el Agosto nos colma de espigas
si más lo almacenan logreros que hormigas;
cebada que sobra los años mejores
de nuevo la encierran los revendedores.

El vulgo es sin duda ladron homicida,
burla del castigo, da coz á la vida:
—¿Qué importan mil horcas, dice alguna vez,
si es muerte más fiera hambre y desnudez?—

Los ricos repiten por mayores modos:
—Ya todo se acaba, que hurtemos pues todos;
perpetuos se venden oficios, gobiernos,
que es dar á los pueblos verdugos eternos.

. . . . . .

Consentir no pueden las leyes reales
pechos más injustos que los desiguales;
ved tantas miserias, yo las he cifrado,
teniendo más costa que el papel sellado.

. . . . . .

Todos somos hijos que Dios os encarga,
no es bien que cual bestias nos mate la carga;
si guerras se alegan y gastos terribles,
las justas piedades son las invencibles.

Madrid á los pobres pide mendigante,
y en gastos perdidos es Roma triunfante;
al labrador triste le venden su arado

. . . . . .

La fama ella misma, si es digna, se canta;
no busca en ayuda algazara tanta;
contra lo que vemos quieren proponernos
que son paraísos los mismos infiernos.
Las plumas compradas á Dios jurarán
que el palo es regalo y las piedras pan.
Vuestro es el remedio; ponedlo, señor;
así Dios os haga de grande el mayor.

* * *

Más de doscientos treinta años han trascurrido desde que el célebre D. Francisco de Quevedo y Villegas escribió su memorial, cuyo interes de actualidad es tan patente que, si hoy se imprimiese sin fecha y sin nombre de autor, pareceria dictado por las circunstancias del momento.

En él, sin embargo, se llama al rey majestad católica, sacra y real, divinizada por el mismo Dios, porque está escrito en una época en que el derecho divino de los reyes era como un artículo de fe. Por lo demas, si el gran Quevedo viviese en nuestros dias, podria presentar su memorial al rey que venga, sin quitar de él un punto ni una coma. Tan en lo justo estaria ahora como estuvo entónces, si, al levantar el apósito que cubre las llagas de la sociedad, dijese: «Cuando aquí lloramos con tristes gemidos, sin llegar las quejas á vuestros oidos.» ¿Habria ya entónces camarillas colocadas entre el pueblo y el trono para impedir que llegasen á éste las quejas que á aquél arrancaban sus esquilmadores?

Lamentábase el poeta, como con no ménos razon pudiera lamentarse ahora, de los enormes tributos que pesan sobre los artículos de primera necesidad y sobre todos los productos de la industria:

«en cuanto Dios cria, sin lo que se inventa,
de más que ello vale se paga la renta.»

Se ve bien que tampoco los hacendistas de aquellos tiempos, que tan de ménos echan los partidarios del pasado, reparaban en medios para sacar dinero:

«Si el despedazarnos acaso barrunta,
valiendo dinero lo admite la junta.»

Aunque en tiempo de Felipe IV los pobres, por pobres que fuesen, no eran tan pobres como los de ahora, porque no era la vida tan horrorosamente cara, no se habian creado tantas necesidades, ni habian tomado tan formidables proporciones la ostentacion y el lujo con que ahora se velan y doran delante de los príncipes los infortunios del pueblo, la verdadera miseria pasaba, como ahora, desapercibida, sin turbar las alegrías de los satisfechos; se ocultaba en el fondo del hogar, y se quejaba silenciosamente:

«ved que los pobretes, solos y escondidos,
callando os invocan con más alaridos.»

Tambien entónces se improvisaban capitales, y con ellos se adquirian ejecutorias de nobleza, como muchas de las de ahora, convirtiéndose en señores de horca y cuchillo más de cuatro pelagatos que se hacian ricos de cualquier modo:

«Venden ratoneras los extranjerillos,
y en España compran horcas y cuchillos.»

Tampoco estaria entónces la administracion mucho mejor montada y mucho más simplificada que en nuestros dias, quedándose una gran parte de lo que recaudaba el fisco en manos de los encargados de la recaudacion, como en su curso pierde el Manzanares una gran parte de su caudal que se filtra en su arenoso cauce y llega al Jarama convertido en un riachuelo casi exhausto. Dice pues bien Quevedo:

«Más de mil nos cuesta el daros quinientos;
lo demas nos hurtan para los asientos.»

Tampoco debian escasear entónces los logreros y acaparadores, pues así se deduce del siguiente pareado:

«En vano el Agosto nos colma de espigas,
si más lo almacenan logreros que hormigas.»

Poca equidad habria tambien en los impuestos que pesaban sobre los pecheros, cuando el poeta dice:

«Consentir no pueden las leyes reales
pechos más injustos que los desiguales.»

Laméntase tambien el poeta en su memorial del mucho dinero que se sacaba á los pobres para enviarlo á Roma:

«Madrid á los pobres pide mendigante,
y en gastos perdidos es Roma triunfante.»

Gastos perdidos llama Quevedo á los tesoros que se envian á la Santa Sede. Qué dirán á eso los neo-católicos? ¿Excomulgarán los ultramontanos al célebre poeta que, *para acierto de rey y reino en sus acciones*, sacó de la Sagrada Escritura su obra titulada *Política de Dios y Gobierno de Cristo?*

Todo es posible, como es posible tambien que los progresistas, que revindican como pertenecientes á su partido á todos los personajes históricos que ha habido en el mundo desde la edad edénica, honren al inmortal escritor con un diploma de socio de la Tertulia progresista, no obstante los últimos versos de su memorial, que parecen dedicados expresamente á los bombistas, que tanto abundan entre la gente progresera, y á los escritores asalariados y presupuestívoros, para quienes la situacion que les da de comer, aunque la generalidad se muera en ella de hambre, es la mejor de las situaciones posibles.

¡Qué bien dice el gran Quevedo que el verdadero mérito no necesita estrepitosos aplausos!

«La fama ella misma, si es digna, se canta;
no busca en ayuda algazara tanta.»

Y los periódicos ministeriales, cuyo optimismo haría llorar si no hiciese reir, han de creerse necesariamente aludidos en las siguientes frases:

«contra lo que vemos quieren proponernos
que son paraísos los mismos infiernos.
Las plumas, compradas, á Dios jurarán
que el palo es regalo y las piedras pan.»

¿Es posible que así se expresase un poeta en el reinado de Felipe IV? ¿Con que datan ya de aquella fecha *La Nacion*, *El Imparcial* y *La Iberia*, que se dice fundada por Calvo Asensio?

* * *

Ya ves, lector benévolo, que la penuria del Estado, el desórden administrativo y la mala gestion de la Hacienda son dolencias inveteradas.

Bien claramente manifiesta su cronicidad la fecha á que se refiere el memorial que acabamos de comentar ligeramente, y cuenta que, ya entónces, el mal era muy antiguo.

Pero cada dia se ha ido agravando más, y *El Jesuita* cree que en la actualidad es ya incurable.

Verdad es que *El Jesuita* no es hacendista, y por consiguiente son de poco valor sus dictámenes y sus pronósticos; pero, aunque no es hacendista, sabe que de hacendistas blasonaban y blasonan todos los que han ido conduciendo al país al estado de miseria en que se encuentra.

El Jesuita es uno de esos ordenistas rancios, y por ende calificados de rutinarios y empíricos, que opinan que las naciones, como los individuos, no han de estirar más la pata de lo que alcanza la sábana.

Las naciones, siendo pobres, no han de querer parecer ricas ni permitirse gollerías, reduciéndose á lo más estrictamente necesario. En concepto del *Jesuita*, la ruina es inevitable cuando

se vive de fiado, cuando, no siendo suficientes, no obstante ser superiores á las fuerzas del país, los sacrificios que á éste se exigen, se contraen empréstitos y más empréstitos, cuyos intereses crecen como bola de nieve, hasta que, para cubrir el déficit, cada vez mayor, se mata completamente el crédito, despues de haber cegado todas las fuentes de la riqueza pública.

* * *

Despues de la llamada Revolucion de Setiembre de 1868, cuyos fautores atronaron todos los oidos con sus alharacas y sus gritos de *moralidad* y *economías*, léjos de notarse la menor remision de síntomas, ha alcanzado el mal su máximum de intensidad, confiándose la gestion de la Hacienda pública á una secta llamada *escuela economista*, de que no han salido más que trapisondistas y charlatanes, destituidos de todo sentido práctico, que han aumentado, al mismo tiempo que la deuda pública, que era ya abrumadora, los impuestos, que son enteramente absorbidos por el Estado, de suerte que las corporaciones municipales no pueden atender á sus obligaciones más sagradas.

La cuestion de Hacienda, en el estado á que hemos llegado, es de solucion imposible. Es un nudo gordiano que, no pudiéndose deshacer, se ha de cortar, y la espada de Alejandro no está en manos de esos economistas habladores de quienes, ántes que se pusiesen á prueba, el insigne Campoamor se habia ya burlado con su habitual gracejo.

* * *

Así estamos, y así nos encontrará el rey que venga, cuando venga. Porque es ya indudable que vendrá rey, es ya indudable que el príncipe Amadeo de Saboya habrá pisado el suelo español cuando se impriman estas líneas, pues en el acto de escribirlas ha salido ya una comision de diputados para traérsele de Italia.

Bien venido sea! repite *El Jesuita*. ¡Dios quiera que traiga la fórmula para resolver los complicados problemas de cuya solucion espera su bienandanza esta nacion desventurada!

España, entretanto, lo que debe hacer es declararse insolvente, confesar que es pobre y vivir como pobre. No insulte con su fausto á sus acreedores. Sea pobre, pero sea honrada.

Si es pobre, viva como pobre. Así debe hacerlo; pero no lo hará, miéntras el gobierno encuentre quien le preste, cualquiera que sea la condicion bajo la cual un usurero le adelante algunos cuartos para salir del paso y seguir tirando. ¿Qué jugador vicioso, que necesite para jugar dinero que no tiene, no procura obtenerlo, dejando al prestamista que fije como le dé la gana el interes de la cantidad que le apronta? Si hubiese quien prestase bajo la fe de la palabra, sin garantía material ni prenda pretoria, no habria pobres en el mundo.

Pero el gobierno no encuentra prestamistas de ese género, y seguirá empeñando todas las rentas del Estado, hasta que no quede en la nacion ni un palmo de terreno que pueda llamarse suyo. Entónces empeñará á los españoles, si hay quien por nosotros dé ó adelante una peseta, lo que es muy dudoso, porque no servimos para nada. Siquiera fuésemos negros, el que nos tomase podria hacernos trabajar. Pero ahora, ni eso. El dia en que el gobierno se vea obligado á llevarnos al Monte de Piedad, tendrá que entrar en tratos con algun país de antropófagos. Quizá los neozelandeses nos encuentren manducables.

Desde luégo se puede asegurar que, los españoles que no se asimilan la sustancia del presupuesto, no sirven ni áun para ser comidos, porque están en los huesos. Acaso puedan aprovecharse para hormillas.

Por otra parte, un gobierno de partido no puede disminuir el número de los presupuestívoros, porque éstos son su único apoyo. Se quiere que socave él mismo sus cimientos?

* * *

Algunos creen que con elementos entresacados de todos los partidos se formaria un gobierno nacional, y se equivocan. No se haría más que sintetizar en el poder la discordia de la nacion. Otros no van tan léjos, y esperan que, cuando venga el rey, se forme un ministerio compuesto de individuos de los diferentes partidos que contribuyeron á derribar la dinastía borbónica, excluyendo, como se supone, de la combinacion á los republicanos, que son incompatibles con la monarquía. Pero la experiencia ha demostrado lo que puede dar de sí un ministerio de conciliacion, en que los representantes de cada una de las fracciones se indisponen unos con otros por un quítame allá esas credenciales, y cada cual trabaja por su cuenta para cargar él solo con el santo y la limosna. Un ministerio de conciliacion es un ministerio de empujones, en que los unos codean á los otros para lanzarles de sus puestos.

Y, ademas, para resolver con ventaja del país la cuestion presupuestívora, que es la que se encuentra en el fondo de todas las que en España se debaten, un ministerio de conciliacion se halla aún en peores condiciones que un ministerio exclusivista.

Un ministerio de conciliacion tiene que contentar á todos los partidos que se hallen en él representados, y á los partidos no se les contenta sino por medio del presupuesto. No bastando éste á aplacar el hambre de un partido solo, ¿cómo ha de bastar á aplacar la de dos ó tres ó cuatro? Éramos pocos!

Hé aquí el grande inconveniente. Cada ministro tiene sus compromisos; cada ministro quiere que llueva sobre los suyos el maná del presupuesto, y éste no alcanza para todos.

* * *

Si no se tratase más que de transigir en el terreno de los principios, todos los obstáculos que se oponen á un ministerio de conciliacion se allanarian sin la menor dificultad en estos venturosos tiempos de indignidad, de deslealtad, de inconsecuencia, de

conciencias de goma elástica, en que, para coronamiento de una revolucion que proclamó los derechos individuales, se proclama la necesidad de organizar contra las oposiciones una policía secreta, sin duda para dar en ella ocupacion á los individuos de la *Partida de la Porra* en el caso de que, á la llegada del nuevo rey, se les declare cesantes por supresion de cargo, con el haber que por clasificacion les corresponda.

Las naciones, como los individuos, contraen enfermedades que, siendo leves en su orígen, se agravan y complican incesantemente por la inexperiencia ó ignorancia de los encargados de combatirlas, hasta que al fin se hacen superiores á los recursos del arte. Tal es el caso en que se encuentra España, cuya principal dolencia consiste en el mal estado de su Hacienda. Y esta dolencia, que en un principio hubiera podido dominarse á fuerza de economías, y dando á la actividad del país la aplicacion que requeria el desarrollo de su riqueza, hoy es incurable hágase lo que se quiera. Un médico diria que en su tratamiento se ha abusado del plan antiflogístico. España está desangrada, y es lo peor que todos los que sucesivamente se encargan de su curacion no saben hacer más que extenuarla con nuevas sangrías.

Insiste *El Jesuita* en que el principal mal, el que engendra todos los demas, está en la Hacienda, y este mal no tiene cura. Y sin embargo, el mal estado de la Hacienda es quien principalmente ha provocado esa sinergía, impotente ya hoy para salvarla. Lo más á que puede aspirar el partido decente que se está formando para hacer cesar el desórden ocasionado por los logreros que se han apoderado de la España de Setiembre, es á que la nacion, ya que no puede vivir rica, viva honrada.

* * *

El Jesuita, que no pertenece á ningun partido, ni habla con nadie, ni sale casi nunca de su celda, no sabe cuál es el plan de campaña que adoptarán las oposiciones para hacer cesar la actual

perturbacion, en el caso de que no la haga cesar con sus levantados propósitos el nuevo monarca cuando llegue.

Ni siquiera se permite suponer *El Jesuita* que se coloque la cuestion en el terreno de la fuerza, aunque á este terreno llame el poder á sus adversarios con la seguridad de vencerlos.

Pero fuera del terreno de la violencia, dentro del círculo estrictamente legal, el partido decente, el partido nacional á que presten su contingente los partidos todos, tiene trazadas dos líneas de conducta, y, cualquiera que sea la que adopte, si la sigue con rigor y evoluciona con concierto, llegará felizmente al término prescrito. Puede, dentro del espacio en que las leyes escritas le permiten revolverse, adoptar una política activa ó una política de abstencion, teniendo una y otra ciertas ventajas que no es lícito desconocer si se las juzga imparcialmente.

La política activa mantiene siempre despierto el espíritu público;

Impide que el país pierda sus hábitos de lucha, tan necesarios en las naciones libres;

Pone en contacto las fracciones de una misma comunion, y procura de este modo su acuerdo;

Establece comunidad de aspiraciones, estableciendo comunidad de peligros;

Evita que, por falta de uso, se enmohezcan las armas del combate;

Remueve las opiniones para facilitar la fusion de las que entre sí no son incompatibles;

Obliga al adversario á echar mano, para triunfar, de medios, con frecuencia ilegítimos, que labran ó consuman su descrédito.

La política de abstencion hace ridículas las victorias de los que las obtienen, fácilmente adquiridas y por nadie disputadas, porque una victoria sin combate es ridícula siempre;

Priva á los adversarios de objeto en que apacentar su actividad, y les obliga al fin y al cabo á emplearla contra sí mismos; facilita sus excisiones y disidencias, quitándoles el miedo que

tienen de revelarlas delante del enemigo comun, para que éste no se aproveche de ellas; no les deja ningun pretexto que legitime sus extralimitaciones y excesos, y como no les coloca ningun obstáculo en el camino que les conduce al precipicio, marchan por él más velozmente y se precipitan más pronto.

Es sin duda una táctica excelente la de aquel Fabio el Contemporizador, que, marchando siempre delante de Aníbal sin hostilizarle, *como una nube*, dice la historia, *que no produce granizo ni tempestad*, privaba al terrible general cartaginés de las victorias que necesitaba para atraerse partidarios.

Tambien la situacion actual, para adquirir algun prestigio á los ojos de propios y extraños, necesita tal vez estrepitosas victorias, y sería acaso muy cuerdo privarle de ellas esquivando las batallas. Pero si el partido decente resuelve pelear, no debe haber ni uno solo de los individuos que lo componen que adopte la táctica de Fabio. El retraimiento de cualquiera de ellos sería una verdadera defeccion, que expondria á los demas á la triste suerte de Minucio, segundo de Fabio, á quien éste no auxilió por haber presentado la batalla á Aníbal sin su consentimiento.

* * *

Cualquiera que sea la táctica que se adopte, el triunfo del partido decente es seguro, segura la derrota de los logreros políticos. En el terreno de la fuerza, la situacion ha puesto á su favor todas las ventajas, y de consiguiente su triunfo material sería incontestable. Atáquesele en otro terreno. El partido decente se va robusteciendo cada dia; cada dia arranca de su indolencia á algunos de esos caracteres tibios, ajenos á la política, para asimilárselos, y desde luégo se puede asegurar que en el terreno legal la actual situacion no alcanzará sino victorias á medias, y áun así dejará en el campo de batalla el último resto de su crédito hecho pedazos.

* * *

El Jesuita no desea que se forme el vacío alrededor del nuevo rey cuando venga, sino alrededor de la pandilla de intrigantes que le rodeará, apénas llegue, para atraerle á sus miras diestramente embozadas, para convertirle en rey de un partido, para prolongar la interinidad y dar un carácter crónico á los males que nos afligen.

Y es tanto más de temer que esos intrigantes consigan su objeto, cuanto que el rey, por su calidad de extranjero, no conocerá á nadie, y precisamente tendrá que depositar su confianza en los que le han nombrado, que son, al ménos en su mayor parte, los que han engendrado y sostenido la actual desmoralizacion y el actual desbarajuste. Si, como se dice, viene animado de buenos deseos, al cabo abrirá los ojos; pero el mal es muy grave y exige remedios muy prontos y muy eficaces, y Dios sabe, cuando el rey abra los ojos, dónde estará ya el país.

El tiempo dirá. *El Jesuita*, que no combatió nunca á Doña Isabel de Borbon, no obstante haber combatido más ó ménos á todos los ministerios que se sucedieron bajo su reinado, porque todos eran gobiernos de partido, que tenian más en cuenta los intereses de su respectivo bando que el bien de la nacion, y todos, exceptuando los presididos por el inolvidable general D. Leopoldo O'Donnell, eran ménos liberales de lo que les permitian las circunstancias y los principios consignados en el credo de su comunion; *El Jesuita*, que no combatió nunca á Doña Isabel de Borbon, no combatirá tampoco al nuevo monarca, y experimentará un verdadero placer si le ve con su conducta captarse las simpatías del país, que ahora le mira con prevencion porque es extranjero, porque viene á ocupar el trono sin haberse ántes consultado directamente la voluntad popular, para que el voto plebiscitario le diese el derecho que no le da la tradicion ó la herencia, y sobre todo porque, viniendo llamado por los progresistas, se teme que, á pesar suyo, se ponga al frente de un neo-polaquismo inepto y devorador de que todas las personas decentes desean librarse á toda costa.

Pero si en realidad el nuevo monarca se rodease de los mismos elementos de que se sirvió el poder durante el fatigoso período de la interinidad, aunque, por respeto al mérito de la inviolabilidad que la Constitucion ha echado sobre sus hombros, nadie le atacase ni en la prensa, ni en la tribuna, quedaria encerrado dentro del cordon sanitario que la verdadera nacion, la nacion honrada y productora, la nacion que sobrelleva todas las cargas públicas, ha colocado alrededor de la apestada España oficial, compuesta casi en su totalidad de aduladores de oficio, de merodeadores y parásitos, y entónces se prevendrian desfavorablemente, contra el que viene á ejercer la suprema magistratura, muchos de los que esperan conocer sus primeros actos para tomar una actitud definitiva.

* * *

Algun tiempo ha de trascurrir ántes que el nuevo rey consiga desarmar de sus odios á los partidos que le son hostiles, y sobre todo al que quedó sepultado bajo los escombros de la última dinastía.

Sin embargo, el partido moderado, que es el que en su caida arrastró el trono de los Borbones, ó al que el trono de los Borbones arrastró en su caida (pues lo mismo da uno que otro, sabido, como es, que el partido moderado y Doña Isabel de Borbon se habian hecho solidarios de la misma política y formado cuerpo comun, que es la más peligrosa imprudencia que puede cometer un rey, porque nada hay peor para él que ligar su suerte á la de una bandería), el partido moderado, decimos, no se resignará á permanecer eternamente separado de las regiones oficiales, y aprovechará la primera oportunidad que se le presente para hacerse compatible con la nueva dinastía luégo que haya perdido la esperanza de restaurar la antigua.

Porque el partido moderado está compuesto casi en su totalidad, como el progresista, de una multitud de estómagos tan di-

fíciles de llenar como el tonel de las Danaides, si bien hay entre los dos partidos una diferencia notabilísima, y es que en todo progresista el estómago se ha desarrollado á expensas de la cabeza, que es casi nula, al paso que en los moderados, con muy pocas excepciones, hay mucho estómago, pero suele haber tambien mucha cabeza, aunque siempre subordinada á aquél, que es quien manda en absoluto. Ni el partido progresista ni el moderado tienen corazon; pero aquél, á más de carecer de corazon, carece tambien de cerebro. Un progresista es acéfalo; es como esos animales de órden inferior, que casi se confunden con las plantas, en quienes las investigaciones fisiológicas no han descubierto hasta ahora ningun rastro de inteligencia, ni más aparatos que el de la digestion, ni más funciones que las asimilativas. Por aquello de que en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey, los que pasan por eminencias en el partido progresista no llegarian á la talla de las medianías en ningun otro partido.

Pero conste que el partido moderado, aunque en su seno se albergan muchas y muy poderosas inteligencias y tambien muchos hombres de probidad reconocida, es esencialmente presupuestívoro, y un prolongado ayuno obligará al cabo, á muchos de los que lo componen, á arrastrarse á los piés del nuevo rey, pidiéndole un mendrugo, como se arrastraron á los piés de Doña Isabel de Borbon, y le jurarán fidelidad con toda la fe de su estómago agradecido.

* * *

El Jesuita está seguro de que eso sucederá tarde ó temprano; la cuestion es de tiempo.

Y no hay que criticar por eso á los moderados; no harán más que lo que han hecho muchos unionistas, y lo que harán, tal vez, muchos otros.

Hasta unitarios y federales han de figurar, tal vez en algun no remoto besamanos.

No tomes, lector, muy por lo serio lo que se dice de formar el vacío alrededor del nuevo monarca. Si éste se ahoga, no será por faltar á su alrededor atmósfera respirable, sino por ser demasiados los que, para respirarla, se agolpen en torno suyo. Más fácil es que un rey muera estrujado que asfixiado.

Los moderados, obligados por el hambre, se abrirán paso hasta llegar á las gradas del trono, y llegarán, porque son astutos, porque tienen talento, porque conocen á los reyes mejor que los progresistas, y pondrán, lo que éstos no pueden hacer, su inteligencia al servicio de su estómago. Hablarán al rey en un italiano ó en un frances, si no muy puro y muy correcto, más puro y más correcto que el castellano que le hablen los progresistas, lo que será un motivo más para que el rey y los moderados se entiendan. Qué será entónces de los progresistas?

* * *

El rey no es un advenedizo, no es un Soulouque, no es un héroe de los barrios bajos arrancado de un figon para trasplantarle á un palacio y colocarle en un trono; no es un Sancho Panza que se apee del rucio para tomar posesion de su ínsula Barataria; se ha mecido en excelsa cuna, se ha criado en un palacio suntuoso, ha crecido bajo dorados artesones, en el suelo de esa Italia madre de las artes; se ha connaturalizado con la estética, ha adquirido el aticismo y el buen gusto que nunca faltan á los que desde niños se han puesto en contacto con las inmortales obras del genio; ¿y querreis que no prefiera las sabrosísimas pláticas de un Pacheco, de un Heros ó de un Alcalá Galiano, tipos que abundan en el partido moderado y en el unionista, al insípido tartamudeo de un chalan ó de un *sobresaliente de espadas?* ¡Pobres progresistas! Os habeis empeñado, sin tener ninguna de las condiciones propias de los verdaderos cortesanos, en tener un amo de régia estirpe. Ni siquiera servís para lacayos. Como no sabeis lo que es libertad, tampoco sabeis lo que es etiqueta palaciega, y

entendeis tan poco de fórmulas de buena crianza como de derechos individuales.

¿Qué conversacion ha de tener con vosotros un príncipe ilustrado? ¿Os hablará de pintura, de arquitectura, de música? ¿Os hablará de progresos industriales y científicos? ¿Os hablará de literatura? ¿Os pedirá vuestro parecer sobre el Tasso, sobre el Petrarca, sobre Metastasio, sobre el Dante? Creereis que os habla en griego.

Y no digo nada si es un rey militar, y gira la conversacion sobre un plan de campaña cualquiera. ¡Qué gusto le dará oir los comentarios sobre los de César que hagan los antiguos sargentos del cuartel de San Gil! ¡Con qué acierto enmendarán la plana á Aníbal, á Masena, á Moltke y á Napoleon el Grande!

Estais perdidos, progresistas, irremisiblemente perdidos. Si el rey quiere luz, tendrá que pedirla á otros que no sean vosotros, porque vosotros sois la oscuridad, sois la ignorancia.

Dejad que el rey se halle en disposicion de apreciar en su justo valor las riquezas que atesora la lengua castellana. Ya vereis cómo entónces preferirá oir á D. Severo Catalina á oir á D. Juan Bautista Alonso, y leer *La Política* á leer *La Iberia*. Habeis hecho mal en buscar un monarca de régia estirpe ó nacido en Italia. Debísteis buscarlo en la Nueva Zelanda ó en el Congo para tener un rey á vuestra altura.

* * *

Es más que probable que el partido progresista sea desalojado de sus posiciones por los mismos que aparentan querer aislar al rey, dejándole solo con la chusma de merodeadores que, reñida con la nacion, le envolverá necesariamente en su desprestigio.

Hasta los absolutistas, partidarios de D. Cárlos, que es el legítimo representante de su sistema, camelarán al rey que viene, como camelaron á la reina que se fué.

Y tendrán vara alta en Palacio, y ellos serán los que lleven la batuta.

Porque hay entre ellos gente muy lista, y los progresistas, por más que se esfuercen en pasar por picarillos para que no se les tenga por simples, hacen tan mal sus picardigüelas, que éstas mismas sólo sirven para acabarles de acreditar de cándidos.

Son muchas las cuñas y palancas que se introducirán en la nueva córte para remover los obstáculos progreseros, mucho más funestos, pero mucho más fáciles de allanar que los tradicionales, de que con tanta persistencia y prosopopeya hablaba *in illo tempore* el señor Olózaga, reduciéndose todos al no muy buen concepto que merecia á Doña Isabel II el caballero del Toison, á pesar de su inolvidable *salve*. No habia más obstáculos tradicionales que los que cerraban el paso al señor Olózaga para llegar á la embajada de París, á que tan acreedor le hace su desinteresado patriotismo.

Los progresistas serán exorcizados por el nuevo rey, luégo que el nuevo rey les conozca y vea lo que pueden dar de sí.—*Fugite, partes adversæ*, les dirá, y correrá tras ellos con el hisopo en la mano hasta perderlos de vista.

Qué harán los progresistas entónces? Qué han de hacer? lo de siempre. Colgarán al rey y á la reina todo género de liviandades; los convertirán en protagonistas de las más inverosímiles aventuras amorosas; negarán la legitimidad de sus hijos, á quienes darán por padre natural á un cualquiera, al primero que se les ocurra; harán intervenir en todos los negocios del Estado la influencia de una monja llagada ó de un fraile socarron vendidos á los jesuitas; crearán atmósfera contra el presidente del Consejo, que habrá cometido, entre otros crímenes inauditos, el de ir á misa y haber asistido á una procesion; hablarán al pueblo de libertad sin saber ellos mismos lo que la palabra libertad significa; los más duchos entre ellos harán soltar la mosca á los otros haciéndoles entrever un levantamiento próximo, y con el dinero que les saquen para el levantamiento ellos se darán vida

de canónigos, y, por último, estarán así, haciendo como que conspiran, hasta que encuentren en los demas partidos caidos alguno que tenga influencia en el pueblo ó en el ejército, y les saque la castaña del fuego para que ellos se la coman.

Pero no lo encontrarán. No se encuentran todos los dias Serranos, Topetes y montpensieristas que voten á Amadeo.

* * *

Verdad es que los montpensieristas que han votado á Amadeo lo han votado para librarle del poder de los progresistas. Si lo consiguen, como parece lo más probable, se les podrá perdonar su inesperada evolucion, que califican algunos de inconsecuencia.

Más hubiera valido á los progresistas que la candidatura del príncipe saboyano, que no podia triunfar sin el auxilio de los unionistas que han abandonado la de Montpensier, hubiera fracasado, que dejar al unionismo tomar posiciones cerca de la nueva monarquía.

Buena la hubísteis, progresistas! Caereis, y será pronto, y será para no volver á levantaros. Si ántes se os pudo tener lástima porque se os creia impotentes, ahora ya no os la tiene nadie porque habeis demostrado que, á más de impotentes, sois ingratos. ¡Desgraciados, entre vosotros, los que en los dos interminables años de la interinidad, que va á cesar, no hayan hecho sus economías para el dia de mañana!

Miéntras tanto, ántes de romper la alcancía para ir viviendo de vuestros ahorrillos, defendeos, radicales, defendeos como gatos panza arriba, agarraos bien, no solteis la presa. Habeis hecho mal durante la interinidad en acostumbraros á comer tanto. Despues el hambre os parecerá mucho más dura, tanto más, cuanto que entre vosotros son muchos, muchísimos los que no tienen oficio ni beneficio, ni medios para ganar un cuarto honradamente fuera del presupuesto.

Agarraos bien, porque, si caeis, no habrá ya nadie que os

tienda la mano para levantaros, y vosotros solos no podreis levantaros jamás, jamás, jamás; sois la misma impotencia.

Agarraos bien todos, todos, hasta D. Salustiano. Decid á éste que, si le devuelven la embajada de París, haga que este cargo sea declarado vitalicio y vinculado en su persona. No ha de incrustarse él con ménos fuerza á la embajada de París que á la de Roma el célebre marqués de Pidal, cuya potencia adhesiva hizo escribir al *Jesuita* en 1858 las siguientes coplas:

Lector, si no has visto el mar,
yo tu ignorancia disculpo;
no te puedes figurar
de qué manera agarrar
se sabe á la roca el pulpo.
Mas de sus palpos cabal
y completa idea toma
quien ve el ánsia sin igual
con que se agarra Pidal
á la embajada de Roma.
Lo que es Pidal en resúmen
he indicado, y ha de ver
todo el que tenga cacúmen
que no es posible mover
un pulpo de su volúmen.
Si arroja ciencia espontáneo,
como llamas el Vesubio,
áun tiene más piés que cráneo;
no basta el Mediterráneo
para darle un pediluvio.
Hay en Roma, y se concibe,
contra Pedro un tole-tole,
porque la calle en que vive,
gracias á su inmensa mole,
ya empieza á formar declive.
Debajo de él un barreno
el Sacro Colegio abrió;
cogió la mecha..... qué trueno!
la Basílica tembló,

y él se quedó tan sereno.
Pues conoces al Titan,
no te admires ni atolondres
oh lector! si á Roma van
los operarios que en Lóndres
botaron el *Leviatan*.
Todo lo llevan dispuesto;
sin embargo, yo me rio,
porque sé que, echando el resto,
se bota al agua un navío,
mas no á Pidal de su puesto.
Veremos lo que sucede;
la dinámica moderna
en mucho á la antigua excede;
¿mas de la ciudad eterna
mover á Pidal quién puede?
Porque aunque le quiten ántes
las llamadas obras muertas,
los zapatos y los guantes
y otras cosas semejantes
de que llenaria espuertas,
como cruces y diplomas
que le abruman por su exceso,
y sus tésis sobre idiomas,
se romperán las maromas
sin poder vencer su peso.
No, ningun poder humano
de Roma á Pidal arranca;
emplearian en vano
sus saltos de agua Moyano,
Arquímedes su palanca.
Lector, si no has visto el mar,
yo tu ignorancia disculpo;
no te puedes figurar
de qué manera agarrar
se sabe á la roca el pulpo.

* * *

Supongo, lector, que conservas aún alguna idea de aquel celebérrimo D. Pedro José Pidal, que, siendo ministro, á los que le hacian cargos por las persecuciones de que eran víctimas los liberales, no obstante haber él mismo dicho que estaban completamente abatidos, contestó con el mayor desparpajo: «Es preciso darles el golpe de gracia.»

Á Olózaga ya le conoces. Aunque él se titula progresista y Pidal se titulaba moderado, allá se van uno y otro en amor á la libertad, y su moral política es idéntica. Olózaga no habla de golpes de gracia como Pidal, pero predica el exterminio, no sólo de todos los liberales, sino de la inmensa mayoría de los españoles, pues quiere que sean exterminados todos los que no sean partidarios del duque de Aosta, de quien espera nuevamente la embajada de París.

Sabes tambien, lector, que, aunque Pidal era hombre de gran volúmen y de una fuerza presupuestívora inagotable, Olózaga no le cede en ninguna de estas dos importantes cualidades. Las coplas que sugirió al *Jesuita* el célebre Pidal se ajustan perfectamente á la medida del no ménos célebre D. Salustiano.

Parécense tambien los dos grandes *patricios*, á que de tantos beneficios es deudora la madre patria, en la vanidad, que les da cierta analogía, si bien es la única, con el padre de la elocuencia romana. La presuncion de Olózaga es más ciceroniana que su elocuencia, aunque él se figure otra cosa. Olózaga no pasa de ser un Pidal, aunque mucho ménos instruido y de cabeza más hueca. Es el Pidal del partido progresista.

Y si le dan un título de Castilla, como al Pidal del partido moderado, se completará la semejanza.

Se lo darán. No se lo han dado á otros? Á no ser que, por lo mismo, él no lo quiera, para singularizarse, porque hoy dia son ya más los que tienen título que los que de él carecen.

Pero si lo querrá; los liberales del dia, los demócratas que le han salido á la Revolucion de Setiembre, se mueren por esas cosas, y se rien no sin razon de las resoluciones tomadas por la anti-

gua grandeza para no aumentar con su esplendor el del nuevo trono.

—Mejor para nosotros!—dicen para sí los progreseros.—Si una córte sin aristocracia es insostenible, el rey, á falta de la antigua, formará otra, y nos hará á todos, por los servicios prestados á la revolucion, grandes de España de primera clase. Creará una aristocracia democrática, casi de chaqueta, que matará de envidia á los Osunas y á los Medinacelis.

Es seguro que á estas horas apénas hay individuo de la Tertulia que no tenga ya pensado el título que le han de conferir. ¿En quién recaerá el de marqués de la *Partida* y duque de la *Porra?*

* * *

Pero aunque el nuevo rey no cree una nueva aristocracia, no se asfixiará en el vacío que con su alejamiento forme en torno suyo la nobleza antigua.

Porque en los países latinos, ávidos de igualdad, enemigos de distinciones inmerecidas ó no debidas á un mérito personal reconocidamente superior al de los que no las obtienen, la nobleza no es, como en la jerárquica Inglaterra, una institucion social, un resorte político, un elemento de gobierno.

La aristocracia de la sangre no existe; no es ya más que una sombra, ó, por mejor decir, una vanidad.

Y habiendo muerto la aristocracia antigua, si se quiere reemplazarla con otra, es preciso crearla, y acerca del particular dice *El Jesuita* lo que ha dicho ya de las dinastías, que no pueden crearse, que han de venir ya creadas, creadas en los tiempos de preocupaciones en que era posible crearlas.

Napoleon el Grande, á quien era hostil la antigua aristocracia, comprendió la imposibilidad de crear otra nueva, y aunque intentó crearla para complacer á sus consejeros, se rió él mismo

de su propia obra, como nos reiríamos ahora todos de una aristocracia que improvisase el nuevo monarca.

Más fácil sería galvanizar la nobleza antigua. Pero, cómo? No hay más que un medio: el restablecimiento de las vinculaciones.

Á él quiso recurrir en 1852 el ministerio que presidia el señor Bravo Murillo, dando un paso hácia atras como nunca se habia dado en el camino de la *regeneracion* política de España, porque el restablecimiento de las vinculaciones era una medida tan contraria á las aspiraciones de la generalidad, como lo sería la restauracion completa de las órdenes monacales; era algo más que una de esas oscilaciones ó latidos calenturientos que acompañan los trabajos de trasformacion de toda sociedad; era un tiro que iba derecho al corazon mismo de la libertad, enemiga de todas las desigualdades convencionales y facticias, que no tienen su orígen en el valor real y efectivo de cada uno.

Miéntras el país no habia visto más que caer títulos y más títulos sobre los favoritos de tal ó cual situacion, contempló aquella inocente lluvia de condados, marquesados y ducados con la más desdeñosa indiferencia, y hasta habria ciudadanos que se hiciesen á un lado para que no se les cayese ninguno encima. Omito decir que, si hubo alguno, no eran de los que hoy se llaman progresistas y demócratas. En la misma intemperancia con que los títulos se prodigaban, veíamos todos su descrédito y la decadencia de la aristocracia; veíamos en cierto modo un medio indirecto de nivelar las clases declarando á todos nobles, lo que equivalia á que no lo fuese nadie. Pero desde el momento que se pretendió que á la obtencion de un título acompañase el reconocimiento de una superioridad de condicion; desde que se aspiró á inaugurar una época de privilegios fundados en la casualidad de la cuna, el sentimiento de igualdad, que está escrito, como en el Evangelio, en el corazon de todos los hombres que en algo se estiman, el instinto de dignidad individual, que á nadie permite considerarse de raza inferior á ningun otro individuo, se reaccio-

naron con violencia, y la cuestion varió completamente de aspecto. Entónces fué preciso echar cuentas; entónces fué preciso que la aristocracia hiciese delante del país la liquidacion de sus méritos, ya que estos méritos habian de darla una ventaja sobre las demas clases, y ya que los aristócratas, en calidad de tales, habian de obtener derechos de que los que no son aristócratas carecian.

Un noble, por su sola condicion de noble, ¿tiene en realidad más mérito que el que no lo es?

Si no lo tiene, ¿con qué derecho aspira á privilegios de que los demas carecen?

Si lo tiene, que diga cuál es, en qué consiste, y todos, con resignacion y hasta con espontaneidad, doblarán la cabeza delante de su superioridad reconocida.

* * *

Á los que se llaman nobles de nuevo cuño, es decir á los que no han heredado el título que gastan, sino que han sido los primeros en obtenerlo, si les preguntamos á qué deben su título, nos responderán que á su mérito, pues otra contestacion cualquiera sería vergonzosa, y en seguida les volveremos á interrogar para que nos digan, aunque sea de una manera muy general, cuál es el mérito que se debe alegar ó haber contraido para obtener un título. Nos citarán, más ó ménos exagerado, algun hecho notable de valor, virtud ó inteligencia, y si vemos que ningun hecho análogo á los que ellos citan adorna á los que no forman en las filas de la aristocracia, no vacilaremos en decir que el título que obtienen les hace acreedores á la consideracion de que se les quiere rodear para distinguir su clase de las demas.

* * *

Tambien *El Jesuita* dirigirá algunas preguntas á la vieja aristocracia, pero sin concitar el odio de ninguna clase, porque

El Jesuita no quiere odios de ninguna especie, sobre todo en estos momentos en que desea que todos los de España se conviertan en uno solo contra la pillocracia.

Nó; *El Jesuita* no concitará odios de clase. Nadie es responsable de lo que no procede de su voluntad, y la alcurnia no depende de nuestra eleccion. Si no es un crímen el haber nacido plebeyo, tampoco puede serlo el haber nacido noble. Pero por la misma razon que la cuna no puede ser jamás un crímen, y de consiguiente á nadie se puede deshonrar por ella, tampoco es jamás una virtud, y de consiguiente tampoco por ella se puede honrar á nadie. Hé aquí precisamente, lector, lo que en 1852 hizo al *Jesuita* rechazar con todas sus fuerzas el proyecto de robustecer la aristocracia para constituir con ella una clase verdaderamente privilegiada, sin cuya condicion es nada entre dos platos.

* * *

La nobleza hereditaria es ya hoy ridícula, como es ridícula toda institucion que se conserva despues de haber perdido su razon de ser.

La ignominia del delito muere en el que lo comete; la ignominia de la pena, que no deberia existir, acaba en el que la sufre.

Y digo que no deberia existir la ignominia de la pena, porque no puede ser ésta nunca la que infama, sino el delito por el cual se aplica. La pena más infamante no infama al inocente á quien se impone.

Ni el golpe del asesino ni el golpe del verdugo resuenan en los hijos de los hijos del que perpetra y expía un crímen. La civilizacion ha borrado de la legislacion vigente la trasmision de infamia que las preocupaciones de otras épocas habian elevado á la categoría de ley.

Cada cual es responsable individualmente, y sólo individual-

mente, de sus propios actos. El hombre es hijo de sus actos. *Nemo in nostram gloriam vixit, nec quod ante nos fuit nostrum est.*

Si esta verdad, que basta para palparla tener sentido comun, se ha reconocido con respecto á los hechos reprobados, ¿cómo no reconocerla con respecto á los hechos gloriosos? Si los crímenes de los padres no manchan á los hijos porque los hijos no los han cometido, ¿qué razon hay para que los hijos se presenten como reverbero de las glorias de sus padres, á las cuales en nada han contribuido?

Desde el momento que se reconoció lo que tiene de absurdo y repugnante la trasmision de la mancilla que acompaña al crímen, ó no hay lógica en el mundo, ó se reconoció tambien implícitamente lo que tiene de absurdo y repugnante la trasmision de la gloria que acompaña al heroismo. Son dos verdades gemelas, hijas del mismo principio que se tuvo en cuenta al proclamar la una, y que obligaba á proclamar la otra: el hombre es hijo de sus obras.

La proscripcion de la ignominia hereditaria es tambien la proscripcion de la nobleza hereditaria.

Así, de verdad en verdad, se marcha léjos y muy léjos sin separarse la humanidad del buen camino; así, de corolario en corolario, se dirige la sociedad á sus altos destinos por la senda de la investigacion filosófica. Una verdad es un árbol de muchos retoños. De una sola proceden infinitas. Negad que la nobleza es intrasmisible, y negais que sea intrasmisible la ignominia; ved si os atreveis á tanto delante del tribunal de la conciencia pública. La ignominia trasmisible! ¡Trasmisible á un hombre de bien la afrenta del crímen ó el castigo de su padre, su abuelo, su bisabuelo ó tatarabuelo! El mundo entero se rebelaria hoy contra tan espantosa preocupacion de otros tiempos.

No hay más que una mancha hereditaria, la del pecado de nuestros primeros padres, cuyo castigo sufrimos, y áun ésta *El Jesuita*, á fuer de ortodoxo, la cree como un artículo de fe, pero no se la explica. En vano lo pretenderia; la limitada inteligen-

cia del hombre se pára al llegar á las causas finales, á la causa de todas las causas.

* * *

Ya ves, lector, que *El Jesuita* no trata de discutir la legitimidad honrosa de ningun orígen, ni de empañar con el más ligero hálito la tersura de antiguos blasones, á pesar de que, si la nobleza de antaño se formó como la de ogaño, no para todos los títulos se encontrarian procedencias gloriosas. Agréguese á lo dicho que muchos actos, que en otro tiempo se consideraban meritorios, estarian muy léjos de obtener hoy la misma calificacion. Hechos hay que, atendidas las distintas aspiraciones de las épocas, se premiarian en otro tiempo, y hoy avergonzarian al que los concibiese. ¿Cómo, pues, se quiere trasmitir la gloria de un hecho que ha dejado de ser glorioso?

¿Sirve acaso la nobleza hereditaria para estimular á los descendientes de los grandes hombres á seguir las honrosas huellas de sus antepasados? Si se creó con dicho objeto, muy mal ha correspondido á la intencion la experiencia.

¿Ó tal vez se ha querido perpetuar en pergaminos de familia la memoria de varones eminentes?

La memoria de los que se han distinguido por hechos que merezcan ser recordados, tiene la humanidad entera por archivo: no necesita vincularse en una familia. ¿Acaso el nombre de Colon, el de Hernan Cortés, el del Gran Capitan, serian más ó ménos famosos de lo que son por tener ó por dejar de tener descendientes? ¿Acaso la posteridad olvidaria más pronto las hazañas del general Castaños, del general Espartero ó del general Leon, si no se hubiesen para ellos creado los títulos de duque de Bailén, duque de la Victoria y conde de Belascoain?

Qué título tenía Homero? qué título tenía Pompeyo?

Dónde están sus descendientes?

Sin títulos y sin herederos conocidos, sus nombres han atra-

vesado la densa capa de tiempo que les separa de nosotros, y en ellos se reflejará hasta el último rayo de luz con que el sol alumbrará los siglos.

Los que quieran trasmitir á la posteridad su nombre glorioso, procuren que sean gloriosos sus hechos, y la humanidad se encargará de registrarlos en sus imperecederos archivos.

Hasta ahora los títulos de los grandes hombres vinculados en su familia, no tanto sirven, salvas muy pocas excepciones, para recordar su grandeza, como para poner en evidencia la degradacion de su raza y la pequeñez de sus herederos.

* * *

La aristocracia de la sangre está en un error creyendo que no podrá prescindir de ella la córte del rey que viene. Se deja alucinar por la prosperidad de Inglaterra bajo la influencia de sus oligarcas.

Los grandes de España no son los lores de Inglaterra.

En Inglaterra, las grandes reformas liberales se deben á la nobleza;

En España, todos los progresos se han establecido á pesar de la nobleza.

En Inglaterra, la aristocracia, con la penetracion y cultivada inteligencia que distingue á los que la constituyen, ha ido transigiendo poco á poco, pero incesantemente, con las reformas reclamadas por las exigencias de las épocas, y, en lugar de oponerse á las ideas como un obstáculo, las ha abierto un álveo, por el cual corren con la suficiente libertad para no salirse de madre;

En España, la aristocracia, sin mirar el porvenir, se ha jugado el todo por el todo, y ha preferido, á una capitulacion honrosa con las aspiraciones populares, enarbolar bandera negra en las almenas del feudalismo, diciendo, como la Compañía de Jesus: *Sim ut sum aut non sim*, lo que equivale al inexorable *Non pos-*

sumus del cardenal Antonelli, y al *aut Cesar, aut nihil* de la familia de los Borjas. Sus transacciones con las aspiraciones de las épocas nunca han sido más que hechos aislados, y se han reducido á armisticios y treguas con objeto de ganar tiempo y aguardar una ocasion propicia para romper de nuevo las hostilidades y cargar á su adversario de cadenas cogiéndole desprevenido.

En Inglaterra el trono tiene en la aristocracia un escudo contra la anarquía popular, y el pueblo tiene en ella un escudo contra el despotismo monárquico;

En España, cuando la aristocracia se hallaba en la fuerza de su virilidad, el trono tenía en ella frecuentemente un cómplice de sus arbitrariedades, y tambien el pueblo tuvo en ella más de una vez un cómplice de sus insurrecciones.

En Inglaterra la aristocracia se bate en retirada; se reduce á una mera defensiva, como lo prueban las posiciones que, con mucha pena, pero sin retroceder jamás, va ganando el pueblo sucesivamente.

En España, cuantas veces se ha querido robustecer á la aristocracia, ha sido para que tomase la ofensiva y desalojase al pueblo de todas las posiciones que ha comprado con su sangre.

* * *

Todos los argumentos de analogía que se buscan al otro lado del Canal de la Mancha quedan invalidados por los caracteres que distingue nuestra aristocracia de la de la Gran Bretaña.

Prosigamos, lector, el paralelo.

Los nobles de Inglaterra, cuya prevision les ha mantenido siempre asomados al porvenir, si así puede decirse, y cuyo temperamento flemático les ha permitido estudiar con calma los sucesos del mundo sin ofuscar su razon, han seguido en la historia las evoluciones de la humanidad, y han llegado á comprender perfectamente sus progresivas tendencias.

Pronto se les alcanzó que el sol de la civilizacion iria desva-

neciendo una tras otra las nubes con que interceptaban sus rayos preocupaciones añejas; adivinaron el reinado de la inteligencia, y se convencieron de que el menoscabado prestigio de sus títulos sería al cabo insuficiente por sí solo para conservarles su preponderancia.

Para continuar siendo superiores á los demas procuraron aventajar á los demas en todo lo que da en el mundo una superioridad real; se esforzaron en ser en su país los más inteligentes y los más patriotas, y legaron á sus hijos su infatigable afan para dar á su poder un punto de apoyo sólido, capaz de contrarestar sin conmoverse las sucesivas exigencias de los tiempos.

Dotados de fortunas inmensas, las emplean en viajar, en instruirse, en enriquecer la humanidad con útiles descubrimientos, al mismo tiempo que deslumbran con su brillo á la más brillante aristocracia de los países que recorren, porque el orgullo que les inspira la conciencia de lo que realmente valen, no les permite ser en nada inferiores á nadie.

Tambien compiten alguna vez en relajacion con los aristócratas de los demas países; pero hasta á sus actos de vida airada dan cierto carácter de originalidad que, á los ojos de muchos, les hace pasar por extravagantes, por lo mismo que revela siempre un exceso de ingenio, un exceso de valor ó un exceso de desprendimiento que los hombres vulgares no saben concebir.

* * *

Tal es la aristocracia inglesa, esa aristocracia que uno de sus miembros más distinguidos, el ilustre Byron, hirió repetidas veces con sangrientos sarcasmos, sin duda para aguijonear y afectar su amor propio con objeto de obligarla á hacerse cada dia más digna de la poderosa influencia que ejerce en los destinos de su país y en los de todo el mundo.

El patriotismo es la primera virtud de los aristócratas de Inglaterra. El patriotismo es quien les inspira ese desprendimiento

de sus intereses y ese desprecio de la vida con que darian hasta la última guinea para librar á su patria de una bancarota, y la última gota de su sangre para borrar con ella sus afrentas.

Aunque se hallan desparramados entre los diversos partidos que luchan encarnizadamente, no es de temer que sacrifiquen jamás el bien de Inglaterra al espíritu de secta, ni que para resolver una cuestion interior dirijan jamás una mirada suplicante á una potencia extranjera. Los aristócratas ingleses, tan dispuestos á hacer intervenir su patria en los asuntos de los demas países para explotarlos á su favor, no consienten en los suyos ninguna intervencion ajena.

* * *

No aplaude *El Jesuita* esa política codiciosa de la Gran Bretaña trazada por la mano de sus nobles. Los ingleses lo refieren todo á su patria, como nosotros los hijos de Loyola lo referimos todo á nuestra Compañía; pues Inglaterra toda entera no es más que un jesuita múltiplo, que aplica á la política internacional aquella terrible máxima de la Órden, adoptada en estos últimos tiempos por la diplomacia prusiana: «Todos los medios son lícitos con tal que conduzcan al fin.»

En España los partidos, para asaltar el poder ó prolongar su dominacion, aplican la misma máxima á la política interior, que es lo peor que puede hacerse para desmoralizar y perder un país.

Nuestros nobles son la antítesis de los de la Gran Bretaña.

No alude *El Jesuita* á nadie en particular; entre nuestros nobles de raza los hay dotados de grandes virtudes, de inteligencia superior y de instruccion poco comun, así como entre los de Inglaterra algunos habrá tambien que carezcan de las relevantes prendas que adornan á la generalidad.

No ha sido solo la luz de la civilizacion, penetrando en las tinieblas de la sociedad, quien ha quitado á la aristocracia española su antiguo prestigio, fundado principalmente en preocupacio-

nes que pugnan con la sana razon. La misma conducta de los nobles, su petulancia, su exclusivismo y, sobre todo, su característica indolencia delante de los acontecimientos que debieran haberles obligado á ponerse al nivel de la ilustracion de todas las épocas para dominarlas con su inteligencia, al acercarse el reinado de ésta, las ha puesto en la dura necesidad de soltar el cetro por carecer de los requisitos precisos que la nueva manera de vivir de la sociedad les exigia para seguir empuñándolo.

En los tiempos que alcanzamos, toda aristocracia que no está fundada en una superioridad intelectual ó moral reveladas por los hechos, es un anacronismo rechazado por la conciencia pública, es una anomalía sin condiciones de vida y desarrollo en el porvenir, es un cadáver á quien se trata de tener y mantener en pié, no infundiéndole un nuevo espíritu para que se sostenga por sí mismo, sino aplicándole apoyos exteriores y resortes puramente artificiales.

* * *

La aristocracia de la sangre ya no es más que un nombre; la ha empujado y lanzado de su puesto la aristocracia del oro, y ésta al cabo será tambien reemplazada por la aristocracia de la inteligencia que, asociada á la virtud, es la única que establece distinciones reales entre los hombres sin excitar ninguna repugnancia. La aristocracia de la sangre era una ola que se ha estrellado ya en la playa, impelida por otra ola. Parte de ella ha sido absorbida por la arena para no reaparecer, y el resto ha ido á engrosar la ola sucesiva para confundirse con ella y estrellarse con ella tambien. Si los nobles conservan algun influjo, no lo deben á su calidad de nobles, sino á su calidad de ricos, y por eso, para vigorizar la antigua aristocracia, si fuese un órgano indispensable de nuestra máquina social, fuerza sería restablecer las vinculaciones. Los nobles, como nobles, nada absolutamente suponen; lo mismo que los individuos de las demas clases, ninguno de ellos

tiene en el mundo oficial más suposicion que la que le dan sus riquezas, ni más suposicion en el mundo no oficial que la que le dan sus obras.

* * *

No es seguramente el objeto del autor hacer la apología de la aristocracia del dinero. Demasiado sabe *El Jesuita* que ella es responsable de casi todos los males de la sociedad actual, que ha colocado el becerro de oro en el altar de todas las creencias.

Si la aristocracia de la sangre es incompatible con la razon, la del oro lo es con el sentimiento. Si el dominio de aquélla supone el entendimiento humano abismado en las tinieblas de la ignorancia, el dominio de la que le ha sucedido hiela el corazon con el frio metálico de los intereses materiales.

La una se alimentaba de preocupaciones y quimeras; la otra, para destruir quimeras y preocupaciones, ha desterrado todas las creencias. Hemos pasado del fanatismo al excepticismo.

Patria, ley, honor, humanidad, religion, son palabras que hoy carecen de sentido miéntras no se presten á alguna jugada de bolsa, miéntras no influyan en alguna cotizacion.

Pregunta, lector, lo que quieren á todas las clases de la sociedad, y te contestarán que quieren dinero. Con tal que se le dé dinero, apénas hallarás quien no esté dispuesto á creer ó á dejar de creer en política y religion lo que á cualquiera le dé la gana. Ya no hay creencias ni opiniones de balde. Los aventureros de hoy no forman cruzadas para redimir el Santo Sepulcro; todos se dirigen á las Californias. Rotschild es el Godofredo de la época.

* * *

Así, pues, atendido el estado de la sociedad, y en la imposibilidad de resucitar las preocupaciones á que debió la aristocracia de la sangre la importancia que tuvo, preciso sería para alentarla hacerla, por medio de las vinculaciones, constante señora de

la propiedad y la riqueza, como en Inglaterra. Pero, bien considerado todo, con semejante procedimiento no se la vivificaria, sino que se la acabaria de matar trasformándola. Restableciendo los mayorazgos, no se conseguiria más que convertir la aristocracia de la sangre en aristocracia del oro, refundiéndola en ésta. Viviria por su riqueza, no por sus títulos.

Cuando la aristocracia de la sangre se hallaba en su apogeo, la calidad de noble servia para hacerse rico.

Hoy, que se halla en su apogeo la aristocracia del oro, la calidad de rico sirve para hacerse noble, lo que, por más que algunos digan lo contrario, es un progreso, es una de las evoluciones fatales que ha tenido que describir la humanidad en su marcha gradual, pero siempre ascendente, para irse aproximando á su término.

No podia la sociedad abatir las preocupaciones sino arrollando con ellas las creencias; no podia oponer á las quimeras sino el más extremado positivismo; no podia llégar al reinado de la inteligencia, no podia atravesar el Rubicon que separa la verdad de la mentira, sin levantar un puente de oro y plata.

Miéntras tanto, el camino que conduce á la aristocracia se ha ido ensanchando y allanando de tal suerte, que ya no hay nadie, absolutamente nadie, que no pueda aspirar á ella.

No hay ya un pecado original que impida al hombre ennoblecerse; ya no hay humildad de cuna ni vicios de linaje que se opongan como un insuperable obstáculo á alcanzar un puesto entre los más encopetados aristócratas.

Desgraciadamente, el camino es más accesible al crímen que á la virtud, y á la intriga y servilismo que al verdadero mérito y á la elevacion de miras. Un hombre de bien, dotado de laboriosidad y talento, encuentra harto frecuentemente en su conciencia honrada el escollo de sus pretensiones. Pero cuando llegue un dia, que llegará, en que al hombre se le considere por su capacidad y á la capacidad por sus obras; cuando el cetro, que tomó el asentista de la mano del noble, pase á la del más sabio y más vir-

tuoso, entónces, así como ahora, para dar prestigio á la aristocracia, sería preciso obligarla á ser rica, se la obligará á ser inteligente y benéfica.

* * *

Si los niveladores más rigurosos y extremados, los que no admiten en el órden social más desigualdades que las establecidas por la misma naturaleza, para que la sociedad pueda desempeñar las complicadísimas funciones que tiene encomendadas, hubiesen pasado por los inmensos campos de la humanidad el rastrillo de sus doctrinas, no hubieran abatido tanto y tan definitivamente á la aristocracia de la sangre como la han abatido, con los mismos medios que han empleado para levantarla, casi todas las administraciones que se han sucedido en España desde la muerte de Fernando VII.

Tan cierto es que la sociedad es autonómica, que se gobierna por ciertas leyes propias, anexas á sí misma, contra las cuales nada pueden las voluntades individuales ni los caprichos de los partidos.

Tan cierto es que hacen progresar á la humanidad los esfuerzos mismos que se emplean para hacerla retroceder.

Tan cierto es que cuando una institucion humana, cuando un órden de cosas ha muerto en los espíritus, no se levanta jamás de esa tumba que tiene por lápida la conciencia pública.

* * *

En vano se evoca el cadaver de la aristocracia; no basta, para resucitarle, echar léjos su sudario y ponerle un vestido de gala. La aristocracia nunca será más que un muerto disfrazado de vivo; nunca será más que un cuerpo sin alma, por más que algunos se hagan la ilusion de que podrán dar alma al esqueleto de la nobleza de la sangre pegándole la carne de la nobleza del dinero.

No se rehace la aristocracia antigua mezclando y revolviendo dentro de un mismo receptáculo hidalgos y banqueros.

¿Sabes, lector, la monstruosa amalgama, la repugnante mistura que resultaria de esa extraña combinacion de fantasías y positivismo, de preocupaciones y de incredulidad, de blasones y guarismos, de espadas y varas de medir, de títulos de nobleza y títulos del tres por ciento?

Exhumadores del pasado! la aristocracia ha muerto, y vosotros habeis contribuido á acelerar su muerte con los mismos cordiales que la habeis suministrado para hacerla revivir. Vivia de su prestigio tradicional, de ese rancio prestigio que debia á la antigüedad misma de su orígen perdido en la noche de los tiempos, y habeis destruido ese prestigio.

Habeis obrado, sin pensarlo, de acuerdo con el mismo pueblo, cuya obra de demolicion habeis favorecido á pesar vuestro.

Y ni vosotros ni el pueblo lo sabíais! Oh Providencia!

Habeis prodigado los títulos de nobleza, que era lo mejor que podíais hacer para desacreditarla. El que en estos últimos tiempos no ha adquirido un título, bien puede asegurarse que no lo ha solicitado con mucho empeño. Apénas ha habido escaramuza que no se haya premiado con un título; apénas ha habido millonario que no se haya hecho conde ó marqués, cualesquiera que hayan sido los medios que para hacerse millonario haya empleado. Todo se ha premiado con títulos, hasta las derrotas, y algunos han recaido en personas tan poco dignas, que algunas veces se ha podido dudar si su título era un premio ó un castigo.

Habeis creido, sin duda, dar alma á la aristocracia dándola cuerpo, y no habeis conseguido más que consumir más pronto su escasa vitalidad, obligando á ésta á desparramarse y extenderse, en lugar de concentrarse todo lo posible para resistir las influencias de la época. Esa hipertrofia ó, por mejor decir, esa hinchazon del cuerpo aristocrático, le ha sido fatal. Cuanto más lo extendeis, más lo debilitais, como es natural y lógico.

« La encina á medida que crece, se ahueca, » dice Víctor

Hugo hablando del monstruoso desarrollo del Imperio romano.

Hé aquí lo que á la aristocracia ha sucedido; se ha ahuecado.

* * *

Las épocas en la vida de la humanidad son no más que estaciones que no vuelven.

Cada cual tiene sus plantas, sus flores y sus frutos, y sólo artificialmente se consigue hacer dar á una estacion las plantas, flores y frutos que correspondan á otra.

La aristocracia, que alguna vez se ha intentado restablecer, no era una planta de esta época; sus flores hubieran sido inodoras, sus frutos insípidos. El calor que se podia dar á esa planta en un invernáculo no era el calor del sol, y la tierra en que se la plantaba para que tomase su savia, no estaba abonada con las preocupaciones que en otro tiempo la nutrian.

Á pesar de eso, hay quien teme todavía, y tambien hay quien desea, que vuelva á ser lo que fué en otro tiempo. Hay todavía quien cree que el cuerpo inanimado del Campeador, atado á la silla de su caballo y cubierto con toda su armadura, amedrentará á los moros é inspirará aliento á los cristianos.

* * *

En uno de los períodos más reaccionarios del reinado de Doña Isabel II se pensó muy seriamente en rehabilitar la nobleza hereditaria antigua, para dar con ella al trono un poderoso apoyo. La idea no debia ser rechazada por ningun partidario de la monarquía conocedor del organismo monárquico. Se necesita ser progresista español de estos tiempos, es decir tonto de capirote, para hablar de monarquía democrática. Si hubiese entre los *leaders* del progresismo uno siquiera que para hacerse un mediano etimologista hubiese saludado el griego, al oir aplicar á una mo-

narquía la calificacion de democrática no hubiera podido contener la carcajada ante tan absurda implicacion de términos.

La forma monárquica no es una condicion de normalidad de las sociedades humanas, las cuales sin ella pueden constituirse y desenvolverse regularmente, más regularmente tal vez que con ella; pero una monarquía hereditaria no se puede consolidar sin una aristocracia tambien hereditaria.

La monarquía hereditaria es esencialmente jerárquica, llevando consigo la idea de superioridad de condiciones congénitas, de las cuales la más elevada es la del mismo monarca. Así lo han reconocido los monárquicos mismos de la Revolucion de Setiembre, que, pretendiendo fundar una dinastía sobre las ruinas de la que ellos mismos derribaron, al mismo tiempo que echaron á volar la idea de una monarquía democrática, buscaron, para sentarlo en su democrático trono, un príncipe de la sangre.

Por qué nó un ciudadano cualquiera?

Sin duda porque creen en desigualdades de orígen, en nobleza de cuna, en derechos de algunos hombres sobre los demas, vinculados en unas cuantas familias. No puede ser otra cosa.

Pero entónces, por qué se llaman demócratas?

Ahí verá usted.

* * *

Reconocida, aunque no sea más que en un solo individuo de la especie humana, la superioridad de su orígen respecto de los demas, queda sentado el principio de la desigualdad de condiciones congénitas entre los diversos hombres, que es precisamente el fundamento de la nobleza hereditaria. Esta es pues una consecuencia lógica del principio monárquico. El rey es el primer aristócrata, y él mismo, no reconociendo la superioridad de orígen de ciertos magnates respecto de las clases inferiores, niega la superioridad del suyo.

Por más que la nobleza hereditaria sea una invencion absur-

da de la vanidad y del satánico orgullo de la raza humana; por más que sea una supersticion irreconciliable con el resultado de todas las investigaciones antropológicas, con el espíritu del Génesis, con la dignidad individual y con la razon humana, la lógica obliga á aceptarla desde el momento que se acepta el principio de la monarquía hereditaria.

Un trono fundado en el derecho de sucesion ó herencia no puede, por popular que sea, prescindir de la nobleza de la sangre.

El pueblo, que rara vez ó nunca se halla en contacto ó relacion directa con el trono, perderia al cabo la costumbre de respetar al rey por la excelsitud de su orígen, único á que debe su autoridad suprema, si no tuviese siempre delante la desigualdad de condiciones. Esta desigualdad se la recuerdan incesantemente los altos dignatarios, que pasan al parecer incesantemente por delante de sus ojos para que no olvide que es de un órden inferior al suyo y que les debe, por consiguiente, sumision y obediencia.

Al que se acostumbra á quitarse el sombrero, sin reciprocidad de saludo, ante un duque ó un marqués, se le resiste ménos doblar la rodilla ante un monarca, que al que ha contraido el hábito de tratar como iguales á todos sus semejantes.

Las mentiras y las supersticiones y farsas necesitan, para no caducar, estar en ejercicio permanente.

Hay muchos respetos, que repugnan á la naturaleza, adquiridos á fuerza de hábito. *Habitus secunda est natura.*

La aristocracia de la sangre sirve para mantener al pueblo en los hábitos de servilismo, propios de una sociedad monárquica.

Son muchas las tonterías que tienen su objeto aunque no lo parezca, y la nobleza de la sangre es una de tantas.

Pero los partidarios de la monarquía hereditaria no pueden decir que la nobleza de la sangre repugna á la razon, sin decir que repugna tambien á la razon la monarquía hereditaria. El rey, como se ha dicho, es el primer aristócrata, y sólo porque es el primer aristócrata es rey. Hablad pues de monarquía demo-

crática, señores demócratas monárquicos, pero ántes responded á esta pregunta: Si la dinastía que acabais de fundar se consolida, ¿á qué deberán su trono los descendientes del rey que viene, más que á la nobleza de su sangre? ¿Á qué, señores revolucionarios de Setiembre, lo hubiese debido el príncipe Alfonso si no le hubiese impedido heredarlo una revolucion que, una de dos, ó es injustificable, ó quedan de antemano justificadas todas las revoluciones que se hagan para derribar lo que vosotros habeis fundado?

* * *

Mas no nos separemos de nuestro tema.

El trono tiene necesidad de un apoyo sólido, seguro, firme, y este apoyo no puede encontrarlo en la opinion del pueblo, que es naturalmente tornadiza. Por eso lo busca en una aristocracia que se confunde con él mismo por la comunidad de su orígen, en la aristocracia de la sangre, en una aristocracia que haya echado en la tradicion hondas raíces. Así se explica cómo una aristocracia es tanto más prestigiosa cuanto es más antigua, por más que la razon parezca estar de acuerdo con el célebre Alfonso Karr, que sostiene que la nobleza de una familia debiera ir decreciendo á medida que se aparta de su orígen. Pero Alfonso Karr no se fijó en que, tratándose de instituciones absurdas, lo más lógico es lo más contrario á la lógica.

El tiempo mejora la calidad de la sangre como la del vino. La nobleza es tanto mejor, y afecta tanto más vivamente la imaginacion del pueblo, cuanto es más antigua. Es difícil que el vulgo no se resista á considerar como noble, por más títulos que se le adjudiquen, al que ha nacido plebeyo.

Así vemos que los nobles de nuevo cuño no omiten ningun medio para referir su nobleza á tiempos remotos. Cierto marqués, primero de título, hizo registrar en Asturias todos los archivos para hacerse descendiente de un conde de los tiempos de Mari-

Castaña, y lo consiguió, consignándose tan importante descubrimiento en un libro titulado *Blason de España*, y tambien en el siguiente romance del *Jesuita* dedicado á dicho libro:

Blason de España se llama
un libro muy importante,
destinado á dar impulso
á las ciencias y á las artes.
Con este libro en la mano
resuelve el que ménos sabe
los insolubles problemas
políticos y sociales.
Me rio de los ingleses
y franceses y alemanes,
que nos dan obras inútiles
que nada enseñan á nadie.
Me rio del que las aguas
apartando de su cauce,
á apagar la sed las fuerza
de comarcas muy distantes.
Me rio del misionero
que va á buscar entre cafres,
predicando el Evangelio,
una corona de mártir.
Me rio del que estudioso
consigue, á fuerza de afanes,
arrebatar con la ciencia
el rayo á las tempestades.
Me rio del que, cansado
de los caprichos del aire,
confiere al vapor su empleo
y á él le deja cesante.
Me rio del que concibe
el plan de que se taladre
un istmo, para en contacto
poner dos distintos mares.
Me rio del que por medio
de telegráfico cable,

en el Océano echado,
dos continentes hermane.
Me rio del que la lira,
pulsando inspirado vate,
muestre á los pueblos abyectos
una libertad que nace.
Me rio del que, creando
nuevas industrias, alcance
á dulcificar la suerte
de menesterosas clases.
Son *vanitas vanitatum*,
vanidad de vanidades,
las concepciones humanas,
quantum in rebus inane!
Hay un libro, sólo un libro
verdaderamente grande,
que en un tomo con la Biblia
es digno de encuadernarse.
Blason de España se llama
un libro tan importante,
destinado á dar impulso
á las ciencias y á las artes.
Su autor ó autores, que al cabo
son autores singulares,
aunque en plural se les nombre,
saben singularizarse.
Por árboles genealógicos
permitid que se encaramen;
vereis que dejan debajo
hasta á los primeros padres.
Son químicos consumados
que, analizando la sangre,
del prójimo la nobleza
miden por onzas y adarmes.
No hay átomo nobiliario
que á su análisis escape;
por sólo el olor distinguen
cualquier vicio de linaje.
Sabe, pues, lector benévolo,

que, sujetando á su exámen
detenido y concienzudo
la sangre de los Pidales,
en ella hallaron partículas
de un *Pitalis* arrogante,
que fué conde *in illo tempore*,
segun datos innegables.
Oh lector! no te hagas cruces,
como diz que se las hacen
los astures que han leido
un libro tan admirable.
¿De Pidal no revelaban
la estirpe sus pulcras frases,
sus delicadas maneras,
su elevacion de carácter?
¿Qué hay de comun entre Pedro
y el aguador que me trae
el licor de la Cibéles
para beber y afeitarme?
Creo que en lo sucesivo
los periodistas mordaces,
para quienes es Don Pedro
improvisado magnate,
dirán, como Beranger,
siempre que Don Pedro pase:
—*Chapeau en bas*, porque de conde
sangre en sus arterias late,
y espero que con el tiempo
se levante una pirámide
á los químicos ilustres,
con cuyas sábias análisis
se resuelven los problemas
políticos y sociales.

* * *

Gran menoscabo ha sido para la institucion monárquica, que necesita apoyarse en una aristocracia vigorosa, la decadencia de la antigua nobleza, la cual por su culpa, por no haberse en Es-

paña puesto, como en Inglaterra, al servicio de la libertad, por no haberse sabido apoderar de la iniciativa popular, por no haberse dado una educacion política que la permitiese manejar con destreza las dos armas más poderosas de los tiempos modernos, que son la prensa y la tribuna, ha quedado relegada á un segundo ó tercer término. ¿Qué importa que en algunos períodos del régimen constitucional se haya contado con ella para la organizacion de una Cámara Alta? ¿Qué importa que algunos de sus individuos, como el conde de Toreno, el marqués de Molins, el duque de Rivas y otros varios que podríamos citar, figuren dignamente en el cuadro de nuestros primeros literatos y oradores? Se necesitaba más, mucho más; se necesitaba que la alta aristocracia, poseedora aún de una buena parte de la riqueza territorial, ya que por esta sola circunstancia llevaba para instruirse dos pasos de ventaja á las demas clases, como diria el ilustre Pelletan, no dejara á nadie que se la antepusiera. Necesitaba ser, como en Inglaterra, una aristocracia cuyos individuos en general valieran bajo todos conceptos más que los de las demas clases.

* * *

Si la antigua grandeza tuviese en España la importancia que tiene en Inglaterra, si influyese en la manera de ser del país, si fuese un elemento político, una rueda de la máquina social, un órgano de la economía, si representase la mayor riqueza territorial y se confundiese su historia con la de todos los progresos en las diferentes esferas de la actividad nacional, su retraimiento de la córte del nuevo rey sería algo más que un *coup d'effet*, algo más que un golpe teatral; sería para el nuevo rey una verdadera causa de desesperacion.

Porque la institucion monárquica carece de prestigio si no resume en sí las gloriosas tradiciones que componen la epopeya de un país, y ésta es otra de las poderosas causas que convierten en una utopia el propósito de aclimatar una nueva dinastía.

Y un trono no se presenta á la imaginacion popular como síntesis de las pasadas glorias de una nacion, si no se prestan á reflejar en él sus resplandores los grandes nombres históricos. Convengo, lector, contigo en que todo eso tiene mucho de fantástico; pero ¿querrás decirme lo que quedaria de la institucion monárquica si se la privase de toda su parte de fantasmagoría?

Seguramente la máquina política no dejará de funcionar por no intervenir el elemento aristocrático en el juego de las instituciones, pues su accion en España era ya, desde mucho tiempo, casi nula por culpa de la aristocracia misma, que, parapetada en su pasado, no se cuidó de templar sus armas para tomar parte en las luchas de la inteligencia que hubieran asegurado su porvenir. No tomó en el presente las posiciones debidas, y dejó que otros las tomasen. No supo amoldarse á tiempo á las sucesivas exigencias de las épocas, y la ha sucedido lo que al hidalgo Don Máximo de Ortega, cuya lamentable historia es la siguiente:

El hidalgo Don Máximo de Ortega,
prendado de su casa solariega,
que, por su antigüedad, de su prosapia
el lustre reflejaba en cada tapia,
no quiso en ella hacer ningun reparo,
y su empeño tenaz le costó caro.
Era un gran caseron, un edificio
que contaba mil años de servicio;
mas, si bien en su edad de adolescencia
fué un símbolo elocuente de opulencia
y halagó de sus dueños la altivez,
quedó al fin achacoso en su vejez,
y el aspecto exterior que presentaba,
su ruina ya muy próxima anunciaba.
En vano, al ver su deplorable estado,
un hombre en la materia consumado,
un médico de casas ó arquitecto,
á quien llamó Don Máximo al efecto,
recetó al caseron la medicina

más eficaz para evitar su ruina.
—Es fuerza reponer los piés derechos,
dijo al hidalgo, y renovar los techos,
sin cuyo indispensable sacrificio
pronto se vendrá abajo el edificio.—
Tan buen consejo rechazó imprudente
Ortega, enamorado ciegamente
de unos techos cubiertos de molduras
y adornos y antiquísimas pinturas,
viendo en ellos el campo en que el pincel
disputaba su mérito al cincel.
Pocos meses despues, una tormenta
de lluvia y viento, que estalló violenta,
echó abajo la casa mal segura,
y en ella halló el hidalgo sepultura.
Casi, lector, me alegro..... ¡qué obstinado
es todo partidario del pasado!
No ménos torpes que el hidalgo son
los contrarios de toda innovacion.
Quieren con sus arrugas y pelucas
salvar instituciones ya caducas,
y piensan sostenerlas temerarios
sin hacer los reparos necesarios,
ni querer renovarlas á medida
que va siendo inminente su caida.
Luégo de la opinion un soplo leve
á removerlas basta y las conmueve,
y si, por cualquier causa, aliento toma,
la opinion es tormenta y las desploma.

* * *

Pero aunque la antigua alta aristocracia, por su caducidad, de que ella se tiene la culpa, no ejerza una influencia marcada en la manera de ser de la sociedad española; aunque su presencia alrededor del trono sea no más que una cuestion de puro aparato, como casi todo lo que á la institucion monárquica se refiere, su

retraimiento de la córte del nuevo rey dejará un vacío en ella que será preciso llenar de un modo ú otro.

Y cómo? Se creará una *nueva* aristocracia antigua?

Porque eso es precisamente de lo que se trata. No se trata de restaurar, sino de *hacer una pintura vieja*, de hacer pintar por los pintores del dia un cuadro que sea de Rafael. No se trata de crear una aristocracia nueva, sino de crear de nuevo una aristocracia que sea ya vieja al nacer. Se trata de un imposible. Se trata de buscar quiénes representen las glorias de los Tellos, Haros y Girones, sin llevar esos grandes apellidos, vinculados en determinadas familias.

Si al ménos el nuevo rey entrase en España como conquistador, podria repartir entre sus capitanes los terrenos conquistados y convertir á cada uno de ellos en tronco de una familia grande y poderosa, fundando así muchos y muy pingües mayorazgos. Podria seguir el ejemplo de Napoleon I, del mismo modo que éste siguió el de Alejandro, imitando artificiosamente, como diria M. Thiers, una aristocracia con una democracia.

Pero ahora, á falta de materiales, como los de los grandes conquistadores, ¿con cuáles otros formará el nuevo rey la aristocracia que ha de rodear su trono? La sacará de la Tertulia progresista? Hará condes, marqueses y duques á todos sus socios? Podrá el nuevo rey, como Enrique III de Francia, crear mil nobles por medio de una sola pragmática. El procedimiento tendria la ventaja de ser de un carácter generalizador perfectamente progresista. Nos recordará el año 1843, en que se confirió la cruz de San Fernando á todos los milicianos nacionales que habia en Madrid durante el sitio que le puso el general Narvaez, sitio que figurará en la historia al lado del de Zaragoza, del de Gerona, del actual de París y hasta al lado del de Troya. El bombo progresista puede mucho.

* * *

La Tertulia progresista es ó será un plantel de grandes de España. La creacion parecerá algo bizantina, pero será muy divertida. ¿Quién mejor que el partido progresista puede representar en España las grandes glorias antiguas y modernas, las grandes virtudes, la gran propiedad y la gran inteligencia? Pues qué! ¿ha habido en España algun grande hombre que no haya sido progresista? Progresistas eran, tan progresistas como Calvo Asensio y Rojo Arias, Daoiz y Velarde y todos los héroes de la guerra de la Independencia; progresistas Quevedo, Lope de Vega, Calderon de la Barca y todos los grandes escritores de la edad de oro de nuestra literatura; progresista Cervantes, progresista Ercilla, progresista Murillo, progresista Velazquez, progresista Hernan Cortés, progresista Colon, progresista Gonzalo de Córdoba, progresista el cardenal Cisneros, progresista Viriato, progresista Santa Teresa de Jesus, progresistas en fin todos los que han resplandecido en el mundo por su virtud, por su valor ó por su ciencia. Si Jesucristo hubiese tardado en venir á redimirnos diez y ocho siglos y medio más, hubiera sido socio de la Tertulia progresista, y amigo de Madoz, y cortesano de Prim, y admirador de Ruiz Zorrilla, y por ende acérrimo aostino, y tal vez jefe de negociado en el ministerio que tiene á su cargo el consecuente liberal D. Práxedes.

* * *

Desgraciadamente no será mucho lo que el nuevo rey podrá repartir entre los tertulianos para que su fortuna corresponda á su título, porque ya ellos mismos se han repartido todo lo repartible, y la mayor parte, confiando en lo inagotable de la mina, lo ha gastado todo en francachelas. La nueva córte promete, pues, ser bastante *cursi*, y como los recien ennoblecidos no podrán pagar lanzas y medias annatas, será preciso, para no privar al Tesoro de esta pingüe renta impuesta sobre la vanidad, recurrir al expediente, á que se ha recurrido ya alguna otra vez, de obligar á los ricos á ennoblecerse á la fuerza.

Pudiendo el rey ennoblecer á quien le dé *la real gana*, podrá, para vengarse de la antigua grandeza que se niegue á dar brillo á su córte, contestar como Mazarino: *Je ferai tant de ducs qu'il será honteux de l'etre et honteux de ne l'etre pas.*

Y los antiguos nobles no podrán siquiera, para desfogar sus iras, repetir las elocuentes palabras de Mirabeau, cuando se lamentaba de que los ricos pudiesen decir como Fouquet: *Nous avons le tarif de toutes les vertus.* «Los grandes propietarios, exclamaba el inmortal tribuno, ocupan todas las posiciones; la autoridad en manos de un advenedizo le vuelve insolente, y, aunque no lo fuese, pareceria que lo es. Un insolente ennoblecido tiene las maneras de un déspota absoluto.»

* * *

Pero nó, no es siquiera la aristocracia del oro la que reemplazará á la antigua nobleza de la sangre en la córte del nuevo rey, si éste se somete á las influencias de una camarilla progresista. El oro, al fin y al cabo, ya que no sea la civilizacion misma, es un poderoso medio de civilizacion, si bien una aristocracia, fundada exclusivamente en la riqueza, desmoraliza los Estados. *Postquam divitiæ honores esse cæperunt, et eas gloria, imperium, potentia sequebatur, hebescere virtus, pauperies probo haberi, innocentia pro malevolentia duci cæpit,* dice Salustio. Y, en efecto, donde todo se da á la riqueza, no se da nada á la virtud, y la pobreza se considera un crimen, y mueren por falta de estímulo todos los buenos instintos. Harto elocuentemente nos lo dice el estado de la sociedad actual.

Algo peor que la del oro es la aristocracia que nos amenaza. Nos amenaza una irrupcion parecida á la de los bárbaros, como si estuviese próxima á realizarse la profecía del gran Jovellanos:

> «Faltó el apoyo de las leyes: todo
> se precipita. El más humilde cieno
> fermenta y brota espíritus altivos,
> que hasta los tronos del Olimpo se alzan,

Qué importa? venga denodada, venga
la humilde plebe en irrupcion, y usurpe
lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
clases ni estados. Si la virtud sola
les puede ser antemural y escudo,
todo sin ella acabe y se confunda.»

Acaso no suceda nada de lo que se teme. Esperemos. El nuevo rey no tardará en llegar, y si, como generalmente se dice, viene animado de sanas intenciones, si viene á burlar las esperanzas de los merodeadores políticos que se figuran que trae el propósito de prolongar la actual dominacion y el actual desórden, bueno será que encuentre ya organizado y en disposicion de entrar en campaña al partido decente, que es quien podrá prestarle un eficaz auxilio para librar á España del yugo progresista, que se ha hecho ya insoportable.

Ay del nuevo rey si cede á la presion de la Tertulia!

No olvide que el partido decente adquirirá, á pesar de todos los obstáculos, un desarrollo que sería inútil intentar contener, ni con violencias ni con amenazas. Es el mismo partido de la guerra de la Independencia.

CAPÍTULO V.

EL PARTIDO DE LA INICIATIVA Y EL PARTIDO DE LA RESISTENCIA.

Paz á los que fueron, y á lo hecho pecho!

El Jesuita, lector, te suplica que, ántes de entrar en el asunto que es objeto de este capítulo, le permitas hacerte una advertencia y algunas observaciones que le sugieren circunstancias del momento.

La advertencia se reduce á manifestarte que *El Jesuita*, á no ser que interrumpan sus tareas los achaques que debe, más que á su vejez, á las grandes tribulaciones con que han atormentado su existencia los odios y las iniquidades de los partidos, tiene siempre á disposicion de los cajistas bastante original adelantado. Cuando fueron entregadas al editor las últimas cuartillas del artículo precedente, no habian sobrevenido dos causas capaces de absorber por sí solas toda la atencion pública. Una de ellas es la muerte del general Prim, asesinado dentro de su coche por cierto número de desconocidos, cuyo paradero no se ha descubierto hasta ahora, y el otro la entrada en Madrid del duque de Aosta, que hace ya algunos dias que ha tomado posesion del palacio de la plaza de Oriente, cuyas puertas le han abierto algunos de los mismos que en él doblaron más de una vez la rodilla y arquearon el espinazo ante la excelsa majestad de Doña Isabel II, que les colmó de mercedes. Es posible que su prodigalidad haya con-

tribuido mucho á su ruina. Crió cuervos y la sacaron los ojos. No sabía acaso que eran cuervos? *El Jesuita* sí, lo sabía y lo decia, pero no quisieron oirle.

Parece que en España el trono y el pueblo han apostado á cuál de los dos era más tonto. Los mismos que engañan y explotan al trono, son siempre los que engañan y explotan al pueblo, y á costa de uno y otro ellos hacen grandes negocios; al paso que el que poco ó nada debe ni al pueblo ni al trono y les sirve con inteligencia, abnegacion y lealtad, es víctima de los dos. Pero á la corta ó á la larga las verdaderas víctimas son el trono y el pueblo. Es muy justo. Los crímenes quedan impunes alguna vez; las tonterías nunca dejan de encontrar su merecido.

Confiesa con toda sinceridad *El Jesuita* que, si tuviera ahora que volver á escribir lo que lleva escrito de este libro, lo escribiria de otra manera, pero sin alterar en el fondo ninguno de sus conceptos y apreciaciones. Adoptaria otro estilo ménos cáustico; guisaria los mismos manjares con otros condimentos. Suprimiria la pimienta y otras especias demasiado excitantes.

Pero ni la muerte del general Prim, ni la presencia en la capital de España del duque de Aosta, ya rey de hecho, si bien obligan al *Jesuita* á guardar ciertas consideraciones á que no faltará, pueden alterar en lo más mínimo el fondo de su conciencia, con la cual se asesora siempre ántes de formular sus juicios. No retracta ninguno de los que ha emitido. Sinteticémoslos.

* * *

El *Jesuita* sigue creyendo que no debieron hacer la Revolucion de Setiembre de 1868, en el caso de hacerla alguien, los que la hicieron.

El *Jesuita* sigue creyendo que los principales caudillos de la Revolucion de Setiembre no ofrecian por sus antecedentes ninguna garantía á la libertad, porque la habian combatido, con gran ventaja para su medro personal, en la persona del general

Espartero en 1843, y en distintas ocasiones entraron en el reparto del botin cuando la reaccion se disputaba los despojos del pueblo acuchillado.

El *Jesuita* sigue creyendo que el que es ingrato con el trono á quien debe todo lo que es, no dejará, si su ambicion lo exige, de ser traidor al pueblo.

El *Jesuita* sigue creyendo que el pueblo es tonto de capirote.

El *Jesuita* sigue creyendo que nadie se ha hallado nunca en mejores condiciones que los hombres de Setiembre para hacer mucho á favor de la libertad, y que nadie ha hecho ménos que ellos.

El *Jesuita*, que llama gobiernos de partido, no á los que gobiernan en conformidad con los principios de un partido porque opinan que éstos son los más propios para labrar la felicidad del país, sino á los que, en lugar de servir al país, sirven los intereses de un partido ó los suyos personales, sigue creyendo que los gobiernos de partido son siempre malos, pero que el peor de los gobiernos de partido es un gobierno progresista.

El *Jesuita* sigue creyendo que los progresistas del dia no saben ni lo que es libertad ni lo que es órden, y que, con ellos en el poder, no son posibles ni el órden ni la libertad.

El *Jesuita* sigue creyendo que cuanto se dice acerca de los defectos del partido progresista es una verdad, y que cuanto se dice acerca de sus virtudes es una mentira.

El *Jesuita* sigue creyendo que un partido que, hallándose en el poder, deja impunes asesinatos como el del infeliz Azcárraga, está incapacitado para regir los destinos de una nacion medianamente culta.

El *Jesuita* sigue creyendo que todos los prohombres del progresismo son hijos del bombo.

El *Jesuita* sigue creyendo que los dos hijos del bombo que ha habido en España más funestos á la libertad y á la patria, en cuyo nombre no se han servido más que á sí mismos, son D. Juan Prim y D. Salustiano Olózaga.

El *Jesuita* sigue creyendo que al lado de los primeros espadas

del Parlamento español, es decir al lado de Castelar, de Rios Rosas, de Calderon Collantes, de Pí y Margall, de Gonzalez Bravo, de Posada Herrera y otros tantos que se podrian citar, Don Salustiano ha quedado reducido á la importancia de un media cuchara, sucediéndole lo que á los antiguos jugadores de billar más famosos, que, acostumbrados al taco seco, tuvieron que meterse debajo de la mesa cuando aparecieron otros maestros, hábiles en el manejo del taco de suela.

El *Jesuita* sigue creyendo que el vencedor de África no es el general D. Juan Prim, sino el general D. Leopoldo O'Donnell.

El *Jesuita* sigue creyendo que, por la indiscrecion é impericia de D. Juan Prim, el ejército español sufrió en Castillejos una derrota, que D. Leopoldo O'Donnell, con su inteligencia y echando el resto, supo convertir en una victoria.

El *Jesuita* sigue creyendo que el título de conde de Reus no pertenecia de derecho á D. Juan Prim, sino á su vencedor Don Martin Zurbano.

El *Jesuita* sigue creyendo que en todas las épocas, y muy especialmente en las que son de grave apuro para el Tesoro, los que salen del poder más ricos que cuando entraron en él, no son hombres de bien.

El *Jesuita* sigue creyendo que los cimbrios son demasiado monárquicos para republicanos y demasiado republicanos para monárquicos.

El *Jesuita* sigue creyendo que D. Segismundo Moret es un mozo de muy buena figura y que habla admirablemente, pero que, con todas sus prendas físicas y sus delicadas frases, no impedirá que la Hacienda pública se hunda en el abismo de la bancarota.

El *Jesuita* sigue creyendo que el que viste de prestado se expone á que le dejen en cueros en medio de la calle, lo que es terrible con el frio que hace, y sigue creyendo tambien que los empréstitos son pan para hoy y hambre para mañana.

El *Jesuita* sigue creyendo que el nepotismo es lo que hay en

una nacion más ruinoso y más desmoralizador, y que el nepotismo de una situacion progresista es peor que el de una situacion moderada, porque recaen todas las ventajas sobre gente inepta, que es casi la única de que el partido progresista se compone.

El *Jesuita* sigue creyendo que la empleomanía es uno de los efectos, y no una de las causas, del mal estado del país. La empleomanía no es una enfermedad, sino un síntoma.

El *Jesuita* sigue creyendo que no se hará desaparecer el síntoma sino haciendo desaparecer la enfermedad.

El *Jesuita* sigue creyendo que estamos tan mal que no podemos estar peor.

El *Jesuita* sigue creyendo que el mal no tiene cura.

El *Jesuita* sigue creyendo que se ha perdido la nocion del bien y del mal.

El *Jesuita* sigue creyendo que se ha perdido la vergüenza.

El *Jesuita* sigue creyendo que todo debe ser decente, hasta la libertad.

El *Jesuita* sigue creyendo que los que en nombre del órden menoscaban la libertad, hacen ménos daño á la libertad que al órden, y los que en nombre de la libertad menoscaban el órden, hacen ménos daño al órden que á la libertad.

El *Jesuita* sigue creyendo que los que, como los progresistas del dia, invocan sin cesar la libertad contra el órden y el órden contra la libertad, y echan á reñir á aquél con ésta y á ésta con aquél, crean una situacion insoportable que, por poco que se prolongue, obliga, para salir de ella, á los verdaderos ordenistas y verdaderos liberales á refugiarse en un pasado caduco ó en un porvenir desconocido.

El *Jesuita* sigue creyendo que los desmanes, iniquidades y sandeces de los revolucionarios de Setiembre han centuplicado las fuerzas del absolutismo y del republicanismo.

El *Jesuita* sigue creyendo que las personas decentes se preocupan ménos de las hogueras del uno y de las guillotinas del otro que de la *Partida de la Porra*, no obstante ser ésta un mito.

El *Jesuita* sigue creyendo que un preso, por criminal que sea, es sagrado, y que atentar contra su vida, ántes que sobre él haya recaido la sentencia de muerte de los tribunales, es cometer el más cobarde de los asesinatos.

El *Jesuita* sigue creyendo que nos hallamos en pleno comunismo, en un comunismo de peor especie que el que subleva la razon y la conciencia de los hombres pensadores, porque bajo el comunismo que hoy impera no se reparte lo de todos entre todos, sino lo de todos entre unos cuantos haraganes y parásitos.

El *Jesuita* sigue creyendo que, donde no participa cada asociado de las ventajas del estado social en razon de los beneficios que la sociedad reporta de sus obras, el patriotismo carece de razon de ser y se extingue el espíritu público.

El *Jesuita* sigue creyendo que España, bajo la actual dominacion, es patrimonio de unos cuantos, precisamente de los que ménos valen.

El *Jesuita* sigue creyendo que nadie que sea verdaderamente monárquico puede comprender que haya necesidad de derribar una dinastía consagrada por el tiempo.

El *Jesuita* sigue creyendo que no hay poder humano, como no sea por derecho de conquista, capaz de fundar una nueva dinastía con condiciones de estabilidad, y, por consiguiente, los que derriban una dinastía sin poder fundar otra, ó son unos imbéciles que no saben lo que se hacen, ó han de proclamar la República.

El *Jesuita* sigue creyendo que los hombres de Setiembre, si no hicieron la revolucion con el único objeto de satisfacer su ambicion ú otras mezquinas pasiones, obraron inconscientemente.

El *Jesuita* sigue creyendo que Doña Isabel II no se excedió en todo su reinado de las prerogativas que la conferia la ley del Estado, aunque tal vez hizo de ellas un uso poco conforme con los intereses y aspiraciones del país, en cuyo caso no es á ella á quien se debió acusar, sino á los que hicieron la Constitucion, y no habia, por tanto, razon suficiente para derribarla, y mucho ménos para derribar su dinastía.

El *Jesuita* sigue creyendo que la reina derribada hizo muy mal en formar causa comun con el partido moderado, pero que hizo muy bien en no llamar á sus consejos al partido progresista, cuya falta de dotes de gobierno le era perfectamente conocida.

El *Jesuita* sigue creyendo que el monarca, en circunstancias dadas, puede autocráticamente poner su autoridad al servicio de la democracia para abatir aristocracias insolentes, en cuyo caso la democracia es un instrumento de que el monarca se vale para sus particulares fines, y esto lo han hecho hasta los reyes más absolutos; pero un gobierno democrático, como lo indica la etimología de la palabra, es incompatible con la institucion monárquica.

El *Jesuita* sigue creyendo que, proclamados por la revolucion y consignados en el código revolucionario los derechos individuales, no debió preguntarse al país directamente, y mucho ménos á la Asamblea, cuál era la forma de gobierno que preferia, pues en el mero hecho de haberse reconocido los derechos individuales la cuestion estaba ya resuelta, siendo, como es, incontestable que la forma republicana es la que mejor se adapta al ejercicio de los expresados derechos.

El *Jesuita* sigue creyendo que no debió establecerse la libertad religiosa, ó se debió proclamar al mismo tiempo la independencia de la Iglesia y del Estado, pues no es lícito aceptar un principio sin aceptar sus consecuencias; pero los ilógicos revolucionarios de Setiembre se creyeron sin duda dotados del dón de hacer milagros como el de San Vicente Ferrer, que pudo impedir que llegase al suelo un albañil que se habia caido de un andamio.

El *Jesuita* sigue creyendo que si Doña Isabel II cayó por haber formado causa comun con el partido moderado, no obstante los hombres eminentísimos en dicho partido afiliados, su desgracia debe servir de leccion al nuevo rey para no formar causa comun con el partido progresista.

El *Jesuita* sigue creyendo que el trono necesita rodearse de una aristocracia prestigiosa, y que el partido progresista no pue-

de suministrarle para formarla elementos valederos, aunque adjudique títulos nobiliarios á todos los socios de la Tertulia.

El *Jesuita* sigue creyendo, como Aristóteles y como Rousseau, cuya definicion de la aristocracia acepta, que un gobierno aristocrático es el mejor de los gobiernos. «El nombre de aristocracia, dice Aristóteles, no corresponde más que á una magistratura compuesta de personas inteligentes, de buena reputacion y de intachable conducta.» Esta aristocracia, que es la de la virtud y la de la inteligencia, es la que, sin menoscabo de los derechos individuales, gobierna en las tres naciones mejor gobernadas de la tierra, en Inglaterra, en Suiza y en los Estados Unidos de América, si bien en Inglaterra la aristocracia de la inteligencia y de la virtud es tambien la aristocracia de la riqueza y de la sangre, porque en ninguna parte se puede decir con tanta razon como en Inglaterra que «nobleza obliga.» Verdad es que en las dos repúblicas modelos, especialmente en la que fundó el inmortal Washington, á pesar del espíritu democrático de sus constituciones, cada ciudadano tiene muy en cuenta su propia genealogía. Dice el célebre Laboulaye que en los pueblos de orígen latino son pocos los que se toman interes para averiguar quiénes fueron sus abuelos, y casi nadie sabe quiénes fueron sus bisabuelos; al paso que, en los pueblos de orígen anglo-sajon, apénas hay individuo que no pueda decir quiénes fueron sus tatarabuelos. Cuando el buen Franklin, descendiente de una oscura familia de emigrados ingleses, pasó de América á Lóndres con el carácter de embajador, lo primero que hizo fué visitar la casa en que habian vivido sus humildes antepasados.

El *Jesuita* sigue creyendo que los que invocaron la honra de España para legitimar su deslealtad, y se prevalieron de las verdaderas ó supuestas liviandades de Doña Isabel de Borbon para crear atmósfera contra ella, estaban obligados á ser ellos mismos muy honrados y á excluir de la situacion por ellos creada á todos los tahures, á todos los amancebados, á todos los ladrones, á todos los asesinos, á todas las almas abyectas entregadas á la crá-

pula y al vino, y tenian que poder decir á sus mujeres, como César á la suya, que no sólo debian ser honradas, sino que debian parecerlo.

El *Jesuita* sigue creyendo que el verdadero partido progresista, el partido de los Heros, de los Mendizábales, de los Calatravas, de los Argüelles, ha dejado de existir hace ya mucho tiempo, y que la especie de quisicosa, sin ortodoxia, sin fe, sin talento, sin virtudes, á que pertenecen sin embargo, á pesar suyo y con vergüenza, algunos hombres honrados que obedecen al impulso recibido y no aciertan á deshacerse de sus compromisos, no es una continuacion, no es siquiera una trasformacion, no es siquiera una degeneracion, no es siquiera una berruga ó una excrescencia morbosa del partido progresista histórico, sino un agregado de aventureros y depredadores que han tomado la denominacion y la librea de una comunion política, como esos *trabucaires* y *matinés* que practican de cuando en cuando sus correrías en el antiguo Principado de Cataluña al grito de libertad que deshonran ó de religion que profanan.

El *Jesuita* sigue creyendo, y dirá en qué funda su conviccion en este mismo libro, cuando se ocupe en particular del partido progresista, que los Heros, los Mendizábales, los Calatravas, los Argüelles, los Quintanas, si viviesen ahora, no pertenecerian al actual partido progresista, como no pertenecen á él, llámense ó nó progresistas, los señores Cantero, Álvarez (D. Cirilo), Luzuriaga y otros esclarecidos patricios, tan respetables por su talento y alta capacidad como por su probidad y consecuencia política.

El *Jesuita* sigue creyendo que la actual situacion, que, miéntras las regiones oficiales se hallen invadidas por el neo-polaquismo, no será más que una continuacion de la funesta interinidad, está preñada de temerosas crísis, de terribles trastornos, de graves conflictos y complicaciones interiores y exteriores.

El *Jesuita* sigue creyendo que entre los monárquicos de la Revolucion de Setiembre no hay ninguno que por su genio y patriotismo se halle á la altura de las circunstancias.

El *Jesuita* sigue creyendo que el cáncer que devora á España es el mal estado de su Hacienda, y que esos Paracelsos que se llaman de la escuela economista son los alquimistas de nuestros tiempos.

El *Jesuita* sigue creyendo que la Revolucion de Setiembre, como todas las revoluciones poco motivadas ó prematuras ó incompletas ó bastardeadas desde su orígen, lleva en su seno el embrion de una revolucion nueva ó de una reaccion, porque ha faltado á su objeto, ha defraudado las esperanzas que habia hecho concebir, ha removido los malos humores del cuerpo social sin hacérselos expeler, y ha agravado el estado del país en lugar de mejorarlo.

El *Jesuita* sigue creyendo que estamos infinitamente peor que ántes de la revolucion, porque se ha duplicado la deuda, porque para irla pagando hay que aumentarla incesantemente con los intereses de un nuevo empréstito, y las contribuciones aumentan, y las atenciones públicas no se satisfacen. ¡Si, al ménos, los que empobrecen la nacion se empobreciesen tambien con ella!

El *Jesuita* sigue creyendo que, para desalojar de sus posiciones al seudo-progresismo ó neo-polaquería, que son la misma cosa, se establecerán dos sinergías ó centros de actividad hostil, que se repartirán entre sí todas las fuerzas vivas del país, y presentarán la batalla á la actual situacion, no en el terreno á que ésta llame á sus adversarios, que son casi el país entero, sino en el terreno que á los adversarios de la situacion convenga. Se formarán dos grandes partidos, uno permanente, otro efímero, y á ellos refluirán todos los elementos que se hallan en pugna con el actual desórden. El partido permanente se formará con casi todos los elementos de la antigua union liberal, que ya hoy no tiene razon de ser, y ántes era el único partido medio que la tenía, aunque un periódico progresista diga todo lo contrario, y á los elementos unionistas se agregarán los moderados que en desesperacion de causa se resignen á aceptar los hechos consumados, y los progresistas templados, escasos pero venerables restos del

progresismo histórico, que sólo esperan una ocasion oportuna para protestar contra el neo-polaquismo que ha usurpado su nombre. Este partido, más fuerte por la inteligencia que por el número de los que le compongan, será probablemente el partido que se haga más acreedor á las simpatías del nuevo monarca, que ya ahora probablemente empieza á estudiar los medios hábiles de deshacerse de las medianías, y algo ménos que medianías, impuestas por las circunstancias, que le impiden captarse la benevolencia pública. El otro partido se compondrá de todos los que se niegan á reconocer la legitimidad de cuanto se ha hecho desde la revolucion acá, hayan ó nó aplaudido la caida de Doña Isabel II, absolutistas, republicanos, moderados, no pocos progresistas ardientes, aunque de buena fe, no sujetos á la situacion actual por los lazos del presupuesto, que esperan con ánsia llegue el momento de pasar, sin que se les tache de inconsecuentes, el Rubicon que les separa del republicanismo, y de un gran número de indiferentes, ajenos á las luchas de los partidos militantes, á quienes ha sacado de su apatía el exceso de males que pesa sobre el país desde que lo invadió la asoladora plaga de langostas abortada por la Revolucion de Setiembre.

Por último, *El Jesuita* sigue creyendo que la Revolucion de Setiembre, que tantos perjuicios ha ocasionado, ha producido un bien inmenso, desprestigiando para siempre á ciertos *leaders* en particular, y en general al neo-polaquismo progresista, que caerá para nunca más volver á levantarse.

* * *

Hé aquí, lector, la síntesis de todos los temas que ha desenvuelto *El Jesuita* en lo que lleva publicado de este libro. ¿Crees tú que hay entre ellos alguno que pueda ser para *El Jesuita* motivo de arrepentimiento por haber sobrevenido la muerte del general Prim y la subida del nuevo monarca al trono de Castilla?

Respecto á la muerte del general Prim, *El Jesuita* tiene que

ocuparse de ella, sin por eso retractar las palabras con que ha empezado este capítulo: Paz á los que fueron.

El Jesuita sabe bien que los más encarnizados combatientes se conceden una tregua para enterrar á los muertos que han quedado en el campo de batalla. Desde que el general Prim, llamándose progresista, se levantó en armas contra el general Espartero, á quien el partido progresista lo debia todo, *El Jesuita* viene combatiéndole; pero hubiera cesado en sus ataques si, despues de la caida del Regente, hubiese el general Prim dado alguna prueba de arrepentimiento que permitiese atribuir su conducta á un extravío de su patriotismo. No fué así. Los enemigos natos del partido progresista, á que Prim afectaba pertenecer, se apoderaron del nuevo órden de cosas creado á consecuencia de la caida de Espartero; y Prim, léjos de volver las armas contra ellos, les ayudó á consolidar su situacion, dirigiendo sus huestes contra la Junta central, que era en aquellas circunstancias el último refugio de la libertad, pérfidamente vendida por los mismos que la invocaron contra el poder del Pacificador de España.

Cayó la libertad, cayó el partido progresista, y Prim, no sólo no quedó envuelto en su desgracia, no sólo no se amortajó con la bandera del progresismo, como debia hacerlo para acreditar que no habia sido desleal y que pertenecia al número de los engañados y no al de los engañadores, sino que dió en su agonía el golpe de gracia á su misma comunion, por lo que la reaccion agradecida le llenó de títulos, honores y condecoraciones. Despues, hasta la hora de su desastrosa muerte, fué siempre un político trashumante. Como los árabes del desierto, levantó cada dia su tienda en un campo distinto. Siguió siempre la senda que le trazaba su ambicion desatentada, desentendiéndose de todas las exigencias del patriotismo, que era para él una palabra, como la de libertad, enteramente vacía de sentido. No se creyó ligado con ningun lazo de gratitud ni al pueblo, ni al trono, ni á los que habian contribuido á su elevacion, que eran casi todos los prohombres de todos los partidos, y tomando únicamente consejo de

su egoismo, no le sirvió nunca de freno ninguna palabra empeñada, ningun compromiso contraido. Un dia ántes de su catástrofe, el ilustre orador republicano Pí y Margall le retrató de una sola pincelada, diciéndole que habia perdido el pudor político desde muy temprano. Algunas horas ántes de su asesinato, él mismo se retrató diciendo, en pleno Parlamento, que, para lograr sus fines, no vacilaria en pasar por encima de la Constitucion que habia jurado.

Tal era el general Prim. ¡Y los progresistas, cuya sangre hizo correr á torrentes, sin que á él le tocase una sola espina de la corona del martirio de su partido, ponen el grito en el cielo porque no lloramos todos sobre la tumba de ese hombre!

El Jesuita siente que le hayan asesinado, porque siente que haya asesinos.

Pero *El Jesuita* considera inmoral la famosa frase del emperador fratricida, que decretó la apoteósis de su misma víctima, diciendo *sit divus, sed non sit vivus*, y protesta contra el bombo que se da al general Prim despues de su muerte, como protestó mil veces contra el que se le dió durante su vida.

* * *

Nada desmoraliza tanto á las sociedades como el bombo, porque, levantando reputaciones falsas al lado de las legítimas, oponiendo héroes de relumbron á los verdaderos héroes, envolviendo en una misma nube de incienso á la medianía y al genio, al charlatanismo estéril y al talento fecundo, á la mentira y á la verdad, á la hipocresía y á la sinceridad, al vicio y á la virtud, á la afectacion patriótica calculada y codiciosa y al patriotismo que se distingue por su abnegacion, desalienta á los hombres de verdadero mérito, que se condenan voluntariamente á la oscuridad y á la inaccion. ¿Por qué han dejado enmohecer su pluma y secar su tintero los más ingeniosos de nuestros poetas? ¿Por qué no escribe Florentino Sanz?

Francia, tan fecunda en grandes ingenios, es la nacion bombista por excelencia, y por lo mismo la más propensa al feticismo. No se necesita saber otra cosa para explicarse su degradacion y su impotencia para escapar con vida de las garras de los alemanes. Su idolatría, su servilismo, su culto tributado al primer Napoleon ha rebajado los caracteres, y es la causa de su ruina. No se pueden fabricar dioses de carne y hueso.

Y puesto que de Napoleon se habla, *El Jesuita* adopta la divisa que tomó al ocuparse del hombre fatal el ilustre Channing: «Quiero hablar libremente de Napoleon..... No hago la guerra á los muertos; no hago más que oponerme á lo que considero que es la influencia perversa de los muertos. Quiero consagrarme á la causa de la libertad y de la humanidad, causa á que hace una traicion perpetua la estúpida admiracion con que contempla la muchedumbre el crímen afortunado y la ambicion insaciable.»

* * *

El Jesuita tiene ademas una razon, que casi pudiera llamarse un deber de conciencia, para procurar neutralizar los efectos del bombo póstumo que se tributa al general Prim, como procuró neutralizar los efectos del que se le tributó en vida. *El Jesuita* es profundamente agradecido, y considera como servicios prestados á su persona los que se prestan á la patria. Nunca hablará sino con respeto y cariño de los generales D. Baldomero Espartero y D. Leopoldo O'Donnell, y no puede ni debe guardar silencio ante los exagerados elogios que se tributan al general Prim para cercarle de una aureola de gloria que oscurezca otras glorias mucho más puras que todas las suyas. ¿Por qué se ha de llamar al general Prim, como le han llamado algunos periódicos, el héroe de la guerra civil y el vencedor de África? ¿Qué son, pues, entónces el campeon de Luchana y el general en jefe de la guerra contra los marroquíes?

* * *

Paz á los muertos! Está bien; pero no se provoque la reaccion de la censura justa con la accion de la alabanza inmerecida.

Paz á los muertos! Pero no se olvide que los personajes históricos pertenecen á la historia, y, por consiguiente, á los historiadores.

¿Quién más que los bombistas tiene la culpa de que sea el general Prim un personaje histórico? Él mismo, para serlo, no puso nada de su parte, á no ser que se quiera suponer que él mismo durante su vida inspiraba ó dirigia el bombo que se le daba, es decir que era el principal bombista de sí propio.

Y puesto que el general Prim es un personaje histórico, preciso es que, los que nos ocupamos de los sucesos y de los hombres que han en ellos influido, le hagamos tomar la actitud que en la historia le corresponde, y no dejarle la que arbitrariamente quiera darle el ciego espíritu de partido ó la conveniencia egoista de los que pretenden explotar su memoria. Esta no es inatacable, por mas que él, en su vanidad, desafiando tal vez la historia desde su lecho de agonía, como Napoleon desde lo alto de su roca de Santa Elena, se hiciese la ilusion de que, los que se atreviesen á atacar su memoria, hincarian sus dientes en granito. No hay granito que resista á los acerados dientes de la historia y de la moral.

* * *

Y nada de hipócritas aspavientos. Nada tampoco de imposiciones de sentimientos forzosos. Pongan los progresistas fábricas de dolor para su uso particular, como las ponen de entusiasmo cuando bien les parece; pero no obliguen á nadie á tomarles los artefactos. No todas las glándulas lacrimales segregan lágrimas de encargo; no todos los corazones disponen de lágrimas obedientes.

Los españoles en general habrán sentido la muerte del general Prim como sienten la de todos los individuos, aunque no sean

generales. Algunos se habrán alegrado. Y qué? Póngase cualquiera en el caso de las madres que, á las aventuras que hacian acometer al general Prim sus cálculos ambiciosos, deben la muerte de sus hijos; póngase cualquiera en el caso de los hijos que deben á la misma causa el haberse quedado sin padres. Los que, sin dirigirse al triunfo de una grande idea patriótica ó humanitaria, y sólo para levantarse sobre sus semejantes, perturban la sociedad y promueven entre sus elementos sangrientos choques, no merecen que la posteridad venere su memoria.

El que se ocupa de historia juzga á los personajes que en ella han consignado su nombre segun la influencia benéfica ó perjudicial que han ejercido sus hechos sobre su época ó sobre las épocas posteriores; y *El Jesuita*, en virtud de este criterio, no puede, en conciencia, rendir un tributo de admiracion al héroe legendario del romancero de los revoltosos, á la falsa divinidad de la mitología progresista.

Respecto á la sensacion que ha producido entre los que no son progresistas la desaparicion de la escena del célebre agitador, es tal cual es, y es inútil que los progresistas se esfuercen en que sea otra cosa. ¿Á qué progresista de los que lloran la muerte del general Prim por el vacío que ha dejado en su partido, y más aún por el que puede dejar en su estómago, no se le hubiera ido el santo al cielo si los unionistas, por ejemplo, le hubieran obligado á participar del profundo dolor que les causó la muerte del general O'Donnell?

* * *

Pocos serán en Madrid los que no recuerden lo que pasó cuando fué trasladado á Atocha, con la pompa oficial correspondiente, el cadáver del ilustre caudillo de la guerra de África. Poblaba entónces la España oficial el partido moderado. Los altos funcionarios que formaban la fúnebre comitiva asistieron á la ceremonia como á un baile de Carnaval. Dos ministros iban comien-

do castañas, y nadie que no fuese unionista trataba siquiera de cubrir las apariencias disimulando su gozo.

Despues de la ceremonia, *El Jesuita* fué á poner su nombre en lista en la casa mortuoria, á la cual llegó en el momento de bajar del coche el general Narvaez, que iba á cumplir el mismo deber. Miéntras el general Narvaez subia la escalera delante del *Jesuita*, aunque á muy poca distancia, la bajaban tres progresistas de marca mayor, de los cuales uno era entónces brigadier y actualmente es mariscal de campo. En el semblante de los tres estaba pintada la satisfaccion más completa, como si les hubiera caido el premio gordo. El brigadier, sobre todo, estaba ebrio de alegría. Restregándose las manos de gusto, dirigió á sus compañeros las siguientes palabras, que *El Jesuita* cazó al vuelo: «Á ese chocho le enterraremos tambien como al otro, y ya no habrá nadie que nos tosa. Ojalá fuese mañana!»

El brigadier aludia al general Narvaez, que, aunque no chocho, como él decia, parecia bastante achacoso.

Su profecía, sin embargo, se cumplió. El general Narvaez no tardó en ser objeto de una ceremonia igual á la de que acababa de ser testigo, y en ella pasó lo mismo que en la otra, aunque trocándose los papeles. Los moderados, que reian junto al cadáver del general O'Donnell, lloraban junto al cadáver del general Narvaez.

Los progresistas rieron las dos veces, y con razon, porque, como dijo muy bien el brigadier, muertos O'Donnell y Narvaez, no habia ya nadie que les tosiera. Si viviese cualquiera de los dos, no habria el general Prim cogido la sarten por el mango, ni habrian los seudo-progresistas cargado con el santo y la limosna.

En la conduccion del cadáver del general Prim no se hicieron, como en los del de O'Donnell y Narvaez, alardes de odio póstumo. Hubo para ello tres razones. Primera: que hallándose los progresistas en el poder no consienten á los demas lo que ellos se consienten en la oposicion, así como, hallándose en la oposicion, no consienten á los demas lo que ellos se consienten en el poder.

Segunda: que habiendo muerto el general Prim asesinado, la satisfaccion que los verdaderos amantes de la libertad y del órden manifestasen, no por la muerte, sino por la desaparicion de la escena del célebre perturbador, podria considerarse como una aprobacion tácita del crímen de que habia sido víctima. Tercera: que á nadie le gusta ser juzgado por el alto tribunal de la Porra.

Pero, en el seno de la familia ó de la amistad, donde, tratándose de política, los órganos expresivos que nos ha dado la naturaleza sirven para manifestar y no para ocultar los sentimientos íntimos, donde no se habla con voz de máscara y se prescinde del antifaz con que en el mundo obligan á encubrir las facciones propias el miedo y el buen parecer, la escena era muy diferente.

* * *

Al dia siguiente de la muerte del general Prim, cinco ciudadanos se dirigian muy despácio por el *Paseo de San Vicente* á la *Ermita de San Antonio de la Florida*, convertida por el genio de Goya en una perla del arte.

Su objeto era matar tiempo, y razon tenian en quererlo matar, pues les sobraba enteramente. Los cinco estaban cesantes, y así se comprende cómo perteneciendo cada uno de ellos á un partido distinto del de los otros, platicaban con la mejor armonía, pues ya se sabe que los cesantes todos, cualquiera que sea su opinion, están siempre coaligados contra la situacion que les impide acercarse al comedero.

En los cinco se hallaban representados otros tantos de los seis grandes partidos que andan en España á la greña.

Uno era absolutista, otro moderado, otro unionista, otro republicano, y otro pertenecia al gran partido de los que no pertenecen á ninguno. El progresismo carecia de representacion en el grupo, pero la tuvo luégo.

No se ocupaban los cinco camaradas de los dos acontecimientos que eran la comidilla de todas las conversaciones. No habla-

ban de la muerte del general Prim, ni de la próxima llegada del duque de Aosta. Se limitaban á echar pestes contra la Revolucion de Setiembre y sus consecuencias.

Sin interrumpir sus imprecaciones, se sentaron los cinco en uno de los anchos bancos de piedra de la *Fuente de los Once caños*.

De pronto se les apareció por la *Cuesta de Areneros* un conocido de todos ellos. Era de edad ménos que mediana, y aunque no vestia de miliciano nacional, ni tarareaba el himno de *Diego*, como dicen en Italia, la erupcion de cintas de varios colores, que brotaba, como las llamas de un cráter, de un ojal de su gaban, no permitia á ningun zoólogo político dudar un sólo instante de que pertenecia al género progresista. Un frenólogo lo hubiera conocido con sólo tentarle la cabeza. Si él y su gaban hubieran sido mucho más viejos, se le hubiera podido tomar por una de las pocas reliquias que áun quedan de la guerra de la Independencia.

El progresista se acercó al grupo de los cinco con ánimo, al parecer, de armar camorra.

—Supongo, dijo, que estarán ustedes hablando de la inmensa, irreparable desgracia sobrevenida á la patria.

—Qué desgracia? preguntó el absolutista.

—Qué desgracia ha de ser? Buena pregunta! la muerte del general Prim.

—Aaaah! exclamaron todos á la vez.

—La desgracia del general Prim! dijo uno con cierto retintin. No nos ocupábamos de semejante cosa. Otros quebraderos de cabeza tenemos los que estamos cesantes.

—Cómo! repuso el progresista muy indignado. ¿Es siquiera decente en estos momentos críticos pensar en otra cosa que en el terrible golpe que acaba de recibir la patria, perdiendo al mejor, al más noble, al más bravo, al más virtuoso, al más desprendido, al más inteligente, al más consecuente, al más honrado, al más leal, al más heroico, al más santo, al más divino de todos sus hijos? Y no lloran ustedes de dolor y desesperacion?

El moderado respondió en nombre de todos:

—No somos de la *Tertulia*.

Semejante respuesta, dada con el aplomo del que cree que ya nada deja que replicar, recuerda al *Jesuita* una anécdota que sin duda, lector, habrás oido contar alguna vez; pero, por si no la has oido, vas á oirla. No ignoras que *El Jesuita* es aficionado á cuentos, y tiene de ellos un gran repuesto.

En la iglesia de San Luis de esta villa, que vuelve á ser córte, predicaba un padre cura sobre la Pasion y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Todos los concurrentes, profundamente conmovidos, derramaban abundantes lágrimas, á excepcion de uno que escuchaba el sermon atentamente, pero con una impasibilidad tal que escandalizó á las viejas que tenía más cerca. Una se le aproximó un poco más, y le dijo con imperio:

—Llore usted, hombre, llore usted. Por qué no llora usted?

El hombre, sin volver la cabeza ni dejar de mirar al predicador, respondió secamente:

—No soy de la parroquia.

La respuesta dejó á la vieja muy satisfecha, y cuando las demas devotas la preguntaron á su vez por qué aquel hombre no lloraba, ella se limitó á responder:

—No es de la parroquia.

Y todas quedaron tan satisfechas como ella.

Pero un progresista no se da tan pronto á razones, y el que tenemos á la vista en la *Fuente de los Once caños*, léjos de dejarse desarmar por la respuesta del moderado, se llenó de ira, y se aferró á su tema de que habian de llorar al general Prim hasta los que no son de la Tertulia.

Desgraciadamente para él, se las habia con hombres á quienes, aunque pacíficos y enemigos de ruidos, escándalos y bravatas, no se encogia fácilmente el ombligo.

El absolutista habia pertenecido al célebre batallon de Guías del irreemplazable Zumalacárregui, con lo que está dicho todo. Con un par de docenas de batallones como aquél, que tuviese en

Francia el gobierno de la defensa nacional, y dos ó tres generales como Zumalacárregui, ya estaria levantado el sitio de París, y no habria alemanes más que en Alemania.

El moderado habia sido ayudante del bizarro general Leon, y habia ganado la cruz laureada de San Fernando en la batalla de Villarobledo.

El unionista se habia retirado del servicio á consecuencia de las heridas que recibió, siendo capitan de cazadores, en la célebre batalla de Lucena, tan hábilmente dirigida por el general D. Leopoldo O'Donnell. Ingresó en la mal llamada carrera civil, porque no hay tal carrera, y bajo el mando de la union liberal obtuvo el gobierno de una provincia, en la cual se hizo querer de todo el mundo, menos de los progresistas, que no se quieren más que á sí mismos, y sin traspasar nunca los límites de la ley ni recurrir á medidas extraordinarias, tuvo en un puño á todos los alborotadores.

El republicano habia sacrificado su bienestar y su fortuna, que era muy pingüe, á la defensa de sus principios; habia, despues de la revolucion, arrojado una credencial, con que se le queria sobornar, al rostro del gobierno provisional, y atraido sobre su cabeza várias sentencias de muerte por la parte activa que tomó en casi todos los movimientos republicanos.

El neutro, el que pertenecia al partido de los que no pertenecen á ninguno, habia sido guardia civil y se habia inutilizado en el servicio, por lo que se le recompensó con un destinillo en Rentas, que le venia á pedir de boca y desempeñaba á las mil maravillas, hasta que le privó de él la Revolucion de Setiembre para favorecer al hijo de un diputado, amigo del general Prim, de quien no podia hacerse carrera, porque no queria estudiar, y habia salido reprobado en los exámenes del primer año de Filosofía y Letras. No pocos se encuentran en el mismo caso. Á muchos se hace empleados porque se dice que no sirven para otra cosa. Así están las dependencias del Estado, que da gusto verlas.

Tales eran los camaradas á quienes el progresista, que nunca

habia sido más que miliciano nacional de Madrid, queria someter á sus caprichos.

No se encontrarian tiranos como los progresistas, ni áun buscándolos entre los familiares del Santo Oficio.

Los progresistas entienden el dogma de la soberanía nacional en el sentido de que cada cual puede hacer lo que le da la gana, con tal que se llame progresista.

Quieren imponer á todo el mundo su opinion, y no tienen ninguna.

Ser progresista es llamarse progresista, ni más ni ménos. Los principios son indiferentes. Así es que en el partido progresista se albergan todas las opiniones, hasta las más contradictorias. No hay ningun progresista que en cuestiones doctrinales pueda ponerse de acuerdo ni áun consigo mismo.

Mal lo habia de pasar el de la *Fuente de los Once caños* con los cinco nenes con quienes tenia que habérselas. Se empeñó en que habian de llorar allí mismo la muerte del general Prim como una catástrofe nacional, y, no pudiéndolo conseguir, les tachó de facciosos y vendidos al oro de D. Cárlos de Borbon, del príncipe D. Alfonso, á quien llamó bastardo, y del duque de Montpensier, á quien bautizó con los títulos de Caín, naranjero y asesino del infante D. Enrique.

—Está usted equivocado—dijo el absolutista,—creyendo que nosotros no sentimos la muerte del general Prim. Yo, por mi parte, la siento tanto, como los progresistas sintieron la del general Zumalacárregui.

El progresista hizo un gesto de desden.

—Y yo,—añadió el moderado,—la siento tanto como los progresistas la del general Narvaez.

Otro gesto de desden del progresista.

—Y yo,—dijo el unionista,—la siento tanto como los progresistas la del general O'Donnell.

Tercer gesto.

—Y yo,—repuso el republicano,—la siento tanto como senti-

rán los progresistas la de Emilio Castelar el dia que se muera.

Esta vez, la expresion de desprecio del progresista fué mucho más pronunciada.

El que no pertenece á ningun partido, no teniendo á nadie de su devocion á quien citar, se citó á sí mismo, y dijo:

—Yo siento la muerte del general Prim tanto como el general Prim hubiera sentido la mia si me hubieran muerto ántes que á él.

—¿Y por qué—exclamó el progresista, ya fuera de sí—habia de sentir el general Prim la muerte de usted? ¿Quién es usted para que el general Prim debiera sentir su muerte? ¿La muerte de usted, que no es de la Tertulia, ni siquiera voluntario de la libertad?

—Creo, respondió el ex-guardia civil, haber prestado oscuramente á la sociedad mayores servicios que usted, y que el mismo general Prim.

—Usted? dijo el progresista en tono de burla.

—Sí, yo. Yo, oyendo los gritos de un desgraciado que pedia auxilio, entré solo en una alquería en que habia cinco foragidos que estaban asesinando á un pobre viejo. Sufrí una descarga á quema-ropa que me rompió una pierna y me atravesó un hombro, y, herido como estaba, pude matar de un tiro á uno de los asesinos y á otro de un bayonetazo, y ahuyentar á los otros tres, que á los cinco dias estuvieron todos puestos á buen recaudo. El hecho consta en mi hoja de servicios.

—Vaya una hazaña! exclamó sarcásticamente el progresista.

—Aquí no se trata de hazañas, repuso el guardia civil, sino de servicios prestados á la sociedad ó á nuestros semejantes. En la sierra de Búrgos, sólo con otro guardia, con gran peligro de mi vida, salvé de un ventisquero, en que estaban á punto de perder la suya, á un hombre, á una mujer y á un niño de siete años; cerca de Arroyo, en la provincia de Valladolid, penetré entre las llamas y el humo en la vivienda de un molinero, ya medio devorada por las llamas, y salí de ella medio ahogado y con las ma-

nos abrasadas, llevando en brazos á una tierna criatura que dejé en los de su madre, entregada un momento ántes á la más horrible desesperacion.

—Nada más? dijo el progresista desdeñosamente.

—No léjos de Zaragoza, prosiguió el ex-guardia, haciendo un frio que cortaba, me eché sin vacilar al Ebro, que venía muy crecido, para salvar á una mujer que luchaba con desesperacion contra la corriente, y conseguí, con grande asombro de todos los que presenciaron la escena, apoderarme de la víctima y depositarla moribunda en la playa.

—No hizo usted más que cumplir con su deber, dijo el progresista, y ademas no dejaria de obtener usted una buena recompensa.

—Las recompensas se guardan para los que hacen traicion á su bandera y á sus juramentos, dijo el ex-guardia. La que yo obtuve fué una terciana de que tardé en librarme más de dos años, y me obligó á retirarme del servicio, y unos dolores reumáticos que me atormentan desde entónces, y no he podido hacer desaparecer por falta de recursos para ir á Alhama á tomar baños. Cada vez que se exasperan mis achaques, debidos á mis humanitarios sentimientos, maldigo á los amotinados de Setiembre, que me dejaron cesante de un destinillo que se me confirió para no dejarme perecer en la miseria.

—Hicieron lo que debian, respondió el progresista. ¡Pues no faltaba más! Los destinos son para los progresistas. Demasiado generosos somos dejando andar sueltos por la calle á los que no son de la Tertulia.

—Muchas gracias, dijeron á la vez los cinco camaradas.

—El general Prim, prosiguió el progresista despues de una pausa, sin más que doce hombres mal armados, hizo prisioneros en Cataluña, durante la guerra civil, ocho mil carlistas en una sola accion.....

—Cuántos? preguntó el moderado, adicionando con la mano derecha el pabellon de la oreja del mismo lado, para recoger mejor la respuesta.

—Ocho mil, respondió el progresista, ratificando su dicho.

—No es mucho, dijo con sorna el moderado; habia entendido ochenta mil.

Los cinco se miraron recíprocamente, y no pudieron contener la carcajada.

—Confieso, dijo el ex-guardia, que no hay en mi historia ningun hecho de ese género.

—Y en África? prosiguió el progresista. El general Prim entró en Tetuan saltando á caballo por una cañonera, y fueron tantos los moros que mató con su propia mano, que su sable al poco rato estaba tan torcido que parecia un tirabuzon ó sacatrapos.

—Qué atrocidad! exclamó el unionista.

El progresista añadió:

—Bien se puede decir que todo lo que se hizo en África lo hizo el general Prim.

Salido de sus casillas el republicano, que voluntariamente habia tomado parte en la lucha contra los marroquíes, dijo:

—Con esas patrañas se embauca á la gente, se crean reputaciones de todo punto inmerecidas, y se pervierte hasta el sentido comun. Si la historia se escribia en otro tiempo como se escribe hoy, motivos tenemos para dudar de que hayan existido Paredes, Pizarro, Gonzalo de Córdoba y Hernan Cortés y demas héroes de la epopeya patria. Todos deben ser un mito, como se dice del Cid y de la *Partida de la Porra*. De ninguno de ellos, sin embargo, se cuentan las proezas del general Prim, cuyas fazañas eclipsan las de los Doce Pares de Francia y las de los Caballeros de la Tabla Redonda.

—Quién lo duda? dijo el progresista.

—Basta ya de vaciedades, repuso el republicano, formalizándose más y más; aquí no comulgamos con ruedas de molino, y es burlarse de nosotros querernos hacer tragar tan increibles paparruchas. Años atras, muchos años atras, durante el reinado de Luis Felipe, se publicó en Francia un libro titulado: *Napoleon no ha existido jamás*. En efecto, el Napoleon semi-dios, nacido en

la imaginacion aduladora de los turiferarios del primer Imperio, no ha existido jamás, como no ha existido jamás el Prim de los progresistas. No trato de comparar al general español con el autócrata frances.

—Lo supongo, dijo el progresista; Napoleon, comparado con Prim, era un pigmeo.

—Hay paciencia para oir esas sandeces? respondió el republicano levantándose de su asiento. El verdadero Napoleon era realmente un pigmeo, comparado con el Napoleon artificial que construyeron los bombistas de su tiempo; pero, comparado con Prim, es un elefante puesto en parangon con un infusorio..... Y no replique usted, porque se me sube el humo á las narices.

Efectivamente, no era sólo el republicano quien empezaba á ponerse serio. Tambien las cejas del absolutista se iban enarcando para describir la curva olímpica, y en el semblante de los otros se manifestaba cierta contraccion, cierta señal de displicencia, que no pasó desapercibida por el progresista. Comprendió que, habiendo ido por lana, podia volver trasquilado, y se fué retirando poco á poco. Pero de pronto, creyendo que sus enemigos iban á arrojarse sobre él, se apoderó de él un terror pánico como si le persiguieran, y escabulléndose por detras de la tapia que sirve de respaldo á los bancos de piedra, ganó el *Puente Verde* y lo pasó á escape, acosado por las burlas de las lavanderas que gritaban:—Que te cogen! que te cogen! Corre! corre!

Y él entónces pidió auxilio:

—Los de la Porra, dónde estais! ayudadme! Defendedme, honrados porristas, contra esos pícaros reaccionarios y demagogos!

Y llegó jadeando al otro lado del rio, y ganó el camino que costea la tapia de la *Casa de Campo*. Hasta entónces no volvió la cabeza, y vió que no le seguia nadie.

Respiró.

Vió á los cinco cesantes que regresaban á Madrid con toda la calma del que no tiene prisa, sin que la distancia le permitiese oir las enérgicas protestas que hacian contra la impertinente exi-

gencia de los progresistas, que quieren que todo el mundo llore la catástrofe de un hombre que habia causado muchas y nunca lloró ninguna.

No respondo, lector, de la exactitud de la precedente escena, de la cual no he sido testigo. Me parece verosímil. Como me la han contado, te la cuento.

Y basta de cuentos por ahora.

* * *

El Jesuita no se deja seducir por el prestigio de ningun nombre, y al mismo tiempo que venera algunos muy oscuros, niega su admiracion á otros muy célebres. Busca al hombre tal cual es, despojándole de toda la popularidad con que pretenden algunos hacerle invulnerable y hasta indiscutible.

Se desnuda el cadáver para proceder en él al estudio del hombre físico. Tambien para estudiar al hombre moral es preciso privarle antes de los atavíos con que le embelleció la lisonja.

Juzgando al general Prim por el conjunto de todos sus actos, la historia encontrará en el camino de su vida la huella de muchos malos pasos, y dirá que su carrera fué para la humanidad y para la patria estéril y funesta.

Parafraseando el imparcial y severo juicio que emite sobre el primer Napoleon M. Edmundo Schérer, escritor frances de mucho talento, *El Jesuita* no vacila en decir del general Prim que nada bueno ha hecho, nada bueno ha dejado en el mundo; que obró sin ningun objeto trascendental; que se entregó al azar y vivió en el vacío, sin poner sus facultades al servicio de una idea grande, sin unir su nombre á obra alguna meritoria, sin que de sus actos haya reportado la sociedad el menor bien, sin representar nada en la historia.

Y así como Napoleon, sin tener para nada en cuenta la vida de sus semejantes, la honra de las naciones y el bien de la patria, hacía la guerra para darse el placer de hacer la guerra, el

general Prim perturbaba la sociedad para darse el placer de perturbarla. No era un hombre de Estado, porque no tenía ninguna idea política, y desconocia todas las ideas morales de que se compone la civilizacion; no sabía cuáles eran los instintos y necesidades del pueblo, ni trató nunca de averiguar las aspiraciones de la edad moderna. Creia poco ó nada en el derecho, y no confiaba más que en la fuerza bruta.

Aquí la paráfrasis, para aplicar al general Prim las apreciaciones de M. Schérer sobre Napoleon, es ya imposible, porque desaparecen todas las analogías, y no se presentan más que antítesis. Aunque del general Prim se puede decir, como de Napoleon, que, no comprendiendo del gobierno más que las partes inferiores, no comprendió de la sociedad civil más que los elementos materiales, de Napoleon se dice que restauró la Iglesia, si bien con el sólo objeto de convertirla en instrumento de su poder; que reorganizó el Instituto, si bien con el sólo objeto de tener á su disposicion una elocuencia, una poesía y una literatura dedicadas exclusivamente á quemar incienso ante sus aras; que dió un Código, pero privó al pueblo de instituciones; que restableció la hacienda, pero suprimió las libertades; y Prim no ha restaurado nada, no ha reorganizado nada, no ha dado nada, no ha restablecido nada.

Aunque del general Prim se puede decir, como de Napoleon, que era una de esas naturalezas en que el hombre moral falta enteramente, no siendo Prim un genio ni un talento superior, no se le puede, como á Napoleon, presentar á los ojos de la historia grande y pequeño á la vez, á la vez admirable y vulgar, sino vulgar y pequeño, sin nada de admirable, sin nada de grande. Hasta su ambicion, que era lo único grande que en él habia, se aplicaba á pequeños objetos, á objetos pueriles, á la satisfaccion de placeres y vanidades tontas, que desdeñan los hombres serios. Se miraba en sus entorchados, en sus grandes cruces, en las libreas de sus lacayos, en el escudo de armas de su coche, en la guardia que formaba, al salir él de su casa, para hacerle los honores de ordenanza,

y entónces se decia: «Cuán grande soy!» Todos sus aduladores no le han llamado tantas veces conde y marqués como se lo ha llamado él mismo. Con el tiempo hubiera olvidado, si no los habia olvidado ya, su nombre de pila, y sus apellidos paterno y materno. No era, como Napoleon, un genio puesto al servicio de la demencia, sino una ambicion puesta al servicio de la fatuidad.

Se trata entre los progresistas de erigirle una estatua. Con la misma razon podrian los moderados erigir una al general Narvaez, y los unionistas otra al general O'Donnell, y otra los absolutistas al general Zumalacárregui. ¿Se lo consentirian los progresistas?

* * *

Justo es que se levante una estatua al general Prim donde no la tienen ni Hernan Cortés, ni Gonzalo de Córdoba, ni Álvarez de Castro, el defensor de Gerona, ni Palafox, el defensor de Zaragoza. Verdad es que esos hombres inmortales no la necesitan. Si la tuvieran, caerian de su pedestal al levantarse la del general Prim. Más vale que no la tengan.

Pero las estatuas erigidas por un partido á un hombre de partido ofrecen un grave inconveniente. Como en cierto modo son un trágala constante á los partidos caidos, cuando cualquiera de éstos se levanta, las estatuas caen.

Por el carácter de permanencia que se supone tienen las estatuas, no deben erigirse más que á los representantes de una gran gloria nacional ó á los bienhechores de la humanidad. La patria de estos últimos es todo el mundo, y, por consiguiente, tienen derecho á que les levanten estatuas todas las naciones. ¿Puede citarse al general Prim entre los bienhechores de la humanidad? Representa una gran gloria nacional? Los progresistas dirán que sí; la nacion entera dice que nó.

Pero si contra la idea de levantar una estatua al general Prim protesta en silencio la nacion entera, porque, hallándose bajo la

dominacion de los progresistas que tienen partidas de la Porra, no puede protestar de otro modo en estos venturosos tiempos de libertad y derechos individuales, con más razon debe protestar aún la dinastía nueva contra la maquiavélica ocurrencia, que por lo maquiavélica parece del señor Olózaga, de levantar la estatua en proyecto del general Prim en la plaza de la Armería, es decir en una plaza que forma parte integrante del mismo real alcázar, en un sitio tal que no pueda ningun miembro de la familia real asomarse al balcon sin que la vea. ¿Qué significa ese *memento* eterno á la nueva dinastía? Ó no significa nada, ó expresa la intencion de recordar incesantemente al nuevo rey que debe su corona al fetiche de los progresistas; que es rey por la gracia de los progresistas; que no es rey de España ni de los españoles, sino rey de los progresistas.

* * *

Sin embargo, *El Jesuita*, aunque no niega que el nuevo rey debe su elevacion al trono al general Prim, cree que nada tiene que agradecer á éste el nuevo rey, ni tampoco á los diputados que le favorecieron con su voto. El general Prim ofreció la corona al duque de Aosta cuando, no pudiendo prolongar más la interinidad que él hubiera querido hacer interminable, no tenía otro candidato á quien patrocinar, porque todos aquellos á quienes se la habia ofrecido, para salir del paso, la habian rehusado. La aceptacion de la corona fué un favor que hizo el duque de Aosta al general Prim.

En cuanto á los progresistas que votaron al duque de Aosta, no quisieron con su voto favorecer á éste, sino al general Prim, de suerte que, como votaron al duque de Aosta, hubieran votado á otro candidato cualquiera que el general Prim hubiese patrocinado. Los demas diputados, que no eran progresistas, tenian todos un candidato que no era el duque de Aosta, y votaron á éste, sin conocerle, por miedo á una restauracion ó á la República, y

creyendo hallarse en la imposibilidad de hacer triunfar su candidato propio. Puede pues el nuevo rey prescindir, como si no existiesen, de todos los que le han votado, sin que se le pueda calificar de ingrato.

Para dar un sentido moral á la estatua del general Prim, deberia colocarse en la plazuela de San Marcial, delante del cuartel de San Gil. Allí serviria para enseñar á los soldados á rechazar las sugestiones encaminadas á hacerles faltar á la ordenanza, no fiándose en lo sucesivo de ningun patron Araña.

* * *

Con motivo de la desastrosa muerte del general Prim, no se contentaron los progresistas con imponer á la nacion entera una contribucion de lágrimas, como si no fuesen bastantes las que la hacen derramar las demas contribuciones, que se la arrancan á tiros, sin alcanzar ni la libertad, ni el órden, ni la paz, ni la legalidad, ni la tranquilidad, ni la seguridad que tienen derecho á exigir los que, de cualquier modo, directa ó indirectamente, pagan contribuciones. ¿Crees, lector, que está de humor para llorar desgracias ajenas el que no tiene bastantes lágrimas para llorar las propias? ¿Qué lágrimas han de quedar para llorar la muerte de un hombre, aunque fuese un hombre de cuya vida dependiese la de un partido, á una nacion que, bajo la dominacion de ese partido y de ese hombre, ha visto en dos años aumentada su deuda en trece mil millones, desatendidas las más sagradas obligaciones del Estado, con un presupuesto cuyo déficit asciende próximamente á mil millones?

¿Tambien los empresarios de obras públicas, á quienes el gobierno progresista no paga lo que debe, han de llorar las desgracias del partido progresista? ¿Tambien han de llorar las desgracias del partido progresista las monjas á quienes se arranca de sus conventos? ¿Tambien los beneméritos oficiales del ejército, que no han robado nunca nada, ni asesinado nunca á nadie, ni

barrenado la ordenanza, y se ven injustamente postergados, han de asociarse á los dolores del progresismo? ¿Y tambien los maestros de escuela? Y tambien los operarios de los arsenales? ¿Y tambien las clases pasivas de provincias? Y tambien....? Pero basta. El interrogatorio, para ser completo, tendria que ser interminable.

Está bien, diremos todos. Olvidemos todos nuestros propios infortunios para llorar únicamente los de los hombres que nos los causan. Pero, déspotas del sentimiento, ya que somos tan obedientes y sumisos, ya que quereis obligar á todos los partidos á hacer propia una desventura del vuestro y ellos se someten á vuestro soberano capricho, no acuseis á ninguno de ellos del crímen que la ha causado. Correis el riesgo de que os salga la criada respondona. Tened en cuenta que no podeis dirigir á ningun partido cargo alguno que no se vuelva contra vosotros. En la especie de polémica verduleresca de «más eres tú» á que retais á los demas partidos, aunque ninguno de ellos sea inmaculado, quedareis siempre derrotados, porque sois el ménos inmaculado de todos. No echeis piedras al tejado del vecino. Ya veis cómo los absolutistas, los moderados, los unionistas, los republicanos os han metido el resuello en el cuerpo.

Los republicanos sobre todo. Uno de sus órganos más acreditados, *La Igualdad*, dejó fuera de combate al que pasa por ser el más genuino representante en la prensa del neo-polaquismo progresista, ametrallándole con los siguientes proyectiles:

«Los hombres que con sus torpes traiciones y criminales manejos han deshonrado y hecho odioso al partido progresista, cuya bandera en mal hora empuñaron, cuando, faltos de valor, tuvieron que mendigar la proteccion militar de la gente unionista y el apoyo de las populares huestes de la democracia, ven hoy que el poder se les escapa de las manos, y, arrastrándose á las plantas de los nuevos dueños de la situacion, que los desprecian, hacen desesperados esfuerzos para que la apostasía que han fraguado se les pague en gracia de repugnantes adulaciones y de

los más villanos ataques á causas y partidos, cuya lealtad y patriotismo mal pueden comprender los que sólo al dios empleo rinden culto y á la ruin bajeza del cortesano confian su porvenir aventurero.

»Espantosas son las convulsiones del hombre que se ahoga, pero más terribles son mil veces los furores de un político de oficio cuando ve en peligro la presa, fruto de su servilismo, y busca en la maledicencia y en la calumnia la garantía del vil *mendrugo*.

»Ha habido un periódico, para mengua de la prensa española, que en el dia de ayer ha ofrecido ese desdichado espectáculo. Ha habido un periódico que, sin atreverse á atacar de frente á un partido honrado y de grandes virtudes cívicas, ha pretendido herirle por modo artificioso y sofístico, derramando sobre él toda la ponzoña de su sañudo encono, toda la hiel de su humillante situacion. Este libelo italianizado, que no periódico español, ha tenido la procacidad y la audacia de publicar un artículo donde las más odiosas insinuaciones se hacen, donde los hechos más contradictorios se unen, donde horrendos crímenes de desconocidos malvados se mezclan con actos heroicos del partido republicano, donde exageraciones sangrientas y execradas se relacionan y confunden con nobles sentimientos de nuestro pueblo, á fin de lanzar sobre los federales españoles ese conjunto discordante, para marcar sobre la enseña del partido el estigma de *República de asesinos*.

»La muerte criminal y alevosa del general Prim es considerada por el diario progresista como hecho político de alguna fraccion de los federales, y lo pone al lado de las honrosas jornadas de Cádiz y de Málaga. ¡Los mártires del pueblo, los que fueron inmolados por la bandería política de *La Iberia* misma, confundidos con los execrables asesinos del general Prim! ¡Los honrados ciudadanos que en Valencia, en Zaragoza, en Jerez y Barcelona sacrificaron sus vidas por la libertad de la patria, puestos al nivel de los infames asesinos del gobernador de Tarragona!

»Nuestro dolor no más, nuestra profunda indignacion queremos hacer constar; el partido republicano no necesita protestar, ni rechazar viles insinuaciones. Toda la nacion conoce su noble proceder; el país entero ha escuchado nuestra reprobacion contra todo hecho criminal; nadie ignora que, como el primero, hemos deseado siempre la vindicacion de la justicia, y que con todas nuestras fuerzas contribuiremos siempre al castigo de los criminales. Todo el mundo sabe que los fantasmas del terror y las ideas de interminables matanzas son vulgaridades ridículas, cuando no invenciones criminales de los enemigos del pueblo. El partido republicano español no necesita vindicarse de tamaños ultrajes.

»Su historia, su honradez, su patriotismo y altas virtudes cívicas son elocuente testimonio de que él, ántes que ningun otro, castigaria con inexorable justicia á todos los criminales, así á los que, á la sombra del gobierno, han hecho vandálicas correrías en Madrid, así á los crueles verdugos de Rafael Guillen, como á los alevosos y malvados asesinos de Prim y Reyes.

»Sólo pueden considerar estos crímenes como actos de una fraccion política los que legitimaron como buenos los medios más monstruosos para alcanzar el supremo mando; los que escalaron el poder sobre el cadáver de Quesada; los que asesinaron á Basseti; los que intentaron asesinar á Narvaez; los que asesinaron á Balanzat; los que asesinaron á los oficiales del cuartel de San Gil; los que asesinaron á Azcárraga; los que asesinaron á los de Montealegre; los que asesinaron á Rafael Guillen; los que ascendieron, protegieron y premiaron á tanto y tanto asesino.

»Esos, y únicamente esos, son capaces en nuestra patria de creer que hay un partido, una fraccion, un grupo siquiera de españoles que intenten realizar el ideal de sus principios con un crímen; esos, y únicamente esos indignos hijos de este país de la hidalguía y de la honradez, son capaces de lanzar como insulto á la faz de un partido los tenebrosos y horribles remordimientos que llenan de hiel sus corazones.»

* * *

La fraterna es de padre y señor mio. Volved por otra, señores progresistas neo-polacos. Si eso no es haber ido por lana y vuelto trasquilados, venga Dios y véalo.

Y cuenta que en el capítulo de cargos que formula *La Igualdad*, se omiten muchos y muy graves, como se lo hace notar *La Esperanza*, órgano del absolutismo castizo, que sabe bien dónde le aprieta el zapato, y cita algunas hazañas del progresismo, que bastarian por sí solas para que se tomase en sentido irónico la calificacion de honrado que se ha conferido á sí mismo el partido progresista, si los hechos que exhuma el diario absolutista no se refiriesen al año 1823, en que la palabra progresista no habia aún aparecido en el vocabulario político español, y casi ninguno de los progresistas actuales habia aún nacido.

Pero, en fin, ya que los progresistas de ahora no admiten ninguna solucion de continuidad entre ellos y los liberales del año 20 y hasta del año 12; ya que quieren ser ellos los herederos legítimos de todos los actos gloriosos que se han consumado en nombre de la libertad desde los más remotos tiempos, carguen tambien con la responsabilidad moral de los crímenes que en nombre de la libertad se han cometido.

El Jesuita posee noticias de hechos más recientes que los recordados por *La Esperanza* para recargar de negras tintas el cuadro sangriento y fúnebre expuesto al público por el periódico republicano.

Es raro que ni *La Igualdad* ni *La Esperanza* hayan hecho mencion de la quema de los conventos y matanza de los frailes, si bien es de creer que los dos periódicos, queriendo fulminar cargos exclusivamente contra el partido progresista, se hayan abstenido cautelosamente de echarle en cara hechos criminales cuya responsabilidad moral debe pesar igualmente sobre la conciencia de otros partidos.

Cuando España fué testigo de aquella espantosa carnicería, los defensores del nuevo órden de cosas que se estableció á la muerte de Fernando VII no se dividian aún en moderados y exalta-

dos, y muchos de los que tomaron más adelante la primera de dichas denominaciones, y la conservan aún, fueron de los principales actores en aquel drama de caribes.

Tampoco faltan razones á que poder atribuir el silencio que guarda *La Esperanza* respecto de una de las atrocidades más repugnantes y asquerosas que manchan las páginas de la historia contemporánea del constitucionalismo. ¿Cómo el órgano más genuino y antiguo del absolutismo no ha hecho mencion de los desgraciados prisioneros carlistas, villanamente asesinados en Atarazanas y en la Ciudadela de Barcelona por una turba de sicarios con uniforme de milicianos nacionales? Sin duda *La Esperanza* ha tenido en cuenta el acto feroz de sus correligionarios que sirvió de pretexto á aquel otro acto más feroz todavía. *El Jesuita* dice pretexto y no excusa, porque no hay ningun crímen, por espantoso que sea, que excuse otro crímen, sobre todo cuando el crímen que se quiere vengar con otro se venga en la cabeza de los que no lo han cometido.

Pero la verdad es que no se pueden mentar las espantosas hecatombes de la Ciudadela y Atarazanas sin recordar la sangrienta hazaña del canónigo Tristany, el cual mandó pasar por las armas desapiadadamente, despues de rendidos, á todos los soldados de una compañía de tropa isabelina que, envuelta y sorprendida, cayó prisionera sin disparar un tiro. Tal fué el pretexto de que se asieron los sicarios para degollar á los carlistas presos desde mucho tiempo en las fortalezas de Barcelona. ¡Vandálicas represalias! Todas las víctimas eran inocentes.

Entre ellas estaba D. Juan O'Donnell, brigadier al servicio de D. Cárlos, hombre de privilegiado talento, cuya noble y bella figura, apacible trato y amena conversacion le habian granjeado en la Ciudadela las simpatías y amistad de los oficiales de la guarnicion encargados de su custodia.

¡Y le dejaron asesinar cobarde y alevosamente por una horda de fanáticos ó foragidos que asaltaron la fortaleza sin encontrar ninguna resistencia, á pesar de ser inexpugnable y hallarse de-

bidamente guarnecida, y forzaron la puerta del calabozo en que encontraron á la inocente víctima, teniendo aún en la mano el libro de las *Prisiones de Silvio Pellico*, con cuya lectura alentaba su ánimo y distraia los forzosos y prolongados ocios de su encierro!

Era hermano de los ilustres generales D. Leopoldo y D. Enrique, y del no ménos ilustre D. Cárlos, el cual, víctima de su temeridad y arrojo, murió gloriosamente en el campo del Pretendiente, á que le arrojó, á pesar suyo, la injusta suspicacia del gobierno de aquella época, arrancándole la espada que era su único patrimonio. ¡Cuántos beneméritos oficiales fueron á engrosar por igual motivo las filas de D. Cárlos! Con ellos el genio organizador del gran Zumalacárregui formó la oficialidad de aquellos temibles tercios que durante más de seis años disputaron la victoria al ejército constitucional.

Digamos de paso que D. Cárlos O'Donnell era padre del que ha heredado y lleva dignamente los títulos que se ganó con su espada el héroe de Aliaga, el campeon de Lucena, el inmortal caudillo de la guerra de África.

* * *

Ay! *El Jesuita* se ha ocupado muchas veces de los tristes sucesos que se refieren á la familia de los O'Donnell, con el general D. Enrique, á quien le unian estrechos lazos de cariño profundo, que no ha podido relajar la muerte de un amigo tan querido y tan bondadoso.

Y D. Enrique, en sus conversaciones íntimas con *El Jesuita*, no expresaba más que desprecio y casi compasion al hablar de los asesinos de su desgraciado hermano; pero, á pesar del imperio que ejercia sobre sí mismo, no podia contener su indignacion cuando pensaba en las autoridades que habia entónces en Barcelona, y que no quisieron ó no supieron oponerse á aquellas vandálicas escenas.

En ciertos actos, la aquiescencia, ó aunque no sea más que la apatía de las autoridades, es tan vituperable y punible como la misma complicidad. Lo que dice *El Jesuita* de los que mandaban á la sazon en Barcelona, y sobre todo de los que se hallaban al frente de las fuerzas del ejército que habia en la Ciudadela, lo dice tambien de las autoridades que habia en Madrid cuando el asesinato de Azcárraga.

* * *

Por lo demas, absolutistas, progresistas y moderados proceden cuerdamente echando cada cual su espuerta de tierra sobre aquel lodo sangriento para quitárselo de la vista.

Los absolutistas tienen interes en que no se hable de los asesinatos de los prisioneros carlistas encerrados en los fuertes de Barcelona, porque no se puede hablar de ellos sin recordar los cometidos por las huestes que acaudillaba Tristany, y que sirvieron de pretexto para perpetrar los otros,

Bien harán en callar los progresistas, porque á su partido pertenecian muchos de los feroces actores de tan horripilante drama. Los moderados deben tambien guardar silencio, y guardarlo por muchas razones. Deben guardarlo, porque entre los ejecutores de aquella venganza inicua y ciega habia, confundidos con los progresistas, muchos que fueron moderados despues y algunos que lo eran ya entónces. Deben guardarlo, porque el gobernador de la Ciudadela y Atarazanas no opusieron la menor resistencia á los invasores de los fuertes, de lo que despues dedujeron algunos que el crímen se dejó perpetrar expresamente por los que más obligacion tenian de evitarlo, para legitimar la política de terror que se adoptó despues, perseguir á los patriotas más caracterizados y deshacerse de ellos, dejando impunes á los verdaderos criminales. Tan indigna táctica, adoptada sin escrúpulo por los partidos, es reprobada por cada uno de los individuos en particular de que los partidos se componen. Las colectividades son feroces,

porque la responsabilidad, aunque sea simplemente moral, repartida entre muchos, pesa poco sobre la conciencia de cada uno. Por eso *El Jesuita* teme más la tiranía de un partido ó la omnipotencia de una asamblea, que las arbitrariedades y caprichos del déspota más absoluto.

En cuanto á los republicanos, *El Jesuita* nada tiene que decir, porque, en la época á que se refieren los mencionados trágicos sucesos, en Barcelona habia muy pocos republicanos que tuviesen el valor de sus convicciones, y debe consignarse, en honor suyo, que los pocos que habia pertenecian todos al batallon llamado de la Blusa, que es el único que trató de oponerse, aunque sin éxito, á la perpetracion del crímen. Pero fué al dia siguiente el primero que pidió el restablecimiento de la Constitucion del año 12, lo que fué considerado por los gobernantes como un delito y un acto demagógico mucho más vituperable que todos los asesinatos cometidos.

Tampoco debe manchar la harto manchada historia del partido progresista la sangre del valeroso general Bassa. Su desastrosa muerte, á que sucedieron escenas de pillaje y tambien de canibalismo, si bien á ella contribuyeron más ó ménos directamente algunos que hoy figuran entre los más *honrados* y *consecuentes* progresistas, acaeció pocos dias despues de la degollacion de los frailes, que el infortunado general se habia propuesto castigar ejemplarmente. Entónces, los que habian abrazado la causa de las reformas, no se dividian aún en progresistas ó exaltados y retrógrados ó moderados.

Caiga pues sobre todos los llamados liberales de aquella época, sin distincion de matices, la responsabilidad de los desmanes cometidos, que no se limitaron, como queda indicado, á la muerte dada al general ilustre. Los inanimados restos del general Bassa, despues de arrastrados por las principales calles de la ciudad y de haber sido objeto de todas las profanaciones imaginables, se consumieron en una hoguera que levantó el populacho en uno de los sitios más públicos, para darse el placer de un auto de fe en pleno

siglo XIX. No se libró del fuego más que una parte exigua del cadáver que se asimiló un gitano antropófago. Nada quedó del general, ni siquiera un mechon de cabellos, para confirmar *a priori* la admirable teoría de Echegaray, el sabio de las nebulosas.

Y miéntras los despojos del general se reducian á cenizas chisporroteando en las llamas, las turbas inconscientes, tan fáciles de convertir en instrumento ciego de planes ocultos, quemaron los archivos de la policía, excitadas por algunos camastrones muy duchos que, habiendo pertenecido á la policía en la época del absolutismo, tenian interes en que desapareciesen algunos papeles que les comprometian. Y su interes era tanto mayor, cuanto que muchos de ellos figuraban entre los más ardientes defensores del nuevo órden de cosas que sucedió á la muerte de Fernando VII.

Algunos industriales, á quienes hacía sombra y mal tercio una fábrica de tejidos movida al vapor, que era á la sazon la única que habia adoptado este progreso, indujeron fácilmente á los proletarios á prenderla fuego, demostrándoles que aquella nueva fuerza motriz, aquel nuevo agente mecánico, permitiria dentro de un plazo muy breve prescindir del concurso del hombre y reduciria á los trabajadores á la inaccion y á la miseria.

La fábrica ardió por los cuatro costados.

Bastaba la palabra *vapor* para crispar los nervios de los operarios. Causaba tanto horror como el diablo en el siglo XVI. Un establecimiento tipográfico estuvo á punto de sufrir la misma suerte que la fábrica de tejidos, sin más razon que imprimirse en él un periódico titulado *El Vapor*. Verdad es que era el tal periódico, aunque muy bien redactado, un periódico pecador como ninguno á los ojos de los bullangueros, los cuales, desde su aparicion, le colgaron el sambenito. Era un periódico que combatia enérgicamente el desórden.

¿Se necesitaba otro crímen para justificar todas las iras del populacho desenfrenado y turbulento?

Este renunció á su propósito de incendiar el establecimiento tipográfico, no por virtud, sino por miedo.

Se le dió á entender que el dueño del establecimiento se hallaba preparado á la resistencia, habiendo armado á todos sus dependientes para rechazar la agresion y repeler la fuerza con la fuerza. Es lo único que hay que hacer cuando se ha anulado la accion de las autoridades.

La partida de la Porra en Madrid hubiera seguido adicionando todos los dias el catálogo de sus hazañas con otras nuevas, sin el eficaz correctivo de la Contra-Porra.

Cierto es que el procedimiento tiene algo de primitivo, algo que recuerda la condicion de la sociedad en estado salvaje, algo de la edad de piedra; pero no hay otro. Que sepan los malvados que donde las dan las toman. Si el freno de las malas pasiones, que, cuando no se halla en la conciencia, ha de hallarse en el Código, no se halla en éste tampoco, hállese en el apoyo recíproco que se presten los hombres honrados para atender con éxito á su legítima defensa.

Es duro tener que recurrir las personas pacíficas á tal extremo para librarse de malhechores, habiendo tribunales, agentes de seguridad pública y encargados de su custodia pagados por ellas; pero, cómo ha de ser? ¿nos hemos de dejar atropellar impunemente porque nos falte el auxilio de los que tienen obligacion de prestárnoslo?

Lo mejor sería, si pudiese hacerse, coger los bártulos y marcharse á los antípodas.

Las turbas, viendo que el establecimiento tipográfico tenía tomadas sus medidas, se mantuvieron de él á respetable distancia, diciendo con la resignacion de la zorra: «Están verdes.» Renunciaron generosamente á la mano de Leonor. Como los gatos de la fábula, no se comieron el asador, despues de comerse el capon, por escrúpulos de conciencia. No vayas, lector, á creer otra cosa.

Hasta entónces, en todos los excesos cometidos, no obstante ser tan horribles, las personas sensatas no habian visto más que una exaltacion del fanatismo político, y no se creyeron amena-

zadas en su vida ni en su hacienda; pero la inmunda hez que se detuvo un breve rato delante del establecimiento tipográfico, rugiendo como un torrente que tropieza con un obstáculo que no puede rebasar, tomó la direccion que tuvieron el antojo de trazarle los que iban delante, y se dirigió á la Aduana. Esta fué invadida y saqueada.

Desde que la palabra saqueo cundió por todos los ámbitos de la ciudad, nadie, por indiferente que fuese á la política, se creyó seguro en su casa.

Hasta entónces no habia ofrecido la capital del antiguo Principado un aspecto imponente. Más parecia que la poblacion se hallaba dominada por el vértigo de un carnaval bullicioso que entregada á los horrores de la más espantosa anarquía.

No habia de hecho autoridad alguna.

Escasos piquetes de fuerzas del ejército estaban apostados en algunos puntos estratégicos; pero no hostilizaban á ningun grupo, ni contestaban tampoco al grito de *abajo los tiranos!* que era el único que se daba.

Cosa extraña! no se tocó el himno de Riego.

Verdad es que la funcion se hizo sin música, y en las revueltas de Barcelona se abusa ménos que en las de Madrid de los instrumentos de cuerda y viento, no obstante la aficion de los catalanes á la ópera.

Pero en cambio, lo que es peor, se abusa más de la pólvora.

* * *

Repugna tener que decir que la desastrosa muerte de un general veterano, que habia prestado á la patria eminentes servicios haciendo con gran distincion sus primeras armas contra los franceses en la gloriosa guerra de la Independencia, no conmovió tristemente al vecindario.

Personas de todas las clases de la sociedad, sin distincion de edades ni de sexos, asistieron como espectadoras, arrastradas por

la curiosidad ó por su carácter novelesco, á la profanacion del cadáver.

Señoras, de esas que lloran en el teatro y se desmayan en la plaza de toros, contemplaban con estoica indiferencia, no sólo los torbellinos de humo que se levantaban á la vez de una gran fábrica incendiada y de un edificio público convertido en una inmensa hoguera, cuyas llamas teñian de color de sangre el rostro y las manos de los incendiarios que atizaban como Cícoples el devorador elemento, sino que se extasiaban tambien en la contemplacion de otra manga de humo pestilente y más denso, vomitado por una sangrienta pira que contenia los despojos de la víctima, dotados algunas horas ántes de vida y movimiento.

Y si separaban la vista de tan desgarrador espectáculo, era sólo para acompañar en sus evoluciones á los tres torbellinos, que se prolongaban como tres enormes trompas de colosales proboscídeos, y parecian á veces tres inmensas columnas de lapislázuli, que, al llegar á cierta altura, remedando la rica expansion de los arcos ojivos que se salen al encuentro para formar la clave de una bóveda, se fundian en una nube gigantesca que robaba su diafanidad á la sarcástica atmósfera, más trasparente en aquel triste dia de lo que suele ser en el litoral y en las poblaciones fabriles.

* * *

Ántes del saqueo de la Aduana, que es un edificio magnífico, y que contenia inmensos valores, no obstante la muerte del general Bassa, los desmanes cometidos con su cadáver, y los dos incendios de que queda hecha mencion, los habitantes pacíficos estaban tranquilos como si nada sucediera, como si nada hubiera sucedido, como si nada pudiera suceder. Hasta entónces creyeron sin duda que el desórden no se habia acentuado, ni era de temer que se acentuase.

Ó se figuraban tal vez que el populacho habia saciado ya su hambre de destruccion.

Las más encopetadas damas circulaban por todas las calles con semblante sereno y hasta alegre, como si concurriesen á una romería.

Miraban sin miedo, como si fuesen mascaradas, los grupos de vagabundos, de la más baja ralea y groseros modales, cuyos semblantes siniestros podian tomarse por caretas, pues no se parecian á los de los demas, ni nadie recordaba haber visto nunca otros semejantes.

En su mayor parte eran realmente nuevos en la ciudad, procediendo casi todos ellos de los buques anclados en el puerto, que los habian arrojado de sus sentinas, como arroja el estómago enfermo sus acideces, como arrojan los cefalopodos la negra tinta que segrega su saco membranoso.

Eran excreciones nauseabundas.

Olian á brea y á sangre.

Habian salido armados del vientre de las embarcaciones como salió Minerva de la herida que abrió Vulcano de un martillazo en el cráneo de Júpiter.

Pero, qué armas las suyas! Parecian miembros de su cuerpo, órganos de su misma economía, parte integrante de su propio organismo, porque eran de su mismo color, de color de moho. De algunas de ellas se ignoraba hasta el uso, y difícil era adivinar la idea que habia presidido á su invencion.

Hubiérase dicho que aquellas hordas venian de saquear un museo arqueológico. No faltaba ni la segur de pedernal de los guerreros primitivos. Habia muchas hachas de abordaje, y muchas picas, y muchos chuzos, y alfanjes, que podian muy bien haber pertenecido á algunos abencerrages ó zegríes ántes de la expulsion de los moriscos, y cimitarras, anteriores tal vez á la guerra de las Cruzadas, y chafarotes, que estuvieron en la batalla de Pavía, y espadines con guarnicion de acero, que no se habrian desenvainado nunca, ni podian ya desenvainarse, pues sólo los habria usado algun doctor en alguna solemnidad académica, ó algun alguacil, ó algun alcalde de casa y córte, y modelos los más

variados de todas las armas de fuego portátiles con que el genio de la destruccion habia en aquella fecha enriquecido á la humanidad desde la invencion de la pólvora. Pocas armas blancas habia que se pudieran sacar de la vaina, y pocas habia de fuego que no estuviesen inservibles. Habia muchos arcabuces sin llave, lo que no impedia que los que estaban armados con ellos se creyesen invencibles.

Pero aquella chusma, aunque grotesca, era imponente é inmunda, y, sin embargo, los más enemigos de bullicio se abrian paso entre ella sin temor, sin repugnancia y sin asco.

Mas de pronto echó á correr la gente en todas direcciones, iniciándose simultáneamente el movimiento en todos los puntos de la ciudad, como si en cada calle hubiese reventado una bomba.

Se empezaron á cerrar las puertas con precipitada violencia, produciendo un ruido semejante al de un nutrido fuego de fusilería, con el cual lo confundieron los ánimos preocupados, como sucede siempre que hay alarma.

Las calles en un instante quedaron desiertas. Habia al parecer llegado el *Dies iræ*, y tomó la ciudad una fisonomía extraña, un aspecto aterrador, sombrío, pavoroso, casi apocalíptico. Si hubiese en aquel momento hendido los aires el sonido de una corneta, las miradas de los azorados hubieran buscado en todas direcciones al ángel del Juicio final.

Á qué extraño accidente se debió tan súbita peripecia? Ya se ha dicho: á la noticia del saqueo de la Aduana, que se propagó con la rapidez de una corriente eléctrica. La zozobra estaba más justificada que la tranquilidad que la habia precedido, si bien es preciso convenir en que los meticulosos se habian exagerado la inminencia del peligro, y su terror tenía mucho de pánico.

* * *

Naturalmente, espontáneamente, el miedo ó el instinto de conservacion engendró en el vecindario el deseo de que se cons-

tituyese una autoridad cualquiera que velase por el interes de todos.

Hasta los que, como los célebres Proudhon y D. Antonio Alcalá Galiano, opinaban que el gobierno es un mal, en lo que podian muy bien tener razon, en aquel momento estaban convencidos de que era un mal necesario, y mucho ménos grave que el acefalismo de una sociedad, porque las sociedades, como los individuos, no pueden vivir sin cabeza.

Habia hambre de autoridad en aquella capital tantas veces y tan cruelmente atropellada por los que la habian ejercido, tan sin compasion azotada por el látigo del despotismo desde la guerra de sucesion, y que tenía clavados en la memoria los atentados de Roten en un período llamado de regeneracion liberal, á que sucedieron los más feroces aún de Cárlos España, de aquel loco que se hallaba acometido de la peor de las manías, la manía de la sangre.

Pero ni por esas.

En aquellas apremiantes circunstancias, todas las aspiraciones se resumian en esta sola palabra: *autoridad*, y parecia difícil encontrar quien cargar quisiera con la responsabilidad de su ejercicio.

Hubo, sin embargo, algunos ciudadanos decididos que se reunieron y formaron una Junta de salvacion y defensa, que absorbió todos los poderes, y concentró en sí todas las facultades.

Nadie sabe quién la nombró, ó si se nombró ella misma.

Lo último parece lo más probable.

Así se nombró la que funcionó en Madrid despues de la batalla de Alcolea.

Pero qué diferencia entre una y otra Junta!

La de Barcelona respondia á una necesidad imprescindible, á la necesidad de restablecer el órden;

La de Madrid organizó el desórden, si así puede decirse, y el desórden organizado sigue todavía con el nombre de *anarquía mansa* que le ha dado uno de los mismos junteros, uno de los más caracterizados.

La de Barcelona acometió su empresa con un fin patriótico, sin saber con qué apoyo podria contar, teniendo que aprestarse á la vez á una lucha contra los elementos trastornadores de la ciudad y contra el gobierno central, que era muy posible la hiciera responsable de todos los excesos cometidos, y la declarase rebelde;

La de Madrid no corrió ningun peligro, ni tuvo que atemperar su conducta á las exigencias de ningun otro poder superior al suyo.

La de Barcelona era hija de la abnegacion de los patricios que la formaron, sin esperar de sus servicios la menor recompensa;

La de Madrid era hija del egoismo, componiéndose de una cáfila de personillas que luégo se hicieron personajes, habiendo entre ellos algunos que ántes de la revolucion se morian de hambre y hoy gastan coche, que se repartieron todos los cargos municipales y provinciales, los que, siendo gratuitos, son, segun quien los obtiene, las más lucrativas prebendas; se apoderaron, para ellos y sus amigos, de toda la España oficial, de todos los empleos; unos se hicieron ministros, otros embajadores, y á fuerza de gritos, aspavientos y patrioteros alardes consiguieron salir diputados por distritos en que nadie los conocia ni les habia oido nombrar nunca.

¿Y qué habian hecho por el triunfo de la revolucion, que no fué más que el de la batalla de Alcolea?

Nada.

¿Y, despues del triunfo, hicieron algo beneficioso para el pueblo?

Nada tampoco.

La Junta de Barcelona convocó á la poca milicia urbana que á la sazon habia, y con el auxilio del ejército, cuyos jefes la ofrecieron sus servicios, disipó en un momento la tormentosa nube que amenazaba extenderse desde la Aduana por toda la ciudad y resolverse en una lluvia de sangre. El saqueo se contuvo, y no hubo que lamentar nuevas desgracias.

* * *

Los progresistas del dia, que se hacen pasar por únicos herederos legítimos de las glorias de los contemporáneos de Riego, pueden reclamar para sí la mucha á que se hicieron acreedores los denodados ciudadanos que compusieron la Junta de Barcelona y salvaron la ciudad, pues todos ellos pertenecian al número de aquellos patriotas que desde el 20 al 23 obtuvieron por la exaltacion de sus ideas la calificacion de exaltados, mucho más propia que la de progresistas, inventada en la última época constitucional.

Pero si revindican para sí la honra que cupo á aquellos buenos ciudadanos por el restablecimiento del órden, que es una de las honras de que en los anales del progresismo entran muy pocas en libra, respondan tambien ante la historia de dos iniquidades que cometió dicha Junta, iniquidades que *La Igualdad* y *La Esperanza* podian haber incluido en los cargos dirigidos á los que, con motivo del asesinato del general Prim, quieren echar el muerto á los republicanos y á los absolutistas.

La Junta de Barcelona cometió dos asesinatos jurídicos, que son los asesinatos más repugnantes. Algunos saqueadores ó de los que, sin serlo, estaban con ellos, fueron presos y encerrados en la Ciudadela. La Junta, cediendo por debilidad á la presion de los ordenistas, que pedian que se hiciera un castigo ejemplar para evitar reincidencias, consintió que uno de los presos, el que peor aspecto ofreciera, despues de una informacion sumaria fuese pasado por las armas. Recayó tan triste suerte en un infeliz marinero, que protestó de su inocencia, y despues se dijo que era un hombre de buenos antecedentes y excelente conducta.

Pero como eso de quitar la vida á un saqueador ó presunto saqueador no satisfacia ningun odio político, y la ejecucion entraba en el número de las ordinarias, lo que en tiempo de revueltas políticas parece muy poca cosa, los liberales frenéticos exigieron que, ya que se arcabuceaba á un saqueador, que podia muy bien ser un liberal, se arcabucease tambien á un carlista.

Dicho y hecho. Quién resiste al vigor de tan poderosa lógica?

La Junta, por una bagatela semejante, no habia de ponerse de punta con los beneméritos patriotas. Les dejó que designasen ellos mismos la víctima propiciatoria.

Se echó el guante á un infeliz llamado Arquer, estudiante de teología, tan fanático en política como en religion, absolutista á macha martillo, amante platónico del trono y del altar, de quienes no habia recibido merced alguna. Su teocratismo y monarquismo, confundidos en su mente enferma en una misma institucion, eran una verdadera monomanía.

Se le conocia en Barcelona por las demostraciones de júbilo y entusiasmo con que acogia y celebraba todas las noticias contrarias al nuevo órden de cosas. Tiraba al aire su sombrero de picos, se estremecia de gozo, y, terciándose el raido manteo, saltaba, bailaba, se desgañitaba gritando como un energúmeno, y nadie le hacía caso. Estaba loco.

Era, ademas, tímido como una liebre, y, atendida su meticulosidad, aunque Doña María Cristina, entónces reina gobernadora, era el objeto preferente de sus mortales odios y no salian de su boca más que palabras de exterminio contra ella y contra todos los liberales, no era posible que el fanatismo llegase á armar su brazo con el puñal de un Juan Chatel ó de un Don Martin Merino, porque se necesita para ser regicida una energía, una resolucion, una fuerza de voluntad que la naturaleza ha concedido á muy pocas organizaciones, por más que el dictado de cobardes que se adjudica á los que intentan ó perpetran un regicidio haya sido consagrado por la costumbre.

* * *

Digamos, de paso, dos palabras acerca del regicidio.

El regicida tiene una seguridad más absoluta de morir que de matar, y obra con la conviccion de que, yerre ó nó el golpe, subirá al cadalso.

Sabe tambien que, al mismo tiempo que entrega la vida al

verdugo, abandona su nombre á la conciencia del género humano, para que sea vituperado, escarnecido, zaherido, y sirva de pasto á la maledicencia de sus contemporáneos y de las generaciones venideras.

Sabe que hasta los más cobardes le han de llamar cobarde, y que han de cubrirle de improperios los mismos que, si yerra el golpe, sienten que lo haya errado. Farsa humana!

Se llama cobardes á los regicidas, y no hay uno de ellos que no pudiera responder á los que se lo llaman lo que el cura Merino, despues de atentar contra la vida de Doña Isabel II, contestó á cierto general muy conocido: «No daria usted poco para tener un corazon como el mio.»

El Jesuita, que no acepta las doctrinas apologéticas del regicidio que emite en sus *Summæ* Santo Tomás, ni las que emite el Padre Mariana en su *De Rege et Regis institutione*, execra á los regicidas, pero los admira.

Desde luégo un regicida no puede ser en ningun caso un asesino pagado, porque los que se venden para asesinar tienen grandes probabilidades de que su crímen quedará impune, y los regicidas no tienen ninguna, ni la más remota. Su abnegacion, por criminal y execrable que sea, es heroica; no se mezcla con ella ni un átomo de egoismo. El regicida es mártir de una creencia ó de una opinion que él cree patriótica ó humanitaria, sacrificando á su ideal, con frecuencia falso, la vida y hasta la honra. Tiene el temple de alma Dantoniano, para poder decir como el terrible convencional: «Que la libertad se salve, aunque mi nombre sea maldito.»

Tampoco se sabe de uno solo de los muchos regicidas que ha habido en el mundo, que fuese un hombre avezado al crímen. Tal vez por eso, á pesar de su resolucion, se frustra con tanta frecuencia su designio. Les falta práctica. Tienen más valor para morir que para matar, que es lo contrario de lo que suele suceder á los asesinos vulgares.

La historia no absuelve á los regicidas, ni debe absolverlos.

El crímen siempre es crímen. Sin embargo, la posteridad suele ser ménos severa con los regicidas que los contemporáneos, entre los cuales hay muchos hipócritas que anatematizan el tiranicidio, y al mismo tiempo, cuando pesan en su conciencia la sangre inocente derramada por un ambicioso para asegurarse en el poder ó conquistarlo, desprecian por abyecta y vil á la generacion que lo sufrió y no supo encontrar un hombre de temple que la librase del execrable monstruo.

Y todo bien considerado, si es un crímen matar á un hombre sacrificando la propia vida, que es lo que hace un tiranicida, más crímen debe ser aún matar á muchos hombres á mansalva, que es lo que hacen los tiranos. Es á los ojos de Dios, y debe serlo tambien á los ojos de los hombres, más digna de execracion la tiranía que el tiranicidio. ¿Qué es el atentado de Orsini comparado con el golpe de Estado del Dos de Diciembre en Francia? ¿Qué son más que unos asesinos cobardes los que, hallándose en el poder, provocan expresamente con sus violaciones de ley el descontento de los partidos que les son hostiles, para llamarles al terreno de la fuerza, en que tienen seguridad de vencerlos y derramar torrentes de generosa sangre? ¿Crees, lector, que tienen más respeto á la inviolabilidad de la vida humana Napoleon el Pequeño y el nuevo emperador de Alemania, que los secuestradores de Andalucía y los salteadores de caminos? ¿Quién no siente ahora que un puñal no atravesase sus corazones, ántes que Francia y Prusia diesen al mundo el sangriento espectáculo de millares de víctimas inocentes sacrificadas ante el altar de dos ambiciones desatentadas?

* * *

No faltó quien hiciese del meticuloso estudiante de teología el alma de un complot para asesinar á la reina gobernadora, y se le atribuyeron tambien otra porcion de propósitos los más inverosímiles y absurdos, de los cuales ninguno podia llevarse á cabo sin

un corazon como el del cura Merino. De algo era preciso acusarle. Desventurado!

Fué conducido á la Ciudadela, de la cual salió al dia siguiente para ser fusilado al mismo tiempo que el desgraciado marinero.

Sucede con frecuencia, en las revueltas, que los poderes que de ellas proceden y el pueblo mismo quieren hacer algo, y no sabiendo qué hacer, hacen cualquier cosa. Esta necesidad de *hacer algo* pudo tambien contribuir al desastroso fin del pobre estudiante y del infeliz marinero.

Cuéntase que en un poblachon de Cataluña, cuando el pronunciamiento progresista de Setiembre de 1840, sus moradores, reunidos en la plaza, convinieron en la necesidad de pronunciarse por haberse pronunciado ya los pueblos circunvecinos; pero la dificultad estaba en averiguar lo que habia que hacer para pronunciarse. Á nadie se le ocurria ningun medio, hasta que á un patan se le antojó decir:—Vamos á matar al boticario, que habla castellano.

Por fortuna suya, el boticario, que se hallaba presente, ántes que se aprobase la proposicion pudo escabullirse, y en el pueblo no se le ha vuelto á ver el pelo.

* * *

La historia del progresismo es, al mismo tiempo que la más cómica y más bufa, la más dramática y trágica de todas las historias.Sean prudentes los progresistas, y no metan á los demas partidos los dedos en la boca para que se la cuenten.

* * *

La Igualdad y *La Esperanza* podian muy bien haber arrojado á la cara del progresismo la sangre de un infeliz llamado Bosch, jóven adolescente de grandes esperanzas, que, por el sólo delito de no ser progresista, fué asesinado en Barcelona, en medio

del dia, en una calle concurrida, hallándose en la ciudad de los Condes todo el ejército de Cataluña, y el general Espartero, y tambien los generales Concha, Zurbano, Zabala, Leon y otros con sus correspondientes divisiones. Se veian por las calles más soldados que paisanos, y sin embargo se asesinaba á la luz del sol.

* * *

Tambien puede el progresismo reivindicar toda entera á favor suyo la gloria que pueda caber por la muerte, acaecida al mismo tiempo que la anterior, del abogado D. Francisco Bálmes, moderado porque sí, con no ménos derecho para ser lo que el que pueda tener cualquier progresista para ser progresista, tanto más cuanto que era moderado sin sueldo *(rara avis)*, moderado de opinion y no de aficion, que á nadie trataba de imponer sus ideas, pero tampoco consentia que nadie le impusiera las suyas.

Era, aunque moderado, de una honradez á toda prueba; porque, sépanlo los progresistas, tambien hay moderados honrados, muchos, muchísimos, tantos al ménos como radicales.

El Jesuita conocia á fondo á Francisco Bálmes, amigo suyo desde la infancia.

Era pariente del inmortal presbítero del mismo apellido, tan célebre por sus virtudes como por su saber, que ha dejado una huella indeleble en los anales del periodismo. Francisco Bálmes, aunque dotado de muy buen sentido, no era una inteligencia superior como el ilustre publicista, pero se distinguia por sus cualidades morales y físicas, por la energía de su carácter y por la firmeza de sus resoluciones.

No cedia nunca.

Estaba organizado para la lucha.

Disponia de una fuerza física de que no es posible formarse idea, y de una fuerza de voluntad superior á su fuerza física. Su valor era indiscutible; era de esos valores que están en la san-

gre, que no se desmienten en ninguna ocasion, que no se amenguan ante ningun peligro por imprevisto que sea.

No temia sorpresas ni se precavia nunca contra ellas, porque para la lucha no necesitaba prepararse; estaba siempre preparado. No rodeaba los obstáculos que se le presentaban de improviso para librarse de ellos, sino que los acometia de frente, como el toro.

No comprendia la máxima de los habilidosos que dicen que el camino recto no siempre es el más breve: Preferia arrojarse á un precipicio, con casi la seguridad de desnucarse, á dar la más pequeña vuelta.

Un dia, *El Jesuita*, hallándose con él en unas huertas extramuros de Barcelona, llamadas de *San Beltran*, le dijo que tenía precision de ir á la llamada *Linterna Nueva*, separada de dichas huertas por más de media legua de mar. Al efecto, para ir por tierra, era preciso rodear más de una legua, y Bálmes, que se empeñó tambien en ir allí, se acercó á la playa próxima, se desnudó, entregó su ropa al *Jesuita* y se echó al agua. *El Jesuita* se dirigió por tierra á la *Linterna Nueva*, y cuando llegó á ella, encontró á Bálmes desnudo, sentado en una roca. Hacía ya más de una hora que le estaba aguardando.—¿Ves, dijo al *Jesuita*, cómo la línea recta es siempre la más corta?—Bálmes era, como se ve, un nadador capaz de avergonzar á una albacora.

Cazador intrépido, se habia propuesto exterminar un bando de perdices que tenía su querencia en la montaña de Monjuich, en la parte que mira al mar, en un terreno quebrado, en que nunca habia cazado nadie porque es imposible, porque está sembrado de barrancos y precipicios y erizado de vericuetos, acantilados y picos ante los cuales se declararia impotente cualquier cazador de gamuzas. Más de un año estuvo Bálmes persiguiendo el bando, con lo que se hizo acreedor á las chanzonetas de los cazadores amigos suyos; pero él no cejó en su temeraria empresa hasta que la hubo llevado á cabo. El bando de perdices fué exterminado completamente.

Un dia ántes de su trágico fin, cuando se habian ya desenca-

denado las pasiones populares, y los partidos, ganosos de un sangriento choque, se excitaban unos á otros con todo género de provocaciones, *El Jesuita* le encontró en la Rambla paseando solo y tranquilo entre numerosos grupos de gente de siniestra catadura, que se iban engrosando incesantemente con los trabajadores que salian de los talleres. Eran las doce del dia, hora en que en las ciudades fabriles son más probables los trastornos.

—Adónde vas? preguntó al *Jesuita*.

—Á mi casa, respondió éste: retírate tú á la tuya; me parece que amenaza algo.

—Tambien á mí, respondió él; pero quiero ver en lo que pára tanto aparato.

—Haces muy mal; me parece que los de aquel grupo te miran de una manera poco tranquilizadora.

—Déjales que me miren como quieran. Contra mi costumbre, llevo un cachorrillo, y al primero que me dirija el menor insulto, le dejaré en la imposibilidad de dirigirme otro.

—Y despues?

—Despues Dios dirá; veré por dónde salgo.

De uno de los grupos se destacó un jóven alto, esbelto, el cual, aunque llevaba chaqueta, vestia con una elegancia suma. Su cara era agraciada como la de una mujer hermosa, sin que su sedoso bigote castaño bastase á privarle de su carácter femenil. Sin embargo, en sus rasgados y hermosos ojos azules se leia el entusiasmo, al mismo tiempo que una resolucion inquebrantable. Era, en efecto, un liberal ardiente, dispuesto á todo en defensa de sus ideas, y gozaba de mucho ascendiente entre los de su clase. Muy amigo de Bálmes, con quien comia en la misma fonda, solian los dos, hallándose de sobremesa, hablar de política, y era de rigor no levantarse nunca de la mesa sin que el uno dijese al otro: —Me parece que en una de las trifulcas que se preparan, yo te he de matar.—Pues á mí me parece que soy yo quien te ha de matar á tí.

¡Triste presentimiento de los dos, que se realizó hasta cierto

punto, á pesar de que el del uno parecia excluir el del otro!

Sin embargo, el jóven artesano, al destacarse del grupo para acercarse á Bálmes y al *Jesuita*, no tenía más idea que excitarles á que se fuesen á sus casas para ponerse á cubierto de la tempestad que amenazaba. *El Jesuita* así lo hizo; pero Bálmes se negó terminantemente.

Hubo en realidad batalla aquella misma tarde, batalla en que afortunadamente no jugaron las armas de fuego. Todo se redujo á darse de palos moderados y progresistas; ¡pero qué palos y cuántos palos! No es necesario decir que Bálmes y su amigo, cada cual en su respectivo campo, repartieron muchos y muy buenos, de que sin duda guardan memoria los que los recibieron; pero los progresistas, más numerosos, desalojaron al fin á los moderados de todas sus posiciones y les picaron la retaguardia, empezando entónces una verdadera batida que duró toda la noche.

Cuando el enemigo va de capa caida, los progresistas son atroces; parecen soldados del rey Guillermo.

Al dia siguiente por la mañana, Bálmes, que, por efecto de las circunstancias, habia pasado la noche fuera de su casa, se dirigia á ella con el propósito de no armar camorra á nadie, pero dispuesto á luchar contra los que se le opusieran al paso, fueran pocos ó muchos.

Atravesó varios grupos de paisanos armados, cuya actitud parecia hostil, aunque no le dijeron una palabra. Sin duda sabian qué especie de pájaro era.

Mas, al llegar á una casa que estaban levantando, un albañil desde un andamio le dirigió algunos insultos acompañados de amenazas. Bálmes sacó su cachorrillo, lo disparó contra el provocador, á quien hirió en una mano, y prosiguió su camino con la mayor calma y sangre fria. Pero como los ánimos estaban soliviantados, le siguieron detras, hasta que llegó á su casa, muchos hombres armados de fusiles, que habian presenciado la escena. Su casa fué cercada por una muchedumbre numerosa, incesantemente engrosada por nuevos pelotones de milicianos y pai-

sanos armados que trataban de matarle; pero él hizo de ella un reducto, y se propuso vender cara su vida. Cara la vendió en efecto. Á más del albañil, que murió en el hospital á los dos dias, á pesar de lo poco grave que parecia su herida, otros cinco sufrieron la misma suerte, entre ellos el jóven artesano, que, al caer mortalmente herido, murmuró estas palabras: «Ya él me lo tenía pronosticado. Dios le perdone y á mí tambien! Yo no habia venido para hostilizarle, sino para defenderle.»

Siendo solo para rechazar el asalto, Balmes tenía que multiplicarse. Y, en efecto, como si estuviese dotado del dón de ubicuidad, se hallaba á la vez en todas partes. En épocas más supersticiosas se le hubiera tomado por el mismo diablo. Tan pronto se le veia asomarse á un balcon como á otro, y aparecia siempre en el que ménos se le esperaba. Así tuvo á raya durante un cuarto de hora á los sitiadores, que ya empezaban á escamarse. No contrarestó Cuasimodo con más ardor en *Notre Dame* de París á la chusma de hampones que hormigueaba en la plaza.

Pero luégo dejó de aparecer en balcon alguno, lo que dió orígen á distintos comentarios.—Estará cargando de nuevo las armas, decian unos.—Ó se habrá escapado, Dios sabe por dónde, decian otros.—Por algun corredor secreto que comunica con las alcantarillas ó la casa inmediata.—Pronto lo sabremos: escalemos los balcones.—No! no! puede estar dentro, reaparecer de un momento á otro.....—Quién dijo miedo?

Miéntras así se comentaba la desaparicion del heroico defensor de sí mismo, un peloton de soldados del ejército penetró en la casa, que ya nadie defendia, seguido de un gran número de paisanos. Los soldados encontraron al denodado mártir sentado en el suelo y bañado en su propia sangre. Estaba herido; pero sus dedos ensangrentados se crispaban aún alrededor de la garganta de una carabina, que apuntó á uno de los soldados diciendo: «Aun ha de caer otro.» Un soldado cayó; pero casi al mismo tiempo que el estampido de la carabina, sonó una descarga que puso fin á la vida del infortunado Bálmes.

* * *

Tan espantoso drama se representó en Barcelona casi á la vista de las autoridades, y hallándose en ella concentradas casi todas las fuerzas del ejército español, lo que hoy pareceria increible, si no estuviese tan clavado en la memoria de todos el asesinato, hasta hoy impune, del infeliz Azcárraga.

Las autoridades que habia á la sazon en Barcelona eran progresistas; lo que no quiere decir que fuesen cómplices en tan horribles atentados, sino que los progresistas no sirven para autoridades, ni áun para alcaldes de barrio.

El ensangrentado cadáver del valeroso combatiente y denodado mártir estaba aún tibio, cuando cayó sobre él el populacho como una bandada de buitres, y lo sacó á la calle con una soga atada al cuello, que se la disputaban, para tirar de ella y prestar este gran servicio á la *causa de la libertad*, enjambres de pillos, de los cuales ninguno llegaba aún á la adolescencia, crisálidas de bandido, presidiarios en estado embrional, á que se juntaron muy pronto otros séres cuyo sexo los hacía aún más repulsivos; inmundas bacantes, asquerosas arpías, con que Milton se hubiera negado á poblar su horripilativo pandemonium.

Y el cadáver fué arrastrado un breve trecho, dejando marcado su itinerario un surco de sangre. Parecia el cuerpo de un náufrago, rodeado de tiburones y llevado por una corriente de inmundicia.

Afortunadamente, á doscientos pasos de la casa que acababa de ser teatro del espantoso drama, la hez se detuvo ante un peloton de fuerza pública que la salió al encuentro, la obligó á soltar su presa, y la hizo dispersarse en todas direcciones. Las mujeres, tan propensas á abusar de su debilidad como los hombres de su fuerza, cedieron con alguna dificultad y no sin murmurar palabras ininteligibles, con que sin duda formulaban en voz baja una protesta contra el ataque que estaban sufriendo sus derechos individuales, si bien los tales derechos no se hallaban aún consignados en el credo de los progresistas.

* * *

No es *El Jesuita* de los que envuelven á todo un partido en los cargos á que se hacen acreedores pocos ó muchos de sus individuos, á no ser que el partido los prohije, los haga suyos, ó trate de defenderlos ó atenuarlos, y, hallándose en el poder, no les imponga el merecido castigo.

Algo de culpa, sin embargo, cabe siempre al partido que gobierna por los desmanes que se cometen, por no haberlos sabido evitar, ó por haberlos alentado involuntariamente con su torpe ó mala política.

La muerte del desventurado Azcárraga, que hasta ahora ha quedado impune, y los demas atentados de la *Partida de la Porra*, que han quedado impunes tambien, son una mancha para el Gobierno, y una mancha igualmente para el partido progresista, que ha seguido prestando su apoyo á un gobierno que no ha castigado ni ha hecho nada de provecho que se sepa para castigar tamañas fechorías.

Dices, lector, que exagero? Por qué lo dices? ¿Lo dices porque has leido en los periódicos que el Gobierno, alarmado por los muchos atentados que se cometen, ha concebido el proyecto de reorganizar la policía, aumentando el número de sus agentes? Ay! no es de falta de policía, sino de faltas de la policía, de lo que se quejan los ciudadanos pacíficos. Lo que se necesita no es mucha policía, sino buena policía. No tengamos lo de la caza, que disminuia en cierto soto vedado á medida que se aumentaba el número de guardas, segun puede colegirse del siguiente apólogo del *Jesuita:*

LOS GUARDAS DEL CAZADERO.

Tan poblados de liebres y perdices
pocos sotos se ven
como el soto que en tiempos más felices
tenía, no sé dónde, no sé quién.

No me tengas, lector, por embustero,
ni por alma pacata,
si cuento que albergaba el cazadero
dos conejos ó tres en cada mata.

Mas buscando en el soto su *cum quibus*,
sin nunca quedar hartos,
lo infestaron ejércitos y tríbus
de voraces culebras y lagartos.

En él se establecieron insolentes
vulpejas y garduñas,
y comadrejas de afilados dientes,
y gavilanes de torcidas uñas.

Y tendian sus lazos y artimañas
furtivos cazadores,
que entre las destructoras alimañas
pasan, no sin razon, por las peores.

El posesor legítimo del soto,
que de él prendado estaba,
para poner á tanto exceso coto
los guardas sin cesar multiplicaba.

Así pues el producto más crecido
que el soto dar podia
áun sin haber la caza disminuido,
en salarios de guardas lo invertia.

Quiso él mismo ponerse un par de albardas
luégo que fué advirtiendo
que iba en razon del número de guardas
la caza sin cesar disminuyendo.

Vió en cada guarda un cazador furtivo,
y yo imparcial alabo
el golpe que dar supo decisivo,
todos los guardas despidiendo al cabo.

De nuevo el soto se pobló de caza,
y eso que en sus merodes
la de alimañas destructora raza
siguió haciendo más víctimas que Heródes.

Si la moral que este suceso esconde
no echara en saco roto
ese yo no sé quién, que, no sé dónde,
tal cazadero poseia ó soto,

¿Podria prometerse un resultado
feliz de esa manía
con que gasta el gobierno del Estado
tantísimo millon en policía?

* * *

Concebiríase que el partido progresista, no hallándose en el poder, atribuyese á otro partido que lo ocupase el atentado contra el general Prim, ó á lo ménos que fulminase contra él las más severas censuras por no haber capturado á los delincuentes, ya que no burlado sus designios; pero ahora todas las recriminaciones, todas las alusiones é indirectas con que se pretende manchar la honra de una colectividad, cualquiera que sea, son ilícitas; todas las reconvenciones son infundadas, todas las sospechas son arbitrarias é indignas.

Ni siquiera es dado legitimar la suspicacia con el exámen de la conveniencia particular de ninguna comunion política, porque son muchas las comuniones políticas á las cuales podia convenir que el general Prim desapareciese de la escena. Así es que el juicio temerario de los progresistas ha oscilado entre todos los parti-cos. El *cui prodest* no permite en esta ocasion fijar ningun criterio.

¿Y no podria ser tambien un interes puramente personal quien hubiese cargado los trabucos de los asesinos? ¿No podria ser tambien la muerte del general Prim el resultado de una venganza?

No tenía Prim enemigos? ¿No se habia derramado por su causa sangre inocente? ¿No hay ningun huérfano ni ninguna viuda que hayan visto premiados por el general Prim á los asesinos de su padre ó de su esposo?

Para medir con rigurosa exactitud los grados de criminalidad de un acto, no es lícito prescindir de las causas que en su perpetracion pueden haber influido. ¿No te parece, lector, que si el hecho, que se atribuye al general Narvaez, de haber mandado fusilar á un niño de cinco años, fuese, lo que no es, un hecho perfectamente demostrado, no te inspiraria ningun odio el padre de la infeliz criatura, aunque á traicion ó de cualquier modo hubiese cosido al general Narvaez á puñaladas?

Se dirá que para hacer justicia hay tribunales, y que nadie debe hacérsela por su propia mano. Música celestial! Hay séres privilegiados que pasan por encima de todas las leyes, sin que las leyes les alcancen nunca. Hay altas posiciones inaccesibles á las prescripciones de la justicia humana; hay posiciones inexpugnables, en las cuales los que, por buenos ó malos medios, consiguen asaltarlas, se parapetan y hacen fuertes, y desde ellas escupen á la sociedad que está debajo, se burlan de la conciencia humana, cometen cuantos crímenes pueden serles provechosos, y el Código penal nada tiene que ver con ellos.

¡Cuántas veces, lector, habrás oido hablar de responsabilidad ministerial desde que nos hace felices el régimen constitucional! ¡Cuántas veces tambien habrás oido hablar de infracciones de ley cometidas por los ministros responsables! ¡Á cuántos ministros habrás oido acusar de prevaricadores, de impuros en la gestion de los negocios públicos, y de otros delitos, patentes á los ojos de todo el mundo, de los cuales el menor bastaria para que cualquier desvalido sufriese la pena de garrote!

Terribles castigos se señalan á los cabezas de motin y á los perturbadores del órden público, y ahora mismo es ministro quien cínicamente ha hecho alarde en pleno Parlamento de haber provocado una colision sangrienta para deshacerse de sus adversarios.

No lo dudes, lector, hay posiciones desde las cuales se desafía la opinion pública, se ultraja la conciencia de los hombres de bien, y se conculcan todos los derechos sin ningun pretexto ó bajo el pretexto de la manoseada *salus populi*, y se cobran primas ilícitas, y se juega á la Bolsa á cartas vistas, y se ejercen actos de simonía y otros peores, y se roba, y se asesina, y se falta á todo sentido moral, y todo eso se hace impunemente.

Muchos ministros, que subieron al poder llenos de trampas, habrás visto, lector, que arrastran coche; pero dime de uno solo que esté en presidio. Y á fe que malos ministros no han faltado!

Pero, malos ó peores, no quedan sujetos los que lo han sido á ningun juicio de residencia, y se les castiga con una renta vitalicia que, por haberle gobernado mal y conducido á su ruina, les paga el país, y ellos se la comen en santa paz y sin ningun escrúpulo, miéntras el país que la paga se muere de hambre. ¡Qué Revolucion de Setiembre! Ni siquiera suprimió las cesantías de los ministros. Suprimirlas he dicho? Si no las hubiera encontrado ya creadas, ella las hubiera creado.

La responsabilidad ministerial, que nadie ha visto nunca hacerse efectiva, es una engañifa, la mayor tal vez de las infinitas de que está plagado el sistema constitucional, en que se puede decir que es farsa todo. Más irresponsables son de hecho los ministros, que por la ley son declarados responsables, que el rey, que por la ley es declarado irresponsable. Todos los ministros que cayeron con Doña Isabel de Borbon han vuelto ó pueden volver á España, y percibir, sin más fórmula que un juramento prestado con todo género do reservas mentales, una pingüe cesantía, al paso que Doña Isabel de Borbon sería considerada como *un faccioso más*, segun la frase de Martinez de la Rosa aplicada al infante D. Cárlos, si *profanase con su planta* el sagrado suelo de la patria en que fué reina legalmente irresponsable.

¡Y, sin embargo, los mismos que han derribado á Doña Isabel de Borbon ó han sancionado con su voto su caida, han consignado en su código fundamental la responsabilidad de los ministros

y la irresponsabilidad del monarca! ¿Puede ponerse un *inri* más sarcástico y burlesco en el leño en que ha sido crucificada la antigua dinastía?

El régimen constitucional, al ménos tal como en España se practica, es un burladero para librarse de las leyes, que viene á los gobernantes á pedir de boca. No hay ejemplo de que hayan sufrido una cogida.

En los tiempos de la monarquía absoluta, que hemos convenido, lector, en llamar ominosos, se decia: «Allá van leyes, donde quieren reyes.» Ahora se puede decir, mal que pese al consonante: «Allá van leyes, donde quieren ministros.» Dirás que eso no es verso, pero es verdad, como dijo el otro. En dichos ominosos tiempos, la majestad real protegia con su manto algunas veces al inocente desvalido contra las iniquidades del poderoso, y hasta se cuenta de algunos validos omnipotentes que expiaron sus demasías en manos del verdugo. Ahora, que tanto se habla de responsabilidad ministerial y de igualdad ante la ley, el último mono es siempre el que se ahoga, y ni una sola vez se ha dado el espectáculo, que tanto echó de ménos en algun tiempo el señor D. Luis Gonzalez Bravo, de dar garrote á un ministro. ¡Y eso que no se dirá que las fechorías de los ministros absolutistas excediesen á las de los ministros constitucionales! Pero la impunidad alienta al crímen.

Tratándose de los que son víctimas de las demasías del poder, no se comprende cómo hay quien dice con formalidad que hay tribunales para hacer justicia. No será *El Jesuita* quien recurra á ellos, aunque tampoco se hará la justicia por su mano. Pero eso va en genios y temperamentos, y no á todos acomoda hacerse de miel cuando se sienten agraviados. La venganza es un placer, á que muchos renuncian más difícilmente que á la vida.

Es de presumir que el asesinato del general Prim haya sido el fruto de una venganza implacable, ajena tal vez á la política, y no habiéndose perpetrado el crímen en lo más recio de una conmocion popular, en que la hez del pueblo se entrega á sus

malos instintos sin premeditacion y sin ningun acuerdo previo, no parece verosímil que los ejecutores del atentado de la calle del Turco, si eran tantos como se asegura, hayan puesto en práctica un pensamiento propio. Harto bien demuestra la táctica hábil y certera con que consumaron el acto, que eran asesinos de oficio, prácticos en el arte. No es así como fué muerto César; no es así como fué muerto el Bearnés; no es así como hubiera sido muerta Doña Isabel II si el cura Merino no hubiese errado el golpe.

De creer es, sin embargo, que el autor del crímen se hallase entre los ejecutores, y hasta que fuese uno de ellos. Los asesinos pagados son unos autómatas; hieren y no hablan, y entre los asesinos del general Prim hubo uno que le dijo: «Prepárate á morir.» Queria, al parecer, gozarse un breve instante en las angustias de la agonía de su víctima, y tal vez hacerla entrever la mente de que partia el sangriento designio. La venganza es un manjar que se saborea.

Los que intentaron asesinar al general Narvaez, de quienes ya se sabe que no eran fanáticos políticos, ni tampoco vengadores de ninguna ofensa propia, sino asesinos mercenarios, no balbucearon, en el acto de perpetrar su frustrado crímen, una sola palabra; no se oyó más voz que la de los trabucos. No estaba entre ellos el que les habia contratado.

El general Prim, en atencion á que por su causa se habia segregado mucha hiel, se habian vertido muchas lágrimas y derramado mucha sangre, debia tener muchos y muy implacables enemigos, cuyas iras habia de exasperar necesariamente el éxito, tan feliz para él, que coronó su vida de aventuras. Su catástrofe hubiera arrancado al pretendiente D. Cárlos de Borbon las mismas palabras que pronunciaron sus labios cuando le dieron la noticia del asesinato del general Moreno, que era su cortesano favorito. Estaba D. Cárlos jugando al tresillo, y dijo al que estaba dando, al ver que se quedaba parado: «Sigue dando. La muerte de Moreno no me sorprende; ya sabía yo que tenía muchos enemigos.»

Ademas, el que lleva una vida borrascosa, el que á impulsos de su ambicion trastorna incesantemente el órden social, y provoca cada dia un desconcierto, desencadena cada dia una tempestad social, hoy contra unos, mañana contra otros, tiene grandes condiciones para elevarse mucho; pero, por precauciones que tome, es muy difícil que tarde ó temprano no le sobrevenga un terrible contratiempo. El general Prim era un perturbador eterno, enemigo de todo poder que no fuera el suyo, y lo mismo ocupándolo él que ocupándolo otros, estuvo siempre fuera de la ley. Las leyes le estorbaban. Siendo gobierno, se adjudicó una dictadura, que, no por ser vergonzante, era ménos dura que otro despotismo cualquiera, y lo era tanto más cuanto que la ejercia en nombre de la libertad, lo que es doblemente odioso. No ocupando el poder, no hizo más que mendigar los favores de los que lo ocupaban, para adquirir una posicion que le permitiese más fácilmente conspirar contra ellos. Pocos dias ántes del desastre, tuvo el mérito de la franqueza, diciendo que, en caso necesario, pasaria por encima de la Constitucion. No tenía ninguna necesidad de decirlo; el general Prim se cuidaba tan poco del código fundamental, que es de creer que haya muerto sin haberlo leido. Contaba los artículos por regimientos.

Inútil es decir que reservaba á su propio criterio la apreciacion de los casos en que podia permitirse cubrir con un velo la estatua de la ley, y él no tenía más criterio que su interes y su conveniencia.

En 1843, cuando no era más que coronel y se sublevó contra el regente Espartero, condensó todas sus aspiraciones en esta sola frase, que es gráfica: «Ó la faja, ó la caja.» Este dilema prueba que el general Prim sabía á lo que se expone el que no sigue más línea de conducta que la que su ambicion le traza. La ambicion lleva al Capitolio, pero tambien á la roca Tarpeya.

* * *

El Jesuita confiesa que la desastrosa muerte del general Prim le ha causado más horror que extrañeza. Hay catástrofes que no entran en la clase de las imprevistas, tratándose de ciertos géneros de vida. Recuerdo que pocos años despues de los acontecimientos liberticidas que arrojaron de la España que habia pacificado al general Espartero, encontré en la calle de la Montera al general D. José Manso, el insigne veterano de la guerra de la Independencia. Sabido es que el general Manso tenía mucha gramática parda. Era un tipo como el del célebre Bertoldo. Estaba dotado de una perspicacia suma y de gran sentido práctico. Conocia el mundo sin habérselo enseñado los libros. Del mismo modo conocia al hombre, habiéndolo estudiado directamente, en su roce con todas las clases sociales. Bajé con él á la Puerta del Sol, y le acompañé por la calle de Alcalá al Ministerio de Hacienda. Poco ántes de llegar á la *fonda de las Peninsulares*, me dijo: «Esos dos que van delante, llevan el verdugo colgado de la espalda.»

La locucion era pintoresca y expresiva, y me hizo gracia.

Los dos sujetos que iban delante eran dos generales, á quienes poco tiempo atras habia conocido de oficialillos de cuerpos francos. Los francos eran una especie de guardias móviles, un término medio entre los militares de veras y los de mentirijilla ó milicianos nacionales.

Los dos sujetos que iban delante eran D. Jaime Ortega, que murió fusilado, y D. Juan Prim, bárbaramente asesinado en la calle del Turco.

El general Manso no se equivocaba en sus pronósticos.

* * *

Ahora, si *El Jesuita* fuese de los que necesitan sincerarse ó sincerar á algun partido tratándose de ciertos crímenes, apuraria, para aplicarlos á los asesinos de la calle del Turco, todos los epítetos duros que encontrase en el diccionario de la lengua. Pero

El Jesuita, que no está afiliado en ninguna comunion política, ni pertenece á ningun club, ni ha asistido nunca á ninguna tertulia, y hasta huye de las reuniones aunque sean simplemente literarias, no necesita exagerar con aspavientos y protestas para ponerlo de manifiesto, el horror que le inspira el asesinato de la calle del Turco. Pero, lo repite, dicho asesinato le ha causado más repugnancia que sorpresa.

Y, amén de todo, es preciso convenir en que los hombres son en el fondo peores y más hipócritas de lo que se presentan al simple exámen de su superficie. Muchos que anatematizan de buena fe, ó al ménos ellos mismos así lo creen, el atentado cometido contra el general Prim, se alegran *in pectore* de que se haya cometido. ¿Hubiera vivido tanto tiempo, si hubiera bastado para quitarle la vida la voluntad de muchos de los que más afectan execrar á sus asesinos? Si los hombres pudiesen matarse unos á otros con sólo el pensamiento, ¿cuánto tiempo tardaria en quedar despoblado el mundo?

Y lo que *El Jesuita* dice del asesinato, lo dice tambien del robo. ¿Habria pobres, si los que lo son pudiesen con sólo el deseo, con sólo el pensamiento, acarrear á su bolsillo de una manera imperceptible el dinero que contiene el de los otros? ¿Habria muchos que dejasen de entregarse á esa magia misteriosa, por cejar ante la idea de que con ella condenaban al prójimo á la miseria? ¿Tardaria mucho tiempo el opulento Manzanedo en tener que pedir limosna? Y tal vez la pediria al mismo que se habria apoderado de todo lo suyo, y éste, que sería entónces un personaje muy bien considerado, se la negaria, diciéndole: «Al Pardo! ¡Qué impertinencia de mendigos! ¿Qué hacen esas autoridades que no los recogen? Llegará un dia en que los hombres de bien no podamos salir á la calle.»

Suponte, lector, un jugador de buena ley que se entrega enteramente á la suerte. ¿Crees que si pudiera con sólo el pensamiento desbancar al que tallase, no le desbancaria?

Suponte tambien un hombre cualquiera que tiene un lance

de honor. ¿Crees que no mataria á su adversario, si pudiese matarle con alguna trampa ó traicion que de nadie pudiese ser conocida?

Un escritor humorístico frances, muy conocedor del corazon humano, presenta al hombre más honrado, con tal que no sea profundamente religioso, en cuyo caso el temor á la otra vida podrá hacerle superior á su codicia, la solucion del siguiente problema:

«Hay en China un mandarin que es muy hombre de bien, que nunca ha hecho mal á nadie, y tiene un capital de diez millones de duros, que heredará en el acto el que le mate, bastando, para matarle instantáneamente, desear que muera. ¿Lo deseas tú, hombre honrado? Se trata de diez millones de duros y de un mandarin completamente desconocido, á quien no has visto ni verás nunca, ni has oido hablar de él en la vida.

»Qué hará el hombre honrado?» pregunta el humorístico escritor. Y él mismo se contesta:

«El mandarin de la China no vivirá dos minutos.»

No des, pues, lector, demasiada importancia al grito de reprobacion universal que ha arrancado el asesinato de la calle del Turco. Los que con ese crímen no han satisfecho ningun odio, lo sienten sencillamente, porque el hombre civilizado siente siempre el mal ajeno cuando en él nada le va ni le viene. Los que temen que la muerte del general Prim pueda inferirles algun perjuicio, lo sienten con toda su alma. Algunos habrá fuera del círculo de su familia, cuyo afecto, á fuer de instintivo, es desinteresado, que lloren la pérdida del amigo, pero no tardarán en consolarse si de él no esperaban ningun beneficio.

* * *

En cuanto á los anatemas fulminados contra los asesinos del general Prim por los enemigos de la víctima, *El Jesuita* sabe á qué atenerse y no dice nada.

No hace más que formular una opinion, tal vez aventurada y ya desenvuelta en lo que va escrito de este capítulo, y es que el freno que contiene á la generalidad de los hombres dentro de los límites del deber, para que no se devoren unos á otros, no está en la conciencia de cada uno, sino en el Código penal, en el buen parecer y en el sentimiento religioso. Desgraciadamente el Código penal, sobre todo desde la Revolucion de Setiembre, cuyos explotadores han premiado á los asesinos del cuartel de San Gil y dejado impunes el asesinato de Azcárraga y otras tropelías de la *Partida de la Porra*, es para algunos favorecidos de la situacion una letra muerta; el buen parecer no es tampoco un contentivo suficiente en un país en que los apóstatas hacen gala de sus traiciones, los perjuros de su falta de fe, los abyectos de sus bajezas, y en que han perdido completamente la vergüenza los que más deberian tenerla; y, por lo que atañe al sentimiento religioso, por más que se llenen los templos, como se llenan tambien los teatros y los salones de baile, y aunque haya muchos devotos improvisados que combaten la libertad de cultos para atraer á los fanáticos á sus fines políticos, no se puede desconocer que se ha debilitado mucho y áun extinguido completamente en el fondo de muchos corazones, de suerte que sería una ligereza imperdonable contar con él para reprimir los malos instintos de la muchedumbre.

* * *

El Jesuita cree tambien deber anticipar una respuesta á los que pretendan aplicarle, por el juicio que ha emitido sobre el general Prim despues de su muerte, la moraleja de nuestro incomparable Iriarte:

«Y díjoles un lebrel:
—Dejad á ese perillan,
que sabe quitar la piel
cuando encuentra muerto á un can,
y cuando vivo, huye de él.»

No será seguramente ninguno de los que ántes del atentado de la calle del Turco hayan recorrido las páginas que iban ya entónces publicadas de este libro, quien refiera á su autor la moral de la ingeniosa fabulilla; puesto que *El Jesuita* no ha hecho más, en cuanto ha escrito despues del infausto acontecimiento, que amplificar y corroborar acerca del general Prim sus apreciaciones anteriores.

Y al confirmarse en estas apreciaciones, *El Jesuita* cumple con un deber de conciencia y de patriotismo, de que no puede prescindir el escritor honrado que practica excursiones en la historia, y que cree que ni ésta ni la política deben en ningun caso divorciarse de la moral. El Prim de los progresistas no es el verdadero Prim. El Prim de los progresistas es un ente de razon, un sér imaginario, una creacion fantástica, á que es preciso aplicar, para destruir su funesta influencia, el correctivo de la verdad histórica.

El general Prim no debió su influencia á lo que él era en realidad, sino á lo que hicieron de él, para herir la imaginacion del pueblo, las trompetas del progresismo. Y esta influencia, que le ha sobrevivido, es preciso que concluya. Su obra, que desgraciadamente está en pié, aunque no muy segura, ha sido funesta, funesta para el país y funesta tambien para la nueva dinastía. El general Prim ha impuesto al país un rey extranjero, y ha entregado á ese rey, digno sin duda de mejor suerte, un reino desprestigiado, escarnecido, empobrecido, arruinado, destrozado por los partidos que se disputan sus despojos, y sin fuerzas para llegar nunca á un período de convalescencia. ¡Bonito regalo el que ha hecho el general Prim al nuevo monarca! Le ha regalado la España de los progresistas.

Le ha dejado impuesta, como una condicion tácita nacida de las circunstancias que han acompañado su elevacion al trono, la obligacion de rodearse de progresistas, que son muy caros, de progresistas, que son muy ineptos, de progresistas, que no pueden gobernar con sus propios principios. Y un partido que no

puede gobernar con sus propios principios, ménos áun puede gobernar con los ajenos, porque le faltan la autoridad y el ascendiente que son el premio de la consecuencia y de la fe que tiene cada cual en sus respectivas doctrinas. Cosas hay que no se pueden tolerar á los progresistas y podian aplaudirse á los moderados.

Y obligándole á rodearse de progresistas, el general Prim ha privado al nuevo rey de todos los medios hábiles que pudiera encontrar para moralizar y normalizar la situacion, para garantir la libertad, para consolidar el órden, para establecer el imperio de la ley, para restaurar la Hacienda; le ha privado de todos los medios hábiles para captarse las simpatías del país, destruyendo ó modificando poco á poco las prevenciones que inspira por su calidad de extranjero.

Es peor aún que dejar al nuevo rey encerrado en el estrecho círculo de un partido impopular y desacreditado, lo que el general Prim ha hecho para invalidar su accion é inhabilitarle completamente. No pudiendo con sólo los votos de los progresistas de la Cámara que le eran adictos, alcanzar el número de los requeridos para que el príncipe italiano viniera á sentarse en el trono de España, mendigó los de los unionistas, con lo que privó de antemano al nuevo monarca de nombrar un ministerio homogéneo que gozase de la debida unidad de accion, sin necesidad de recurrir á acomodos y transacciones, que dan por resultado una *concordia discors*, con la cual es imposible gobernar. Y las consecuencias de las disensiones actuales que germinan en el seno de un gabinete compuesto de elementos heterogéneos, trasciende á los partidos que se hallan en él representados, los cuales se recatan mutuamente, se miran de reojo, se temen, se envidian y se celan, se empujan unos á otros y se empeñan en una guerra sorda, aspirando cada cual á desalojar á los otros y sobreponérseles para hacerse dueño único del campo. Cuando esto sucede, el gobierno no gobierna; queda envuelto en la lucha de intrigas de sus tornasoladas huestes, y, absorbido por los intereses de gre-

mio, que son casi siempre en el fondo puramente personales, olvida enteramente que hay un país que necesita ser gobernado.

Los elementos, que para destruir ó derribar basta que se coliguen, para gobernar y establecer una situacion estable es necesario que se fundan, y se fundirian indudablemente los pocos con que puede contar en el país la nueva monarquía para consolidarse, si les bastase el sacrificio de sus opiniones y de su conciencia. Á este sacrificio están muy acostumbrados los explotadores de la Revolucion de Setiembre, y á ninguno de ellos le haría salir los colores á la cara una apostasía más ó ménos. Los políticos del dia son como las mujeres, que, si una sóla vez cometen un acto vergonzoso, pierden completamente la vergüenza, y ya no vuelven á recobrarla. Á los hombres públicos que hoy imperan, se les puede llamar públicos en el mismo sentido que á ciertas mujeres. Trafican con los principios, como las prostitutas con su carne.

Hoy está la apostasía en el pleno ejercicio de sus facultades. Apénas, entre los que sostienen la actual situacion, se encontrará uno que no sea un tránsfuga; solo que esta desercion, por el carácter de colectividad que tiene, es ménos perceptible, para el que la comete en compañía de muchos, que si la cometiera él solo.

La coalicion á que tuvo que recurrir el general Prim para traer al nuevo rey, y á que por lo mismo ha tenido que recurrir el nuevo rey para organizar su primer Ministerio, se compone de progresistas, unionistas y cimbrios, que, trabajando aparentemente para fundirse, trabajan en realidad para eliminarse. Son el gato, la víbora y el parricida metidos en un saco.

Y los tres grupos están compuestos de abjurantes.

Desde la Revolucion de Setiembre, el partido progresista ha abjurado de sus principios dos veces, todo en masa. Abjuró á raíz de la Revolucion, al acogerse á la bandera democrática, que no es la suya, porque los progresistas no son más que unos doctrinarios sin doctrina, unos moderados tontos. Y luégo volvió á abjurar llevando al poder la política de los moderados, que habia

combatido en la oposicion, no obstante su flamante democratismo y el de la Constitucion, que es obra suya, y que se ve obligado á infringir incesantemente, porque hasta despues de haberse promulgado no ha conocido que era más liberal que él, pues él nunca ha tenido una idea clara de lo que es la libertad, reducida en su concepto á tiranizar á todo el mundo, al compas de cualquier himno patriótico con acompañamiento de palos, siempre que éstos se puedan dar impunemente, veinte contra uno, y con una autoridad que guarde á los apaleadores las espaldas.

Sea dicho de paso, todos los atentados cometidos por los progresistas llevan el sello de la cobardía.

El partido unionista apostató tambien, no ya acogiéndose, como el progresista, á la bandera democrática, sino enarbolándola él mismo, por temor de hacer un fiasco completo si daba á la revolucion por enseña su propio credo, en cuyo caso el pueblo le hubiera dejado en las astas del toro. Pero no describió su evolucion hácia la democracia inconscientemente como el partido progresista, que es tonto de capirote, sino con el propósito deliberado de describir más adelante otra en sentido inverso, más conforme con sus propios principios. Y la hubiera descrito sin duda alguna en el seno mismo de la Asamblea Constituyente, si hubiese él solo constituido la mayoría. No hubiera entónces contribuido á dotar al país de la Constitucion democrática que deberia actualmente regir, aunque no rige, porque no son demócratas los encargados de su custodia.

Pero no ha renunciado la union liberal á su primera idea de espurgar la ley fundamental de todo lo que tiene de más democrático, alterando completamente su espíritu. Los órganos que tiene en la prensa no pueden disimular la aversion que les inspiran los derechos individuales, á los cuales atribuyen todas las maldades que se cometen, siendo así que son hijas de la falta de respeto del gobierno á dichos derechos, que deja impunes á los que contra ellos atentan. Precisamente no hay ningun crímen, ni es posible idearlo en el mundo, que no sea una violacion,

procedente de arriba ó de abajo, de algun derecho individual.

Demasiado saben eso los de la union, que no tienen pelo de progresistas, pero saben hacerse el tonto, por lo mismo que no lo son. Con lo que ménos transigen, ellos, que son los más excépticos del universo despues de los moderados *pur sang*, es con el registro y el matrimonio civiles, y demas consecuencias de la libertad de cultos, porque han dado en quererse figurar que el pueblo español, el más descreido de todos los pueblos, es profundamente religioso y hasta fanático, y creen atraérselo con sus aspavientos ascéticos y convertir al clero en instrumento de sus fines políticos. Pero los carlistas les han ganado por la mano.

En cuanto á los cimbrios, que siendo pocos, pues no llegan en toda España á cuatro docenas, meten mucho ruido, no es necesario decir que son apóstatas. ¿Quién no sabe que eran todos ellos republicanos ántes que fuese posible la república? Mas eso no bastaria para calificarlos de apóstatas, si su improvisado monarquismo fuese gratuito. No lo es; al contrario, cuesta muy caro. Buenos son ellos para profesar una opinion de balde!

* * *

Tales son los elementos monárquicos de la nueva monarquía. Y el nuevo monarca tiene que pasarse con ellos, porque no tiene otros. Exquisito pisto se puede hacer con todos ellos! Aquí vendria bien la expresion, más gráfica que parlamentaria, del ciudadano Orense, aplicada á los moderados y progresistas que querian aliarse: «Es imposible con dos huevos podridos hacer una buena tortilla.»

Y con tres huevos podridos, saldria la tortilla mejor?

Pues con otros ingredientes no puede contar el nuevo monarca. El general Prim no le ha dejado otros.

Se hará una tortilla de todos los diablos. El país, no obstante tener un estómago acostumbrado á todo lo que le quieren dar, no podrá digerirla.

Pero la tortilla no se hará. Ya puede el nuevo rey sudar la

gota gorda meneando los ingredientes y batiéndolos; por más que haga, no conseguirá que se mezclen. No caben en una misma sarten, es decir en un mismo presupuesto. Si sólo se tratase de incompatibilidad de doctrinas, se amoldarian unas á otras las de los tres grupos con toda la docilidad de la cera reblandecida al fuego; los que, siendo monárquicos, han rezado el credo democrático, y los que, siendo republicanos, han aceptado el trono, no comprenden que pueda haber principios incompatibles. Todos los pueden fundir los jugos gástricos. No hay doctrina que no pueda ser quimificada y quilificada por los estómagos de la situacion.

Mas los principios son lo de ménos. Y la nómina? *Of is the question.*

Y el caso es que si los elementos constitutivos de la situacion no se armonizan, pronto se lo llevará todo la trampa.

Los *moros fronterizos*, que es como se ha dado en llamar á los ex-montpensieristas procedentes de la union liberal, á quienes atrajo el general Prim á la candidatura del príncipe italiano para rey de España, comprenden la necesidad de un acuerdo sincero de todos los elementos que braman de verse juntos dentro de la abigarrada dominacion actual, y trabajan lo que no es decible para hacérselo comprender á los progresistas. Al efecto, sabiendo de qué pié cojean, no hablan á su cerebro, pues no está aún bien averiguado si los progresistas lo tienen, sino á su estómago, donde se han concentrado todas sus facultades, y cuya existencia demuestra, sin necesidad de autopsias ni vivisecciones, el estado de la pobre España, que el progresismo, en poco más de dos años, ha dejado casi enteramente digerida.

Que sea propio ó simon,
está toda la cuestion
en ir en coche y no á pata;
¡pues union,
que aquí tan sólo se trata
de conservar el turron!

Hé aquí lo que dicen los moros fronterizos á los progresistas.

Pero los progresistas les contestan que todo el turron lo necesitan para sí, y que no quieren compartirlo con nadie.

—Os lo dejamos todo, exclaman los fronterizos por boca del distinguidísimo escritor señor Nuñez de Arce; no queremos empleos; creed en el platonismo de nuestro amor á la situacion; no aspiramos á más que á salvar la obra revolucionaria, bajo cuyos escombros nos sepultarán vuestras intransigencias, y vosotros quedareis sepultados con nosotros. ¿Quereis que la posteridad diga del progresismo, como del atleta hebreo aplastado bajo las ruinas del templo: «Aquí murió Sanson con todos los Filisteos?»

—Eso es harina de otro costal, dicen los cándidos progresistas, á quienes seduce la abnegacion de los fronterizos:

Obraremos á compás
de todos vuestros deseos;
dejándonos los empleos,
¿para qué queremos más?—

Y el progresismo está ya á punto de morder en el anzuelo, y el unionismo se prepara ya para dar el cachete, cuando los astutos cimbrios, cuya permanencia en la situacion es incompatible con la influencia que en ella quiere ejercer el unionismo, se acercan á los progresistas y les dicen:

—¡*Oh terque quaterque beati!* Qué vais á hacer, desdichados? ¿Vais á ayudar á los unionistas á crear una situacion exclusivamente suya?

—Suya? Nó, nuestra. Nos abandonan todos los empleos, responden los progresistas.

—Y lo habeis creido, animalazos? replica un cimbrio barbilampiño, que parece ser el jefe de la cuadrilla. ¿Para qué quieren ellos ser dueños de la situacion sino para serlo del presupuesto? ¿No son acaso los moros fronterizos tan presupuestívoros como vosotros y como nosotros, que es todo lo presupuestívoro que se puede ser? Pronto se os subirán á las barbas; pero no se subirán á las mias. Conozco sus mañas.

En cuanto á eso de subírsele á las barbas, el jefe de la cimbrería tenía muchísima razon, y la tenía tambien en no creer en el desinteres de los fronterizos.

Por más que el caudillo cimbrio
sea de pequeña talla,
no puede encontrar un hombre
que se le suba á las barbas.

Es claro, no las tiene, ni le hacen falta. Se le han ido todas en travesura, porque travieso es como pocos. ¡Demasiado, por desgracia de la situacion, á la cual la atomística falanje que capitanea no da ninguna fuerza y la quita mucha, oponiéndose á la unificacion de las principales partes de que se compone la actual quisicosa!

* * *

Sabido se lo tendrá *El Jesuita* cuando dice que el general Prim, obligado á transigir con partidos que se rechazan, para traer al quinto rey de su eleccion, ha hecho á éste un buen regalo. Le ha aislado del país en que ha venido á reinar, obligándole á rodearse nada más que de apóstatas, pocos y mal avenidos.

Demostrado queda que son apóstatas todos, habiendo señalado sus actos de apostasía. Y eso que *El Jesuita* no cuenta entre las defecciones colectivas la rebelion de una gran parte del partido progresista contra el general Espartero en 1843, porque en aquellos tristes sucesos los progresistas fueron engañados por sus *leaders*, tales como D. Juan Prim, D. Francisco Serrano, D. Salustiano Olózaga y D. Luis Gonzalez Bravo, que, prevaliéndose de su característica inocencia, los arrastraron deliberadamente al precipicio.

Dichos *leaders*, y otros que se pudieran citar, hicieron su negocio, no obstante haberles ganado la partida los moderados á quienes pensaban ganarla. Pero algunos de dichos *leaders*, cuando vieron que los moderados, sus auxiliares contra el general Espartero, cargaban con el santo y la limosna, se quedaron con

ellos y entraron en el reparto del botin; y los otros, sin pasarse resueltamente á los que se hicieron dueños del campo, sacaron tambien su buena raja. Hubo para ellos entorchados, fajas, cruces, toisones, títulos, negocios lucrativos y otros paños de lágrimas con que pudieron enjugar las que les arrancaba la triste situacion á que habian reducido á su partido.

Y éste siempre tonto! ¿Quién habia de decir entónces que se dejarian guiar más adelante por los mismos que les habian llevado al matadero?

Y ahora que se ve lo que son los progresistas, ahora que se sabe la treta que en 1854 quisieron jugar al general O'Donnell, igual á la que en 1868 han jugado á los unionistas arrojándoles de la situacion que ellos mismos habian creado, preciso es confesar que los moderados en 1843 hicieron muy bien en jugársela de puño. Los progresistas quisieron hacer con los moderados lo que los moderados hicieron con ellos. Ni más ni ménos. Los moderados fueron más listos, como ha sido más listo el conde de Bismark que Napoleon el Pequeño.

Al chasco que se llevaron los progresistas coaligados de 1843 sucedieron algunas apostasías, pero pocas. Entónces habia aún en España un resto de pudor, una pizquita de vergüenza. Ahora se ha perdido enteramente. Se enseña el precio del deshonor, y nadie oculta la cruz ó el empleo en que ha tasado su conciencia.

Entónces los apóstatas eran en todas partes señalados con el dedo, y hasta los perros se avergonzaban de la debilidad con que algunos pocos se rendian por hambre al bando dominante. *El Jesuita* refirió á la sazon la historia de un perro decente, y quiere dejarla consignada en este libro para ignominia de hombres tránsfugas y honra eterna de perros consecuentes.

Como una madre quiere á su rorro,
Andres queria con frenesí
á un can que tuvo desde cachorro,
al cual por nombre le puso Alí.

—

Destino en rentas Andres tenía;
mas vino el año cuarenta y tres,
cuando un decreto de cesantía
dejó por puertas al buen Andres.

—

Acometieron en aquel año
con tal carácter de gravedad
las cesantías (1), que no es extraño
que Andres pillase la enfermedad.

—

Mas participan, cuando atacado
se ve cualquiera de mal tan cruel,
de sus miserias y mal estado
hasta las bestias que están con él.

—

Ya la cordilla no entra en la gola
del pobre gato, y en su prision
está el jilguero como una bola,
porque no tiene ni un cañamon.

—

Con sus instintos tan penetrantes,
Alí, notando falta de pan,
vió que en la casa de los cesantes,
todos cesantes á un tiempo están.

—

Pero, dotado del temple heróico
que la conciencia da del deber,
tan resignado como un estóico
decia á todo: «Cómo ha de ser!»

—

Años pasaron: dura la suerte
á prueba puso tanta virtud,

---

(1) En 1843 no quedó títere con cabeza. Los moderados, despues de dos años de abstinencia, se arrojaron á la olla grande con una hambre presupuestívora verdaderamente alarmante. No llegaba, sin embargo, ni con mucho á la de los actuales situacioneros, que no habian comido hasta ahora. Por supuesto, nadie comia que no fuese de la familia, pues nadie es capaz de convencer al partido que domina, sea el que quiera, de que no es sólo suyo el presupuesto que paga la nacion entera.

y él tuvo el alma de un varon fuerte,
y siempre digna fué su actitud.

—

Un caballero muy opulento,
no una vez sola, ni dos, ni tres,
sino cien veces, viéndole hambriento,
dejar intenta sin él á Andres.

—

Le ofrece magras, le ofrece queso,
hasta le ofrece buen salchichon;
pero el gran perro tieso que tieso,
sin corromperse su corazon.

—

Á Andres ¡el pobre! tanta miseria
hízole al cabo dar un traspié;
se puso en venta, y en la gran feria
por un destino trocó su fe.

—

Y sintió el perro cierta vergüenza;
la sintió el perro, si el amo nó;
no hay, á mí al ménos, quien me convenza
de que la venta no comprendió.

—

Viendo en la sopa más gordo el caldo,
que ya no *El Eco* (1) leia Andres,
viendo en sus manos sólo *El Heraldo* (2),
dijo sin duda: «Ya sé lo que es.»

—

Junto á la puerta, cual gata muerta,
se pone entónces; llama el astur;
la Maritornes abre la puerta,
y el perro á todos les dice: «Abur!»

—

Esta es historia muy verdadera,
pues Andres mismo me la contó;

---

(1) *El Eco del Comercio*, órgano genuino del partido progresista de aquella época.

(2) Órgano genuino del partido moderado.

y como alguno no la creyera,
poco importara, la creo yo.

—

Yo sé que hay perros que son decentes,
y que lecciones pudieran dar
á tantos hombres inconsecuentes,
siempre dispuestos á apostatar.

* * *

Sucede una cosa peregrina, que acaba de probar que los partidos no se forman para defender doctrinas, sino para defender los intereses de los afiliados, segun decia el venerable general D. Evaristo San Miguel. Cuando un partido casi entero ó una gran parte de él describe una evolucion más ó ménos habilidosa en sentido distinto del que le trazan sus principios, califica de apóstatas á los que permanecen en su propio campo, se niegan á seguirle y mantienen enarbolada su antigua bandera. Le sucede lo que á los navegantes que viajan cerca de las costas, que, siendo ellos los que se mueven, se hacen la ilusion, por un efecto de óptica, de que quien anda es la tierra que tienen próxima.

Y no se contentan, los que realmente se apartan de sus principios, con llamar apóstatas á los que permanecen á ellos fieles, sino que los excomulgan por heterodoxos, lo que produce á las personas sensatas un efecto parecido al que produciria el rey Víctor Manuel si excomulgara al papa Pio IX por anti-católico.

Los progresistas sobre todo, que no se cansan nunca de hacer tonterías, son aficionados á fulminar excomuniones. Recientemente, la Tertulia progresista, erigida en cónclave, ha pronunciado la terrible fórmula contra el periódico *Las Novedades*: *Excommunicatur, á fidelium consortio separatur*. Y del mismo modo los padres graves del progresismo excomulgaron en vida á Argüelles, á Calatrava, á Mendizábal y á otros insignes patricios á quienes veneran despues de su muerte. Excomulgaron hasta al mismo general Espartero. ¡Y no excomulgaron á Olózaga el Ex-

terminador, ni al general Prim, ni á ninguno de los que les han convertido en instrumento ciego de su ambicion y han especulado con su sangre! Si *El Jesuita* fuese progresista, se alegraria de que se le excomulgase.

¿Y se quiere que un partido que por un quítame allá esas pajas pronuncia un *sit excommuniatus;* que arroja de su seno á los más ortodoxos, si se niegan á hacerse cómplices de sus desmanes, si se resisten á seguirle por el camino de su perdicion, si no quieren precipitarse con él en el abismo que se abre con sus desaciertos, si no se resignan á acompañarle en sus inconscientes veleidades, si anteponen su propio criterio y los dictados de su conciencia á las combinaciones egoistas de bandería; se quiere que un partido así, tan repulsivo, tan intransigente, tan anti-propagandista, tan aferrado en sus errores, haga buenas migas con otro ó con otros, cuando no puede ni áun vivir en paz consigo mismo?

Nunca el *caput mortuum* del partido progresista antiguo, que es lo único de que se compone el partido progresista actual, será compatible con ningun otro partido dentro de una misma situacion. Es un partido suspicaz, receloso, malicioso y, por añadidura, tonto. Nó, no se aliará con la union liberal, y no porque comprenda instintivamente el peligro de esta alianza, sino porque lleva el exclusivismo y la zozobra en la masa de la sangre. Siempre le parece que le tienden redes.

Y en la ocasion presente no anda descaminado. La malicia, que es el talento de la imbecilidad, le sirve mejor que pudiera hacerlo su perspicacia. Teme ser herido por los mismos filos con que él hirió á la union liberal cuando la hizo, en Alcolea, sacar del fuego la castaña que él se está comiendo.

Etiam aliquando bonus dormitat Homerus. Pobre unionismo! Quién lo habia de decir! ¡Tan bien como juega, y el progresismo le ha soplado la dama! Si se te hubiese dicho, lector, que un tal Rueda, que era el jugador de billar más chambon que se ha conocido, habia dejado zapatero al famoso Peret ó á Espino ó á Ria-

ño, no te hubieras hecho cruces? Pues con más motivo debes hacértelas ahora que sabes que la paloma se ha comido al gavilan, la gallina á la zorra, el mosquito al murciélago, que algo más que eso es haber el progresismo chasqueado al unionismo.

¿Cómo habian de figurarse los unionistas que se hubiese inventado, para aplicárselo ellos, el refran que dice: «de fuera vendrá quien de casa nos echará?» Creian, cuando preparaban la Revolucion de Setiembre, estar empollando un huevo propio, y, al romperse la cáscara, ha salido un pollo progresista. Desde que murió el hábil y sesudo general O'Donnell y le reemplazó el general Serrano, la union perdió la brújula, y no sabe por dónde anda. Es una nave sin piloto, porque los que pudieran serlo por su autoridad, experiencia y gran talento, los señores Rios Rosas, Posada Herrera, Calderon Collantes, Luzuriaga, no parecen muy dispuestos á embarcarse con una tripulacion insubordinada, cuyas falsas y caprichosas maniobras hacen sospechar que se halla en inteligencia con los que desean que toque la quilla en algun bajo.

Pero esa inteligencia pérfida, si la hay ahora, no la habia cuando se hizo la revolucion, y entónces fué cuando la clueca unionista, poco vigilante ó demasiado confiada, dejó introducir en su nido y cobijó bajo sus alas la postura ajena. Entónces fué tambien cuando escribió *El Jesuita* la siguiente moraleja acomodada al asunto:

DE FUERA VENDRÁ
QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

Tambien entre los pájaros se encuentran
madres que en su egoismo se concentran,
y renuncian del todo á los deberes
de la maternidad, cual las mujeres
que el débil sér que se engendró en su seno
confian crueles al cuidado ajeno.

Yo sé la historia de un cuclillo astuto,
que, sin tener cariño ni áun al fruto
que de su amor llevaba en las entrañas,
consiguió, con sus artes y sus mañas,
como esas madres sin perdon ni excusa
que arrojan á sus hijos á la inclusa,
ir poniendo sus huevos en los nidos
por otros picos con afan mullidos.

Aprovechando el pícaro un momento
en que en busca salió de su sustento
un débil tordo, en su morada puso,
sobre los que ya habia, un huevo intruso.

Vuelve el tordo solícito á su casa;
no se puede explicar lo que le pasa,
viendo, amén de los huevos que tenía,
otro mucho mayor..... oh! qué alegría!
Le pone, no entendiendo el embeleco,
aquel exceso de familia hueco.
Más que un rey en su trono se envanece,
y su amor maternal siente que crece.
Ansioso espera el dia de ventura
en que rompan sus hijos la clausura
de sus calientes alas al contacto,
como á la luz del sol la flor del cacto.

Adquiriendo en el huevo desarrollo,
de su cáscara frágil sale un pollo,
que, cual llamando á sus hermanos, pía,
y nacen todos en un mismo dia.
¡Y tambien el intruso! Por su instinto,
áun más que por su físico, distinto
de los demas, apénas nace, empieza
á demostrar su natural fiereza.
¡Oh aberracion del maternal afecto!
¡el tal hijo es el hijo predilecto!
Nada su falsa madre le rehusa,
y él de su fuerza y posicion abusa;

su mal humor, su despotismo impera;
del sustento de todos se apodera,
y siempre despachándose á su gusto,
se cria muy rollizo y muy robusto,
miéntras la madre enclenques y canijos
ve moribundos á sus propios hijos.

Tanto crece el intruso, que es ya estrecha
la habitacion comun, y entónces echa
fuera de ella con ímpetus altivos
á todos sus hermanos adoptivos.

Y luégo que á la madre el fratricida
no necesita ya para su vida,
deja á la desdichada sin consuelo,
hendiendo el aire con seguro vuelo,
cual de su ingratitud haciendo alarde.
La madre llora entónces..... ¡es ya tarde!!!

Que un pájaro, que nunca ha blasonado
de ser como los hombres ilustrado,
con tal falta de lógica discurra
que en el grosero error del tordo incurra,
no me parece cosa tan extraña
que llamar deba la atencion de España.
Mas que todo un partido, cuya gente
con razon se titula inteligente
(y eso que de modesta siempre peca),
tenga bajo sus alas, como clueca,
el huevo progresista, y que lo empolle,
para que, cuando al fin se desarrolle,
salga, rota la cáscara, un cuclillo,
¡por vida de D. Juan Bravo Murillo,
que no puedo explicarme este misterio,
que prueba tanta falta de criterio!

* * *

Ahora los progresistas, cuyos recelos procura avivar la cimbrería, la cual cuida de que tengan los ojos muy abiertos, están que no les llega al cuerpo la camisa temiendo que los unionistas tomen el desquite. Creian haberse librado de ellos para siempre en cierta sesion famosa en que el general Prim rompió la coalicion que destronó á Doña Isabel II, al grito de «¡Radicales, á defenderse!»

Desgraciadamente, cuando se trató con formalidad de elegir rey, el número de autómatas que tomaban la actitud que el general Prim queria era insuficiente para el triunfo de su candidato, y hubo necesidad de mendigar el apoyo de los unionistas. Muchos de éstos se lo otorgaron, si no bajo determinadas condiciones, al ménos con la esperanza de tomar posiciones en la nueva monarquía, y así es como los progresistas se metieron, á pesar suyo, la suegra en casa.

El nuevo rey, que desconoce completamente la idiosincrasia de cada partido, porque no hay ciencia infusa, tuvo que nombrar un Ministerio, y confió su organizacion al general Serrano, que es, en concepto de *El Jesuita*, el hombre que hay en el mundo que ménos sabe lo que se hace, pero á quien todo lo que hace le sale bien para él, aunque casi siempre mal para el país.

Digamos algo del general Serrano, ya que se nos ha venido á la pluma.

* * *

El general Serrano es el hombre que más cosas ha sido en España, pues ha sido él solo cuantas cosas han sido todos los que han sido más cosas. Tiene todas las condecoraciones imaginables, incluso el Toison de Oro, que el gran D. Leopoldo O'Donnell no aceptó porque creyó no merecerlo. El general Serrano es capitan general, y duque, y ha sido capitan general de la isla de Cuba, y ministro várias veces, y cuanto hay que ser en España, y, ademas, ministro universal en 1843, y regente del reino, aunque sin atribuciones, hasta la llegada del nuevo monarca.

Qué hombre tan desgraciado! Debe de ser un genio, aunque hasta ahora no lo haya demostrado en ninguno de sus actos. No se le puede negar la cualidad de valiente, y tanto ménos se le puede negar, cuanto que acomete cualquiera empresa, por peligrosa que sea, sin saber por qué y siéndole indiferente el resultado. Lo mismo le da entregar la situacion á los unionistas, de que se le suponia jefe, que á los progresistas, que á los cimbrios. Del mismo modo la entregaria tambien á los moderados y á los absolutistas, y *El Jesuita* le considera muy capaz, si así lo exigen las circunstancias, de calar el gorro frigio. ¿Á él qué le importa? Es inconsciente, y carece completamente de carácter. Es un hombre de Estado negativo.

No es de creer que haya nunca amado ni odiado seriamente. Sus agradables maneras y la afabilidad de su trato hacen que muchos sean amigos suyos, pero él no es amigo de nadie. Nunca ha negado un favor, pero tampoco lo ha hecho nunca. Ha llegado á ser todo lo que es, sin más que dejarse querer; pero nadie que le quiera debe esperar reciprocidad.

Si un aguador aspira á ser nombrado director de Instruccion pública, y le pide una carta de recomendacion para el ministro del ramo, puede contar con ella; pero la recomendacion del general Serrano le servirá lo mismo que la mia. Ya tendrá él advertido á todos sus amigos que no hagan caso de sus recomendaciones, á no ser que el recomendado sea un pariente suyo, en cuyo caso ya habrá concertado alguna contraseña.

Dirás, lector, que eso es una partida serrana, pero *El Jesuita* dice..... lo mismo. Mas es una partida que entre ministros, altos funcionarios y personas de influencia pasa por moneda corriente, si bien nadie abusa tanto de ella como el general Serrano. Por algo se habia de llamar Serrano.

El general Serrano tiene, como tenian los generales O'Donnell, muy buena educacion y maneras francas, abiertas, en cierto modo democráticas, que se encuentran con frecuencia en los aristócratas de raza, y muy rara vez en los de nuevo cuño. Éstos

suelen ser insoportables, como si se hubiesen propuesto acreditar el adagio: «Al que no está hecho á bragas, etc.» Los *parvenus* se conocen siempre. Hoy, que hay tantos, se puede decir de cualquiera de ellos, si se le ha tratado desde ántes de elevarle artificialmente sobre el nivel comun con una cruz, un título ó un alto empleo, el dia fijo en que salió de su esfera. La metamorfosis es completa, y sin embargo su misma ridícula petulancia hace traicion á su orígen. En la mariposa se ve la oruga de que ha salido. Sin mirarle más que la cara, se sabe cuándo un niño lleva zapatos nuevos.

No cree *El Jesuita* que la mente del general Serrano sea la más propia para la incubacion de grandes pensamientos; pero tampoco cree que en su corazon se alberguen pasiones mezquinas. No es envidioso, pues no suele serlo el que ha sido siempre muy mimado de la suerte. No es agradecido, lo que es un gran defecto, pero tampoco es rencoroso, aunque se presta fácilmente á ser, sin él saberlo, instrumento de venganzas ajenas.

Es tolerante con todas las opiniones, y se concibe, pues de otra suerte no podria tolerarse á sí mismo. ¿Cuál es la que él no ha profesado? No es refractario á ninguna transaccion, y sirve de comodin en todas las situaciones. Lo mismo se combina con los moderados contra Espartero, que con los progresistas contra Sartorius, y se figura sin duda que todos los demas son igualmente disolubles en todos los vehículos y á todas las temperaturas.

No trata mal de palabra ni áun á sus mayores enemigos. Estando en la oposicion, reconoce siempre la buena fe y el patriotismo de los gobernantes, y siendo él gobernante, reconoce siempre la buena fe y el patriotismo de los que están en la oposicion, lo que no le impide levantarse en armas cuando le acomoda contra los mismos cuya buena fe y patriotismo reconoce.

Verdad es que el general Serrano hace todo lo que hace tan inconscientemente como una criatura que no ha echado aún los primeros incisivos. Es un niño grande. Se figura que, para matarse los hombres, no hay necesidad de reñir ni incomodarse. Es ca-

si seguro que está en la persuasion de que Doña Isabel de Borbon no tiene ningun motivo para quererle mal y estar indispuesta con él por haberla derribado, lo que él hizo sin ninguna intencion ó con la mejor intencion del mundo. Despues de la batalla de Alcolea, capaz era de decir con voz melosa al general Pavía, cuyas quijadas deshizo la metralla:—Vengan esos cinco, Manolo, y tan amigos como ántes. Vamos á echar medio chico. Te convido. Ea! pelillos á la mar!—

Es un chalan político, que cree que la nacion es una mula.

En el poder, carece completamente de iniciativa, y cualquiera le imprime la suya, obedeciendo á la vez á las influencias más antagonistas. Si hubiese sido mujer, le hubieran conquistado todos los hombres, porque á nadie sabe decir que nó. Todas las opiniones le parecen buenas; él no tiene ninguna. Admite la que le dan hasta que le dan otra, y *laus Deo*. No cree que haya principios incompatibles, ni sabe lo que significa la palabra consecuencia.

Por su falta de carácter, es tal su insignificancia, que queda relegado á un segundo ó tercer término en las situaciones mismas de que aparentemente es jefe. No hay ni ha habido nunca una situacion Serrano, como ha habido una situacion Prim, que todavía dura desgraciadamente y Dios sabe cuánto durará, como ha habido una situacion O'Donnell, una situacion Narvaez, una situacion Sartorius, una situacion Bravo Murillo. No se le llama más que para llenar huecos. Es una plataforma. Es la obra muerta de la nave gubernamental.

Y siempre lo mismo. Ha sido embajador, ha sido ministro de la Guerra, ha sido ministro de Marina, ha sido ministro de Estado, ha sido várias veces presidente del Consejo con ó sin cartera, ha sido ministro universal, ha sido regente de un reino sin rey, y nunca ha sido nada. Habiendo tomado parte activa en todas las conmociones que han trastornado la faz del país, se podrá escribir filosóficamente la historia contemporánea sin consignar en ella su nombre. Ha sido lo que en el reloj el guardapolvo; no

ha influido en lo más mínimo en el movimiento de la máquina.

El general Serrano no es orador, aunque habla con desparpajo, porque es osado, y hasta con cierta afluencia, porque es andaluz; pero su elocuencia no tiene alcance. No sabe, como el general Prim, que hablaba mucho peor que él, hilvanar unas cuantas vaciedades y lugares comunes para producir efecto en el ánimo de los necios, que son siempre los que más abundan en todas partes, rehuyendo el entrar en cuestiones, con frecuencia inaccesibles á su comprension muy limitada. No sabe, como el general O'Donnell, cuya palabra era bastante premiosa, hacerse cargo en un instante, con su natural perspicacia, de las cuestiones más ajenas á la especialidad de su talento y de sus estudios; extraer, si así puede decirse, la médula de todos los huesos; cubrir el flanco por el cual ve venir á su adversario; herir á Aquíles en el talon; aprovecharse de todos los descuidos y torpezas del enemigo, y atacarle vigorosamente por la parte más débil. El general Serrano no discute nunca ninguna doctrina; se limita casi siempre á responder á los que le combaten que tienen muchísima razon, pero que él mira las cosas bajo otro punto de vista, que nunca se sabe cuál es, porque él no lo dice.

En resúmen, el general Serrano está dotado de un corazon en que no germina ninguna semilla buena ni mala, como en un páramo enteramente desprovisto de tierra vegetal. La gratitud no es nunca para él ni freno ni espuela, como diria Góngora; ni le estimula, ni le contiene. Es valeroso porque lo es, inconscientemente y sin ningun cálculo ni objeto. Si alguno se embarca en medio de la tempestad, él no se queda en tierra; lo arrostra todo, y lo arrostra sin violentarse en lo más mínimo, sin necesidad de hacer de las tripas corazon. Su iniciativa es nula, y carece de carácter, de ideal y hasta de opinion, á lo que debe el temple acomodaticio que le distingue, cierto eclecticismo idiosincrático, que está en su naturaleza, que procede de su temperamento y no de habilidosas combinaciones.

* * *

Nombrado, á falta del general Prim, y con mucho dolor del señor Ruiz Zorrilla, para organizar y presidir el primer ministerio del nuevo monarca, el general Serrano ha hecho lo que todos esperábamos que hiciera, pero lo que, hallándose en su lugar, no hubiera hecho nadie que hubiese sabido dónde tenía la mano derecha. Habiendo permutado la jefatura de la union liberal por la regencia sin atribuciones, parecia lo más lógico que, al cesar en ésta, volviese el general Serrano á ponerse al frente de su partido, en cuyo caso, siendo el encargado por el nuevo rey de organizar un ministerio, hubiera organizado un ministerio exclusivamente unionista. Nada de eso; él es aficionado á misturas; diríase que ha sido boticario. El nuevo rey le encargó la formacion de un gabinete, y le ha entregado un antro de Eolo ó tal vez una caja de Pandora. Como que á él le parecen muy bien los cimbrios, y muy bien los progresistas, y muy bien los unionistas. Segun su costumbre, reconoce en todos la lealtad y el patriotismo con que profesan sus respectivas opiniones. ¿Qué importa que haya incompatibilidad entre ellos? Habiendo patriotismo y lealtad, todo se arregla. Fué sin duda en alguna época de su vida cazador de redes, y se acostumbró á meter en una misma jaula los pájaros de toda especie que cogia. Embutió en un mismo ministerio unionistas, progresistas y cimbrios, para que se coman unos á otros como aquellos perros de que no quedaron más que los rabos, sin considerar que la principal mision de un ministerio destinado á poner término á una interinidad disolvente, debia ser el establecimiento del órden, y que éste es imposible si los gérmenes de todos los desórdenes están en el mismo ministerio que ha de fundarlo. Se necesitaba un ministerio fuerte, y no hay fuerza donde no hay unidad de accion, donde el temor de hacer patente el desacuerdo priva, á cada uno de los elementos de que se compone el poder, del uso de su iniciativa.

* * *

Qué hace el ministerio que preside el general Serrano? Evita cautelosamente toda cuestion en que pudiera haber lucha de principios, y no se ocupa más que de cuestiones personales. ¿Es así como se gobierna? Es así como se funda el órden? ¿Es así como se establece el imperio de la ley? ¿Es así como se acredita y consolida una nueva dinastía, mirada con prevencion por la generalidad de los súbditos, que la consideran como impuesta por una minoría usurpadora de la soberanía nacional, y viciosa en su orígen?

No faltará quien diga que el general Serrano no podia salir del paso de otro modo. Siendo la nueva monarquía producto de una coalicion parlamentaria, era lo más regular que se formara un ministerio de coalicion para no dejar al nuevo monarca sin más apoyo que el de un solo partido.

El argumento no carece de fuerza, y la tiene mayor si se considera que áun teniendo el nuevo rey el apoyo completo, que no tiene, de los tres partidos juntos, no cuenta ni con mucho con el apoyo de la mayoría del país, como lo prueba la coaccion escandalosa é inicua á que el gobierno ha tenido que recurrir en la eleccion de diputados provinciales para obtener un éxito por lo ménos muy dudoso.

* * *

Se dirá tambien que la union liberal, cuyos elementos, desde que murió el irreemplazable O'Donnell, se dispersaron como una gavilla de mieses desatada y entregada á todos los vientos; se dirá que la union liberal, que, desde que cayó Doña Isabel II, perdió su razon de ser, la razon de ser que ella quitó al progresismo y al moderantismo, como más adelante, en este mismo libro, demostrará *El Jesuita* hasta la última evidencia; se dirá, repetimos, que la union liberal no podia formar un ministerio compacto, y mucho ménos un ministerio con gran representacion en el país, y mucho ménos aún un ministerio que fuese fiel intérprete de los principios consignados en el nuevo código fundamen-

tal y de los que, al calor de la discusion libre, han surgido de la conciencia del pueblo despues de la Revolucion de Setiembre.

Tan atendibles razones explican, pero no justifican, la conducta del general Serrano, el cual, si no podia organizar con los elementos solos de la union liberal un ministerio tan prestigioso como lo reclaman las circunstancias, debió haber resignado el cargo de confianza que le confirió el nuevo rey, ántes que poner en contacto elementos que se repelen, para formar un gabinete cuya heterogeneidad le condena á la impotencia. Cuando el rey le pidió un ministerio, lo que queria sin duda era un gobierno, y el general Serrano no le ha dado más que una caja de pinturas. El actual ministerio ni gobierna ni puede gobernar.

* * *

El general Serrano debió aconsejar al nuevo rey que llamase al Sr. Ruiz Zorrilla ó á cualquier otro progresiston de marca mayor para que formase un ministerio exclusivamente progresista, de lo que se hubieran alegrado mucho los radicales, los cimbrios y hasta los unionistas, que saben lo que es gobierno.

No es necesario decir que los progresistas solos lo hubieran hecho muy mal, tan mal como siempre, porque el olmo no puede dar peras; pero quedábale al rey el recurso, que ahora no tiene, de reemplazar á los progresistas con los unionistas, con lo que hubiera ganado tiempo, ya que no otra cosa, pues tampoco los unionistas se hallan hoy en aptitud de gobernar por sí solos. *El Jesuita* sabe por qué, y lo dirá, pero nó todavía. Como todos los partidos, la union liberal tendrá en este libro un capítulo especial, donde se la dará su merecido.

De todos modos, si los unionistas no pueden gobernar solos, ménos áun pueden gobernar con los progresistas, con los cuales no puede gobernar nadie. Con ellos es tan imposible la consolidacion de la libertad como la de la autoridad, y mucho más imposible aún la armonía de los dos principios antinómicos que,

para no estorbarse mutuamente, necesitan moverse cada cual en su respectiva órbita. Eso tampoco lo entienden los progresistas; no saben que la autoridad tiene su dominio y la libertad el suyo, y que no puede la una invadir el de la otra sin producir despotismo y desórden.

Todo lo que no sea fundirse la parte más avanzada del progresismo con el partido republicano, y la parte más refractaria al espíritu democrático con los unionistas, á los cuales tampoco queda otro recurso que embeberse en las filas del moderantismo, es no hacer nada, es volver más tenebroso el caos en que nos revolvemos, es desconocer los rudimentos de la dinámica del cuerpo social, es negarse á comprender el mecanismo con que ha de funcionar la máquina del Estado para obtener un movimiento regular y normalizar la situacion del país.

* * *

Bien se alcanzan al *Jesuita* las dificultades que ofrece la refundicion en un solo partido de unionistas y moderados, aunque entre éstos no quede ya ningun resto de los elementos procedentes del partido absolutista, que ingresaron en las filas moderadas en los períodos más reaccionarios, aunque ninguno lo fué tanto como el actual, del reinado de Doña Isabel II. Pero en su mayor parte penetraron en el campo atrincherado del moderantismo, como el insidioso caballo de Sinon en la ciudad de Troya. Afectaron convertirse al credo moderado, y lo que querian era convertir á los moderados á su credo, debiéndose á ellos todas las evoluciones en sentido retrógrado que practicó el moderantismo. Fingíanse catecúmenos de una doctrina, y eran catequizadores de otra. Formaron el grupo conocido con el nombre de neo-católico, que se engrosó con algunos moderados que deseaban preparar por grados su metamorfosis para declararse en ocasion oportuna francamente absolutistas.

Ya ahora los neo-católicos, con los moderados á quienes lo-

graron convertir, han ingresado todos en el gremio carlista ó monárquico puro, el cual, ántes de la caida de Doña Isabel II, viéndoles con el antifaz isabelista y con un dominó de color constitucional, aunque muy poco subido, les miraba con desconfianza y recelo, como lo prueba el siguiente diálogo confidencial de *La Esperanza*, órgano genuino del absolutismo neto, con *La Regeneracion*, que era quien representaba en la prensa los intereses del grupo neo-católico. *El Jesuita* oyó, sin ser visto, la conversacion que se tuvo á cortina corrida, y la puso en verso, conservando su espíritu.

Héla aquí:

LA ESPERANZA Y LA REGENERACION.

ESCENA Á PUERTA CERRADA.

LA ESPERANZA.

Soy absolutista rancia,
y, en mi concepto, lo mismo
progreso y moderantismo
vienen á ser en sustancia.

LA REGENERACION.

Lo propio digo.

LA ESPERANZA.

No obstante.....

LA REGENERACION.

Sé lo que vas á decir.

LA ESPERANZA.

Yo te veo transigir
con el bando dominante.

LA REGENERACION.

En lo que nada se pierde,
y quizás mucho se gana,

pues bien comprendes, hermana,
que el racimo áun está verde.
Dejémoslo madurar,
que cuando ya esté en sazon,
me verás con decision
tus principios adoptar.
Miéntras tanto, es menester
no quitarse la careta.
¿Te parece mal la treta?

LA ESPERANZA.

No me atrevo á responder.
Tengo un carácter muy franco;
marcho á mi objeto de frente;
venga Cárlos con su gente;
ó errar ó quitar el banco.
Yo quiero la Inquisicion.

LA REGENERACION.

La queremos los del neo.

LA ESPERANZA.

Ver autos de fe deseo.

LA REGENERACION.

Cada dia un chamuscon.

LA ESPERANZA.

Á Ceuta los liberales.

LA REGENERACION.

¿Te andas con blanduras? Malo;
todos merecen el palo.....
¡Han causado tantos males!

LA ESPERANZA.

No lo niego, son muy tunos,
y á más de tres mil espero
angostar el tragadero.....
Pero han de quedar algunos.

LA REGENERACION.

¡Qué bondad! ¡me escandalizas!

LA ESPERANZA.

Algunos han de quedar,
si ha de tener á quien dar
el populacho palizas.

LA REGENERACION.

Dejaremos á los tibios,
á los que en su neutro estado
no son carne ni pescado,
es decir á los anfibios,
para que nuestra gentuza
tenga en quién cebar su saña,
si, ansioso del bien de España,
algun buen fraile la azuza.

LA ESPERANZA.

La idea es buena.

LA REGENERACION.

Exquisita.

LA ESPERANZA.

Sin buen acompañamiento
de trancazos, no consiento
que se cante la *Pitita*.
¡Palo, palo á discrecion (1)!

LA REGENERACION.

¡Las palizas á docenas!

LA ESPERANZA.

¡Y que vivan las *caenas!*

(1) En lo que los realistas de Cárlos VII no harán más que lo que con ellos hacen los realistas de Amadeo I. ¿Quién sabe si los mismos aporreadores de los absolutistas por cuenta de los progresistas, serian los aporreadores de los progresistas por cuenta de los absolutistas?

LA REGENERACION.

¡Y que muera la nacion!
Hasta los libros mejores,
si la cosa bien nos sale,
quemaremos.

LA ESPERANZA.

Nó! más vale
quemar á los escritores.

LA REGENERACION.

Toma! del libro en la hoguera
al mismo autor se chamusca.

LA ESPERANZA.

Á mí otra idea más chusca
se me sube á la mollera.

LA REGENERACION.

La mia es bella, muy bella.

LA ESPERANZA.

Pero la mia es mejor;
yo haré hoguera del autor,
y quemaré el libro en ella.

LA REGENERACION.

¿Y los bienes nacionales?

LA ESPERANZA.

No hablemos, hermana de eso;
veremos á más de un Creso
llamar á los hospitales.

LA REGENERACION.

Sin embargo, puede haber
alguno en nuestro partido.....

LA ESPERANZA.

¿Que haya tambien adquirido?
Él verá lo que ha de hacer.

LA REGENERACION.

Sería pesada chanza.....

LA ESPERANZA.

No hacen caso de opiniones
los frailes en las cuestiones
de *bona vita* y pitanza.
Del clero con el dinero
que he chupado, buena gana
se me ha pasado ¡oh hermana!
de comprar bienes del clero.
Mas me he dicho:—Nó, Perico;
ser quien soy no me valdria,
como triunfasen un dia
las doctrinas que predico.
Haber hecho lo que yo,
amiguita.

LA REGENERACION.

Bien lo veo;
pero, en fin, á los del neo
nos respetarán.

LA ESPERANZA.

Ó nó.
¿Quieres absoluto el rey?

LA REGENERACION.

¿No lo he de querer? Sí tal.

LA ESPERANZA.

¿Que cualquier órden real
tenga la fuerza de ley?

LA REGENERACION.

Es claro.

LA ESPERANZA.

¿Pero de modo
que su autoridad sagrada
sea por sí sola nada,
y con la teocracia todo?

LA REGENERACION.

El pueblo será felíz
del altar bajo la influencia;
yo tambien la omnipotencia
quiero del sobrepelliz.

LA ESPERANZA.

Marchamos á un mismo fin;
las dos queremos lo mismo;
si bien tengo en el magin
que vendrá el absolutismo
si viene Montemolin.

LA REGENERACION.

Marchamos á un mismo fin;
las dos queremos lo mismo;
si bien tengo en el magin
que vendrá Montemolin
si viene el absolutismo.

Como se desprende del final del diálogo, la precedente escena pasó cuando el rey de los carlistas no era aún el que ellos llaman hoy Cárlos VII, sino el que ellos llamaban entónces Cárlos VI (a) conde de Montemolin.

* * *

Hoy los neo-católicos y absolutistas de Doña Isabel II se han refundido todos en el bando carlista, acompañándoles no pocos

que habian pertenecido en cuerpo y alma á una ú otra de las fracciones constitucionales, lo que no es extraño si se tienen en cuenta los muchos males y los pocos bienes que el país ha reportado del régimen constitucional en los muchos años que han trascurrido desde su primer ensayo.

Cierto es que su esterilidad para el bien no se debe toda á vicios que le sean inherentes, sino que en gran parte procede de los encargados de su aplicacion, por la mala manera de aplicarlo. Dad buenos instrumentos á un operario torpe que no sepa manejarlos, y no hará con ellos ninguna obra de verdadero mérito artístico.

El Jesuita está muy léjos de creer que el régimen constitucional sea una de las más portentosas creaciones del espíritu humano; mas no es con él tan injusto que le haga responsable de todas las calamidades que afligen á los países en que se ha establecido, debiéndose precisamente la mayor parte de ellas al sistemático prurito de infringirlo que suele apoderarse de los encargados de mantenerlo ileso.

Los absolutistas quieren hacer recaer sobre él la culpa de todo el daño que ocasionan sus infracciones, así como los doctrinarios en general atribuyen á la universalidad del sufragio los atentados que cometen, para bastardearlo ú oponerse á su ejercicio, los agentes mismos del gobierno. Adoptando tan singular criterio, deberíamos hacer responsable al desventurado Azcárraga del crímen horrible de que fué víctima.

El mal está en que el sistema constitucional es el más sofisticable de todos los sistemas políticos, y á nadie satisface completamente, porque no es más que una transaccion y no contiene la fórmula concreta de aspiracion alguna, á lo que se debe la dificultad del acuerdo entre sus partidarios, que buscan sin cesar un término medio entre todos los términos medios. De ahí nace la propension al fraccionamiento de los constitucionales. Su régimen no afirma nada; es un perpetuo distingo.

Estorba á la autoridad y á la libertad, echándolas á reñir ince-

santemente so pretexto de armonizarlas. Se empeña en que han de moverse dentro de una misma órbita los dos principios antitéticos, y les condena á inevitables choques.

Los verdaderos amantes de la libertad lo prefieren á la monarquía pura; lo prefieren á la democracia pura los verdaderos monárquicos; pero no es el término final de ninguna aspiracion, no es el ideal, no es el *desideratum* de nadie, ni puede serlo, porque, huyendo de los extremos, en lugar de buscar la verdad en la verdad, la busca entre la verdad y la mentira.

Es, ademas, por excelencia el sistema de las corruptelas, y el que más ancho campo ofrece al ingenio de los sofistas y á las habilidades de los funámbulos políticos. Debió inventarlo el que inventó el maniquí, provisto de campanillas y cascabeles, con que los hampones de París pusieron á prueba las dotes equilibristas del angustiado Pedro Gringoire.

Favorece más los instintos de libertad que los de igualdad, lo que explica cómo ha podido aclimatarse mejor en la jerárquica Inglaterra que en los pueblos de orígen latino, en que el espíritu democrático ha tendido siempre á abrirse paso, y ha subido á la superficie, áun en las épocas de mayor presion monárquica y feudal.

* * *

Y sin embargo, lo que parece un contrasentido, no se encuentra en los pueblos de orígen anglo-sajon ese afan de distinguirse por la superficie, esa ridícula aficion á cruces y cintajos que tan grotescos hace á los españoles, á los franceses, á los portugueses y á los italianos. Los ingleses aspiran á distinguirse entre sí por un mérito real y no aparente; aspiran, no á parecer más, sino á ser realmente más, unos que otros, y se resignan á reconocer las superioridades legítimas.

Nada de eso sucede entre nosotros. Aquí la apariencia lo es todo. Un condecorado sin ningun mérito es tenido en más que el hombre más meritorio que no ostenta condecoraciones, así como

un criminal, conocido de todo el mundo por sus fechorías, nada desmerece en el concepto público miéntras logra eludir el Código penal, al paso que el inocente injustamente castigado adquiere un carácter repulsivo que ahuyenta de su lado hasta á los más convencidos de su inocencia.

En los pueblos de orígen latino, no es la virtud quien enaltece, sino el premio; no es el crímen quien degrada, sino el castigo.

Y eso explicaria su aficion á distinciones, si no bastara para explicarla la fatuidad característica de la raza, que pone á los pueblos latinos al nivel de las tribus salvajes, tan hábilmente explotadas por los conquistadores con unos cuantos abalorios, culos de vaso y zarandajas inútiles.

Un español, por ejemplo, se cuida poco de que los que están más bajos que él suban á su altura, pero no puede ver con indiferencia que haya otros que excedan de su nivel. Cuando solicita una distincion que le dé categoría, no le anima el deseo de aumentar el número de sus inferiores, sino el de disminuir el de sus superiores, lo que es esencialmente democrático. Apénas hay mendigo que crea ser de inferior condicion que el que le da una limosna.

El sistema constitucional tiene tambien el inconveniente de ser muy caro. Tan caro es, que el estado de miseria á que ha reducido á la Hacienda y al país, bastará por sí solo para proscribirlo. Está ya en la conciencia de casi todos los hombres pensadores, que únicamente uno ú otro de los partidos extremos se halla en aptitud de introducir economías capaces de librar á España de una bancarota muy inminente.

Por eso ningun conocedor de la verdadera situacion del país podia figurarse, en los últimos tiempos del reinado de Doña Isabel II, que se hiciese una revolucion para conservar el sistema monárquico-constitucional, despues de derribar un trono que existia principalmente en virtud de este mismo sistema. Nada prueba tanto la superficialidad del talento de D. Salustiano Olózaga y de los farautes de la Revolucion de Setiembre, como el desenlace que á ella se ha dado. Cualquier Perico de los Palotes

se lo hubiera dado igual, para lo que no era menester devanarse los sesos.

* * *

No hablemos, sin embargo, mal de la Revolucion de Setiembre, que, en medio de los muchos perjuicios que ha ocasionado, ha producido un gran bien, obligando á cada partido y hasta á cada individuo á quitarse la máscara, á manifestarse tal cual es, á tomar su actitud propia. Á raíz de la revolucion, cuando, desencadenados todos los vientos, no se sabía cuál de ellos predominaria, los especuladores políticos se quedaron perplejos, se pusieron á la capa, á ver venir, iniciando á cada instante una maniobra diferente, sin atreverse á fijar el rumbo; hombre hubo á quien en un mismo dia vimos republicano, constitucional, absolutista, sin apartar un instante la vista del cataviento que estaba como loco, que se movia desconcertadamente, y él le seguia en todos sus movimientos. Entónces se multiplicaron las caretas, pero luégo todas se tiraron. Hoy los tres campos, el absolutista, el republicano y el constitucional, están perfectamente deslindados; no hay en ninguno de ellos intrusos de otro partido; no hay en las filas constitucionales ningun absolutista, ni ningun republicano.

Pero en ellas el desconcierto es completo. Se divide el partido en numerosísimas fracciones, lo que le condena á no poder dar de sí más que ministerios de coalicion, cuyos elementos, neutralizándose mutuamente, se resuelven en la inercia, ó ministerios representantes de una sola fraccion, que tienen que luchar con todas las demas fracciones constitucionales, al mismo tiempo que con los partidos extremos. Los constitucionales podrán, pues, ocupar el poder, gozar de todas las dulzuras que éste proporciona, podrán constituir un ministerio y otro y otro, pero no constituirán nunca un gobierno.

España está sin gobierno desde ántes, desde mucho ántes, de la Revolucion de Setiembre; pero su acefalismo gubernamental

nunca habia sido tan patente como despues del destronamiento de Doña Isabel II. Sabes, lector, por qué? Porque se ha faltado á la lógica; porque hicieron la revolucion los que no debieron hacerla; porque de ella se apoderaron los que no debieron apoderarse; porque los que derriban un trono legítimo no son monárquicos, y los que no son monárquicos no pueden fundar un trono; porque á todos se les puede decir: «Si sois monárquicos, ¿por qué derribásteis una dinastía? Y si no sois monárquicos, ¿por qué fundais otra?»

* * *

Nó, los verdaderos monárquicos no derriban nunca, en ningun caso, una dinastía cuya legitimidad han reconocido. Cuando cayó Doña Isabel II, el campo debió quedar libre á los carlistas y á los republicanos; á los carlistas, que no reconocian la legitimidad de la reina destronada, y á los republicanos, que eran contrarios de la institucion monárquica. En lugar de las vaciedades con que se propusieron justificar su rebelion los insurrectos de Cádiz, debieron haber dicho terminantemente en su manifiesto que no reconocian la legitimidad de la dinastía de Doña Isabel II, ó que eran republicanos. Pero no podian decir lo primero, porque la legitimidad de la dinastía de Doña Isabel II habia sido por ellos reconocida, y la legitimidad de una dinastía que se reconoce una vez, queda ya reconocida para siempre. Se puede dejar de ser monárquico, pero no se puede ser dinástico hoy de una dinastía y mañana dinástico de otra, porque la legitimidad de una dinastía es inmutable; la que es legítima hoy, legítima será tambien mañana.

Los caudillos de la Revolucion de Setiembre debieron, pues, declararse republicanos. ¿Y cómo, se dirá, habian de declararse republicanos, si no querian república? Pues si no querian república, por qué derribaron la monarquía?

Para los verdaderos monárquicos, la persona que ocupa legítimamente el trono es sagrada é inviolable, y, por consiguiente,

no habiendo sido para los caudillos de la Revolucion de Setiembre sagrada é inviolable Doña Isabel II, cuya legitimidad reconocian, no son verdaderos monárquicos.

¡Y en ellos, sin embargo, tiene necesariamente que apoyarse el nuevo monarca!

Un monarca apoyado en falsos monárquicos! ¿Puede darse una situacion más anómala y comprometida?

* * *

Lo peor es que el nuevo rey no puede contar ni áun con el apoyo de todos esos falsos monárquicos, que incurrieron, siendo monárquicos, en el contrasentido de aplaudir la caida de la monarquía legítima. Si le favoreciesen las simpatías de todas las fracciones del gran partido monárquico-constitucional sin excepcion alguna, estaria aún muy léjos de poder decir que le era propicia la mayoría del país, porque los constitucionales todos, con sus moderados, con sus conservadores, con sus unionistas, con sus progresistas y con sus cimbrios, están muy léjos de ser tan numerosos como los carlistas y los republicanos. Pero no sólo no le apoyan todas las fracciones del gran partido monárquico-constitucional, sino que tiene en contra á los moderados, que constituyen tal vez la fraccion más considerable de todas, y entre las demas no hay ninguna que pueda llamarse enteramente suya. No cuenta ni áun con todos los progresistas, que no son muchos, ni áun con todos los unionistas, que tampoco son demasiados; y en cuanto á los cimbrios, son tan pocos, que lo mismo da contar que no contar con ellos.

Por otra parte, siendo, como son, los cimbrios un obstáculo á la amalgama más ó ménos íntima de los elementos afines de todos los partidos, sirven más para debilitar que para robustecer la actual situacion, de cuyo parénquima se nutren, como parásitos, sin llegar nunca á formar parte integrante de su organismo. La situacion no se los asimila; son ellos los que se asi-

milan la situacion, invirtiendo ésta en mantenerlos una buena parte de su sustancia. Porque cada cimbrio chupa como cuatro.

Los cimbrios son el *oidium* de la viña revolucionaria.

* * *

¡Si al ménos el nuevo rey pudiese hacer funcionar la máquina del Estado con alguna regularidad para producir un poquito de órden! ¡Si al ménos los pocos elementos de que le es dado disponer concurriesen todos á un mismo fin! ¡Si se asimilasen mutuamente, en lugar de combatirse!

Pero, léjos de eso, el nuevo rey se encuentra con una máquina descompuesta, con una máquina inservible, con una máquina acabada de echar á perder por el general Prim en el largo período de la interinidad funesta, de la cual hasta ahora no ha sacado al país el llamado *coronamiento del edificio*.

Estamos como estábamos, con más un aumento de treinta millones en el presupuesto anual de gastos. A tí que no puedes, llévame á cuestas.

Y el caso es que no podemos estar de otra manera, atendido el grado de disolucion á que han llegado las huestes monárquico-constitucionales, las que, áun mancomunando todos sus esfuerzos, serian tal vez impotentes para contrarestar victoriosamente á los partidos extremos, cuyo desarrollo no cesa un solo instante.

* * *

Algunos utopistas sueñan aún con dar á los partidos en España una organizacion que les permita turnar pacíficamente en el poder, como sucede en Inglaterra, sin considerar que semejante artificio es imposible donde hay partidos extremos vigorosos, y donde los partidos medios no aceptan de buena fe una legalidad comun.

Habiendo partidos extremos, los constitucionales están inca-

pacitados para gobernar, si no funden todas sus fracciones en un solo partido. ¿Cómo resistir al enemigo comun, teniendo que agotar sus fuerzas en sus luchas intestinas? Y, entretenidos en estas luchas, ¿qué tiempo les queda para gobernar, para pensar en el país?

En cuanto á la legalidad comun, áun prescindiendo de los moderados, que no reconocen la establecida por la última Constituyente, no es lealmente aceptada ni por los progresistas, ni por los unionistas, puesto que los primeros prescinden de ella como si no existiese, y los otros combaten sin descanso los derechos individuales, el sufragio universal, la libertad de cultos y todos los más capitales principios en ella consignados.

* * *

La gran solucion, la única provechosa, la única con la que podria el régimen monárquico-representativo funcionar regularmente, sería la agrupacion, á la sombra de una sola bandera, de los moderados verdaderamente constitucionales, de los unionistas y de los progresistas templados, dejando que los elementos de las tres fracciones refractarias á la combinacion quedasen abandonados con los cimbrios á un aislamiento impotente, ó pasasen á reforzar las huestes absolutistas y republicanas.

Y nada de turno pacífico. Donde hay partidos extremos fuertes, no puede haber más que un sólo partido medio, unido, compacto, que forme una falanje macedónica. Eso quiso ser la union liberal, y eso hubiera sido si hubiese acompañado en su evolucion á los que la iniciaron el grueso de las fuerzas de los partidos moderado y progresista. La union liberal era, como dijo muy bien el republicano Pí y Margall, la evolucion lógica de los partidos medios.

Ahora tan salvadora evolucion adolece del grave defecto de ser impracticable. Desde el último ministerio que presidió el general O'Donnell, los bordes de las soluciones de continuidad del gran

partido constitucional se han separado más y más, y hoy es ya imposible ponerlos en contacto.

* * *

Pasó tambien la oportunidad de la formacion de dos partidos constitucionales, únicos que, adoptando las bases esenciales de un mismo sistema, podrian relevarse en el poder sin recurrir á la violencia ni trastornar al país. Debió aprovecharse la ocasion en que el bando absolutista quedó postrado bajo el tremendo golpe que recibió en Vergara, ántes de darle tiempo de rehacerse, y en que el embrion del republicanismo carecia aún de formas bien definidas, y se hallaba apénas esbozado en la conciencia del pueblo.

Hoy el partido absolutista y el republicano corren ménos peligro de ser ahogados por el constitucionalismo, que el que éste corre de ser ahogado por cualquiera de ellos. Los constitucionales no lo comprenden; se creen más fuertes de lo que son; se hacen las mismas ilusiones que se hizo Francia cuando declaró la guerra á Prusia.

Únanse, si quieren salvarse, que, áun uniéndose, difícil será que lo consigan.

Y no se unirán.

* * *

Algo pudo hacerse, á raíz de la Revolucion de Setiembre, para reducir el número de las fracciones constitucionales, ya que nó para fundirlas todas en un mismo crisol. Pero no se hizo nada. Al contrario: los que se habian unido para derribar á Doña Isabel II, se desunieron al llegar la hora del reparto del botin. No cabian todos en el mismo presupuesto, á pesar de que lo estiraron, á expensas del país, más de lo posible.

El general Prim, que á su falta de experiencia y de estudios, y á su poca capacidad política, reunia una intencion muy egois-

ta, comprendió que no podia ser él quien sacase el mejor partido á favor de su individuo de la especie de sincretismo que la revolucion reclamaba para consolidar su obra. La síntesis salvadora se oponia á la jefatura á que aspiraba. Trató, pues, de desbaratarla en lugar de favorecerla, y haciéndose jefe exclusivo de los progresistas, no trabajó más que en interes de éstos, porque este interes era el suyo propio.

Así convirtió el país en un campo de Agramante, entregándolo á los progresistas ó demagogos, que son sinónimos, pues lo que constituye la demagogia es la ambicion de mando, que en ningun partido se ha visto nunca tan desarrollada como en el progresista, tal como se halla hoy constituido.

* * *

Y luégo, para completar la disolucion, sembró la cizaña en el mismo campo progresista y unionista echando á volar, despues de muchas otras, la candidatura para el trono de España de un príncipe de la casa de Saboya, que no era el candidato de nadie.

Y sigue el desórden, y sigue la miseria, el desórden y la miseria producidos por el general Prim, que ha muerto desastrosamente, pero muy rico.

Y sobre este desórden ha venido á reinar el hijo del rey de Italia.

Y siguen los males de la interinidad, porque sigue la funesta influencia del general Prim.

Ni los ministros ni el rey pueden dar un paso sin contar con el beneplácito de la Tertulia progresista, elevada por el general Prim á la categoría de primer cuerpo consultivo del Estado. Allí se reparten las cruces, las condecoraciones, las credenciales; allí se absuelve á los porristas; allí se nombran magiares, como el de la zarzuela de este título, para seguir los pasos de los ministros sospechosos, y gracias á que, hasta ahora, la omnipotente Tertulia, que empieza ya á ver en el general Zabala el Padre Claret de

la córte saboyana, y en el actual duque de Tetuan una segunda Sor Patrocinio, no ha obligado al mismo rey á aceptar tambien un Argos que espíe todos sus gestos, y que ejerza sobre él la más severa vigilancia para oponerse á la reaparicion de los obstáculos tradicionales de la pasada dinastía, allanados por la Revolucion de Setiembre.

Si los tertulianos de todas las tertulias habidas y por haber hubieran ido con esas impertinencias á los generales Narvaez y O'Donnell, con qué tranca se les hubiera recibido!

Buena prueba son de la influencia del general Prim, traspasada por él *in artículo mortis* á los ilustres vocales del Sanedrin progresista, fideicomisarios suyos, ciertos ascensos injustificados en la milicia despues de la llegada del monarca, como si no bastasen los prodigados durante la interinidad, y los nombramientos del cuarto del rey, y sobre todo los mimos con que es preciso tratar á todo el que aduce, como el mayor de los méritos posibles, el título de amigo del general finado.

Que intente un ministro relevar de su cargo á un jefe civil ó militar porque lo desempeña mal y compromete los más altos intereses del Estado. Ya se tentará la ropa ántes de tomar una resolucion definitiva, si el interesado quiere hacer valer su título de amigo del general Prim. La Tertulia interpondrá su veto, y el ministro bajará la cabeza, porque la Tertulia está encima de todos los poderes.

Españoles habrá que se pregunten si se hallan en la Polinesia. Ser tertuliano, y sobre todo tertuliano que haya sido amigo del general Prim, es hallarse protegido por el *tabou* de los habitantes de Sandwich y Nueva Zelanda, es ponerse fuera del alcance de la ley comun, es hallarse bajo el amparo de Atoua. Los pontífices del progresismo han hecho del local de la calle de Carretas, en que se reunen sus fieles, un sitio de inmunidad, un lugar de asilo, y basta haber entrado en él para quedar *ipso facto* amigo del general Prim, y por ende inviolable. Allí se redimen todas las pasadas culpas; allí está el verdadero Jordan político;

allí, hasta el que más retrógrado haya sido, puede recibir el agua del bautismo progresista, y aspirar dentro de la Iglesia á las más altas dignidades del sacerdocio.

Ser de la Tertulia, es ser empleado inamovible, es no poder quedar cesante. Ser de la Tertulia, es poder monopolizar el derecho de reunion y adquirir la facultad de oponerse, por medio de la *Partida de la Porra*, á que hagan uso de él los que no son tertulianos.

* * *

Y con tantos privilegios los progresistas caerán, y será pronto. Triste cosa! Caerán, porque ni gobiernan, ni dejan gobernar; son el perro del hortelano. Caerán, porque la monarquía les viene muy estrecha, y la república les viene muy ancha. Caerán, porque la libertad no les quiere, y el órden tampoco.

Todo el tiempo que sobreviven á la interinidad lo viven de gracia, lo viven de milagro. Pues qué! ¿Se figuraban poder traer un rey que no abriese nunca los ojos? Un rey progresista, tal como lo concibió el señor Ruiz Zorrilla, fué una ilusion que engendró en su mente mareada su característico optimismo. Un rey progresista es simplemente imposible.

Los unionistas no son aún dueños de la situacion, pero lo serán cuando quieran. No han entrado aún en ella con todo su ejército, pero entrarán luégo que lo tengan por conveniente, como los prusianos en París, que son ya dueños de los fuertes, y cuando estas líneas, escritas el 11 de Febrero, vean la luz pública, las tropas del emperador Guillermo habrán probablemente entrado ya en la capital de Francia.

Tambien los unionistas se han apoderado ya de todos los fuertes de la situacion. No podia ser otra cosa. Á pesar de la hora tonta que tuvieron á raíz de la revolucion, dejando al general Prim mangonear demasiado, los unionistas no podian entrar en una misma situacion con los progresistas sin sobreponérseles á la corta ó á la larga, porque saben y valen más que ellos. Sucedien-

do está á los progresistas lo que al vinagre, que, á instancias del aceite, se metió con él en una misma vasija.—¿Sabes, lector, lo que le sucedió? *El Jesuita* va á decírtelo:

En el fondo de una alcuza,
mezclado con muchas heces,
como en la cárcel el preso,
está abismado el aceite.
Aunque su genio ó carácter
tan apacible parece,
que la farmacia celebra
sus virtudes emolientes,
no le es dado por más tiempo
resignarse con su suerte,
y su posicion oscura
de pésimo humor le tiene.
Símbolo de esos hipócritas
que ocultar astutos suelen
bajo apariencias modestas
pretensiones insolentes,
parece que no las gasta,
que es la modestia su fuerte,
y en ambicion y en orgullo
al más altanero excede.
De su miserable alcuza
ansia escalar las paredes,
pero su afan es inútil,
sus esfuerzos impotentes.
Un auxiliar esperando
que ayuda eficaz le preste,
se figura en el vinagre
hallar el que le conviene.
Una alianza le propone,
un maridaje, una especie
de coalicion, y el vinagre
á sus deseos accede.
Formar los dos desde entónces
un solo cuerpo resuelven,
y del aceite en la alcuza

el vinagre se sumerge.
El incauto, seducido
por la bondad aparente
del aceite, habia al cabo
de ser la víctima de éste.
Él se ha quedado en el fondo
entre las inmundas heces,
y tiene á su aliado encima
que no le deja moverse.
Así son las ligas todas
entre bandos diferentes,
cuando luchan los principios
y riñen los caracteres.
Se verá lo que resulta
de esa liga que establecen
progresistas de vinagre
con unionistas de aceite.
Por más que mezclarse quieran
no es posible que se mezclen;
queda el aceite al vinagre
sobreponiéndose siempre.

No en vano el general Prim, cuando se hizo el amo de la baila, eliminó el elemento unionista, temiendo, no sin razon, que ahogase al progresismo y á la cimbrería, sus verdaderos adictos. No en vano tenía tanta pereza de poner término á la interinidad, á pesar de las enérgicas excitaciones de todos los verdaderos amantes del país, empeñados en salir de ella á toda costa. La prolongó cuanto pudo, y si más hubiera podido, más la hubiera prolongado. La hubiera hecho durar hasta la consumacion de los siglos.

No tenía ningun candidato para el trono, y, sin embargo, desde ántes que se convocase la Asamblea Constituyente, se propuso no aceptar ninguno que no fuese exclusivamente patrocinado por él, para adquirir mayores probabilidades de obtener la privanza del nuevo monarca, cualquiera que fuese.

Y áun así, no le llegaba la camisa al cuerpo. Presentia que él y los suyos en el poder eran incompatibles con un monarca formal, con un órden de cosas regularmente establecido. No podia ignorar, por ignorante que fuese, y lo era mucho, que no hay reyes progresistas, que el trono es conservador por esencia, y que los que lo ocupan, cualquiera que sea su orígen, se colocan en el terreno de la resistencia.

Desgraciadamente para sus particulares fines, ni podia prolongar la interinidad, ni podia tampoco traer un rey sin recurrir á los unionistas, á quienes habia arrojado de la situacion, ni á los esparteristas, á quienes odiaba con toda su alma, y esta intervencion forzosa de elementos que le repugnaban le hacía presentir para un término más ó ménos próximo el *consummatum est* de la odiosa dominacion de los ineptos y farsantes que eran su único apoyo.

Miraba con malos ojos á todos los candidatos al trono que no tuvieran que agradecer exclusivamente á él su elevacion al poder supremo, y desconfiaba de cuantos obtenian alguna simpatía en el país, hallándose estas simpatías siempre en pugna con sus ambiciosos propósitos.

Porque la desconfianza constituia el fondo de su carácter. Era suspicaz y receloso como un tigre. Como todos los que de insidias viven, temia siempre ser víctima de insidias, y su propia deslealtad no le permitia creer en ninguna lealtad ajena.

Y, sin embargo, su fatal influencia le sobrevive, y debe combatirse.

* * *

El Jesuita tiene otras razones, á más de las indicadas, para desear que el general Prim quede relegado al término que en la historia le corresponde, que no es seguramente el que le ha designado la interesada adulacion de sus turiferarios.

La gloriosa aureola de que éstos rodean su memoria es una mala tentacion, es un estímulo que podrá inducir á tomarle por

modelo á algun aventurero presente ó futuro. ¡Qué desdicha sería para nuestra pobre patria!

Y es tanto más de temer que el general Prim tenga imitadores, cuanto que, para hacer lo que ha hecho el falso ídolo de los progresistas, no se necesita más que mucha falta de aprension y una grande audacia, que desgraciadamente han pasado casi á ser del comun dominio. *Audaces fortuna juvat.* ¡Cuántos y cuántos han dado sin repugnancia su vida para alcanzar una muy mínima parte de los honores póstumos que al general Prim se tributan!

Ah! ¡Con cuánta razon la antigua Grecia se rebelaba hasta contra los prestigios más merecidos, temiendo crear un peligro para la libertad y para la patria y envilecer al pueblo con un degradante feticismo!

Y en los tiempos modernos ha habido ilustres varones, tan celosos de la libertad de su patria, que han tenido miedo de verla menoscabada por su propia popularidad y su merecido ascendiente. Una melancolía indefinible se apoderaba del magnánimo corazon del más grande de todos los héroes antiguos y modernos, del inmortal fundador de la libertad americana, en presencia de las entusiastas ovaciones de que era objeto, comprendiendo cuán fácilmente degeneran en miserables esclavos y se dan un amo los pueblos idólatras. Los justos aplausos que se le prodigaban le hacian dudar de la consolidacion de la República.

Y el partido progresista es por temperamento servil é idólatra.....

Pero dejo, lector, al partido progresista, que ya me ocuparé de él cuando le llegue su turno.

Hasta ahora *El Jesuita*, con todo lo que ha dicho, no ha hecho más que despejar un poco el terreno para poder despues andar por él más libremente, sin tropiezos ni divagaciones. Aun tiene el progresismo suspendidos del hombro los pantalones con los tirantes. No ha hecho más hasta ahora *El Jesuita* que desabrocharle un poco el chaleco; pero la ocasion de bajarle los cal-

zones, para que se le vea en camisa, no ha llegado todavía. Ya llegará, y el espectáculo será muy divertido.

* * *

Ahora, ántes de entrar de lleno en la materia que es objeto de este capítulo, *El Jesuita* quiere decir cuatro palabras para fijar su actitud respecto del nuevo monarca. Al empezar este capítulo, ha manifestado ya que el anterior fué llevado á las cajas ántes de la catástrofe del general Prim y la entrada en Madrid del príncipe Amadeo de Saboya, sin cuyos dos acontecimientos su discurso hubiera tal vez variado en la forma, aunque en el fondo no hubiera sufrido modificacion alguna.

Respecto del general Prim despues de su desastrosa muerte, *El Jesuita* no ha hecho más que atenerse á la verdad y á la moral históricas, dándole en este libro el lugar que le designan sus hechos, muy diferente del que en la historia le conceden los que, debiéndole sus posiciones, aspiran á conservarse en ellas por la magia de su nombre.

En cuanto á su actitud respecto de la nueva dinastía, *El Jesuita* dice muy alto que no se ha impuesto nunca la mision de derribar tal ó cual gobierno, tal ó cual situacion, tal ó cual forma de organizacion política. Acepta todas las formas, todas las situaciones, todos los gobiernos de hecho, y se limita á aconsejar á éstos que cubran los flancos vulnerables de su respectiva doctrina, y venzan la inclinacion natural que, por vicio de sistema, arrastra, á pesar suyo algunas veces, á los unos á la revuelta y á los otros al despotismo.

El Jesuita quiere que se saquen de un sistema todas las ventajas que pueda producir á favor del órden y de la libertad, y deja á otros políticos, de iniciativa más poderosa que la suya, la gloria de derribar y levantar gobiernos, de debilitar y robustecer poderes, de hacer y deshacer revoluciones.

Porque *El Jesuita*, como ha dicho al ocuparse de los hombres

que no pertenecen á ningun partido, es como otros muchos que hay en todas las naciones, en las cuales, cuando no amenaza un gran peligro, una guerra extranjera ó civil, por ejemplo, cuando no se hallan tiranizadas por la violencia de turbas que no reconocen ningun freno, ni azotadas por el látigo de un despotismo desapiadado que alcanza hasta á los más indiferentes, forman siempre la inmensa mayoría los que viven con independencia completa de la política militante. Dichos hombres, pertenecientes á todas las clases de la sociedad, prescinden, ateniéndose á los hechos, de nombres propios y hasta de los dictados con que se califican más ó ménos arbitrariamente las distintas banderías.

* * *

En circunstancias normales, no llega á oidos del *Jesuita*, sino muy amortiguado, el ruido de las opiniones antagonistas y sistemas encontrados que levantan tanto polvo y tanto humo, y, gozando de seguridad individual y del poder que ha dado á cada cual el Criador para desenvolver todas sus facultades y ser hombre por sí mismo, apénas concibe cómo hay quien aspire á provocar metamorfosis políticas ó sociales que ninguna necesidad legitima. Más de una vez, por no haber querido ser voluntariamente juguete de ajenas ambiciones, se le habrá llamado egoista; más de una vez se le habrá llamado egoista por no haberse prestado á servir de instrumento á los hombres de partido, que aspiran al poder por el poder, para satisfacer su vanidad ó su codicia, y no para hacer el bien del país con la aplicacion de los principios á que afectan otorgar la preferencia.

En un país en que el espíritu público se ahoga bajo la presion del espíritu de bandería, si hay algo que se parezca á la opinion pública, es esa inmensa mayoría que no arma ningun ruido porque no desea ninguna lucha, ni tampoco espera que haya terminado el peligro de los combatientes para entrar ella con las manos lavadas en el reparto del botin.

Compara, lector, esa opinion con las que afecta profesar cada partido de los que se disputan la actualidad del mando dentro del mismo órden de ideas. Compara lo que cada partido medio desea con lo que desea el pueblo, el verdadero pueblo, el pueblo que no está compuesto de políticos de oficio.

Qué quiere el pueblo?

Quiere que le gobiernen bien, sean los que quieran los que le gobiernen, y no le importan las teorías de sus gobernantes, ni si su política se halla ó nó en contradiccion con tales ó cuales actos de su vida miéntras éstos no afecten su moral, ni si faltan á la ortodoxia progresista, ó á la ortodoxia moderada, ó á la ortodoxia democrática. Semejantes investigaciones, con que los partidos conmueven frecuentemente una situacion, son para el pueblo pura palabrería, elucubraciones metafísicas que no entiende, ni le hace falta el entenderlas.

Y los partidos á que se refiere *El Jesuita*, qué pretenden?

Cada cual quiere gobernar él, importándole poco gobernar bien ó mal.

Los verdaderos egoistas no son los llamados apáticos é indiferentes, sino los hombres de esos partidos. Su espíritu es tan antipatriótico, que no hay uno de ellos que no se complazca en los males que ocasiona el poder si no es él quien lo ejerce, y todos combaten la política de los gobiernos, no para obligarles á adoptar otra, sino para desacreditar la que siguen, sea la que quiera. Ponen todo su empeño en hacer imposible todo gobierno que no sea el suyo, y hasta la prosperidad pública les irrita, si se debe á los hombres que hostilizan.

* * *

Á los muchos desengaños que en España ha recibido la mayoría á que *El Jesuita* pertenece, víctima siempre de todas las peripecias que ella no ha contribuido á producir, se debe tal vez que sea más considerable en nuestro país que en ningun otro, y se puede decir sin vacilaciones que tan inmensa mayoría, la cual,

sin ser excéptica, lo parece, porque con razon tiene por excépticos á todos los partidos que la explotan, y no se deja envolver en el torbellino de sus malas pasiones, tan inmensa mayoría, que carece tal vez de representantes en la imprenta y en la tribuna, viendo que nunca como ahora, despues de la Revolucion de Setiembre, habia gozado de tan poca libertad con más licencia y de tan poca tranquilidad con más tiranía, desea, no puede dejar de desear, que la actual situacion se hunda.

Tal es tambien el deseo del *Jesuita*, tal su actitud abiertamente hostil al actual desórden; y si ahora, lector, le preguntas cuál será la que se propone guardar respecto del nuevo monarca, te dirá que la suya depende de la que el monarca guarde con la actual situacion.

* * *

Como *El Jesuita* es de los que creen que los reyes, lo mismo que los gobiernos, son para los pueblos y no los pueblos para ellos, al indicar los vicios de orígen de que adolece la nueva dinastía, porque ni nació con la revolucion, ni por medio de la conquista, ni se funda en la tradicion, ni la ha traido la voluntad del pueblo directa y libremente expresada, no ha hecho más que manifestar el temor de que un trono que carece de todos esos fundamentos, únicos, en su concepto, capaces de darle condiciones de estabilidad, no llegue á resistir los embates que le amenazan.

El Jesuita manifiesta un recelo y no una aspiracion. Pregúntale si teme que la actual dinastía zozobre en el golfo de pasiones populares en que se halla colocada, y te dirá que sí; pregúntale si lo desea, y te dirá que nó.

Y por lo mismo que *El Jesuita* no desea que la nueva dinastía deje de echar raíces en la tierra en que ha sido implantada sin tener en cuenta las prescripciones de una buena aclimatacion, desea que el nuevo rey haga el bien del país, lo que sólo conseguirá, si de algun modo puede conseguirlo, librándole de la asque-

rosa lepra de que ha acabado de cubrirle la Revolucion de Setiembre.

* * *

Demasiado sabe *El Jesuita* que el que pronostica, aunque no sea más que como muy probable, el término fatal de una enfermedad, se hace antipático á la familia del enfermo, y suele ser despedido de la casa. Cuéntase de una jóven que, no pudiendo salir á paseo por impedírselo la lluvia, se indispuso sériamente con un astrólogo, que era su novio, por haberla anunciado para aquel dia en el almanaque.

Milagro será que *El Jesuita* no sea mirado de reojo por quien él sabe, sin más delito que la sinceridad con que ha anunciado los peligros á que está expuesto el *coronamiento del edificio de Setiembre*. Y si se realizan sus vaticinios, que no son verdaderos vaticinios, sino deducciones lógicas fundadas en cálculos casi matemáticos, se dirá que es él quien ha creado el peligro.

No importa. *El Jesuita* habrá cumplido una obra de caridad, y un deber de patriotismo y de conciencia.

* * *

Ahora, descartadas las dos supererogaciones que, á manera de una doble superfetacion, se han engendrado en el cerebro del *Jesuita* ántes de concebir este capítulo, se puede decir que hasta aquí no empieza el verdadero parto. Este será breve, porque es poco lo que *El Jesuita* tiene que decir del partido de la iniciativa y del partido de la resistencia, no obstante su importancia.

Un partido, no trastornador, ni demoledor inconsciente, sino reformador y progresista, en el buen sentido de esta palabra, y un partido, no estacionario, ni reaccionario, ni retrógrado, sino sábiamente conservador, son en toda sociedad en marcha tan absolutamente necesarios, crecen con tanta espontaneidad y parecen tan lógicos en las evoluciones de su desarrollo, que se en-

cuentran en todas partes y en todas las épocas, bajo todos los sistemas y cualesquiera que sean las condiciones á que se halle un país sometido. Germinan, aunque algunas veces en estado latente, lo mismo bajo un régimen de autocracia que bajo un régimen constitucional, que bajo el régimen más democrático. Progresistas y conservadores hay en Rusia, como los hay en Inglaterra, como los hay en los Estados-Unidos de América, y desde que el mundo es mundo ha habido iniciadores de reformas, sin los cuales ninguna se hubiera llevado á cabo, y reguladores del empuje que arroja á la humanidad hácia adelante, sin los cuales las reformas se aceptarian sin discusion, y muchas de ellas, establecidas prematuramente, serian verdaderos anacronismos, porque se introducirian en la práctica ántes de ser su necesidad percibida por los espíritus.

Los primeros, los que inician las progresivas reformas, son los que merecen el nombre de progresistas, indignamente usurpado por los logreros que están devastando el país desde la Revolucion de Setiembre.

Los segundos, los que regulan estas reformas, los que no las aceptan sino cuando están convencidos de que no pueden producir perturbaciones, ni poner en inmediato peligro instituciones que, buenas ó malas, tienen aún á su favor la opinion general, son los que merecen el nombre de conservadores, indignamente usurpado por los retrógados sistemáticos que se llaman tambien moderados, lo que es otra usurpacion, porque la moderacion es una virtud de que no han dado nunca ninguna prueba.

* * *

Desde luégo se ve que las calificaciones de progresista y conservador arguyen en los que las obtienen justamente, en cuyo número no debes contar, lector, ni á los sedicentes progresistas, ni á los sedicentes conservadores de nuestros dias, un órden de

ideas relativo y no absoluto, y que no pueden aplicarse con abstraccion de épocas y de países.

Las opiniones de un progresista en Rusia no son las de un progresista en Bélgica, y un conservador de Madrid pareceria muy retrógrado en Filadelfia.

Las opiniones de muchos de los reformadores de épocas pasadas darian al que las manifestase hoy un carácter verdaderamente reaccionario.

Progresistas y conservadores parten siempre de una situacion dada, sin cuya circunstancia se extraviarian necesariamente en un laberinto de utopias, y vivirian eternamente condenados á permanecer en el terreno de la especulacion sin descender nunca al de la práctica.

Más aún: cuando los distintos individuos agrupados alrededor de una misma bandera no abdican en un cacique, en nombre de lo que se llama subordinacion ó disciplina, su facultad de pensar; cuando el espíritu de partido, que con tanta frecuencia se sobrepone á la opinion pública, no pasa tambien su esponja por la conciencia individual para borrar el criterio propio de cada uno, puede muy bien suceder que en determinadas cuestiones un conservador aparezca como progresista ó un progresista como conservador, porque al fin y al cabo el ser conservador ó progresista procede del juicio que cada cual se forma acerca de la conveniencia ó inconveniencia de un paso que se quiere dar hácia adelante.

* * *

Los verdaderos progresistas, de quienes en el partido llamado progresista se encontrará tal vez en estado fósil algun ejemplar cubierto de polvo, conservan todo lo que puede conservarse sin servir de rémora ni obstáculo á la civilizacion en su marcha gradual, pero constante, y en esto se distinguen de los perturbadores.

Los verdaderos conservadores, que tampoco se encuentran en el partido moderado, aceptan todas las mejoras ya introducidas, aunque ántes de introducirse se opusiesen á ellas, y en esto se distinguen de los reaccionarios y retrógrados.

Los retrógrados y los perturbadores no son una necesidad nunca, porque los retrocesos y las perturbaciones son una calamidad siempre, cuando no por otra cosa, porque mutuamente se engendran y legitiman.

Pero los progresistas y los conservadores son una necesidad; son los unos la vela y el vapor, son los otros el timon y la válvula de seguridad de la nave social.

Las resistencias retrógradas, es decir las compresiones sistemáticas, sirven sólo para crear y dar razon de existencia á la fuerza perturbadora, al viento de las tempestades.

Las resistencias conservadoras son el freno que contiene á las sociedades para que, en su afan de avanzar, no se arrojen á un precipicio.

En España, luégo de terminada la guerra civil de los siete años, cuando el régimen constitucional no habia aún con su esterilidad reanimado las esperanzas de los absolutistas ni engendrado el republicanismo, la máquina del Estado hubiera podido funcionar con regularidad y buen éxito, si las dos fracciones en que naturalmente se dividieron los constitucionales para representar la fuerza impulsiva y la fuerza reguladora, se hubiesen hecho debido cargo de su mision respectiva, como sucede en Inglaterra.

Porque la division en dos fracciones era natural, era racional, era lógica; se efectúa en todos los Estados en que el régimen constitucional es una verdad, pues, sin una ú otra de las dos fracciones, la monarquía templada degenera necesariamente en absolutismo ó república. Se necesita una fraccion que inicie todas las reformas progresivas, y otra que las discuta, que las someta al martillo y al yunque de la controversia, que examine, á más de su bondad intrínseca, la oportunidad de su aplicacion, que

procure resolver imparcialmente si son ó nó prematuras, si son una necesidad de la época, si las reclama el estado de los espíritus, si se hallan de antemano aceptadas por la conciencia pública, y, sobre todo, si pueden ó nó poner en peligro los principios sobre que descansa la sociedad constitucionalmente organizada, cuales son la libertad y el trono.

Así se avanza más ó ménos despacio, pero incesantemente; podrá no ganarse mucho camino, pero no se pierde ninguno nunca; la sociedad se trasforma, en armonía con las leyes de progreso que rigen al mundo entero, con una gradacion tal, que ella misma no se apercibe de su metamórfosis; las reformas son tardías, pero en cambio son permanentes, y nacen y se desenvuelven sin turbulencias, sin estrépito, sin más que porque ha llegado su hora; brotan y crecen espontáneamente como la yerba en la primavera.

* * *

Si hubiesen sabido hacerse debido cargo de su mision especial las dos fracciones en que la comunion constitucional se dividió desde la muerte de Fernando VII, la gestion de los negocios no hubiera sido difícil, y el país se encontraria ahora en una situacion normal, de que no podrian sacarle todos los esfuerzos de los individuos ó de los grupos que se moviesen fuera de la órbita constitucional. Ni en nombre de la libertad, ni en nombre de la autoridad, sería posible dar aliento á las opiniones extremas, porque éstas no salen nunca del estado latente cuando ni la libertad ni la autoridad sufren menoscabo.

Cuando, como ha sucedido en España, la fraccion que deberia ser conservadora se opone sistemáticamente al desarrollo natural de todos los progresos; cuando de reguladora pasa á ser retrógrada; cuando, en una palabra, se halla dispuesta á sacrificar el principio de libertad al principio de autoridad, entónces el partido de la tradicion, el partido refractario á todas las ideas

nuevas, se siente como galvanizado, concibe esperanzas funestas, cree hallar sus más poderosos auxiliares en las mismas huestes enemigas, y al propio tiempo la democracia pura, sólo compatible con la forma republicana, sale de su período de gestacion, de su estado de feto, del cual no saldria nunca si la libertad no se viese amenazada por ninguna de las fracciones constitucionales.

Naturalmente, cuando la libertad no encuentra dentro del círculo constitucional suficiente espacio para desenvolverse, busca otro espacio más dilatado, y, naturalmente tambien, cuando la fraccion iniciadora no puede establecer dentro de los límites constitucionales ninguna de las reformas más imperiosamente reclamadas por el espíritu del tiempo, traspasa estos límites y se halla, á pesar suyo, en otro campo.

Otro tanto sucede, aunque en sentido inverso, cuando, sin faltar á su mision la fraccion conservadora, la fraccion iniciadora olvida la suya. Cuando la fraccion iniciadora carece de iniciativa suficiente ó se obstina en introducir reformas cuya necesidad no se ha hecho aún sentir; cuando se empeña en hacer en el terreno material y práctico una revolucion que no se ha hecho aún en los espíritus ó se opone á que una revolucion que se ha hecho en los espíritus se haga en el terreno material y práctico; cuando combate la autoridad en nombre de la libertad y en lugar de iniciar trastorna, el partido democrático puro absorbe una gran parte de sus fuerzas, y el partido de la tradicion se ofrece como un refugio, como un lugar de asilo á la fraccion conservadora.

Bajo un sistema constitucional, cuando la fraccion conservadora olvida que es liberal, ó cuando la fraccion iniciadora olvida que es monárquica, el sistema constitucional, sobre ser el peor de los sistemas, no puede consolidarse. No puede consolidarse el sistema constitucional cuando las dos fracciones, en que necesariamente se divide el partido encargado de su defensa, se consideran como dos todos distintos, en lugar de considerarse como dos partes de un mismo todo.

Y no son partes de un mismo todo miéntras no aceptan lealmente una legalidad comun.

* * *

Pero ¿cuál de las dos grandes fracciones en que el partido constitucional se dividió en España desde un principio, es la que faltó á su mision propia? ¿Cuál es la que no quiso considerar á la otra como parte de un mismo todo, la que procuró divorciarse de ella, establecer una solucion de continuidad, colocando entre los bordes de la herida principios heterogéneos, principios verdaderamente anticonstitucionales, para que nunca pudiesen ponerse en contacto?

¿Es acaso la fraccion iniciadora, la que áun hoy se llama progresista, acusada con razon de demasiado retrógrada hasta por los conservadores mismos? ¿Es la fraccion que, sacrificando en parte sus doctrinas á sus deseos de reconciliacion, dió al país la Constitucion de 1837, más en armonía con los principios de la otra fraccion constitucional que con los suyos propios? ¿Ó es la que sobre las ruinas de la mezquina Constitucion de 1837 levantó la más mezquina aún de 1845?

La fraccion conservadora, haciéndose retrógrada, sacó del claustro, en que vegetaba desapercibido y casi sin esperanzas de nacer, al embrion del republicanismo, y exhumó de su tumba al Lázaro del absolutismo.

Mas no por eso hubiera sucumbido el régimen constitucional, si todos los constitucionales de buena fe, cualquiera que fuese la fraccion á que pertenecian de las dos únicas en que la comunion constitucional debió dividirse, hubiesen comprendido que, separándose de la mision que á cada una de ellas correspondia, el régimen constitucional era imposible. Entónces la fraccion conservadora hubiera arrojado de su seno á todos los absolutistas disfrazados con máscara religiosa y con máscara monárquica que, en la imposibilidad de conseguir de pronto su objeto, se dirigian á él por sendas tortuosas.

No hubiera sucumbido el régimen constitucional si, viendo inminente el comun peligro, hubiesen, moderados y progresistas sinceramente constitucionales, mancomunado sus esfuerzos para conjurarlo. No en vano dijo un ilustre orador y escritor republicano que la union llamada liberal, debiéndose llamar constitucional, era una evolucion lógica, pero la última de los partidos medios.

* * *

Ahora es ya tarde. El partido moderado y el progresista pueden unirse ó dividirse ó hacer cuanto les acomode; son de todos modos impotentes. La misma union liberal ha perdido su razon de ser. Los partidos extremos son demasiado fuertes para condenarse á la inaccion que requeriria el juego regular de las instituciones monárquico-liberales. Se han sustituido á los partidos medios en nombre de la libertad y en nombre del órden. Les han arrebatado la mision de que no supieron hacer uso, y hoy está ya en la conciencia del pueblo que los partidos medios, no organizándose de nuevo, lo que es imposible, no pueden gobernar.

El partido moderado y el progresista han dejado de ser partidos necesarios. Y los partidos que no son necesarios no deben existir y dejan de existir.

El partido moderado y el progresista no tienen que cumplir ninguna mision; no representan ni el pasado, ni el presente, ni el porvenir; el pasado está representado por los absolutistas mejor que por los moderados, y habiendo las resistencias retrógradas obligado á las ideas á salirse de madre y á la libertad á trazarse un cauce nuevo, el presente y el porvenir están representados por el republicanismo democrático.

Los progresistas, en cuyas filas habia embebidos muchos republicanos, no notaron que llevaban en su seno el republicanismo hasta que éste fué más fuerte que ellos, y se negaron á describir en su mayor parte la union salvadora de todos los consti-

tucionales. Se creyeron ellos por sí solos suficientes para hacer funcionar la máquina. El momento de prueba llegó con motivo de la Revolucion de Setiembre, y entónces, despues de estampar en su bandera un credo que no era el suyo, un credo arrancado del catecismo democrático, tuvieron que incurrir necesariamente en la contradiccion de colocarse en el terreno de la resistencia. Recogieron su bandera propia, proclamaron el dogma democrático y gobiernan con las doctrinas moderadas.

Un partido iniciador, que se coloca en el terreno de la resistencia, es un partido suicida.

El partido progresista y el moderado se han quitado desde hace mucho tiempo su razon de ser, faltando á su mision, y ahora, aunque quisieran cumplirla, no podrian, porque la han tomado á su cargo otros partidos más autorizados. En el sentido de que han perdido su razon de ser, ha dicho muchas veces *El Jesuita* que el partido progresista y el moderado habian muerto.

Partido muerto se llama al que se ha convertido en rueda inútil ó embarazosa para el juego normal del aparato de que formaba parte. Partido muerto se llama al que no puede alcanzar el poder, ni sostenerse en él en virtud de sus propios principios. Partido muerto se llama al que no puede iniciar ningun progreso, ni tampoco contrarestar ningun retroceso con sus propias fuerzas, sin recurrir á principios que no están en la esencia de su doctrina. Partido muerto se llama al que carece de condiciones de gobierno.

¿Y cuándo, hallándose en el poder los progresistas ó los moderados, ha sido España gobernada? Nunca.

El actual desgobierno progresista podrá durar más ó ménos; le sucederá otro matíz constitucional, que es como si se dijera otro desgobierno, y á éste, otro, y otro, y otro; pero gobierno, verdadero gobierno constitucional en España, no lo verán los nacidos.

* * *

No son ya el partido moderado y el progresista el partido de la resistencia conservadora y de la iniciativa fecunda.

Son dos partidos que no existen. Dónde está su dogma? La vida de los partidos son los principios.

Podrán, como hasta aquí, seguir llamándose moderados ó progresistas todos los que quieran; no por eso serán moderados ni progresistas en el sentido que se da á estas denominaciones para designar las dos grandes fracciones en que la comunion constitucional debe dividirse. Si el partido moderado y el progresista hubiesen sido fieles á la mision que impone en todos los países el régimen representativo á los que se llaman conservadores y á los que se llaman iniciadores, *El Jesuita* lamentaria su desaparicion de la escena. Pero el partido progresista no ha sabido comprender su mision, y el moderado no ha querido comprender la suya. El partido moderado faltó completamente á ella desde que, sobre las ruinas de la raquítica Constitucion de 1837, levantó la más raquítica de 1845. Desde entónces se vió que no se hallaba dominado por un espíritu de conservacion, sino por un espíritu de retroceso. Desde entónces pudo asegurarse que su bandera serviria tarde ó temprano para remendar la muy andrajosa del absolutismo. Desde entónces se notó en él el empeño de considerar al partido progresista, no como una rama del mismo tronco de que él procedia, sino como un tronco de todo punto independiente que nada con él tenía de comun. Así es que tuvo necesidad de una ley fundamental que no pudiese en manera alguna ser adoptada por los progresistas; y cuando esto sucede, cuando dos fracciones no caben dentro de una constitucion misma, dejan de ser dos ramas de una misma familia, y es seguro que una ú otra de las dos ha perdido su carácter de constitucionalismo.

* * *

Ahora los dos partidos están disueltos, y sus elementos han tomado distintas direcciones, como los miasmas que se exhalan

de un cuerpo orgánico en descomposicion, habiendo contribuido á su ruina el antagonismo de sus propias partes. Eran dos partidos sin credo.

Sus cadáveres, sujetos á las leyes generales de la materia, no harán más que seguir viciando el aire y corrompiendo la atmósfera, hasta que otros partidos vigorosos y llenos de vida se los hayan asimilado. Algo de ellos quedará sin duda, el esqueleto, que tambien la lima del tiempo reducirá al fin á polvo.

CAPÍTULO VI.

PARTIDOS LEGALES Y PARTIDOS ILEGALES.

En 1857, ocupando el poder los moderados, algunos periódicos, en su afan de captarse la benevolencia del gobierno, apuraron su ingenio para legitimar medidas que pusiesen fuera de la ley á sus adversarios. Propusieron, entre otros expedientes no ménos peregrinos, la division de los partidos en legales é ilegales.

Dichos periódicos riñeron con los órganos del republicanismo, que se llamaban entónces demócratas porque no se les permitia llamarse republicanos, rudísimos combates, pero sin resultado alguno, pues es sabido que en todas las discusiones entre periódicos que profesen opiniones distintas, nunca el uno ha llegado á convencer al otro, habiendo cada cual tomado de antemano la resolucion de no dejarse convencer por razones.

* * *

Tratábase de determinar bajo qué acepcion debe tomarse el epíteto de legal ó de ilegal aplicado á una comunion política. La cuestion no podia resolverse, porque se ventilaba un absurdo, que absurdo es querer fijar las condiciones en que deben estar colocados los partidos para merecer el nombre de legales ó de ilegales.

No hay ningun partido, por más que se hallen en pugna sus aspiraciones con una legalidad existente, cualquiera que sea, que pueda considerarse como esencialmente ilegal.

La ilegalidad es un accidente de los partidos.

Los partidos, si infringen la ley, son ilegales; son legales, si no la infringen. Y como no hay ningun partido que, sin modificar en lo más mínimo sus doctrinas, no pueda infringir ó dejar de infringir la ley, un mismo partido puede calificarse de ilegal ó de legal, segun sea ilegal ó legal el terreno en que se coloca.

Un partido será legal miéntras no se separe de la legalidad existente, aunque la combata. Si así no fuese, no habria más partido legal que el dominante en cada situacion, y todos los demas serian ilegales.

Serian ilegales todas las oposiciones.

* * *

Es contrario al buen sentido dar á una parcialidad política, por las opiniones que profesa, la calificacion de legal ó de ilegal, pues en todo país regularmente organizado la ley declara libres las opiniones, con tal que se emitan en conformidad con las prescripciones de la ley misma, y es tambien contrario á la sana razon fundar sobre condiciones accidentales, y de consiguiente variables, calificaciones permanentes.

Hay algun partido que pueda conducirse ilegalmente? Todos.

Hay algun partido que sea esencialmente ilegal? Ninguno.

Ninguno es ilegal por sus principios; pero una conducta ilegal pueden observarla todos.

No hay en los partidos ilegalidad de existencia, como no la hay en los individuos. La ilegalidad se ha de buscar en su manera de proceder; y como ésta no es siempre la misma; como un partido puede proceder legalmente hoy é ilegalmente mañana, su condicion de legalidad es variable, y ninguno, por tanto, puede calificarse de ilegal miéntras no proceda ilegalmente.

Y si es absurdo establecer calificaciones fijas sobre atributos variables, absurdo es tambien valerse de calificaciones genéricas para designar partidos especiales. Si todos los partidos pueden ser legales y todos tambien ilegales, ¿por qué el nombre de legales se ha de dar siempre á ciertos partidos, y el de ilegales siempre á otros?

Esa arbitrariedad de calificaciones es muy del agrado de los moderados y de los progresistas. Se lo han arreglado todo de una manera, que ellos, aunque infrinjan la ley, forman siempre partidos legales, y los demas partidos, aunque no la infrinjan, son siempre ilegales. Para los moderados y para los progresistas no hay legalidad verdadera, no siendo la suya, como que para ser legal una situacion ha de ser, segun el criterio moderado, moderada, y, segun el criterio progresista, progresista, lo que no impide que esos dos partidos, que aspiran al monopolio del título de legales, pasen incesantemente por encima de la legalidad misma establecida por ellos.

* * *

Algunos, comprendiendo que no es lícito sobre caracteres accidentales, y por lo mismo variables, fundar calificaciones permanentes, buscan en la esencia misma de los partidos la legitimidad del título de legales ó ilegales, y al efecto aplican la última calificacion á los partidos que tienden á destruir las bases ó principios fundamentales sobre que descansan las sociedades.

Pero cuáles son esos principios?

En el mero hecho de ser fundamentales, deben ser inmutables, inmodificables, eternos, deben todos ser los mismos para las sociedades todas, deben ser principios con los cuales una sociedad en estado normal no se conciba. Llamando leyes á esos principios, *El Jesuita* no tiene inconveniente en negar el título de legales á los partidos que en sus teorías los pierden de vista.

Principios fundamentales de las sociedades son únicamente los que no pueden infringirse sin que las sociedades se aparten del fin para el cual han sido creadas.

Y cuál es este fin? ¿No es acaso el de auxiliarse mutuamente los individuos que las componen, contribuyendo cada uno al bienestar de todos, y todos al bienestar de cada uno?

Pues si éste es el fin por el cual los hombres se han constituido en sociedad, y, para lograrlo, se han establecido sus leyes fundamentales, á cualquiera, conviniendo en llamar ilegal al partido que no las tiene en cuenta, que obra á favor de intereses exclusivos y contra los generales de la sociedad misma en cuyo provecho se han establecido dichas leyes, se le alcanzará fácilmente que el partido moderado y el progresista son los que merecen en España el título de ilegales por excelencia.

Y á este título se hacen tambien más acreedores que ningun otro partido, si la legalidad consiste en la observancia de las leyes existentes, cualesquiera que éstas sean.

* * *

El Jesuita, no sólo cree que las opiniones no son justiciables (permítasele el vocablo), sino que, en su concepto, no hay ninguna opinion, absolutamente ninguna, que no se pueda manifestar libremente, miéntras no se traduzca en hechos reprobados por las leyes. Y no siendo justiciables las opiniones, tampoco puede serlo el dictado que en virtud de sus opiniones toma un individuo ó un partido. Pero los doctrinarios, que rara vez se resignan á aceptar las consecuencias de los principios mismos que no se atreven á rechazar, incurren en contradicciones manifiestas. Las últimas administraciones moderadas no permitian á un republicano llamarse paladinamente republicano, ni á un partidario de D. Cárlos llamarse paladinamente partidario de D. Cárlos; pero si eso no permitian, ¿cómo permitian la manifestacion de unas opiniones cuyo triunfo sólo era compatible con el de la república, y el de otras cuyo triunfo sólo era compatible con el de D. Cárlos? Si no se prohibia manifestar y sostener opiniones republicanas y opiniones carlistas, ¿por qué se prohibia llamarse carlista ó republicano?

Una de dos: ó no se debió permitir á los carlistas y republicanos predicar sus doctrinas, ó se debió permitir á los que las predicaban llamarse carlistas y republicanos. Lo demas era ilógico, era absurdo sobre todos los absurdos, porque es ilógico y absurdo permitir que se haga uso de la definicion y prohibir que se haga uso del vocablo con que se expresa la cosa definida. ¿Se puede prohibir á un ateo llamarse ateo, permitiéndole decir que no cree en Dios? ¿Se puede prohibir al que no es católico decir que no es católico, permitiéndole decir que no reconoce la supremacía espiritual del Santo Padre?

Pero dirás, lector, que, gracias á Dios y á la Revolucion de Setiembre, con la dinastía de los Borbones pasaron los tiempos misológicos. España tiene una Constitucion democrática en que se consigna el libre ejercicio de los derechos individuales. ¿Á quién, pues, aunque haya una monarquía, se le ha de prohibir llamarse republicano? ¿Á quién, aunque reine una dinastía traida por el voto de la Asamblea Constituyente, se le ha de prohibir titularse dinástico de otra dinastía?

Pues has de saber, lector, que eso que la Constitucion permite, quisieron prohibirlo los mismos que hicieron la Constitucion, y al paso que se nos lleva, arrastrándonos, como se nos arrastra, á todo vapor por el ferro-carril de la reaccion, la Constitucion democrática, con todos los derechos individuales en ella consignados, no impedirá que la division de los partidos en legales é ilegales, rechazada hasta por la mayor parte de los que se llamaban reaccionarios, sea impuesta desde las regiones del poder por los revolucionarios de Setiembre. Peores libertades se han permitido. Díganlo las elecciones, y dígalo, sobre todo, el juramento á la nueva dinastía que á los leales exigen los perjuros..... y viva la libertad!

CAPÍTULO VII.

LOS PARTIDOS CLASIFICADOS POR SUS ASPIRACIONES.

Más fácil le sería á un moderado adoptar el dogma del absolutismo ó el del progreso, que el nombre de absolutista ó de progresista. Más fácil le sería á un progresista adoptar el dogma del absolutismo ó del moderantismo, que el nombre de absolutista ó de moderado.

La teoría del absolutismo es el sueño dorado de muchos que se llaman moderados y hasta progresistas, y éstos, sin embargo, no quieren que se les llame absolutistas. ¿Cómo, pues, no ha de ser un cáos nuestra patria, tan minada por el moderantismo y el progresismo que en ella imperan constantemente, no teniendo para nada en cuenta los dos partidos la ortología de las palabras, es decir la rectitud de su sentido? ¿Podremos llegar á entendernos miéntras muchos de los que aspiran á la concentracion en un solo poder de todos los poderes rechacen la calificacion de absolutistas y se obstinen en llamarse constitucionales porque consientan que funcionen unas Cámaras, con tan poca iniciativa como el Senado de Calígula, al lado de un poder absoluto sin cortapisas de ningun género?

Son muchos los que sienten cierta aversion instintiva, más que hácia tales ó cuales doctrinas, hácia los epítetos con que se califican los que las profesan. El respeto que merece esa preocupacion no permite al *Jesuita* aconsejar á nadie que se separe de su antigua bandera para acogerse á otra tambien antigua; pero, al mismo tiempo, la necesidad apremiante en que se halla el país de

que se fijen las ideas, se marquen las tendencias y se deslinden las posiciones de todos los hombres políticos, cualquiera que sea su importancia, para que se pronuncie el *fiat lux* en medio de las tinieblas en que nos hallamos todos sumergidos, aconseja desde mucho tiempo una nueva nomenclatura, una nueva clasificacion de los partidos, más lógica, más racional, más adecuada á las circunstancias actuales que la antigua, una clasificacion rigurosamente etimológica, que por sí sola exprese las aspiraciones de los clasificados, y que esté fundada en la diversidad de cauces que toman las distintas opiniones para encaminarse á un fin especial, á un objeto determinado.

Esta clasificacion, en el mero hecho de ser nueva, tiene la ventaja de no excitar las repugnancias individuales que quedan someramente indicadas. Puede adoptarse, sin luchar con ninguna antipatía de nombres, ni con ningun hábito inveterado. Cualquiera puede entrar en la clase que le designa su ideal político, sin que se le pueda acusar de apóstata ni de inconsecuente.

* * *

La base de esta clasificacion se halla, como queda dicho, en la diversidad, no de doctrinas, sino de aspiraciones, que se disputan en la opinion pública y en el gobierno la preponderancia é influencia. Estas aspiraciones, á veces latentes, á veces manifiestas, segun el estado de cada sociedad en cada época, existen en todas las épocas y en todas las sociedades, y en su más concreto término, en su más sintética expresion, pueden reducirse á tres, á las cuales corresponden tres grandes partidos: el *tradicionalista*, el *democrático* y el *progresivo*.

Pertenecen al partido *tradicionalista* todos los que, cualquiera que sea la denominacion que hoy se dén, aspiran á reconstituir nuestra sociedad con los elementos dispersos de un pasado ya caduco, todos los que buscan en la tradicion un refugio contra las nuevas ideas, con las cuales no capitulan nunca sino para ganar tiempo y dejar pasar las tempestades.

Dicho partido, antiparlamentario por excelencia y por excelencia ultramontano; dicho partido, que es la antítesis del *democrático*, porque, así como éste quiere dar á la sociedad por cimiento teorías *á priori* y las concepciones de la razon pura, él pretende cimentarla, como las antiguas monarquías de Nínive y Babilonia, en el principio de autoridad elevado á su mayor potencia y fundado en un derecho anterior y superior á todas las convenciones humanas: dicho partido tiene sus representantes en la prensa y en el Parlamento, por más que muchos de los que le representan se llamen moderados y no absolutistas. Acaso la calificacion de tradicionalistas repugne ménos á ciertos moderados, cuyas tendencias son las mismas en el fondo que las de los absolutistas, por más que difieran en ciertas cuestiones personales y en las apreciaciones de los medios y oportunidad de la aplicacion de una misma teoría.

Pertenecen al partido *democrático* los que quieren el gobierno del país por todo el país, es decir los que quieren que el país todo entero intervenga directamente en sus negocios siempre que sea posible, y cuando nó, indirectamente, por medio del sufragio universal y la ilimitada libertad de imprenta, de reunion, de tribuna, de peticion, etc. Este partido pudiera tambien llamarse racionalista, porque la razon pura es la base sobre que descansa su teoría, y debiera dividirse en *democrático-monárquico* y *democrático-republicano*, puesto que entre los que lo constituyen los hay que, si bien equivocadamente sin duda, creen que sus doctrinas pueden en la práctica adquirir todo su desarrollo á la sombra del trono, al paso que otros las consideran incompatibles con la institucion monárquica.

Pertenecen al partido *progresivo* los que tienden á modificar poco á poco la obra del tiempo en conformidad con las necesidades sucesivas de las épocas; los que no están reñidos por sistema ni con las tradiciones ni con las ideas nuevas, sino que utilizan y respetan todo lo que les parece útil y respetable en todos los tiempos; los que no temen tanto ninguna innovacion que, para ha-

cerse fuertes contra ella, evoquen instituciones decrépitas, ni tienen tampoco al pasado tanto miedo que se lancen, huyendo de él, á abismos desconocidos. Los que pertenecen al partido progresivo son los enemigos natos de todos los anacronismos.

El partido progresivo, que es el único constitucional, se divide en dos grandes grupos ó fracciones, que son las únicas en las monarquías templadas que se suceden naturalmente en el poder sin necesidad de revoluciones ni de golpes de Estado, y sin peligro ni para la libertad ni para el trono. Estas dos fracciones son indispensables donde quiera que ha de funcionar regularmente el régimen representativo. Son tan indispensables, que sin ellas la máquina constitucional careceria de la resistencia sin la cual toda fuerza es una abstraccion, ó careceria de la fuerza sin la cual es una abstraccion toda resistencia. Sería menester que la fuerza buscase la resistencia, ó la resistencia la fuerza, fuera de la órbita constitucional; sería necesario, para avanzar ó retroceder, salirse de las instituciones y hacer al fin y al cabo de la monarquía constitucional una monarquía absoluta ó una república.

De las dos fracciones en que se divide el partido progresivo, la ménos impaciente, que ha escrito por lema en su bandera *conservar progresando*, se llama *conservadora*, y la otra es la *reformista*, y ha adoptado por divisa *progresar conservando*.

No hay ningun político, absolutamente ninguno, que no quede incluido por sus tendencias en alguna de las divisiones establecidas, ni hay tampoco ninguno que, incluyéndose en la una, pueda incluirse en la otra.

La clasificacion llena, pues, cumplidamente su objeto.

Si fuese aceptada por la generalidad, llegaríamos á entendernos todos; no siéndolo, servirá al ménos para que *El Jesuita* se entienda á sí mismo, lo que no es poco en una época de trasformacion como la actual, en que todo, hombres y cosas, anda revuelto y confundido, gracias á los que se designan con dictados que no corresponden á sus verdaderas aspiraciones.

CAPÍTULO VIII.

EL GRAN PARTIDO LIBERAL.

Se concibe que haya hombres que adopten tales ó cuales doctrinas, y que dén la preferencia á tal ó cual sistema, creyendo que las doctrinas que adoptan y el sistema á que dan la preferencia favorecen más la libertad que los demas sistemas y doctrinas.

Pero no se comprende, á no ser que se explique por algun cálculo egoista, que haya hombres que profesen opiniones contrarias á la libertad por odio á la libertad misma.

Que crean unos que la libertad, es decir el poder dado al hombre por el Creador de desenvolver todas sus facultades físicas, intelectuales y morales, se halla protegida por la concentracion en uno solo de todos los poderes, y sean por esta razon absolutistas;

Que crean otros que la verdadera libertad sólo puede tener las garantías apetecibles interviniendo la sociedad entera, directa y permanentemente, en sus propios negocios, y consideren de consiguiente los gobiernos democráticos como los más perfectos;

Que otros, como los moderados y los progresistas de todos los matices, no sepan hallar la libertad, tal como queda definida, sino en la division y equilibrio de los poderes, y se proclamen resueltamente constitucionales;

Todas esas diferencias pueden depender de preocupaciones particulares; todas esas opiniones, por absurdas que parezcan las

que profesan unos á los que profesan otras, pueden profesarse de buena fe y de buena fe discutirse.

Pero de buena fe no es posible, sin carecer de sentido comun, negar que la libertad es un bien, porque eso sería negar que es un bien la justicia.

Y no negando que la libertad es un bien, no es posible oponerse á su aplicacion natural y legítimo desarrollo sin tener completamente apagada la luz de la conciencia.

* * *

Necesario sería para comprender á un individuo de la especie humana que, sin tener la inteligencia en un estado tan rudimentario como la de un zoófito, aborreciese la libertad, representárnoslo como M. Pelletan se representa á De Maistre, que, lleno de reaccion contra la libertad por los excesos y crímenes cometidos en su nombre, bajo un cielo áspero, en una tierra esclava, petrificada de gemidos, suplicios, muertes y asesinatos, sintió como una inspiracion subir del abismo á su cerebro, y allí, con la frente bañada en el vapor de la sangre, al helado resplandor del polo, redactó, con la sonrisa en los labios, el código completo de la barbarie.

Enemigos verdaderos de la libertad, que la odien de buena fe por considerarla realmente mala, no se encuentran en ningun partido, ni siquiera en el absolutista, como no sea entre aquellos estúpidos y fanáticos, más dignos de lástima que de odio, que en 1823 daban mueras á la nacion y vivas á las cadenas.

En los partidos leales, en los partidos propiamente dichos, no hay nadie que no crea que la libertad es un bien, y un bien de que no puede prescindir por mucho tiempo una sociedad medianamente organizada.

La libertad es el eterno voto, la eterna esperanza, la eterna aspiracion del género humano, y no tiene enemigos sino entre los muy réprobos ó los muy ignorantes.

La libertad es, entre todos los sentimientos, el más general, el más universal, y el único por lo mismo que puede servir de prenda de conciliacion para reconstituir el espíritu público, sin el cual la nacion no saldrá nunca del estado de postracion en que se halla.

* * *

¿Pero cómo, siendo la libertad un sentimiento general, es tan difícil establecerla y tan difícil consolidarla?

Pregúntaselo, lector, al egoismo, que excita á cada individuo á explotarla á favor suyo. La tiranía no es más que la libertad monopolizada, y para monopolizarla mejor, los individuos se asocian y forman los falsos partidos, los partidos que no tienen razon de ser, como el progresista y el moderado, de los cuales ninguno es liberal, por más que de buena fe se dén todos este nombre, muy convencidos de que son á él acreedores.

Porque la libertad es la misma justicia, y la justicia está reñida con el espíritu de partido.

Porque la libertad supone en cada individuo la igual facultad de hacer uso de los derechos que la naturaleza y la sociedad han concedido á todos, y el espíritu de partido se opone á esta igualdad.

Cada partido egoista quiere exclusivamente la libertad para sí, y establece, á favor de sus afiliados, ventajas de que no participan los demas. La libertad y semejantes partidos no pueden conciliarse.

Tampoco con ellos puede conciliarse el verdadero órden, es decir el órden que es consecuencia de la libertad misma.

Dichos partidos, que quieren sólo el poder por el poder, son siempre tiranos de los demas á quienes logran sobreponerse, tiranos más ó ménos sanguinarios, más ó ménos feroces, pero al cabo tiranos. El principio que invoca cada cual para ejercer la tiranía, importa poco; el hecho es siempre el mismo.

Nadie, pues, que quiera la libertad, nadie que quiera el órden, puede querer gobiernos de partido.

A un gobierno de partido se puede pedir que evite que el descontento público se manifieste, que se traduzca en hechos tumultuosos, pero no que impida que el descontento público se forme. Se le puede pedir que impida los disturbios ó los castigue, pero no que se remonte á la causa que los produce, no que penetre en la raíz misma del mal, para llevar á ella el cauterio, porque eso sería quererle obligar á que él mismo se destruyese.

Un gobierno de partido puede retardar la explosion del descontento que él mismo produce; pero eso, como se ve, es atacar el mal en sus síntomas y no en su esencia; es un paliativo, un aplazamiento.

* * *

El órden real y verdadero, el órden que no nace de la conviccion de su impotencia que tienen los partidos caidos, sino de los esfuerzos que hace el gobierno para procurar el bienestar general, no lo conseguirá nunca ningun gobierno de partido, ó, lo que es lo mismo, ningun partido elevado á gobierno, porque ningun partido se cuida de satisfacer las necesidades generales, sino las necesidades propias.

Locura sería de un gobierno de partido que, en el mero hecho de ser tal, prefiere su partido á la nacion entera, creer que está ésta contenta de hallarse sometida á su yugo. Bajo semejantes gobiernos, la nacion, aunque calle, sufre, y es triste condicion la de un país en que el órden material no se mantiene por el sentimiento que causa á todos los hombres sensatos el perturbarlo, sino por el miedo que inspira el castigo á los perturbadores.

Y al miedo, sólo al miedo, se debe la conservacion del órden material bajo los gobiernos de partido.

Bajo los gobiernos de partido, los caidos no renuncian nunca á la idea de pedir á la violencia el triunfo de sus principios, por-

que se les priva de la esperanza de obtenerlo por los medios legales, poniendo el poder á favor suyo todas las ventajas para impedírselo, aunque sea sobreponiéndose á todas las leyes y á todas las prescripciones de la justicia. Así es que, bajo un gobierno de partido, la tranquilidad pública no está nunca suficientemente consolidada.

Un gobierno nacional, protector de los derechos de todos, de la libertad de todos, sería el único que impediria abrirse nunca la caja de Pandora de las sediciones.

Nada, sin embargo, más fácil, adoptando un sistema de compresion y de terror, que conservar por más ó ménos tiempo el órden material. Eso sabe hacerlo cualquier empírico, y no requiere ninguna especie de talento. Pero el órden material así alcanzado, no es un órden real y verdadero; es no más que una apariencia de órden; es un órden, si así puede decirse, que no pasa de la superficie, y deja, no obstante, muy satisfechos á los gobiernos de partido, cuya mision, al parecer, se reduce á encubrir los males que no aciertan á paliar siquiera.

* * *

El órden verdadero es el resultado de la igual libertad de todos, porque la libertad que no derrama igualmente sobre todos sus beneficios, es tiranía. Un tirano, como queda dicho, no es más que un monopolizador de la libertad general.

La libertad ha de ser igual para todos. ¿Lo comprenden así los partidos que se llaman liberales? Los moderados y progresistas, nó; los demas, quién sabe?

Para los moderados y progresistas, la libertad, hállese ó nó consignada en sus constituciones con más ó ménos latitud, es un privilegio del partido que está arriba, ejercido contra los que están debajo. Así es que, para los que no son progresistas, hay tan poca libertad despues de la Revolucion de Setiembre como en el último período del reinado de Doña Isabel II. En libertad no se ha

ganado nada, y en tranquilidad y en bienestar y en dignidad y en decencia, se ha perdido mucho.

Son muchos los que se llaman liberales, los que creen pertenecer al gran partido liberal, en que cada cual entiende la libertad á su manera, y no aciertan á definir la libertad. No es extraño.

¿Cómo no se ha de hallar la libertad mal comprendida por el vulgo, cuando no han podido ponerse de acuerdo en su definicion los más célebres publicistas, los más famosos legisladores, los más eminentes hombres de Estado y los más ilustres filósofos antiguos y modernos?

Qué es libertad?

Cuáles, creyendo definir la libertad política, han definido la libertad moral, cuáles la legal, cuáles la civil, siendo la principal causa de todas las confusiones el empeño que ha habido en atribuir á la libertad colectiva lo que pertenece á la individual, y á ésta lo que pertenece á aquélla.

Epicteto, Séneca y la mayor parte de los filósofos de la antigüedad, llamaban verdaderamente libre al hombre que sabe dominarse á sí mismo, y esta definicion, que sólo comprende la libertad moral, fué adoptada por Montaigne, que es uno de los principales fundadores de la filosofía moderna.

Segun Montesquieu, la libertad civil sólo consiste en no poder un hombre verse obligado á hacer lo que la ley no manda, y la libertad política en poder hacer todo lo que las leyes permiten.

El Jesuita no está de acuerdo ni con una ni con otra de dichas definiciones, que hacen depender la libertad del hombre de leyes en que puede hallarse consignada la esclavitud, como sucede con harta frecuencia, pues es sabido que las leyes suelen ser más ó ménos restrictivas de la independencia humana.

Verdad es que el inmortal publicista destruye en parte este argumento que puede oponerse á su definicion de la libertad, con la que da de las leyes, de las cuales dice que son la expresion de

la voluntad general; pero esta circunstancia, que podia dejar satisfecho á Aristóteles, el cual hallaba el criterio de lo verdadero y lo justo en la universalidad de las razones individuales; ó á San Vicente de Lerins, el cual tenía por ortodoxo lo que es creido en todos los tiempos, en todos los lugares y por todos los individuos, *quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est;* ó á Lamennais, el cual califica de cierto lo que la razon comun proclama, no satisface al *Jesuita*, que cree que el mundo entero no tiene fuerza ni derecho para hacer renunciar á un solo individuo á sus creencias propias, sino á la pretension de hacer aceptar por fuerza las suyas á los demas; que cree que todo individuo está sujeto á una ley moral que ilumina su conciencia; que hay en él una impulsion divina; que cada cual, como dice San Agustin, lleva en sí mismo el reino de Dios; que el alma tiene á veces resplandores celestiales que permiten ver á uno lo que no alcanzan á ver muchos, y, por fin, que uno es susceptible de tener razon contra la generalidad, como la tuvo Colon, como la tuvo Newton, como la tuvo Galileo, siendo sabido que toda verdad capital tiene, cuando nace, por enemigo á todo el mundo, y que todos los progresos científicos y morales serian imposibles si no se proclamasen más principios que los que obtienen el general consentimiento.

«Si lo verdadero, dice Pecgneur con su incontrastable lógica, no se halla sino en la generalidad, en la multitud, en el número, no se halla en ninguna unidad en particular, y siendo cada individuo una incertidumbre radical, una razon sin autoridad, no pueden dar, sumándose, más que una suma indefinida de ceros de certidumbre.»

* * *

El Jesuita cree, como Bayle, que las grandes é importantes verdades, que lo cierto y lo justo, se sostienen por caracteres interiores independientes de la multitud, y que pueden y suelen ser desconocidos de ésta.

La definicion, pues, que da de las leyes Montesquieu, no basta á encubrir los defectos de la que da de la libertad. Ésta puede no hallarse consignada en las leyes, y las leyes pueden no ser justas áun siendo la expresion de la voluntad general.

La definicion que da Ciceron de la libertad es sustancialmente lo mismo que la de Montesquieu. «La libertad, dice el padre de la elocuencia romana, es la esclavitud de la ley.»

Del mismo defecto que la definicion dada por Montesquieu, adolece la que se debe á Leon Vaisse, que dice que, ser libre en política, consiste en no depender el hombre más que de leyes á cuya formacion haya contribuido por sí mismo ó por medio de sus legítimos representantes.

Esta definicion, como se ve, reclama de tal modo el sufragio universal, que en un Estado, no habiendo infraccion de leyes, sólo son libres los que directa ó indirectamente han participado de su formacion, es decir los elegidos y los electores.

La mayor parte de los escritores que han bebido en las fuentes del derecho romano hacen consistir la libertad en el derecho que tiene cada cual de hacer lo que no perjudica á otro, definicion á todas luces incompleta, porque puede un hombre, sin perjudicar á los demas, cometer actos ilícitos, actos en que falte á la decencia ó se perjudique á sí mismo.

Dichos escritores señalan una condicion de la libertad, pero no definen la libertad misma.

La definicion de la libertad más aceptable es la siguiente, de J. P. Pagés: «La libertad es el poder que tiene el hombre de desenvolver sus facultades físicas, intelectuales y morales.»

Este poder emana del mismo Dios, á quien nuestras facultades son debidas, y la definicion á que *El Jesuita* da la preferencia es una definicion de la libertad fundada en el espontáneo ejercicio de este poder, y la comprende en todas sus direcciones y manifestaciones.

* * *

De los términos con que *El Jesuita* ha refutado la definicion dada por Montesquieu, se desprende la importancia que para él tiene la libertad individual, que no quisiera nunca ver absorbida por la libertad colectiva.

Niega *El Jesuita* al mundo entero el derecho de intervenir, aunque sea en nombre del poder nacional, en lo que constituye el ejercicio legítimo del poder de cada individuo. No hay gobierno ni colectividad alguna que tenga la facultad de obligar á un individuo á *poner en comun* más que la suma necesaria para subvenir exclusivamente á los gastos de *utilidad pública incontestable*.

Se engañan los que afirman que el hombre constituido en sociedad trueca necesariamente una parte de su libertad por la seguridad que le procuran las leyes. Eso es querernos hacer pagar la seguridad demasiado cara. Pues qué? ¿acaso el hombre por ser ciudadano deja de ser libre? ¿Acaso los individuos se han constituido en sociedad con otro objeto que el de ayudarse mutuamente? ¿Acaso, aceptando deberes nuevos, han renunciado á sus derechos imprescriptibles? Nó: el acto de mancomunarse los hombres para formar una patria comun, no restringe la libertad; las restricciones de la libertad sólo son obra de los gobiernos de partido.

* * *

La libertad debe ser limitada?

Hisen y todos los de su escuela responden afirmativamente.

M. Girardin dice que la libertad limitada es la más falsa de todas las doctrinas. Sus palabras son terminantes.

«La libertad limitada, dice, es un error.

»Es una mentira.

»Es un peligro.

»¿Se teme acaso *más ó ménos* la libertad del asesinato, la del robo, la de la insurreccion?

»Nó: esta libertad no existe á ningun grado.

»Una libertad es completa, ó no existe.

»Limitad la libertad de cultos, y deja de existir.

»Tolerad á medias el robo y el asesinato, y los ladrones y los asesinos burlarán todas las disposiciones penales.

»Tenemos prevista la objecion que se nos va á hacer: — Precisamente lo que nosotros queremos es suprimir la libertad de la provocacion á la insurreccion, la libertad de la ofensa, la libertad de la calumnia, la libertad de la difamacion, la libertad de la injuria.

»Nosotros respondemos:

»Tendríais razon, y seríamos los primeros en aplaudiros, si lo que haceis no fuese provocar la repercusion del virus maléfico, cuando creeis destruirlo.»

El Jesuita no quiere dar más límites á la libertad de cada individuo que las prescripciones del decoro y la libertad de los demas, y cuando combate la milicia nacional forzosa, por ejemplo, y las obligaciones que ella impone, y cuando combate á la teocracia y al comunismo y á los partidos tiranos y explotadores, lo hace en nombre de esa libertad que le es tan querida, en nombre de esa libertad que no puede desenvolverse si no se deja expedito el espacio al genio humano y á la iniciativa individual.

* * *

Cualquiera que sea la definicion de la libertad que se adopte, de las muchas de que *El Jesuita* se ha hecho cargo, permite negar el título de liberales á todos los partidos que en nombre de la libertad han explotado y perdido al país desde que se estableció en España el régimen constitucional.

Pero los progresistas y moderados no reparan en tan poca cosa. Forman con los republicanos lo que ellos llaman el gran partido liberal, en que hay de todo como en botica, siendo imposible determinar sus límites.

La clasificacion es imposible, y la denominacion no puede ser

más arbitraria. Al que sabe lo que es libertad, se le crispan los nervios cuando oye llamarse liberales á los moderados y á los progresistas, y no ve ninguna razon para que los tradicionalistas no puedan adjudicarse el mismo título. ¿Sería España ménos libre de lo que es ahora, si viniera Cárlos VII? Lo mismo. Quienes serian ménos libres serian los progresistas, que son los únicos que disponen de todo, que tratan á España como se les antoja, que se la reparten como pan bendito, y hacen de ella cuanto les da la gana. Los progresistas son á España lo que los prusianos á Francia. ¡Líbrenos Dios de que sus *leaders*, con las malas pasiones que les dominan, tuviesen una parte infinitesimal del talento del conde de Bismark!

* * *

Nó, lector; ni los moderados son liberales, ni los progresistas tampoco, por más que se haya convenido en incluirles á todos bajo la denominacion comun de gran partido liberal, compuesto de las mil y una fracciones en que desde la muerte de Fernando VII se fueron dividiendo y subdividiendo los que abrazaron la causa de Doña Isabel II.

No es liberal sino el que aspira en cada situacion á obtener toda la libertad que dentro de ella cabe, sin renunciar á lo que debe ser su bello ideal, que es la libertad ilimitada. El liberalismo está más en la aspiracion que en la aceptacion inmediata de tal ó cual sistema, más en la tendencia que en la doctrina. El que se contenta con ménos libertad de la posible en cada circunstancia, no es liberal, y así se comprende cómo pudo haber liberales hasta dentro de la monarquía pura, cuando nadie pensaba en reemplazarla con ninguna otra forma de gobierno.

Ni los moderados ni los progresistas sienten esa aspiracion á la libertad ilimitada que constituye el liberalismo. Quieren unos y otros encerrar la libertad dentro del círculo trazado por el com-

pas de su exclusivismo y su conveniencia. Son liberales hasta donde su estómago se lo permite.

En qué, respecto á liberalismo, se diferencian unos de otros? En nada.

Y en qué se diferencian unos y otros de los absolutistas? En nada tampoco.

Ó ellos no tienen derecho á llamarse liberales, ó los absolutistas tienen tanto derecho á llamarse liberales como ellos.

Tambien los absolutistas quieren libertad dentro de ciertos límites, dentro de los límites que les convienen para que la nacion sea suya.

Aquí no se trata de otra cosa, no se trata más que de ver á quién la nacion pertenece. En el fondo de todas las cuestiones no hay más que esta cuestion.

CAPÍTULO X.

EL PARTIDO ORDENISTA.

Los moderados, que forman con los progresistas y demócratas el gran partido liberal, forman con los absolutistas el gran partido del órden, al cual pretenden tambien pertenecer los progresistas cuando se hallan en las alturas oficiales, para contrarestar á los que quieren más libertad de la que á ellos les conviene.

Tan monopolizada como la palabra libertad ha sido la palabra órden.

Mal definida por los políticos y peor comprendida por el vulgo, de ninguna otra se ha abusado de una manera más lamentable.

El espíritu de pandilla, interesado en adulterar su verdadero significado, se ha valido de ella desde tiempo inmemorial para perpetuar todos los abusos y para contrarestar todos los progresos.

La palabra órden es el santo y seña de los partidos parásitos, estacionarios, anclados en los *statu quo* permanentes. Á fuerza de explotarla y monopolizarla, se la ha hecho sinónima de la palabra despotismo y antitética de la palabra libertad, y, lo mismo que ésta, ha servido de pretexto y justificacion á muchos desmanes, y de máscara y escalera á muchas ambiciones.

Con ninguna otra palabra se han cometido más locuras y se han perpetrado más crímenes.

Tambien en nombre del órden, como en nombre de la libertad, se han poblado cárceles, se han levantado cadalsos, se han encendido hogueras. En nombre del órden se abismó á Galileo en las mazmorras del Santo Oficio, se dió á beber á Sócrates la cicuta, y se hizo morir á Jesucristo entre dos ladrones.

* * *

Qué es, pues, el órden?

Para los satisfechos de cada época; para los monopolizadores de cada situacion; para los que se alimentan de un privilegio que el progreso amenaza destruir, de un abuso que la libertad pretende desterrar, de una preocupacion que la civilizacion puede desvanecer; para los que gozan miéntras los otros sufren, y medran miéntras los otros se estenúan, y cobran miéntras los otros pagan; para los que tienen su interes en pugna con los intereses comunes, el alma en el estómago y la conciencia en ninguna parte, el órden es la conservacion de todo lo existente.

Pero esto es en realidad el órden?

Nó; esto no es el órden, como no lo es tampoco la tranquilidad pública con que se le confunde generalmente. La tranquilidad pública suele ser un síntoma del órden, pero no es el órden mismo; suele ser una apariencia de órden, pero no es el órden real y verdadero.

El órden no puede imponerse á la fuerza; la tranquilidad pública, sí.

La tranquilidad pública es compatible con el despotismo; el órden, nó.

El órden es la vida; la tranquilidad pública, cuando no es el resultado del órden mismo, es la muerte.

El desenfreno de la muchedumbre turba más la tranquilidad pública que el desenfreno del poder; pero el desenfreno del poder turba más el órden que el desenfreno de la muchedumbre.

Un gobierno tiene medios, de que el pueblo carece, para con-

servar esa apariencia de órden, que se llama tranquilidad pública, hasta en los momentos mismos en que altera el órden más profundamente.

Manda á unos cuantos soldados de los que tiene á su disposicion que se apoderen de uno ó de dos ó de veinte ó de cien ciudadanos, que los lleven á la cárcel ó á un buque que se halle en tal ó cual puerto y que esté pronto á hacerse á la vela con provisiones para seis meses, ó les ordena, para abreviar, que no les lleven á la cárcel ni á ningun buque. Al dia siguiente, una, dos, veinte ó cien familias están vestidas de luto.

Todo esto se ha hecho en muy pocas horas, sin causar ningun ruido, sin que, si era de dia, se haya cerrado ninguna tienda, y sin que, si era de noche, se haya apagado ningun farol.

Un pueblo entero, sólo para intentar el más insignificante de dichos actos, necesitaria estar tres dias y tres noches desempedrando calles, y áun así se quedaria tal vez sin llevarlo á cabo. No lo dudes, lector, la tranquilidad pública y el órden son dos cosas muy diferentes.

El órden es la armonía entre las ideas dominantes y las instituciones existentes. El órden es la sujecion de gobernantes y gobernados, sin distincion alguna, á leyes justas, iguales para todos.

Donde asoma la cabeza un privilegio, empieza el desórden.

* * *

Tal como *El Jesuita* le comprende, y tal como le ha definido, el órden no es siquiera un principio; es un resultado de la libertad, y sólo la libertad puede producirlo.

Y, sin embargo, es tal el frenesí de los partidos explotadores, que siempre que combaten la libertad la combaten en nombre del órden, y siempre que combaten el órden lo combaten en nombre de la libertad.

Son tambien los partidos explotadores, fecundos siempre en crear palabras y frases que no tienen sentido, los que hablan de

exceso de libertad y de órden, como si de libertad y de órden pudiese haber nunca exceso.

Ó no se quiere libertad, ó se quiere toda la libertad; ó no se quiere órden, ó se quiere todo el órden. Lo que se ha dicho acerca de la libertad restringida, puede aplicarse al órden restringido.

Desde que se comete un exceso en nombre del órden, no hay órden; desde que se comete un exceso en nombre de la libertad, no hay libertad. Ni la libertad ni el órden admiten ningun exceso; pero se confunden con la libertad y el órden los excesos cometidos en su nombre.

Los hombres de buena conciencia saben instintivamente lo que es órden y lo que es libertad, ó al ménos comprenden que no tienen estas palabras la significacion que les atribuyen los partidos que las explotan. Cuando se atropella á un ciudadano, ó se comete un desman de cualquier género en nombre de la libertad ó en nombre del órden, todos se preguntan: «Es eso libertad? ¿es eso órden?»

* * *

Habrás notado, lector, que así como los progresistas, cuando están en la oposicion, llaman tiranía al órden y al desórden libertad, los moderados, que son los ordenistas por excelencia, llaman órden á la tiranía y á la libertad desórden.

Soberano al pueblo llamo,
y si preguntan por qué,
y digo de buena fe:
—Porque el que paga es el amo;
si sus derechos reclamo,
y si añado con razon
que él es dueño de sí mismo,
querrán romperme el bautismo,
porque es tal la confusion
de palabras en el dia,
que eso se llama anarquía.

Si el pueblo no hace mal uso
de la libertad, que es suya,
y hay alguien que la destruya,
fingiendo evitar su abuso,
no faltará algun iluso,
por no darle otro dictado,
que celebre la medida
inicua y liberticida,
y aplauda un golpe de Estado,
que en esta nacion ó infierno
eso se llama gobierno.

—

Por un poro y otro poro,
con angustias muy amargas,
para las enormes cargas
sobrellevar del Tesoro,
el pueblo ha de sudar oro,
que es el fisco muy severo,
y si, levantando cisco,
el pueblo se queja al fisco
de que gasta su dinero
con tan poca economía,
eso se llama anarquía.
La cosa marcha; ya escampa,
y siguen los despilfarros;
ya escampa y llueven guijarros;
siempre adelante la trampa.
Todo el fisco se lo zampa,
y, á la larga ó á la corta,
al pueblo matará de hambre
el interminable enjambre
de parásitos..... qué importa?
El pueblo que chupe un cuerno.
Eso se llama gobierno.

—

Si al ver mucho fraude y dolo,
el país á un ministerio
pide que sea el imperio
de la ley su imperio solo;
y dice el gobierno: *Nolo*,

y contra el poder aleve,
á quien ley ninguna enfrena,
se arma una marimorena,
y el país que se conmueve
toma la razon por guía,
eso se llama anarquía.
Si el que manda, manda mal,
se excede y se extralimita,
conculca la ley escrita,
pisa la ley natural,
la dignidad nacional
coloca bajo sus piés,
y coge del *pueblo vil*
infelices mil y mil,
y los echa á Leganés
ó á cenar con el Eterno,
eso se llama gobierno.

* * *

Ya en 1857, hallándose en candelero los moderados, que, como se ha dicho, son los que con más frecuencia hacen de la anarquía un espantajo para excusar sus arbitrariedades en el concepto de los meticulosos, escribió y publicó el *Jesuita* la siguiente fábula:

Cuando el bando que llaman doctrinario
nos dice, para hacerse necesario,
que sin él hundiria el comunismo
la desdichada patria en un abismo;
cuando habla de su indómita energía
para un freno poner á la anarquía,
yo, aunque el desórden y el bullicio tema,
le pido solucion á este problema,
que de encontrarla inútilmente trato:
¿Mejor que los ratones es el gato?

—

Á una vecina mia muy pacata
convencer quiso una taimada gata,
con gran copia de datos y razones,
de los daños que causan los ratones.
—No conozco otra plaga tan dañina,
decia la gatita á mi vecina;
donde quiera que fija su dominio,
desenvuelve sus planes de exterminio.
Se debe conjurar, á toda costa,
esa calamidad, esa langosta,
que centuplica sin cesar su casta,
y todo lo destruye y lo devasta.
Á su instinto voraz nada resiste;
los ratones un dia hasta el alpiste
se comerán del infeliz jilguero
que tienes en la jaula prisionero.
Para á tanto desman y desacato
obstáculo poner, es fuerza un gato,
que cierre, para hundir tal demagogia,
de los ratones todo club ó lógia.
¿Que á costa de los prójimos engorden
quieres evite yo? Soy gato de órden.—

Ignorando sus faltas y sus vicios,
admitió la vecina sus servicios,
y hasta un cariño le probó sin tasa,
como si fuera un hijo de la casa.
¡Mas ay que si es el sexo femenino
notable por lo ingrato y lo ladino,
y es, ademas, notable todo gato
tambien por lo ladino y por lo ingrato,
un gato femenino debe ser
cuanto ingrato y ladino puede haber!
Dígalo mi vecina, que áun ahora
las felonías de la gata llora.
Un dia, por sorpresa, un jaque-mate
de todos quiso dar al chocolate;
al otro, haciendo un superior esfuerzo,
les dejó á todos sin ningun almuerzo;

al otro, se zampó, más comedida,
en lugar del almuerzo, la comida,
hasta que al fin, para variar de escena,
sola de todos se comió la cena.
Con todo, si un incrédulo lo duda,
probaré que era gata concienzuda.
No tocó del alpiste un solo grano,
porque eso hubiera sido muy villano;
la dió de pronto la conciencia un grito,
y no se comió más que el pajarito.
Mas no la tuvo la vecina en cuenta,
aunque por su carácter no es violenta,
su respeto al alpiste, y de un trancazo
la quiso dislocar el espinazo.
La gata se escurrió, que era muy lista,
y desde entónces se perdió su pista.

—

Si como es gata fuese gato, opino
que no le faltaria un buen destino,
porque sería un gato moderado,
razon para encontrarse colocado.

—

En cuanto á la vecina, se asegura
que la parece la leccion muy dura,
y que aunque se la coman los ratones,
tratándose de gatos, dirá nones.

—

Nones dirá tambien España un dia
á los que hacen el bú con la anarquía,
si se brindan, cual siempre, á conjurarla
los gatos moderados con su charla.

* * *

No sin intencion *El Jesuita* ha querido hacer constar en este libro la fecha en que publicó por primera vez la precedente moraleja, anterior á otra infinitamente más bella que sobre el mismo tema, aunque con distinta aplicacion, escribió el justamente

llamado el Terencio español, el inimitable D. Manuel Breton de los Herreros. *Suum cuique.*

* * *

Tambien, los unionistas que más contribuyeron á derribar la dinastía borbónica y los progresistas más bullangueros, la echan de ordenistas desde que han creido haber llegado al término que les señalaba su conveniencia. Á raíz de la revolucion, no les llegaba la camisa al cuerpo, al ver que el pueblo queria ir más léjos de lo que ellos deseaban; y temiendo ser desalojados de sus posiciones, aceptaron á regañadientes todo el dogma democrático, y lo inscribieron en su Constitucion. El lector recordará sin duda que, cuando en la Asamblea Constituyente la minoría republicana combatia la institucion monárquica en nombre de los derechos individuales aceptados por todos los revolucionarios sin distincion de matices, los unionistas y los progresistas procuraban tranquilizarla asegurando que la monarquía no opondria al ejercicio de dichos derechos ningun obstáculo, y así tal vez consiguieron que la forma monárquica prevaleciese. Ahora, que tienen ya monarquía ó creen tenerla, encaminan todos sus esfuerzos á demostrar que son con ella incompatibles los derechos individuales, á cuyo ejercicio atribuyen todos los desórdenes que ocasionan ellos combatiéndolos con una fe púnica que les hace más odiosos que á los mismos moderados.

Qué ordenistas le salen siempre á la pobre España!

CAPÍTULO XI.

EL PARTIDO ABSOLUTISTA.

Todas las formas de gobierno son aceptables en teoría; todas son buenas, excelentes, mejores á cual más, si se las considera con abstraccion de las deformidades, imperfecciones y vicios de la pobre naturaleza humana.

Un buen rey absoluto sería indudablemente el mejor de todos los gobiernos, si fuese posible un buen rey absoluto. Pero no lo es. Para que fuese bueno un rey absoluto, sería preciso que el rey fuese un hombre absolutamente bueno. Dónde está ese hombre?

El absolutismo es una forma de gobierno muy antigua, pero la palabra es de invencion moderna. Montesquieu no la conocia.

El absolutismo en política es la concentracion en un solo poder de todos los poderes, y, por consiguiente, los constitucionales que proclaman la omnipotencia parlamentaria son tan absolutistas como los que proclaman la omnipotencia de los reyes.

Y quién sabe? Tal vez la omnipotencia real haya sido en ocasiones ménos contraria á la libertad y ménos funesta á los intereses del país que la omnipotencia de una Asamblea.

Pero cada época tiene sus aspiraciones propias y necesidades determinadas, y por tanto, aunque los absolutistas lograsen probar que bajo el régimen que ellos defienden ha sido España en algunos períodos de su historia más feliz que ahora, no podrian deducir de semejante premisa que el régimen absoluto es preferible al representativo.

* * *

Considerados ambos sistemas con abstraccion de épocas y países, se necesita ser ciego para no ver cuál de los dos merece la preferencia.

Si la mision de un gobierno es labrar la felicidad de los gobernados, es necesario que conozca las exigencias de éstos para satisfacerlas, y sin más que sentar este axioma, se comprende desde luégo, no sólo que el gobierno absoluto es el peor de todos los gobiernos, sino que un gobierno es tanto mejor cuanto más se aparte del absoluto, es decir cuanto mayor es la iniciativa popular, cuanto mayor es el número de intereses é individuos representados, en una palabra, cuanto más representativo es.

Los absolutistas, para probar la bondad de su sistema, se valen casi siempre de analogías, y no satisfechos con buscarlas y rebuscarlas entre todos los países y todas las épocas desde la creacion del mundo, las buscan y rebuscan tambien entre la tierra y el cielo.

Haciendo de Dios un rey, quieren hacer de cada rey un Dios.

«Un Dios solo, dicen, rige el mundo sin ninguna cortapisa; bien puede pues un rey, sin ninguna cortapisa, regir una nacion.»

Así arguyen, olvidando al parecer que Dios no necesita consejo porque lo sabe todo, que no necesita ningun estímulo para hacer el bien porque es la bondad suma.

Dadme un Dios por rey, y seré el primero en proclamarle absoluto. Sería en realidad bien ridículo votar una representacion para manifestar las necesidades de un país á quien las conociese todas.

* * *

Aunque se dice que un rey absoluto puede ser bueno ó ser malo, basta hojear la historia para convencerse de que el número de reyes absolutos malos ha excedido en mucho al de reyes absolutos buenos.

Necesita un rey absoluto, para merecer el título de bueno y cumplir los altos deberes que su posicion le impone, estar dotado de tantas y tan relevantes prendas, que es imposible encontrarlas reunidas en un solo individuo. No es necesario insinuar siquiera los inmensos males que un mal rey absoluto puede producir, relevando á *El Jesuita* de este trabajo la sangre con que está escrita la biografía de casi todos los que han ejercido el poder supremo.

Un célebre publicista, citado ya otras veces en este libro, para combatir el absolutismo enumera los malos actos, no de los reyes malos, sino de los que han dejado en la historia un nombre más glorioso, y se ve que hasta éstos eran monstruos. El mal está en la institucion, está en el oficio.

Un mal rey absoluto, sobre ser un mal gravísimo, es un mal crónico, un mal incurable, contra el cual no se encuentra ninguna fórmula en el prontuario del absolutismo. *El Jesuita* se la ha pedido alguna vez á los absolutistas, y le han contestado que no habia más remedio, si un rey era malo, que aguardar con paciencia á que en pos de él viniese otro bueno.

Y si el que viene es peor?

* * *

Cuéntase de un rey que con sus iniquidades se hizo de tal manera odioso al pueblo, que en todas partes era acogido con un silencio sepulcral y marcadas muestras de descontento. Un dia oyó decir á una vieja: «Viva el rey! ¡Dios nos le conserve muchos años!» Sorprendido por aquella demostracion de simpatía á que no estaba acostumbrado, mandó el rey parar el coche, y preguntó á la vieja qué motivos tenía para expresar tan buenos deseos respecto de su real persona.—«Señor, contestó la vieja; vuestro abuelo era muy malo, y vuestro padre, que le sucedió en el trono, fué peor que vuestro abuelo, y vos sois peor que vuestro padre. Por miedo de empeorar, pido á Dios que os conceda largos

años de vida. Me estremezco ante la idea de lo que será vuestro hijo.»

* * *

Un rey constitucional es muy distinto de un rey absoluto. La inviolabilidad, que tan graciosamente conceden los absolutistas á los reyes absolutos, y que repugna al buen criterio y á la sana razon de tal manera, que se debe tal vez á esta repugnancia la teoría del regicidio, sostenida por algunos varones eminentes de la Compañía de Jesus, no puede negarse en manera alguna á un rey constitucional, cuya inviolabilidad es lógica, es un atributo de las condiciones mismas de su ser. ¿Cómo ha de ser violable un rey constitucional, si es impecable, porque no puede legalmente hacer nada por sí solo? Todo lo más de que se puede acusar á un rey constitucional, es de ser caro ó ser inútil. Por lo demas, el constitucionalismo para nadie es tan ventajoso como para los mismos reyes.

El Jesuita se refiere á los reyes verdaderamente constitucionales, en cuyo número no cuenta á los que rigen sus Estados por medio de constituciones ó cartas otorgadas. Las cartas otorgadas, por liberales que sean, son un acto de absolutismo que deja en pié el principio de derecho divino, y sólo duran lo que la necesidad que tienen los príncipes de transigir con las exigencias de los pueblos.

Cuando los que las dan se sienten con fuerzas para luchar ventajosamente contra los pueblos, rompen su propia obra en uso del mismo derecho que tuvieron para crearla.

Una carta ó constitucion otorgada no es una renuncia del absolutismo, no arguye en manera alguna el espontáneo desprendimiento de la más mínima parte de la autoridad real; la soberanía reside en el trono, lo mismo con ella que sin ella; el principio del derecho autocrático permanece intacto.

La libertad más lata, consignada en un código que otorga un rey graciosamente, vale infinitamente ménos que un insignificante derecho popular escrito por una nacion en virtud de su propia autonomía.

Las cadenas que se da un pueblo, pesan ménos que la libertad que le dan.

* * *

El Jesuita no comprende, pues, entre los reyes constitucionales á los que, de *motu propio*, otorgan una constitucion á sus Estados. ¿Qué quedó, al poco tiempo de haberlas otorgado, de las que lo fueron en distintas naciones de Europa, despues de la Revolucion de 1848, que derribó en Francia á Luis Felipe?

El rey de Prusia y algunos príncipes alemanes, al desprenderse de su insidioso y forzado constitucionalismo, no hicieron más que volver resueltamente á los pueblos el guante que anteriormente no se habian atrevido á recoger. No se pierda de vista la ocasion en que otorgaron sus constituciones.

Miéntras la Asamblea de Francfort se evaporaba en palabras y medidas pacíficas y estériles para vencer la resistencia de los estacionarios, éstos adoptaban una espectativa intencionada y maliciosa, y aguardaban un momento propicio para destruir en una hora todas las combinaciones perezosas y lentas de los diputados flemáticos.

No era tan hábil la estrategia del absolutismo, que no pudiese burlar sus evoluciones una Asamblea ménos indolente.

Pero para triunfar se necesitaba audacia, y la Asamblea no tuvo audacia; se necesitaba energía, y la Asamblea no tuvo energía.

Más adelante, la audacia y la energía la hubieran sido ya inútiles, porque, más adelante, ya era inútil hasta la Asamblea misma.

Las Asambleas son lo contrario del templo de Jano. Se cierran cuando la lucha empieza.

Llamada Alemania al terreno de la fuerza material, sus diputados debieron ceder la palabra á los fusiles. En ciertos casos extremos, la pólvora es la única que discute. En las sesiones de sangre, cada cañon es un Demóstenes y cada parapeto una tribuna.

Quién lo diria! Entónces pudo Francia, interviniendo con la fuerza de las armas, en lugar de sujetarse al pacífico programa propagandista del ilustre Lamartine, redimir á las naciones oprimidas, auxiliar á Polonia, auxiliar á Alemania, y hoy sería libre, y hoy sería grande, y hoy no tendrian hincadas las garras en su garganta las águilas del rey Guillermo.

Al mismo tiempo que la revolucion sucumbia en todas partes, y hasta en la misma Francia, el absolutismo prusiano dió un manifiesto que era la declaracion explícita de la alianza de las potencias del Norte, una consecuencia tan legítima como funesta del manifiesto de Coblenza. Era la expresion de la Santa Alianza que, viendo pasar por su lado la revolucion, yacia postrada sin atreverse á respirar, á manera del herido que se hace el muerto en el campo de batalla para evitar que le rematen, y luégo se levantó amenazadora para herir por la espalda á los mismos que la creian ya muerta.

Es evidente que una constitucion otorgada en aquellos momentos de angustia no daba á los príncipes de Alemania el derecho de contarse entre los reyes constitucionales.

Al hablar de sistema representativo, no se puede en manera alguna aludir á los Estados que se rigen por medio de una constitucion escrita con el firme propósito de borrarla apénas recobre el pueblo su tranquilidad normal.

Semejantes constituciones son tan malas como el absolutismo, porque son el mismo absolutismo, y de consiguiente no son ellas las que pone con éste en parangon *El Jesuita* al manifestar las ventajas del sistema representativo sobre el absoluto.

* * *

Algunos, demasiado inocentes ó demasiado maliciosos, creen ó afectan creer que si el régimen absoluto se restableciese en los países que han conseguido librarse de él, léjos de ser lo que fué en otros tiempos, se acomodaria perfectamente á los progresos de la época y á las exigencias de la civilizacion.

Para desvanecer creencia tan quimérica, si hay en realidad quien la alimente en el fondo de su conciencia, basta examinar, aunque sea someramente, el carácter teocrático que tomó la reaccion, despues de la Revolucion francesa de 1848, en todos los países de Europa en que los absolutistas consiguieron restaurar su sistema, y las doctrinas emitidas por todos los órganos que el absolutismo tenía dentro y fuera de nuestra patria.

En 1852, que, gracias á la reaccion que provocaron en el espíritu público de Europa las exageraciones socialistas más descabelladas, fué el período de mayores esperanzas para los partidarios del régimen teocrático feudal, ¿qué pruebas dieron los absolutistas de moderacion y templanza en todos los puntos del continente europeo?

Qué se vió en Inglaterra?

Se vió á algunos fanáticos, á impulsos de instigaciones levíticas, trocar en fusiles las papeletas del sufragio, y salpicar de sangre la arena electoral.

Qué se vió en Grecia?

Se vió á un temerario fraile blandir en nombre de Dios la tea de la discordia civil, tremolando en los vericuetos de las montañas la bandera de la rebelion, seguido de una horda de campesinos ignorantes y supersticiosos.

Qué se vió en Toscana?

Se vió á los jesuitas apoderarse del ánimo del gran duque; forzarle á retroceder en el camino de las reformas que habia emprendido entre los aplausos y bendiciones de sus súbditos; acorralarle en el *statu quo* anterior á la proclamacion de la República francesa; arrebatar al pueblo los derechos que habia conquistado en el sacudimiento con que conmovió al mundo la Francia de Fe-

brero de 1848, y de los cuales habia hecho un uso muy moderado, y poner en peligro hasta las sábias leyes Leopoldinas, que, oponiéndose á las extralimitaciones del poder espiritual y á las influencias absorbentes de Roma, contrarias á la independencia del país, eran para las conciencias una garantía de paz, y habian quedado como un monumento de gloria del jefe del Estado que las fundó.

Qué se vió en Suiza?

Se vió al gobierno federal obligado á seguir ávidamente los hilos de la trama jesuítica, y al valiente Dufour acariciar de nuevo la victoriosa espada que dormia tranquilamente en la vaina desde la campaña del Sonderbund en los últimos instantes de la monarquía de Luis Felipe.

Qué se vió en el Piamonte?

Se vió á los consejeros del rey no poder dar un paso sin tropezar con los numerosos obstáculos que la teocracia oponia á su marcha sábiamente reformadora.

Qué se vió en Roma?

Viéronse retrógradas influencias que, interponiéndose entre el pueblo y el pontífice, produjeron un eclipse de libertad, sin que el sabio Pio IX pudiese cicatrizar con su política conciliadora las llagas de sus Estados, ni recobrar el inmenso prestigio que debió á sus altas dotes y poderosa iniciativa.

Qué vimos, por último, en España?

Vimos á los absolutistas formar castillos en el aire, y, como si hubiese llegado ya su tiempo, como si creyesen no tener ya necesidad de cohonestar sus verdaderos designios, dando á su causa un mogate de constitucionalismo, obligar á su Cárlos V á retirar el acta de abdicacion que habia extendido en favor de Montemolin, á quien, para embaucar á los liberales, se lo presentaban como conocedor profundo de las necesidades de la época, y dispuesto á adoptar el régimen representativo.

* * *

El Jesuita no niega, sin embargo, que podia muy bien Montemolin ser ménos fanático que su padre, y que tal vez los de la fraccion del partido absolutista designada con el nombre de apostólica no hubieran hallado en él un instrumento de sus miras tan dócil como hubieran querido.

Por lo mismo, tal vez, en aquellos momentos en que tan quiméricas ilusiones se formaban en vista de la política europea y restablecimiento de la Santa Alianza, en aquellos momentos en que se figuraban que el triunfo apénas habia de serles disputado, creyeron poder muy bien prescindir de Montemolin y aspirar á algo más que á una transaccion ventajosa ó á una victoria á medias.

No era la fraccion más ilustrada del partido monárquico-absoluto, no era la fraccion de armas tomar que sirvió á D. Cárlos con su sangre, la que creia entónces llegada su resurreccion, sino la fraccion palaciega de Oñate, la fraccion teocrática, la que colocó en un mismo altar á Dios y al rey; la que, ántes de la muerte de Fernando VII, habia ya enarbolado en las breñas de Cataluña el estandarte de la rebelion carlista; la que hizo nombrar á la Vírgen de los Dolores generalísima del ejército del Pretendiente; la que, para guardar la efigie de la Madre del Redentor, distraia una parte de las fuerzas que habian de resistir la poderosa lanza de Leon y las terribles espadas de Espartero y O'Donnell; la que estaba en abierta pugna con todos los generales y oficiales de carrera, con los Zumalacárregui, los Villareal, los Latorre y otros muchos jefes tan valientes como ilustrados, á quienes las injusticias de los constitucionales habian lanzado al campo carlista y las injusticias de los carlistas lanzaron despues de nuevo al campo constitucional, y á quienes el obispo de Leon, enemigo de todas las luces, llamaba desdeñosamente *oficiales de carta y compas*.

La fraccion absolutista que se agitaba entónces era la que en materia de concesiones al pueblo se manifiesta tan sumamente parca, que no pasaria por ménos que por la Inquisicion.

***

Pero si el exámen de tantos hechos, cuya genuina significacion se alcanza sin ninguna interpretacion violenta, dejase en pié alguna duda acerca de las verdaderas aspiraciones de los absolutistas españoles, el lenguaje de todos sus órganos en época áun reciente bastaria para desvanecerla.

Pues qué? ¿no han hecho ya todos, con escándalo de la Europa entera, la apología del Santo Oficio? ¿No aplaudieron algunos de ellos, de acuerdo con el conde de Montalembert y el marqués de Valdegamas, la obra en que el abate Gaume encarecia la oportunidad y hasta necesidad de sustituir en la enseñanza á los escritores clásicos los puramente religiosos, para dar á la humanidad una educacion ascética y frailuna, y convertir á la juventud de las escuelas, tan refractaria hoy á toda tendencia retrógrada, en dócil instrumento de esa dominacion teocrática á que aspira el absolutismo?

Fuerza es conocerlo: el absolutismo que en España se restableceria, en el caso de restablecerse alguno, sería el absolutismo teocrático, el de la inamovilidad sacerdotal, el usufructuario de la tierra en nombre del cielo, el tirano *ad majoren Dei gloriam*, el regenerador por medio del exterminio, el peor de los absolutismos.

* * *

No tiene *El Jesuita* tan poca fe en la libertad que pueda persuadirse de que si, por un felíz golpe de mano ó un hábil juego de intrigas, llegase la reaccion absolutista á plantear su sistema, podria consolidarse. Nó; pero por lo mismo que se pondria en oposicion abierta con las tendencias é ilustracion de la época, se veria obligada á ser muy terrible. Un poder lo es tanto más, cuanto es más débil, cuanto menor es su apoyo en el espíritu del tiempo en que se establece y en las simpatías populares.

Pero, en cambio, sus mismas violencias consuman su descrédito, y su mismo descrédito le obliga á ser más violento, de lo

que resulta que es imposible que se consolide y necesario que sucumba.

Porque, es sabido, la política de compresion, adoptada por los absolutistas en todas las épocas de la historia, es la única á que recurren los partidos que no interpretan en el poder las aspiraciones públicas, las cuales son en la actualidad mucho más liberales de lo que creen los que se hacen la ilusion de que han de poder contrarestarlas.

Y la política de compresion, impotente para conseguir el objeto á que se la ha encaminado desde que el mundo es mundo, es al mismo tiempo injusta, porque es verdaderamente un castigo que se impone sin distincion á todos los que están sometidos al poder, cualquiera que sea, que de ella se vale.

* * *

Por impotente, pues, y por injusta, condena *El Jesuita* la política de compresion.

Su impotencia está demostrada por la historia de todos los tiempos.

La política de compresion dió á beber á Sócrates la cicuta.

La política de compresion clavó á Jesucristo en una cruz.

La política de compresion arrojó á la Tebaida á los anacoretas.

La política de compresion hizo agonizar millares de cristianos en los caballetes y en las zarpas de los leones.

La política de compresion encerró á Galileo en una mazmorra.

La política de compresion condenó á Juan Huss á las llamas.

La política de compresion persiguió á los hugonotes.

La política de compresion revocó el edicto de Nantes.

La política de compresion quemó bibliotecas enteras.

Pero la política de compresion, que dió á beber á Sócrates la cicuta, no pudo impedir que su discípulo Platon, despues de ha-

ber recogido las doctrinas pitagóricas y haberse hecho iniciar en los misterios herméticos del Egipto, estableciese la célebre Academia en un arrabal de Aténas.

Pero la política de compresion, que clavó á Jesucristo en una cruz, no pudo impedir que la miel que fluia de sus sagrados labios se derramara por todo el mundo, y que sus santas doctrinas se estableciesen en la tierra.

Pero la política de compresion, que arrojó á la Tebaida á los anacoretas, no pudo impedir que la fe se desenvolviese hasta en los mismos desiertos.

Pero la política de compresion, que hizo agonizar millares de cristianos en los caballetes y en las zarpas de los leones, no pudo impedir que se erigiese en Roma la silla pontificia.

Pero la política de compresion, que encerró á Galileo en una mazmorra, no pudo impedir que la ciencia adoptase su teoría sobre el movimiento de la tierra.

Pero la política de compresion, que condenó á Juan Huss á las llamas, no pudo impedir que la cólera del pueblo se personificase en el terrible Ziska, el cual tomó á su cargo los sangrientos funerales del denodado mártir, convirtió la Bohemia en un inmenso campo de batalla, y momentos ántes de morir hizo jurar á sus soldados que dejarian su cuerpo insepulto á merced de las aves de rapiña y harian de sus tegumentos un tambor para aterrorizar con su redoble á sus enemigos.

Pero la política de compresion, que persiguió á los hugonotes, no pudo impedir la insurreccion de los calvinistas.

Pero la política de compresion, que revocó el edicto de Nantes, no pudo impedir que se estableciese en muchos puntos de Europa la libertad de conciencia.

Pero la política de compresion, que quemó bibliotecas enteras, no pudo impedir la libre emision del pensamiento.

* * *

Preciso es repetirlo : la política de compresion es impotente.

«La opinion, dijo lord Palmerston, es más fuerte que los partidos, y si tiene la verdad por base, acaba siempre por embotar la punta de las bayonetas y por imponer silencio á la artillería. Por espacio de mucho tiempo, los gobiernos de Europa creyeron poder mantener sometida la opinion á la fuerza de las armas y comprimir las revoluciones, objeto de sus temores, paralizando las mejoras progresivas. ¿De qué modo ha respondido la experiencia á los cálculos de semejantes gobiernos?»

De qué modo? Volvamos, lector, á abrir la historia; ella nos lo dirá.

La política de compresion de 1788 produjo en Francia un 1789.

La política de compresion del Imperio produjo un 1815.

La política de compresion de la Restauracion produjo un 1830.

La política de compresion de Luis Felipe produjo un 1848.

En España las compresiones no han evitado un 1812, ni un 1820, ni un 1834, ni un 1837, ni un 1840, ni un 1854, ni un 1868.

Sean partidarios de las compresiones los que lo sean de las revueltas, séanlo de éstas los que lo sean de aquéllas, porque, léjos de evitarse mutuamente, mutuamente se provocan y mutuamente se justifican.

* * *

Cuando *El Jesuita* ve que, á pesar de lo que enseña la historia y de lo que aconseja la razon, los gobiernos, hasta los que de liberales blasonan, prefieren por regla general la política de compresion y de resistencia á la política de iniciativa y de progresiva reforma, se inclina á creer que esa tendencia de los gobiernos á comprimir y resistir es en cierto modo providencial, que es una verdadera ley de la civilizacion; porque así como el hombre no hubiera progresado si una naturaleza inculta no le hubiese obligado á aguzar su ingenio y á desenvolver su actividad para ven-

cer sus resistencias, tampoco progresaria el hombre si cuando la naturaleza no le ofrece ya casi obstáculo alguno que vencer, por haberlos allanado casi todos, no encontrase en la misma humanidad alguna resistencia que provocase su accion. ¿Cómo de otra suerte se explica que la política de compresion no se abandone, siendo tan evidente su ineficacia, ó, por mejor decir, siendo tan contrarios sus resultados á los que con ella se quieren obtener?

¿Á qué oponerse á las mejoras progresivas, si no por eso han de dejar de establecerse?

Canning decia: «Los que combaten la mejora como innovacion, un dia ú otro se verán obligados á aceptar la innovacion cuando deje de ser mejora.»

* * *

Al ménos, ya que la política de compresion es ineficaz, no se la pudiese tambien calificar de injusta.

Pero es injusta á todas luces.

Dicho queda que es un castigo que pesa indistintamente sobre todos los que están sometidos al gobierno que la adopta.

Y si no es un castigo, produce los mismos efectos que un castigo.

Todo castigo, en definitiva, no es más que la supresion de una ó más facultades, la disminucion ó abolicion de nuestros derechos.

Al que se le encarcela se le castiga, porque se le priva de la facultad inherente á su persona de moverse como quiere, se le priva del derecho que tenemos todos al espacio.

Al que se le destierra se le castiga, porque se le priva de la facultad, del derecho de tener una patria, se le circunscribe la atmósfera que pertenece toda entera á todos.

Al que se le mata se le castiga, porque se le priva á la vez de todas las facultades, de todos los derechos.

Todo lo que sea suprimir una facultad ó abolir un derecho, todo lo que sea una disminucion de nuestra vida, todo lo que sea

un obstáculo á las ideas, por cuyo medio se desenvuelve nuestra inteligencia, á las simpatías, por cuyo medio se desenvuelve nuestro sentimiento, es un castigo.

La política, pues, de compresion, que suprime facultades, que quita derechos, que disminuye nuestra vida, privándonos del ejercicio de tales ó cuales facultades intelectuales ó morales, que se opone á las ideas y á los sentimientos, es un castigo, y es un castigo injusto, porque las facultades ó derechos que suprime, los suprime lo mismo en los que abusan que en los que no abusan de ellos.

* * *

Con su política de compresion, el absolutismo en el poder disolveria todos los elementos de vitalidad del país.

La escuela absolutista lo mata todo.

Mata la fe;

Mata la razon;

Mata la autoridad;

Mata la justicia;

Mata el pensamiento;

Mata la agricultura;

Mata la industria;

Mata el comercio;

Mata la poblacion;

Mata el crédito público;

Mata, en fin, hasta la esperanza.

Mata la fe, porque subordinada á la teocracia, cuyo yugo no puede sacudir el absolutismo monárquico, inocula en los corazones el pernicioso vírus de la supersticion y el fanatismo.

Mata la razon, porque no tiene más ley que la fuerza bruta.

Mata la autoridad, porque se hace obedecer por el miedo.

Mata la justicia, porque establece numerosas jurisdicciones que dan por resultado competencias interminables, y abre á cada paso un asilo donde toman sagrado los facinerosos.

Mata el pensamiento, porque emplea contra él la prévia censura, los arbitrarios índices expurgatorios y las hogueras inquisitoriales.

Mata la agricultura, porque protege la amortizacion en grande escala.

Mata la industria, porque vilipendia los oficios, y dicta leyes contrarias, absurdas.

Mata el comercio, porque le sujeta con mil trabas.

Mata la poblacion, porque levanta por todas partes conventos de hombres y mujeres.

Mata el crédito público, porque agota los manantiales de la riqueza.

Mata hasta la esperanza, porque ciega con implacable porfía todos los caminos por donde se pueda salir de tanta congoja y agonía, de tanto envilecimiento y oprobio.

***

Porque, no hay que hacerse ilusiones, el régimen que quieren entronizar los *leaders* del partido absolutista no es precisamente el absolutismo monárquico contra el cual se sublevaron durante el reinado de Fernando VII, proclamando á su hermano el infante D. Cárlos, de quien esperaban el restablecimiento de la Inquisicion; el régimen por que suspiran es el despotismo teocrático ejercido en nombre de un rey que le sirve de pantalla y de instrumento.

Y las influencias teocráticas tienden á sobreponerse á la vez á los pueblos y á los reyes, sirviéndose de los unos contra los otros para destruirlos mutuamente. Ellas fueron las que en la guerra civil de los siete años aceleraron la ruina de D. Cárlos, como acelerarán la de todos los representantes de un principio, cualquiera que sea, que se deje supeditar por ellas.

Y es dejarse supeditar por ellas mendigar su apoyo. La teocracia no lo otorga jamás sino bajo esta condicion.

Don Cárlos, hechura de la teocracia, estaba persuadido de que un rey no necesita popularidad, y seguro, porque así se lo habian dicho los frailes que le rodeaban, de que su soberanía tenía la base en el cielo, nunca pensó en cimentarla en la tierra, en el amor de los que llamaba sus vasallos.

No comprendia que el absolutismo, áun suponiéndole capaz de labrar la felicidad de los hombres y de satisfacer las necesidades de los pueblos, no podria ser hoy lo que habia sido en otro tiempo. Sería menester que se acomodase á la época, transigiendo hasta cierto punto con las ideas dominantes que se han apoderado del ánimo de todos, hasta de los mismos que más absolutistas se creen, quienes, si bien conservan un respeto á los tronos que puede llamarse tradicional, no los rodean ya sino hipócritamente de aquella veneracion supersticiosa que hacía de cada palacio un templo y de cada monarca un Dios.

* * *

Anacronismo palpitante, que en el siglo XIX representaba las doctrinas del siglo XV, D. Cárlos, profundamente convencido de que la corona de España le pertenecia por derecho divino, lo estaba tambien de que los que defendian sus pretensiones no hacian más que cumplir con un deber de religion y conciencia, y que de consiguiente sus sacrificios sólo merecian la gratitud y recompensa á que se hacen acreedores los que desempeñan una mision encomendada por el mismo Dios.

Abarca, Arias Tejeiro, Lárraga, Echevarría, no hacian más que cultivar en el ánimo de D. Cárlos esas falsas ideas que se habian arraigado en él desde la infancia.

Un príncipe que cree que cuanto hacen por él sus defensores no pasa de ser un cumplimiento de sus deberes, es necesariamente ingrato. Así es que la ingratitud era el distintivo de don Cárlos, el cual, cuando vió la realidad, cuando los frailes que le rodeaban le hicieron conocer que los provincianos no tanto se ba-

tian por el interes de su dinastía como por el propio personal, aunque en realidad equivocadamente, les miró desde luégo con cierta indiferencia y hasta repugnancia, que fué el gérmen del general descontento.

Guiado por su confesor y demas consejeros áulicos que constituian el centro del bando que los carlistas llamaban apostólico, para distinguirlo de otra fraccion del partido no tan intransigente, D. Cárlos hacía poquísimo caso de todos sus generales, á quienes trataba con cierto desden, como si de ellos nada absolutamente esperase. Los que no pertenecian á la fraccion teocrática, halláronse bien pronto vejados y oprimidos. Un consejo de guerra, compuesto de los apostólicos más furibundos, habia condenado á muerte á Zariátegui y á Elío, y aunque la sentencia no se ejecutó, ellos y todos los suyos hubieran unos tras otros sido víctimas del furor de los apostólicos, á no sobrevenir la toma por Espartero de Peñacerrada, cuyo revés arrancó el mando de las manos de Guergué y lo puso en las de Maroto.

¿Esta ligerísima reseña no manifiesta evidentemente que don Cárlos debió principalmente la ruina de su causa á las influencias teocráticas que le dominaban?

* * *

En el terreno de la fuerza, los soldados son más necesarios que los teólogos, y D. Cárlos, despues de sentada la cuestion en el terreno de la fuerza, cometió la insensatez de preferir los teólogos á los soldados.

Qué habia de suceder? Queria militares fanáticos como él, sin comprender que en los tiempos de excepticismo que hemos alcanzado, si las supersticiones se han refugiado en alguna parte, no es seguramente en los cuarteles.

El célebre Zumalacárregui, para atraer partidarios á la causa de D. Cárlos, invocó los fueros y no la Inquisicion. Conocia la época.

El Jesuita cuenta en el número de sus amigos muchos que han militado en las filas de D. Cárlos, entre ellos algunos que no se acogieron al Convenio de Vergara, y en muchos ha hallado hombres tan despreocupados como Echegaray, y tan enemigos como el que más del despotismo teocrático.

¡Y pretende éste entronizarse, siendo antipático hasta á muchos absolutistas!

Nó: el despotismo teocrático no se establecerá, ó, aunque llegue á establecerse, no podrá echar raíces, y sin él no puede echarlas tampoco el absolutismo monárquico.

Servirse de la teocracia es subordinarse completamente á ella; la teocracia nunca sirve á nadie sino bajo esta condicion.

Ó no manda, ó manda sola.

El que mendiga su poder, renuncia completamente al suyo propio; la teocracia con nadie lo reparte; deja á otro las apariencias del mando, reservándose para sí toda la realidad.

Los que creen ser sus cómplices y amigos, son sus instrumentos y editores responsables.

Lo que acaba de decir *El Jesuita* lo ha dicho ya alguna otra vez, aunque en diferentes términos, en algun periódico ó en algun otro libro; pero aunque lo hubiese dicho dos veces, no estaria de más repetirlo otra, valiéndose de la feliz expresion de Montaigne.

* * *

El absolutismo monárquico no puede pedir su restablecimiento sino á la teocracia, porque no puede restablecerse sino imponiéndose, y no pudiéndose imponer en nombre de la tierra, se ha de imponer en nombre del cielo.

El espíritu del pueblo y las aspiraciones de la época le son contrarios; no le es dado invocar el interes comun; si habla, ha de hablar, para legitimar sus actos odiosos, como los reyes de la Santa Alianza al firmar su ominoso tratado, en nombre de la *muy*

santa é indivisible Trinidad; ha de hablar en nombre de Dios, como las potencias que en 1848 intervinieron en Roma contra la República, como el czar cuando en la misma fecha invadió la Hungría.

Audite, populi, et vincemini, exclamó Nicolas, *quia nobiscum Deus.*

Dios con Nicolas!

Causa de Dios la causa de los tiranos!

Dios protegiendo la iniquidad y la violencia! *Nobiscum Deus!*

¡Y luégo se quejan, los que hasta del nombre de Dios hacen un medio de explotacion del hombre por el hombre, de la falta de creencias que caracteriza á la sociedad actual, del materialismo, positivismo y excepticismo de la época, y echan en cara á la libertad esa carencia de fe religiosa que á ellos es debida!

* * *

No siendo posible el restablecimiento del absolutismo monárquico sino por medio del teocrático, ¿no es evidente que, para que sea posible aquél, es necesario que éste lo sea?

Y el absolutismo teocrático es posible acaso?

Nó.

Las mismas causas que hacen imposible al absolutismo monárquico sin el concurso del teocrático vuelven imposible á éste, acumulándose aún en mayor número.

Las aspiraciones de la época son más contrarias aún que el absolutismo monárquico al teocrático.

No hay entre los que marchan con el siglo, como se dice ahora, uno solo que quiera absolutismo de ningun género; y entre los tradicionalistas hay muchos, muchísimos que no quieren teocracia. Dicho queda que ésta cuenta por adversarios á muchos de los mismos absolutistas que sostuvieron contra los constitucionales la causa de D. Cárlos.

Para esclavizar nuevamente la tierra en nombre del cielo, se-

ria preciso rehabilitar las exageradas creencias religiosas de otros tiempos; y es el caso que quien debiera rehabilitarlas es la misma teocracia, que, poniendo la religion en pugna con la libertad, las ha desacreditado y destruido. Suya es la obra del excepticismo desconsolador de la época, y este excepticismo es incompatible con los que lo han engendrado.

La teocracia dice al pueblo que crea, y la generalidad no tiene inconveniente en creer lo que á cualquiera le dé la gana, con tal que le proporcione comodidades y goces. No está por eso de confiarse ciegamente á la Providencia, por más que se lo digan los que, acusando de ateos á todos los que han contribuido á rehabilitar la ciencia humana, no se encomiendan, cuando se trata de sus propios intereses, á ese Sér Supremo en que quieren que funden los pueblos todas sus esperanzas, sino que recurren á esa ciencia humana á que no permiten que recurran los pueblos, ó á las bayonetas y cañones, en que tienen mucha más fe que en los Santos del Calendario.

El pueblo sabe que los que para él guardan el cielo, se reservan humildemente el usufructo de la tierra.

Nó: el absolutismo teocrático no puede establecerse, ni pueden los hombres del retroceso teocrático recobrar la posicion á que aspiran, sin sumergir de nuevo el mundo en las tinieblas de la ignorancia, sin quitar de la historia todos los grandes sucesos, hasta el de la redencion del género humano, todos los grandes libros, hasta el Evangelio, todos los grandes nombres, hasta el de Jesucristo.

El absolutismo teocrático no puede, pues, restablecerse, y como sin él no puede restablecerse el monárquico, el absolutismo monárquico es imposible.

Nota bien, lector, que cuando se emplea la palabra imposibilidad en materia de instituciones, no se pretende significar que no puede restablecerlas una resolucion *ab irato*, un golpe de mano, una sorpresa, sino que no pueden ponerse en armonía con las aspiraciones generales, que son las únicas que responden de su

estabilidad. Sin esta armonía, son anacronismos, y los anacronismos no son duraderos.

España está ménos dispuesta que ninguna otra nacion á someterse al despotismo teocrático, porque éste en ningun país está tan desacreditado como en los que han permanecido sometidos por mucho tiempo á su presion ominosa.

La teocracia deja, como el cólera, huellas indelebles de su paso, y las impresiones de su látigo terrible quedan eternamente estampadas en la espalda de las naciones.

* * *

Si quieres saber, lector, hasta qué punto la explotacion, en nombre de Dios, del hombre por el hombre repugna á la generalidad de los espíritus, recorre la pobre España, recorre la desgraciada Italia, que son en Europa las dos naciones que más han tascado y blanqueado con la espuma de su boca el freno de la teocracia. A la teocracia deben la península ibérica y los Estados italianos, tan poderosos, tan florecientes, tan ricos en otro tiempo, el estar relegados al término de las naciones de tercero y cuarto órden. La teocracia logró aclimatarse y hacerse en ellos una enfermedad endémica, como la fiebre amarilla en una vasta extension del suelo americano.

Por lo mismo parece increible que trate la teocracia de entronizarse de nuevo en España, con preferencia á las demas naciones que ha tenido uncidas á su yugo.

El Jesuita ha buscado la causa de tan lamentable predileccion, y cree haberla hallado en la fertilidad natural del suelo que ha escogido el despotismo teocrático para explotarlo, pues enemigo, más aún que todos los otros despotismos, del progreso de las ciencias y de las artes, busca países que puedan en cierto modo prescindir de ellas para todas las necesidades de la vida material.

En países áridos, necesitaria la teocracia pedir al ingenio de sus moradores procedimientos para sustituir los dónes que la na-

turaleza les niega; necesitaria provocar el desarrollo del espíritu humano; necesitaria desenvolver todos los progresos, porque es sabido que todos se encadenan, y no se obtiene uno sin que en pos de éste vengan todos los demas; necesitaria, en una palabra, el concurso de la civilizacion, y como la civilizacion es incompatible con el despotismo teocrático, es evidente que éste ha de buscar, para entronizarse, terrenos que por su esterilidad no obliguen al hombre al desenvolvimiento de sus facultades.

Pero es el caso que en un país explotado por parásitos, la naturaleza, por pródiga que haya sido con él, cierra al cabo la mano, cansada de derramar sus beneficios.

Si el ingenio humano no procura auxiliarla, se rinde de fatiga, como nos lo dice demasiado esa Arabia pétrea en que estuvo el paraíso terrenal, y hoy es un escueto peñasco en que el peregrino cansado no encuentra ni la verdura de un oásis ni la sombra de una palmera.

Visitemos las comarcas de Francia con las cuales más ingrata haya sido la naturaleza; visitemos Bélgica y Suiza; visitemos esa nebulosa Gran Bretaña. Un panorama continuo se desarrolla á los ojos del espectador, en tanto que España é Italia, que debieran ser un jardin de flores, mendigan hasta al Norte su vegetacion toda de artificio, y fatigan la vista del viajero con interminables eriales.

España é Italia, bajo el despotismo teocrático, llegarian á ser al cabo una Arabia pétrea. La civilizacion puede sustituir á la naturaleza, pero nó la naturaleza á la civilizacion.

La teocracia merece en cierto modo compararse con Inglaterra, que necesita países ricos para explotarlos, pero explotándolos, los vuelve pobres.

Qué hará cuando los haya empobrecido todos?

El cáncer muere cuando muere el cuerpo cuya sustancia roia y devoraba.

Pero si se aplazase la imposibilidad de entronizarse el despotismo teocrático para cuando se hubiesen esterilizado del todo las

naciones naturalmente fértiles, esta imposibilidad sería harto lejana. Afortunadamente se la encuentra tambien en la incompatibilidad de la teocracia con la civilizacion, y en la aversion que inspira á los Estados que á ella deben el haberse rezagado en la senda de todas las mejoras. En los países en que ha dominado poco no volverá á dominar, porque la civilizacion se lo impedirá; en los países en que ha dominado mucho no volverá á dominar, porque se lo impedirá la repugnancia que inspira.

* * *

Advierte, lector, que para *El Jesuita* despotismo y absolutismo son voces sinónimas, y que se sirve con más frecuencia de la última porque le parece ménos disonante.

La sinonimia esencial que hace equivalentes los dos vocablos, de nadie puede ser desconocida.

Cuando en un Estado, cualquiera que sea su forma de gobierno, la voluntad de un individuo ó de un agregado de individuos tiene fuerza de ley ó prevalece sobre las leyes, hay despotismo, y lo hay porque hay autoridad absoluta, porque hay absolutismo.

Poco importa que esa autoridad la ejerza una persona ó una corporacion. Como puede haber absolutismo real, puede haberlo ministerial, puede haberlo parlamentario, puede haberlo militar, puede haberlo teocrático.

Aunque en rigor, para que dos palabras sean sinónimas, han de significar absolutamente lo mismo, se toman por tales las que sólo se diferencian como calificativas de las distintas variedades de una misma especie. En este sentido, despotismo, absolutismo, autocracia, cesarismo, tiranía, monarquía pura, son palabras sinónimas, que expresan, cuando más, variedades casi imperceptibles de una misma especie de gobierno.

Definiéndolas, sin perder de vista su derivacion ortológica, es poco ménos que imposible distinguir unas de de otras.

Todas, en definitiva, indican la concentracion en un sólo po-

der de todos los poderes, concentracion que *El Jesuita* combate como anti-liberal, porque es antitética de la iniciativa popular; como peligrosa, porque está ocasionada á toda especie de excesos, por lo mismo que carece de cortapisas legales; como anti-cristiana, porque no puede conciliarse con la libertad y fraternidad que predica el Evangelio; como anti-social, porque es contraria á la dignidad del hombre, y crea y perpetúa antagonismos de clases; como anti-filosófica, porque repugna á la razon y á la conciencia humana; como anti-política, porque se opone á las aspiraciones del tiempo; como absurda, en fin, porque es la absorcion del todo por la parte.

En vano los partidarios del absolutismo, afectando transigir en cierto modo con las necesidades de la época, se afanan en distinguir el gobierno absoluto del despótico.

Si absolutismo y despotismo no son rigurosamente iguales, es al ménos el uno consecuencia forzosa del otro. El absolutismo degenera necesariamente en despotismo.

* * *

Por más que se diga que el gobierno absoluto tiene refrenada su accion por las costumbres, por las tradiciones y por ciertas leyes fundamentales, no hay leyes fundamentales, ni tradiciones, ni costumbres que puedan oponerse á que un poder absoluto, aunque sea de orígen popular, concentre en sus manos todas las magistraturas, se sobreponga á todas las leyes humanas y divinas, y acabe por sustituirse al mismo pueblo en la plenitud de su soberanía.

Hecha la sustitucion, el pueblo se anula delante del poder, y éste, cuando no puede ya manifestarse absorbiendo nuevas prerogativas, porque las tiene absorbidas todas, se manifiesta abusando de sí mismo.

Dígalo Tiberio, que siendo buen general, administrador hábil, político profundo, que, despreciando los cobardes honores que le

prodigaba la bajeza, que, no pensando más que en asegurar la tranquilidad de Roma y la prosperidad de las provincias, dejó al fin y al cabo un nombre oprobioso, escrito con sangre y cieno en el martirologio de las naciones.

Díganlo Calígula, y Claudio, y Neron, y Galba, y Domiciano y otros muchos como ellos, que habiendo revelado, al llegar á su ilimitado poder, muy grandes dotes de gobierno, *de motu propio*, ó esclavizados ellos mismos, como suele suceder á todos los jefes absolutos, por los que rodeaban su trono, se precipitaron por la senda del mal; sintieron extraviarse su razon; desmintieron su pasado; burlaron las esperanzas que habian hecho concebir, y se mancharon con crímenes nefandos de que la misma historia se avergüenza.

Crear poderes absolutos, es crear poderes despóticos. La omnipotencia sólo sienta bien á Dios, que es la suma bondad y la suma sabiduría.

La palabra absolutismo se creó en Francia bajo la Restauracion, para designar con ella el poder ilimitado y sin cortapisa alguna que queria ejercer la córte.

La clase media, deseosa de intervenir en los negocios públicos, no quiso, como era muy justo, renunciar á su intervencion legítima, y fué el principal obstáculo que se opuso á los proyectos de Cárlos X, cuyos fanáticos partidarios, lo mismo que nuestros absolutistas de ahora, lo que querian principalmente era hacer participar de la autoridad absoluta al clero y á la nobleza, y tambien, como nuestros absolutistas, hablaban de sabios consejeros, de inteligentes cuerpos consultivos, de leyes del reino, de tradiciones y costumbres, de inspiraciones de la razon y la justicia, y otra porcion de zarandajas con que se suponia poder mantener dentro de límites precisos las facultades omnímodas del monarca.

Mr. Villele, para dorar mejor la píldora, pensó hasta en convocar una Cámara *sui generis*, que, por los pocos privilegiados que gozaban de los suficientes requisitos para obtener en ella

asiento, fué designada ingeniosamente por el pueblo con la denominacion de *Cámara de los inhallables* (INTROUVABLES).

Tanta farsa no impidió que contra el absolutismo se levantase una cruzada popular, y que se aprestasen á combatirlo todas las prevenciones del tercer estado antiguo y todas las pasiones de la plebe.

* * *

No hubo en Francia quien no comprendiese perfectamente que el absolutismo, de cualquier modo que se le disfrace, es siempre absolutismo, y que de él al despotismo no hay más que un paso.

Ya á nadie se engaña con esos pretendidos límites que señalan á la monarquía absoluta los que la proclaman para invadirla y ejercer el poder en nombre del monarca.

Á qué hablan de leyes del reino?

Siendo éstas hijas de la voluntad del monarca, ¿tiene el monarca otros límites que su voluntad?

¿Á qué sacar tambien á plaza las tradiciones más ó ménos respetables? ¿De qué época han de tomarse las tradiciones que deben servir al absolutismo de base ó fundamento?

De la época feudal?

Eso quisieran los antiguos señores.

De la época de la omnipotencia papal?

Eso quisiera la teocracia.

Pero quieren algo de eso las naciones?

Nó, y mil veces nó.

Los pueblos saben que ha llegado la hora de que la idea del gobierno se practique, no en virtud de una delegacion del cielo, sino en virtud de una delegacion de sus mismos miembros, interesados en que la gestion de los negocios públicos corresponda á sus necesidades.

Los pueblos no suponen, como el obispo de Cumberland, que existe una razon que es recta, y que el príncipe la posee.

Á nadie se le ocurre ya negar que la razon de cada individuo está en proporcion de la extension de sus conocimientos, y subordinada al imperio que sobre él ejercen las pasiones, y por consiguiente, para que los príncipes pudiesen poseer la razon humana en toda su plenitud, sería necesario que sus pasiones careciesen de vigor y su inteligencia de límites.

* * *

Dijo un dia *El Jesuita:*

«Si la mision de un gobierno es labrar la felicidad de los gobernados, necesario es que conozca las exigencias del mayor número para satisfacerlas en lo posible, y, sin más que sentar este axioma, se comprende desde luégo, no sólo que el gobierno absoluto es el peor de todos los gobiernos, sino que un gobierno es tanto mejor cuanto más se aparta del absoluto.»

Este argumento es indestructible.

Si *El Jesuita* fuese aficionado al *sed* y al *ergo* del antiguo escolasticismo, y estuviese de humor para plantear la cuestion en la forma y modo que la hubiera planteado el pedagogo con quien aprendió las súmulas, es seguro que dos ó tres silogismos le bastarian para poner fuera de combate al sostenedor más diestro de una proposicion contraria á la suya.

Así lo comprendió un periódico absolutista, el cual, á pesar de que, por su amor á lo antiguo, debia ser aficionado al mecanismo peripatético, vió perfectamente que en el terreno firme en que *El Jesuita* habia colocado la cuestion tendria que recurrir á subterfugios á que la lógica concreta de las escuelas se presta mucho ménos que el razonamiento amplificado.

No pudiendo negar las premisas de la argumentacion de *El Jesuita*, porque son verdaderas y evidentes, ni pudiendo negar tampoco la consecuencia, porque es recta, es decir que se deriva lógicamente de aquéllas, presentó un argumento nuevo y dejó el del *Jesuita* en pié, sin atreverse á refutarlo directamente. No

negó, porque no podia negarse, que la mision de un gobierno sea labrar la felicidad de los gobernados. No negó, porque no podia negarse tampoco, que siendo la mision de un gobierno labrar la felicidad de los gobernados, es necesario que conozca las exigencias del mayor número para satisfacerlas en lo posible. Retrocediendo ante la luz de estos dos axiomas, de los cuales el uno engendra el otro, se refugió entre las paredes de otro silogismo, tan carcomidas y llenas de rendijas, que no le sirvieron para ponerse á cubierto de la verdad inexorable de la proposicion sostenida por *El Jesuita*. Recurrió, como dicen los discípulos de Aristóteles, á un *retorqueo argumentum*, y dijo:

«En el poder, nada más temible ni más funesto que las ambiciones, los odios mezquinos y las peligrosas rivalidades de los que mandan. Cuanto mayor sea, pues, el número de los gobernantes, mayor y más insoportable será el cúmulo de las pasiones y la disidencia de sus miras personales ó de sus opiniones. Luego uno, y sólo uno, y fuéra escandalosas luchas y rivalidades funestas.»

* * *

Como se ve, los defensores del absolutismo no obligan á *El Jesuita* á sostener su tésis, puesto que no la refutan, sino á refutar la suya, lo que va á hacer ahora mismo, admitiendo la cuestion en el terreno negativo en que ellos la colocan, ya que ellos no la admiten en el positivo en que la coloca *El Jesuita*.

¿De dónde sacan los absolutistas que el número de los gobernantes haya de ser precisamente mayor bajo el régimen constitucional que bajo el absoluto?

Gobernar por medio del pueblo, ¿es acaso dar el gobierno á todo el pueblo?

Nó: es dar á todo el pueblo el derecho de manifestar su voluntad al gobierno, para que éste gobierne en conformidad con ella.

En este sentido, defiende *El Jesuita* el régimen representati-

vo; en este sentido, se opone al *uno* y *sólo uno* que los absolutistas proponen para salir de rivalidades y luchas.

El *uno y sólo uno que reine y que gobierne* se puede sólo sostener accidentalmente en circunstancias dadas, en momentos de suprema angustia, cuando la sociedad se halla en un estado de disolucion completa, y cuando el uno y sólo uno por su carácter, y por su genio y sus virtudes, se levanta cien codos sobre el nivel comun.

Pero ¿si el uno ó sólo uno se llama Neron ó Calígula ó Eliogábalo? ¿Y si el uno y sólo uno, aunque no sea un malvado, es un imbécil? Comprenderíase perfectamente el entusiasmo con que sostienen algunos el régimen absoluto, si no pretendiesen conciliarlo con el llamado derecho de sucesion ó herencia.

No puede ejercer una autoridad absoluta en provecho de los pueblos sino el que tiene la amplitud cesárea correspondiente, el que reune mucha superioridad de razon á mucha elevacion de carácter, el que está dotado de una fuerza de voluntad heroica, multiplicada por el sentimiento del deber. Así es que la historia universal del género humano consigna apénas en sus páginas el nombre glorioso de tres ó cuatro déspotas dignos del respeto de la posteridad, entre tantos como han afligido al mundo.

Á más de que, *el uno* y *sólo uno* que reina y que gobierna, es casi siempre una mentira. El jefe absoluto del Estado tiene las apariencias del poder, pero la realidad está en otra parte, y, lo que es peor aún, el amo es el primer esclavo. Á él le dan fuerza contra el pueblo, pero él no la tiene contra los que se la dan. Le dan fuerza contra el pueblo los pretorianos, los sherif, los genízaros, los suizos; le dan fuerza contra el pueblo los lamas, los muftis, los patriarcas; le dan fuerza contra el pueblo los ulemas, los consejeros, los magistrados; pero él no tiene ninguna contra esos tres órdenes de elementos con que protege su autoridad, y se ve obligado sin cesar á acariciarlos, á saciar su avaricia y á tolerar su insolencia.

* * *

Por haber dicho *El Jesuita* que un gobierno, si ha de labrar la felicidad de los gobernados, es necesario que conozca las exigencias del mayor número para satisfacerlas en lo posible, le contestó un periódico absolutista:

«Es decir que, porque la mision del jefe de una embarcacion es hacer el bien de todos los que navegan en su compañía, es necesario que conozca las exigencias del mayor número, y que someta sus órdenes al exámen de toda la tripulacion, y haga que la maniobra sea dictada por un parlamentarismo náutico. El argumento es el mismo.»

Cómo ha de ser el mismo? Lo crees tú así, lector? ¿Acaso el que manda una embarcacion debe su carácter de jefe de ella á un golpe de Estado ó al derecho de sucesion ó herencia? ¿Acaso se le exime de pruebas que acrediten su idoneidad y suficiencia para desempeñar debidamente su oficio, como al jefe de un Estado? ¿Es acaso aquél, como éste, irresponsable de sus actos? Si el buque zozobra ó se estrella en un bajío ó sufre una avería cualquiera que le haga naufragar, ¿no corre los mismos riesgos que el resto de la tripulacion? Y si en los momentos de apuro se amilana ó es reconocida su impericia, ¿no están en su derecho los tripulantes prescindiendo de él para evitar una ruina segura?

Y luégo el mismo periódico calificó á *El Jesuita* de nebuloso, materialista y ateo, y supuso que habia bebido sus doctrinas en Epicuro y en Bentham, de quienes no se acordaba siquiera al sentar su proposicion.

* * *

Sin embargo, sea dicho de paso que *El Jesuita* respeta á Bentham por su talento, por la elevacion de su carácter y por sus actos de inagotable caridad. Era un filósofo que practicaba en grande escala los principios de filantropía proclamados en sus obras. En sus tratados más capitales, en su *Ciencia de la moral* y en su *Teoría de las penas y de las recompensas*, no se halla una

sola idea que revele en su autor materialismo ni ateismo. *El hombre no puede ser verdaderamente feliz causando la desgracia de los demas hombres*. Hé aquí, lector, la síntesis del sistema de Bentham.

* * *

En cuanto á Epicuro, tampoco era ateo en la rigurosa acepcion de esta palabra, pues no negaba la existencia de los dioses. Pero partia del principio de que la muerte no es más que la privacion del sentimiento, y que el hombre acaba en la mortaja. Todo lo referia á esta vida, y su moral, por consiguiente, arrancaba del siguiente principio, análogo al de la secta cirenáica: *Condúcete de modo que el placer sea el objeto de todas tus acciones.*

En verdad que, si semejante doctrina fuese la de *El Jesuita*, fácil le sería elegir el partido á que, entre los militantes, habia de pertenecer.

Pero al mismo tiempo Epicuro, en su carta á Meneseo, dice que la felicidad no consiste en el goce del lujo y en la molicie, sino en la tranquilidad del espíritu, y es digno de advertirse que nadie cita un solo acto suyo que revele depravacion de costumbres. Quién pudiera decir otro tanto de muchos devotos!

Los estóicos le calumniaron. Consideraron su secta como una escuela de vicios, lo que obligó á Séneca, no obstante pertenecer tambien al Pórtico, y ser de consiguiente enemigo irreconciliable de las doctrinas de Epicuro, á tomar su defensa en su tratado *De beata vita*. «No creo, dice, que la escuela de Epicuro sea la escuela del vicio, como afirman en su mayor parte nuestros estóicos. No merece la mala reputacion que tiene. Las apariencias hacen formar de ella mala idea. *Frons ipsa dat locum fabulæ, et ad malam spem invitat.*»

Dése, pues, por sentado que Epicuro fué ateo. Si es cierto que sus costumbres eran puras y que no hacía daño á nadie, *El Jesuita*, que es cristiano y católico y siente aspiraciones á lo infinito, piensa que Epicuro, negando la Divinidad, era ménos re-

pugnante á los ojos de Dios que muchos que hoy dia afectan creer en él, y son, sin embargo, el azote de sus semejantes y viven encenegados en la crápula.

Cárlos España, á pesar de los golpes de pecho que se daba, no ofendia más á Dios que Epicuro?

* * *

Los absolutistas dicen, en defensa de su régimen, que, cuanto mayor sea el número de los gobernantes, mayor y más insoportable será el cúmulo de sus pasiones, y la disidencia perturbadora de sus miras personales ó de sus opiniones.

¿Pero acaso el número de gobernantes es mayor bajo otro régimen cualquiera que bajo el absoluto, á no ser que se comprendan en el número de los gobernantes los llamados á formar las leyes y los encargados de su ejecucion? Si así es, no se refieren los absolutistas á los órganos que necesita el régimen absoluto para funcionar, sino sólo á la cabeza, y, en efecto, el sistema representativo, con rey ó sin él, requiere tres poderes.

Esta division de poderes, reclamada por la intervencion que corresponde al país en sus propios negocios, pues es natural y legítimo que intervenga cada cual en lo que es suyo, es precisamente el objetivo de las iras absolutistas, como que en ella estriba la esencia del régimen representativo.

Y dicho sea tambien que á ella debe todas sus ventajas sobre el régimen absoluto.

Oponerse á la division de poderes, es querer la concentracion ó acumulacion de todos los poderes en un poder único é indivisible, que es lo que constituye el absolutismo.

Querer la concentracion de todos los poderes en uno solo, es querer que el mismo que forme las leyes se encargue de hacerlas ejecutar.

Querer que uno mismo forme y haga ejecutar las leyes, es querer que las leyes, en lugar de ser la expresion de la voluntad general, sean la expresion de la voluntad de uno solo.

Querer que las leyes sean la expresion de la voluntad de uno solo, es querer colocar un capricho individual en el lugar de las leyes, y que la *nomotesia*, el gobierno de la ley, desaparezca.

Todas estas consecuencias se derivan lógicamente una de otra. Son corolarios inexorables.

Y lo peor es que *el sólo uno* que haga ley de sus antojos, revocando *ad libitum* sus propios actos, al mismo tiempo que no ha de tener cortapisas de ninguna especie, no tiene ninguna especie de responsabilidad.

Hace y deshace, como si la nacion fuese su patrimonio. Él es todo y los demas nada, ó no son sino lo que él quiere que sean.

El Estado es él; el pueblo es un rebaño, la nacion es un redil, y los hombres son carneros.

* * *

¿Pero con esa subordinacion monstruosa del todo á la parte, en la cual el todo no interviene para nada, pues ni siquiera se deja que designe él mismo la parte en que ha de abdicar sus facultades, se consigue al ménos destruir esas legiones de déspotas, como llaman los absolutistas, no sin razon, á los diputados que se valen todos ó casi todos de su cargo para hacer su negocio? ¿Se consigue con el régimen absoluto destruir las odiosas rivalidades, las desatentadas ambiciones, los mezquinos odios que tanto deshonran al régimenen representativo?

Nó: bajo ningun gobierno abundan más los déspotas que bajo el despótico ó absoluto.

Bajo el poder de un déspota, no hay nadie constituido en autoridad, por insignificante y por subalterno que sea, que no sea déspota á su vez. La vara de cualquier alguacil es tan formidable como el cetro de hierro del monarca. Cada capitanía general es un bajalato, y cada bajá, más déspota aún que su señor, tiene sus agentes más déspotas aún que él. Así el despotismo se tras-

mite sucesivamente, cobrando ferocidad y fuerza en sus trasmisiones sucesivas, desde el rey hasta el último corchete.

No por otra razon, cuando el despotismo impera, su terrible látigo se deja sentir con más violencia en las capitales de provincia que en la metrópoli, más en las poblaciones subalternas que en las capitales de provincia.

Fernando VII tenía un Cárlos España y otros como Cárlos España; éste tenía un Cantillon y otros como Cantillon, que tenian á sus órdenes á otros que les excedian en perversidad y protervia. Durante los últimos once años del reinado de Fernando VII, el ciudadano más pacífico y considerado que tenía en el fondo de su corazon una aversion instintiva á aquel órden de cosas, temblaba, aunque no conspirase, delante de cualquiera que llevase morrion, sombrero de teja ó una simple insignia de ministril ó corchete. Qué tiempos aquellos, Doña Dinguindaina!

* * *

Dice Montesquieu: «Es evidente que el gobierno del capricho *(bon vouloir)* de los reyes no puede ser habitualmente más que el despotismo de los soldados ó de los ministros.»

En efecto, nunca ha sido otra cosa.

Y añade el inmortal autor del *Espíritu de las leyes:* «En el despotismo, cuando la ley no es más que la voluntad repentina del príncipe, ¿puede el magistrado obrar en conformidad con una voluntad que no conoce de antemano? Necesario es que siga la suya propia, y el príncipe, no pudiendo querer más que lo que conoce, tiene necesidad de valerse de una porcion de gentes que quieran por él, segun sus intereses. En fin, siendo la ley la voluntad momentánea del príncipe, es necesario que los que quieran por él quieran súbitamente como él, lo que no puede acarrear más que injusticias y catástrofes.»

* * *

Hay, pues, bajo un gobierno despótico ó absoluto déspotas en todas partes, déspotas encima del príncipe, déspotas debajo. Los primeros déspotas son los que le rodean, son los que le aconsejan, siempre en interes propio ó de alguna pandilla ó congregacion, frecuentemente teocrática; son los que, tras cortina, ejercen en realidad el despotismo, dejando al déspota reconocido nada más que el nombre, las apariencias y tambien la odiosidad de su autoridad ilimitada. El déspota reconocido es el primer esclavo de los déspotas de que se vale.

Hay ademas los déspotas que pudieran calificarse de déspotas por delegacion, comprendiéndose en su número á todos los que ejercen una autoridad cualquiera bajo un gobierno despótico.

* * *

Se dirá que bajo el régimen representativo ha habido déspotas de la misma índole que los que han afligido á la Humanidad bajo el régimen absoluto.

Es cierto, demasiado cierto, y no será *El Jesuita* quien lo niegue, como no niega tampoco que el despotismo de uno solo es preferible al de una colectividad, aunque ésta sea una asamblea, ó una tertulia progresista, y que el régimen absoluto es ménos irritante, ménos odioso y ménos funesto que el representativo bastardeado ó mezquino, que son los únicos que en España conocemos.

Pero cuando se ejerce el despotismo habiendo escrita una ley fundamental que se opone á las extralimitaciones del poder, se pasa por encima de la Constitucion, en cuyo caso hay absolutismo, y éste no constituye nunca el régimen representativo.

La tiranía es tanto más repugnante cuanto más liberal es la organizacion de un Estado. Las malas leyes no son tan funestas á los ciudadanos como las infracciones de las leyes, por buenas que éstas sean.

* * *

Pese á quien pesare, y aunque se le moteje de reaccionario, *El Jesuita* dice que los diez últimos años del reinado de Fernando VII constituyen en la larga historia de las desventuras de la patria un período ménos ominoso que el de los once años de dominacion moderada que sucedieron á la caida de Espartero, y ménos ominoso tambien que el último del reinado de Doña Isabel II; pero todos ellos son hasta deliciosos comparados con el que atraviesa España desde la Revolucion de Setiembre, no obstante haber ya un rey sentado en el trono.

Porque nunca como ahora habian sido tan numerosas las infracciones de ley; nunca se habia falsificado tanto la ley fundamental del Estado; nunca se habian blandido por ningun gobierno en la arena electoral tantas armas prohibidas; nunca se habian cometido tantas arbitrariedades; nunca la Administracion habia llegado á un extremo igual de desconcierto.

No bajan de veintiseis los artículos de la Constitucion vigente á que no se da cumplimiento, ni de nueve los que se hallan completamente infringidos, no obstante ser casi todos ellos los que dan principalmente al código fundamental el carácter democrático de que los hombres de la Revolucion le dotaron.

Se prende, se deporta y se confina sin prévia formacion de causa, como bajo las dominaciones moderadas, como bajo las dominaciones absolutistas.

Se lastiman los intereses del Tesoro con operaciones de crédito que el país desconoce, y se contraen á cencerros tapados empréstitos onerosos cuyas condiciones ignora todo el mundo.

Nunca habia el nepotismo dominado como ahora en las regiones oficiales, ni se habia visto tan desatendido el mérito.

Nunca para los buenos ciudadanos habia habido ménos libertad ni ménos órden.

¿Quién duda que á la situacion actual era preferible la peor de las situaciones moderadas, la peor de las situaciones absolutistas?

Pero sabeis, absolutistas, por qué? Porque nos hallamos en

pleno absolutismo, y la tiranía que se ejerce, como se ejerce en nombre de la libertad, es la peor de todas las tiranías.

* * *

Oh! ¡si en esta tierra de nulidades y medianías intelectuales y morales se presentase un hombre con la amplitud cesárea conveniente para imponerse á los demas, con qué espontaneidad *El Jesuita* haría coro con los que le proclamasen rey absoluto! ¿Pero dónde está ese hombre casi divino que ha de pronunciar el *fiat lux* en el tenebroso cáos de las opiniones y de los intereses en permanente pugna? ¿Por qué no se presenta ese depositario del álgebra misteriosa de la Providencia, que posee la fórmula para resolver los grandes problemas políticos y sociales propuestos á la filosofía del siglo XIX? ¿Á qué ocultar su nombre por más tiempo ese alquimista desconocido, á quien la sociedad, reducida á escombros, ha de ser deudora de su próxima regeneracion, de su salvadora palingenesia?

Ay! ese hombre no existe, no existe ese hombre digno de ejercer la autoridad absoluta. En las circunstancias actuales, lo único que se puede desear es un gobierno que no tenga ningun compromiso de bandería, y que, si lo tiene, sepa sobreponerse á él; un gobierno que no pida su razon de ser á la rehabilitacion de tradiciones caducas, ni sueñe tampoco con esa ruidosa popularidad que se adquiere halagando malas pasiones.

Lo único que se puede desear es un gobierno que esté al frente del país en nombre del país, y no en nombre de un partido; que al bien del pueblo sacrifique, si es menester, hasta la popularidad; que si toma alguna iniciativa en la formacion de las leyes, procure que éstas se hallen empapadas en el espíritu de la época y del país, que no sean un anacronismo, que no sean leyes para los que no han nacido aún, ni tampoco para los que han muerto ya; que no rompa con el pasado por sistema, ni tampoco por sistema sacrifique al pasado el presente y el porvenir.

* * *

Pero España no necesita un absolutismo más ó ménos embozado, ni una dictadura más ó ménos vergonzante.

Ningun gobierno de partido conviene al país; y como el partido absolutista es, lo mismo que el moderado y el progresista, un partido que confunde los intereses de sus afiliados con los de la nacion, crearia, ni más ni ménos que si se llamase progresista ó moderado, un gobierno de partido.

Sería, á fuer de tal, un gobierno que tendria en contra la mayoría de la nacion; tanto más, cuanto que la afinidad que hay entre muchos disidentes del partido moderado, que son muy liberales, y entre muchos disidentes del partido progresista, que son muy amantes del órden, facilitaria una coalicion á que hasta los mismos republicanos prestarian su contingente en calidad de auxiliares.

La guerra civil sería inevitable, y todas las probabilidades de éxito se acumularian contra el gobierno absoluto, porque los liberales, cualquiera qne sea la fraccion á que pertenezcan ó hayan pertenecido, recordarian su comun procedencia.

No es lo mismo atacar la libertad toda entera, que atacar la libertad de los progresistas ó la libertad de los moderados.

Se puede agitar la rama de un árbol sin que las demas ramas se conmuevan; pero cuando se sacude el tronco, se estremecen á la vez todas las ramas.

* * *

Se engañan los que creen que el restablecimiento del régimen absoluto mataria las oposiciones y crearia una situacion normal y permanente. Al contrario, volveria las oposiciones tanto más formidables cuanto más violentos fueran los medios empleados para sofocarlas.

En pleno siglo XIX no es el sistema absoluto el destinado á cicatrizar y poner en contacto los labios de las heridas abiertas en el cuerpo social por el frenesí de las banderías.

Los males que causa el espíritu de partido no los cura más que el espíritu público; y éste, para revivir, lo espera todo de la *nomotesia* ó gobierno de la ley, y del respeto al ejercicio legítimo de todos los derechos individuales.

El tiempo, que es el auxiliar más poderoso que tiene la libertad, es el enemigo más capital que tiene el absolutismo. Éste muere de puro viejo, y necesitaria para rejuvenecerse restaurar el pasado, haciendo propias de la época actual las ideas ya desvanecidas. Así lo intentó en una ocasion reciente. No permitiendo las ideas nuevas exhumar instituciones ya caducas, los restauradores del antiguo órden de cosas declararon la guerra á las ideas.

Vas á ver, lector, de qué manera.

* * *

En 1852 se agitó en Francia una cuestion muy ruidosa, iniciada por una obra del abate Gaume, que se titula *El gusano roedor de las sociedades modernas ó el paganismo en la educacion*. Esta cuestion, aunque algunos se empeñaron en rebajarla, atribuyéndola un carácter puramente literario, era en su fondo eminentemente política y social. Tratábase nada ménos que de sustituir en la enseñanza á los autores clásicos los puramente religiosos, para dar á la Humanidad una educacion ascética y frailuna, y convertir á la juventud de las escuelas, tan rebelde hoy á toda tendencia retrógrada, en dócil instrumento de la dominacion absoluta á que aspira la teocracia.

La obra del abate Gaume, obtuvo de los partidarios del antiguo régimen, aplausos estrepitosos, que fueron sin embargo insuficientes para ahogar las muestras de reprobacion con que fué acogida por todos los que conocen y deploran sus funestas tendencias.

Montalembert felicitó al abate; otro tanto hizo D. Juan Donoso Cortés, el cual no desperdiciaba nunca las ocasiones de hacerse visible; el *Univers* hizo la apología de la obra; pero el *Jour-*

nal des Debats, el *Ami de la Religion*, la *Presse*, el *Siecle* y otros periódicos le combatieron victoriosamente, y obligaron al órgano del jesuitismo á quemar hasta el último cartucho, á apurar hasta el último sofisma; las más elevadas dignidades eclesiásticas de Francia tomaron parte en la polémica, unas á favor de las doctrinas del abate Gaume, otras contra ellas, y no se necesita decir más para probar cuán contrarias deben ser á las aspiraciones de la época las tendencias de una obra contra la cual, en la prensa y en el seno mismo de la Iglesia, se reaccionaron los que más crédito deben á la moderacion de sus sentimientos políticos.

* * *

«Atras! siempre atras!» tal es el pensamiento, que se pudiera llamar orgánico, de la obra. El *Univers*, aplaudiéndolo, no oculta sus conatos de hacer retroceder á la Humanidad más allá de la época feudal; proscribe á los autores clásicos, y no satisfecho con calumniar á Voltaire y á Rousseau, acusándoles de irreligiosos por haber despedazado el manto de religion con que se disfrazaban la crápula, el crímen y todas las ambiciones mundanas, intenta proscribir á todos los que han contribuido á rehabilitar la ciencia humana. Denuesta á Bossuet y á Fenelon, despues de haber negado la predileccion, consagrada por los siglos, á que se han hecho acreedores los grandes modelos de la antigüedad, Horacio, Ciceron, Virgilio, Homero, y le lleva su frenesí al extremo de señalar rivales indignos á Miguel Angel, á aquel Titan del arte, como le llama el poeta, que hacinó el Panteon sobre el Partenon é hizo San Pedro de Roma.

Montalembert hace más responsable á la época de la Reforma que á la del Renacimiento de las alteraciones que dice haber sufrido el sentido cristiano en el alma de la Europa moderna. La grave acusacion que con semejantes palabras fulmina el paladin de la teocracia, en su carta al abate Gaume, vicario general de Nevers, contra la época histórica de que, como del sol los rayos,

proceden los mayores progresos literarios y artísticos, y de consiguiente políticos y sociales, si bien prueba la asiduidad con que el ex-ultra socialista y ex-ultra republicano se ha ido conduciendo de eslabon en eslabon al extremo de los conocimientos humanos, revela tal vez demasiado las tendencias retrógradas del partido á que pertenecia.

* * *

Los pensadores más profundos de la época se reian desdeñosamente del empeño que, para hacer retroceder á la humanidad en el camino de la civilizacion, ponia el bando teocrático en borrar de la historia la Revolucion francesa, permitiéndose todo lo más atacar á Robespierre en Mirabeau, á Mirabeau en Voltaire, y á Voltaire en Lutero, ó, lo que es lo mismo, á la Convencion en la Constituyente, á la Constituyente en la Enciclopedia, y á la Enciclopedia en la Reforma.

Los filósofos se reian de esa pretension audaz de la teocracia, porque, conocedores de las evoluciones impuestas á las ideas para desarrollarse en el globo y trasformarlo paulatinamente, comprendieron que atacando la Enciclopedia y la Reforma, no se interceptaban los rayos de luz que bañan el mundo moral é intelectual, y no se establecia de consiguiente esa solucion de continuidad entre el presente y el pasado, entre la civilizacion y la barbarie á que aspira la teocracia.

La civilizacion no tiene épocas primitivas, no tiene ninguna época que, rompiendo enteramente con la tradicion, sea madre de las que la suceden, sin ser hija de las anteriores.

Empezó con el mundo, y con el mundo acabará.

* * *

Si posible fuese borrar de la historia la Convencion, nos daría otra Convencion la Constituyente.

Si posible fuese borrar de la historia la Constituyente, nos daria otra Constituyente la Enciclopedia.

Si posible fuese borrar de la historia la Enciclopedia, nos la daria de nuevo el Renacimiento.

Bórrese, pues, hasta el Renacimiento, para que desaparezcan la Enciclopedia y la Constituyente y la Convencion.

Al cabo, la Convencion y la Constituyente y la Enciclopedia, viniendo una tras otra, son no más que un reverbero de esa época de luz, que se llama el Renacimiento.

Esta idea, tan aplaudida por los retrógrados, se la apropiaron los clericales sin ser suya. Carece hasta del mérito de la originalidad. Montalembert y sus secuaces la bebieron en las fuentes del socialismo; Considerant, Proudhon y Pedro Leroux se la imbuyeron.

* * *

Y siguen, sin embargo, los grandes pensadores riendo desdeñosamente. Por qué rien?

Saben que la época del Renacimiento es hija de otras épocas, y que, aunque fuese posible trasladar á la Humanidad á una era anterior al Renacimiento, se desenvolveria nuevamente como se ha desenvuelto; la civilizacion arrancaria otra vez el cetro de hierro de la mano de la teocracia, que lo empuña desde el principio de las sociedades, porque sabido es que toda sociedad empieza en una teogonía, y la teocracia se veria obligada, para no soltarlo, á conducir al hombre, de retroceso en retroceso, desde la barbarie al estado salvaje, desde el estado salvaje al edenismo.

No es, pues, extraña la sarcástica sonrisa de todos los filósofos; la civilizacion se rie con ellos.

* * *

Á pesar de eso, Montalembert auguró su victoria en la cruzada emprendida contra lo que se llama paganismo en la educa-

cion, cruzada que no perdona á Bossuet, á Fenelon y á Pascal, y que da la preferencia sobre Fenelon y todos los clásicos, hasta para estudiar el latin, al tan corrompido de algunos escritores sagrados, que no lo comprenderian tal vez los mismos habitantes del antiguo Lacio, si ahora resucitasen.

Verdad es que el conde, en su carta al abate Gaume, dice que las prevenciones contra la obra de éste serán numerosas y casi universales, y que se le acusará de haber desconocido las leyes de la civilizacion, de las sanas tradiciones, del progreso y del buen sentido.

Procura, sin embargo, infundir al abate el aliento que él afecta tener, recordando la seguridad con que Newton anunció al mundo verdades fundamentales desconocidas entre los físicos, la ciega confianza con que Colon creyó estrechar la distancia que separa Europa de las Indias Orientales, y el valor con que Galileo, rompiendo con todos los errores tradicionales, desenvolvió el pensamiento de Pitágoras sobre el movimiento de la tierra, y elevó este pensamiento á la esfera de los axiomas incontrovertibles.

Pero el *é pur si muove*, que desde las mazmorras del Santo Oficio pronunció la ilustre víctima de la intolerancia clerical, no puede con razon ser repetido por el conde de Montalembert, porque esas paradojas, contra las cuales, segun propia confesion, se rebela el buen sentido, no son ninguna de esas proposiciones á que de ilacion en ilacion llega el sabio matemáticamente, pasando siempre de lo conocido á lo desconocido; son aserciones aventuradas, como las que se presentan algunas veces en las escuelas *arguendi gratia*, para aguzar el ingenio; temas obligados á que el hombre sistemático se conduce contra todas las prescripciones de la buena lógica y de la sana razon. No se trata entre los sofistas de descubrir la verdad, sino de dar apariencias de verdad á lo que ellos mismos saben que no lo es.

* * *

Para que el abate Gaume no se deje imponer por las objeciones que se le hagan, le recuerda el conde que las mismas se han dirigido á los que acometieron la empresa de restablecer la liturgia romana y de rehabilitar la arquitectura de la Edad media, lo que no impidió que, al ménos en teoría, la liturgia romana se halle restablecida y la arquitectura de la Edad media rehabilitada.

Aunque algo pudiera decir *El Jesuita* de esa rehabilitacion y restablecimiento para poner en duda la preferencia que dice Montalembert haber obtenido teóricamente la arquitectura de la Edad media y la liturgia romana, pues no se comprende fácilmente que haya triunfos teóricos en cuestiones puramente prácticas, supóngase que en realidad esos triunfos se hayan obtenido. Aunque se les reconozca, parecerá una extravagancia consignarlos como preludio de los que se promete análogos en la cuestion literaria suscitada en Francia por el bando clerical.

Qué entiende la generalidad de liturgia? ¿Se siente acaso afectado favorable ó desfavorablemente por la adopcion de tal ó cual ceremonia en el servicio divino?

Pero las alteraciones radicales en la enseñanza trascienden á todo el pueblo, y las que trató de introducir el vicario general de Nevers son una verdadera revolucion, que hiere principalmente á la clase media, como depositaria casi única de la civilizacion en la mayor parte de las naciones.

Lo mismo que de la liturgia romana, se puede decir de la arquitectura.

Reemplazado el arte arquitectónico, como expresion del pensamiento universal, por las letras de plomo de Guttemberg, su mision en el mundo ha caducado.

La arquitectura no es ya la síntesis de las aspiraciones populares, no es la lengua, ni el gesto con que revela cada época su carácter especial, y por consiguiente debe importar muy poco, á los que miran con algun interes el desarrollo de la civilizacion, que la arquitectura de la Edad media prevalezca sobre todas las

demas, y que se posponga ó nó á la catedral de Reims la basílica de San Pedro.

«Modas de piedra, dirá la generalidad, que se resucitan para vestir los edificios, como las que algunas veces reproducimos en nuestros trajes del tiempo de nuestros bisabuelos.»

* * *

Pero es lo cierto que la teocracia tiende á algo más que á maniatar de nuevo á las naciones con todas las ligaduras del régimen feudal.

El libro del abate y la felicitacion del conde prueban que los clericales buscan más allá del feudalismo el tipo de la organizacion social que quieren imponer á las sociedades modernas para hacerse árbitros de su suerte. ¿Qué otra cosa significa esa preferencia dada á la catedral de Reims sobre la de San Pedro de Roma?

Semejante preferencia sería poco importante si la cuestion fuese puramente de arquitectura ó de estética; pero es muy trascendental si se atiende á que las aspiraciones á que se debe la predileccion que da Montalembert á las catedrales de la Edad media, postergando las del Renacimiento, son las mismas que le hacen preferir los escritores de la época, que tanto y con tan poca razon ensalza literariamente, á los autores clásicos y á sus modernos imitadores.

Montalembert debió, sin duda alguna, tener cariño á esa arquitectura bizantina que, lo mismo que la que distingue los monumentos teocráticos de la India y del Egipto, representa la unidad papal, la omnipotencia absoluta del sacerdote.

El feudalismo, que fué ya un progreso, dió el primer golpe á la autoridad levítica; arrancó de las manos del clero un pedazo de su cetro; se hizo violentamente, y con la ayuda del mismo pueblo, que deseaba remover el primer obstáculo que se oponia á su libertad, partícipe del poder de la teocracia, y, como la ar-

quitectura era entónces la expresion de la época y relataba en piedra todos los acontecimientos humanos, el vencedor la pidió algunos de los rasgos que escribia en las catedrales para adornar con ellos sus castillos.

No se necesita decir más para saber á lo que tienden esas preferencias arquitectónicas de Montalembert.

Pero el conde se equivocó miserablemente si creyó que, para restablecer la antigua omnipotencia teocrática, podia servirle de algo rehabilitar la arquitectura que la expresaba. Confundió la expresion de la época con la época misma, y no acertó á comprender que todo lo más que se pudiera conseguir con el triunfo de su extravagante teoría, sería hacer encogerse de hombros á los inteligentes en presencia de un anacronismo inútil, sin causar en el ánimo de los profanos la más pequeña sensacion.

Los profanos son la mayor parte. El pueblo no estudia hoy en los edificios lo que desea saber, sino en los libros. El lenguaje de la arquitectura ha pasado á ser una lengua muerta, para él ininteligible; y con tal que la teocracia limitase á los monumentos su manía de restaurar el pasado, la dejaria completamente en paz, y no le infundirian sus conatos ningun recelo.

Tampoco ahora se lo infunden muy grande, y á cualquiera se alcanza la razon. Se trata nada ménos que de rehabilitar creencias, y la generalidad, que cree desgraciadamente muy poco, en lo que ménos cree es en que tengan creencias los que tratan de rehabilitarlas.

* * *

Estemos, lector, perfectamente tranquilos.

Los padres y escritores de la Edad media, que Montalembert califica gratuitamente de grandes, no reemplazarán en la enseñanza á los autores clásicos y á sus modernos imitadores. Las tendencias que con semejante pretension revelan los clericales, son harto conocidas.

Aspiran á embrutecer al hombre para dominarlo, sin advertir que para alcanzar su embrutecimiento sería necesario que el clero tuviese, como en otro tiempo, el monopolio exclusivo de todas las luces; que la presion que se quiere ejercer sobre la inteligencia se verificase simultáneamente en todas las naciones del globo; que la azada del despotismo no dejase ni la raíz de una sola idea, y que se destruyesen todas las máquinas de vapor, todos los telégrafos y todos los medios de comunicacion que universalizan con la rapidez del rayo el más insignificante pensamiento apénas sale de la cabeza de un individuo.

Repito, lector, que podemos estar tranquilos.

* * *

Tan repugnante es el predominio clerical, y tan repugnante tambien el espíritu de retroceso, que, poniéndose recíprocamente el uno al servicio del otro, sólo consiguen acabar de desacreditarse mutuamente.

Más vale así.

En Francia, ántes de la caida de Luis Felipe, los teócratas y los retrógrados se hallaban, al ménos en apariencia, en completo desacuerdo.

La táctica de los teócratas tendia á embaucar á la clase ínfima del pueblo, que es la más numerosa.

La táctica de los retrógrados tendia á embaucar á las demas clases, que son las más ilustradas.

La escuela ultramontana, con el conde de Montalembert á la cabeza, tenía enarbolada la bandera de la democracia.

La escuela doctrinaria tenía enarbolada la bandera de los intereses materiales.

La revolucion de Febrero de 1848, tan estéril como parece, no lo fué tanto, sin embargo, que no arrancase esas banderas de las manos que las tremolaban. Sentó un gran problema, de cuya imposible solucion hubiera dependido, como dicen los socialistas,

que todas las clases, hasta las más desheredadas, tuviesen señalado un puesto en el banquete de la vida.

Tal es el lenguaje de los utopistas.

Inútil es decir que el problema no se resolvió, porque los problemas sociales no los resuelven los hombres, sino el tiempo y no más que el tiempo, el cual, con su sorda lima, va desgastando insensiblemente todos los abusos y preocupaciones, y trasforma poco á poco las sociedades. Este incansable jornalero de todos los progresos, que cumple el encargo de la Providencia, siendo el único que posee la fórmula de su álgebra misteriosa para despejar la incógnita de todos los problemas propuestos á la conciencia humana, presenta al cabo allanadas las dificultades en que se estrellan los cálculos de los pensadores más eminentes.

* * *

No es decir que hayan sido inútiles los trabajos de los filósofos que han tratado de resolver el problema. Muchas opiniones repugnantes y extrañas ha producido su altiva pretension; pero el ruido de tantas utopias, de tantas paradojas y de tantos sistemas encontrados no impidió que se oyese una gran verdad, y es que hay un enlace íntimo entre los intereses de todas las clases, y no es posible afectar á una de ellas sin afectar tambien al mismo tiempo á todas las demas.

Los teócratas y los retrógrados, que tenian necesidad del antagonismo de las clases, los unos para recobrar su preponderancia y los otros para conservar y aumentar la suya, en la imposibilidad de mantener vivos en ellas sus recíprocos odios y rivalidades, se unieron para hacer de mancomun la guerra á las clases todas; pero esta union no hizo más que consolidar la de las mismas clases amenazadas por una coalicion tan monstruosa.

* * *

Los que enseñaron á la clase media á adorar el becerro de oro; los que, como el ave de los jardines de Armida, preconizaban el goce de los sentidos y hacian consistir toda la felicidad del hombre en materiales fruiciones, en atesorar mucho para poder derrochar mucho, se quejan ahora de la falta de creencias que mina á la sociedad actual, y toman una máscara religiosa para rehabilitar la fe de la Edad media.

Se hacen devotos.

Y los ultramontanos, que, durante el reinado de Luis Felipe, en nombre de la religion defendian en Francia la libertad, hoy en nombre de la religion la combaten.

El resultado es que la clase proletaria, que aprendió de los secuaces de Montalembert á adorar la libertad, odia á los teócratas porque son retrógrados, y la clase media y alta, que aprendieron de los doctrinarios á gozar mucho en la tierra y cuidarse poco del cielo, odian á los retrógrados porque son teócratas.

Así es cómo, uniéndose los teócratas y los retrógrados, se han desacreditado mutuamente.

Y sin embargo, no cejan en su guerra á las ideas. Y qué?

* * *

Para que una institucion ó un sistema de gobierno sea duradero, ha de estar en armonía con las aspiraciones populares.

De esta premisa se desprende naturalmente la siguiente consecuencia:

En la época presente, ninguna institucion, ningun sistema de gobierno, puede ser duradero si no es liberal, porque las aspiraciones populares tienden á la libertad.

El liberalismo de las aspiraciones de los pueblos se ve confirmado plenamente por el carácter que toman todas las cuestiones cuando los pueblos son llamados á resolverlas, ya sea en el campo de la discusion, ya sea en el terreno de la fuerza.

En Italia se hizo cuestion de libertad la cuestion de unidad.

En Hungría se hizo cuestion de libertad la cuestion de autonomía.

Ya ántes, en la Confederacion helvética, se habia hecho, cuando la guerra del Sonderbund, cuestion de libertad la cuestion de los jesuitas.

En España estas aspiraciones son antiguas. Sin hacer mencion de la guerra dinástica que á la muerte de Fernando VII provocó la abolicion de la ley Sálica, guerra que se hizo en nombre de la libertad, personificada en Doña Isabel II, contra el absolutismo, representado por D. Cárlos, se debe recordar que del choque de nuestras armas con las de la invasion napoleónica, nació la Constitucion de 1812.

La política que hasta ahora ha dominado en España y fuera de España es contraria á la libertad, y de consiguiente á las aspiraciones populares.

La política actual no puede ser duradera. Esta proposicion es un corolario; se infiere lógicamente de lo demostrado.

* * *

Los gobiernos conocen, como el pueblo, que no puede ser duradero un sistema que no se halla en consonancia con las aspiraciones de la época, y quieren, como el pueblo, establecer esta consonancia, pero de un modo inverso.

El pueblo quiere que se acomode su política á sus aspiraciones.

Los gobiernos quieren que las aspiraciones populares se acomoden á su política.

Sus pretensiones son un absurdo, que va produciendo y producirá otros muchos absurdos. Necesitarian ser Dios para hacer todos los hombres á su imágen.

La dignidad de la especie humana y el sentido comun se rebelan contra la idea de esos gobiernos que quieren embutir el

mundo entero, para vaciarlo de nuevo, en el miserable molde de su estrecha política.

El todo no puede someterse á la parte, ni lo más principal á lo más accesorio.

Un cirujano amputa un brazo para salvar á un hombre, pero á ninguno se le ha ocurrido amputar un hombre para salvar un brazo.

* * *

Diríase que los gobiernos se han propuesto parodiar á aquel almacenista de ropas hechas que, llevando su manía de escatimar el paño al extremo á que los gobiernos llevan la suya de escatimar la libertad, se encontró con una infinidad de trajes estrechos, y en lugar de ensancharlos, quiso obligar á sus parroquianos á adelgazarse.

—Nuestra política, han dicho seguramente los gobiernos, no concuerda con las ideas dominantes de la generalidad.—Han dicho bien.

—No concordando con las ideas dominantes de la generalidad, nuestra política no puede prevalecer mucho tiempo.—Han dicho perfectamente.

—Necesario es, habrán añadido, que nuestra política y las ideas dominantes se pongan de acuerdo, y al efecto es menester, ó dar ensanche á nuestra política para que quepan en ella las ideas dominantes, ú obligar á las ideas dominantes á amoldarse á nuestra política.

Han preferido lo último. Han parodiado al almacenista de ropas hechas.

* * *

La crónica, sin duda para dejar algo que adivinar á la penetracion del que la lea, no dice si los parroquianos obligados á

adelgazarse se adelgazaron realmente, ó si rompieron la levita. Lo último parece más probable.

Tampoco *El Jesuita* dice, aguardando que lo diga el tiempo que es el encargado de decirlo todo, si la política de reaccion acabará con las ideas, ó si las ideas acabarán con la política de reaccion.

Vamos, lector, á consultar las probabilidades.

* * *

No se pierde ni se conquista una libertad, sin perderlas y conquistarlas sucesivamente todas.

Quitando al pueblo un sólo derecho, se le quita una parte de la accion con que defiende los demas; dejándole un sólo derecho, éste solo le da la suficiente accion para recobrar los otros.

¿Pero es acaso posible despojar á un pueblo de todos sus derechos, absolutamente de todos? Hé aquí lo que prácticamente tratan de probar los gobiernos reaccionarios.

No dejarán en pié una sola libertad, temiendo que, una que quede, llame á las demas libertades perdidas.

Así como la experiencia les ha demostrado que basta arrancar una libertad para facilitar los medios de arrancarlas todas, sabe tambien que, para readquirirse todas, basta que se deje una sola.

La reaccion absolutista lo ha comprendido perfectamente, y aunque *El Jesuita* no aprueba su táctica porque es contraria á sus deseos, confiesa que la reaccion no puede seguir otra si ha de obrar en conformidad con los suyos. La reaccion se conduce lógicamente.

En política, lo mismo marchando hácia atras que hácia adelante, detenerse es caer.

Las libertades tienden todas á fundirse en una sola, y se auxilian y hasta se sustituyen recíprocamente. La accion de la que desaparece pasa á las demas, y éstas se la asimilan, y cuan-

do queda una sola, en la que queda se reconcentra la accion de todas las que han desaparecido.

* * *

Un pueblo no es enteramente esclavo miéntras goza de una sola libertad, porque, teniendo una, está en camino de tenerlas todas.

Suprímase la imprenta, suprímase la tribuna, suprímase el derecho de reunion, suprímase el derecho de peticion tambien, suprímanse, en una palabra, todos los derechos, menos el de enseñanza, por ejemplo, y se verá desde luégo cuánto multiplica la enseñanza su poder; la cátedra será una imprenta, la cátedra será una tribuna, la cátedra será un club, será el asilo de todas las libertades fugitivas, será el baluarte que desafiará á todas las tiranías que lo hayan respetado.

En lugar de suprimir la imprenta, suprímanse todas las libertades, inclusa la de enseñanza. Los catedráticos se harán redactores, y se convertirán en lectores sus oyentes.

* * *

Lo mismo que dice *El Jesuita* con respecto á las libertades citadas, puede decirse con respecto á las demas, pues todas se reemplazan, aunque no con iguales ventajas.

¿De qué libertad, de qué derecho podia hacer uso el pueblo aleman ántes de la revolucion de Febrero de 1848?

Sin tribuna, sin libertad de imprenta, al sorprender á Europa aquel acontecimiento, si no imprevisto, al ménos prematuro, probó, con la terrible sacudida con que hizo rechinar sus cadenas feudales, que participaba, como las naciones más avanzadas en el camino de las reformas, de las aspiraciones de la época.

En el seno de las aulas, al parecer estériles políticamente, se formó y desenvolvió lentamente el embrion de la libertad, y sin

que fuese percibido por el feudalismo ninguno de los fenómenos que marcaban aquel período de gestacion, al llegar la hora del alumbramiento salió á luz la Asamblea de Francfort, como en Francia la Revolucion habia salido del vientre de la Enciclopedia.

* * *

¿Y qué dirás, lector, de Italia, que se sintió súbitamente galvanizada por los sucesos de Febrero de 1848, careciendo hasta de aulas donde vivificar su espíritu con las doctrinas de la filosofía moderna?

¿Quién podia haber infundido al pueblo italiano sus aspiraciones hácia la libertad?

Se ignora. Tal vez fué el teatro la cátedra de su liberalismo, porque la libertad no muere ni se cansa; cuando se le arroja de una parte, busca asilo en otra, y para expresarse crea una fórmula por cada fórmula de que se la priva.

¿Quién sabe si la música fué la Vestal que mantuvo vivo en el corazon de Italia el fuego santo de su libertad? ¿Ó fué tal vez la pintura? Ó la escultura acaso? ¿No podian las notas salir al auxilio de las letras? ¿No es tambien el diapason un abecedario cuyos puntos, distintamente combinados, pueden, como los signos del alfabeto, expresar los sentimientos mas íntimos? Antes que el astro de Guttemberg derramase sobre la humanidad sus rayos deslumbradores, ¿no se imprimia en piedra, como se imprime ahora en papel, el pensamiento humano?

En la época actual, son tanto más fáciles en todas partes las sustituciones del género de las expresadas, cuanto que su mecanismo es desde luégo comprendido, habiendo un acuerdo misterioso y tácito entre el pensamiento que se revela y el pueblo que lo acoge. No se trata de hacer brotar ideas y sentimientos nuevos, sino de conservar ideas y sentimientos ya adquiridos.

La libertad está latente desde hace muchos años en el corazon

de todos los pueblos. El primer Napoleon, sacudiendo su manto imperial por toda la superficie de Europa, esparció, sin pensarlo y sin quererlo, las semillas de la libertad europea, y conquistó para la libertad la tierra que creia conquistar para él. ¡Tan cierto es que en manos de la Providencia los colosos de la tierra son no más que ciegos instrumentos!

* * *

Si el objeto de los absolutistas fuese quitar á los pueblos su libertad, su obra estaria pronto consumada.

Pero su objeto es quitarles su liberalismo, trasformar sus aspiraciones, alterar sus tendencias, y para conseguirlo, destruido el hecho, que es la libertad, ha de destruir la idea, que es la que lo ha producido.

Guerra, pues, á las ideas!

Sí, guerra á las ideas! Pero no se olvide que las ideas esclavas, como las odaliscas cautivas en el harem, estudian siempre nuevos medios para revelarse, y nunca les faltan para conseguirlo selanes ó ramilletes emblemáticos.

Sí, guerra á las ideas! Pero no se olvide que no se halla Europa entera sumida, como las comarcas del Cáucaso, en las tinieblas de la ignorancia, y que no se trata, por consiguiente, de evitar que las ideas nazcan, sino que las ideas vivan.

¿Y no han de vivir, si han nacido y son inmortales?

* * *

Pero no sólo es imposible evitar que vivan las ideas que han nacido; es imposible evitar que las ideas que han nacido tengan sucesion.

Nunca una verdad es estéril. Lleva en su seno, desde que nace, el gérmen de otras verdades, inmortales como ella, y como ella tambien preñadas de otras ideas inmortales. No hay medios hu-

manos para interrumpir esa generacion de ideas que, reproduciéndose infinitamente, renuevan sin cesar la faz del mundo.

Necesario sería un nuevo diluvio para interrumpir esta genealogía, y un diluvio no está en manos de los hombres. Una invasion de bárbaros sería insuficiente.

Aunque el moscovita desencadenara todas sus huestes, é inundase con ellas los campos de la civilizacion, las hordas del Septentrion, en su contacto con las ideas, se civilizarian, y las ideas quedarian intactas.

No devora las semillas el légamo de los rios salidos de madre, sino que ellas se lo asimilan y convierten en sustancia propia, y el Vesubio, vomitando en sus erupciones la lava que al parecer ha de destruirlo todo, fecunda con ella las comarcas mismas que amenaza devorar.

Vengan los cosacos á ahogar la civilizacion bajo las herraduras de sus caballos; realícese sobre el Mediodía esa reaccion del Norte tan esperada por los czares; sucumba la Europa culta bajo el peso de la fuerza material: los bárbaros volverán victoriosos á su país, y al sacudir el polvo del camino, esparcirán, mezclada con él, la simiente de la civilizacion, que se habrán llevado sin saberlo.

Y Rusia saldrá de la inmovilidad absoluta á que quisiera condenar al resto del mundo, y participará, á pesar suyo, de las aspiraciones comunes.

* * *

Hemos visto en Napoleon á la civilizacion hacerse invasora. Acaso se vea un dia en alguno de los czares hacerse invasora la barbarie. El resultado será siempre favorable á las ideas, siempre contrario al oscurantismo. Francia civilizó á Europa derramándose por ella, y, derramándose por ella, Rusia se civilizará.

Se civilizará, aunque no se haga conquistadora. Irá á civilizarla la paz, si no viene á civilizarse con la guerra. La paz con

su industria, la paz con su comercio, la paz con sus ferro-carriles y demas medios de comunicacion, que tanto acortan las distancias y tan frecuentes hacen las relaciones, es el Alejandro de la libertad, que conquistará el mundo.

* * *

No abandona jamás la Providencia su mision civilizadora, pero para llevarla á cabo se vale en cada época de medios distintos, y por consiguiente de instrumentos distintos tambien. El género humano tiende á la unidad, fundada en el amor recíproco de todos, que es lo mismo que decir la civilizacion universal, y hoy, para tan sublime mision, la maquinaria debe relevar á la artillería.

Pero áun suponiendo que la voz de la industria, que pide paz, fuese sofocada por la voz de una ambicion que pidiese guerra; áun suponiendo que un nuevo Atila arrojase contra la civilizacion sus huestes invasoras y ahogase todo lo existente, no se estableceria entre el presente y el porvenir esa solucion de continuidad que pretenden producir los oscurantistas para obligar de nuevo á la humanidad á empezar su camino.

Las ideas, en medio del diluvio, sobrenadarian, á la manera que en las aguas del Nilo la cuna de Moisés, y como quedase un solo hombre, éste sería el Noé elegido del Señor para encerrarlas en el arca y salvarlas del naufragio universal. Un eslabon ha de quedar siquiera para unir el presente al porvenir, y miéntras un eslabon quede, no se interrumpirá el curso de las ideas que se trasmiten sucesivamente de generacion en generacion.

* * *

Acaso, con un sistema de compresion general llevado á su mayor extremo, se pueda impedir que las sociedades se revelen; mas ni áun así quedarán inactivas, sino que, como el gusano en-

cerrado en su capullo, continuarán sordamente el trabajo de su trasformacion.

Las ideas son inaccesibles á todas las persecuciones; pero sin duda creen sus enemigos, persiguiendo á los que las llevan, ya que no matarlas, esterilizarlas al ménos. Se sienten heridos, y, como los perros, se vengan en la piedra de la mano que la ha tirado. No saben que el que proclama una verdad no hace más que ceder al impulso de la verdad misma.

Toda verdad produce su fruto. Todo principio reconocido impone sus consecuencias.

Si así no fuese, si fuese posible aislar la verdad, si fuese posible separarla de los que de ella se desprenden, entónces, consiguiendo esta separacion, se conseguiria el permanente *statu quo* á que aspiran los enemigos de todo progreso.

Pero, reconocida una verdad, fuerza es aceptar todas las verdades que de ella emanan, por más que constituyan una teoría ó sistema en oposicion con todas las teorías y sistemas establecidos.

Encerrando á Galileo en un calabozo, no sólo no pudo impedirse que la tierra rodara, sino que, desde que se reconoció su movimiento, fué necesario admitir todas las alteraciones radicales que imprimió este reconocimiento en la ciencia.

Si las ideas no pueden perecer, ni es tampoco posible impedir que cada idea nacida engendre otra, ¿no es evidente la impotencia de los que anhelan sumergir á la humanidad en las tinieblas de la ignorancia? ¿Depende acaso de los hombres que lo que es no sea, y que lo que ha pasado no haya pasado? ¿Querrán los oscurantistas atribuirse una facultad tan absurda?

* * *

El mundo es viejo, y los oscurantistas pretenden volverlo á su infancia, para que olvide todo lo que ha aprendido, y educarlo en seguida segun sus ideas.

En sus sueños se les ha presentado un mundo fantástico, un

mundo *sui generis*, y quieren acomodar el mundo en que viven á su tipo imaginario.

La actualidad se ha de vaciar en el molde de su fantasía.

Se empeñan en que el mundo remede á esas sesentonas remilgadas que creen rejuvenecerse negando la edad que tienen, y piensan remozar la sociedad obligándola á adoptar el traje y maneras de su adolescencia.

Pero todos esos medios artificiales no disminuyen de un solo dia la edad del mundo. La peluca con que encubren su alopecia y los cosméticos con que tiñen sus barbas no vuelven jóvenes á los viejos ni les permiten siquiera parecerlo, porque las arrugas y los achaques les hacen traicion y legalizan su fe de bautismo.

Dar al mundo, con las ideas que le dominan, las instituciones de que se ha ido desprendiendo sucesivamente á medida que se ha ido desarrollando, es poner á un adulto los pañales de un recien nacido.

* * *

Los que, para hacer retroceder al mundo en el camino de las reformas reclamadas por las ideas, quieren destruir las ideas, aspiran á lo imposible. Las ideas son indestructibles.

Han de limitarse los exhumadores del pasado al retroceso de las instituciones, pero harto se sabe lo que son las instituciones cuando no están en armonía con las ideas. En tanto que éstas pueden desarrollarse con libertad y ningun obstáculo sistemático se opone á su aplicacion, trasforman las sociedades con lentitud é insensiblemente, como trasforma los bosques el aliento de la primavera; pero, si se las comprime, acaban siempre por producir una explosion.

* * *

La causa de las causas de casi todos los trastornos políticos se encuentra en las compresiones violentas.

El mundo no hubiera tal vez avanzado más ni ménos si no se hubiesen contrariado nunca sus aspiraciones legítimas, pero hubiera avanzado sin catástrofes.

Los responsables de las calamidades que han acompañado el desarrollo de la humanidad no son los innovadores, no son tampoco los utopistas, miéntras no han intentado reducir á la práctica sus teorías, sino los que se han empeñado en resucitar el pasado ó en acelerar el porvenir. No se quiera poner al niño el vestido del adulto, pero no se intente tampoco poner al adulto el vestido del niño.

Los oscurantistas no conseguirán su objeto, como tampoco conseguirán el suyo los utopistas, pero unos y otros han causado y causarán muchos males. El mundo será lo que ha de ser, pero le harán sufrir mucho los que quieren que sea otra cosa.

* * *

Los utopistas engruesan el número de los oscurantistas, y éstos el de aquéllos. Unos y otros quitan sus fuerzas al presente, y no le dejan recobrar su estado normal. Unos y otros mantienen la sociedad en perenne lucha y en ansiedad continua, y, careciendo todos de razon, se la dan recíprocamente por lo mismo que no la tiene ninguno.

¡Cuántos, huyendo de un porvenir que les asusta, se refugian en un pasado que no puede volver! ¡Cuántos, huyendo de un pasado repugnante, corren á un porvenir que no se puede realizar!

Á una exageracion se opone otra exageracion, y la sociedad actual, colocada entre las dos, vacila incesantemente sin poder hallar su centro de gravedad.

* * *

En 1850 decia *El Jesuita:*

«Todas las tiranías necesitan embrutecer á los hombres para someterlos á su afrentoso yugo.

»Á los hombres se les embrutece con dos procedimientos distintos:

»Apagando en ellos la luz de la razon;

»Ahogando en ellos la voz de la conciencia.

»El primer procedimiento es el que empleaban los absolutistas, el que áun actualmente emplean los czares, el que áun actualmente emplea el gran sultan, el que empleaban los bramas en las Indias, el que empleaban todos los déspotas del mundo ántes que la explosion de las ideas comprimidas sacase á las sociedades de su inmovilidad absoluta.

»Las ideas son tan penetrantes, son tan flúidas, si así puede decirse, que, saliendo de la cabeza de alguno de esos hombres predestinados en quienes parece que la humanidad deposita su pensamiento cuando á ella se la prohibe pensar, se esparcieron por las naciones, se inocularon como un vírus, burlaron las pesquisas de Torquemada, sobrenadaron en las aguas del Gánges, y sobrevivieron á todas las mutilaciones con que en el hombre se castigaban sus aspiraciones más inocentes.

»La compresion fué impotente. La verdad derramó su claridad por entre los respiraderos mismos de las mazmorras, y las ideas triunfaron del Santo Oficio y obligaron á los déspotas á capitular y á transigir.

»Los tiranos comprendieron que tenian que luchar con un enemigo invisible como el cólera, y, convencidos de su impotencia para domar las ideas, entraron con ellas en negociaciones.

»Entónces se hicieron concesiones á las ideas.

»El *magister dixit*, la autoridad infalible, cayó desplomada bajo la tribuna y la imprenta.

»Obligados los déspotas á reconocer el derecho de discusion, los pueblos, con el uso de este derecho, fueron conquistando sucesivamente los demas, y hubieran llegado á ser completamente libres, si la inteligencia hubiese sido su único flanco vulnerable.

»Desde que, conquistando algunas naciones una parte de sus libertades, consiguieron imponer condiciones á sus déspotas y les

obligaron á adoptar el sistema representativo, los tiranos comprendieron que no era ya posible avasallar á los pueblos, miéntras no encontrasen un procedimiento distinto del que habian empleado hasta entónces.

»El hombre completo es un compuesto de razon y de conciencia, y para esclavizarlo es menester descompletarlo, es decir quitarle la conciencia ó la razon.

»Era imposible quitarle la razon, habiéndole la razon misma conquistado una imprenta y una tribuna. Si no teniendo tan poderosas armas, no se la pudo domar, cómo domarla teniéndolas?

»Fué menestar buscar un flanco accesible, y este flanco se encontró: la conciencia.

»Tratóse, para dominar al hombre, de volverle malo, ya que no se le podia volver estúpido, y le volvieron malo volviéndole egoista.

»El despotismo dejó la máscara teocrática para tomar la máscara filosófica.

»Miéntras vistió la máscara teocrática, exaltó las supersticiones de los pueblos, procuró imbuirles una fe ciega, hacerles mirar no más que el cielo, para de este modo esclavizarles mejor en la tierra. Mató su inteligencia por medio de su innato sentimiento de lo infinito. Quiso matar la tierra con el cielo.

»Pero luégo que se hizo filosófico, procuró ahogar la fe, ahogar las creencias y, sobre todo, el evangélico amor recíproco de los hombres. Hizo al alma esclava del cuerpo. Procuró matar al cielo con la tierra.

»Por medio del egoismo, consiguió mantener á las sociedades en hostilidad perpetua. Refiriéndolo todo al individuo, borró el amor, que es el principio salvador de las sociedades.

»El hombre no ménos se diferencia de los animales por su conciencia que por su inteligencia. Lo mismo se le embrutece quitándole la una que la otra.

»Se le embrutece aún más pervirtiendo ó anulando su conciencia.

»Hay animales que tienen alguna inteligencia; ninguno tiene conciencia. La conciencia, pues, distingue aún más que la inteligencia al hombre del animal.

»El despotismo teocrático se oponia á que el hombre conociese sus derechos. El despotismo filosófico se contenta con que no haga uso de ellos.

»El despotismo teocrático, para esclavizar á los pueblos, les hacía ignorantes. El despotismo filosófico, para esclavizar á los pueblos, les hace malos.

»Hoy no se persigue á los sabios en la Europa civilizada; se persigue á los buenos.

»Hoy, en la Europa civilizada, no es un crímen conocer la verdad; es un crímen practicar la virtud.

»Hoy, en la Europa culta, á Galileo no le hundirian en un calabozo; pero á Jesucristo le crucificarian.»

* * *

El Jesuita acaba de entresacar los apartes incluidos entre comillas de un folleto que, con el título de *Baturrillo histórico*, publicó en Madrid en 1850.

Ya entónces preveia *El Jesuita* lo que en Europa habia de suceder, ó, por mejor decir, lo que en Europa está ahora sucediendo.

Ya entónces dijo que la Francia de Febrero sacudió el yugo del despotismo filosófico, fundado principalmente en la indiferencia general política y religiosa, que debia al cabo ser funesta á los doctrinarios mismos que la engendraron y explotaron.

En efecto, persuadidos hoy los explotadores de los pueblos, por la experiencia misma de la monarquía de Orleans, de la insuficiencia del despotismo filosófico para encadenarles, recurren otra vez al despotismo teocrático, á cuyo descrédito contribuyeron á sabiendas ellos mismos.

De nuevo se ha visto sobreponerse á la discusion el principio de autoridad; de nuevo se ha tratado de descompletar al hombre

sumergiendo su razon en las tinieblas de la ignorancia, y los oscurantistas han intentado atacar á la civilizacion hasta en los parapetos de la teoría pura en que pensaba encontrar un último refugio.

Guerra á las ideas! Hé aquí el lema de los enemigos de la libertad, que quisieran apagar el sol de un soplo, y que sienten que les falte poder para exterminar á todos los que han contribuido á rehabilitar la ciencia humana, formando una hoguera con sus obras.

Digno es de notarse que algunos de los que miran la ciencia con tanto horror, si se realizasen tan piadosas intenciones, serian á la vez sacrificadores y víctimas.

Al frente de la nueva cruzada contra las ideas se colocó en Francia el antiguo conde de Montalembert, y en España el novel marqués de Valdegamas, empleando uno y otro con indisputable talento la mitad de su vida en combatir la otra mitad; pero les faltó fuerza para impugnarse á sí mismos. Nada consiguieron con sus palinodias y actos de contricion; nada hubieran conseguido con sus públicas retractaciones, aunque las hubiesen hecho en camisa ante la puerta de una catedral, llevando en la mano un cirio de dos libras.

* * *

Permite, lector, á *El Jesuita* recopilar en pocas líneas y en un párrafo aparte cuanto lleva dicho acerca de la guerra que se hace á la libertad en el campo de las ideas.

Vencida la libertad una y mil veces en el terreno de la fuerza y de la intriga, el liberalismo ha salido siempre ileso del combate, y tal vez se haya robustecido el principio con los mismos medios empleados para oponerse á su aplicacion.

La libertad ha sufrido muchos contratiempos, pero cada dia ha sido mayor el número de sus adoradores.

Cada dia es, por consiguiente, mayor la divergencia entre las

aspiraciones de los pueblos y la política á que intentan sujetarlos los estacionarios y retrógrados.

La situacion, pues, creada por semejante política, sería cada dia más violenta, porque cada dia sería mayor el antagonismo entre gobernantes y gobernados.

La violencia de las situaciones no procede más que de ese antagonismo, y las situaciones violentas no pueden ser duraderas.

Los estacionarios y retrógrados, llámense doctrinarios ó absolutistas, conocen esta verdad lo mismo que los mal gobernados pueblos, y cuando éstos piden instituciones adecuadas á sus necesidades, ellos les contestan que adecuen sus necesidades á las instituciones.

* * *

Habrás notado, lector, que *El Jesuita* descuida completamente el estilo. Quiere ser lógico, y no retórico. No mendiga á la poesía ningun artificio para eslabonar ideas que se deducen naturalmente unas de otras, sin dejar ningun vacío que le obligue á recurrir á adornos postizos para cohonestar las interrupciones de una dialéctica falsa.

En todo lo que se refiere á la guerra que se hace á las ideas, *El Jesuita* ha partido rigurosamente de lo conocido á lo desconocido. No ha sentado una proposicion que no haya sido hija legítima de otra ya probada. Ha preferido presentar los axiomas como teoremas, á presentar los teoremas como axiomas, no queriendo que la evidencia misma de la verdad le eximiese del trabajo de probarla. Así es cómo ahora puede en muy pocas líneas condensar muchas páginas anteriores, sentando como axiomas las proposiciones que se han desprendido naturalmente de otras.

* * *

Los gobiernos han levantado su sistema sobre los escombros

de la libertad, pero no pueden consolidarse sino destruyendo el liberalismo.

Para destruir el liberalismo, es decir la idea, es necesario destruir todas las ideas. No atacando la libertad simultáneamente en todas sus manifestaciones, dejando al pueblo un sólo derecho, éste le servirá para reconquistarlos todos.

Toda verdad es inmortal.

No hay verdad de que no se desprendan otras, y siendo la una inmortal, son inmortales todas.

No pudiendo las ideas perecer, y siendo imposible evitar que la una engendre otra, el progreso es inevitable.

Los que se oponen al progreso no retardan la marcha de la humanidad, pero obligan á la humanidad á marchar de catástrofe en catástrofe.

Las oscilaciones sociales nacen de la tenacidad de los que se empeñan en que la humanidad eche sus anclas en el golfo del pasado, y de la impaciencia de los que la precipitan hácia el porvenir contra viento y marea, sin dar, como suele decirse, tiempo al tiempo.

Los conocimientos humanos se auxilian mutuamente, y forman un cuerpo comun. No hay progreso parcial; el progreso se verifica en todo, ó no se verifica en nada.

Para esclavizar al hombre, es necesario embrutecerlo; para embrutecerlo, es necesario descompletarlo; para descompletarlo, es necesario ofuscar su razon ó viciar su conciencia.

Es necesario volverle ignorante ó malo.

Se le vuelve ignorante por medio del despotismo teocrático; se le vuelve malo por medio del despotismo filosófico.

Siendo insuficiente el despotismo teocrático para esclavizar al hombre, se recurrió al filosófico, y siendo insuficiente el filosófico, se recurrió de nuevo al teocrático. Pero éste, que fué insuficiente ántes, lo será aún más en lo sucesivo, porque en lo sucesivo obrarán con más fuerza que ántes las causas que le volvieron insuficiente.

Tal es, en resúmen, lo que contienen de sustancial las páginas que ha invertido *El Jesuita* en hacerse cargo de la guerra que se hace á las ideas.

Reduciendo todo lo dicho á su término más preciso, á su expresion más sintética y concreta, resulta que las ideas saldrán victoriosas de la lucha, y no siendo posible matar definitivamente la libertad sino destruyéndolas á ellas, la libertad triunfará, y será la reina del mundo en un porvenir tal vez no remoto.

* * *

«Nosotros, dicen los absolutistas combatiendo las ideas nuevas, defendemos un sistema que ha dado á la nacion todo lo que fué, un sistema á que debe España todas sus glorias literarias, artísticas y militares.»

En efecto; como la nacion, en casi todo lo que va de este siglo y en los anteriores, ha estado sometida al régimen absoluto, ó no habia de tener consignada en sus fastos ninguna gloria anterior al siglo actual, ó las glorias que ha alcanzado la nacion, anteriores al siglo actual, ha de haberlas alcanzado estando sometida al régimen absoluto.

La verdad es de Pero Grullo.

* * *

Prescindamos, lector, de lo que tiene de absurdo atribuir á los sistemas de gobierno las glorias que bajo ellos se adquieren en cada época, debidas, en su mayor parte, no á tal ó cual forma política, sino á la actividad y al genio individual.

Las glorias de Ribera y de Velazquez, por más que los dos inmortales pintores floreciesen bajo el régimen absoluto, no se deben al régimen absoluto, sino á Ribera y á Velazquez.

Las grandes glorias literarias que debe España á Calderon y á Lope de Vega, se las debe á Calderon y á Lope de Vega, y no al absolutismo, bajo el cual revelaron sus elevadas dotes los dos

inmortales poetas, y *El Jesuita* no añade, aunque bien pudiera hacerlo, que si bajo un sistema de compresion remontaron tan alto su vuelo, más alto aún lo hubieran remontado alentados por la libertad.

Respecto de las glorias militares de España, algunas de las que se alcanzaron, por más que acrediten el valor de nuestros antepasados, más valiera á España no tenerlas, porque le han costado muy caras.

El Jesuita quisiera que de la historia de la patria desaparecieran todas las glorias que se deben al reinado de Felipe II y otras muchas más, porque son glorias salpicadas de sangre inicuamente vertida, conseguidas á expensas de todas las leyes de la humanidad y la justicia.

El siglo actual, que es el mejor de todos, no sólo porque es el último, y de consiguiente el más civilizado, sino que tambien porque es el más humano; el siglo actual, que proclama en todas partes la dignidad del hombre y la intervencion de cada cual en sus propios negocios, rechaza, lo mismo que el Evangelio, toda gloria que redunda en perjuicio de la humanidad, y esto hace su apología.

* * *

Podria tambien *El Jesuita* contestar á los absolutistas, cuando dicen, en apoyo de su sistema, que á él debe España todas sus glorias, que tambien le debe sus catástrofes y decadencia, de la cual sólo puede sacarla el régimen que más en oposicion se halla con el suyo.

La desamortizacion, la tolerancia, el respeto á los derechos individuales, hé aquí los tres grandes principios bajo cuya influencia saldrá España, tarde ó temprano, del estado de postracion y de miseria á que le condenaron la esclavitud, la intolerancia y la amortizacion, compañeras inseparables de ese despotismo teocrático que forma el bello ideal de nuestros absolutistas.

* * *

Has de saber, lector, que no es *El Jesuita* de los que consideran imposible restaurar un órden de cosas ya caduco. Al contrario, *El Jesuita* cree que hay momentos en la vida de las naciones en que basta un simple decreto para producir el más repugnante anacronismo.

Hay períodos, en las épocas de palingenesia y dolorosas crísis, en que las sociedades lo toleran todo, porque lo juzgan todo transitorio, y, para variar, lo mismo juegan, á manera de chiquillos, á los soldados que á los frailes. Nada les parece formal, ni áun los reyes, ni áun los mismos pueblos.

Empéñese un poder cualquiera, aprovechando cualquiera oportunidad, en restablecer los frailes, y se restablecerán los frailes; en restablecer la inquisicion, y se restablecerá la inquisicion; en restablecer el régimen feudal, y se restablecerá el régimen feudal. Todas las chocheces son posibles; pero no lo es poner ninguna de ellas en armonía con las aspiraciones de la época; no lo es dar á ninguna de ellas raíces vivaces para que se fije en un suelo que no está dispuesto á recibirla, que carece del abono de antiguas preocupaciones de que tomaba los jugos alimenticios y la savia con que se nutria, y que se halla minado en todas direcciones por las ideas nuevas que germinan en sus entrañas, sin que pueda alcanzarlas, y mucho ménos destruirlas, el azadon de los que cultivan decrépitas supersticiones.

* * *

Nada más fácil que exhumar un cadáver; nada más difícil que volver á un cadáver la vida.

Podreis, adoradores del pasado, colocar de nuevo en sus altares á los antiguos ídolos, pero no les dareis idólatras.

Los inquisidores, esos paganos con máscara de cristianismo, esos verdugos en nombre de la religion, esos copistas de los sacerdotes de Téutates, que echaban á Dios cabezas cortadas para aplacar sus iras, como si la Divinidad fuese antropófaga y hu-

biera, cual el Saturno antiguo, creado á sus hijos para darse el placer de devorarlos, mojarian hoy en vano la rama del árbol en el rocío del sacrificio para sacudirla en torno suyo. El templo estaria vacío; la sangre no haría más que salpicar el suelo, y ni una gota de ella llegaria á ninguna frente.

Al pasado le quedan sacerdotes, pero le faltan creyentes.

* * *

Sí; puede restaurarse todo lo caduco, todo lo que ha llenado el tiempo de arrugas y grietas. Restauradlo, pues, absolutistas, restauradlo. Qué importa?

La momia, sacada de su urna y despojada de sus vendas, apénas se ponga en contacto con la atmósfera, se reducirá á polvo.

Y no penseis en hacerle dar ninguna apariencia de vida, ni espereis de ella los efectos de que ha dejado de ser causa.

Carece de eficiencia.

Restauradores sistemáticos! el mundo debe estar perfectamente tranquilo acerca de cuantos planes os sugiera vuestra manía de desenterrar á los muertos.

Podeis hacerlo impunemente, sin riesgo de producir una epidemia.

Los muertos que quereis desenterrar han pasado ya del período de putrefaccion verminosa; no les queda ya más que un esqueleto carcomido, que no puede siquiera infestar el aire de la libertad, único respirable en el siglo XIX.

El tiempo pasa, y los que hacinais delante de él instituciones viejas para oponer obstáculos á su marcha, os pareceis á los imbéciles que atrasan su reloj para que sea más temprano.

Creeis tener el tiempo á disposicion de vuestro reloj; pero el tiempo sigue inalterablemente su curso, sin permiso de vuestro minutero.

Vivid fuera de vuestro tiempo y de vuestra patria. Ni la pa-

tria ni el tiempo han de ir á buscaros para tener el gusto de vivir con vosotros.

* * *

Cada época y cada nacion tienen sus condiciones de ser, que comunican á las instituciones, y cada institucion tiene sus condiciones de ser en cada nacion y en cada época. No hay ninguna, por más que repugne al espíritu del tiempo y del país á que no pertenece, que no haya parecido tal vez buena en su lugar y fecha, ninguna que no haya producido sus frutos, ninguna que no haya sido un progreso, ó al ménos un instrumento de progreso, en el desarrollo de la vida social.

El eslabon al fósforo decia:
—Abrigo la esperanza
de cobrar la influencia que tenia
y mi antigua privanza.
De que el hombre es ingrato y veleidoso
en mí la prueba tienes:
érale mi servicio provechoso
y hoy sufro sus desdenes.
Yo le veia, con ferviente anhelo,
con ímprobo trabajo,
del rayo el fuego que fulmina el cielo
perpetuar acá abajo.
Veia mendigar á ese gigante,
formado de la nada,
al roce de dos palos incesante
la lumbre codiciada
y concentrar, con un cristal de aumento,
la luz que el sol envia,
y privarle una nube, en un momento,
de la luz que pedia.
Me inspiró compasion: —¿Por qué te apuras,
yo le dije, si medra
fuego latente en las entrañas duras
de la más fria piedra?

Haré yo que te dén los pedernales
la lumbre que amas tanto,
que ellos, mucho mejor que las Vestales
guardan el fuego santo.—
Fuí de entónces del hombre compañero,
inseparable amigo,
y siempre, como amigo verdadero,
me llevaba consigo.
Ay! y ahora me deja arrinconado!
sólo de mí se vale
algun adorador de lo pasado,
que del carril no sale
por do á los ciegos la rutina guia;
mas tengo la esperanza
de cobrar la influencia que tenia
y mi antigua privanza.
Que tú, si fuego llevas en tu seno
como la piedra inerte,
eres, al fin y al cabo, un vil veneno
que puede dar la muerte.
—Cierto, repuso el fósforo; si alguno
me traga, yo le mato;
es un aviso cruel, pero oportuno,
que doy al insensato
que de las cosas usa mal ó abusa,
y, si me traga un necio,
y de la muerte que le doy me acusa,
su acusacion desprecio.
Por lo demas, resígnate, eslabon,
al olvido profundo
en que vives, metido en un rincon
miéntras progrese el mundo.
No, eslabon, desconozco tus servicios;
son grandes, lo concedo;
sé que te debe el hombre beneficios
que yo negar no puedo.
Te prefirió á la lente aumentativa
y á todo palo seco,
y hasta á la Vírgen que llenaba viva

de su sepulcro el hueco
si se apagaba la sagrada hoguera
confiada á su cuidado;
miéntras fuiste progreso, razon era
no fueses postergado.
Pero he llegado yo; si yo, más pronto
la luz, mal que te pese,
al hombre doy, sería el hombre un tonto
si á mí te prefiriese.
Pasaron ya, pobre eslabon, tus dias;
no abrigues la esperanza
de cobrar la influencia que tenias
y tu antigua privanza.
Tambien mis dias pasarán; no cesa
de gritar un instante
Dios, que á la humanidad guia en su empresa,
¡Adelante! adelante!

——

Tambien tomaron parte en la pendencia
un extraño vehículo
llamado en otro tiempo diligencia
(nombre que hoy es ridículo
y que los nervios del viajero crispa),
la arquitectura en peso
y un fusil antiquísimo de chispa;
y todos, exprofeso
sus títulos caducos alegaron,
todos, todos lo mismo,
razon de ser en lo que fué buscaron,
como el absolutismo.
Y contestó el vapor, siempre arrogante,
y le apoyó elocuente
la imprenta, y el terrible fulminante
habló impetuosamente.
Que son hoy un progreso demostraron,
y en esta gran verdad,
de su existencia la razon fundaron
como la libertad.

* * *

Hasta las comunidades religiosas, hasta el régimen feudal, hasta las cruzadas y las invasiones de los bárbaros y las guerras de conquista, entraron en las miras de la Providencia al trazar á la sociedad su marcha en el camino de la civilizacion, del cual nadie es capaz de separarla. Sigue majestuosamente su curso, sin hacer más caso de las maldiciones de los que quisieran detenerla, que el que hace un tren, marchando á todo vapor, de los perros que corren furiosos detras de la máquina.

El Jesuita respeta el pasado. No es ni puede ser su detractor, porque lo sería del presente, que es su hijo; porque el presente, como dice Leibnitz, es engendro del pasado, y está preñado del porvenir.

Pero *El Jesuita* no quiere que el pasado usurpe su puesto al presente, y le parecerá siempre ridículo y temerario el empeño de los que pretenden que los muertos ocupen el lugar de los vivos.

Por lo demas, en el necrologio de las instituciones, *El Jesuita* tributa á todas las que han pasado un afectuoso recuerdo, porque á ninguna de ellas ha dejado la humanidad de ser deudora de algun beneficio.

* * *

Hasta á los frailes es deudora de beneficios la causa de la civilizacion, y, sin embargo, su restablecimiento en la época presente, en que el desarrollo de la actividad humana reclama el concurso de todas las fuerzas y de todas las inteligencias, no sólo sería un anacronismo repugnante, rechazado por la civilizacion misma de que las órdenes religiosas fueron un dia poderosos auxiliares, sino que, habiendo dejado los conventos de responder á una necesidad de las almas, no se encontrarian ya para poblarlos aquellas imaginaciones místicas y corazones eminentemente caritativos que caracterizaban á los antiguos cenobitas.

* * *

Cuando se reflexiona sobre las diferencias que imprimen los tiempos en las instituciones, se recuerda, sin querer, la escena triste y á la vez grotesca que refiere un célebre filósofo de nuestros dias, el cual, hallándose con un amigo en Aix, en Saboya, se propuso ir á visitar el panteon de los reyes del Piamonte. Entónces no habia aún un reino de Italia, y Saboya no era aún francesa.

Proponerse visitar el panteon de los reyes del Piamonte, era lo mismo que proponerse un paseo por el lago de Bourget, pues el monasterio de Alta Comba, consagrado á las sepulturas régias, está situado cerca del mismo lago, en una pendiente, y al pié de una montaña.

Napoleon y Luis XVIII restauraron San Dionisio, y le dotaron del suficiente número de canónigos. ¿Por qué razon, se preguntó el penúltimo rey del Piamonte, no he de tener yo, como ellos, mi San Dionisio?

Y tuvo un San Dionisio.

Llamó artistas de Turin; reunió los escombros de un antiguo convento, é hizo construir una iglesia gótica, que fué pródigamente adornada con pinturas, cinceladuras y estatuas.

Y qué pinturas, y qué cinceladuras, y qué estatuas! El estilo más amanerado de Nuestra Señora de Loreto, tratado con el gusto que reina en Chamberí.

Pero faltaba aún algo; faltaban los frailes.

Frailes! Nada más fácil que procurárselos. ¿Faltan acaso frailes en Italia?

Se hizo provision de frailes; pero, por intervencion del obispo de Ancis, se les echó fuera, y les reemplazaron saboyanos.

El filósofo dice lo que se ganó en el cambio.

Omite hablar del espectáculo que á él y á su amigo ofreció aquel paseo. Estaban en las orillas del lago que inspiró á Lamartine uno de sus cantos más suaves. Tenian á la vista, en el primer plano, el delicioso valle que habitó durante algun tiempo el melancólico poeta, y en segundo término las heladas cimas de los Alpes.

La naturaleza, segun dice el narrador, se presenta solemne y majestuosa en aquellos lugares en que Rousseau pasó su juventud.

Despues de la travesía, por grande que fuese el atractivo de aquella especie de Escorial de los monarcas saboyanos, los viajeros, ántes de entrar en él, se detuvieron un rato. Se complacian en caminar lentamente á lo largo de aquellas playas que lamian las aguas cristalinas en que habian navegado con tanto éxtasis, dirigiendo alternativamente sus miradas á las crestas blancas y azules que limitan por todas partes el horizonte de los amenos sitios de la verde península. Entre las montañas, que se levantan como una muralla titánica, y la márgen del lago, hay unas colinas cubiertas de ricos viñedos y de bosques frondosos, de que brotan purísimos manantiales.

Es verdaderamente un lugar de delicias y de encanto aquella propiedad de los frailes, como solian serlo todas las suyas.

En otro tiempo, el duque de Saboya, Amadeo VIII, renunció su ducado para vivir como ermitaño, ó, segun dicen otros, como epicúreo, en el priorato de Ripella, en un sitio análogo al de Alta Comba, y con dificultad se le pudo sacar de su retiro para hacerle papa.

Acaso el sucesor de Amadeo, no habiendo podido tener una ermita como la de Ripella, que causaba envidia al mismo Voltaire, quiso que sus huesos gozasen de esa ventaja. Los frailes que destinó á su guarda son los únicos que se aprovechan de su capricho. *Deus nobis hæc osta fecit.* Hé aquí lo que tan dichosos cenobitas podian decir, á la manera de Virgilio, pensando, como él, en su bienhechor, si sabian latin.

Los dos viajeros tenian la curiosidad de ver frailes. La vida cenobítica es otro de los grandes espectáculos de la historia, y á uno de ellos le habia ocupado con frecuencia.

Encontraron por fin una caravana de frailes que paseaba á la sombra de una frondosa alameda. Reian y estaban muy contentos. Era fácil, dice el narrador, tomarlos por los hombres felices que nos pinta Maron jugueteando por los Campos Elíseos. No tar-

daron los viajeros en descubrir de qué provenia su jovialidad extremada.

El prior invitó á los viajeros á entrar en el convento.

Les condujo al refectorio.

Entónces principió una escena chocante. Todos los frailes acudieron por instinto, como al toque de campana.

Los viajeros creian encontrar monjes como los de Casiodoro, ó al ménos como los de Amadeo VIII, y los que se presentaban á su vista eran holgazanes vulgares, y vanos simulacros de la vida monástica.

Se acordaron entónces de Chateaubriand, que tuvo la bondad de aceptar el nombramiento ó cédula de *fraile honorario*, como Espartero el de doctor *in utroque*.

El prior, bajo el pretexto de hacer probar á los viajeros el vino del país, improvisó una disertacion sobre los mejores terrenos de Francia é Italia, con la intencion de glorificar los viñedos del convento, que producen, segun él dijo, doce variedades distintas de néctar exquisito.

Habia, por prescribirlo la regla, un libro colocado en una mesa, en medio del refectorio, pero nadie lo leia. ¿Y cómo lo habian de leer si estaba en latin, y ni uno solo de los frailes habia aprendido á declinar el *musa musæ?*

Acabaron de manifestar su ignorancia rogando á los viajeros que les contasen algo relativo á la historia de su órden, de la cual no conocian más que el nombre.

El arquitecto habia tenido la ocurrencia de incrustar en las paredes del claustro antiguas inscripciones. Los frailes quedaron atónitos al ver que los viajeros las comprendian. Jamás ellos habian podido descifrarlas.

Uno de los frailes les contó su vida, que era poco edificante.

Dijeron que la asignacion de cada uno de ellos era de 1.200 libras, y que tenian ademas preciosos majuelos.

Terminada la comida, pasaron los viajeros á la iglesia, acompañándoles únicamente dos ó tres frailes.

Algunos pobres labriegos, que habian atravesado la montaña y hecho bastante camino para adorar á Dios en aquel santo lugar, esperaban, con las rodillas hincadas en las losas del santuario, que los religiosos empezasen el oficio.

El guía, pasando precipitadamente por delante del altar mayor, condujo á los viajeros á la sacristía, en la cual llamaba la atencion un grande armario, que fué abierto de repente, y ofreció á la vista de los forasteros los ornamentos riquísimos que el rey fundador habia regalado al convento.

Cómo se extasiaban los frailes delante de aquellos oropeles! Allí estaba su tesoro. Al ménos en el de San Dionisio habia reliquias de mártires, que podian inspirar sentimientos piadosos y elevados.

Ved ahí, dijo para sí el filósofo, lo que es galvanizar instituciones muertas. En vano quiso el rey de Cerdeña edificarse una sepultura con las ruinas del pasado. Gastó la sangre de sus súbditos en una obra absurda y repugnante. Más valia dejar en el olvido aquellas antiguas piedras, que la mano del tiempo habia dispersado. Quiso el rey que reapareciera un edificio gótico para cubrir sus huesos y su orgullo, y le hicieron un *falso gótico*. Quiso, como en la Edad media, monjes que orasen encima de su sepultura, y le fabricaron *falsos monjes*. Hubo imitacion de lo pasado, pero nada de verdad.

Abrid, absolutistas, nuevos conventos, y tendreis, como el rey de Cerdeña, uno y otro Alta Comba, porque el tiempo ha pasado para tales instituciones. La actividad de las universidades y de los talleres ha reemplazado el dulce *far-niente* que se cobijaba dentro y alrededor de los conventos. Los láicos avanzan, y los frailes retroceden.

* * *

Esos exhibidores de momias, esos necrólatras fanáticos, que intentan rehacer el mundo antiguo con los restos de institucio-

nes fósiles, bien merecen que *El Jesuita* les arrime la siguiente moraleja:

El caballo más gallardo
que habia en Andalucía
tiempo atras, pertenecia
al digno marqués del Cardo.
Y el rocinante más viejo,
escuálido y moribundo
que comió paja en el mundo,
era del tio Conejo.
Éste, que era un trapalon,
propuso al marqués trocar
un caballo tan sin par
por tan sin par matalon.
La respuesta que fué dada
al chalan por el marqués,
fácil de adivinar es:
—Tu rocin no vale nada.
—¿No vale nada, señor,
dijo el chalan al momento,
y corria más que el viento,
y envidia daba al vapor?
Ni una exhalacion, ni un lampo
le ganaba en rapidez;
con él el premio una vez
gané en la Casa de Campo.
En el Circo, el señor Pol
veinte años atras me dijo
que con él seguir de fijo
podia en su curso al sol.
Se le caia la baba
á cierto carabinero,
que fué su dueño primero,
al pensar cómo saltaba.
—Saltaba, mas ya no salta,
dijo el marqués, está muerto.
—En eso convengo, es cierto,
pero no tiene otra falta.

—

No es necesario que indique
el resultado que al fin
el amo del vil rocin
sacó de tanto palique.
Sacó el resultado mismo
que de sus necios afanes
pueden sacar los chalanes
que tiene el absolutismo,
cuando mueven tanto estrépito
para inducir á la gente
á que renuncie al presente
por un pasado decrépito.
Mentira ó verdad será
que el régimen absoluto
dió en otro tiempo algun fruto,
mas no puede darlo ya.
Y áun practicándolo mal,
el pueblo preferiria
al régimen de otro dia
el régimen liberal,
por idéntica razon
que el digno marqués del Cardo
no quiso un corcel gallardo
trocar por un matalon.

* * *

No convienen los teócratas en que haya pasado la época del mastodonte, del megaterio y del pterodáctilo. No convienen en que haya caducado la moda de ninguna antigualla, ni siquiera la de los frailes. Un periódico, titulado *El Católico*, que se publicaba en Madrid en época áun no lejana, sostuvo, contra *El Jesuita*, que el espíritu de los antiguos fundadores de las comunidades religiosas no habia sufrido ninguna alteracion en el trascurso de los siglos. Al efecto, despues de manifestar, con las ínfulas pedagógicas que suelen ser características de los que saben mucho latin, que él era muy fuerte en esta lengua, enseñó á *El Jesuita*,

por si acaso lo ignoraba, que *ad usum* quiere decir «para el uso,» y discurrió largo rato sobre esta frase latina, que se leia en la portada ó en alguna de las hojas de los libros de los frailes, para venir á parar en que éstos, áun en sus últimos tiempos, se consideraban usufructuarios, y no propietarios, de cualquier objeto, lo mismo que en la época de San Benito, y que, de consiguiente, el espíritu de éste seguia inalterable en los conventos.

Lector, aunque no haya caido en tus manos ninguno de tantos libros de los conventos que, despues de la destruccion de éstos, se han vendido por papel viejo, tienes noticia sin duda de que en su portada se escribia la consabida frase. *El Jesuita* recuerda que él mismo y sus condiscípulos de latinidad y filosofía la solian poner en el *Nebrija*, en el *Jacquier* y en el *Guevara*.

Y, no obstante, el espíritu de San Benito, que es todo ascetismo, pobreza y humildad, habitaba lo mismo en los modernos moradores de los conventos que en *El Jesuita* y sus condiscípulos, por más que entre algunos frailes hubiese un empeño tal de exagerar ridículamente las prescripciones de la regla, que en cierta comunidad se suscitaron discusiones muy formales y ruidosas para resolver si sus individuos eran propietarios, ó simplemente usufructuarios, del pan que comian y del agua que bebian.

¡Tan rigorosa era la aplicacion de una de las más importantes prescripciones de la regla de San Benito, de la que en realidad constituye la esencia del régimen comunitario!

Pero, por desgracia, esta prescripcion, con la cual nunca creyó el ilustre santo destruir la propiedad, sino trasformarla, es decir de individual convertirla en comun, dió al cabo por resultado la inmovilidad ó amortizacion de la propiedad misma, consecuencia precisa de su impersonalidad.

* * *

Un fraile, generalmente hablando, era sin duda de por sí pobre, muy pobre; pero considerados los frailes colectivamente, eran ricos, muy ricos.

Las comunidades absorbian sorda é incesantemente toda la riqueza del país, y paralizaban su accion y su vida. La sangre se retiraba del torrente de la circulacion general para nutrir é hipertrofiar sus miembros más parásitos.

Si *El Jesuita* no temiese desviarse de su objeto, haría ver lo que tiene de repugnante el sacrificio que hace de sí mismo el individuo, que es una realidad viviente, en aras de esa abstraccion que se llama unidad colectiva, y combatiria las órdenes religiosas con los mismos incontrastables argumentos con que ha combatido más de una vez las diferentes sectas y escuelas comunistas.

¿Pero hay quien crea de buena fe que en tiempo de San Benito tenian los monasterios bienes y rentas? ¿Hay quien ignore cómo se formaron los primeros monasterios?

El ascetismo, que tiene su orígen en los sentimientos más íntimos del corazon humano, que dió á Pitágoras discípulos, á la antigua Roma vestales, á Egipto, India y China sus alfaquíes y sus bonzos, hizo buscar, durante los primeros siglos de nuestra era, á los cristianos de Egipto y del Ponto un asilo contra el bullicio del mundo en lugares inhabitados.

San Pablo, el ermitaño, se encerró á mediados del siglo III en una gruta de la Tebaida, donde le siguió San Antonio, y luégo le siguieron otros.

Las viviendas de los primeros anacoretas eran miserables chozas, que ellos mismos se construian. La tierra en que se fijaban era una tierra inculta, vírgen, que no pertenecia á nadie, como el desierto en que levantan sus tiendas las caravanas árabes.

Mas Dios habia dicho: «Donde quiera que se hallen dos de vosotros para orar unidos, entre los dos estaré yo,» y sometiéndose á este precepto del Evangelio y á los instintos sociales que hacen al hombre buscar á su semejante, las cabañas se aproximaron y los anacoretas se convirtieron en cenobitas.

Así se formaron las primeras comunidades religiosas, á que dió San Pacomio un poderoso impulso, y se formaron en Oriente,

porque los países del Oriente son los países del ascetismo por excelencia.

Los primeros cenobitas vivian en la mayor miseria; ganaban con el sudor de su frente lo estrictamente necesario para no perecer de hambre, y ni siquiera cultivaban la tierra, reduciéndose toda su industria á la fabricacion de esteras, cuya venta les producia lo suficiente para cubrir sus escasas necesidades.

Del Oriente se propagaron las comunidades religiosas al Occidente, donde se desarrollaron con rapidez á impulsos del horror que las violencias de los bárbaros inspiraban á los que habian bebido las purísimas aguas del cristianismo.

Tambien en Occidente los cenobitas eran no más que anacoretas que se habian reunido, y el mismo San Benito, cuando los religiosos de Vicovaro se empeñaron en nombrarle su jefe, vivia retirado, cerca de Roma, en una caverna de Subiaco.

* * *

¿Ves algo, lector, en todo eso que te indique que en tiempo de San Benito tenian los monasterios bienes y rentas?

Más adelante, los monjes benedictinos se dedicaron á la agricultura, y ésta, lo mismo que las ciencias y las artes, les es deudora de grandes progresos.

Importa poco averiguar ahora si las riquezas de los conventos, que llegaron á adquirir un desarrollo tan monstruoso, reconocian por base el trabajo de sus moradores, ó la caridad de los fieles, ú otro elemento cualquiera que no hay interes en descubrir. Lo que conviene saber es que los primeros cenobitas vivian de su trabajo; que con el sobrante de lo que éste producia y con algunos donativos voluntarios, pudieron multiplicarse los conventos; que éstos, en los tiempos de San Benito, eran pobres, muy pobres; que á medida que se fueron apartando de su orígen, se fueron, como era natural, enriqueciendo, y, á medida que se enriquecieron, se adulteraron y absorbieron los tesoros

de la tierra con un poder de asimilacion cada dia más vigoroso.

En nuestros dias, los frailes no tenian ya necesidad de trabajar para vivir holgadamente.

San Benito no previó esta consecuencia indispensable de la trasformacion de la propiedad individual en propiedad colectiva.

San Benito no previó la amortizacion, que es la ruina y el aniquilamiento de la sociedad en general, y no sabía que, predicando la pobreza de cada individuo, predicaba la riqueza de las comunidades que habia de corromperlas.

San Benito, que, siendo muy rico y muy considerado, fué á la edad de catorce años á sepultarse en una cueva, queria realmente la pobreza.

Era un verdadero apóstol de aquel Cristo que no tenía una piedra donde reclinar la cabeza.

San Benito sabía que la riqueza está ocasionada al orgullo, y que la pobreza es venero de esa humildad que recomienda Jesucristo como una de las primeras virtudes, y si con todas las que tenía viviera hoy entre nosotros, interpretaria mejor que nadie la amarga verdad que encierran los siguientes versos de un gran poeta contemporáneo, del malogrado Juan Arolas, que pertenecia á la clase más humilde del clero:

En un tiempo con decoro
tuvo la Iglesia en su altar
cruz de leño, obispos de oro,
doctos en decir y obrar.
Mas en tiempos desgraciados
pierde la Iglesia el tesoro,
si al tener las cruces de oro,
son de leño los prelados.

* * *

El Jesuita tiene que entrar ahora en otro órden de consideraciones ménos generales, aislando, si así puede decirse, al parti-

do absolutista de España para estudiarlo por separado y determinar sus caracteres propios.

No perderá el tiempo discutiendo la legitimidad de Doña Isabel II, en cuya dinastía se personificó la causa constitucional, y la legitimidad de su tio el infante D. Cárlos, en cuya dinastía se personificó la causa del absolutismo.

Tampoco tratará *El Jesuita* de averiguar si Fernando VII estaba facultado para abolir la ley sálica, con cuya abolicion privó á su hermano el infante D. Cárlos de sucederle en el trono. *El Jesuita* se abstendrá de penetrar en el dédalo de intrigas palaciegas que pudieron rodear á Fernando VII en su agonía, para arrancar la expresion de una voluntad que acaso no fuese la suya.

Lo que aquí hay que dejar consignado es que, lo mismo para Doña María Cristina, viuda de Fernando VII, interesada en la abolicion de la ley sálica, que para el infante D. Cárlos, interesado en que la ley sálica siguiese en vigor, la cuestion, que dió orígen á una guerra civil que duró seis años, era puramente dinástica, al paso que, lo mismo para los que se colocaron al lado de Doña María Cristina que para los que se lanzaron al campo á favor de D. Cárlos, la cuestion era puramente de principios.

Si Doña María Cristina hubiese mendigado el apoyo de los absolutistas, en lugar de mendigar el de los constitucionales, y el infante D. Cárlos hubiese mendigado el apoyo de los constitucionales, en lugar de mendigar el de los absolutistas, todos los que reconocieron en D. Cárlos el derecho de ceñir la corona hubieran dejado de reconocerlo en él y lo hubieran reconocido en Doña Isabel II, y todos los que lo reconocieron en Doña Isabel II hubieran dejado de reconocerlo en ella y lo hubieran reconocido en D. Cárlos.

Lo que para la viuda y el hermano de Fernando VII era un medio y no un objeto, para los partidarios de una y otro era un objeto y no un medio; pero muy pronto las dos cuestiones, la dinástica y la de principios, se confundieron de tal modo, que, durante todo el período de la guerra civil, no habia en España un

absolutista de buena fe que no fuese carlista, ni un constitucional de buena fe que no fuese cristino ó isabelino, que es lo mismo.

Mas, lo mismo en un campo que en otro, habia muchos que por compromiso especial de su posicion, por resentimiento ó por cálculo, no simpatizaban con la causa que sostenian.

Todos los absolutistas eran carlistas, pero no todos los carlistas eran absolutistas.

Todos los constitucionales eran cristinos ó isabelinos, pero no todos los cristinos ó isabelinos eran constitucionales.

Y sucedió que D. Cárlos, que era amante más sincero del régimen absoluto que Doña María Cristina y despues Doña Isabel II del constitucional, sintió cierta aversion contra los carlistas que no eran absolutistas, al paso que Doña María Cristina y despues Doña Isabel II trataban siempre con benévola predileccion á los cristinos ó isabelinos que eran poco constitucionales. Eso se explica por las tendencias al absolutismo, propias de todos los reyes, sean las que quieran las condiciones que les imponen las circunstancias.

El régimen constitucional es siempre para los reyes una imposicion forzosa, y algunas veces tambien lo es para los pueblos; razon por la cual es lícito dudar de que llegue á consolidarse nunca y á constituir una situacion normal muy prolongada.

La falta de entusiasmo por el régimen absoluto de muchos que militaban en el campo de D. Cárlos, y la falta de espontaneidad con que aceptaron la reina Doña María Cristina y Doña Isabel II las condiciones que las imponia el régimen constitucional, explican casi todas las peripecias y trastornos sobrevenidos, no sólo durante la guerra civil, sino que tambien despues que terminó la lucha en los campos de Vergara.

Á pesar de las muy dudosas opiniones que se albergaron bajo las dos banderas, estaba tan en el órden regular que D. Cárlos representase el absolutismo y Doña Isabel II el régimen constitucional, que se consideraron siempre como sinónimas las palabras absolutista y carlista, constitucional é isabelino.

Sin embargo, despues del convenio de Vergara, que fué la ruina de D. Cárlos, engrosaron las filas constitucionales muchos que habian pertenecido á las carlistas, y al mismo tiempo, entre los que siguieron fieles á la causa del absolutismo, se produjo una excision que es preciso tener en cuenta.

Algunos absolutistas, sin dejar de ser absolutistas, quisieron hacerse ó fingirse isabelinos, lo que causó un verdadero escándalo entre los que no querian, ni áun en chanza ó por insidia, separar la cuestion dinástica de la cuestion de principios.

Como entre los isabelinos, no obstante llamarse constitucionales, habia muchos que eran absolutistas, se formó con ellos y los pseudo-isabelinos una liga monstruosa que no ménos excitó las iras de los verdaderos constitucionales que de los verdaderos carlistas. Las disidencias entre éstos y los que se introdujeron insidiosamente en el campo constitucional fingiéndose isabelinos, están expresadas en las dos siguientes cartas que *El Jesuita* tuvo la humorada de poner en verso:

UN ABSOLUTISTA INTRANSIGENTE Á OTRO DE LA LIGA.

La marcha que te has trazado
quiero, amigo, que me digas,
pues haces tan buenas migas
con el bando moderado.
Yo sigo firme en mi puesto;
nunca á mi rey abandono;
triunfarán altar y trono
cuando triunfe Cárlos sesto (1).
Lo demas es una farsa
de esa insaciable comparsa,

(1) La carta tiene la fecha de 1858, en cuya época habia ya muerto D. Cárlos, tio de Doña Isabel II, llamado por los carlistas Cárlos V. Le sucedió como pretendiente su hijo, el conde de Montemolin, á quien titularon los carlistas Cárlos VI. Montemolin murió, y el pretendiente es ahora un sobrino suyo, á quien llaman los carlistas Cárlos VII.

cuya perfidia me irrita,
que cantó el himno de Riego,
y quisiera cantar luégo
la pitita.

—

Esa comparsa sin fe,
que teniendo, hambrienta de oro,
las manos en el Tesoro,
tiene en cada campo un pié,
despues que explotó egoista
al pobre liberalismo,
quiere ahora hacer lo mismo
con el bando absolutista.
Al efecto se lo atrae,
y siempre en la trampa cae
alguna ánima bendita,
que en España hay mucho tonto,
que piensa ha de cantar pronto
la pitita.

—

Yo conozco á más de dos
que de *sprits forts* blasonaban,
y fanático llamaban
á todo el que cree en Dios,
que se hacian el ateo
para hacerse el liberal,
y hoy llevan con mucha sal
una careta de neo.
Algunos lo deben todo
á la libertad, de modo
que sin ella ni levita
tendrian hoy ni zapatos,
y quieren cantar ¡qué ingratos!
la pitita.

—

¿Cómo á partir un piñon
con esa familia estás,
tú, siendo, como el que más,
carlista de corazon?

De nosotros algo espera
familia que tanto chupa,
cuando alrededor se agrupa
de nuestra vieja bandera.
Si lo exige su interes,
nos echará á puntapiés.
Ahora nos necesita,
y no tiene inconveniente
en cantar con nuestra gente
la pitita.

—

Siempre los hombres sencillos,
los verdaderos creyentes,
son víctimas inocentes
de quien come á dos carrillos.
Si viene alguna desgracia,
las manos como Pilatos
me lavo; no quiero tratos
con la mogigatocracia.
¿Triunfará Montemolin?
¿podremos cantar al fin
nuestra cancion favorita
y pedir la inquisicion?
¡Oh deliciosa cancion!
¡oh pitita!

EL ABSOLUTISTA DE LA LIGA AL INTRANSIGENTE.

Debes, amigo, saber
que es de tontos no jugar,
cuando se puede ganar,
sin que se pueda perder.
Si la gente moderada,
que á su mesa nos convida,
nos gana al fin la partida,
¿qué habremos perdido? Nada.
¿No conoces, majadero,
que jugamos sin dinero,
y en su desesperacion

ella lo aventura todo?
Presentada de este modo
la cuestion,
¿cuáles los cándidos son?

—

Si lo meditas con pausa,
verás, lo mismo que yo,
que allá en Vergara quedó
enterrada nuestra causa.
Y aunque mil esfuerzos hace,
no puede el absolutismo
romper ó abrir por sí mismo
la sepultura en que yace.
Necesita auxilio ajeno,
y si se lo presta bueno
la sábia moderacion,
en esta liga ó alianza,
de que á cualquiera se alcanza
la razon,
¿cuáles los cándidos son?

—

¡Con qué ventaja jugamos!
¡cuán bien en jugar hacemos!
si perdemos, no perdemos,
y si ganamos, ganamos.
¿Empiezas á comprender
todo el misterio y busílis
de esa liga que tu bílis
remueve á más no poder?
Á sacar con mano extraña
de las ascuas la castaña
se dirige mi intencion,
y si mi objeto consigo,
quiero me digas, amigo,
tu opinion:
¿cuáles los cándidos son?

—

Por lo demas, yo bien sé,
sin que nadie me lo diga,

que los hombres de la liga
no tienen ninguna fe.
Nos toman por instrumentos
esos farsantes tan mímicos,
sin saber que á muchos químicos
matan sus experimentos.
Si cual gusano de seda,
que al fin encerrado queda
en la lóbrega mansion
que él mismo se ha fabricado,
se fabrica el bando aliado
su prision,
¿cuáles los cándidos son?

—

Á un tramposo otro tramposo,
que entre bobos anda el juego;
veremos quién gana luégo;
hasta el fin nadie es dichoso.
Preparada está la trampa;
ya sabes no es cosa nueva
que el uno coge la breva,
y otro luégo se la zampa.
Los moderados son amos;
pero como consigamos
que nos dén la inquisicion,
no evitarán que les lleguen,
aunque este mérito aleguen,
las llamas de algun tizon,
ya que tan cándidos son.

* * *

Lo mismo los absolutistas, que ni áun aparentemente querian transigir en la cuestion dinástica, que los habilidosos, que para tomar posiciones en el campo constitucional se fingieron isabelistas, se adjudicaron arbitrariamente la calificacion de monárquico-religiosos, que fué tambien adoptada por los pseudo-constitucionales acogidos bajo la bandera de Doña Isabel II.

Por qué tomaron semejante enseña?

Para adoptar legítimamente una divisa es necesario, no sólo que ésta convenga á los que la llevan, sino que les caracterice, que les corresponda á ellos exclusivamente, para que no puedan confundirse con los demas.

¿Eran realmente los absolutistas monárquico-religiosos?

¿No habia más monárquico-religiosos que los absolutistas?

Si no podian contestar afirmativamente á la primera de estas preguntas, la calificacion que se daban era una divisa falsa.

Si no podian contestar afirmativamente á la segunda, debieron adoptar otra calificacion para distinguirse, porque la que se daban no era una divisa.

El Jesuita, que siempre ha tenido singular placer en arrancar caretas, y que por lo mismo se ha propuesto dejar bien definidas las palabras con que se trata de embaucar á los pobres de espíritu, niega rotundamente que los absolutistas sean monárquico-religiosos.

Creyendo *El Jesuita*, como cree, que el Evangelio es eterno, porque se acomoda á los progresos de todas las épocas, circunstancia que revela su divino orígen, ¿cómo ha de creer que sean religiosos, es decir cristianos, los que profanan la religion cristiana hasta el extremo de querer hacer de ella un instrumento de retroceso? ¿Cómo ha de creer que sean religiosos, es decir cristianos, los que intentan resucitar sistemas de opresion sangrienta en nombre de aquel Cristo, de cuyos divinos labios nunca salieron más que palabras de tolerancia, perdon y benevolencia?

Pero supon, lector, por un instante que los absolutistas sean en realidad monárquico-religiosos. Adoptando esta calificacion por divisa para distinguirse de los adversarios del absolutismo, niegan á éstos la calidad que ellos se atribuyen, en el mero hecho de hacer de ella su distintivo.

Si la calificacion es justa, si está bien aplicada, si no hay más monárquico-religiosos que los absolutistas, ¿por qué, cuando se pone en discusion el trono ó la libertad religiosa, invocan ellos

mismos, á favor de la monarquía y de la unidad de creencias, los sentimientos generales de los españoles? ¿Dónde está esa generalidad de sentimientos, si no hay más monárquico-religiosos que los absolutistas?

Pues y los republicanos? Y los constitucionales? ¿No significan nada en el país? ¿Ó, por el mero hecho de no ser absolutistas, han perdido su calidad de españoles?

Preciso es que los absolutistas convengan en que la generalidad de los españoles no es monárquico-religiosa, ó que confiesen que los monárquico-religiosos no se hallan únicamente en el bando absolutista, en cuyo caso han de tomar por divisa otra calificacion, porque la que se dan no es una divisa.

* * *

Á los ojos de *El Jesuita*, tuvo durante mucho tiempo la fraccion del partido carlista que no se convino en Vergara cierto mérito, que hacía hasta cierto punto ménos repugnantes los anacronismos de que se constituyó mantenedor entusiasta.

Tenía el mérito de la franqueza, que, ya que no revelase la bondad de sus principios, probaba al ménos la fe que en ellos tenía.

Era el partido carlista un partido de convicciones íntimas y profundas, dispuesto á amortajarse con su bandera, resuelto á sepultarse entre las ruinas de su causa, resignado de antemano á cuantos contratiempos pudiesen sobrevenirle, como todos los que creen en Dios y en su conciencia, y han adoptado la máxima *Failes ce qu'on devra advienne qui pouvra;* era un partido intransigente, que preferia la expatriacion, el destierro, las luchas desesperadas, á la más mínima infraccion de su ortodoxia, y que nunca, para salir de su triste condicion de vencido, pensó en contraer alianzas con los que no profesaban sus mismas doctrinas, y mucho ménos en pedir á la intriga el triunfo que le habia negado la fuerza de las armas.

En los últimos tiempos del reinado de Doña Isabel II, el partido absolutista ó carlista habia perdido el poco prestigio que le quedaba, debido al interes que inspiran siempre los que conservan su dignidad á despecho de sus infortunios.

Mucho ántes de la Revolucion de Setiembre de 1868, el partido carlista habia dejado de ser lo que fué; combatió con la visera calada; adoptó, para llegar á su fin, medios tortuosos; se dobló, como los moriscos, á prácticas, ceremonias y liturgias que hubiera querido destruir; envolvió en las nubes de su incienso ídolos en cuyo rostro ántes escupia, y que deseaba ver derribados; besó manos que hubiera quemado si hubiese podido; mendigó, por fin, á la astucia lo que no le concedian su fuerza y su denuedo.

El leon se convirtió en zorra, lo que fué una degeneracion ridícula. Aplaudió la voz del cuervo que tenía en su pico el queso de la situacion, queriendo rateramente con sus adulaciones obligarle á cantar para que lo soltase.

Para tomar posicion en las avenidas del poder, no se desdeñó el partido carlista de entrar en tratos que en otro tiempo le hubieran parecido vergonzosos, y que lo eran realmente, porque suponian en él, ó en los que con él trataban, una retractacion completa de principios.

Pero nó; entre los carlistas y los que con ellos se coligaron no hubo más que un trueque de caretas. Aquéllos prestaron á éstos una careta religiosa, y éstos prestaron á aquéllos una careta isabelista, prévia la condicion tácita, como se supone, de dejarla unos y otros cuando ya no la necesitasen.

Los volterianos rezaron, y los absolutistas votaron; los volterianos se acercaron á la iglesia, y los absolutistas á las urnas electorales.

* * *

Sin embargo, no todos los carlistas se condujeron del mismo modo, ni adoptaron todos la misma táctica.

Los hubo que transigieron realmente con el constitucionalismo bastardo de la época, con el constante propósito de irse poco á poco apoderando de la situacion, miéntras otros lo único que concedian al falso constitucionalismo dominante era una tregua, de la cual se aprovechaban para ir fortificándose y organizando sus huestes.

Era muy notable la diferencia entre unos y otros.

Los primeros decian que eran isabelistas, y se les subia el santo al cielo cuando se les negaba esta calificacion por la dificultad que habia en hacerla compatible con el absolutismo. Los segundos no querian confesar, pero tampoco negar, que eran carlistas; les repugnaba, aunque fuese en broma, llamarse adictos á Doña Isabel II. ¡Cuántas veces *El Jesuita* les metió, como suele decirse, los dedos en la boca para obligarles á soltar una palabra que denunciase su isabelismo, y no pudo conseguirlo!

Los carlistas que querian dar á entender que habian renunciado á D. Cárlos y que habian separado en cierto modo la cuestion dinástica de la de principios, como si no estuviesen unidas entre sí por un lazo indisoluble, trataron de hacerse fuertes con los carlistas convenidos en Vergara, y creyeron hallar en éstos un argumento para destruir la idea de que los defensores del absolutismo y de Doña Isabel II eran incompatibles.

La prueba, para ellos, de que los absolutistas podian ser al mismo tiempo isabelistas, era que servian fielmente á Doña Isabel II algunos convenidos de Vergara. Pero eso no probaba lo que ellos querian probar; no probaba más sino que los absolutistas convenidos en Vergara abrazaron de buena fe la causa de Doña Isabel II, que, á pesar de la misma Doña Isabel II, era la causa constitucional.

Los procedentes del ejército de D. Cárlos tuvieron que resignarse á hacerse constitucionales, desde el momento que se hicieron isabelistas.

Los carlistas que no querian con los constitucionales, por tibios que fueran, más que un armisticio, y de ninguna manera

fundirse con ellos, miraban de reojo á los convenidos de Vergara, á quienes atribuian la ruina de su causa.

Pero lo mismo unos que otros, en los últimos años del reinado de Doña Isabel II, habian perdido el crédito debido á su heroica resolucion de no esperar su triunfo más que de sus propias fuerzas

Porque, dicho queda, habia en los absolutistas reacios, en los que, áun despues del convenio de Vergara, permanecieron fieles á D. Cárlos y á la rama proscrita, una prenda de carácter que amortiguaba en cierto modo las antipatías que no pueden dejar de atraerse los defensores de un anacronismo ó de una mala causa que repugna á la conciencia pública y al espíritu del siglo en que se vive.

No creian los absolutistas que fuese noble y decorosa la evolucion ó contramarcha que describen los que abandonan en la desgracia la causa que han sostenido cuando su éxito era problemático ó dudoso, y para ellos D. Cárlos, y quien dice D. Cárlos dice sus sucesores, era rey tan legítimo de España despues de su definitiva derrota, como en los momentos en que su triunfo les parecia ménos improbable.

Efectivamente, si la corona hubiese pertenecido de derecho á D. Cárlos, su causa hubiera sido tan legítima despues como ántes de la victoria de las armas constitucionales, tanto más cuanto que nadie ménos que los absolutistas puede buscar el derecho en el hecho, nadie ménos que ellos puede buscar la legitimidad fuera del principio de sucesion ó herencia, no reconociendo, como no reconocen, el de la soberanía nacional, el de la voluntad del mayor número.

Pero los que, cuando el triunfo de D. Cárlos era aún dudoso, reconocian en él, para sentarse en el trono, la legitimidad que da la herencia, la reconocian despues, aunque se fingiesen isabelistas, porque el principio de herencia es inmutable, y no pueden modificarlo las opiniones. ¿Cuál podia ser, pues, en su concepto la legitimidad de Doña Isabel II, no reconociendo la que da el voto público?

Ninguna, absolutamente ninguna, porque no hay ningun criterio de legitimidad, absolutamente ninguno, fuera de los dos indicados.

Es, de consiguiente, lógico decir que los absolutistas que, despues de defender á D. Cárlos, se llamaron defensores de Doña Isabel II, defendian una causa que, en su concepto, no era legítima, y no es posible creer que de buena fe y concienzudamente defienda nadie una causa cuya legitimidad no reconoce.

El isabelismo de los absolutistas era una maniobra falsa, una táctica insidiosa. Algunos de sus individuos aislados, tristes residuos, deplorables restos de un órden de cosas que pasó, miéntras esperaban una restauracion completa, expusieron su termómetro, durante el reinado de Isabel II, á todas las atmósferas ministeriales, manifestando más ó ménos desembozadamente sus verdaderos designios, segun el grado de tolerancia de las administraciones constitucionales, que se relevaban casi tan á menudo como los piquetes de un cuerpo de guardia.

Por un incomprensible contrasentido, algunas administraciones salidas de las filas constitucionales, como si los que las componian hubiesen olvidado que eran ministros de una reina constitucional, dieron motivo con su conducta á que se les creyese mucho más tolerantes con los enemigos natos de Doña Isabel II, con los que habian puesto en litigio su legitimidad y sus derechos, que con los liberales que la habian defendido.

Como era natural, los absolutistas se aprovecharon de circunstancia tan propicia, y abusaron de una manera lamentable de las deferencias que merecieron de algunos gobiernos.

Alentados por las tendencias semi-absolutistas de algunos periódicos que se titulaban constitucionales, se cegaron de tal manera, que llegaron á figurarse que una mudanza de instituciones era tan sencilla y asequible como una mudanza de ministerio. La disolucion misma de los partidos medios, que se hallaba ya entónces en un período muy avanzado, les inspiraba confianza, no obstante ser el mayor obstáculo que podia oponerse á sus pre-

tensiones. Por lo mismo que estaban ya casi enteramente disueltos los partidos medios, ninguno de los que á ellos habian pertenecido tenía que consultar intereses de bandería, ni asesorarse más que con su propia conciencia, para confundir su defensa con la defensa comun delante de la comunidad de los peligros.

* * *

Los mismos que aconsejaban á Montemolin que se diese un baño de constitucionalismo para atraer á los constitucionales á su causa, querian que Isabel II se hiciese absoluta para que se enajenase las simpatías de sus naturales defensores. Algun conato de constitucionalizarse, tal vez sincero, dejó entrever Montemolin, aleccionado por sus infortunios y excitado quizás por el ejemplo de la reina de Inglaterra, durante su emigracion, y más que conatos de desconstitucionalizarse manifestó Isabel II, obediente á sus inclinaciones y tendencias, que eran las de todos los que ejercen el poder supremo. ¿Á cuál de ellos no se puede aplicar la moraleja de la gata vestida de señorita?

Pero Montemolin se apercibió de que, ni áun haciéndose constitucional, le querrian los constitucionales, y Doña Isabel II se apercibió tambien de que, ni áun haciéndose absoluta, como ella deseaba más que nadie, la querrian los absolutistas. No renunció, sin embargo, á su idea de aprovechar todas las circunstancias propicias que se la presentasen, y se fué conduciendo tortuosamente á su objeto de retroceso en retroceso, no atreviéndose á intentar un golpe de Estado definitivo.

Á pesar suyo, el sistema constitucional se hallaba personificado en ella, así como el absoluto en su primo el conde de Montemolin. Despues de la guerra de los seis años, guerra política y dinástica á un mismo tiempo, no deberia haber habido nunca necesidad de recordar las condiciones tácitas que condujeron al combate á los defensores de una y otra dinastía.

Mas, durante el reinado de Doña Isabel II, no faltó quien,

cerrando los ojos á la evidencia, se empeñase en desconocer dichas condiciones, y procurase separar la cuestion política de la dinástica para destruirlas una tras otra, no habiendo podido destruirlas unidas.

La táctica no dejaba de ser sagaz, y hasta se pudiera afirmar que era la única capaz de arrancar el triunfo de manos de los constitucionales para ponerlo en las de los absolutistas.

Los que se llamaban absolutistas de Doña Isabel II eran tan montemolinistas como los que se llamaban constitucionales de Montemolin; porque Isabel II y el absolutismo, Montemolin y el régimen constitucional, eran términos que se implicaban, que se contradecian, que no podia hermanar ni el esfuerzo de imaginacion más violento.

* * *

En España los absolutistas, en el mero hecho de designarse con esta calificacion, eran montemolinistas; así como el que era constitucional no necesitaba otra cosa para ser partidario de Doña Isabel II.

Llamarse á un mismo tiempo absolutista é isabelista, ó á un mismo tiempo constitucional y montemolinista, era un absurdo. Lo mismo hubiera dado llamarse montemolinista de Isabel ó isabelista de Montemolin.

Hé aquí, lector, otra de las razones que tiene *El Jesuita* para creer que, no siendo republicanos ni absolutistas los que en 1868 derribaron la dinastía de Doña Isabel II, no debieron derribarla.

La razon es obvia.

Ó la falta de constitucionalismo de Doña Isabel II y demas defectos que se la atribuian eran inherentes á su propia persona, ó eran condiciones propias de la institucion monárquica. En el primer caso, debieron contentarse los revolucionarios monárquicos con que Isabel II abdicase en su hijo; en el segundo caso, no debieron colocar en su lugar otra persona, puesto que, sea la que

quiera, en el mero hecho de reinar, ha de hacer lo mismo que hacía ella.

Y lo mismo hará. Eso de creer que un rey puede ser constitucional de buena fe y de *motu propio*, es una ocurrencia puramente progresista. Los reyes no son constitucionales sino por fuerza. No aciertan á ser constitucionales los ministros que más en la oposicion blasonan de serlo, ¿y se quiere que sean constitucionales los reyes?

Isabel II era constitucional porque no podia ser otra cosa, porque el constitucionalismo era una condicion tácita de su existencia. En eso precisamente estaba la ventaja para los constitucionales.

Mas se dice que, bajo el reinado de Isabel, II se bastardeó el régimen representativo. Es cierto, pero se bastardeó sin que Isabel II se excediese de las atribuciones que la Constitucion misma la otorgaba. Del mismo modo podrá bastardearlo, siempre que quiera, el actual monarca, y la culpa no será suya, sino de los que, al hacer la Constitucion, no supieron atarle corto.

Todo lo que hizo Isabel II con las mezquinas Constituciones que rigieron bajo su reinado, podria haberlo hecho con la democrática Constitucion actual sin faltar á ella.

Pero por ahora, lector, no nos ocupemos más que del partido absolutista, único objeto de este capítulo, y dejemos quietas en su charco á las ranas *regem petentes* y *regem habentes* de la Revolucion de Setiembre.

* * *

Conviene hacer constar que el bando absolutista, que se distinguia, en los primeros años que sucedieron á su derrota definitiva, por su obstinacion heroica y por su constancia á toda prueba, desde el año de 1854, y áun ántes, carecia ya de la tenacidad que tanto le honraba, porque era la confirmacion de la fe que tenía en su mala causa. Muchos de sus afiliados se coaligaron con

el moderantismo, á la sazon dominante, lo que probaba que hacian traicion á éste ó se la habian hecho á la bandera que ántes sostenian.

El Jesuita, para reducir á su justo valor ciertas alharacas de algunos falsos predicadores, desea que conste tambien que el absolutismo, aunque rebelde al espíritu liberal, no dejó de contaminarse con los vicios que en la actualidad predominan. Tambien los absolutistas, no obstante blasonar de religiosos, participan en su mayor parte, á pesar de sus aspavientos, del positivismo, del materialismo y de la corrupcion del siglo. Bajo el régimen constitucional se han visto absolutistas de los más recalcitrantes desempeñando destinos en el ministerio de la Gobernacion, destinos eminentemente políticos.

Ninguno de ellos se atreve á sostener que el absolutismo no sea desastroso y malo. Lo que hacen todos es poner en parangon el absolutismo monárquico ó teocrático, no con el verdadero régimen representativo, sino con el de los partidos, ó, por mejor decir, con el absolutismo de un gobierno de partido, al cual en realidad sería preferible el monárquico si no fuese éste de curacion más difícil.

Pero es el caso que el partido absolutista es un partido como los demas, lleno, como los demas, de ambiciones y miserias, fecundo para el mal, como los demas, é impotente para el bien, y que, como los demas, busca su punto de apoyo fuera de la opinion pública.

El absolutismo monárquico, como no toma su fuerza del espíritu público, sería en la actualidad el absolutismo de un gobierno de partido, lo mismo que el de los progresistas y el de los moderados.

Los absolutistas, fuera de su sistema, no ven ó afectan no ver más que el desenfreno de las turbas, que, segun ellos, es un absolutismo al cual los españoles, en su inmensa mayoría, preferirian el teocrático.

El Jesuita cree que, en la imposibilidad de rechazarlos todos,

la generalidad se veria bien perpleja para determinar á cuál, por ménos malo, habia de dar la preferencia.

Por supuesto que todos son peores, como se dice vulgarmente.

* * *

Sin embargo, el absolutismo de la muchedumbre, más estrepitoso sin duda alguna que el teocrático, es infinitamente ménos terrible. Y, ademas, no puede dejar de ser pasajero, al paso que el teocrático echa profundas raíces.

Por otra parte, el despotismo teocrático, lo mismo que el monárquico y los demas despotismos, no excluye el de la muchedumbre, sino que se vale de él como de un auxiliar poderoso.

¿Quién, que sea un poco entrado en años, no ha oido alguno de aquellos sermones de muerte y exterminio con que, á la caida del sistema constitucional en 1823, algunos frailes suscitaban desde la cátedra del Espíritu Santo el odio de la muchedumbre contra los caidos, designados por ellos con el apodo de negros? ¿Quién no tiene noticia de los infinitos apaleamientos de que eran víctimas en casi todos los pueblos de España los que habian defendido el régimen representativo?

Y lo peor es que tan vandálicos actos no sólo quedaban impunes, sino que merecian la aprobacion y los aplausos de casi todos los que tenian en aquella época alguna influencia.

Dirán los absolutistas que los constitucionales, llámense moderados, llámense progresistas, les han dejado atras en la senda de las grandes iniquidades. Recordarán las cuerdas á Leganés, las deportaciones á Filipinas, los fusilamientos sin formacion de causa, los atropellos de todo género de la época del moderantismo, que era no obstante una época feliz comparada con cualquier período de dominacion progresista, y sobre todo con el que estamos atravesando desde la caida de Doña Isabel II.

Los que se llaman constitucionales porque sí, y sobre todo los titulados progresistas, no acertarán á formular ninguna excusa.

Cuál habian de dar? *El Jesuita* escribe estas líneas el 13 de Marzo de 1871, un dia despues de verificadas á tiros y trancazos unas elecciones de diputados á Córtes, en que se ha ejercido una presion oficial como no se ha ejercido nunca en ningun país del mundo. Los que así hacen elecciones, ¿qué han de contestar á los absolutistas? ¿Cómo se han de atrever á echar á éstos en cara los apaleamientos de la época calomardina, los que dejan impunes villanos atentados como los cometidos, ántes de las elecciones y durante ellas, por la *Partida de la Porra?* ¿Cómo han de hablar en són de censura de ataques á la seguridad individual, los perseguidores de los militares que se niegan á prestar un juramento que repugna á su conciencia, y que, lo mismo siendo á él fieles que no siéndolo, les haría incurrir en un repugnante perjurio, porque, ó habian de faltar á él, ó habian de retractar con él juramentos anteriores de que no se consideran desligados?

Y respecto á los sermones de los frailes que predicaban la matanza, tampoco tendrán nada que replicar los moderados y los progresistas del dia cuando los absolutistas recuerden á los unos los *golpes de gracia* con que el marqués de Pidal queria aniquilar á los vencidos, y á los otros el cinismo con que el actual ministro de la Gobernacion confesó que habia llamado á los republicanos al terreno de la fuerza para darse el gusto de hacer en ellos un escarmiento, y sobre todo la estúpida perorata con que el señor Olózaga, en pleno Parlamento, encareció la necesidad de exterminar á la inmensa mayoría de los españoles.

Pero *El Jesuita*, que aunque es liberal, muy liberal, y ordenista, muy ordenista, no tiene contraido el menor compromiso con ninguna bandería; *El Jesuita*, que lo mismo reprueba los excesos y vitupera las fechorías y desmanes de unos que de otros, sea el que quiera el pretexto con que se pretenda excusarlos; *El Jesuita*, que no separa nunca, en ningun caso, la política de la moral, puede echar piedras al tejado del absolutismo, sin miedo de que se las devuelvan. Ya ha dicho, en alguna otra parte de este libro, que el peor despotismo es el que se ejerce en nombre de la li-

bertad, y por lo mismo cree que, en la historia de los malos gobiernos de España, no se registra ninguna tiranía tan odiosa como la que sobre ella pesa actualmente. Otras habrá habido tal vez que hayan hecho más víctimas inocentes, y, sin embargo, no ha habido ninguna tan repugnante, ninguna que haya causado tanto asco en el estómago.

* * *

El Jesuita, cuando combate un despotismo, no trata de reemplazarlo con otro. ¿Se ha de llevar al pueblo de Heródes á Pilatos? ¿No se ha de huir de Escila sino para estrellarse en Caribdis? ¿No tienen ningun temperamento que adoptar, entre el absolutismo teocrático y el de la muchedumbre ú otro cualquiera, los que no quieren absolutismo de ninguna especie? Sí. Aun sin necesidad de recurrir á la república, puede el pueblo parapetarse en el régimen constitucional legítimo, genuino, que es un verdadero pacto de alianza entre el trono y el pueblo; que obliga á aquél á respetar los derechos de éste, y á éste á respetar las prerogativas de aquél, trazando con el compas de la justicia, por comun acuerdo de gobernantes y gobernados, el círculo dentro del cual pueden unos y otros moverse, sin embarazarse mutuamente en su accion natural, en su autonomía propia.

Fácil es de prever la objecion. El régimen constitucional legítimo, genuino, es un sueño, dirán los absolutistas, es una utopia, es una teoría irrealizable; y, en efecto, en España no se ha realizado nunca, ni áun en los períodos de mando de la union liberal, que son los únicos en que se ha gozado de cierta tranquilidad relativa, los períodos en que se ha gozado de más órden sin tirania, y de más libertad sin desórden, no obstante la guerra sistemática que le hacian los ambiciosos de todos los partidos medios, y lo muy poco que, por su mal, simpatizaba con ella la persona que ocupaba el trono.

En concepto de *El Jesuita*, la teoría constitucional no es ir-

realizable; pero, para realizarse debidamente, es preciso que se halle el país en ciertas condiciones difíciles de obtener. Casi siempre, lo mismo los pueblos que los reyes, son constitucionales á pesar suyo, considerando aquéllos el régimen constitucional como insuficiente para su libertad, y considerándolo éstos como insuficiente para su poder. Los reyes por su propio peso se inclinan hácia el absolutismo, así como los pueblos, tambien por su propio peso, se inclinan hácia la república. Es un régimen de penoso equilibrio, y en que cada dia se ensancha más y más la distancia que separa á los gobernantes de los gobernados.

Y, no obstante, es un régimen que, bien observado, es bueno, siendo él el que hace prosperar á Bélgica, á pesar de todos los obstáculos que allí, como en todas partes, hacinan, para oponerse á que funcione normalmente, los idólatras del pasado, estúpidos unos, egoistas otros, los apuntaladores soeces de un pasado carcomido, los apologistas del Santo Oficio, los ultramontanos, que invocan el cielo para apoderarse de la tierra, entre los cuales hay casi tantos renegados como entre los monfíes de las Alpujarras.

* * *

Algunos absolutistas, sin aceptar en manera alguna el dogma de la soberanía nacional, afectan transigir hasta cierto punto con el sistema representativo, conformandose con que haya un Consejo de notables, que *regularice*, sin menoscabarla, la soberanía, que para ellos reside únicamente en el monarca. Sin más que eso, creen ya haber adquirido una patente de constitucionalismo que les permite embeberse en las filas constitucionales. Tales eran los límites en que se hallaba contenido todo el constitucionalismo que se habian impuesto tambien no pocos moderados. Gracias, señor elefante, puede decir á cualquiera de ellos cualquier constitucional que recuerde la fábula del dromedario y la pulga.

El Jesuita confiesa su falta de perspicacia para compren-

der cómo, bajo un gobierno absoluto, puede haber Consejo alguno capaz de regularizar la soberanía del monarca. Habiendo absolutismo, la mision de un Consejo, sea el que quiera, nunca podrá ser otra que dar consejo al trono cuando éste se lo pida, quedando luégo el aconsejado en completa libertad para proceder segun su propio criterio ó su capricho. ¿Y es á eso á lo que llaman los absolutistas *regularizar* la soberanía? Inútil es decir lo que sería un Consejo á gusto suyo. Sería un instrumento más de despotismo, sería el sanedrin que aconsejase la crucifixion de la libertad.

* * *

El periódico más caracterizado que tiene en España el partido absolutista, á pesar de que, durante el reinado de Doña Isabel II, habia más de una vez puesto en evidencia su adhesion á D. Cárlos llamando príncipes á los individuos de su familia, sin tener en cuenta una ley hecha en Córtes que les privaba de este título, dijo un dia que no sólo no habia defendido nunca el derecho de D. Cárlos, sino que tampoco habia defendido nunca el absolutismo, pues, aunque sujeto á condiciones muy diferentes de las parlamentarias, siempre habia admitido la representacion del reino.

No sabiendo *El Jesuita* cuáles son dichas condiciones, no puede discutir su sistema, que por fuerza ha de ser muy peregrino; sin embargo, atendidas las doctrinas sostenidas por el órgano del anti-parlamentarismo en todo el trascurso de su larga vida, no sería aventurado creer que la representacion de que hablaba no modificaria en lo más mínimo el poder absoluto del jefe del Estado. Se puede muy bien ser partidario de una especie de representacion como la que hubo en Francia bajo el primero y segundo Imperio, sin dejar de merecer el dictado de absolutista. ¿Se quiere ó nó la concentracion en un sólo poder de todos los poderes?

* * *

Niegan tambien los absolutistas que sean sostenedores de anacronismos, y reconocen que la civilizacion, á medida que va avanzando, abandona las instituciones que la sirven de vehículo, y toma otras para proseguir su camino. Pero al mismo tiempo se declaran fieles é infatigables mantenedores de principios fijos, inmutables en su esencia, y que tienen demostrada su virtud con los hechos, por más que sus adversarios tuerzan á cada paso y desfiguren la historia. Mas ¿cuáles son esos principios fijos, inmutables en su esencia? ¿Son el de propiedad, el de familia, el religioso ó el monárquico? A todos estos principios, sean ó nó inmutables en su esencia, los constitucionales, miéntras Doña Isabel II ocupó el trono, tributaron un culto tan respetuoso como podia hacerlo el partido carlista.

Y los absolutistas tenian razon en decir que eran indivisibles en sus dogmas y en sus doctrinas. En principios están todos de acuerdo, pero no lo estaban, ántes de la caida de los Borbones, en la táctica adoptada para conseguir su triunfo, pues habia muchos que separaban ó fingian separar la cuestion dinástica de la política, miéntras otros no querian separar su causa de la de Montemolin.

Ahora los absolutistas, desde el fracaso de Doña Isabel de Borbon, al cual ellos contribuyeron mucho más eficazmente de lo que presumen ingiriéndose en las filas del moderantismo para alentarla en sus tendencias de reaccion y retroceso, se han quitado la máscara isabelina, que ya para nada les sirve, y se han declarado todos, casi sin excepcion, francamente carlistas. Tenía pues razon *El Jesuita* cuando decia que su isabelismo era no más que una estratagema, y ellos ponian el grito en el cielo y perdian completamente los estribos, reiterando sus protestas de lealtad á la reina hoy destronada.

* * *

Y no han sido sólo los absolutistas de toda la vida, los absolutistas de la víspera, convictos y confesos, sin mezcla alguna de

otra cosa, los que se han despojado de su traje isabelino, que nunca les permitió engañar á nadie. Se han quitado tambien la careta, al caer Isabel II, muchos neo-católicos y moderados que la llevaban puesta desde la muerte de Fernando VII, y que la generalidad tomaba por una verdadera fisonomía. Algunos hay entre ellos que privaron durante el reinado de Doña Isabel II; algunos hay que ocuparon los primeros puestos del Estado; algunos hay que fueron hasta consejeros de la reina caida.

Y hoy son carlistas, y tal vez lo eran ya entónces!

Ninguna evolucion sorprende á *El Jesuita* en esta época de transicion y de trasformaciones, y tambien de inmoralidad y positivismo. Estamos en uno de esos períodos de disolucion que, como pueden ser precursores de la muerte, pueden serlo tambien de una síntesis salvadora.

* * *

Es indudable que nunca como ahora habian las sociedades caminado tan deprisa hácia uno ú otro de los dos términos. En todas partes, y muy particularmente en España, los partidos extremos se van sobreponiendo á los partidos medios. Divididos los constitucionales casi en tantas fracciones como individuos, no se sostienen ya más que por medios artificiales, ni cuentan con más fuerza para contrarestar las tradiciones caducas y las ideas nuevas que la que da siempre la actualidad del mando. *El Jesuita* lo dice con dolor; le parece que está asistiendo á la agonía del constitucionalismo, y este espectáculo le repugna tanto más cuanto que el régimen constitucional, si muere pronto, como es muy probable, no morirá por su culpa, sino por culpa de los encargados de su observancia y custodia.

Podia ser fructuoso y ha sido estéril; ofrecia garantías de libertad y órden, y lo mismo mandando unos que mandando otros, lo mismo ántes que despues de la revolucion, no ha producido más que desconcierto. Ahora está pasando por la última prueba, á que no será fácil que resista.

Hasta sus más decididos sostenedores se ven obligados á confesar que se presta demasiado á la farsa y á los fines egoistas de los merodeadores políticos, á la subasta de las conciencias, á los inmundos tráficos de corruptores y corruptibles.

Los embusteros, pero nada más que los embusteros, hacen con él su negocio.

El Jesuita cree haber observado que, en los países sometidos al régimen monárquico-constitucional, se aguzan las armas sofísticas, y los hábitos de mentir trascienden de las regiones oficiales á todas las clases de la sociedad, hasta en los actos más ordinarios de la vida.

En los países monárquico-constitucionales se miente más que en los otros.

En tiempo de nuestros padres, un embustero era un sér despreciable, y una palabra empeñada de hombre á hombre y sin testigos valia más que ahora una escritura en toda regla.

El régimen monárquico-constitucional muere en todas partes de un empacho de mentiras.

Qué otro régimen en España le reemplazará cuando muera? Dejemos, lector, sentado el problema, y no lo resolvamos, porque es demasiado pavoroso.

Para simplificarlo, para reducir á dos todos sus términos, tenemos un hecho ya probado, un hecho positivo, un hecho innegable, y es que el partido carlista y el partido republicano son más fuertes cada uno de por sí que todos los constitucionales juntos, y son más fuertes porque son más numerosos, más fuertes porque están más compactos, es decir que se componen de elementos más compatibles y homogéneos, y más fuertes porque tienen más patriotismo, porque tienen más entusiasmo, porque tienen en su respectiva causa esa fe que remueve las montañas.

* * *

Pero á los republicanos les favorece el tiempo, que es el enemigo capital de los absolutistas.

Cada momento que trascurre es para un niño un paso dado hácia su desarrollo, y para un viejo un paso dado hácia su sepultura.

La vitalidad del republicanismo en pleno siglo XIX está en el órden fisiológico, es una manifestacion de su *vis insita*, de su *vis vitæ*, una necesidad cronológica creada naturalmente por el tiempo, que pasa y no pasa en vano y tiene su lógica irresistible, al paso que la aparente resurreccion del partido absolutista es un fenómeno galvánico.

Aun así, los revolucionarios de Setiembre deben estar avergonzados de haber sido ellos los que con sus demasías y torpezas han hecho que se pusieran en contacto los dos polos de la pila que acaba de galvanizar el cadáver.

* * *

En algunas páginas de este mismo libro, escritas con mucha anterioridad al dia en que se echó á volar la candidatura del duque de Aosta para rey de España, *El Jesuita* adujo datos para demostrar que la mayoría del país simpatiza más con los republicanos y tradicionalistas que con los monárquico-constitucionales, lo que podrá ser muy malo áun en concepto de *El Jesuita* mismo, pero es muy cierto.

El resultado de las últimas elecciones de diputados provinciales y diputados á Córtes le ha confirmado en su apreciacion, fundada en el número de suscriciones con que cuentan los periódicos republicanos y absolutistas, y en lo mucho que han dado que hacer al gobierno los partidos extremos, cuando, retados por él, han acudido al terreno de la fuerza.

Son más fuertes que los constitucionales, y algunos de los más acreditados órganos que éstos tienen en la prensa, no atreviéndose á negar la evidencia, se deshacen en invectivas contra las torpezas ó desmanes del poder, á quien hacen responsable de la galvanizacion del partido absolutista y del desarrollo del republicano.

Vas á ver, lector, cómo se expresa un periódico monárquico-constitucional unionista.

Despues de unos cuantos párrafos en que demuestra cuán fatal ha sido á todos los partidos medios el resultado de las elecciones, dice elocuentemente:

«Y si de la esfera de los intereses, estrecha siempre y relativamente pequeña, aunque se trate, como se trata ahora, de los de una dinastía y de los de un gobierno, nos elevamos á la augusta y severa region de los principios, todavía la significacion de esas elecciones es más triste, todavía su resultado debe contristar más á los que, como nosotros, aman sinceramente la libertad, y sufren cada vez que la curva infinita del progreso marca un punto de contraccion que la desvia, aunque sólo sea momentáneamente, del derrotero que la Providencia la ha trazado para bien de la humanidad, y esto no porque hayan sido elegidos muchos diputados republicanos, porque este fenómeno es natural despues del impulso que la Revolucion de Setiembre dió á estas ideas, vivificándolas artificialmente y dotándolas con gran número de partidarios, como el calor excesivo vivifica y anima las larvas, las saca de sus crisálidas (1) y forma con ellas asoladoras nubes. Las torpezas del Gobierno Provisional y de la anárquica interinidad que le siguió, fueron dando tal brio y fuerzas tales al partido republicano, que, lo repetimos, no nos extraña, ni nos asusta tampoco, el número de diputados que ha logrado elegir para el Congreso.»

En el capítulo especial que en este mismo libro ha de dedicar *El Jesuita* al partido republicano, demostrará que su desenvolvimiento no reconoce por causa la que el periódico unionista le señala. Pero ahora sigamos copiando:

«Nó, prosigue el articulista; el acontecimiento culminante y

(1) Aquí debe haber un error de imprenta, porque las larvas, que son los insectos en su formacion primitiva despues de salir del huevo, no pueden sacarse de las crisálidas, que son el segundo estado por donde pasan los lepidópteros ó mariposas.

aterrador de las elecciones no es éste, que las ideas republicanas dentro están de la moderna corriente civilizadora; las teorías en que sus apóstoles las condensan se fundan en principios comunes en general á todas las escuelas liberales, y todo es cuestion de precipitar más ó ménos la marcha y violentar un tanto las consecuencias que de tales principios se deducen; pero en el fondo, la homogeneidad filosófica subsiste, la fraternidad liberal no se ha roto, y esto no se verifica si volvemos los ojos y nuestra vista se fija en el campo de los absolutistas.

»Murieron los principios de esta escuela con el siglo XVIII, heridos de muerte por la filosofía enciclopedista y rematados por la Revolucion francesa; su fuerza sucumbió en España con el bando carlista, tras fratricida y sangrienta guerra, hace más de treinta años, sin que algun que otro nervioso estremecimiento, que posteriormente se haya podido observar en el cuerpo inerte y caido del absolutismo, sirviera más que para confirmar la realidad de su impotencia, la absoluta falta de vida de su gigantesco cadáver. Ese partido, del cual sólo vivian ya el símbolo y la memoria, en el sacudimiento galvánico que le imprimió la Revolucion de Setiembre hizo un supremo esfuerzo y sólo pudo enviar á las Córtes Constituyentes una exigua fraccion de diputados: ¿qué ha pasado en estos dos años, para que ahora, en estas elecciones, haya conseguido triunfar en más de sesenta distritos? Esto es lo que al sentido liberal interesa investigar; ahí está el peligro supremo que hoy se nos revela; ese fenómeno es el que merece fijar toda la atencion de los verdaderos hombres de Estado, miéntras los radicales se entusiasman con su soñado triunfo y nos aturden con sus ditirámbicos cantos de gloria.

»Esa falanje de carlistas no es una procesion de aparecidos, no son las almas de los campeones que murieron y vuelven airados pidiendo á los liberales cuenta del bienestar de la nacion que la victoria les entregó. Vense entre ellos nombres y figuras que militaron ántes en otros partidos; los electores mismos que los han votado no existian ántes; pues, si existieran, habrian tenido

diputados en todos los Congresos anteriores á la Revolucion. ¿De dónde salen, pues, y quién ha hecho esos nuevos carlistas?

»La conciencia responde que ese anacronismo es hijo de los excesos revolucionarios, de la persecucion organizada contra el clero, de la exageracion de los ideólogos y del terror que muchos españoles sienten viendo que los partidos dominantes corren ciegos y temerarios y acometen empresas que el calor de la fiebre no les deja medir, pero que dan vértigo á otras inteligencias más serenas y desapasionadas. Una protesta contra lo indefinido de estas tendencias, una aspiracion moderadora, pero exagerada en su fórmula, como exagerada es la fórmula opuesta, es lo que, á nuestro juicio, significa el crecimiento y prepotencia que parece haber adquirido el bando carlista.»

* * *

El periódico unionista de quien trascribe *El Jesuita* los precedentes párrafos, ya que, sin ser médicos sus redactores, tanta aficion demuestran á las imágenes y términos entresacados de las ciencias médicas, permitirá al autor de este libro que, hablándole su lenguaje favorito, le diga que está conforme con él en que el partido absolutista ha desplegado una fuerza de que se le creia destituido, y en que el incremento que parece haber tomado desde que se hizo la Revolucion de Setiembre de 1868 puede ser un gran peligro, es decir que está conforme con él en el diagnóstico y en el pronóstico del mal, pero no en su etiología. Quien ha galvanizado al partido carlista ha sido la falta de lógica de la Revolucion, su empeño de retroceder ante las consecuencias de su propio principio, su temeridad en levantar un trono despues de haberlo ella misma derribado, sus persecuciones inicuas á virtuosos sacerdotes y á pundonorosos militares por las opiniones que profesan, sin traducirlas en ningun acto reprobado por las leyes, y despues de haberse declarado que las opiniones son libres y haberse proclamado los derechos individuales; quien ha galvaniza-

do al partido carlista es la Revolucion de Setiembre, que ha alarmado á los timoratos y dado pretexto á los hipócritas para crear atmósfera contra ella, estableciendo la libertad de cultos, sin valor para declarar la Iglesia libre en el Estado libre.

Quienes han galvanizado al partido carlista son los que han muerto la Revolucion de Setiembre, y éstos son los mismos que la hicieron.

* * *

Parécele á *El Jesuita* que, en la investigacion de las causas á que debe el partido carlista su aparente resurreccion, está más en lo cierto un periódico que los progresistas han excomulgado sin más delito que el de seguir siendo fiel al antiguo dogma que ellos abandonaron.

Despues de protestar contra la intervencion del gobierno y sus agentes como parte activa en la lucha electoral, contra la circunstancia de haber intervenido en la eleccion ayuntamientos nombrados por las autoridades y no nacidos del libre sufragio universal, y contra el estado tiránico y excepcional á que cuatro provincias estaban sujetas pocos dias ántes de la eleccion, dice:

«Á pesar de los esfuerzos hechos por el gobierno; á pesar de los ardides miserables que no sabemos quién ha puesto en juego, el partido más profunda y encarnizadamente hostil al progreso y á la libertad trae á la Asamblea una representacion de más de sesenta diputados; cosa inaudita, cosa inconcebible, si no tuviera explicacion en la desdichada conducta del gobierno.

»El gobierno ha abandonado las doctrinas liberales y ha mandado sultánicamente en muchos casos, y de aquí que la parte liberal del país, extremando su oposicion, se haya inclinado á las ideas republicanas.

»Pero el gobierno, miéntras por un lado atacaba la libertad, por otro daba muestras de la mayor impotencia para salvar y sostener el órden, introducir seguridad y moralidad en la adminis-

tracion y organizar la Hacienda; y de aquí que la parte conservadora del país haya extremado tambien su oposicion echándose en brazos de los candidatos absolutistas.

»Entre una y otra de estas encontradas corrientes está gran muchedumbre del país, liberal y pacífica á la vez, que no ha tomado parte en la contienda, y que, haciendo el vacío alrededor del gobierno, ha contestado con su hastío y su desden á las innumerables torpezas de los hombres del poder.»

* * *

Pero es muy posible que el número de carlistas no haya aumentado en la proporcion que parece desde la Revolucion de Setiembre. Acaso los carlistas que hay ahora sean los mismos que habia ántes de la caida de Doña Isabel II, solo que entónces muchos de ellos pasaban por constitucionales moderados, porque se fingian isabelistas y se tomó su disfraz por su traje propio.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los carlistas en las últimas elecciones han demostrado que su causa tiene raíces en el país, y este descubrimiento inspira serios recelos á los partidos medios, porque las de la suya disminuyen cada dia en una proporcion alarmante.

Los progresistas se han quedado como quien ve visiones. Sin duda se figuraban los muy fatuos que, despues de haber empobrecido, desbarajustado y deshonrado al país, éste estaba obligado á conservarles sus inmerecidas simpatías.

Ni el nombre de una docena de ellos hubiera salido de las urnas, sin los escándalos cometidos en las elecciones, verificadas bajo una presion oficial desconocida en todas las épocas y en todas las naciones. Hé aquí cómo á grandes rasgos da cuenta de dichos escándalos, omitiendo muchos de ellos y muy mayúsculos, un periódico que, si bien republicano, no es de los más hostiles á los bandos dominantes:

«En Alcoy asesinatos; en Benicarló asesinatos; en Córdoba han votado los soldados sin los dos meses de residencia que la ley

exige; en Orense han sitiado las urnas, como si fuesen una fortaleza, para intimidar á los que se acercasen; en Valencia, Tarragona, Zaragoza y Cataluña han recorrido las poblaciones columnas volantes, como si se tratara de una insurreccion; en Oviedo han hecho las elecciones los carabineros; en Novelda recorrieron las calles y plazuelas tirando trabucazos á los oposicionistas; en Salamanca han muerto á palos á un infeliz; en Vitoria (Labastida) el ayuntamiento, nombrado por el gobernador, no ha podido impedir el triunfo de las oposiciones, á pesar de mandar hacer fuego sobre los ciudadanos; en Santo Domingo (Logroño) recorria el candidato ministerial los pueblos acompañado de la milicia, y murieron varios carlistas; en Toledo se sumaron las cédulas de diputados y compromisarios para dar el triunfo al gobierno; en varios pueblos de la Rioja han entrado los voluntarios al asalto en los colegios y han tirado las urnas por la ventana; en Hellin no se han repartido las cédulas á nadie; en Andalucía muertes y fraudes inauditos; en Alicante colisiones espantosas; en Granada barbaries gubernativas; en Guadalajara desgracias y tumultos; aquí prisiones de ciudadanos inocentes; allí demandas arbitrarias de periódicos; más allá intrigas tenebrosas y soborno de voluntades; en un lado abusos escandalosos y violencias increibles; en otro lado amenazas torpes y medidas dictatoriales; en todas partes confusion, muerte, desórden, fuerza, corrupcion, engaño, arbitrariedad y militarismo.

»Aquí en Madrid todos hemos visto lo que ha pasado; en cada distrito ha votado un cuartel, en cada cuartel ha habido una sola candidatura de ordenanza, en cada candidatura el nombre de un ministro ó de un señor desconocido; han votado los niños vestidos de soldados; no han podido votar los hombres vestidos de ciudadanos; y en la última hora, cuando ya en un distrito salia derrotado un teniente general, resucitó la *Partida de la Porra*, causando el consiguiente estrago de esa institucion moderna, sin conseguir no obstante lo que apetecia.

»Si despues de esto se dice que el sufragio universal es una

verdad, y que el triunfo del gobierno es justo y decisivo, renegamos de la libertad y hasta de la patria donde así se entiende y ejercita.»

* * *

¿Y los que por tan malas artes han sacado su nombre victorioso de las urnas, creen en conciencia que son diputados de veras? ¿Creen que son los intérpretes de la voluntad del mayor número? ¿Creen que son hijos legítimos del sufragio universal? No, no lo creen, pero obrarán como si lo creyeran. Indigna farsa!

Mas no piensen con ella consolidar la situacion actual, por más que quieran dar á las elecciones que acaban de verificarse carácter plebiscitario. No piensen con ella dotar á la nueva dinastía de más condiciones de estabilidad que las que tiene.

Ya en otro lugar ha aducido *El Jesuita* las razones que le asisten para afirmar que hasta un plebiscito es impotente para fundar un trono hereditario, y, ademas, su juicio se halla confirmado por la experiencia de lo que ha sucedido en Francia, donde las votaciones plebiscitarias han sido muy frecuentes, y no han creado nada estable, no obstante haber todas ellas respondido mejor, sin necesidad de cometer tantas iniquidades, al pensamiento del poder, que la últimamente verificada entre nosotros.

* * *

En la proporcion de 1.000 á 6 estuvieron los votos favorables á la Constitucion francesa de 1793, que no llegó á plantearse.

En la proporcion de 1.000 á 46 estuvieron los favorables á la Constitucion del año III.

En la proporcion de 1.000 á 0,3 los favorables á la Constitucion del año VIII.

En la de 1.000 á 2 los favorables al Consulado vitalicio.

En la de 1.000 á 0,7 los favorables al primer Imperio.

En la de 1.000 á 3 los favorables al acta adicional de 1815.

En la de 1.000 á 86 los favorables á Luis Napoleon Bonaparte en pugna con el general Cavaignac.

En la de 1.000 á 86 los favorables al golpe de Estado y á la presidencia por diez años.

En la de 1.000 á 82 los favorables al establecimiento del segundo Imperio.

* * *

Háganse cargo los progresistas, cimbrios y moros fronterizos de las precedentes cifras, que no han podido impedir que cayese el segundo Imperio, como cayó el primero, y que desapareciese el acta adicional de 1815, como desaparecieron tambien la Constitucion del año VIII, y la del año III, y la de 1793. Háganse cargo los defensores del actual desórden de las citadas cifras, y compárenlas luégo con las que arrojan las últimas elecciones verificadas en España á trancazos y á fuerza de escamoteos, capaces de dar envidia al mismo Bosco, famoso jugador de manos, el cual, á pesar de su incontestable mérito, se fué de España avergonzado y cariacontecido, porque vino á ejercer sus habilidades en una época de elecciones, hallándose en el poder los moderados, no obstante ser éstos, para el juego de cubiletes, unos niños de teta comparados con los situacioneros del dia. ¿Qué no podria decir ahora *El Jesuita*, cuando ya entónces dijo:

. . . . . .

Sin embargo, entre nosotros
á un señor Bosco tenemos,
prestidigitador célebre,
que dicen hace portentos.
Será un hombre extraordinario,
yo no lo sé ni lo niego;
pero dudo mucho, mucho,
sea el que quiera su mérito,
aunque deje á Macallister
á diez grados bajo cero,
que el prestigiador de Italia
rivalice con los nuestros.

¿Qué puede hacer en materia
de trampas y escamoteos,
que llegue á causar asombro
á un pueblo como este pueblo,
que ha visto, amén de otras cosas
que por hoy paso en silencio,
discutirse algunas actas
del Congreso en el Congreso?
Yo la cuestion no prejuzgo;
quiero atenerme á los hechos;
deseo que el señor Bosco
obtenga un lleno completo;
pero tiene que luchar
con el reciente recuerdo
de jugadores de manos,
de esos que no tienen pero.
¿Escamotea dos hombres
el señor Bosco? y qué es eso?
Hubo aquí gobernador
que escamoteó quinientos.

* * *

Los moderados, con su portentosa destreza, convirtiendo, como diria Víctor Hugo, las urnas electorales en cubiletes, eclipsaron á Bosco. Los progresistas, cimbrios y moros fronterizos se han propuesto en la última campaña electoral eclipsar á los moderados.

Lo han conseguido.

Pero de nada les han servido sus malas artes, por lo que ahora están que rabian contra el sufragio universal, y, de acuerdo con todos los partidos medios, acarician la idea de restringirlo.

Cómo? Nadie lo sabe, ni ellos tampoco.

En primer lugar, el sufragio universal es como la libertad religiosa; se conquista muy difícilmente, pero más difícilmente aún se pierde cuando se ha conquistado.

En segundo lugar, no se encuentra para sustituirlo ninguna fórmula que favorezca á las parcialidades dominantes, las cuales

tienen en contra todas las clases y todos los intereses sociales legítimos, todos, sin excepcion alguna.

* * *

No hay más que una ley electoral que pueda dar á los actuales situacioneros el resultado que apetecen. Es la siguiente:

Artículo 1.° Todo situacionero es elector.

Artículo 2.° Todo situacionero es elegible.

Artículo 3.° No es elegible ni elector quien no sea situacionero.

Sin embargo, el señor Olózaga, con su gran talento, propuso un medio que es aún más expeditivo, y que en las últimas elecciones ha empezado á ensayarse, aunque no con toda la extension y rigor debidos. Este medio, elevado á la categoría de ley, se reduciria á este solo artículo:

Artículo único. Todos los que no sean situacioneros serán exterminados.

No haciéndolo así, es inútil que los amos de la España con honra, si hay entre ellos algunos que tengan sesos, se los devanen para encontrar una ley electoral á su gusto.

¿A quién habian de conferir el derecho electoral que no les fuese adverso?

Á los ricos? No quiere á la actual situacion nadie que tenga cuatro pesetas bien adquiridas.

Á las personas ilustradas? No quiere á la actual situacion nadie que tenga sentido comun.

¿Á los hombres de probidad acreditada y de patriotismo nunca desmentido? Éstos son los que ménos transigen con la actual behetría.

Desengáñense los actuales dominadores; restrinjan cuanto quieran y como quieran la ley electoral vigente, no triunfarán nunca en la arena electoral sino presentándose á luchar en ella con armas prohibidas.

Su fetiche dijo un dia á los moderados con su poco envidiable cinismo habitual: «Tened, durante veinticuatro horas, encerrada la tropa en los cuarteles, y vereis lo que tardamos los progresistas en ser dueños del poder.»

Y ahora todas las oposiciones, parodiando al fetiche, dicen á los que desgobiernan: «Tened en la cárcel ó en los presidios, donde deberian estar, á los malhechores, falsificadores y porristas durante las elecciones, y vereis cuántos de vosotros salen victoriosos del combate.»

* * *

Quos Deus vult perdere prius dementat. Ya nada más faltaba á los progresistas que rebelarse contra el sufragio universal, porque no les ha sido favorable, para consumar su descrédito y acabar de poner en evidencia su imbecilidad al mismo tiempo que su espíritu reaccionario. ¿No se les alcanza que cualquiera que sea la ley electoral que se establezca, no hallándose en posesion del poder para cometer todo género de excesos, han de ser necesariamente derrotados, ya que no por los partidos extremos, por los otros partidos medios, que valen todos infinitamente más que el suyo? ¿No comprenden que lo que les hace falta es el aprecio de todas las clases, desde la más elevada hasta la más humilde? ¿No saben que el clero les odia, que la aristocracia les odia, que el comercio les odia, que les odian todos los hombres de ciencia, que les odian las clases trabajadoras? Pocos, muy pocos son en España los que no prefieren á una situacion progresista, aunque se entrevere de unionismo y se ribetee de cimbrismo, otra situacion cualquiera.

Restringiendo el sufragio, trabajarian por cuenta ajena. No serian ellos los usufructuarios y beneficiadores de su obra, sino los moderados y unionistas, con quienes la riqueza y la inteligencia simpatizan más que con ellos.

Restringiendo el sufragio, confesarian su impopularidad y su impotencia.

Restringiendo el sufragio, acabarian de ponerse en ridículo ó de poner en ridículo su extravagante adhesion á la teoría de la omnipotencia parlamentaria. Cómo! exclamarian todas las personas de sano entendimiento; ¡no os contentais con que se ejerza la soberanía popular por delegacion, sino que quereis que ejerzan la soberanía popular aquellos en quienes el pueblo no la ha delegado! ¡Quereis que el pueblo se halle representado por aquellos á quienes el pueblo, para representarle, no haya conferido sus poderes!

Restringiendo el sufragio, renegarian los progresistas de sí mismos, renegarian de la dinastía que han implantado en el país en virtud de la soberanía popular, aunque ejercida por delegacion.

Y cuenta que no es *El Jesuita* de los que desconocen los inconvenientes de que adolece el sufragio universal como todo lo humano, ni tampoco de los que le consideran en todos los casos como un criterio de certidumbre. Desde luégo no considera como decisivo su fallo en ninguna cuestion científica, porque no es él el llamado á resolver los problemas de la ciencia, ni le confiere facultades para prejuzgar el porvenir. El sufragio universal es un acto de la soberanía popular, es una manifestacion de esta soberanía, pero no es la soberanía misma. Encima de él están siempre los derechos individuales, contra los cuales nada puede el número.

* * *

El Jesuita ha meditado mucho acerca del sufragio universal, y muchas veces se ha preguntado si no podria ser un arma peligrosa puesta á disposicion de un pueblo ignorante ó corrompido. Algunas veces le ha inspirado recelos, y hasta ha creido que debia aplazarse su ejercicio para cuando todo el pueblo supiese leer. Se ha dicho, como Séneca, que los votos deben más bien valuarse que contarse, siendo necesario que el que vote sepa cómo vota y vote como quiera.

Buscó *El Jesuita*, sin poderla encontrar, una ley electoral que concediese el derecho de acercarse á las urnas á los que ofreciesen suficientes garantías de probidad, patriotismo y buen criterio para permitir creer que votaban como querian y sabian cómo votaban.

El derecho electoral, concedido á la riqueza y á la inteligencia, ofreceria ciertas ventajas, sirviendo cuando ménos para graduar el aumento de prosperidad é ilustracion del país, debido á las instituciones mismas. El número ascendente de ciudadanos que iria sucesivamente adquiriendo el derecho electoral, sería una prueba de la progresion ascendente de la cultura y bienestar del país. Se podria entónces presentar un estado de la progresiva prosperidad é ilustracion del pueblo, como el que presentó Duchatel, refiriéndose sólo á la prosperidad de Francia, y no á su ilustracion, desde la revolucion de Julio de 1830 hasta Febrero de 1842.

* * *

Desgraciadamente, ni la riqueza arguye inteligencia, ni la inteligencia y riqueza arguyen tampoco probidad y patriotismo, y demasiado sabido es que no son los pueblos más ricos y más ilustrados los ménos corrompidos, razon por la cual una ley electoral como la que *El Jesuita* hubiera deseado es una verdadera utopia.

Y, amén de lo dicho, toda ley electoral que no se funda en el sufragio universal es una injusticia y ha de dar necesariamente á las instituciones un carácter más ó ménos oligárquico que repugna al espíritu democrático del tiempo. Toda restriccion del sufragio convierte el derecho de todos en privilegio de pocos ó de muchos. El célebre Laboulaye, que, no obstante su liberalismo, es uno de los escritores más sensatos y más amantes del órden que florecen en nuestros dias, dice que el derecho electoral deberia hacerse extensivo á las mujeres, á quienes en general con-

cede, con muchísima razon, tan buen criterio y tantas virtudes como á la generalidad de los hombres.

* * *

Se dice que el sufragio universal se presta más fácilmente que el restringido á la influencia oficial, á la coaccion y á los amaños de los gobiernos, para falsificar la voluntad del país. Sucede precisamente lo contrario. La accion del poder se debilita tanto más cuanto más tiene que extenderse. Es lógico que así sea, y bien lo comprenden los mismos gobiernos y los mismos partidos, cuyas leyes electorales son tanto más mezquinas cuanto más impopulares ellos se consideran.

Acerca del particular hablan muy alto las últimas elecciones de diputados provinciales y diputados á Córtes, en que el gobierno queria á toda costa que el sufragio universal le fuese propicio, y no omitiendo ningun medio, ha obtenido un resultado que está muy léjos de ser para él satisfactorio. Con otra ley electoral cualquiera, más ó ménos restringida, sin ejercer más que una milésima parte de la influencia con que ha pesado sobre el cuerpo electoral, hubiera conseguido que todas las diputaciones provinciales se vaciasen en el molde de su monstruosa política, y hubiera traido un Congreso unánime, como ántes de la Revolucion lo traian siempre que les daba la gana todos los ministerios que se iban sucediendo.

Con aquellas leyes electorales, formadas á propósito para dar necesariamente el triunfo á una fraccion determinada, que nunca hubiera alcanzado si hubiese tenido que mendigarlo á la opinion pública, la ventaja más pequeña conseguida por las oposiciones era más significativa, era más elocuente, era un testimonio más vivo de su popularidad que una victoria completa conseguida con una ley electoral que hubiera favorecido las manifestaciones del espíritu público, sobre todo si se atiende á las malas artes puestas oficialmente en juego. Y áun hallándose establecido el

sufragio universal, cuando las malas artes del poder ó de sus agentes son tales como las que en las últimas elecciones han escandalizado á todas las personas honradas, bien se puede decir que cada diputado de la oposicion representa mayor número de votos libremente emitidos que cincuenta diputados ministeriales.

* * *

No olviden los progresistas, si piensan sériamente en restringir el sufragio, lo cual será para ellos un golpe en vago, que la ley electoral es de tanta importancia que se puede considerar como la base y fuente de todo; todo se halla á ella subordinado; de su bondad depende la de las instituciones. «Decidme, escribia el ilustre Cormenin, cuál es en un país la ley electoral, y os diré cuál es el espíritu de su constitucion, y los grados de libertad que tiene el pueblo en ella consignados.»

Con la misma razon hubiera podido añadir: «Decidme cuál es la constitucion de un país, y os diré cuál es su ley electoral.»

Lo mismo procediendo por deduccion que por induccion, lo mismo descendiendo desde el principio á sus aplicaciones, que subiendo del efecto á la causa que lo produce, es imposible dejar de hallar el enlace íntimo de las instituciones y de la ley electoral de cada país, derivándose de los vicios de ésta los vicios de aquéllas como un indispensable corolario.

* * *

Una constitucion se halla toda entera en la ley electoral. Ésta lleva á aquélla en su seno, y la da su forma y su carácter, y, por lo mismo, cuando la ley electoral es obra de una bandería, la Constitucion que de ella nace, en lugar de ser la síntesis de la voluntad del mayor número, es no más que la expresion de los intereses de una pandilla.

No es así como quiere *El Jesuita* las constituciones, no es así como las quieren los partidarios del régimen representativo, que,

por lo mismo que lo son de este régimen, no lo son de ninguna de las constituciones que han regido en España desde la muerte de aquel raquítico engendro que se llamaba el Estatuto Real hasta la caida de los Borbones, porque, como todas ellas fueron obra exclusiva de los progresistas ó de los moderados, en ninguna se vieron formuladas las aspiraciones de la patria.

Los partidos, que, tratándose de gobiernos, no pueden dar más que gobiernos de partido, tampoco, tratándose de instituciones, pueden dar más que instituciones de partido.

Sólo por la creencia que tiene toda bandería de que ella sola lo es todo y los demas son nada, se concibe que se diga: «La Constitucion *española* de 1837» y «la Constitucion *española* de 1845.»

Hablando con propiedad, deberia decirse: «La Constitucion *moderada* de 1845 y la Constitucion *progresista* de 1837.»

* * *

No restrinjais, progresistas, el sufragio universal. No, para vengaros de los deservicios que os ha prestado, cometais atentados inútiles que pueden volverse contra vosotros mismos. Os sucederá lo que al diamante que quiso apagar la luz á que debia su brillo porque brillaba más que él. Así lo dice el apólogo:

Con una luz un diamante
empeñóse en competir,
y cuanto más rutilante
ella lograba lucir,
era él tanto más brillante.
Cuando ella brillaba más,
él tambien, de ella á compás,
más y más tambien brillaba,
y alguna vez la igualaba,
sin excederla jamás.
Si la luz disminuia,
menguaban tambien en él
los rayos que despedia,
y con su cáustica hiel
la envidia vil le roia.

Conoció al fin su impotencia
en una lucha tan ruda,
y cometió la imprudencia
de pedir ajena ayuda
para acabar la pendencia.
—¡Oh céfiro, que á las flores
das un beso y otro beso,
en cambio de los olores
que bebes con tanto exceso
en su cáliz de colores!
al aura pide el aliento
con que las flores violento
y los árboles deshoja,
y líbrame del tormento
de esa rival que me enoja.—
Luchó la luz combatida,
pero la lucha fué breve;
quedó muy pronto rendida,
y pronto al céfiro aleve
tuvo que entregar la vida.
La que brillaba tan pura
no esparce ya rayos mil;
mas la noche queda oscura,
sin que el diamante gentil
pueda exhibir su hermosura.
Es muy ciega la venganza
y poco lograrla cuesta
por medio de una asechanza;
mas casi siempre es funesta
para el mismo que la alcanza.

* * *

Pero los progresistas dirán que, si no restringen el sufragio universal y le dejan funcionar libremente para que exprese la verdadera voluntad de la mayoría del país, el triunfo no será nunca suyo, sino de los carlistas ó de los republicanos.

Y si lo restringen, responde *El Jesuita*, de cualquier modo que sea, para impedir que la mayoría del país se acerque á las urnas,

el triunfo tampoco será suyo, sino de los moderados y de los unionistas. A los progresistas no les quiere nadie, y si llegan á poner una mano sacrílega sobre el sufragio universal, habrán acabado de legitimar la aversion que inspiran por su ignorancia, por sus farsas, por sus malas artes, por su falta de probidad, por su carencia de patriotismo, por su insaciable codicia y por sus malas pasiones. ¡Qué impertinencia, qué locura querer retener en sus manos inhábiles y torpes el poder que se les escapa, sin tener apoyo alguno en la muchedumbre, ni haberse tampoco captado las simpatías de las llamadas clases conservadoras, que huyen de ellos como del tífus icteródes!

* * *

Ni libertad, ni órden, ni tranquilidad, ni moralidad, ni hacienda, ni justicia, ni nada de lo que el país necesita, pueden dárselo los progresistas.

Y el país en general lo sabe.

Y el país en general sabe tambien que ninguno de los partidos medios, aunque todos preferibles al dominante, puede ni quiere recurrir á los remedios heroicos que le hacen falta en el deplorable estado en que se encuentra.

Así, pues, con el sufragio universal, no cohibiendo la voluntad de los electores con todo género de iniquidades y violencias, los únicos que podrán disputarse el triunfo en el palenque electoral, con la esperanza de obtenerlo, son los carlistas y los republicanos.

Y qué se le ha de hacer? ¿Tienen ellos la culpa de ser los más? ¿No la tienen los constitucionales? ¿No son los constitucionales los que con sus desmanes y excesos han despopularizado su sistema?

* * *

Si los partidos medios se unieran, se fundieran, formaran un cuerpo comun, homogéneo y compacto, sin que quedasen ni áun

las cicatrices de sus pasadas soluciones de continuidad, podrian tal vez, aunque muy dificilmente, contrarestar á los partidos extremos. Pero, es esto posible? No. Antes que los moderados, los unionistas, los progresistas y los cimbrios se agrupen alrededor de la misma bandera, se harán todos republicanos ó absolutistas. Son partidos esencialmente presupuestívoros, y no caben todos dentro del mismo presupuesto.

Porque es de notar que el corazon y la mente de todos los que pertenecen á los partidos medios, está con los republicanos ó con los absolutistas. Quien no está con los republicanos ni con los absolutistas es su estómago. No hay en el dia un solo monárquico-constitucional que lo sea en conciencia. No lo son ni los mismos monarcas constitucionales. ¿Quién no se cansa de ver representar farsas y hasta de representarlas?

* * *

Miéntras la generalidad, aunque cansada del régimen constitucional, que, como se ha practicado en España, ha sido siempre un repugnante engaño, tal vez porque no podia ser otra cosa, consideró imposible el establecimiento de la república é imposible tambien una restauracion del absolutismo, que, en el caso de verificarse, pasaria como una nube de verano por las razones ya aducidas en este capítulo, la fusion en uno solo de todos los partidos medios hubiera podido ser su salvacion, pero es de temer que ahora sea ya tarde. Sin embargo, bueno sería intentarla, por pocas que sean las probabilidades de conseguirla y muy inseguros los resultados que daria áun consiguiéndola.

Intentadla, sobre todo, vosotros, progresistas, que sois los más impotentes y los que más riesgo correis de desaparecer para siempre de la escena, dentro de un término muy próximo. Si no restringís el sufragio, el absolutismo y la república, que disponen de las muchedumbres, os pondrán muy pronto fuera de combate; y si lo restringís, los demas partidos medios, el unionista

y el moderado, con quienes simpatizan más que con vosotros las clases conservadoras, os anularán irremisiblemente. El callejon en que os habeis metido no tiene salida. Todas las avenidas teneis tomadas por unos ó por otros. Estais más acorralados que Napoleon el Chico en Sedan. Entregaos, rendíos á discrecion, ántes que se hagan más duras las condiciones que en la capitulacion se os impongan. Lo mejor que podeis hacer es *resellaros*.

* * *

¿Os causa horror la palabra resello? No sé por qué. ¿No habeis ya faltado á todos vuestros principios, en el supuesto de que alguno hayais tenido? ¿Qué os queda ya de progresistas más que el nombre? Dónde está vuestro dogma?

Podeis resellaros sin hacer el más mínimo sacrificio de vuestras convicciones, puesto que habeis ya demostrado no tener ninguna.

Verdad es que los demas partidos medios se encuentran en el mismo caso. Tanto mejor para vosotros. Así, al resellaros, no sólo no tendreis que abdicar ningun principio propio, sino que tampoco tendreis que aceptar ninguno ajeno. Podreis seguir siendo tan liberales como ahora. No han de ser tan inhumanos los *moros fronterizos* á quienes os entregueis, que no os dejen cantar el himno de Riego y hacer en casa el ejercicio de fusil con un palo de escoba.

—Y nuestras posiciones? y nuestros empleos? preguntareis sin duda. ¿No os ha dicho el Sr. Nuñez de Arce que os los dejarán, aunque *El Jesuita* no lo cree? De todos modos, si triunfan los absolutistas ó los republicanos, debeis darlos por perdidos. Resellaos, ó de otra suerte vais á quedar sepultados bajo las ruinas del edificio que con tanta dificultad habeis coronado.

* * *

Si restringís el sufragio, cometereis el más impopular de los actos en provecho de los unionistas y moderados, que son los que á él os inducen para que todo se lo deis hecho. Prefieren que restrinjais el sufragio á que os paseis á sus filas con armas y bagajes, porque os desprecian, porque no servís más que de estorbo, y ya les habreis oido decir que con vosotros no se puede ir ni á coger monedas de cinco duros.

El crímen, por amor al crímen, se comete raras veces, y si los moderados y unionistas desean que se restrinja el sufragio, es únicamente para que el gobierno, cuando sean gobierno ellos, pueda triunfar en las elecciones, sin necesidad de hacer tantas picardías como habeis hecho vosotros.

Miéntras tanto el sufragio universal es el objetivo de sus más fieras iras, y le hacen responsable de todos los excesos que habeis cometido en las últimas elecciones para falsificarlo. Entienden la justicia como vosotros, que prendeis á los apaleados y dejais impunes á los apaleadores. Dia ha de llegar, si la política no toma otro rumbo, en que se lleve al palo á todo el que, no siendo de la Tertulia, haya estado á punto de ser asesinado. Hemos llegado á un extremo en que, no sólo no se hace ya justicia, sino que la justicia se hace al reves. Si el inocente Azcárraga hubiese escapado con vida de los golpes de los aporreadores, ahora estaria en la cárcel. Os pareceis á aquel mancebo de una barbería que dijo á un infeliz que se quejaba de que le hubiese arrancado dos muelas en lugar de una: «Calle usted por su bien, que si el amo llega á enterarse de lo sucedido, le cobrará á usted las dos, y con razon.»

* * *

Los moderados y unionistas quieren que el sufragio universal, que es su pesadilla, sea tambien la pesadilla de los progresistas, y lo será, porque los progresistas podrán no ser liberales, pero el título de cándidos no hay nadie que se lo pueda negar sin cometer una injusticia. Restringirán el sufragio, con lo cual harán el

caldo gordo á los reaccionarios, que despues no les dejarán resellarse aunque ellos quieran. Pobres progresistas! Parece imposible que sean tan malos, siendo tan tontos.

* * *

Por lo demas, lector, si fijas debidamente la atencion en los horrores que cuentan del sufragio universal los que no se sienten favorecidos por las simpatías públicas, y saben que con él les ha de ser imposible volver á las ollas de Egipto, preciso será que convengas con ellos en que el derecho electoral ilimitado es una monstruosidad, como se demuestra en los siguientes hechos consignados en las columnas de un periódico equilibrista, el más hábil que se conoce para encontrar en todas las circunstancias un término medio entre todos los términos medios:

«El sufragio universal, dice, no tiene solamente inconsecuencias, sino tambien caprichos que casi se pueden calificar de locuras. En Jerez de los Caballeros, un actor ambulante, que, maltratado por el público, se convirtió en actor de dia y trocó las tablas del teatro por las doctrinas más exageradas, ha vencido, segun se dice, á un escritor público, liberal y abogado de justa reputacion; y en otro distrito de Galicia, otro escritor, demócrata y propietario de un periódico, ha estado á punto de ser derrotado por un sastre. La inteligencia, pues, no es mejor tratada por el sufragio de los que no leen ni escriben, que la propiedad y los servicios prestados al país.»

* * *

Pícaros jerezanos! pícaros gallegos! ¿Con que en Jerez de los Caballeros un actor ambulante, maltratado por el público y que predicaba las doctrinas más exageradas, venció nada ménos que á un escritor público, liberal y abogado por añadidura, y en un distrito de Galicia estuvo á punto de sucumbir del mismo modo,

á manos de un sastre, otro escritor demócrata y propietario de un periódico? ¿Qué haces, lector, que no se te crispan los nervios, ni se te estremecen las carnes, ni se te erizan los cabellos?

* * *

Si el escritor derrotado y el que estuvo á punto de serlo escribian majaderías como las del autor de las líneas que *El Jesuita* acaba de copiar, bien puedes asegurar, lector, que eran ménos dignos de ocupar un puesto en una Asamblea liberal que el cómico y el sastre que fueron sus contendientes. Á un cómico por ser cómico, y á un sastre por ser sastre, ¿les está prohibido interpretar mejor las aspiraciones del país que á un escritor público por más que sea abogado, y á un escritor público por más que sea propietario de un periódico?

Un cómico, aunque sea un mal cómico, puede tener una inteligencia superior, como la tuvieron Molière y Sakespeare, y dedicarla á la solucion de los grandes problemas políticos y sociales. Un sastre puede llegar á ser presidente, no de un ministerio de España, que á tanto puede llegar cualquier Perico de los Palotes, sino de la gran república de los Estados-Unidos de América. Parece que, algo más que el oficio ó profesion, deberia influir la raza en las cualidades intelectuales y morales del individuo, y, sin embargo, Juarez es indio, y el poeta Plácido y el inmortal Alejandro Dumas eran mulatos.

Por otra parte, ¿quién, que profese opiniones determinadas, no prefiere ser representado por un cómico ó un sastre, de quienes sabe que han de sostenerlas, á serlo por un escritor ó un abogado ó un propietario, de quienes sabe que han de combatirlas?

Convengamos, lector, en que se escriben muchas sandeces.

* * *

¡Un escritor liberal y abogado vencido por un cómico! ¡Vaya una cosa del otro juéves! ¿Quién no es en el dia escritor, quién no

es liberal, quién no es abogado? Precisamente todos los que no quieren estudiar ni trabajar se hacen una de las tres cosas, ó las tres cosas juntas. Cuando un muchacho se ve perdido, y por falta de aptitud ó de aplicacion no se siente con fuerzas para estudiar medicina ó emprender alguna de las carreras especiales, se hace escritor y abogado, á no ser que le dén un empleo. Esto es sabido.

El otro escritor, que estuvo en un tris de que le soplara la diputacion un sastre, era demócrata, es decir cimbrio, en otros términos apóstata. No le conoce *El Jesuita*, ni al sastre tampoco; pero el sastre era preferible.

Y si gradúas, lector, la importancia de los individuos por la profesion de cada uno, y la importancia de las profesiones, comparadas entre sí, por los beneficios que de ellas reporta la sociedad, convendrás con *El Jesuita* en que la sociedad podria más fácilmente prescindir de los escritores que de los sastres.

Ojalá hubiese más sastres y ménos escritores! Mejor andaria el mundo.

Y quien dice sastres, dice zapateros, dice carpinteros, dice artesanos. Ya lo dijo, hace mucho tiempo, *El Jesuita*.

Lo que España necesita
son agricultura y artes,
ménos levitas que escriban
y más chaquetas que caven.

* * *

¿No te parece, lector, que á nadie que haya aprendido á raciocinar y á discurrir se le hubiera ocurrido nunca deducir, del triunfo electoral conseguido por un cómico y del que estuvo á punto de conseguir un sastre, que el sufragio de los que no leen ni escriben maltrata la inteligencia, la propiedad y los servicios prestados al país? *El Jesuita* por su parte confiesa que no ve en semejante raciocinio la ilacion que la lógica requiere, ni, por más que fuerce las premisas, puede conseguir que de ellas se despren-

da tan arbitraria consecuencia. ¿Quién ha dicho que el cómico y el sastre carezcan de inteligencia? ¿Cómo se sabe que los electores que les favorecieron con su voto eran precisamente los que no saben leer ni escribir? ¿Y acaso, aunque no sepa leer y escribir, no sabe cada cual lo que le importa? Demasiado, mucho más de lo que quisieran los frenéticos impugnadores del sufragio universal, que no por otra razon lo combaten. ¿Qué padre de familia, sin que haya aprendido el abecedario, ignora que no le convienen las quintas, ni pagar tanta contribucion para que se dén buena vida unos cuantos centenares de parásitos y satisfacer los intereses de una deuda que en poco más de dos años se ha duplicado subiendo á la enorme cantidad de 828 millones, sin contar lo que colea?

* * *

Y, amén de todo, en tantísimos años seguidos como lleva España de sistema constitucional, durante los cuales funcionaron leyes electorales más ó ménos mezquinas hasta la caida de Doña Isabel II, no parece que tenga muchos motivos de estar contenta de lo que por ella hicieron los hijos del sufragio restringido. Lo mismo entónces que ahora, preponderaba en la Cámara electiva el elemento oficial, el elemento automático, el elemento presupuestívoro; lo mismo entónces que ahora, los diputados de la mayoría no se ocupaban más que de hacer su negocio. Nó; los diputados elegidos por un cuerpo electoral privilegiado no fueron más beneficiosos para el país que los elegidos en virtud del sufragio universal.

Acaso se diga que las elecciones verificadas desde que rige el sufragio universal han sido más tempestuosas que las anteriores. Es cierto, pero las tempestades no han sido producidas por los electores en el ejercicio de su derecho, sino por el gobierno, empeñado en triunfar á toda costa á pesar de los electores.

* * *

Los hijos legítimos del sufragio universal, los que han salido victoriosos de las urnas, no obstante las artes traidoras y armas de mala ley con que se les ha combatido, ni por su inteligencia, ni por su honradez y patriotismo tienen nada que envidiar á los más inteligentes, más honrados y más dignos patricios que figuraron en las legislaturas anteriores á la Revolucion de Setiembre. En la última Asamblea Constituyente, las grandes nulidades y los grandes egoismos no se encontraban seguramente en los grupos de la oposicion, sino en las filas de la mayoría, compuesta casi en su totalidad de elementos oficiales traidos por la influencia del ministro gran elector que á raíz de la Revolucion hizo las elecciones.

Déjense, pues, de calumniar al sufragio universal los que saben que, miéntras él subsista, será muy difícil (á no ser que el gobierno, para contrarestar la voluntad del país, se entregue á todo género de excesos), que se fabrique en los talleres oficiales un Congreso á su gusto y *ad usum suum*. El pueblo, que sabe lo que le conviene, podrá enviar á las Córtes, obedeciendo á su propio criterio, uno ó más artesanos, uno ó más labradores, para que le representen y defiendan sus intereses, pero de seguro no enviará ningun logrero político, ningun apóstata inmundo, ningun jugador de oficio, ningun hombre encenegado en la crápula y el vicio. Semejantes séres no los trae más que el sufragio restringido ó la influencia oficial.

* * *

Pero, ya se ve! hay quien tiene empeño en que se conserven inalterables las rancias y maléficas preocupaciones que hacen considerar el trabajo como una deshonra; y los que nada dicen cuando se confiere la investidura de legislador á un hombre el más depravado, á un traficante de carne humana, á un usurero sin piedad, á un horro de ayer que se ha enriquecido con el crímen, ponen el grito en el cielo cuando el país deposita su confianza en

un trabajador honrado, de quien se sabe positivamente que no ha de traficar con su conciencia.

Es singular lo que pasa. El haragan, que no hace más que vegetar y que para nada sirve, es mejor considerado que el artesano más laborioso y probo. Entre todos los anacronismos, ninguno es tan repugnante como el de las cuatro Órdenes militares, por las pruebas que se exigen para ingresar en ellas, entre las cuales está la de no haberse dedicado los ascendientes del aspirante á ningun trabajo manual. ¡Y ni áun tan ridícula extravagancia ha echado abajo la llamada Revolucion democrática de Setiembre!

* * *

No obstante todo lo dicho, *El Jesuita*, que quiere el gobierno del país por el país y para el país, pondria una limitacion al sufragio, privando de derecho electoral á los militares en activo servicio, por no hallarse en el pleno goce de los derechos civiles y carecer por consiguiente de los requisitos de que, segun la Constitucion, han de estar dotados los electores.

La ley fundamental prescribe que ningun español podrá ser preso sino en virtud de mandamiento escrito y razonado de juez competente, ni verse compelido, sino despues de una sentencia ejecutoria, á mudar de domicilio ó residencia, ni ser juzgado por tribunales extraordinarios. Ademas, todos los españoles pueden emitir libremente sus ideas por medio de la imprenta, y censurar en sus escritos los actos de los que ejercen funciones públicas. Todos gozan tambien del derecho de reunion.

Los militares tienen hasta prohibido concurrir á manifestaciones políticas y censurar á sus superiores, y son juzgados por consejos de guerra; y por alta que sea su categoría, han de residir donde el gobierno quiera, y cualquier superior puede arrestarles. Carecen pues de derechos civiles, y por consiguiente no son electores. No deben serlo. No lo consiente la libertad del pueblo, ni lo consiente la disciplina del ejército. El voto de los mi-

litares es mortal para la una ó para la otra, ó para las dos á un mismo tiempo.

* * *

Fuerza es repetirlo; los militares no son ni pueden ser electores. Dirás, lector, que, aunque no lo son ni pueden serlo, han votado en las últimas elecciones; y no sólo han votado, sino que en Madrid su voto, aunado con el de los empleados, que tampoco deberian tenerlo porque carecen de independencia, han dado el triunfo al gobierno más odioso que ha habido nunca en España.

Por la Constitucion, los militares en activo servicio no son electores, y aunque el Código fundamental no lo expresa así terminantemente en ninguno de sus artículos, se desprende lógicamente de las disposiciones en que determina los requisitos de que ha de estar dotado todo ciudadano para ejercer el derecho electoral. Pero el gobierno, acostumbrado á prescindir de las prescripciones de la ley siempre que le conviene, con más facilidad y holgura prescindirá aún de ellas siempre que pueda interpretarlas á su gusto, por más que tenga que violentar su sentido. Á otro gobierno que no fuese el actual, le bastaria que la Constitucion dijera que para ser elector se requiere estar en el pleno goce de los derechos civiles, para saber que los militares en activo servicio carecen de derecho electoral; pero á los hombres que hoy nos mandan, luchando desesperados contra la corriente de las aspiraciones públicas, es preciso, y áun esto quizás no baste, que se les ponga delante un artículo de la Constitucion que diga:—Los militares en activo servicio no son electores.

Hecha esta limitacion, el sufragio universal no ofrecerá más que un inconveniente, que no deberia serlo para los que invocan la omnipotencia parlamentaria como expresion y síntesis de la soberanía nacional. El sufragio universal les arrebatará de las manos el poder, que de otro modo les será arrancado violentamente, ó pesará sobre España la más espantosa tiranía.

Á no ser que los partidos medios se fundan en un partido solo, el sufragio universal dará el triunfo á los absolutistas ó á los republicanos; pero el de los primeros, que sería el más temible, no llegaria á consolidarse, porque entónces, y sólo entónces, llegarian los constitucionales todos á entenderse entre sí, y hasta con los republicanos. El de éstos, que deberia haberse facilitado, en lugar de contrariarlo, desde el momento en que cayó Doña Isabel II, sería tambien efímero si los republicanos careciesen en el poder de la moderacion, austeridad y virtudes que la forma de gobierno republicana exige para no ser el peor de los sistemas.

* * *

De todos modos, es preciso pasar por una restauracion absolutista ó por la república para acabar con el actual desórden, ántes que el actual desórden acabe con España. ¿Por qué no acaba con él el nuevo monarca?

El absolutismo duraria poco porque ha pasado su tiempo, pero serviria para rehabilitar á los partidos medios, que hoy están verdaderamente inservibles.

La república sería un ensayo que, no favoreciendo los intereses del país, se abandonaria muy pronto; y sólo en el caso, para *El Jesuita* muy problemático, de que correspondiese la práctica á los beneficios para el pueblo que esperan de ella sus partidarios, llegaria á constituir una situacion definitiva.

Venga pues el absolutismo, ó venga la república. ¿Qué puede suceder? ¿Que los absolutistas ó los republicanos lo hagan tambien muy mal? Peor que la gente de ahora no lo han de hacer. Estamos resignados á atravesar un período de tiranía ó de turbulencias. No hay tiranía ni turbulencias que puedan exceder á las actuales. Cárlos España era un niño de teta comparado con cualquiera de los bajáes que hoy nos azotan; y, mal por mal, es preferible Calomarde á Sagasta.

Venga el absolutismo, ó venga la república. Los partidos me-

dios no saldrán de su impotencia, ni formarán un cuerpo comun compacto y homogéneo, sin sufrir ántes una ú otra de las dos peripecias que la reaccion y la revolucion prepara en España y en Europa.

Miéntras tanto, los partidos medios serán incapaces de gobernar.

* * *

Aquí *El Jesuita* daria fin á este capítulo si no creyese deber anticipar una contestacion á los que gratuitamente supongan en él el propósito de desacreditar instituciones pasadas, tales como los institutos religiosos. *El Jesuita* conoce la suspicacia de los teócratas, y debe decir que los que, tal vez contra su intencion, desacreditan realmente una institucion, cualquiera que sea, son los que se empeñan en restablecerla cuando ha muerto en los espíritus, los que prescinden del tiempo ó viven fuera de su tiempo, los que pretenden que el pasado devore el presente, engendro suyo, como Saturno devoraba á sus hijos; no los que, como *El Jesuita*, al estudiar la civilizacion en todas sus trasformaciones y adelantos, se hacen cargo de todas las evoluciones que ha ido describiendo para desarrollarse en el globo, inquieren la razon de ser que ha tenido cada institucion en cada época, y hacen á todas justicia, y á todas conceden el lugar que las corresponde en la historia de los progresos humanos.

Pero, al dejar consignada la influencia civilizadora de los monasterios y del feudalismo en los tiempos de barbarie, *El Jesuita* no ha de llevar tan allá su respeto al pasado que no diga que la Inquisicion no ha sido útil ni saludable nunca, como no se busque su utilidad en la reaccion que con sus atentados provocó en los espíritus contra la intolerancia religiosa. Tiene muy presentes los ataques que dirigió á una institucion tan formidable Cárlos de Montchal, arzobispo de Tolosa, prelado muy respetable por su virtud y sabiduría. Á él, que veia con dolor que esta institucion

era incompatible con las libertades públicas y los derechos del episcopado, debió Francia la supresion de los inquisidores como tribunal real en el Consejo de Estado. Los hermanos predicadores se enfurecieron; la córte de Roma y la de España escribieron á la de Francia en defensa de la Inquisicion y contra un prelado que, para destruirla, se apoyaba en la autoridad de los sagrados cánones. Pero el arzobispo de Tolosa fué más fuerte que sus adversarios, y la Inquisicion perdió toda jurisdiccion en el reino.

El Jesuita tiene pues contra la Inquisicion el apoyo de eminentes prelados, y en sus obras, y no en las de los enemigos de la Religion, halla datos para combatir aquel tribunal odioso.

Pero *El Jesuita*, por más que el parasitismo monástico repugne á la conciencia pública y sea contrario al desarrollo de la prosperidad general, ha manifestado la benéfica influencia que los monasterios ejercieron en su tiempo. Les ha otorgado, como se los otorga al feudalismo, los títulos de gloria que tienen derecho á reclamar por la mision civilizadora que se impusieron y cumplieron. *El Jesuita* no se ha propuesto desacreditar los institutos religiosos, por más que les haya considerado como una rémora de todos los progresos en las modernas edades. No se desacredita á un viejo por llamarle viejo, ni á un difunto por llamarle difunto.

* * *

Y nada más fácil que aducir argumentos para probar que las órdenes religiosas son incompatibles con los adelantos y manera de ser de la época. El desarrollo de la riqueza pública en un país como España, cuya poblacion es escasa, que cuenta con una extension muy considerable de terrenos incultos que pudieran hacerse productivos, y que oye llamar á la puerta las industrias de otras naciones que la piden cédula de vecindad, es incompatible con el parasitismo monástico, que roba á la agricultura y á las artes muchos brazos útiles; es incompatible, sobre todo, con la amortizacion completa, y ésta la traen los conventos, cuyos mo-

radores, por su voto mismo de pobreza, que les obliga á convertir la propiedad individual en colectiva, tienen por precision que inmovilizarla. Á la inmovilizacion de la propiedad, que ha pesado sobre ella durante tantos siglos, debe España su abatimiento y decadencia, de que sólo podrian sacarla instituciones muy diferentes de las que rigieron miéntras vivió sometida á la férula del despotismo.

Los absolutistas niegan que su sistema sea contrario á la causa de la civilizacion; pero, como si ésta fuese posible sin la adopcion de las reformas que va reclamando el tiempo, y como si la adopcion de cualquier reforma no exigiese la destruccion de las instituciones que á ella se oponen, hacen consistir la civilizacion en la conservacion de estas mismas instituciones. Tienen una manera de comprenderla muy *sui generis*. Hablan de Francia y de Inglaterra para meter miedo con los horrores de sus revoluciones, sin decir esas datas de sangre á qué cargos de sangre corresponden.

El Jesuita lo reprueba todo, el cargo y la data.

CAPÍTULO XII.

EL PARTIDO MODERADO.

Tal vez, lector, te hubiera parecido natural que *El Jesuita*, á continuacion del partido absolutista, se hubiese ocupado del neo-catolicismo y de la mogigatocracia, que afectan ser escrecencias suyas. Pero el neo-catolicismo y la mogigatocracia son modernos, son de muy nueva creacion, y el plan cronológico que se ha trazado *El Jesuita* para que no se le acuse de parcial, le obliga á hacer salir ántes á las tablas al partido moderado, de cuyo contubernio ó nefanda cópula con el absolutista nacieron los neo-católicos y mogigatócratas.

* * *

Siendo el partido moderado una de las dos mayores y más antiguas fracciones en que se dividió la comunion constitucional, conviene decir algo de esta comunion, aunque no será mucho lo que diga *El Jesuita*, puesto que tendrá que ocuparse de las distintas partes de que se compone.

Su orígen es antiguo en el mundo, siendo el sistema constitucional, segun el autor de la *Palingenesia social*, la alianza del pasado y del porvenir.

Una constitucion es una especie de tratado sinalagmático entre el trono y el pueblo, y es ó quiere ser el consorcio de la autoridad y la libertad.

Considerada como una abstraccion, ó como un simple derecho, la libertad es absoluta, completa; es decir que es absoluta, completa, la libertad á que tenemos derecho todos.

Pero de hecho esta libertad, que en justicia no debe tener más límites que los que señala á cada uno la de los demas, no existe en ninguna parte, ni siquiera en los Estados-Unidos de América, donde el bello ideal de la libertad se halla casi realizado.

Los gobiernos, cuyo objeto, al constituirse las sociedades, no podia ser otro que obligar á cada uno á respetar los límites que á su libertad imponia la de otro, para que la libertad individual pudiese ejercerse sin perjuicio de tercero, restringieron y menoscabaron la libertad con el pretexto y en el mero hecho de reglamentarla, y circunscribieron más y más su uso, afectando el deseo y la necesidad de precaver sus excesos.

Desde luégo la antinomia del principio de autoridad y del principio de libertad se hizo patente.

Aquél se fué desarrollando á expensas de éste, y cada dia más poderoso por la fuerza que tomaba á su contrario, que era, por la misma razon, cada dia más débil, acabó, con sus reiteradas invasiones, por absorberlo y anularlo casi completamente.

Las revoluciones y las reacciones, cualquiera que sea su carácter, no son en definitiva más que una lucha de los dos principios, una lucha de la sociedad ó parte de ella, que reclama del poder la porcion de libertad que le ha quitado, ó una lucha del poder, que quiere arrebatar á la sociedad ó parte de ella una porcion de la libertad que áun le queda.

Por eso se dice, y está perfectamente dicho, que las revoluciones son esencialmente negativas. Su objeto es destruir; y si nada tienen que destruir, carecen de razon de ser. No tienden á fundar un derecho, porque los derechos están todos fundados, y son imprescriptibles, innatos, ó al ménos tan antiguos como el

hombre; con el hombre nacieron, y sólo con el hombre morirán; las revoluciones son la voz de un pueblo que pide, no un derecho, sino el allanamiento de los obstáculos que se oponen al ejercicio de un derecho.

No habiendo obstáculos que destruir, las revoluciones no tienen siquiera motivos de existencia.

Pero los obstáculos han sido siempre muy numerosos. El principio de autoridad, santo en su orígen y por las funciones que le confió la libertad misma, los ha ido hacinando contra ésta con una perseverancia infatigable.

Débil, al empezar la lucha, contra el principio de libertad, porque la lucha era la de un hombre solo ó unos cuantos hombres contra la sociedad entera, supo tomar fuerzas de la sociedad misma que combatia; creó en su seno un poderoso antagonismo; puso los intereses de unos en pugna con los de otros, y así sacó de las mismas filas enemigas auxiliares de su mala causa. De aquí el orígen de las clases; de aquí los privilegios; de aquí la destruccion de la reciprocidad de derechos y deberes; de aquí, en una palabra, todos los vicios de organizacion social que el pasado ha legado al presente.

Los abusos, sostenidos por el egoismo de los unos y las supersticiones de los otros, se han incrustado en la sociedad, han llegado á formar con ella cuerpo comun, se han encarnado en las costumbres, se han convertido en una especie de derecho consuetudinario, han conseguido la sancion del tiempo, y sería temeridad pretender desarraigarlos todos á la vez y en un sólo dia.

No se producen como se quiere esas soluciones de continuidad entre el pasado y el presente.

Toda la táctica de los amigos de la libertad tuvo que consistir, en un principio, en atraerse á sus enemigos, transigiendo hasta cierto punto con ellos; en arrancar partidarios al pasado; en ir poco á poco rescatando uno tras otro cada uno de los derechos que se hallan presos entre las garras de un abuso. Los amigos de la libertad tuvieron que aspirar nada más que á triunfos par-

ciales, á ventajas graduales y lentas, que eran las únicas susceptibles, prefiriendo mucha libertad á poca, pero prefiriendo tambien poca libertad á ninguna.

* * *

Así es como el tránsito del régimen absoluto al constitucional se hizo en el terreno de las ideas ántes que, más ó ménos revolucionariamente, descendieran éstas al de la práctica.

No es ésta ocasion de escribir la historia del régimen constitucional, que tres veces distintas se ha establecido en España en lo que va de este siglo. Algo, no obstante, se ha de decir para conocer las tradiciones y hábitos del país y fijar la situacion respectiva de los partidos que se lo disputan como si no se perteneciese á sí mismo.

Cierta intervencion del país en sus propios negocios existia ya en los llamados tiempos del absolutismo. Ya en el siglo sexto habia *Concilios* que en el duodécimo tomaron el nombre de *Curias* y en 1220 el de *Córtes*, siendo su orígen muy anterior á la invasion de los bárbaros.

Los germanos, para ocuparse de asuntos de interes general, solian reunirse en épocas fijas, é implantaron esta costumbre en los países por ellos conquistados, asistiendo á las Asambleas todos los hombres libres de la tribu.

Habia ademas otras reuniones ménos importantes, compuestas exclusivamente de eclesiásticos y de jefes. Siempre el capacete y el solideo, la espada y el hisopo.

Los godos conservaron en España los dos géneros de asamblea, hasta que el reparto de tierras, muy distantes unas de otras, entre los vencedores, impidió á la poblacion libre reunirse en un punto determinado. Sólo diez y ocho veces, en dos siglos que duró la monarquía goda, convocaron los reyes al pueblo, y no asistieron á las primeras reuniones más que los que tenian mucho dinero para hacer el viaje, por lo que se resolvió no convocar en

lo sucesivo más que á las altas dignidades eclesiásticas, á los llamados *hombres ilustres del oficio palatino*, que es como si dijéramos altos empleados de Palacio, tales como Abascal, Mochales, etc., á los gobernadores de provincia y á los señorones de más campanillas. El elemento eclesiástico llegó á preponderar de tal manera que en el noveno Concilio de Toledo, á que asistieron ochenta y nueve votantes, no habia más que media docena que no fuesen obispos, vicarios ó abates.

Congresos por el estilo no serian rechazados seguramente por ningun absolutista de nuestros dias.

Verdad es que en aquellos tiempos la gente de Iglesia, no sólo dominaba en las asambleas por su número, sino que tambien por su ciencia.

No hubo más que una reunion á que fuesen llamados todos los hombres libres, y fué en 508, para nombrar sucesor á Alarico II, muerto en Vougle por Clodoveo, rey de los francos. Entre los asistentes habia hombres libres de todas las clases, pero ninguno asistió como representante de tal ó cual monarca. No habia elecciones, y por consiguiente no habia tampoco escamoteos, coacciones, influencia moral, cubiletes ni porrazos.

Y eso que los poderes de aquellas Asambleas eran muy amplios, pues se ocupaban hasta del dogma, de la moral y de la disciplina de la Iglesia, y á más intervenian con el rey en la formacion de las leyes. Véase el *Fuero-Juzgo*, que es la recopilacion hecha en 634 de las leyes que en dichas Asambleas se elaboraron, las cuales, refundidas y completadas siete siglos despues por las Córtes de Alcalá, constituyeron las *Partidas*, con las cuales nada tiene que ver la de la *Porra*.

No es nada lo del ojo! ¡Poquitos humos tenian aquellas asambleitas, nombradas sin el beneplácito de ningun Sagasta! Cuando el trono quedaba vacante, por haber muerto el rey sin sucesion, ó por haberle mandado con la música á otra parte al grito ó sin el grito de *España con honra*, ellas nombraban otro ó aprobaban la eleccion hecha de antemano por el rey difunto.

En achaques de parlamentarismo, los árabes se hallaban á la altura de nuestros neo-católicos. Bajo su dominacion no hubo Concilios en la España sometida, pero reaparecieron con todo su vigor y su fisonomía teutónica en Asturias, no figurando en ellos en un principio más que los caudillos militares para ocuparse con el rey de asuntos de la guerra. Poco á poco, dando entrada en ellos á los obispos y á las *potestades*, que es como se llamaban entónces los alcaldes y corregidores, se convirtieron en Asambleas deliberantes.

La monarquía era á la sazon electiva, y las Asambleas eran quienes elegian el monarca, le tomaban juramento y discutian sus actos. Siguieron llamándose Concilios y tomaron el nombre de Curias en el siglo XII.

No es cierto, como han dicho algunos, que el pueblo tuviese voz y voto en dichas Asambleas, si bien asistian á la reunion los soldados y los habitantes de la poblacion en que se celebraba, y algunas veces se les preguntaba si les parecia bien tal ó cual resolucion que acababa de adoptarse, á lo que ellos respondian siempre con señales de aprobacion y gritos de entusiasmo. ¡Pobres borregos!

Hasta el año de 1188 no tuvieron las ciudades representacion en las Asambleas, compuestas ántes únicamente de individuos pertenecientes al clero y á la nobleza.

Los representantes tomaron el nombre de Procuradores, circunstancia que tuvieron sin duda presente en 1834 los autores del Estatuto Real, que designaron con la misma denominacion á los miembros de una de las dos Cámaras, como si temiesen ir más allá del siglo XII. Desde entónces empezó la eleccion á intervenir en la formacion de las Asambleas, y éstas dejaron el nombre de *Curias*, con que habian sustituido el de Concilios, para tomar el de Córtes.

Ya en aquella época (y cuidado si va larga la fecha) la diputacion excitaba muchos apetitos, y habia manejos electorales y coacciones y dádivas y promesas *y otros comestibles*, y hubo ne-

cesidad de que se recordase á los reyes que era preciso respetar la libertad de los electores.

En el siglo XIV la importancia de las Córtes llegó á su colmo, y las Comunidades consiguieron que no se deliberase nunca sino en presencia de sus diputados y que no se impusiese ningun tributo sin el acuerdo previo de los tres brazos ú órdenes; lo que quiere decir que los actuales ministros hubieran pasado por retrógrados hasta en el reinado de Don Sancho.

* * *

El deseo de las poblaciones de tener voto en Córtes era muy general, pero habia pocos que gozaran de tan codiciada facultad, la cual podia considerarse como un privilegio otorgado á las ciudades, y no como un derecho de sus habitantes.

Era para algunas ciudades que habian adquirido importancia un gran perjuicio no tener voto en Córtes, al paso que para otras, que estaban en decadencia, era una verdadera carga el tenerlo, pues se veian obligadas á mantener convenientemente á sus diputados, por lo que suplicaron al rey que ocurriese él mismo á este gasto con los fondos de su caja. El rey no se hizo de rogar, porque comprendió que así pondria bajo su dependencia á los diputados y se los haría suyos, como sucedió en efecto, por lo que las ciudades renunciaron á la munificencia real, que les costaba demasiado cara.

Pero como al mismo tiempo no querian faltar á su propósito de adoptar severas economías, resolvieron nombrar un sólo diputado para representar provincias enteras, lo que era un abuso, contra el cual clamaron las ciudades que aspiraban á tener voto en Córtes. El rey rechazó su demanda, sabiendo bien lo que se hacía, como lo saben los reaccionarios disfrazados de liberales que piden hoy que se restrinja el sufragio universal, bajo el pretexto de regularizarlo. El rey comprendió que su influencia en las elecciones y en las Córtes habia de aumentar necesariamente en razon

inversa del número de electores y diputados. Si *El Jesuita* creyese en la metempsícosis y en la ubicuidad del alma para dar vida á la vez á cuerpos diferentes, diria que el alma de ese rey á que se refiere anima á los que predican actualmente una cruzada contra el sufragio universal, cuya bondad acaba de demostrarse por los mismos innumerables atentados que han tenido que cometer los hombres de la situacion para que les fuese propicio, y áun así sólo han conseguido traer una mayoría abigarrada é impotente de políticos de última fila, con la cual es imposible que gobierne nadie. Verdad es que de lo que ménos se ocupan y piensan ocuparse los que se hallan hoy al frente de la situacion, es de gobernar ni de cosa parecida.

Los reyes se salieron con la suya, llegando á convertir su influencia en el más feroz despotismo. Cárlos V se prevalió de ella para someter á las Córtes y desterró los procuradores independientes, no obstante su inviolabilidad, obteniendo de esta manera onerosísimos subsidios. No estuvo mal ideado.

Las ciudades se negaron entónces á pagar los impuestos, y, hallándose el rey en Flándes, se confederaron en Ávila. Así empezó la guerra de las Comunidades, que fueron desgraciadamente vencidas, y Cárlos V se aprovechó de su victoria para reducir á las Córtes á la impotencia, privarlas de su accion y convertirlas en instrumento de su despotismo.

* * *

El Jesuita busca en vano en la fisonomía moral de los comuneros algun parecido con los llamados progresistas del dia que se titulan sus descendientes. No se encuentra en D. Salustiano Olózaga ni un sólo rasgo de D. Juan de Padilla. No se parecen ni en las orejas ni en las uñas.

Los progresistas aumentan las cargas del Estado, y los comuneros pedian la igualdad y reduccion de las contribuciones.

Los progresistas, para hacer su negocio, necesitan Córtes

compuestas de empleados y eunucos que se dejen mecanizar por el gobierno ó por la Tertulia, y los comuneros pedian Córtes independientes.

Los progresistas han traido un rey italiano, lo que les expone á que se pueblen de italianos las dependencias del Estado, con gran perjuicio hasta de los mismos tertulianos de la calle de Carretas, que bien podrian llamarla de Ruiz Zorrilla, y los comuneros se llenaban de indignacion al ver que Cárlos V, en la distribucion de empleos, daba, á fuer de extranjero, marcada preferencia á los extranjeros.

Las demas exigencias de los comuneros, tales como la convocacion trienal de las Córtes, la eleccion de un diputado de cada órden por cada ciudad, á más de los que se elegian ya ántes, y várias reformas jurídicas, eclesiásticas y administrativas, tampoco establecen ninguna analogía con la política progresera.

* * *

Más punto de contacto tiene la política progresista con la de Cárlos V, que con la de los campeones de las Comunidades. Cárlos V, despues del triunfo, por haberse en 1539 permitido algunos diputados arranques de independencia, excluyó para lo sucesivo de las Córtes á los eclesiásticos y á los nobles, bajo el pretexto de que no eran contribuyentes.

Respecto á los nobles, los progresistas no tienen que excluirlos de las Córtes, porque ellos mismos se han excluido hasta de la situacion, y, ademas, pagan su contribucion como todo hijo de vecino; pero en cuanto al clero, acariciando están la idea de hacerlo incompatible con la diputacion, bajo el pretexto de que los curas son funcionarios públicos asalariados por el Estado. ¡Qué ocurrencia!

* * *

Como no por ser antiguo debe desecharse lo bueno, no habiendo algo mejor con que sustituirlo, *El Jesuita* quisiera que ahora, como en tiempo de marras, pudiesen en circunstancias graves y apremiantes reunirse las Córtes de *motu propio*, aunque el rey no las convocase. Quisiera que ahora, como en tiempo de marras, los diputados tuviesen señalado un sueldo, y que incurriese en la nota de felon y de perjuro el que aceptase cargo alguno remunerado ó la más mínima distincion honorífica durante el ejercicio de sus funciones. Los de la España con honra no han tenido á bien prohijar esas antiguallas, y el por qué nos lo dicen las cintas que llevan y las nóminas que firman.

El historiador, que en esta ocasion sirve de guía á *El Jesuita* para trazar esta reseña, dice que el espíritu de los Concilios fué religioso, el de las Curias militar y el de las Córtes económico. Este sublime carácter fué realmente el que tomó la representacion del país, desde el momento que en ella se ingirió el tercer Estado. ¡Ojalá este carácter fuese tambien ahora el predominante en nuestras Asambleas! ¡Ojalá se clamase en ellas sin cesar contra las prodigalidades del gobierno y de la córte, y se ocupasen todos los diputados principalmente del establecimiento de los impuestos y de la manera de invertirlos!

Ahora se prodigan las autorizaciones para cobrarlos ántes de ser discutidos y votados, y entónces no se otorgaban nunca semejantes autorizaciones, y era de ley que, sin el consentimiento de las Córtes, no podian los impuestos hacerse efectivos, y los pueblos estaban en su derecho negándose á pagarlos.

Hoy, léjos de merecer las cuestiones de Hacienda la atencion preferente de los elegidos del país, el salon de sesiones queda desierto cuando se trata de discutir una medida económica cualquiera. Así va ello.

* * *

Felipe II trató con tanta dureza á las Córtes de Aragon como Cárlos V habia tratado á las de Leon y Castilla. Preponderaba en

las de Leon el elemento aristocrático, que más de una vez se subió á las barbas á los reyes, por lo que éstos, para neutralizar los brios de los *ricos homes*, buscaron apoyo en la nobleza secundaria de las aldeas y en los diputados de las ciudades. Los reyes ampliaron la representacion por su propio interes y no por interes del pueblo, y sin embargo éste era el que en definitiva habia de coger el fruto del grano que sembraba el egoismo real. Ya en 1133 entraron en las Córtes de Borja diputados del tercer estado.

Las Asambleas aragonesas tienen la gloria de haber sido en Europa las primeras en que el tercer estado tuvo representacion, y ya en lo sucesivo, siguiendo su ejemplo las demas Asambleas, introdujeron en su seno el nuevo elemento.

Portugal lo introdujo en 1139, Castilla en 1148; en 1223 el tercer estado penetró en las Dietas de Alemania, en 1265 en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, y en 1302 en los Estados generales de Francia. Tan cierto es que España, que ahora no toca pito en la orquesta de las naciones, en aquel tiempo llevaba la batuta. Verdad es que sus ciudades, gracias á la ilustrada dominacion de los árabes, que era muy preferible á la de los progresistas del dia, marchaban por su industria y sus luces á la cabeza de la civilizacion del mundo.

* * *

En las Córtes aragonesas se ve por primera vez en la historia la representacion de los ciudadanos consignada entre las instituciones de los pueblos, constituyendo el voto directo de las leyes romanas. La admision del tercer estado hizo que los diputados se dividiesen en cuatro órdenes: los ricos homes ó grandes; el clero; los caballeros, hidalgos ó infanzones, y los diputados de las ciudades; siendo muy digno de notarse que los nobles y los curas no tomaban asiento en la Asamblea por su carácter nobiliario ó clerical, sino como representantes de sus vasallos y feligreses, y los diputados de las ciudades representaban á los habitantes, aunque elegidos por los magistrados de los municipios.

Las ciudades enviaban un número tal de diputados, que hubo de parecer excesivo á los nobles y peligroso para la conservacion de sus privilegios, por lo que formaron una liga, á que las ciudades contestaron con otra, que mereció la aprobacion de Jaime I, y se hizo célebre bajo el nombre de *Union de Zaragoza*. Pedro III se declaró contrario á ella, pero los representantes de las ciudades le obligaron á ceder y obtuvieron el acta llamada *Privilegio general*, en cuya virtud el rey se comprometia á no declarar la guerra, ni hacer la paz, ni promulgar leyes, ni imponer tributos sin anuencia de las Córtes. Consiguieron ademas los aragoneses que se aboliesen los procedimientos secretos, y que ninguno de ellos pudiese verse privado de sus títulos, empleos ú honores sin prévia formacion de causa por el juez competente. De Alfonso III recabaron el derecho de asociarse y armarse en defensa de sus fueros.

Los aragoneses son ahora y eran ya entónces hombres de pelo en pecho.

Desgraciadamente exageraron sus pretensiones y no supieron encerrarlas dentro de justos límites. Atacaron al monarca en sus prerogativas esenciales, obligándole á renunciar á la facultad, inherente á la institucion monárquica, de nombrar y reemplazar á los ministros, y á sufrir el espionaje de una comision permanente compuesta de dos individuos de cada órden, que en el intervalo de las sesiones debian estar á su lado para vigilar su administracion y convocar las Córtes en caso necesario.

* * *

Ahí tienes, lector, el único punto de semejanza que *El Jesuita* ha podido encontrar entre los progresistones de ahora y los libres aragoneses de *in illo tempore*. De éstos sin duda han aprendido aquéllos á organizar una verdadera policía alrededor de los que ejercen el mando. Tambien los progresistas de hoy han conseguido que un magyar, á guisa del de la zarzuela, siga ince-

santemente á los ministros que le son sospechosos por no pertenecer á la omnipotente Tertulia, como la sombra sigue al cuerpo que la proyecta. En cuanto al rey que ellos mismos nos han traido, tiene tantos Cerberos cuantos son los que han entrado en su cuarto protegidos por la memoria del general fetiche. Es una diversion ser rey y ser ministro con los progresistas.

Pero entre la suspicacia de éstos y la de los libres aragoneses hay una diferencia notable. Los libres aragoneses estaban recelosos porque no querian exponerse á ver menoscabada la libertad comun, al paso que las precauciones excesivas y ridículas que toman los progresistas, los cuales ni siquiera saben lo que la palabra libertad significa, les están únicamente sugeridas por el miedo que tienen de que se les arroje de la sala del festin en que sacian sus ánsias presupuestívoras.

* * *

En el siglo XIV se revocó el acta de union ó privilegio general, y aquel órden de cosas fué reemplazado por otro que favorecia más al monarca. Se confió la gestion de los negocios á un *Justicia mayor*, cuyo extenso poder parecia ser una reminiscencia del de los eforas de Esparta y tribunos de Roma. Su autoridad era ilimitada, y su persona sagrada é inviolable, sin tener que dar cuenta de sus actos más que á las mismas Córtes.

Era inamovible, tenía el derecho de acusar á los ministros, de revisar y anular todos los fallos de los tribunales, de sobreseer en todas las causas, de tomar á todos los acusados bajo su proteccion, de examinar todas las reales órdenes para poder declarar si estaban ó nó conformes con los fueros, pues, si en su concepto faltaba esta conformidad, no podian ponerse en ejecucion. Y si el Justicia proclamaba que se habian violado los fueros, legitimaba la resistencia á mano armada de todos los aragoneses. Él era quien, en nombre del pueblo, recibia juramento al rey, pronunciando aquellas sacramentales palabras: *Nós, que valemos tanto como vos, etc.*

Demostrado está por la experiencia que semejante fórmula, á que se quiere dar tanta importancia, ligaba tan poco á los reyes como ligan ahora á nuestros políticos los juramentos que prestan á todas las dinastías y á todas las constituciones. Son farsas no ménos cómicas ni más trascendentales que las muy ridículas que se hacen representar á los neófitos que ingresan en una secta masónica ó en una sociedad cualquiera de histriones conspiradores.

¡Buen cuidado daba á los reyes la fórmula á que se les sometia! Al mismo tiempo que afectaban aceptarla, expiaban la ocasion de sobreponerse á ella. Y esta ocasion se presentó á Fernando de Aragon y á Isabel de Castilla cuando, á consecuencia de su enlace, se unieron los dos reinos. Para menoscabar las libertades populares hallaron un poderoso revulsivo, con que distraer de la política la atencion pública, en el descubrimiento de América y con la guerra contra los moros, que la absorbieron enteramente.

Y cuando el pueblo, bajo el cetro de Felipe II, quiso acordarse de su libertad, la habia ya perdido, y era demasiado débil para reconquistarla. El último Justicia de Aragon fué D. Juan de Lanuza, que murió en el cadalso, y los progresistas lo reclaman como perteneciente á su comunion, lo mismo que si hubiese sido socio de la Tertulia; la diputacion permanente se convirtió en cuerpo consultivo de nombramiento real, y en lo sucesivo no se reunieron las Córtes sino para reconocer al rey cuando subia al trono, y ocuparse de los impuestos. Despues, para no molestarlas, se las eximió de este trabajo, y ya no se acordó de ellas.

* * *

Vino la dinastía Borbónica, durante la cual, hasta la convocacion de las Córtes generales en 1810, muy pocas veces fueron llamados los diputados á ejercer sus funciones, quedando reducidos á desempeñar el papel de comparsas en algunas ceremonias. Sin embargo, en 1713 se convocaron Córtes para introducir en España la ley sálica; pero como estaban compuestas de diputa-

dos designados por el rey mismo á las ciudades que tenian voto, no hicieron más que plegarse dócilmente á la voluntad de Felipe, y las hembras quedaron excluidas de la sucesion al trono.

* * *

Napoleon en 1808, para proclamar rey de España á su hermano José, reunió en Bayona una Junta, á que quiso dar el nombre de Córtes, no obstante su viciosa formacion, en que no intervino en lo más mínimo la voluntad del país, y no obstante tambien su falta de independencia, la poca extension de sus poderes y su residencia en extranjero suelo.

El despotismo del poder, siempre que éste se siente con suficiente fuerza para ejercerlo, se encuentra en todas las páginas de la historia.

Contra el rey impuesto por Napoleon se formaron en las provincias Juntas de armamento y defensa, que enviaron sus delegados á una Junta Central reunida en Sevilla, la cual concentró en sus manos todos los poderes, hasta que los trasmitió á un Consejo de Regencia, compuesto de cinco miembros.

El Consejo de Regencia, bajo la presion de la voluntad casi unánime del país, convocó Córtes generales, que se reunieron en Cádiz en 1810, y el 18 de Marzo de 1812 promulgaron una Constitucion que los progresistas, que entónces, para bien de España, no habian aún nacido, reivindican como obra suya.

* * *

Los progresistas de hoy se parecen tanto á los autores del Código de 1812 como á los libres aragoneses del reinado de Alfonso III y como á los insurrectos de las Comunidades de Castilla. Los legisladores de entónces se hicieron intérpretes del sentimiento popular para rechazar la dominacion extranjera, y los legisladores que abortó la filfa de Setiembre de 1868, sin interpretar más

necesidades que las de su estómago, han querido implantar una dinastía extranjera en esta nacion, que es la que hay en el mundo más celosa de su independencia. Son la antítesis nuestros progresistas de los esclarecidos legisladores de Cádiz.

Un duro y hasta una onza de oro se pueden reducir á cuartos y hasta á maravedises; pero un liberal del año 1812 no se puede reducir á un número más ó ménos considerable de progresistas. Con todos los radicales de ahora no se podria formar nada que equivaliese en valor al más insignificante de los insignes varones de aquella época.

Son séres de distinta familia.

* * *

Y no creas, lector, que *El Jesuita* sea admirador entusiasta de la Constitucion de 1812, aunque contiene disposiciones muy sábias y su espíritu es todo lo liberal que permitia la época. Dieron sus autores una gran prueba de sagacidad haciendo de la diputacion un cargo remunerado y no gratuito, y al mismo tiempo prohibiendo á los diputados aceptar durante su mandato empleos, títulos ó condecoraciones. Demostraron que comprendian su mision y que amaban la libertad, al prohibir á los ministros entrar en el salon de sesiones como no fuese para presentar algun proyecto de ley, no dejándoles tomar parte en las votaciones. Bien sabian dónde les apretaba el zapato cuando resolvieron que fuese ley todo proyecto votado tres veces por las Córtes, aunque fuese tres veces desechado por la corona. Y, por último, muy cuerdamente obraron colocando durante los interregnos parlamentarios una diputacion permanente al lado del rey para hacer ejecutar las leyes, y en caso necesario reunir las Córtes. De hacer eso unas Córtes soberanas á hacer lo que hace la Tertulia progresista, que, sin haberle el país conferido poder alguno, dispone del Estado como si fuese suyo, é impone á determinados ministros la vergonzosa obligacion de dejarse vigilar por los Argos que ella

designa, hay más diferencia aún que de los comuneros, que defendieron el municipio, á los comunistas del peor género posible que se reparten entre sí lo que pertenece á todos. De los comunistas, y no de los comuneros, descienden los progresistas del dia.

* * *

Pero la Constitucion de 1812 adolece de tres grandes defectos, que, si bien merecen indulgencia por el estado de la opinion en la época en que se formó, en la actual serian imperdonables. Empezando por la ley electoral, se ve desde luégo que es un mecanismo demasiado complicado para que funcione regularmente, lo que no ha impedido que los actuales revolucionarios de chicha y nabo lo hayan adoptado hasta cierto punto para la eleccion de senadores. Todos los ciudadanos domiciliados en una parroquia elegian once compromisarios, ó veintiuno ó treinta y uno, segun la poblacion. Los compromisarios elegian uno, dos ó tres electores de parroquia; los electores de parroquia se reunian en la cabeza de distrito, donde elegian un número de electores tres veces mayor que el de diputados que correspondian á la provincia. Los electores de provincia, reunidos en juntas provinciales, nombraban los diputados. Gracias á Dios, lector, que hemos llegado! ¡Cuántas operaciones químicas preparatorias ántes de extraer por destilacion la quinta esencia de la voluntad del país!

* * *

La Constitucion de 1812 mantenia la unidad católica, sin hacer dar al país el menor paso en la senda de la libertad religiosa, no obstante ser la mayor parte de sus autores, como los actuales moderados y muchos progresistas que tambien rechazan esta libertad, más descreidos y excépticos que el mismo Voltaire. Cierto es que los españoles en su casi totalidad eran católicos, ó al ménos ellos así lo decian y hasta lo creian; pero como las creen-

cias de cada individuo pertenecen nada más que al individuo, su profesion constituye un derecho individual, y la libertad religiosa deberia establecerse aunque no hubiese más que un sólo individuo cuya conciencia no le permitiese seguir la corriente de las creencias generales. Lo demas es proclamar la tiranía del número, como si por el número pudieran resolverse las cuestiones puramente individuales.

En materia de creencias, que á nadie afectan más que al que las profesa, la razon autoriza siempre al individuo para decir al número:

> No te metas en dibu,
> ni en saber vidas aje,
> que en lo que no va ni vie
> pasar de largo es cordu.

* * *

La Constitucion de 1812 no da á la representacion nacional más que una sola Cámara, y este defecto, que no se excusa, como los otros, por el estado en que se hallaba el país, prueba la inexperiencia de sus autores, que creyeron sin duda, como en algun tiempo creyó tambien *El Jesuita*, que dos Cámaras se embarazaban recíprocamente en su accion, ó una de ellas era una superfluidad, y por consiguiente un perjuicio, porque *quæ superfluunt nocent*.

No hay ejemplo en la historia de que el sistema representativo haya funcionado regularmente en nacion alguna con una sola Asamblea, ni que haya conseguido acreditarse y adquirir condiciones de estabilidad. Todo lo que sea apartarse del sistema de los Estados-Unidos de América, es favorecer la anarquía ó el despotismo. Si los inmortales fundadores de la libertad americana hubiesen establecido una sola Cámara, la gran República ya no existiria. En nuestra misma patria ha sido más de una vez el alto Cuerpo colegislador, no obstante sus vicios orgánicos, quien ha

salvado los últimos restos de nuestras instituciones siempre náufragas, siempre á punto de zozobrar en el piélago de las ambiciones desatentadas, de los excesos del poder y de las malas pasiones de las banderías.

Una sola asamblea, ó se deja absorber por el poder ejecutivo y se convierte en instrumento de tiranía, ó es ella misma el tirano y anula el poder ejecutivo, imposibilitándole para gobernar. Ó es una Asamblea que por egoismo se pone al servicio de la ambicion de un Prim, ó es una Asamblea díscola como la que O'Donnell tuvo que disolver á cañonazos.

¿Sabes, lector, lo que es una Asamblea única? Es una cosa por el estilo de la Tertulia progresista.

* * *

Sin embargo, la Constitucion de 1812, aunque era un aborto; aunque vino fuera de tiempo; aunque, como todas las plantas precoces, obligadas á desenvolverse fuera de su estacion propia por medios artificiales, no nació viable; aunque era la fórmula de una revolucion que no se habia hecho aún en los espíritus, no murió de ninguna enfermedad congénita, ni de ninguno de los vicios inherentes á su propia economía. No murió de muerte natural, sino de muerte violenta; murió de un golpe *ab irato* que en 1814 descargó contra ella Fernando VII, cuando la Asamblea que la engendró se habia ya disuelto, despues de haber convocado, á fuer de soberana, Córtes ordinarias.

Éstas fueron disueltas, la Constitucion fué revocada, y sobre sus ruinas se restableció el régimen absoluto, sin que el pueblo en general se apercibiese casi de tan súbita metamorfosis.

En 1820, despues de una larga serie de persecuciones crueles y de tentativas frustradas, la Constitucion de 1812 renació de sus cenizas, pero su reaparicion fué breve, y la libertad constitucional sufrió un nuevo eclipse que se prolongó desde 1823 hasta 1834. Para derribarla, obtuvo Fernando VII el auxilio de un

ejército de cien mil hombres que le envió Francia á las órdenes del duque de Angulema. No fué larga la lucha, ni tenaz la resistencia.

Los constitucionales fueron vencidos, y muchos de ellos murieron en el cadalso. Algunas intentonas insurreccionales sólo sirvieron para regar con nueva sangre la arena de las ejecuciones y adicionar con numerosos nombres el martirologio de los libres.

Durante el período absolutista, los constitucionales más comprometidos, que lograron escapar con vida de las garras de la reaccion monárquico-teocrática, emigraron á extranjero suelo, y no volvieron hasta que la reina Doña María Cristina, esposa de Fernando VII, que, áun ántes de quedar viuda, tenía ya pensado atraerse la parte liberal del país para disputar á su cuñado Cárlos la corona que á éste pertenecia no aboliendo la ley sálica, importada en España por Felipe V, les abrió las puertas de la patria con un decreto de amnistía.

La ley sálica fué, en efecto, abolida por Fernando VII, que se hallaba ya moribundo, y con este último acto de su voluntad, cuya validez negaron los absolutistas que querian que D. Cárlos se sentase en el trono, legó la corona á su hija Doña Isabel, confiando durante su menor edad las riendas del gobierno á su madre Doña María Cristina.

* * *

Doña María Cristina estaba dotada de relevantes prendas; pero al hacer un llamamiento á los constitucionales para defender el trono de su hija, que los absolutistas combatieron desde luégo con las armas en la mano, no pensó en desprenderse ni de la más atomística fraccion de su autoridad real. Siempre dijo que queria dejar á su hija el trono tal como lo habia heredado de su padre. Y así lo hubiera hecho, si hubiese podido prescindir del elemento liberal para contrarestar á los partidarios de D. Cárlos, en

quien se personificó la causa del absolutismo. Así es como, á pesar de la reina Cristina, la cuestion dinástica se confundió con la política.

Doña María Cristina no era de corazon más liberal que Don Cárlos ó que otro rey ó pretendiente cualquiera, pero tuvo que hacer de la necesidad virtud. Preciso fué que las iras populares se desencadenasen para arrancarla el *Estatuto Real*, que, á fuer de carta otorgada por la autoridad real al pueblo y no impuesta por el pueblo á la autoridad real, era nada entre dos platos. Con el Estatuto Real no reconquistaba la nacion ni la más mínima parte del uso de su soberanía.

Y no obstante, muchos de los más caracterizados prohombres de la época constitucional anterior se declararon partidarios acérrimos del Estatuto Real para complacer á la Reina Gobernadora, teniendo presente el refran que enseña que á quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Ellos, sin embargo, achacaban á su gratitud á María Cristina, por su decreto de amnistía, la conducta que les inspiraba el egoismo. Lo cierto es que, captándose con su resistencia sistemática á toda reforma liberal el afecto de la Reina Gobernadora, alcanzaron las más elevadas posiciones.

* * *

Los defensores de Doña Isabel II se dividieron entónces en estatutistas y constitucionales, siendo los primeros los que más adelante formaron el núcleo del partido moderado.

Pero el país en general no queria el Estatuto, cuya redaccion se atribuia á D. Francisco Martinez de la Rosa, el cual supo interpretar perfectamente el pensamiento de la Reina Gobernadora. Ésta, que no queria más que un despotismo ilustrado, creia haber sido aún demasiado pródiga otorgando al pueblo la libertad consignada en aquel raquítico engendro.

El pueblo, que desde la época constitucional anterior se ha-

bia liberalizado mucho, estaba con los constitucionales y no con los estatutistas, y en 1836 recurrió á su *ultima ratio* para restablecer el Código de 1812.

Para vencer la resistencia del poder, se formaron Juntas en todas partes, pues ya se sabe que ésta es en España la costumbre, gracias á la influencia que desde tiempo inmemorial ejerce el municipio, razon por la cual á la demolicion de las instituciones municipales dedican siempre los reaccionarios sus trabajos de zapa, y razon por la cual tambien en ninguna otra nacion está más indicado ni es más fácil de establecer que en España un régimen democrático-federal. Es el único que se adecua á sus costumbres y tradiciones.

* * *

La Reina Gobernadora, que, sin carecer de firmeza, se doblegaba á las circunstancias de cada momento con una elasticidad rigurosamente medida y graduada, sin por eso perder nunca de vista el término de sus aspiraciones, al cual procuraba acercarse rodeando los obstáculos cuando no podia echar por el atajo, aceptó la Constitucion de 1812, pero pidiendo á las Córtes que convocó que la revisaran y pusieran en armonía con las necesidades del tiempo.

Contemporizó la reina Cristina con los constitucionales, no porque le fuesen simpáticos, sino porque los necesitaba. No podia desprenderse de ellos, no podia eliminarlos, separarlos de su causa, miéntras los partidarios de D. Cárlos la combatiesen con las armas en la mano, porque semejante eliminacion hubiera sido aumentar considerablemente las probabilidades de triunfo que su rival tenía. Por lo demas, si hubiera podido segregar la cuestion dinástica de la política, la hubiera segregado, porque sus tendencias políticas eran más análogas á las de los carlistas, que disputaban el trono á su hija, que á las de los liberales, que lo defendian. Los reyes siempre son reyes, y la cabra tira siempre al

monte. No por eso se les puede hacer ningun cargo, porque la resistencia á toda reforma progresiva está en su naturaleza, y ésta ha de cumplir su ley.

Tanto repugnaban los liberales á la reina Cristina, que cuando D. Cárlos iba ya de capa caida, pensó entrar en tratos con él para una transaccion, prefiriendo compartir el triunfo con los que lo disputaban á su hija, á compartirlo con los que se lo habian dado. El insigne general Espartero burló y frustró sus maquinaciones, y no es este hecho seguramente su menor título de gloria.

* * *

Es una gran verdad, por más que parezca paradoja, que durante todo el reinado de Doña Isabel II, cuyo amor al sistema representativo no era más sincero que el que le habian profesado sus antecesores inmediatos, los que más eficazmente impidieron, aunque contra su voluntad, que se restaurase el absolutismo, fueron los mismos absolutistas, los defensores de la dinastía de Don Cárlos. La reina Cristina y Doña Isabel II no crearon una situacion francamente autocrática por miedo de que se apoderasen de ella los carlistas. El ménos perspicaz pudo notar, cuando reinaba Doña Isabel II, que la reaccion ganaba terreno y multiplicaba sus brios á medida que se hacía más difícil el triunfo de la causa de D. Cárlos. La muerte de éste, y despues la de su hijo el titulado conde de Montemolin, dejaron á los carlistas sin candidato al trono, pues, al propio tiempo que Montemolin, murió uno de sus hermanos, y otro que quedaba fué rechazado por los absolutistas mismos, porque dió un manifiesto desde Lóndres en que se declaraba más dispuesto que la rama borbónica reinante á aceptar las reformas que reclamaba el espíritu de la época. Á tal punto llevó su liberalismo, que hasta se manifestó favorable á la libertad religiosa. Qué horror!

Desgraciadamente, muchos imbéciles, y tambien muchos hábiles, que blasonan de liberalísimos y de no creer en Dios, abomi-

nan la libertad de cultos tanto al ménos como el absolutista más frenético. Y los liberales, á quienes la profesion de fe del nuevo y legítimo representante de la causa carlista nada dejaba que desear, la consideraron como una añagaza, y exclamaron á coro:

. . . . . ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Resultado: el desdichado pretendiente, con su manifiesto, se enajenó las simpatías de todos los absolutistas, sin captarse las de ningun constitucional.

Y Doña Isabel II soltó una carcajada. Los carlistas no tenian candidato, porque no llevaban tan léjos su dinastismo que á la cuestion dinástica sacrificasen la de principios. Al contrario; muchos de ellos, conociendo las tendencias absolutistas de la *reina constitucional*, procuraron abrirse paso entre sus defensores para acercarse á su trono, y es de creer que hubiesen conseguido su objeto, si no hubiera sobrevenido la Revolucion de Setiembre de 1868, y si el liberalizado pretendiente no hubiese tenido la buena idea de abdicar en su hijo sus reales ó presuntos derechos á la corona de España.

* * *

No se puede ponderar la aversion que sentia Doña Isabel II hácia el sistema representativo, con el cual transigia porque no podia hacer de él otra cosa; pero, en la imposibilidad de prescindir de él completamente, porque era en cierto modo una condicion de su existencia, lo reducia á su menor expresion y lo adulteraba todo lo posible. Dicho tiene *El Jesuita* que el régimen constitucional adolece del gravísimo inconveniente de prestarse más que ningun otro á todo género de sofistificaciones, y, una vez sofistificado, se hace odioso hasta á los mismos sofistificadores.

Doña Isabel II habia hecho provision de chistes para burlarse del régimen parlamentario. Sabido es que era tan decidora y has-

ta tan dicharachera como su padre, y nada excitaba tanto como las Córtes su inagotable *vis cómica*. Solia decir á un general amigo del *Jesuita*: «Dios mio! ¡cuándo se me quitará este grano que tengo en la nariz, y que tanto me estorba!»

El grano de que se quejaba eran las Córtes.

Delante de los palaciegos, llamaba alguna vez á la nodriza de una de sus hijas para decirla: «Da de mamar á la niña, si las Córtes lo permiten.»

No era, sin embargo, Doña Isabel II ménos constitucional que otro rey cualquiera, ni los reyes lo son ménos tampoco que los jefes de los partidos que más alardes hacen de constitucionalismo. ¿No lo estamos viendo desde que cayeron los Borbones? ¿Era ménos liberal Doña Isabel II que Prim, Olózaga y Serrano? Lo era más, infinitamente más, no obstante serlo tan poco.

* * *

Al aceptar Doña María Cristina la Constitucion de 1812, los estatutistas, que estaban resueltos á acompañarla en todas las metamórfosis, se constitucionalizaron con ella y lo mismo que ella, y dejaron la calificacion de estatutistas para tomar la de constitucionales moderados. Poco ó nada contribuyeron, sin embargo, á la revision del exhumado código, dejando esta molestia á cargo de los que lo habian resucitado, es decir de los exaltados, que es como se llamaban entónces los que más adelante, con mucha ménos propiedad, se llamaron progresistas.

En un principio, todos los que se titularon constitucionales formaban juntos una sola comunion política, afectando no diferenciarse unos de otros por sus aspiraciones, sino por la manera de conducirse á su objeto. La cuestion era de conducta, ó, por mejor decir, de temperamento. Á la denominacion de moderados correspondia pues la de exaltados, así como á la de progresistas, que tomaron éstos más adelante, correspondia la de retrógrados, con que bautizaron á los otros.

Pero retrógrados eran todos, como lo demostró la Constitucion de 1837, que es mucho ménos liberal que la de 1812, no obstante ser obra exclusiva de los llamados progresistas. Comparada con el Código de 1812, cuyo espíritu debió reflejarse en ella, puesto que no se trataba más que de la revision de la ley fundamental revocada por Fernando VII, es un paso tan desmesurado dado hácia atras en la senda del progreso, que hizo decir al pontífice del moderantismo, al autor del Estatuto, que los progresistas habian hecho una Constitucion para los moderados.

* * *

La Constitucion de 1837 conferia la facultad de hacer las leyes á las Córtes con el rey. Hubo en sus autores la feliz inspiracion de dividir la representacion nacional en dos Cámaras: el Senado y el Congreso. Para formar el Senado, los mismos que elegian á los diputados votaban en cada provincia una lista de tres candidatos, entre los cuales escogia el rey para senador á uno de los tres, al que bien le parecia. Para figurar en la lista de los candidatos era preciso ser español, haber cumplido cuarenta años y disfrutar de una renta suficiente. Una tercera parte de senadores estaban sujetos á reeleccion cuando se disolvia el Congreso de Diputados. Cada provincia nombraba un diputado por cada cincuenta mil almas, siendo elegible y reelegible todo seglar que hubiese cumplido veinticinco años.

El rey habia de reunir las Córtes todos los años, y, si dejaba pasar un año sin reunirlas, las Córtes se reunian espontáneamente el 1.° de Diciembre. Correspondia á las Córtes, y tambien al rey, la iniciativa de las leyes, y ellas discutian y votaban el presupuesto, fijaban anualmente las fuerzas del ejército de mar y tierra, recibian el juramento del rey y del presunto heredero de la corona, elegian los tutores y regentes del rey en su menor edad, y el Congreso acusaba ante el Senado á los ministros culpables. Eran inviolables los individuos de una y otra Cámara, y no per-

cibian retribucion alguna; pero podian aceptar cualquier empleo sin más que sujetarse á reeleccion.

* * *

Hay quien cree de buena fe que la Constitucion de 1837 era un lazo de union, un símbolo de alianza con que los progresistas que la formaron, reprimiendo su liberalismo, quisieron atraerse á los moderados para encerrarse con ellos dentro de una legalidad comun. Qué inocencia! Ni los progresistas querian confundirse con los moderados, ni los moderados con los progresistas, porque no cabian todos dentro del mismo presupuesto, si bien entónces el progresismo era aún popular, y habia en sus filas muchos patriotas de buena fe sin ánsias presupuestívoras. Pero á los pocos patriotas desganados, que áun hoy conserva en su seno el partido progresista, les ha entrado, viendo comer á sus compañeros, un apetito verdaderamente formidable, y se han convencido de que el liberalismo gratuito no sirve más que para hacer el oso. Los demas se han pasado todos al ejército republicano. La monarquía constitucional no tiene ni un amante platónico siquiera, y ántes tenía tantos como ahora el absolutismo y la república.

* * *

Los que reformaron en sentido retrógrado la Constitucion de 1812 para convertirla en la de 1837, no quisieron con su conducta, que empezó á despopularizarlos, atraerse al partido moderado, sino captarse el afecto de Doña María Cristina para que les llamase al poder, donde pensaban hacer su negocio.

Pero aquel paso dado hácia atras por los mal llamados progresistas no satisfizo á la Reina Madre, la cual no comparaba la nueva Constitucion con la de 1812, sino con el Estatuto, que hubiera sido su bello ideal, si su bello ideal no hubiese sido el absolutismo. Y los moderados, qus sabian de qué pié cojeaba la regente,

para seguir siendo sus favoritos, á medida que los progresistas se les iban acercando, retrocedian más y más, pues no querian que se estrechasen las distancias. No obstante haber declarado su pontífice que la Constitucion de 1837 era una Constitucion hecha por los progresistas con las doctrinas del partido moderado, no quiso este partido que fuese una ley fundamental definitiva; no quiso que fuese el término del período constituyente, y se puso á la capa aguardando una ocasion propicia para modificarla en un sentido áun más retrogrado. Esta ocasion se le presentó en 1845, cuando se hizo dueño de la situacion á consecuencia de la alianza que para sucederse contrajeron con él los progresistas, sin más objeto que derribar á Espartero, á quien todo lo debian, y hacer el caldo gordo, al mismo tiempo que á la reaccion, á Prim, á Serrano, á Gonzalez Bravo, á Olózaga y á otros logreros y farautes por el estilo. Acerca del particular, *El Jesuita* hablará más claro y dará más pormenores cuando llegue su turno al partido progresista. Ahora prosigamos, lector, nuestra reseña..... Pero, para qué? ¿Para dar una ligera idea de las Constituciones que se han sucedido y comparar unas con otras? Trabajo perdido! ¿Qué importan las Constituciones? ¿Proceden acaso los males de España de la falta de una buena ley fundamental? No; proceden todos de la inobservancia de las leyes; proceden todos de los vicios de los que, siendo los encargados de conservar su pureza, son los primeros que las infringen y conculcan.

Ni en Suiza, ni en los Estados-Unidos de América, hay una Constitucion más liberal que la vigente hoy en España, y sin embargo, nunca habia atravesado España un período de tanta indignidad y tiranía. ¿De qué sirve una Constitucion que no se observa? ¿Qué valen las leyes cuando sus infractores quedan impunes? ¿Qué importa que los derechos individuales se hallen consignados en la Constitucion, si el gobierno puede perseguir á los que se niegan á prestar un juramento que repugna á su conciencia, y hay *Partidas de la Porra* y Tertulias progresistas, y bandidos que andan sueltos, y escritores públicos que están presos,

y diputados de cuartel, como de cuartel hay tambien prostitutas, y diputados Lázaros, que, despues de muertos en las urnas, resucitan en la *Gaceta?*

¡Y todo lo dicho, y otras cosas áun peores que no son para dichas, suceden cuando mandan los que, para derribar una dinastía secular, invocaron la legalidad, la libertad y la honra del país!

Honra del país! Apaga y vete!.... Pero no, no puedes irte, porque ya te has ido, y no hay esperanza de que vuelvas.

* * *

Dejémonos, lector, de Constituciones. Dejémonos de pantomimas y papeles mojados.

Si el régimen constitucional no pudiese practicarse sino del modo que se ha practicado siempre en España, *El Jesuita* sentiria una verdadera vergüenza, un verdadero remordimiento, por haberle defendido.

Veremos más adelante lo que es el régimen constitucional mandando los progresistas; vamos á ver ahora lo que da de sí hallándose en el poder los moderados.

Los moderados, profundamente convencidos de su impopularidad, restringen el sufragio hasta el extremo de dar á sus leyes electorales un carácter oligárquico.

No es eso bastante?

Nó. Los moderados constituyen en el país un grupo tan exiguo, que no sólo hay clases enteras en que no cuentan con un sólo afiliado, sino que no hay clase alguna en que no se hallen en insignificante minoría. Así es que no les basta convertir el derecho electoral en un repugnante privilegio. Necesitan, ademas, adulterar las listas, excluyendo é incluyendo *ad libitum* electores y más electores, como sucedió en cierta campaña electoral, en que no figuraron en las listas electorales los nombres de algunos propietarios de los que pagaban mayor contribucion y eran considerados en Madrid como los primeros capitalistas. Necesitan

hacer más; necesitan exhumar listas caducas, privando así de su derecho á muchos electores vivos y conservándolo á muchos electores muertos.

Tampoco es eso suficiente?

Tampoco. Es necesario establecer y suprimir arbitrariamente distritos electorales, para hacer las urnas más accesibles á los unos y más inaccesibles á los otros; es necesario que el gobierno designe candidatos, que influya directamente en su triunfo, que haga intervenir á sus agentes en la votacion, que se halague á éstos, que se persiga á aquéllos, que se inhabilite al de más allá, y si tantos esfuerzos son ineficaces, es menester hacer cosas peores, mucho peores, infinitamente peores, todas las peores que puedan imaginarse.

Es eso el régimen constitucional? ¿Es eso el régimen que tantos y tan entusiastas defensores ha tenido, y que cuesta á la nacion sacrificios que no puede exagerar ninguna hipérbole?

Los absolutistas tienen razon: á eso es preferible el absolutismo, y á los absolutistas se pasarian con armas y bagajes todos los buenos constitucionales, si el régimen constitucional no pudiese practicarse sino como lo practican los moderados.

Pero *El Jesuita*, si, convencido de los vicios del sistema representativo, resolviera abandonarlo, no se acogeria á las filas del absolutismo siendo los moderados los que las formasen. Y no creas, lector, que este propósito sea hijo del despecho. Nó; es hijo de la persuasion en que está de que un partido que constitucionalmente gobierna mal, gobernaria aún peor bajo un régimen absoluto.

Pues qué, ¿ha habido acaso alguna ley fundamental que haya sido para los moderados una cortapisa que no les haya permitido obrar en conformidad con las aspiraciones públicas?

Al contrario, la ley fundamental ha sido siempre un obstáculo que se ha opuesto á su deseo de contrarestarlas, y si, á pesar de este obstáculo, las contrarestan, ¿no es evidente que, sin él, las contrarestarian aún más fácilmente? ¿No es claro como la luz

que los que gobiernan arbitrariamente, á pesar del freno que les sujeta, gobernarian más arbitrariamente aún si no les sujetase ningun freno?

* * *

La imaginacion retrocede con horror ante la idea de lo que sería en España el régimen absoluto, restablecido y aplicado por los que tan mal gobiernan constitucionalmente.

Con los moderados no hay sistema bueno, y á algunos les parece malo el régimen constitucional, porque le atribuyen los defectos de los encargados de su observancia.

Es preciso, acerca del particular, no hacerse ilusiones. Las virtudes personales de los gobernantes son la primera condicion de un buen gobierno, llámese constitucional, llámese absoluto, llámese como se quiera.

El régimen representativo no tiene por objeto impedir que los buenos gobernantes hagan todo el bien que puede apetecerse, sino obligar á los malos gobernantes á hacer el ménos mal posible. Haya gobernantes buenos, y las formas de gobierno serán de todo punto indiferentes.

Pero los gobernantes buenos son escasos. Hay por cada Antonino cien Nerones, por cada Marco Aurelio cien Calígulas. Si, como Tácito, vivieras, lector, bajo el cetro de un Nerva ó de un Trajano, exclamarias como el inmortal filósofo: «¡Tiempos felices, en que se puede pensar libremente y decir lo que se piensa!»

Mas si nunca hubiera habido en el mundo para regir á los pueblos más que Nervas y Trajanos, ¿quién se hubiera acordado de sistemas constitucionales? Éstos tienen por objeto limitar el poder de los gobernantes, en atencion al mal uso que pudieran hacer de él, y es indudable que todo el bien que puede hacer un gobierno absoluto puede hacerlo un gobierno constitucional, al paso que un gobierno constitucional no puede hacer todo el mal que puede hacer un gobierno absoluto. Aquél es, pues, preferi-

ble á éste. Sin embargo, *El Jesuita* sostiene que al régimen constitucional, como lo practican los moderados, es preferible el absolutismo, con tal que no sean los moderados los que el absolutismo practiquen.

* * *

Hagamos, sin embargo, justicia al partido moderado.

El partido moderado estaba compuesto en un principio de una porcion de hombres notables que, por egoismo, abdicaron en la reina Cristina, miéntras fué regente, y se dejaron automatizar por ella. Y como la reina Cristina era, á fuer de reina, absolutista en el fondo de su corazon, ellos tambien se hicieron absolutistas; pero como al mismo tiempo la reina Cristina, aunque absolutista en el fondo de su corazon, tenía que fingirse constitucional, ellos tambien tenian que fingirse constitucionales.

Se necesitaban prodigios de habilidad para encubrir bajo una apariencia constitucional una realidad absolutista. Pero los moderados que rodeaban á la reina Cristina eran hábiles, y la reina Cristina era hábil tambien, y más hábil que la reina Cristina y los moderados era Luis Felipe, que tomó á su cargo la direccion del moderantismo en España.

Luis Felipe, rey de los franceses, práctico en los negocios y profundo conocedor del corazon humano, se hizo el asesor y maestro de Doña María Cristina, la adiestró en el arte de corromper las conciencias, y la enseñó á sacar partido de los vicios y debilidades de la época. Desde 1834 hasta 1843, en que el general Espartero fué derribado, por la más pérfida de las coaliciones, del puesto de regente del reino, y el general Narvaez se puso al frente del partido moderado, el verdadero jefe del moderantismo fué Doña María Cristina, y por consiguiente Luis Felipe, que era su Mentor, ó, por mejor decir, su lazarillo.

Doña María Cristina tuvo habilidad para atraer á su pensamiento de disimulado pero constante retroceso á los políticos más inte-

ligentes de todas las procedencias, dirigiéndose á su ambicion y á su egoismo; pues, por más que digan los detractores de las clases ignorantes y pobres, no es un infeliz proletario tan fácil de corromper como la mayor parte de los hombres dotados de instruccion y cultivado talento.

El partido moderado fué siempre débil por el número de sus afiliados, si bien hizo su propaganda entre los hombres de negocios, *epiciers* y *marchands de moutarde*, á quienes llegó á persuadir de que él y sólo él ofrecia á la causa del órden sólidas garantías.

Toda la fuerza del partido moderado consistia en la proteccion que constantemente le dispensó la Reina Madre miéntras fué regente del reino, y en la que le dispensó despues Doña Isabel II, considerándole una y otra como el más á propósito para acercarse á su bello ideal, que, segun queda dicho, era el absolutismo.

Ni la reina Cristina ni Doña Isabel II llamaron nunca de *motu propio* al poder á los progresistas, no porque les considerasen ménos dóciles que á los moderados para favorecer sus planes, pues tan retrógrados y serviles son los unos como los otros, sino porque los moderados, por su inteligencia y educacion, valian infinitamente más que los progresistas. ¿Hay acaso algun moderado que sea ménos liberal que Olózaga y Sagasta?

* * *

Los progresistas y los moderados aspiran á un mismo fin.

No muevas la cabeza en señal de incredulidad, lector amigo. Si me preguntas cómo puede ser que, aspirando á un mismo fin, se odien tan profundamente, te diré que su odio recíproco tiene la misma explicacion que el que se tienen dos perros que se disputan el mismo hueso.

El hueso que se disputan los moderados y los progresistas es el presupuesto.

Hubo, sin embargo, un tiempo, que ya pasó, en que el par-

tido progresista, aunque nunca ha tenido muy bien definido su credo, no era todo él presupuestívoro. *El Jesuita* se refiere á aquel tiempo, anterior al año 1843, en que el partido progresista era un partido popular, porque ni las clases trabajadoras ni la clase media habian aún conocido su juego.

Pero el partido moderado ha sido siempre un partido oficial, un partido en que cada individuo de los que lo componen no ha pensado más que en hacer su negocio. Dirás, lector, que no se puede atribuir á ninguna agrupacion ese carácter egoista de los que le componen, sin negarle el título de partido.

El Jesuita es poco metafísico. Sin embargo, lector, si deseas que se establezca una diferencia entre las banderías y los partidos políticos, designando con la primera de estas denominaciones la asociacion de algunos hombres sin ideas fijas y sin regla segura de conducta, y con la segunda una reunion de repúblicos que, influidos por iguales sentimientos, creen en la bondad de determinados principios y aspiran á hacerlos prevalecer en la práctica, no hemos de reñir por tan poca cosa. *El Jesuita* no tiene inconveniente en aceptar momentáneamente la distincion, aunque, etimológicamente considerada, es asaz arbitraria.

Quedamos, pues, convenidos. Pasaremos por encima de todo escrúpulo ortológico, y dejaremos por un momento de considerar la palabra partido como sinónima de bandería, es decir que llamaremos bandería á todo grupo de hombres que se forma para explotar á beneficio de los que lo componen los intereses generales de la nacion, y llamaremos partido á un agregado de individuos que tiene por objeto defender determinados principios.

* * *

Puestos de acuerdo en la significacion convencional que damos á los vocablos, nos toca ahora examinar si los moderados constituyen una bandería ó un partido, es decir si defienden sus

propios intereses ó los intereses del país; ó en otros términos, si los principios son para ellos un medio ó un objeto.

El Jesuita faltaria á lo pactado respecto de la definicion de las palabras si no dijese terminantemente que los moderados no han constituido nunca en España un partido, sino una bandería.

Qué principios son los suyos?

Ellos mismos no sabrian contestar á esta pregunta.

No tienen más principios que los que les aconseja profesar su interes, y como el interes les aconseja profesar hoy unos y mañana otros, es imposible determinar cuáles son los que constituyen su verdadera doctrina.

Diria *El Jesuita*, si no pareciese un epigrama, que calumnia á los moderados el que afirma que carecen de principios, pues tienen ellos solos los principios de todos.

Al decir que no hay principios, por contradictorios que sean, que los moderados rechacen si su propia conveniencia les manda aceptarlos, no se refiere *El Jesuita* á la procedencia de los individuos que componen el bando, limitándose á hacer respecto de ella dos indicaciones que no deben perderse de vista:

1.ª Todos los moderados, hasta los más caracterizados, todos, con muy pocas excepciones, ántes de ser moderados pertenecieron á alguna otra agrupacion política.

2.ª Todos los que han abandonado una agrupacion política para convertirse al moderantismo, lo han hecho á impulsos de algun interes personal, ó al ménos han mejorado de posicion al experimentar la metamórfosis.

No quiere *El Jesuita* citar nombres propios en apoyo de dichas dos indicaciones, pues tendria que citar á todos ó á casi todos los moderados. Cuántos junteros entre ellos! Y eso que juntero, en el pirómetro político, significa el revoltoso político elevado á la temperatura roja. ¡Cuántos afiliados á sociedades secretas, á que el mismo Marat hubiera temido pertenecer, creyéndose demasiado circunspecto! ¡Cuántos periodistas, que llevaban hasta el cinismo su exaltacion republicana!

Al mismo tiempo, ¡cuántos moderados habia, ántes que cayese Doña Isabel II, que en el mismo campo de D. Cárlos parecian demasiado absolutistas!

* * *

Pero prescindamos, lector, de esas conversiones á la fe de los moderados, á la fe del presupuesto.

Prescindamos, lector, de los antecedentes de tantas Magdalenas políticas arrepentidas, pues basta á nuestro objeto, que no es otro que probar que los moderados constituyen una bandería y no un partido, aunque así sigamos llamándole, estudiar el grupo en sí mismo, sin tener en cuenta para nada el punto de partida de los que lo componen.

¿Qué necesidad hay de hacer mencion de los programas rabiosamente liberales que en 1854 algunos moderados echaron á volar durante la contienda electoral para ser elegidos diputados de la Constituyente, ni de los compromisos que tenian otros contraidos con los generales que se pronunciaron en Vicálvaro para derrocar el ministerio que presidia el conde de San Luis, ni de los discursos ultra-democráticos que pronunciaron otros, despues del triunfo de los generales, en el *Círculo de la Union*, ni de las manifestaciones con que otros expresaron su entusiasmo á favor de los caudillos militares que iniciaron el levantamiento del pueblo?

No juzgues, lector, á la familia moderada por las opiniones que sus individuos profesaban ántes de ingresar en ella, ni tampoco por las contradicciones en que algunos incurrieron perteneciendo ya á ella, sino por las evoluciones que ha practicado el ejército moderado en masa, por las trasformaciones que ha sufrido todo entero, por las alteraciones profundas, capitales, que ha introducido en su dogma, ya para no perder, ya para volver á tomar posicion en las avenidas del presupuesto.

Y para juzgar bajo este punto de vista general á la familia

moderada, bastan muy pocas palabras. Basta decir que ella misma confesó que la Constitucion de 1837 estaba en conformidad con sus principios, á pesar de ser obra de los progresistas, lo que no impidió que dos años despues pensase en menoscabar su espíritu popular, atacando el poder municipal por medio de la famosa ley de ayuntamientos que provocó la insurreccion de 1840, y que más adelante invocase esta misma Constitucion para atraerse á los progresistas imbéciles y derribar, mancomunado con ellos, al general Espartero, y que luégo, con una fe plusquam púnica, nos diese la Constitucion de 1845, y que, infringiendo á cada instante su propia obra, produjese las disidencias de los puritanos con que se reveló su primer cisma, hasta que vino Bravo Murillo queriendo reformar, en sentido áun más retrógrado, el Código de 1845, lo que dió orígen á otro cisma, y á éste sucedieron otros y otros y otros, y por fin llamó á la puerta la insurreccion de 1854, aplaudida por la inmensa mayoría de los mismos moderados, que más adelante siguieron las huellas de los mismos cismáticos á quienes quisieron sepultar bajo el peso de sus anatemas.

¿Puede decirse que un agregado de hombres que tiene semejante historia profesa de buena fe algun principio? Y si es la fe en los principios lo que distingue á los partidos de las banderías, las cuales no son más, lector, que asociaciones de hombres que se forman para explotar á la patria, qué es la familia moderada? ¿es un partido ó es una bandería?

* * *

Nadie supo nunca, durante el reinado de Doña Isabel II, cuáles eran las doctrinas del partido moderado, así como tampoco nadie sabe ahora cuáles son las del partido progresista, el cual, lo mismo que el moderado, tampoco es más que una bandería.

Hasta en los últimos dias de su dominacion, los moderados decian que la fórmula del gran pensamiento que estaban llama-

dos á completar en España se reducia á esta sola palabra: gobernar.

Y áun ahora siguen diciendo lo mismo.

Si se tratase de un partido nuevo, de un partido acabado de nacer, de un partido que no hubiera tenido nunca ocasion de descender al terreno de la práctica para aplicar libremente sus teorías, se concebiria que se le atribuyese un plan fecundo que, no habiéndose hallado nunca en el poder, no le habia sido dado llevar á cabo.

Pero se trata del partido moderado, se trata de un partido que, gracias á las elevadas influencias que tuvo siempre propicias desde la muerte de Fernando VII hasta la caida de los Borbones, se halló en posesion del mando, exceptuando algunos breves períodos, algunos cortos intervalos de crísis y tormentas revolucionarias provocadas por sus mismos desmanes.

¿Qué hizo el partido moderado en tantos años de dominacion absoluta? Gobernó? Sí ó nó?

Si lo que hizo fué gobernar, ¿quién no quisiera que no hubiese gobernado?

Y si no fué gobernar lo que hizo, por qué no gobernó? ¿quién pudo impedírselo? ¿No es evidente que no quiso ó no supo gobernar un partido que, habiendo sido siempre gobierno, no gobernó nunca?

Prender, deportar sin formacion de causa, no tener nunca para los adversarios ni un átomo de misericordia, atacar la libertad en todas sus manifestaciones, contraer empréstitos onerosos, aumentar los impuestos, improvisar para los afiliados empleos y títulos y honores y condecoraciones y fortunas, repartir entre ellos los cargos públicos dejando á los demas todas las cargas, ahogar en sangre las insurrecciones provocadas por sus propios excesos, no dar á la industria, ni á la agricultura, ni al comercio, ni á la instruccion pública más que una proteccion de pura palabrería desmentida por los hechos y por las trabas mismas que á su desarrollo se imponen, intervenir á mano armada

contra la libertad en extranjeros países y dejar al mismo tiempo que salpiquen de sangre y lodo nuestro pabellon los salvajes moros del Riff y las hordas de bandidos mejicanos, si eso es gobernar, los moderados gobiernan á las mil maravillas, aunque poco ó nada tienen que envidiarles los progresistas, fronterizos y cimbrios que, en nombre de la libertad, la moralidad y las economías, echaron á rodar la dinastía borbónica.

Pero si por gobernar se entiende respetar y hacer respetar todos los derechos, observar y hacer observar todas las leyes, procurar que las fuerzas vivas de la nacion se inviertan todas en provecho de la nacion misma y no de una fraccion determinada, repartir entre los asociados, segun las facultades de cada uno, las cargas y los cargos, prescindiendo de opiniones, que deben ser siempre libres miéntras con ellas no se ofenda la moral ni se traduzcan en hechos reprobados por la ley; en una palabra, si gobernar es ser la misma ley que habla, la misma ley que se hace hombre en el que se llama gobierno, los progresistas no gobiernan ni han gobernado nunca, pero los moderados tampoco.

* * *

No sabe *El Jesuita* lo que es peor, si demoler el principio de autoridad por medio del abuso que hace el poder de sí mismo, que es lo que hicieron los moderados en sus buenos tiempos y hacen ahora los progresistas, ó si demoler la sociedad dejando sueltos á los elementos anárquicos. Lo primero trae necesariamente lo segundo, y es extraño que no lo comprendiesen los moderados, que se explicarian más fácilmente un gobierno sin sociedad que una sociedad sin gobierno.

En cuanto á *El Jesuita*, que quiere tambien gobierno, pero que quiere que el gobierno no gobierne sino con la ley y siempre en provecho de todos los miembros del cuerpo social, cuando un gobierno no cumple esta mision, prefiere que no lo haya. Un

mal gobierno es peor aún que la anarquía. La sociedad está de hecho demolida cuando en ella no impera la justicia, y no hay justicia donde hay privilegiados, no hay justicia donde las leyes no tienden á proteger indistintamente á todos los asociados.

* * *

El partido moderado adolecia de un vicio congénito, de un vicio de organizacion que desde que nació permitia prever á los espíritus reflexivos el mal de que habia de morir necesariamente. Y *El Jesuita* habla del partido moderado como de una raza ya extinguida, porque cree firmemente, y espera poderlo demostrar en este mismo capítulo, que el partido moderado, que nunca tuvo vida propia, que nunca tuvo más fuerza que la que le daba Doña Isabel II, quedó sepultado para siempre bajo los escombros del trono de los Borbones.

Disuelto estaba el partido moderado desde mucho ántes de su ruina definitiva, y su disolucion fué una consecuencia lógica de su organizacion viciosa.

Habia crecido por aluvion; se habia desarrollado conglobando, incorporando á su superficie elementos heterogéneos que le dieron ménos fuerza que volúmen; se atrajo neófitos, no en virtud de sus principios, sino de las ventajas individuales que les ofrecia, pareciéndose muchos de los que ingresaban en sus filas á esos moros que se hacen cristianos para poder beber vino.

Tal era la fe de la mayor parte de los enganchados.

Habia indudablemente muchos moderados que, tan enemigos de la tiranía que se ejerce de abajo á arriba, como de la que se ejerce de arriba á abajo, se encerraron en la teoría del justo medio, íntimamente convencidos de que sólo con ella era posible evitar las revoluciones y reacciones sucesivas, que se provocan mutuamente, y se explican y hasta legitiman las unas por las otras.

¡Pero cuántos de los que se introdujeron en las filas moderadas penetraron en ellas, no como en un partido político creado para

el triunfo de una doctrina, sino como en una sociedad de explotacion y socorros mutuos, siendo digno de notarse que casi todos los conversos eran tránsfugas de otras comuniones, en las cuales se habian distinguido por la exageracion de sus ideas!

* * *

El sistema de corrupcion penetró en España con el eclecticismo ó doctrinarismo frances, y áun ahora sería fácil, teniendo á la vista las nóminas y las *Guías de Forasteros* desde el Estatuto Real hasta los sucesos de 1854, averiguar el precio de cada mercancía.

Sí, porque en la *Guía* y en las nóminas está la mayor parte de la historia del partido moderado. Ay! ¡y tambien la del partido progresista desde los últimos meses del año de 1868!

Mas no es ésta la ocasion de hablar del partido progresista, ni tampoco de especificar los distintos medios de que se valió el moderado para atraerse prosélitos. Basta dejar consignado que se formó casi en su totalidad de residuos de los demas partidos, para comprender la falta de consistencia á que debió su disolucion, que era ya muy patente ántes del año 1854.

* * *

El partido moderado y el progresista cayeron en dos extremos opuestos, que eran igualmente fatales. Todo lo que tenía el progresista de repulsivo, tenía de propagandista el moderado. No me refiero, lector, á eso que se llama hoy partido progresista, y que no es más que una cáfila de ambiciosos y pancistas; me refiero al partido progresista antiguo, á aquel partido progresista que ya no existe, de que sólo quedan algunas reliquias, que protestan en silencio contra esa gente vividora que ha usurpado su título. Me refiero á aquel antiguo partido progresista que tenía á su frente hombres respetables, de los cuales muchos han tenido

el buen gusto de morirse para no ser testigos de tanta ignominia, y los restantes contribuyeron á formar el núcleo de la llamada union liberal. Me refiero á aquel antiguo partido progresista que tenía raíces en todas las clases de la sociedad, y cuyas huestes estaban principalmente formadas de artesanos y trabajadores, que hoy constituyen la gran fuerza, la incontrarestable fuerza del partido republicano.

* * *

El partido progresista antiguo, como todos los partidos populares, se ocupaba mucho de personas, teniendo una aficion decidida á los exámenes retrospectivos. No creia en arrepentimientos, y á nadie perdonaba el mal que le habia hecho por el bien que pudiera hacerle. ¿Cómo habia de admitir de nuevo en su seno á Prim, á Serrano, á Olózaga, á ninguno de los que en 1843 hicieron ellos su negocio, dejando al partido entre las garras de una reaccion desenfrenada y sangrienta?

Honraba seguramente al partido progresista su implacable carácter, y hasta le favorecia su inexorabilidad para no exponerse á ser vendido de nuevo por los que ya le habian vendido otra vez; pero, desgraciadamente para él, trataba del mismo modo á los neófitos procedentes de otros partidos que á los apóstatas del suyo. Con semejante conducta, el proselitismo era imposible.

El partido moderado, al contrario, iba á hacer su propaganda hasta en las mismas filas enemigas, y un individuo, desde que se le afiliaba, quedaba bañado en las aguas de su Jordan, que no le dejaban mancha alguna de pecado.

¿Qué moderado echaba en cara á D. Luis Gonzalez Bravo sus antecedentes progresistas? ¿Qué progresista no ha echado en cara á D. Patricio de la Escosura sus antecedentes moderados?

El partido moderado era implacable en sus iras con los suyos que se pasaban á otro partido.

El partido progresista hacía poco caso de que los suyos se pa-

sasen á los otros, pero miraba siempre con recelo y hasta con aversion á cualquiera de otro partido que se pasase al suyo. Ni áun en su desgracia, cuando la conversion de los que iban á participar de su martirio no podia atribuirse á ningun cálculo egoista, dejaba de mirar de reojo á los convertidos.

Así se explica cómo, á pesar de su impopularidad, el desarrollo del partido moderado fué tan rápido.

Verdad es que le favorecieron todas las circunstancias, y que tuvo siempre á su favor las más elevadas influencias, á que debió sus largos períodos de mando.

Y si bien es cierto que el mando despopulariza, tambien lo es que el que lo obtiene halla siempre medios de crearse prosélitos entre los que tienen más estómago que corazon, tan abundantes hoy en todas partes.

* * *

Contribuyó poderosamente á dar incremento al partido moderado el convenio de Vergara, que le acarreó un número considerable de absolutistas.

Los sucesos de 1843 le favorecieron tambien mucho, asimilándose no pocos de los progresistas coligados, que ahora vuelven á llamarse progresistas despues de haber estado comiendo con los verdugos del progresismo, y, por último, once años de dominacion cansaron la paciencia é hicieron perder la fe á algunos que no supieron resignarse á la condicion eterna de caidos.

Confesemos, lector, sin por eso tratar de disculpar ninguna apostasía, que aquella fué una época de prueba para todos los que no pertenecian á la situacion dominante. Muchos perecieron en las temerarias empresas á que se arrojaron en su desesperacion; muchos regaron con su sangre la arena de las ejecuciones; muchos fueron arrancados de su hogar y presos y encarcelados y deportados á remotos climas.

* * *

El partido progresista se vió sitiado por hambre.

Se le cerraron todas las puertas, la de los honores, la de los empleos, hasta la de las academias y corporaciones científicas; el que no era moderado no tenía derecho á nada; el que era moderado tenía derecho á todo. El partido se encargaba hasta de crearle una reputacion, y no se deben á otra cosa muchas y muy inmerecidas de las que hoy, sin embargo, ni siquiera se discuten.

El partido se encargaba al mismo tiempo de destruir todas las reputaciones de las demas agrupaciones políticas.

Con semejante táctica, el partido moderado llegó pronto á su período de mayor incremento. Pero si éste fué rápido, rápida habia de ser tambien su decadencia. En un partido que tiene por base el egoismo, ha de haber necesariamente una gran lucha de ambiciones. En un partido, cuyos individuos no se unen por el lazo de ningun principio, la disolucion empieza desde que no es posible satisfacer todos los apetitos individuales.

En mangeant vient l'appetit. La ambicion no reconoce límites, y eso es lo que disolvió al partido moderado. Carecia de medios para satisfacer todas las ambiciones, que crecen y se multiplican á medida que se las complace, y moderado hubo que entró en el partido ofreciéndosele en perspectiva una plaza de escribiente, y á los pocos dias se consideraba desatendido porque todavía no era ministro.

* * *

Es seguro que el partido moderado, que áun ahora, despues del gran trastorno de Setiembre de 1868, en que cayó Doña Isabel II, que era su único apoyo, pues ninguno tenía en la opinion pública, se considera lleno de vida y con condiciones de gobierno, y sigue entregado á la ilusion de que no está disuelto. La misma ilusion se hacía en 1852 cuando *El Jesuita* puso en evidencia su disolucion en periódicos y folletos, al mismo tiempo que la del partido progresista. Se equivocaba? Progresistas se llaman los

actuales dueños de la situacion. Gobiernan acaso? ¿Gobernaron ni un solo dia los moderados desde que se manifestaron sus primeras disidencias? Nó; ya ha dicho *El Jesuita* lo que por gobernar se entiende.

Uno y otro partido, sin embargo, como si ocupar el poder fuese gobernar, por haberlo ocupado despues de haberse declarado su disolucion se creen en el período de su mayor incremento. No es extraño. Pocos son los que, perteneciendo á un partido, conocen su disolucion, y ménos áun los que, conociéndola, la confiesan.

Acerca del particular *El Jesuita* se limitará á decir que si lo que sucedió en España bajo las dominaciones moderadas y lo que sucede ahora bajo la progresista, sucedió y sucede hallándose el partido moderado y el progresista en un estado fisiológico y normal, los dos partidos son infinitamente peores de lo que creen sus más acérrimos adversarios.

* * *

Cuando *El Jesuita* tuvo el atrevimiento, muchos años atras, de decir que los partidos medios estaban disueltos, un periódico moderado, escrito con mucho ingenio, pues ya se sabe que no es ingenio lo que á los moderados falta, le salió al encuentro para combatirle, sin negar, porque dijo que no tenía necesidad de ello, que el partido moderado se hubiese formado por aluvion, que se hubiese desarrollado incrustando en su superficie elementos heterogéneos que le daban ménos fuerza que volúmen, sin negar que se hubiese atraido neófitos, no en virtud de sus principios, sino de las ventajas individuales que les ofrecia. ¿Qué negaba, pues, si no negaba eso?

Concedia las premisas, y negaba sin embargo la consecuencia, que era recta. Negaba, por consiguiente, que la heterogeneidad de elementos que componen un partido y la falta de fe y sobra de ambicion de los individuos que lo constituyen pudieran

ser causa de su disolucion. Pues si tan poderosas causas no pueden producir la disolucion de un partido, fuerza es confesar que los partidos son indisolubles.

Verdad es que, más adelante, el impugnador de *El Jesuita* retrocedió en el curso de la polémica como arrepentido de sus concesiones, sintiéndose con fuerzas para discutir las proposiciones mismas que habia dicho que no tenía necesidad de negar.

Le engañó la justa confianza que tenía en su habilidad y su talento.

Preguntó á *El Jesuita* si creia que era un defecto que un partido se formase por aluvion.

Como las palabras que se usan metafóricamente, aunque sean las más gráficas para expresar una idea, son más susceptibles de interpretaciones distintas que las que se toman en sentido directo, el hábil contendiente dió á la palabra aluvion un significado diferente del que la quiso dar *El Jesuita*, aunque el que éste quiso darle se deducia perfectamente de las que habia empleado en seguida para definirla y determinar su sentido. *El Jesuita* habia dicho que el partido moderado se habia formado por aluvion, es decir que se habia desarrollado incrustando en su superficie elementos heterogéneos que le daban ménos fuerza que volúmen.

Su impugnador respondió que del mismo modo se habian formado todos los partidos.

Nó, y mil veces nó. Los demas partidos no hicieron su propaganda por medio del interes individual, sino por medio de la idea.

Los demas partidos no se desarrollaron atrayéndose individuos que de la noche á la mañana, en virtud de una causa siempre conocida y siempre personal, habian trasformado sus opiniones.

Los que del partido moderado se pasaron á cualquier otro se metamorfosearon lentamente, como se metamorfosean los hombres de bien que rectifican sus opiniones. Los que de cualquier

partido se pasaron al moderado se metamorfosearon rápidamente como se metamorfosean los apóstatas.

Entre los apóstatas de todas las creencias hizo el partido moderado su propaganda, dijo *El Jesuita;* á lo que replicó su antagonista: «Ó los que fueron miembros del partido absolutista, progresista ó democratico se pasaron al moderado por la superioridad de las doctrinas de éste, ó por ambiciones mezquinas, indignas y bastardas.»

«Por lo último,» repuso *El Jesuita*, no pudiendo para él ser dudoso el término, por el cual habria de optar, del dilema que se le presentaba.

Sí, por lo último; y la prueba está en que nadie se habia pasado nunca al partido moderado sino hallándose éste en el poder y para mejorar de posicion. La prueba está en que no se pasó al partido moderado ninguno de los que nada esperan de ningun gobierno ni piensan en establecer con el presupuesto relacion de ningun género. Así es que todos los partidos, lo mismo el absolutista, que el progresista, que el que ántes se llamaba democrático porque no se le permitia llamarse republicano, todos los partidos, menos el moderado, cuentan ó han contado con afiliados en las clases pobres, en las clases trabajadoras, en las clases proletarias, en las cuales el partido moderado no pudo reclutar más que algunos de esos infelices que, no teniendo que comer, aceptan un puesto en la policía y sirven con la misma lealtad á todas las situaciones.

El partido progresista, casi siempre perseguido, casi siempre proscrito, porque, ántes de la expulsion de los Borbones, el moderado, gracias á que le habian sido siempre propicias muy elevadas influencias, habia ocupado casi siempre el poder; el partido progresista no podia deber su desarrollo más que á la bondad de sus doctrinas, doctrinas que sus apóstoles expiaron con períodos de martirio, de los cuales hubo uno que duró once años.

El sagaz contrincante, que sabía convertirlo todo en sustancia, dijo que á ser exacto, como aseveraba *El Jesuita*, que el par-

tido moderado no se habia atraido las clases proletarias, no se explicaba cómo habiendo en el partido moderado tal seguridad de medro, y habiendo tanto deseo de dejar de ser pobre en todo el que lo es, se habian resistido á hacerse moderadas las clases proletarias; y, ademas, ese fenómeno, siendo cierto, demostraria que las clases proletarias, sumidas en una deplorable ignorancia de que no las permitian salir fácilmente sus dolorosas necesidades y su penoso y constante trabajo, tenian la desgracia, sobre todas las de su triste estado, de carecer de la ilustracion suficiente para apreciar cuál era el partido que tenía verdaderas condiciones para hacer la felicidad del país, dejándose arrastrar de las doctrinas que seducian al corazon y á la imaginacion, y separándose de las que no comprendian, por hablar, más que al sentimiento, á la inteligencia.

¿Y por qué habia de demostrar ese fenómeno lo que pretendia el impugnador de *El Jesuita?* ¿Por qué se habia de atribuir á la ignorancia lo que podia tambien atribuirse á la virtud? ¿Qué doctrinas eran las que los proletarios no aceptaban porque no las comprendian?

Si no las comprendian, hacian muy bien en no aceptarlas, pero los moderados hacian muy mal en profesar doctrinas incomprensibles. El partido moderado debia haberse reservado para un país de sabios.

En España nuestra ignorancia no nos permitió nunca comprender su bondad y excelencia.

Pero, puesto que el partido moderado era el que tenía verdaderas condiciones para hacer la felicidad del país, ¿por qué no la hizo? ¿No se halló casi siempre en el poder durante el reinado de Doña Isabel II?

El partido moderado no hizo su propaganda en las clases proletarias, porque no podia hacerlas vivir del presupuesto, que era su único medio de proselitismo.

* * *

Várias fueron las causas que aceleraron el fraccionamiento y consecutiva disolucion del partido moderado, siendo sin duda la principal la reforma por unas Córtes ordinarias de la Constitucion de 1837, de que nació la de 1845, que dejó indeterminada la existencia de la soberanía nacional.

La Constitucion de 1845 era un paso muy retrógrado respecto de la de 1837. Los senadores, cuyo número era ilimitado, eran nombrados por la corona entre los que habian sido tres veces elegidos diputados y gozaban de 30.000 reales de renta, entre los propietarios que pagaban 8.000 reales de contribucion, y entre los altos dignatarios de la magistratura, de la diplomacia, de la administracion y del ejército que disfrutaban de un sueldo ó de una renta de 60.000 reales.

La Constitucion de 1845 no concedia intervencion alguna á los diputados, lo que era una modificacion grave, porque podia elevar al trono á un extranjero que se casase con la reina.

Tampoco quisieron los legisladores de 1845 que la regencia fuese electiva. El padre ó la madre, y en su defecto el más próximo pariente, eran durante la minoría del rey los encargados de ejercer la regencia.

* * *

No obstante su espíritu oligárquico, no obstante su mezquina ley electoral, no obstante su manera de establecer el alto Cuerpo colegislador, que por su organizacion se prestaba á ser siempre un dócil instrumento del poder irresponsable, pudiendo éste, por medio de nuevas hornadas de senadores, hacer preponderar el elemento más favorable á sus miras, la Constitucion de 1845 no hubiera disgustado á muchos de los moderados que la miraron con recelo desde que se promulgó, si hubieran podido considerarla como el límite de las aspiraciones reaccionarias de la córte, y si no hubiera procedido de unas Córtes ordinarias que se arrogaron facultades constituyentes de que el cuerpo electoral no las habia provisto.

Ya ha indicado *El Jesuita* que entre los moderados habia algunos que eran liberales hasta cierto punto, liberales de buena fe, que cabian perfectamente con sus ideas dentro de la Constitucion de 1837, y consideraban por consiguiente innecesaria su reforma llevada á cabo en 1845. Hubieran, sin embargo, transigido con este retroceso, si hubiesen creido que era el último, y no el punto de partida de otros retrocesos sucesivos. Pero era un retroceso que revelaba tendencias liberticidas, y ellos entónces hicieron alto, y formaron un grupo que se destacó del grueso del ejército moderado, y quiso, como se dice en lenguaje periodístico, formar Iglesia. Bien ó mal llegó á formarla, y elevó al Pontificado á D. Joaquin Francisco Pacheco, orador elocuentísimo, fácil, correcto, elegante, ático como no ha habido ningun otro, improvisador sin rival, discutidor ingenioso, pero inhábil político, y, sobre todo, poco curtido en la guerra de intrigas de las camarillas palaciegas. El grupo que le hizo Papa tomó el nombre de puritano, y, como sucede siempre en política, fué declarado disidente y cismático, no por haber faltado al indeterminado dogma del primitivo partido moderado, sino por no haberse prestado á seguir á éste en sus temerarias evoluciones, muy impropias de un partido cuya mision para ser útil debia ser conservadora y no retrógrada.

Cizaña sembró tambien en el campo moderado la boda de Doña Isabel II con su primo D. Francisco de Asís y la de su hermana Doña María Luisa, entónces princesa de Asturias, con un príncipe de la casa de Orleans, con el duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, del que podia llamarse verdadero padre del partido moderado. La fraccion más numerosa de este partido acogió con entusiasmo el doble enlace que parecia asegurarle la proteccion del rey de los franceses, y por consiguiente su permanencia en el poder. Los moderados españoles, á coro con los doctrinarios franceses, pronunciaron entónces la célebre frase: «Ya no hay Pirineos,» la cual valió á su partido el título de partido frances, que, en lugar de avergonzarle, le colmaba de orgullo.

Una excision en un partido es siempre precursora de otras muchas, y el moderado llegó en poco tiempo á un grado tal de desconcierto, que no habia dos individuos que profesasen los mismos principios.

Las ambiciones personales, que son el disolvente más eficaz de todas las sectas y comuniones políticas, llevaron á cabo la operacion destructora que empezó con la reforma de la Constitucion de 1837. En el partido moderado abundaban demasiado las eminencias. Habia en él muchos hombres notables que no pudieron resignarse por mucho tiempo á la jefatura del general Narvaez. Todos querian ser jefes.

* * *

El general Narvaez, á la caida de Espartero en 1843, era el ídolo de Doña María Cristina y de Doña Isabel II, que, creyendo tener en él un instrumento de sus planes que no habia de rebelarse nunca contra sus designios, le malcriaron con sus mimos y le dieron demasiadas alas.

Llegó un dia en que el general no se prestó á avanzar tan deprisa por la senda de la reaccion como la córte deseaba, sintiéndose bastante fuerte para contrarestar las influencias palaciegas. La córte, que no desconocia el prestigio de que gozaba el general Narvaez en el partido moderado, no se atrevió á luchar con él frente á frente, y se aprestó á una guerra de intrigas.

Lo primero que se ocurrió á la córte fué hacerse devota para atraerse al clero y con él á los absolutistas. En efecto, se los atrajo, y en ellos, ya que no encontró adictos, encontró poderosos auxiliares que se fingieron isabelinos para tomar alrededor del trono de Doña Isabel II posiciones estratégicas que les permitiesen trabajar con más ventaja en provecho de la causa de D. Cárlos. Muchos moderados hicieron con ellos buenas migas, y de tan nefando maridaje nació el bando neo-católico, que muy pronto tuvo vara alta en Palacio.

* * *

Entre los moderados que, al hacerse devotos los reyes, les acompañaron en su evolucion, habia muchos *sprits forts*, tan poco cuidadosos de las cosas del otro mundo como Epicuro, tan ajenos de toda religion positiva como el ex-ministro cimbrio Echegaray, y que habrian entrado ménos veces en una iglesia que el célebre Suñer y Capdevila.

El verdadero jefe del bando neo-católico parecia ser el rey consorte, gran protector de monjas, de quien se decia que obraba por inspiracion de una célebre impostora, llamada Sor Patrocinio, de cuyas llagas se ha hablado más que de las del seráfico padre San Francisco.

No niega *El Jesuita* la influencia de la famosa monja en la política de España durante el reinado de Doña Isabel II, pero cree que se ha exagerado mucho, y que no todas las anécdotas que de ella se cuentan son verdaderas, como no lo son todas las que se refieren al Cid Campeador, á D. Juan Prim, á D. Francisco de Quevedo Villegas y á D. Juan Nicasio Gallego. Los progresistas, que no reparan en medios para ensalzar al que quieren ensalzar, tampoco omiten ninguno para deprimir al que quieren deprimir. Es lo único que saben hacer; no les da el naipe para otra cosa.

* * *

Con el elemento neo-católico, la córte fué minando el terreno bajo los piés del general Narvaez, que, no contento con ser *l'enfant gaté* de los reyes, se hizo muy pronto su *alter ego* y hasta quiso sobreponérseles y ejercer sobre ellos una especie de tutela.

Los reyes afectaron no apercibirse del yugo que se les imponia, pero de la noche á la mañana, en una situacion completamente normal, sin circular siquiera un rumor de crísis, los habitantes de Madrid, que se habian acostado bajo un ministerio Narvaez, se levantaron bajo un ministerio Balboa, y al dia siguiente, despues de haberse acostado bajo un ministerio Balboa, volvieron á levantarse bajo un ministerio Narvaez.

Narvaez recobró el poder, pero herido de muerte, siendo más adelante reemplazado por D. Juan Bravo Murillo. El tiempo que media entre la subida de éste y la caida de Balboa está ocupado no más que por una agonía ministerial.

Hay enfermedades de recaida, que, aunque no matan al primer ataque, dejan al enfermo en un estado deplorable, y le matan al segundo.

El ministerio Balboa debia ser para Narvaez un aviso; indicaba el mal de que habia de morir.

No es ésta ocasion de examinar si las precauciones que tomó el ministerio Narvaez para evitar un segundo ataque, que por fuerza habia de ser mortal, fueron las más convenientes.

Narvaez procedió tal vez sin razon contra los individuos que constituyeron el gabinete Balboa, conocido en la historia con varios nombres, entre otros el de *ministerio Relámpago*, sin comprender que dichos individuos eran un síntoma del mal y no el mal mismo. Como el toro á quien tiran una capa, se vengó en la capa, no pudiendo alcanzar al torero. Rompió el instrumento; ¿pero á la mano oculta que lo manejaba, podia acaso faltarle otro?

El ministerio Balboa cayó, no pudiendo sobrellevar más que por espacio de veinticuatro horas el peso de su impopularidad. Los antecedentes de los que lo constituian inspiraban una aversion invencible. Los liberales de todos los matices, sin darle tiempo de iniciar su política, se apresuraron á calificarla con los términos más duros, porque sabian que aquel ministerio significaba retroceso.

Pero las repugnancias políticas dieron á la influencia secreta que dirigia la tramoya, no un escarmiento, sino una leccion, de que se sirvió para conducirse á su fin por medio de otros hombres que suscitasen ménos antipatías.

Confió á Bravo Murillo la mision que estaba encomendada al ministerio Balboa.

Es una ocurrencia enteramente progresista la de los inocentes que, atribuyendo todos aquellos manejos á la célebre embau-

cadora Sor Patrocinio y al rey consorte, que la consultaba como un oráculo, hicieron figurar á la ulcerada monja en el ministerio Balboa hasta el extremo de designar con su nombre á aquel meteoro ministerial.

* * *

El Jesuita, como ya tuvo ocasion de manifestar en un opúsculo que publicó en 1856, nunca vió más, en aquel laberinto de intrigas, que la mano de María Cristina, la cual, encontrando en el gabinete que Narvaez presidia una resistencia abierta á su insaciable avaricia, explotó, para acabarle de enajenar la confianza de su hija, la ambicion de Bravo Murillo, Beltran de Lis y Sartorius, que desde entónces se pusieron ya de acuerdo con ella, aunque no lo estaban ellos entre sí.

Abandonado Narvaez del poder oculto, ejercido por la Reina Madre, la cual por sus fines particulares le habia sostenido hasta entónces, se vió en la dura necesidad de buscar un punto de apoyo en la opinion pública, que tanto habia siempre despreciado, y, hallándola exasperada, echó mano, para calmarla, de un ministro de Comercio de antecedentes intachables.

Entónces la Reina Madre se valió de todos los medios imaginables para provocar en los dos cuerpos colegisladores el desarrollo de una oposicion, que obligó al fin y al cabo á Narvaez á retirarse del poder, á pesar de que contaba aún en ambas Cámaras con robustas mayorías. Con su influencia contrarió y volvió inútiles todos los esfuerzos que hizo Pidal para organizar un nuevo gabinete, pues estaba interesada en que las riendas del Estado pasasen á manos de D. Juan Bravo Murillo.

Éste, en efecto, subió al poder, y organizó un ministerio que era muy débil por los elementos de que se componia, y por el carácter y las miras de las personas que le apoyaban en las Córtes. En éstas nadie se entendia. El marqués de Valdegamas censuró en un famoso discurso al general Narvaez, acusándole de

favorecer las malas pasiones y los intereses materiales, lo que no impidió que cuando Bravo Murillo, amigo íntimo del marqués, prometió atender á los intereses morales, el marqués, que debia ayudarle en su empresa, hiciese la mayor de las *olozagadas*, procurando obtener la embajada de París, adonde marchó sin dilacion, en tanto que el gabinete se preparaba á hacer el caldo gordo á la Reina Madre, ó sea familia de Muñoz, y á sus allegados.

* * *

El primer negocio que se intentó, para favorecer á Doña María Cristina, fué la capitalizacion de las sumas invertidas en el ferro-carril de Aranjuez, propuesta por Salamanca, abandonada por haberse demostrado en el Consejo Real su ilegalidad absurda, y sustituida por la compra del mismo camino de hierro, no obstante los informes de las secciones del mismo Consejo Real en várias sesiones á que asistieron los directores de los ministerios.

El gobierno prescindió de todo y resolvió la compra en más de sesenta millones, cuando el camino valdria á lo sumo treinta, y, para colmo de escándalo, se dió al mismo tiempo en arrendamiento al propio vendedor.

Así cualquiera se hace rico, y siendo rico, cualquiera se hace conde y marqués y grande de España.

El agraciado debia, segun voz pública, doce ó catorce millones al esposo de la Reina Madre, D. Fernando Muñoz, duque de Riánsares, y tanto para pagarle, como para entrar en la subasta y acometer las obras de la línea de Aranjuez á Almansa, necesitaba fondos, que sólo podia proporcionárselos el gobierno.

Consumado este escándalo, se continuó rápidamente por la senda de los desórdenes administrativos. Se amordazó á la prensa para que el país no adquiriera de ello conocimiento, y se pretendió ahogar completamente la voz de la tribuna parlamentaria.

Hé aquí, lector, el verdadero orígen de la reforma constitucional imaginada por Bravo Murillo.

* * *

Los proyectos de reforma no procedieron de un pensamiento político. El régimen representativo, á pesar de la esterilidad que generalmente se le imputa, tan combatido, tan violado, tan pisoteado como estaba por el gobierno, era todavía un freno intolerable para la depredacion y las arbitrariedades.

El gobierno mendigó el apoyo del Consejo Real y quiso asociarle á su culpable idea.

En el Consejo Real habia un proyecto de ley sobre grandezas y títulos de Castilla, que habia sido objeto de importantes trabajos en la seccion de Gracia y Justicia. Estando el proyecto pendiente de discusion, el ministerio dirigió al Consejo Real una representacion de la diputacion permanente de la grandeza, en la cual solicitaba el restablecimiento de las vinculaciones, y anunciaba la idea de la creacion de la senaduría hereditaria. El Consejo acordó que sólo se discutiese el proyecto primitivo sin mezclarse en la gravísima cuestion de la reforma constitucional, y con su determinacion desconcertó en gran manera los planes del ministerio.

El ministerio, sin embargo, no podia cejar en su marcha reaccionaria y ominosa.

Convocó las Córtes para Diciembre de 1852.

Senadores y diputados acudieron presurosamente á sus puestos.

El general Narvaez, abandonando su residencia de Loja, acudió al llamamiento de sus amigos y se colocó á la cabeza de las oposiciones, las cuales se coligaron y derrocaron al ministerio en la votacion para la presidencia del Congreso.

El ministerio disolvió las Córtes y publicó los proyectos de reforma política, cuyo único y exclusivo fin era ahogar la discusion y la publicidad.

Llamados de nuevo los electores á las urnas, las altas influencias palaciegas abandonaron al ministerio Bravo Murillo, y formaron otro presidido por Roncali, el cual, viendo que eran infructuosas sus negociaciones para conseguir la disolucion de un comité electoral que se formó bajo la presidencia del general Narvaez, publicó un decreto de disolucion de los comités.

Las elecciones se hicieron con violencias inauditas hasta entónces, aunque no comparables con las ejercidas bajo la actual dominacion progresista.

Reuniéronse las Córtes, y hubo hornada de senadores para trastrocar la mayoría del Senado. Se dió un decreto inicuo sobre la publicacion de las sesiones de las Córtes, y ya en las primeras discusiones de éstas la oposicion se presentó en el Senado resuelta y numerosa, y se colocó á la altura de las circunstancias.

El ministerio cerró las Córtes, y declaró terminada la legislatura.

Cayó el ministerio por cierto desacuerdo entre su presidente y el ministro de Gracia y Justicia, que se atrevió á pedir autorizacion para contratar un empréstito.

Formóse el ministerio Lersundi, célebre por sus vacilaciones. Se modificó repetidas veces sin llegar nunca á completarse, y Sartorius, minando su existencia, puesto de acuerdo con D. Agustin Estéban Collantes, pudo derribarle en 1853 con el apoyo de las influencias de siempre.

Las oposiciones del Senado y del Congreso rechazaron con dignidad los ofrecimientos de Sartorius, que habia desertado del comité electoral para captarse el favor de la Reina Madre y hacerse presidente del Consejo de Ministros.

El ministerio pretendió cortar en el Senado la discusion relativa á ferro-carriles, empezada en la legislatura anterior, y presentó al efecto un proyecto de ley. El ministerio fué derrotado en la Cámara alta por ciento cinco votos.

Suspendiéronse la sesiones.

La coalicion se consolidó, tomando por base la salvacion del

régimen representativo, amenazado por la inmoralidad y la reaccion.

Obstinóse el ministerio en su sistema; destituyó á los senadores independientes, y gobernó ó desgobernó sin respeto á las leyes ni á los intereses públicos, haciéndose la ilusion de que la paciencia del país era inagotable, y de que todo era permitido y posible en un país postrado por las luchas y agobiado por las exacciones.

Creó pues una situacion de fuerza, por lo que, fundidas ya en una sola, al ménos en apariencia, las antiguas fracciones de la comunion constitucional, se aprestaron á la resistencia, y los generales perseguidos, que eran senadores, se colocaron á su cabeza.

* * *

El general D. Leopoldo O'Donnell, á quien no dolian prendas porque era buen pagador, juró no presentarse en público sino espada en mano, y cumplió su palabra.

La insurreccion triunfó; los progresistas, que, como de costumbre, no habian participado de los peligros de la lucha, se apoderaron de la situacion, y los moderados permanecieron dos años alejados del poder, pero siempre con la seguridad de recobrarlo pronto, porque sabian que las influencias de Palacio les eran propicias, y que los progresistas no habian de hacer nada de provecho.

Á los dos años volvieron á ocupar las regiones oficiales; pero ya entónces, á sus expensas y á expensas tambien de los progresistas, se habia formado un partido nuevo, el partido llamado de la union liberal, que absorbió muchos de los más importantes elementos de los dos bandos, y cuya jefatura obtuvo el incomparable D. Leopoldo O'Donnell.

* * *

El partido moderado estaba dividido en numerosas fracciones, siendo cada una de ellas impotente para sobreponerse á las otras. El general Narvaez, que volvió á la presidencia del Consejo, tuvo por lo mismo que entresacar de todas ellas los elementos con que organizó su ministerio, cuya heterogeneidad le condenó á la impotencia.

Cayó, despues de haber intentado el general Narvaez *reformar la reforma* de Bravo Murillo para transigir con todas las fracciones. No lo consiguió; lo que hizo fué producir una excision más sobre las que ya habia.

Sucediéronse varios ministerios, todos moderados, pero de poca significacion, y por fin llegó su turno á la union liberal, que acreditó que era la única fraccion constitucional que tenía condiciones de gobierno. Nunca, como durante el mando de la union liberal, habia visto España tanta pureza en la gestion de los negocios, ni habia gozado de tanto órden con tanta libertad, ni de tanta libertad con tanto órden.

Por lo mismo, la union liberal era el blanco preferente de las iras de todos los partidos.

Odiábanla los moderados, porque, persuadidos como estaban de que Doña Isabel II no llamaria nunca espontáneamente al poder á los progresistas, cuya incapacidad conocia, no habiéndose formado la union liberal se hubieran ellos perpetuado en el mando.

Odiábanla los progresistas, porque creian que habiéndose consumado el desprestigio de los moderados, cuyo diminuto fraccionamiento les impedia fundar una situacion normal, no quedaba á la reina más recurso que llamarles á ellos, á pesar de todas sus repugnancias.

Odiábanla los absolutistas, porque veian que la discreta y hábil política del gobierno unionista rehabilitaba el sistema constitucional, próximo á hundirse en el cieno del descrédito.

Y, por una razon análoga, la odiaban los republicanos, cuyos más caracterizados é inteligentes *leaders* comprendian que la

union liberal era la última evolucion lógica de los partidos medios.

Y todos, ademas, odiaban á la union liberal porque su ilustre caudillo, el general O'Donnell, se habia medido con todos ellos, y á todos les habia vencido.

* * *

Pero la guerra encarnizada que le hacian todos los partidos tenía sin cuidado á la union liberal, contando como contaba con las simpatías de toda la parte del país independiente de las pasiones políticas.

Desgraciadamente, las influencias de Palacio la eran tambien adversas, y no acudian á ella sino en desesperacion de causa, y acechando siempre una ocasion oportuna para volver á las andadas, es decir al partido moderado.

No dejó Doña Isabel II de aprovechar ninguna de estas ocasiones, sin hacerse cargo de que el dia que la union liberal, cansada de sus perfidias, tomase una actitud hostil á su persona, la caida de su trono sería inevitable.

Sin embargo, es muy posible que si no hubiese sobrevenido la muerte del general O'Donnell, con la cual creyó Doña Isabel II haberse librado del principal obstáculo que se oponia á sus planes reaccionarios, no habria tomado la Revolucion de Setiembre de 1868 el carácter antidinástico que tomó; y si no ella, al ménos su hijo el príncipe Alfonso estaria hoy sentado en el trono de sus mayores.

* * *

El partido moderado en sus últimos tiempos no trataba ya de catequizar á los hombres más ó ménos importantes de los demas partidos, porque ya no cabian en el presupuesto ni áun sus mismos antiguos afiliados. Ya no se hacía la propaganda sino de

un grupo á otro, entre los infinitos en que el partido se dividia. Habian pasado aquellos tiempos en que los que bien se querian se carteaban como cierto tio y cierto sobrino, cuya correspondencia, puesta en verso, es la siguiente:

EL ARTE DE HACER FORTUNA.

EL TIO AL SOBRINO.

Estabas aún en la cuna
cuando tu padre murió,
y á mi cargo tomé yo,
caro Antonio, tu fortuna.
Es muy corto mi caudal;
nada tengo que me sobre;
siempre he sido liberal,
de consiguiente soy pobre.
No importa, tengo una herencia;
el fruto de mi experiencia
puede hacerte potentado,
reduciéndose el consejo
que te da este pobre viejo
á que te hagas moderado.

—

No te digo la carrera
que has de seguir, larga ó corta;
la carrera poco importa;
sigue ninguna ó cualquiera.
Toda carrera es ingrata;
quema los libros de testo,
que aquí tan sólo se trata
de explotar el presupuesto.
Sé militar, sé escritor,
si te parece mejor;
sé, si quieres, abogado.....
¿Eso qué tiene que ver?
Serás lo que quieras ser
como seas moderado.

—

Esta es la regla, sobrino;
lo demas excepcion es.
¿Qué importa que dos ó tres
ó trescientos, sin destino
del gobierno, en la nacion
lo pasen holgadamente,
debiendo á su profesion
bienestar independiente?
Es la regla general
que lo pase siempre mal
el que no sea empleado,
y exclusivo patrimonio
son los empleos, Antonio,
del partido moderado.

—

Si las galas militares
te gustan, sé militar;
pero procura evitar
de la guerra los azares.
Siendo los tiempos propicios,
alguno faja se pone,
y en su hoja de servicios
el valor se le supone.
Reinando paz octaviana,
de la noche á la mañana
lograrás grado tras grado;
pero es condicion precisa
que te pongas por divisa
la del bando moderado.

—

¿Tan mala ha de ser tu suerte,
si escritor quieres llamarte,
que nadie quiera comprarte
aunque tú quieras venderte?
La senda tiene trillada
el escritor de tal modo,
que, aunque él se forma de nada,
de él puede formarse todo.

Yo en cada escritor registro
una larva de ministro;
¡pero, sobrino, cuidado,
que de ellos hay un enjambre,
y vas á morirte de hambre
no haciéndote moderado!

—

Cierto que á la abogacía
el presupuesto es tambien
accesible; ¿pero quién
no es abogado en el dia?
Su abundancia es evidente,
pues ha pretendido alguno,
para tener desayuno,
una plaza de escribiente.
Oh! serías muy soez
si aspirases á ser juez,
promotor ó magistrado
de tus talentos en premio,
no perteneciendo al gremio
que se llama moderado.

—

Cree, sobrino, á tu tio,
que tu tio no te engaña;
¿qué moderado en España
no dice: «El Erario es mio?»
Los moderados son amos;
ellos son jefes supremos;
si hablamos quieren que hablemos,
que si no quieren callamos.
No te excuses con andróminas;
¿quieres ó nó firmar nóminas?
¿chupar ó nó del Estado?
Sobrino, no seas tonto;
contesta, contesta pronto:
«Tio, ya soy moderado.»

EL SOBRINO AL TIO.

Obedezco y no discuto,
pues de usted llevar me dejo
siempre que me da un consejo
que es de su experiencia fruto.
Yo fuí liberal furioso,
mas ya mudé de opinion,
cansado de hacer el oso
y de tocar el violon.
No queda ya en mi individuo
ni el más pequeño residuo
del patriotismo pasado.
Moderado quiero ser;
pero, tio, ¿qué he de hacer
para hacerme moderado?

—

¿Cuál ha de ser mi pendon?
¿cuál mi doctrina, mi credo?
Determinarlo no puedo,
que insoluble es la cuestion.
¿Cuál es la idea, la fe,
la creencia del partido?
¿cuál su dogma? No lo sé;
su catecismo he perdido.
Sin criterio, sin sistema,
es el tal bando un problema
que resolver he intentado
sin poderlo resolver,
y siendo así ¿qué he de hacer
para hacerme moderado?

—

Moderados á cual más
son Don Blas y Don Jacinto,
y el dogma de éste, distinto
es del dogma de Don Blas.
No es metáfora ni tropo;
daria el uno, que es neo,
al rey por cetro un hisopo,
por corona un solideo.

El otro, amigo de bailes,
lo es mucho ménos de frailes,
por los bienes que ha comprado,
que no los quiere perder;
pregunto, pues: ¿qué he de hacer
para hacerme moderado?

—

¿Á quién tomaré por norma?
¿defenderé con ahinco
la ley del cuarenta y cinco,
ó sostendré la reforma?
¿Ó, al ver la cosa indecisa,
sin poder resolver nada,
adoptaré por divisa
la *reforma reformada?*
¿Diré que es lectura tónica
la lectura de *La Crónica*,
ó bien que es la de *El Estado*
la que me causa placer?
¿Quién dirá lo que he de hacer
para hacerme moderado?

—

No sé cuál es el caudillo,
si Narvaez ó San Luis,
el señor Beltran de Lis,
ó Don Juan Bravo Murillo.
Todos se están á la capa;
se conciertan de mil modos;
cada cual cree ser papa,
y son antipapas todos.
Jefes hay; pero, en resúmen,
¿cuál es el de más cacúmen,
el de todos aceptado?
¿á cuál debo obedecer?
No lo sé, ni sé qué hacer
para hacerme moderado.

Saben las gentes provectas
que es el peor de los males
el tratar con animales.....
Pero basta de indirectas.
¿Quieres prosperar ó nó?
Pues si quieres, te repito
que es un camino expedito
el que ántes te tracé yo.
Todo lo demas son cuentos;
al leer tus argumentos,
el alma se me ha bajado,
se me ha caido á los piés.
Nó, tú no sabes lo que es
el partido moderado.

—

Buscando estás su pendon;
ya le ves negro, ya blanco;
razones de pié de banco
todas tus razones son.
Qué sistema has de seguir
para del partido ser,
es lo que quieres saber,
y te lo voy á decir.
Sigue el sistema que él siga.
Querrás ahora te diga
cuál es éste, y, bien mirado,
tu deseo es oportuno;
¿pero acaso tiene alguno
el partido moderado?

—

¿Pues qué? ¿no sabes que tiene
cada dia uno distinto?
¿el que le dice su instinto
que á su medro más conviene?
Haz tú, sobrino, lo propio;
ten sistemas de repuesto,

y al cielo del presupuesto
dirige tu telescopio.
En el vientre la doctrina;
sea un libro de cocina
tu código venerado,
y así seguirás la táctica
y tendrás la virtud práctica
del partido moderado.

—

Tu mision de erariopófago
cumplirás, si te asesoras
en todo y á todas horas
con tu paladar y esófago.
Obedeciendo el impulso
de tu propio bienestar,
cada dia has de tomar
á la situacion el pulso.
Y déjala que se hunda,
si la encuentras moribunda;
vuélvete del otro lado,
porque, siempre reverente,
se postra ante el sol naciente
el partido moderado.

—

Apoyar á un ministerio,
como el de Armero y de Mon,
débil y de transicion,
prueba muy poco criterio.
El que siente el olorcillo
del cebo que se prepara,
hoy sólo lava la cara
á Don Juan Bravo Murillo.
¿Qué me hablas pues de San Luis,
Narvaez, Beltran de Lis?
¿Por qué, Antonio, me has nombrado
¡ay! á tanto mequetrefe,
si es Bravo Murillo el jefe
del partido moderado?

—

Ejemplo, sobrino, toma
de los que amoldando están
al sistema de Don Juan
sus opiniones de goma.
Del bravo Don Juan celebra
la Constitucion raquítica,
y tu elástica política
será un comercio sin quiebra.
No pienses más que en tí mismo,
que estando de tu egoismo
perpetuamente encerrado
dentro del círculo estrecho,
pertenecerás de hecho
al partido moderado.

ÚLTIMA CARTA DEL SOBRINO AL TIO.

Ya soy moderado, tio,
moderado y casi neo;
lo estoy viendo y no lo creo,
y hasta yo mismo me rio.
Mis amigos se hacen cruces,
si contra los kepis hablo,
y si pongo en un retablo
á Cándido (1) entre dos luces.
—¿Quién podia presumir,
les oigo á todos decir,
que él, que en el bando exaltado
era un director de orquesta,
tenía, por fin de fiesta,
que volverse moderado?

—

¡Él, que andaba á mojicones,
y armaba tanta disputa,
y llevaba la batuta
en todas las elecciones!
¡Él, que en honor de Espartero,
para probarle cariño,

(1) Sin duda ese Cándido es D. Cándido Nocedal, jefe de la mogigatocracia.

al sacar de pila á un niño,
le ponia Baldomero!
¡Que á los moderados todos
daba, amén de otros apodos,
el de lepra del Estado!
¡Él, que ha sido un progresista
más rápido que la vista,
hoy se llama moderado!

—

De la noche á la mañana
he abandonado mi fe;
pero esto ha sido porque.....
porque me ha dado la gana.
El moderado partido
es la cloaca profunda
que recoge el agua inmunda
que los demas han vertido.
Que lo sea, no me importa;
si á la larga ó á la corta
al límite me traslado
que me marca mi codicia,
quiero aumentar la inmundicia
del partido moderado.

—

Comparan mi proceder
con mi pasado entusiasmo,
y oigo yo tanto sarcasmo
como quien oye llover.
Sin vergüenza me remonto
encima del qué dirán;
adelante, dénme pan,
y luégo llámenme tonto.
Las moderadas doctrinas
á ninguno á Filipinas
trasiegan mal de su grado,
y dan al que las profesa
buena cama y buena mesa;
hágome, pues, moderado.

—

Porque entre ser progresista
y entre moderado ser
es muy fácil escoger;
la eleccion está prevista.
Las doctrinas del progreso
al que las profesa dan
mucho defecto de pan
y de palos mucho exceso.
Si dar palos yo tambien
prefiero á que me los dén
y ser amo á ser criado,
cualquiera que sea justo
dirá que tengo buen gusto
haciéndome moderado.

—

Una gran verdad se encierra
en este axioma evidente:
«de la moderada gente
es el reino de la tierra.»
Y para mayor consuelo
(¡cuidado que es buena ganga!)
segun dice el señor Canga (1),
de ella es tambien el del cielo.
Tiene el progresista un potro
en este mundo y el otro;
es en los dos condenado.
Tio, no me vuelvo atras:
¡yo progresista! no más;
¡siempre, siempre moderado!

* * *

La última carta del sobrino está fechada en Buitrago, á 8 de Enero de 1858. Cree *El Jesuita* que el aprovechado jóven demoró demasiado su metamórfosis, y que, al llamar á la puerta del pre-

(1) Debe referirse la epístola al conde de Canga Argüelles, uno de los más oficiosos agentes del neo-catolicismo.

supuesto, encontraria ya tomadas todas las localidades. Porque entónces hacía ya muchos años que habia terminado para el moderantismo el período de propaganda.

Ya entónces el moderantismo, condenado á estar en constante pugna con la opinion pública, sin cuyo apoyo la existencia de un partido es raquítica y miserable, tenía necesidad, como un pájaro disecado, de alambres ú otros medios artificiales para sostenerse, y habia de galvanizarse sin cesar para tener algunas apariencias de vida. Desde mucho tiempo se hallaba sometido el partido moderado á la accion de la pila de Volta del absolutismo, y ofrecia el triste espectáculo de un cadáver que pedia calor vital á otro cadáver.

Y sin embargo, muerto como estaba desde ántes de la reforma de D. Juan Bravo Murillo, sustituyó dos veces en el poder á la union liberal, y en él estaba cuando la caida de Doña Isabel II.

Pero hacía ya mucho tiempo que no gobernaba, como no gobiernan ahora los progresistas, de cuyas torpezas, excesos y desmanes espera el moderantismo su resurreccion imposible. ¡Pobre Lázaro!

* * *

Cuando por cualquier causa caian los moderados del poder, ocupando el trono Doña Isabel II, les era dado alimentar las más halagüeñas esperanzas, porque tenian probabilidades y hasta seguridad de recobrarlo dentro de un término más ó ménos próximo. La reina era suya, y ella era quien nombraba á los ministros encargados de colonizar las regiones oficiales.

Quantum mutatus ab illo! La Revolucion de Setiembre de 1868 murmuró á sus oidos las fatídicas palabras del Dante: *Lasciate ogni speranza.*

Por mal que lo hagan los progresistas, que en realidad lo hacen infinitamente peor que los moderados en sus peores tiempos, lo que parece imposible, no será el moderantismo borbónico quien

los reemplace en el poder, á no ser que se *desborbonice* y forme causa comun con los unionistas *desmontpensierizados*, en cuyo caso no tardará en obtener las lisonjeras sonrisas del nuevo rey, que á estas horas debe estar ya más que cansado de la protectora sombra del general Prim y de los cortesanos que le fabrican en los talleres de la mamarrachera Tertulia progresista.

De otra suerte, tendrán los moderados que esperar una restauracion borbónica que ellos no pueden traer porque son impotentes. Debian toda su fuerza á Doña Isabel II, y ésta, caida del trono, no tiene ya ninguna fuerza que darles.

No es decir que sea imposible una restauracion; pero si se verifica, no se verificará por los esfuerzos de los moderados, sino que será consecuencia de una intervencion extraña, harto posible en el estado de desconcierto en que se encuentra Europa, y con la aversion justísima que inspira lo actual á la generalidad de los españoles.

Inútil es entretanto que sigan los moderados haciendo alarde de sus condiciones de gobierno, por considerarse los más inteligentes y los más independientes y los más amantes del órden. Sin negar, porque no puede negarse, que las grandes inteligencias abundan en el partido moderado tal vez más que en ningun otro, y sobre todo infinitamente más que en el progresista, debe *El Jesuita* decir que no le extraña que muchos moderados se hagan la ilusion y hayan llegado á convencerse á sí mismos de que la aristocracia del saber pertenece en su incalculable mayoría á su partido, porque, partiendo del principio esos argumentadores *sui generis* de que basta para ser sabio ser moderado y basta no ser moderado para no ser sabio, es evidente que al partido moderado han de pertenecer todos los sabios, sin que puedan pertenecer á ningun otro. Tal es la consecuencia que ellos sacan, deducida lógicamente de la premisa; y si ésta fuese verdadera, aquélla lo sería igualmente.

Hay, ademas, otra circunstancia que contribuye á mantener viva su ilusion, y es que, como se han acostumbrado á medir la

inteligencia, no por sí misma, no por las manifestaciones con que á sí propia se revela, sino por las recompensas que obtiene la de cada cual, sean ó nó merecidas, han de ver necesariamente preponderar la inteligencia en el partido moderado, en atencion á que, durante casi todo el reinado de Doña Isabel II, fué una condicion casi indispensable pertenecer al partido moderado para obtener las recompensas que á la inteligencia son debidas.

Si la inteligencia de un partido se ha de medir por el número de individuos á él pertenecientes que se han llenado de títulos, honores y condecoraciones, *El Jesuita* se da por vencido; el partido moderado se hace acreedor al dictado de *supremo-inteligente*, que con tanta modestia se confirió, y no habrá ningun extranjero que visite por primera vez nuestro país que, al ver á qué partido pertenecen todos los que ocupan alguna posicion honorífica, no diga á coro con los moderados que en España no se encuentran sabios sino entre los moderados, pero que en cambio los moderados son sabios casi todos.

* * *

Pero el que funde un raciocinio sobre la hipótesis de que en España se hace justicia al mérito, se conducirá necesariamente al absurdo. Los títulos académicos, los honores, las condecoraciones no significan nada en nuestra patria, como los títulos nobiliarios, y sólo dando un valor que no tiene á esa estúpida fantasmagoría, puede el partido moderado hacerse la ilusion de que es superior en inteligencia á los demas partidos. No se citará un sólo nombre ilustre en las armas, en las ciencias, en las artes, en cualquier ramo del saber humano; no se citará un sólo nombre ilustre de individuos pertenecientes al partido moderado, á que no puedan los demas partidos oponer otro sin desventaja, ya que no con ventaja.

El que conoce el exclusivismo característico del partido moderado, el que ha contado los largos años de su dominacion fu-

nesta, no puede dejar de protestar, aunque sea riendo, contra la manía de los que gradúan el mérito de los individuos por la posicion que ocupan.

Cómo! ¡vosotros mismos os habeis conferido los títulos reservados al saber, se os ha declarado sabios de real órden, y luégo, convirtiéndolo todo en sustancia, os empeñais en olvidar que todo es una farsa, y os creeis realmente sabios! Sois como esos embusteros que dan crédito á las mentiras mismas que ellos inventan.

Es absurdo deducir los grados de saber de un individuo de la posicion que artificialmente se le ha creado, y otra cosa no hacen los moderados cuando se jactan de constituir ellos el partido inteligente por excelencia.

Ven que son de su comunion casi todos los que ocupan el lugar de los sabios, y de aquí concluyen que no hay sabios más que en su comunion.

* * *

Poco á poco el partido moderado fué perdiendo, hasta en el concepto de los más cándidos, su título de supremo-inteligente. Hoy puede decir cualquiera, con la seguridad de que la conciencia pública prestará su asentimiento á sus palabras, que en inteligencia no es el partido moderado superior á casi ninguno de los otros partidos; que en virtudes, abnegacion y patriotismo difícilmente iguala á ningun otro, y que en número todos le aventajan.

¡Y él, sin embargo, durante casi todo el reinado de Doña Isabel II, monopolizó el poder, monopolizó la nacion, lo monopolizó todo!

Respecto á la independencia, de que los moderados hicieron intempestivo alarde en várias ocasiones, y muy particularmente en 1859, *El Jesuita* se santiguó verdaderamente asombrado.

La ocasion ú oportunidad de semejantes alardes no podia ser

peor escogida. Los moderados se los permitieron cuando no se había aún secado la tinta con que se escribieron los artículos en que los independientes de nuevo cuño descubrieron sus simpatías á favor de Austria porque tenía á Italia privada de su independencia, y cuando ellos mismos acababan de emitir doctrinas sólo compatibles con las que profesan los que invocaron y obtuvieron en su impotencia el auxilio de los cien mil nietos de San Luis para derribar en España el régimen representativo.

De ninguna prenda podia hacer gala el partido moderado, y ménos que de ninguna otra de patriotismo. No tenía ninguna de las buenas cualidades que caracterizaban á cada uno de los demas partidos, y se hallaban en él condensados los vicios y los defectos diseminados entre todos, á más de los que le eran propios y exclusivos.

* * *

Advierte, lector, que *El Jesuita* se refiere al partido moderado tal como era en España, no tal como debia haber sido y como existe en los demas países, exceptuando la Francia de Luis Felipe, cuyo partido moderado engendró el nuestro, que salió tan raquítico y caquético como su padre.

Advierte tambien, lector, que *El Jesuita* no niega á muchos de los individuos que componian el partido moderado las prendas de que el partido carece. Los partidos son como las comunidades religiosas, automatizan á los que pertenecen á ellos. El espíritu de secta borra todos los caracteres individuales. Los moderados eran moderados ántes que ciudadanos, moderados ántes que hombres, y muchos de ellos, si se les hubiesen achacado como hombres los crímenes que habian contribuido á cometer como políticos, se hubieran muerto de vergüenza.

* * *

Los títulos que tenía el partido moderado para hacer gala de su independencia y españolismo, consignados están en las instituciones de su procedencia.

Consignados están en la centralizacion administrativa que importó de allende el Pirineo, con la cual ahogó el municipio y provocó el sacudimiento de 1840, en que la independencia nacional era el principio más generalmente invocado por los insurrectos.

Consignados están en los sucesos de 1842 y 1843.

Consignados están en el negocio de la doble boda, que pobló las oficinas de España de cruces de la Legion de Honor, y las de Francia de cruces de Cárlos III y de Isabel la Católica, que se repartieron como pan bendito entre los casamenteros de las dos naciones.

Consignados están en las palabras de M. Guizot, que, despues de repetir la frase sacramental «Ya no hay Pirineos,» llenó de satisfaccion y orgullo á los moderados españoles llamándoles *partido frances*.

Por último, los títulos que tenía el partido moderado para hacer gala de independiente, consignados están en la reforma con que se propuso D. Juan Bravo Murillo glosar, plagiar y parodiar grotescamente el golpe de Estado del 2 de Diciembre en Francia, prescindiendo de que no habia aquí ni un Napoleon, ni un trono vacante, ni un elegido del sufragio universal.

El partido moderado no era ni podia ser independiente. Careciendo de fuerza interior, necesitaba buscarla fuera.

Le faltaba un punto de apoyo en la opinion pública, que es la vida de los partidos verdaderamente nacionales.

Nunca tuvo una voluntad propia, y no podia sobrevivir mucho tiempo á la monarquía de Julio.

Cuando niño, Luis Felipe fué su nodriza; cuando jóven, su pedagogo; cuando decrépito, su báculo. Muerto Luis Felipe, el partido moderado quedó inmóvil como un cadáver al retirar los polos de la pila con que se le galvaniza.

* * *

Al pretender D. Juan Bravo Murillo parodiar el golpe de Estado del 2 de Diciembre, no sólo se propuso ahogar la libertad de España para complacer á Doña Isabel II, sino que tambien captarse la benevolencia del que imperaba en Francia. Pero Luis Napoleon no le hizo caso; no ignoraba lo poco que valia el partido moderado, y le consideró hasta indigno de parodiarle.

Temió verse en caricatura.

* * *

Durante el reinado de Luis Felipe, el partido moderado español era una sucursal, no más que una sucursal, del doctrinarismo frances, el cual, al caer la monarquía fundada en Julio de 1830, suspendió sus pagos, hizo bancarota. El partido moderado nada tenía ya que hacer; habia cumplido su mision, por cierto bien deplorable.

La mision que impuso Luis Felipe al partido moderado se reducia á dorar el despotismo, á adulterar las constituciones en la imposibilidad de derribar el sistema constitucional, á corromper las conciencias corruptibles, á convertir el mundo en una almoneda política, á helar todos los corazones con el frio metálico del más sórdido egoismo.

El partido moderado tomaba á préstamo la vida que iba gastando, y al caer Luis Felipe, murió el prestamista.

El partido moderado no pudo encontrar otro, y viendo que eran inútiles todas las gestiones practicadas al efecto, hizo de las tripas corazon, y se proclamó español independiente.

* * *

Otra de las prendas de que blasonaban los moderados era de su amor al órden, tan lastimosamente confundido por ellos con la tranquilidad pública, la cual es una cosa muy diferente, como queda consignado en otro capítulo.

Dicho queda que la tranquilidad pública puede ser efecto del despotismo del poder ó de un marasmo popular completo, muy parecido á la muerte, al paso que el órden no existe sino cuando hay leyes justas que están en armonía con las aspiraciones legítimas de cada pueblo y de cada época, y son igualmente respetadas por los gobernantes y por los gobernados.

La tranquilidad pública, cuando no se obtiene por medio del terror ni presupone en el país una abdicacion completa de su dignidad, es un resultado del órden, pero no es el órden mismo.

El órden es incompatible con un mal gobierno, y la tranquilidad pública, que con frecuencia no es más que una máscara que toma el desórden gubernativo, puede existir en las naciones más pésimamente gobernadas.

* * *

Los moderados no fueron nunca amantes del órden; fueron tal vez los enemigos más capitales que el órden tuvo. Lo que ellos querian era tranquilidad, y áun ésta no la querian sino cuando ellos se hallaban en el mando, pues en todas las demas circunstancias hubieran mantenido al país en un estado permanente de agitacion y alarma si poder hubieran tenido para tanto. Pero no lo tenian; y, haciendo de la necesidad virtud, llamaban amor al órden á lo que era simplemente impotencia para turbarlo.

Para insurreccionar á un país con alguna esperanza de buen éxito, se necesita tener en él muchas simpatías, y el moderantismo no tenía en España ninguna.

Es ademas necesario, para jugarse la vida en el peligroso albur de una insurreccion, estar dotado de la abnegacion y desprendimiento que sólo puede dar una fe ciega en los principios buenos ó malos que se profesan, y el moderantismo no tenía fe en ningun principio.

Carecia, por consiguiente, para levantar una bandera en el campo de la fuerza, de elementos en el país y de elementos en sí

propio; pero como no era bastante franco para confesar su impopularidad y su excepticismo, que le condenaban á renunciar á medios violentos, procuraba hacer ver que rechazaba los medios violentos porque no entraban en sus principios. Hé aquí, lector, un caso de conciencia, á que *El Jesuita* daba la misma importancia que al de los gatos de la fábula, que no se comieron el asador.

* * *

El moderantismo procuraba, no hallándose en el poder, lo que sucedia raras veces, suplir la fuerza con la astucia. Recurria á la intriga, que ponia en juego en elevadas regiones, y si allí no daba los resultados que apetecia, la empleaba en introducir gérmenes de descontento en el seno de los demas partidos para que éstos se lanzasen á una insurreccion, á que á él no le permitia recurrir *su conciencia*, contentándose con beneficiarla y explotarla á favor suyo.

Su táctica consistia en sacar el ascua con la mano del gato, y bien se puede asegurar que, cuando no se hallaba en el candelero, desempeñaba, entre bastidores y sin ser visto, un papel importante, aunque ignorado, en casi todos los disturbios que sobrevenian reinando Isabel II.

No quiere *El Jesuita* hacer mencion de las várias asonadas que se atribuyeron al moderantismo áun hallándose en el poder, pues supone que este cargo se funda meramente en las sospechas que necesariamente habia de excitar la circunstancia de figurar entre los amotinados algunos agentes del mismo gobierno. Pero él rechazó siempre tan tremendo cargo. Se necesita ser un ministro *radical* de los de hoy para confesarse desvergonzadamente acreedor á él y seguir siendo ministro.

* * *

Luis Felipe, padre de nuestros moderados, tenía mucha aficion á esos alborotos fáciles de dominar, que le servian para desahogar algo la atmósfera sobrecargada de electricidad revolucionaria y legitimar alguna medida represiva.

Más de una vez, ántes y despues de la caida de los Borbones, han servido en España los trastornos para consolidar gobiernos impopulares que vacilaban, y tal vez á este resultado se debe que á algunas administraciones moderadas achacasen los trastornos los que, al buscar el orígen de cualquier suceso, se preguntan siempre: *Cui prodest?*

Para reirse del amor al órden de que hacía alarde el moderantismo, no es menester recorrer el campo de las conjeturas. Hay hechos que prueban lo que su amor al órden tenía de sincero, y la historia los consignaria en mayor número si el moderantismo, para plantear las cuestiones en el terreno de la fuerza, hubiera tenido lo que le faltaba, que era la fuerza.

* * *

Requiescat in pace. El partido moderado está muerto desde hace mucho tiempo. No murió, como se figuran algunos espíritus superficiales y poco reflexivos, cuando cayó la reina Isabel del trono de España, sino cuando cayó Luis Felipe del trono de Francia. Desde 1848, en que se hundió éste, hasta 1868, Doña Isabel II no fué más que la galvanizadora del cadáver del moderantismo, empeñada en no darle sepultura, á pesar de las sábias prescripciones higiénicas que mandan enterrar á los muertos para que no inficionen la atmósfera y produzcan una epidemia.

La epidemia se produjo, y Doña Isabel II fué una de sus primeras víctimas.

El Jesuita lo siente por el príncipe Alfonso, que fué víctima tambien, pero inocente.

* * *

Descanse en paz el partido moderado, de quien, haciéndole justicia, debe decir *El Jesuita* que no todos los que formaban en sus filas odiaban sistemáticamente la libertad, pero querian á toda costa el poder, y no por otra razon se doblaron á las influencias que podian dárselo ó que podian prolongar su dominacion, aunque fuese á costa de la libertad.

Si en España no hubiese prevalecido en dilatadas regiones un pensamiento retrógrado, los moderados hubieran sido y serian aún lo que son en Inglaterra los toris, en Bélgica los conservadores; hubieran sido los discutidores de todas las reformas, y no los restauradores de todas las caducidades.

El moderantismo, sin hacer á favor de la libertad todo lo necesario para que los liberales se lo agradecieran, hizo sin embargo lo suficiente para que el absolutismo no se lo perdonara.

Bien muerto está, y bien muerto estaba ya en 1859 cuando el general Narvaez intentaba inútilmente su reorganizacion imposible. *El Jesuita* demostró esta imposibilidad en varios artículos, y luégo la consignó en la siguiente letrilla que pone por final á este capítulo:

Escribir, siempre escribir,
es una mision penosa,
y hoy, si la quiero cumplir,
tengo en verso que decir
lo que dije ayer en prosa.
Dije ayer y di por cierto
que el partido moderado,
de cuya virtud y acierto
guarda memoria el Estado,
estaba muerto y muy muerto.
Hoy en verso lo repito:
se fué al cielo el angelito,
y no resucitará.
Bien muerto está.

—

Aquel farol, que era un sol
que á la patria daba vida
desde Rosas al Ferrol,
hoy es un pobre farol
sin aceite y sin torcida.
Narvaez, que es tan sencillo,
con la cerilla en la caña
á guisa de monaguillo,
piensa su luz y su brillo
volverle, pero se engaña.
El partido moderado
es un farol apagado,
y nadie lo encenderá.
Bien muerto está.

—

Y quererle devolver
la vida que ántes tenía,
es soplar para encender
la que es hoy ceniza fria
del tizon que ascua fué ayer.
¡Vil ceniza! contemplarla
no querais; repugna el verla,
y guardaos de soplarla,
porque, en lugar de encenderla,
no hareis más que dispersarla.
Insisto siempre en lo mismo:
el pobre moderantismo
sólo un cadáver es ya.
Bien muerto está.

—

En distintas ocasiones,
al repartirse el botin,
despertáronse ambiciones,
y envidias y disensiones
dieron á su vida fin.
Quiso el duque de Valencia (1),
puesto al frente del capítulo,

(1) Título que se hizo dar el general Narvaez para no ser ménos que el ilustre pacificador D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria.

cubrir la desavenencia,
y se quedó su excelencia
á la luna de su título.
¡No destruyó la cizaña
del partido, él, que en España
mandaba como un bajá!
Bien muerto está.

—

¡Pobre bando policresto,
para todo conveniente,
siempre á gobernar dispuesto;
no estando en el presupuesto,
está de cuerpo presente!
En su agonía, no en vano
con Dios se reconcilió;
pasó de ateo á cristiano,
y católico murió
y apostólico y romano.
Que Dios le tenga en su gloria,
como eterno en la memoria
nuestra patria le tendrá.
Bien muerto está.

CAPÍTULO XIII.

EL PARTIDO PROGRESISTA.

Y bien muerto está tambien el partido progresista.

Recibió en 1843 la primera formidable herida, y lo que desde entónces ha vivido no ha sido más que una prolongada agonía.

En vano le dieron su sangre por cordial Zurbano, Solís y otros mil mártires generosos; no pudieron hacerle revivir ni prolongar su mísera existencia.

Le hirieron mortalmente los mismos que despues en 1868 han afectado ser sus salvadores, entre ellos Prim el histrion, Olózaga el busto sin seso, y Serrano el cualquier cosa, hecho de cualquier cosa y de que se hace cualquier cosa.

Porque Serrano es la *materia prima* de los peripatéticos.

El puñal con que Prim y Olózaga y Serrano y otros ambiciosos sin genio asesinaron á su partido en 1843 fué puesto en manos de los sicarios por la reina Cristina, á quien con este objeto se lo habia entregado Luis Felipe. El pastel de 1843 se amasó en las Tullerías.

El levantamiento liberticida que en 1843 derribó á Espartero del supremo poder y le expulsó de la patria que habia pacificado, era frances, tan frances como el partido moderado.

Desde 1843 no hizo más el partido progresista que acelerar su

fin con sus desesperados esfuerzos para levantarse. Algunos tomaban por signos de vitalidad los estremecimientos y convulsiones de su cuerpo moribundo.

Quedó dividido el progresismo en dos fracciones irreconciliables, siendo imposible hacer desaparecer la solucion de continuidad que se produjo entónces.

* * *

Una de las fracciones, la más decente, la más inteligente, la más sensata, la más sinceramente progresista, la que sostuvo hasta los últimos momentos la regencia del general Espartero, se embebió casi toda entera en 1854 en las filas de la union llamada liberal, debiendo llamarse constitucional; se embebió en ellas desde que se hizo patente la necesidad de una nueva síntesis para salvar el régimen constitucional, cada dia más sériamente puesto en peligro por el absolutismo que renacia de sus cenizas, rehecho del golpe que habia recibido en los campos de Vergara, y por el republicanismo que adquiria desarrollo y tomaba su razon de ser de los desaciertos é impotencia para el bien de los mismos constitucionales.

* * *

Ya ántes de 1843 habia perdido el partido progresista algunas de sus eminencias, entre ellas D. Antonio Alcalá Galiano, literato insigne, y una de las glorias más legítimas de la tribuna española.

Alcalá Galiano se separó del partido progresista, no queriendo bregar con una gente que no se cansaba nunca de hacer tonterías. Porque el partido progresista era ya tonto en sus mejores tiempos.

Pero la desercion de Alcalá Galiano y la de algunos otros eran hechos individuales aislados, que, si bien lamentables, no des-

componian el partido, ni éste se apercibia de ellas sino en los períodos en que funcionaban las Córtes. Entónces se echaba de ver el vacío que habian dejado.

La lucha contra el general Espartero ejerció sobre el partido progresista una influencia mucho más grave. Le desconcertó completamente; produjo en él bajas imposibles de cubrir, y desprestigió nombres que no podian ser reemplazados. Despopularizó y anuló á D. Joaquin María Lopez, al Castelar de los progresistas, aunque su florida elocuencia tenía ménos sustancia que la del ilustre orador republicano.

Ademas, los moderados, con quienes, para derribar á Espartero, se habian coligado los progresistas que chupaban poco, ó que no chupaban tanto como querian, ó que esperaban poder chupar más si echaban abajo al regente, á quien sin embargo debian todo lo que estaban chupando, atrajeron á su gremio á muchos de los más notables de sus auxiliares, entre ellos al célebre D. Luis Gonzalez Bravo, verdadero atleta parlamentario, que podrá tener rivales, pero que no tiene superiores en la tribuna española.

Fueron tambien elementos perdidos para el partido progresista algunos hombres de gran valer que no se pasaron á ningun otro partido al caer el regente, pero se apoderó de ellos el mayor desaliento y se retiraron de la política activa. Estos fueron los más decentes.

* * *

Derribado ya el general Espartero, los moderados tardaron aún en cargar con el santo y la limosna algunos dias, durante los cuales los progresistas coligados se repartieron el presupuesto, echando á cajas destempladas de las regiones oficiales á los esparteristas, á quienes motejaron con el apodo de *ayacuchos*.

* * *

Poco tiempo tuvieron de chupar la breva los progresistas coligados. Algunos, sin embargo, supieron aprovecharlo. Cayó Lopez y subió Olózaga al ministerio, donde no pudo sostenerse más que tres dias, durante los cuales, á pesar de su *odio á los Borbones*, se hizo dar por Doña Isabel de Borbon el Toison de Oro y la cruz de Cárlos III. Qué patriota! Si permanece tres dias más en el poder, se cuelga hasta la cruz de Puerta Cerrada.

* * *

Pocos fueron los progresistas de la coalicion que dimitieron sus destinos al subir los moderados.—Cómo! dijeron, ¡hemos de dejar el hueso á medio roer! ¡hemos de soltar el turron ahora que empezábamos á tomarle el gusto!

Pero no hubo resistencia posible, y se les echó de las oficinas con una de esas indirectas de Padre Cobos, llamadas vulgarmente puntapiés.

Algunos sin embargo se estuvieron muy quietos, haciendo la mortecina, y consiguieron pasar desapercibidos. Se sostuvieron en sus puestos, y miéntras sus antiguos correligionarios perecian de hambre ó poblaban las cárceles y los presidios, ellos formaban rueda con los perseguidores, y metian la cuchara hasta medio mango en el suculento rancho. Así estuvieron comiendo con los moderados por espacio de once años, y se atracaron despues con los unionistas, y no dejaron de atiforrarse al volver los moderados; y luégo, cuando á consecuencia ó por una inconsecuencia de la Revolucion de Setiembre de 1868, una chusma de merodeadores famélicos asaltó las alturas presupuestales en nombre del progreso y al compas del himno de Riego, los que habian comido con todos se acordaron de que habian sido progresistas, y volvieron á serlo. Y no sólo no se les limpió el comedero, sino que se les aumentó la racion, y siguen ejerciendo con más fe, más actividad y más fervor que nunca sus facultades presupuestívoras.

Y como estas facultades se trasmiten de padres á hijos, y en

los muchos años que han trascurrido desde 1843 los incansables chupópteros á que *El Jesuita* se refiere han procreado, los hijos han salido á sus padres, y todos ponen mensualmente su nombre al pié de la nómina.

Y esos turroneros que se pronunciaron contra Espartero, y se sostuvieron con los moderados y con los unionistas, que les respetaron en sus posiciones ganadas por asalto, son hoy los más insolentes detractores y los más implacables enemigos que tienen la union liberal y el partido moderado.

Otros, como Serrano y Prim, al apoderarse los moderados de la situacion, despues de caido el general Espartero, se quedaron con un pié en cada campo, pasteleando con unos y con otros para hacer ellos su negocio.

Y lo hicieron. Verdad que lo hicieron?

* * *

Ya ves, lector amigo, que no podia ser mayor el desconcierto que produjo en el partido progresista su coalicion con el moderado para derribar al regente.

Y la descomposicion de un partido, cuando ha empezado, se consuma. Es como la de un cadáver.

En 1852, *El Jesuita* demostró ÁNTES QUE NADIE la necesidad de que todos los constitucionales, lo mismo moderados que progresistas, cualquiera que fuese la fraccion de que formasen parte, mancomunasen sus esfuerzos para salvar el régimen constitucional, puesto en peligro por el espíritu reaccionario que imperaba en las más elevadas regiones. Entónces el partido progresista se hallaba completamente disuelto, y casi todos los hombres importantes que áun le quedaban renunciaron á la calificacion de progresistas, que expresaba la excision primera del gran partido constitucional, y adoptaron la de constitucionales.

Al mismo tiempo una gran parte de la clase media se adhirió al pensamiento de conciliacion de que procedió la llamada union

liberal, y el republicanismo, que parecia relegado á la region de las utopias, hizo su propaganda en las clases populares, puestas hasta entónces al servicio de la ambicion de los progresistas presupuestívoros.

Así es como el antiguo partido progresista, del cual se atrajo el unionismo la parte más inteligente y sensata, y el republicanismo la parte más emprendedora y activa, se quedó sin cabeza y sin brazos, reducido puramente á su estómago.

Bien muerto está el antiguo partido progresista.

* * *

Y has de saber, lector, que el antiguo partido progresista no tiene ningun grado de parentesco con el progresismo que hoy impera, si bien á éste se han incorporado los residuos más despreciables de aquél, que no pudieron combinarse con ningun otro cuerpo político, porque todos los hubieran rechazado.

El antiguo partido progresista, el partido de Heros, de Calatrava, de Argüelles, de Mendizábal, de Espartero, nada tiene que ver con la Tertulia de la calle de Carretas, ni con los sargentos del cuartel de San Gil, ni con la *Partida de la Porra*. ¿Crees tú, lector, que puede haber algo de comun entre el héroe de Luchana y los que en 1843 le derribaron y no han desaprovechado despues ninguna ocasion para deprimirle y amenguar su prestigio?

* * *

No es *El Jesuita* de los que aceptan sin discusion, como si fueran artículos de fe, las relevantes prendas que se adjudicaba el verdadero partido progresista en la época de su mayor lozanía, y de que blasona el pseudo-progresismo actual como si las hubiese heredado.

El antiguo partido progresista se dió una patente de honra-

dez que exhibia á todas horas para familiarizar á la gente con la idea de que era el partido honrado por excelencia, con lo que consiguió que nunca se le nombrase sin que el epíteto de honrado le precediese, sobre todo si los que le nombraban pertenecian al número de sus afiliados. Los demas partidos se lo aplicaban tambien, pero en sentido irónico.

El Jesuita cree que la misma calificacion podia darse á cualquier otro partido, ó no podia darse tampoco al progresista.

Por la honradez de sus individuos no se distinguia el partido progresista de ningun otro. De todo habia en él, como en todos los demas, y el elemento preponderante era el que durante mucho tiempo dió nombre á todo el partido, el elemento turbulento y bullicioso, que produjo escenas tan espantosas como algunas de las que quedan consignadas en este mismo libro, tales como la quema de los conventos con el degüello de sus moradores, la muerte de Bassa, la de Quesada, la de Bálmes, las hecatombes de Atarazanas y de la Ciudadela de Barcelona, etc., etc.

* * *

El partido exaltado tomó la denominacion de bullanguero ántes que la de progresista. Este parece ser un sarcasmo, como lo dicen las constituciones sucesivas que al progresismo se deben, de las cuales no hay una que no marque un retroceso respecto de la anterior.

Sin embargo, preciso es reconocer que los padres graves de la órden, Argüelles, Calatrava, Mendizábal, Quintana, Heros, San Miguel, estaban dotados de grandes virtudes cívicas. Eran verdaderos filósofos y desinteresados patricios. Se distinguian por su ameno trato, por sus sencillas costumbres y por su vasta instruccion, pero es de notar que los mismos progreseros que ahora ensalzan sus méritos é intentan apropiárselos como si fuesen timbres de familia, durante su vida les hicieron una guerra encarnizada y les obligaron á devorar todo género de ultrajes.

* * *

Ninguno de los esclarecidos varones, de que *El Jesuita* acaba de hacer mencion, se llamaria hoy progresista. Ninguno hubiera prestado á la actual situacion el prestigio de su nombre venerable. Ninguno hubiera puesto sus honrosas canas al servicio de la ambicion y mezquinas pasiones de un Prim, de un Olózaga ó de un Serrano. Pues qué? ¿esos tres cucos políticos, más enemigos del órden que Catilina, más enemigos de la libertad que Torquemada, esos y algunos otros de la misma madera que en 1843 arrastraron al suicidio á una gran parte del partido progresista, al dirigir contra Espartero las huestes insurrectas, ¿no las dirigian tambien contra los ilustres patricios de cuya inmarcesible gloria pretenden ser ahora los albaceas? ¿Por qué han de disfrazarse con el traje de sus víctimas?

Nó; ni Argüelles, ni Heros, ni Calatrava, ni Quintana, ni San Miguel, ni Mendizábal serian progresistas de los de ahora. Algunos de ellos vivian aún en 1854, y como D. Francisco Lujan, D. Antonio Gonzalez y D. Claudio Anton de Luzuriaga y algunos otros, ingresaron en la union liberal á impulsos de su constitucionalismo. Es más que probable que los otros, si hubiesen vivido, hubieran hecho otro tanto. Respecto á D. Juan Álvarez Mendizabal, *El Jesuita* tiene algun motivo para asegurarlo. Conserva aún cartas suyas en que le felicitaba por haber iniciado en un diario de provincias el pensamiento de la conciliacion de todas las fracciones constitucionales, remitiéndole al mismo tiempo algunos artículos de polémica para que se insertasen en dicho periódico. Hallándose en Madrid el esclarecido hacendista, ¿no prueba la preferencia dada, para la publicacion de sus escritos, á un periódico de provincias (que era el único á la sazon en España que sostenia la necesidad de esa mancomunacion de esfuerzos de todos los constitucionales), que acogia favorablemente el pensamiento?

Lo que hoy manda y desgobierna, lo que hoy se llama partido progresista con la adicion de radical ó democrático, no es el antiguo partido progresista, del cual no ha heredado más que los defectos.

El partido progresista actual es de formacion moderna. Nació con *La Iberia* de Calvo Asensio, la cual se fundó en 1854, algunos dias ántes de la caida del conde de San Luis, y hasta hubo entónces quien dijo, aunque tal vez gratuitamente, que se fundó para hacer á éste el caldo gordo. Otros atribuian á la nueva publicacion un objeto puramente farmacéutico, pues farmacéuticos eran sus fundadores, y ninguno de ellos habia hasta entónces figurado como político. Ninguno era conocido por sus opiniones, ni habia sufrido la menor persecucion durante los once años de dominacion moderada, que fueron para los liberales de prueba y de martirio.

Su liberalismo fué repentino, fué fulminante, fué de piston, y no se manifestó hasta despues del triunfo.

Los improvisados liberales de *La Iberia*, políticos vírgenes entre tantos mártires, formaron el núcleo del neo-progresismo actual, que se declaró esparterista para combatir á O'Donnell, no obstante componerlo casi en su totalidad los que en 1843 se habian coaligado con los moderados contra Espartero. *Peccata minuta.*

* * *

El Jesuita, en lo que lleva escrito de este libro, ha dicho ya tanto del moderno progresismo, que, no pudiendo decir nada nuevo acerca de él, tendrá que contentarse con demostrar que el juicio por él emitido coincide con el expresado por escritores de opiniones muy distintas.

Hé aquí algunos fragmentos de un graciosísimo artículo dirigido á *El Eco de España* por uno de sus suscritores, el cual, en concepto de *El Jesuita*, no distinguiendo al partido progresista

antiguo del partido progresista actual, pinta á éste al querer pintar á aquél, pero lo pinta de una manera admirable. Algunos caracteres, sin embargo, son propios de los dos.

«Como yo soy, por mi mal, dice el articulista, más viejo de lo que fuera menester, tengo cierta autoridad para asegurarle que el partido que usted llama (y él se llama á sí mismo con su proverbial inmodestia) *progresista*, no se ha llamado tal sino desde ayer tarde, como si dijéramos; y eso fué por una especie de confirmacion *extra ecclesiam*, que daba claro indicio de lo poco enaltecido de su nombre de pila y de sus títulos de abolengo. Sí, señor director; ese partido se ha llamado hasta hace poco y se ha conocido siempre (desde que vino al mundo por instinto de imitacion á principios de este siglo) con el gráfico nombre de *partido exaltado*, *partido de movimiento*, y más universalmente con el de *partido bullanguero*.

»Eso de *progresista* nació en los confines del motin de Setiembre del 40, señalando nuevo derrotero á los prohombres de la *bullanga*, puesto que se propusieron *progresar ellos*, y *progresaron*, como es sabido, y siguen *progresando* que es una bendicion de Dios. Con que, señor director, cuando usted tenga que contender con los politiquillos de pacotilla ó con los periódicos *tornasolados* que se dan el pomposo título de *progresistas* (que hace tiempo les probó *El Heraldo* que es usurpado), llámeles por su verdadero nombre, que no es otro que el de *bullangueros*, lo cual no quita que, en cogiendo la presa en hombros de la *bullanguería*, arrojen de sí el instrumento y se conviertan en *moderadores*, ya que no en *moderados;* y como son *exaltados*, es de rigor exaltarse hasta las más elevadas regiones, mirar con *soberano* desden á sus cómplices de club y llenarse de grandes cruces, títulos, etc.

»Sí, señor director de mi ánima. Cuando usted oiga á alguien llamarse *progresista*, diga usted para su capote, y dará en lo cierto: «Este hombre quiere *medrar* ó *progresar*, que viene á ser lo mismo.» Y si no, vea usted cuántos hay que hace dos años no tenian zapatos, y no sólo se *pusieron las botas* apellidándose *pro-*

gresistas, sino que hasta van en coche por un lamentable error. Ellos progresan en razon inversa que la nacion; y al compas que progresa la cifra incomensurable de la deuda de ésta, decrece la suya. La elevacion de sus fortunas da la clave de la decadencia nacional. Por eso insisto en que ellos personalmente deben llamarse *progresistas*, pero no la colectividad, cuyas doctrinas se han sintetizado siempre en la palabra *bullanguería*. Como partido, todo el mundo sabe de memoria su sistema, que se reduce á destruir y desmoralizar al ejército, perseguir á las monjas y al clero, tocar el himno de Riego, gritar mucho, pasear banderas, tener comilonas, y apalear veinte contra uno en nombre de la libertad, y sus individuos, como tales, *progresar* mucho y deprisa en análogos términos en que retrocede el país. Demostrados quedan la exactitud y fundamento filosófico con que al partido se le llama *bullanguero*, y á sus adeptos *progresistas*.

»Nada, señor director; no confundamos al individuo con la colectividad. Ellos harán de ese nombre un *casus belli*, como hicieron cuando se les quiso llamar *radicales;* el título de *progresista* no lo soltarán á tres tirones, como que es su *modus vivendi*.

»Por ahí los tiene usted que, de escribientes y comisionistas, han pasado á embajadores; de gacetilleros, á gobernadores de primera clase; de agentes revolucionarios y *hojalateros*, á ministros, subsecretarios ó directores; de repartidores de periódicos, á altos empleados; de abogaduelos de tres al cuarto, á magistrados y fiscales; de coroneles y comandantes, á generales y brigadieres con mandos importantes; de capitanes y tenientes, á coroneles; de sargentos, á comandantes y capitanes. Qué fortuna! Y todo ello por haber sentado plaza de *progresistas*.

. . . . . .

»Eso sí, cuando salen de su mísera existencia, á fuerza de pulmones, y mudan su vestuario desde los portales de la calle Mayor al elegante despacho de Caracuel, trocando el raido gaban por el flamante frac, y el untoso hongo por la tersa chistera (que por una insuperable reminiscencia inclinan hácia la oreja

izquierda), y no se mudan solamente los domingos, y *calzan* guantes y son *gente de principios*, y hasta comen en Lhardy, y hasta *adquieren* posesiones de recreo, ademas de recreadas posiciones, entónces mudan de tono, *reciben* ó *nó* á sus antiguos camaradas, segun convenga á su nueva *situacion*, y si, como es indudable, obtienen una gran cruz (aunque sea de Isabel la Católica y ellos sean protestantes), primero se apearán por las orejas que consentir que lo haga nadie del consabido *excelencia*, que, si ántes era eso un distintivo servil y bajo, ahora es otra cosa, porque, al fin y al cabo, es un premio á los sacrificios por la libertad.

»No lo dude usted, señor director; los *bullangueros* se han apellidado *progresistas* para *progresar ellos*, pero la verdad debe resplandecer sobre todo y sobre todos. Á los que han sido siempre pobres, y ahora tienen rentas en Bancos extranjeros, y poseen *quintas* de recreo, y van á los palcos de los principales coliseos, saltando desde lo profundo de la cazuela, y despues de tirar del carro de la revolucion se han metido dentro, y en lugar de vivir en bohardilla habitan palacios, llamémosles *progresistas*, porque real y verdaderamente han *progresado* y siguen *progresando* á las mil maravillas; pero al *partido* que tales *partidas* juega y tales hombres cobija, llamémosle como se ha llamado siempre, y como es justo y lógico llamarlo, es decir *bullanguero*.»

* * *

El articulista juega bien con el vocablo, y hay en lo que dice verdades como un templo. Si se hubiese propuesto retratar á lo que se llama hoy partido progresista, y no al partido progresista antiguo, el retrato pareceria sacado al daguerreotipo, sería de una semejanza perfecta. Sin embargo, entre los achaques que cita, atribuyéndolos á todos los progresismos habidos y por haber, pues él no los distingue, algunos hay que corresponden indistintamente al partido progresista caduco y al neo-progresismo actual ó de *La Iberia;* pero algunos rasgos tambien, como todos los que se

refieren á posiciones y fortunas improvisadas, á repugnantes atropellos y á tiranía ejercida cobardemente y á mansalva contra los adversarios vencidos, son no ménos característicos del partido moderado histórico que del progresista en todas sus épocas.

Y esas analogías y caracteres comunes no deben, lector, causarte extrañeza. Algo ha de haber del partido progresista antiguo en el actual, puesto que una buena parte de éste se ha formado con el *caput mortuum* de aquél, y algo tambien ha de haber en el partido moderado del partido progresista, puesto que los dos son ramas de un mismo tronco, que no se diferencian más que por el nombre que se han dado.

Ni de uno ni de otro se conoce el credo, que varía segun la conveniencia de cada momento. En la oposicion, sin embargo, los progresistas son más liberales que los moderados, pero en el poder lo son aún ménos.

No se les puede juzgar por sus Constituciones, en primer lugar porque ni unos ni otros han observado nunca Constitucion alguna, y en segundo lugar porque de unos y otros hay Constituciones várias y son las unas antitéticas de las otras, habiendo algunas, como la actual, formadas de retazos de diferentes colores, que son antitéticas de sí mismas.

* * *

¿Qué tendrias que hacer, lector, si fueses moderado, y quisieras pasarte á los progresistas? Nada absolutamente; no tendrias que hacer más que llamarte progresista, sin modificar en lo más mínimo tus opiniones, si alguna tuvieses, lo que no es requisito indispensable ni para ser moderado ni para ser progresista.

Y luégo hacerte socio de la Tertulia de la calle de Carretas, inscribiendo tu nombre en el registro para que constase en él tu calidad de patriota, que es como si dijéramos de *turronero* de primera fuerza.

Y en lugar de decir que el más grande hombre que han parido

las madres españolas desde el tiempo de los cartagineses hasta nuestros venturosos dias era el general Narvaez, decir que era el general Prim, para que no te abandonase nunca en tus pretensiones su sombra protectora.

Y reconocer la superioridad incontestable que llevan, como oradores, á Castelar, á Arrazola, á Alcalá Galiano, á Gonzalez Bravo y á Pacheco, Olózaga y hasta Sagasta y hasta Ruiz Zorrilla y hasta Beranger y hasta el mismísimo Becerra.

Y en seguida sentarte á la mesa del presupuesto.

Y de paso coger al vuelo unas cuantas condecoraciones.

Pero nada de variacion en tus doctrinas.

Pregunta cuál es la que han introducido en las suyas á algunos que en la actual situacion, tan progresista como es, ocupan los más elevados puestos, y han pertenecido á la fraccion moderada lindante con el absolutismo, y han sido polacos de los del conde de San Luis, y han formado en las filas de la guardia ligera de Gonzalez Bravo, y se ingirieron en las de la union liberal, y fueron montpensieristas, y ahora son amadeistas, y todo, por supuesto, gratis y *ad amorem*.

* * *

Tan iguales son los progresistas y los moderados, que *El Jesuita* se arrepiente de haber alguna vez llamado apóstatas á los que se han pasado de un partido á otro.

Los dos son reaccionarios en el poder, y sin embargo los *leaders* de uno y otro hubieran siempre vegetado en la oscuridad si el pueblo no les hubiera tendido la mano para colocarles donde les diera el sol.

Todos ellos deben lo que son á la imprenta ó á la tribuna, de que se han valido para engañar al pueblo con bravatas liberalescas.

Porque, si es cierto, lector, que la revolucion es como Saturno, que devoraba á sus propios hijos, cierto es tambien que los

reaccionarios que han sido revolucionarios son como el hijo de Agripina, que mató á su propia madre.

¡Cuántos y cuántos de los que, durante el reinado de Doña Isabel II, combatian la libertad desde el poder, y de los que desde el poder la combaten hoy, son á ella deudores de todo lo que son!

* * *

Lo mismo ántes que despues de la peripecia de Setiembre de 1868, hijos son de la libertad los que más se afanan en destruirla. Otras serian sus tendencias si, al renunciar á lo que llaman hoy sus pasados extravíos, tuviesen que renunciar á los beneficios que su liberalismo les ha reportado. Entónces disminuiria mucho el número de las inconsecuencias, y en las filas reaccionarias habria muchos claros.

Ahora, lo mismo para un progresista que para un moderado, es muy cómodo ser reaccionario. Aunque la reaccion tienda á menoscabar los fueros de la imprenta y del Parlamento, ya sea restringiendo las leyes y los reglamentos, como hacian los moderados, ya sea interpretando violentamente ó conculcando todos los reglamentos y todas las leyes, como hacen los progresistas, no arroja de su seno á ninguno que haya sido periodista, y que al periodismo y á la diputacion deba el ocupar un puesto lucrativo.

* * *

El principio de libertad es para algunos una mina que ya la han agotado desde la oposicion, y ahora acuden al principio de autoridad para explotar esotra mina desde las alturas oficiales.

No creas, lector, en el amor al órden de los ex-revolucionarios.

No creas en la fe de esos hombres que invierten la mitad de su vida en poner la fe de erratas á la otra mitad.

No creas nunca que invoquen de buena fe ningun principio los que no renunciaron á la posicion qne adquirieron invocando el principio contrario.

Pasa la vista por el campo progresista reaccionario. Pregunta á la mayor parte de los que en él descuellan lo que fueron ántes de ser reaccionarios, y te dirán que fueron liberales; pregúntales lo que fueron ántes de ser liberales, y te dirán que no eran nada, absolutamente nada. Qué posicion tenian? Ninguna.

Se revolvian en el lodo, del cual su propio mérito no les permitia salir; llamaron en su auxilio á la libertad, y la libertad les tendió la mano, les hizo subir del fondo á la superficie y les dió la fuerza de que carecian, para que despues la empleasen contra ella. Tal es la historia de la mayor parte de los progresistas que se dan importancia de ordenistas, lo mismo que de muchísimos moderados.

* * *

Pero esta historia lastima el corazon del hombre honrado, más aún que el abandono de los principios que se sostuvieron ayer para impugnarlos hoy, y que se impugnan hoy para sostenerlos tal vez mañana.

Encadénese la imprenta, pero que quien la encadene no haya sido nunca periodista liberal. Amordácese la tribuna, pero que quien la amordace no haya debido nunca el más pequeño medro personal al régimen parlamentario. Caiga el árbol de la libertad, pero que no se vea el hacha en la mano de los que han crecido á su sombra.

Muy léjos está *El Jesuita* de calificar de actos indignos todas las mudanzas de opiniones. Á nadie pide que sea siempre fiel á los mismos principios; pero, en nombre de la moralidad, suplica al que abandone una causa que, al abandonarla, se desprenda de todas las ventajas y beneficios que le valió el sostenerla, y que arroje léjos de sí, al pasarse á otro campo, las recompensas que obtuvo en el antiguo.

* * *

Insiste, lector, *El Jesuita* en que los progresistas, hallándose en el poder, son tan reaccionarios, tan retrógrados, tan enemigos de la libertad como los moderados que más simpatizan con los absolutistas. Á unos y á otros estorban las leyes electorales y todas las demas leyes, no obstante la desvergüenza con que de ellas prescinden siempre que les conviene.

El Jesuita recuerda que en 1857, en que la reaccion levantó de nuevo la cabeza más provocativo que nunca, y tuvo la suficiente audacia para exhumar los proyectos de reforma de D. Juan Bravo Murillo, cuyo planteamiento era de hecho una muy mal disfrazada restauracion absolutista, muchos moderados afirmaban con el mayor aplomo que el sistema constitucional se estaba sujetando á la última prueba, con lo que intentaban significar que, si del modo que ellos lo practicaban y con las reformas que querian en él introducir para acabarlo de bastardear, no satisfacia las necesidades del país, sería menester convenir en que era en nuestra patria una planta exótica de aclimatacion imposible.

Restablecidos los privilegios de la aristocracia, y con ellos las vinculaciones, reformados los reglamentos de los Cuerpos colegisladores é introducidas algunas otras modificaciones, encaminadas todas á acabar de *hacer verdad* el régimen representativo, era de esperar que tan decisivos ensayos correspondiesen perfectamente al deseo de los experimentadores, en cuyo caso éstos hubieran seguido tomándose la molestia de gobernarnos constitucionalmente; pero, en el caso contrario, es decir en el caso de que el sistema constitucional, del modo que querian practicarlo los moderados, hubiera seguido siendo estéril é impotente para labrar la felicidad de la nacion, necesario hubiera sido renunciar..... á qué? á los moderados? De ninguna manera; hubiera sido necesario renunciar al sistema constitucional.

* * *

Hasta entónces *El Jesuita* habia estado sometido á una alucinacion extraña. Si bien daba la preferencia á ciertos sistemas po-

líticos sobre otros, creia de buena fe que de la manera de observarlos procedia principalmente su esterilidad ó fecundidad, habiéndole hecho incurrir en tan deplorable error la consideracion de que los mismos sistemas han producido resultados distintos, segun la índole de los gobernantes.

Se le figuraba que no habia sistema bueno siendo los gobernantes malos, ni sistema malo siendo los gobernantes buenos.

Se le habia metido en la cabeza que Campomanes y Floridablanca, que fueron excelentes ministros bajo la monarquía absoluta, bajo una monarquía constitucional hubieran sido excelentes ministros tambien.

Partiendo *El Jesuita*, como se ve, de un principio falso, cual era el de atribuir á los gobernantes, más que á los sistemas, los males que bajo todos los sistemas se lamentan, era natural que le mereciesen una predileccion muy decidida los sistemas que tienden á limitar las facultades de los malos gobernantes, siendo para él indudable que los que gobiernan mal, á pesar de las cortapisas con que la ley circunscribe su accion, gobernarian aún peor si no hallasen en la ley ningun obstáculo.

El constitucionalismo de *El Jesuita* era lógico; pero era, desgraciadamente, la consecuencia recta de una premisa falsa.

El Jesuita habia visto desacreditarse uno tras otro todos los sistemas; pero, preocupado por su extraña hipótesis, seguia aferrado al suyo, al verdaderamente constitucional, sin que hasta entónces se le hubiese ocurrido hacerle responsable del mal éxito, que creia ser debido á los que no querian ó no sabian aplicarlo. —¿He de negar, se decia, el poder de la medicina en todos los casos porque haya médicos adocenados ó desidiosos que no la practican debidamente? ¿He de negar la excelencia del catolicismo porque haya habido clérigos indignos y un Alejandro VI que escandalizó al mundo con sus actos de simonía y de concupiscen-

cia? ¿He de negar la virtud y la excelencia del sistema constitucional, achacándole los males que se deben á su inobservancia, porque los principalmente encargados de conservar su pureza hayan sido sus principales profanadores?—

* * *

Siempre habia parecido á *El Jesuita* que era calumniar un sistema acusarle de infecundo ántes de haberlo practicado regularmente. ¿Y en qué período se ha practicado regularmente en España el régimen constitucional?

En todos los países regidos constitucionalmente la ley fundamental traza el círculo dentro del cual funcionan los gobernantes. En España los gobernantes trazan el círculo dentro del cual funciona la ley fundamental.

En todos los países regidos constitucionalmente los gobernantes se sacrifican á la ley fundamental; aquí la ley fundamental se sacrifica á los gobernantes.

Sacrifíquesela en buen hora. La nacion nada perderá con este sacrificio, si son los pseudo-constitucionales los que han de gobernarla como hasta aquí.

Pero tampoco ganará nada si son los pseudo-constitucionales los que han de gobernarla de otro modo. De cualquier modo que la gobiernen, la gobernarán siempre mal.

* * *

Tal es la opinion de *El Jesuita*, muy distinta seguramente de los que decian en 1857 que el sistema constitucional estaba sufriendo la última prueba. Segun ellos, si España, despues de tanto tiempo de dominacion pseudo-constitucional no era completamente feliz, no tenian la culpa los falsificadores del sistema, sino el sistema. El caso era que los falsificadores se hallasen siempre en el poder; el sistema importaba poco. Todos los sistemas

eran buenos mandando ellos; pero, sobre todo, el que, mandando ellos, hubiera sido inmejorable, era el absoluto. ¡Cuánta libertad hubiéramos tenido entónces! Más áun que ahora, que son los progresistas dueños de la marmita, y tenemos, por consiguiente, toda la que puede apetecerse.

* * *

Hasta ahora, sin embargo, en la fecha en que *El Jesuita* escribe estas líneas (8 de Abril de 1871), los progresistas no han dicho, como los moderados en 1857, que el sistema constitucional se estuviera sujetando á la última prueba; pero, áun cuando ellos no lo hayan dicho, es muy posible que la prueba á que el sistema constitucional se está sujetando ahora, sea realmente la última. Por de pronto, ya se han apercibido los progresistas de que la Constitucion, que ellos llaman democrática, es más democrática que ellos y que lo que á ellos conviene, y ya la hubieran echado á pique si no temiesen indisponerse con los cimbrios, hacer el caldo gordo á los unionistas, y, sobre todo, si no les pareciese más cómodo y ménos ocasionado á percances prescindir de la ley fundamental y de todas las demas leyes que derribarlas.

* * *

Los moderados tienen más aficion que los progresistas á restringir las Constituciones; pero los progresistas tienen más aficion á infringirlas que los moderados.

Los moderados en el poder acarician siempre la idea de dar un golpe de Estado; con los progresistas se ha dado siempre un golpe de Estado en el mero hecho de estar ellos en el poder.

No hay nada peor que los progresistas.

Se dice, lector, que sobre gustos no hay disputas; pero acaso tú contestes que los hay que merecen palos, y que el del *Jesuita* es uno de ellos. Podrá ser, sobre todo cuando oigas decir á

El Jesuita que con la misma Constitucion escrita prefiere un gobierno moderado á un gobierno progresista, y no habiendo escrita Constitucion alguna, prefiere un gobierno absoluto á un gobierno progresista ó moderado.

Ya el ilustre D. Agustin Argüelles decia, y decia bien: «Absolutismo por absolutismo, prefiero D. Cárlos á Doña Isabel II.»

Los progresistas, siendo ellos los que mandan, opinan que cuando una Constitucion no se presta á sus manejos es mejor arrinconarla y hacer de ella caso omiso, que andarse en remiendos que de todos modos habrian de ser insuficientes. Lo que más les escuece no es la Constitucion vigente, sino la ley electoral, que en las últimas elecciones de diputados provinciales y diputados á Córtes acaba de darles un susto, que no ha sido flojo. Han comprendido que, por poco que se descuide el gobierno en el ejercicio de su *influencia moral*, su derrota en otras elecciones es inevitable. Han pensado, pues, en limitar el sufragio universal, no obstante decir que es el padre de la nueva dinastía que han traido ellos de Italia. La primera limitacion se reducirá, segun parece, á privar del derecho electoral á los que no saben leer, como si á los que no saben leer se les eximiese de pagar las contribuciones de dinero y de sangre que votarán las Córtes, en cuya formacion no habrán intervenido.

* * *

La idea es peregrina y sugiere no pocas observaciones. ¿Quién ha dicho al ministerio y á los ministeriales que son precisamente los que no saben leer los que han favorecido con su papeleta á los candidatos de oposicion? Tratándose de progresistas, ¿se concibe que haya alguno que, sabiendo leer, les dé su voto?

Por otra parte, las elecciones á lo progresista ¿no se hacen á tiros y trancazos? Y para repartir trancazos y tiros ¿qué falta hace saber leer?

Y, ademas, si los progresistas siguen mucho tiempo en el po-

der, se habrán ya muerto de hambre todos los maestros de escuela, y serán pocos los que sepan leer, porque no habrá quien enseñe.

Ni tampoco, mandando los progresistas, se hace sentir la necesidad de aprender á leer para adquirir posicion. Basta haber aprendido á cantar bien ó mal el himno de Riego. No deja de ser chusco exigir á un ciudadano que sepa leer para dar su voto, y no exigirle el mismo requisito para ser administrador de un sitio real ó gobernador de una provincia.

* * *

Ya pueden los progresistas y sus *odiados amigos los moros fronterizos*, y los cimbrios y todas las fracciones constitucionales, restringir el sufragio cuanto quieran. Sin amaños, sin coacciones, sin violencias, no habrá más en ningun Congreso que mayorías absolutistas ó republicanas. Porque no es sólo en las clases ínfimas donde los republicanos y absolutistas están en mayoría, sino que están en mayoría tambien en todas las demas clases, hasta en las más ricas y más ilustradas. Aunque la riqueza no es siempre fácil de descubrir, ni se pueden la inteligencia y el patriotismo medir como el percal ni pesar como los higos, bien se puede asegurar que en las actuales Cámaras, no obstante la presion oficial ejercida en las elecciones, sin la cual no hubieran venido dos docenas de progresistas, ni una de moros fronterizos, ni media de cimbrios, cada uno de los grupos de que se compone la minoría ú oposicion representa más riqueza, más inteligencia y más patriotismo que toda la mayoría en peso.

* * *

No ha estado en lo justo *El Jesuita* al decir que no hay nada peor que los progresistas. Peor es aún una amalgama de que el elemento progresista es una de las partes constitutivas.

Ningun partido puede gobernar asociado á otros, y el progresista es demasiado débil y demasiado incapaz para gobernar solo. Necesita otros que le ayuden, y á lo que le ayudarán será á caer.

No puede, pues, gobernar, ni solo ni acompañado. Dicho queda que gobernar no es mandar, ni comer, ni firmar nóminas. Es algo más elevado y más grave.

No puede el partido progresista formar más que ministerios de conciliacion, y se encuentra para formarlos en peores condiciones que el partido moderado en 1857.

El partido progresista no tiene un Narvaez, ni lo tiene tampoco ninguno de los grupos de auxiliares que componen la abigarrada conciliacion á que ha tenido que recurrir á pesar suyo. La mayoría de las actuales Córtes es más anómala aún que la de las Córtes de 1857, con la cual el mismo general Narvaez, no obstante todo su prestigio, aunque ya algo menoscabado entónces, y no obstante tambien su habilidad incontestable, no pudo hacer nada de provecho, porque no pudo fundir en un pensamiento comun las ideas de las distintas fracciones de que se componia.

Y cuenta que aquellas fracciones pertenecian todas á un mismo partido, y la mayoría de las Córtes actuales se compone de fracciones de tres partidos diferentes, que se enseñan los arañazos que mutuamente se han hecho siempre que han podido.

* * *

Ántes de reunirse las Córtes de 1857, creyó *El Jesuita* que el resultado de la lucha electoral y la conducta que habia observado el Senado en las sesiones que precedieron á los acontecimientos de Julio y Junio de 1856 eran datos suficientes para poder determinar la posicion que ocuparia en ambos Cuerpos colegisladores cada una de las numerosas fracciones en que el partido moderado se dividia. *El Jesuita* se empeñó en bosquejar la fisonomía

del entónces futuro Parlamento, sin tener en cuenta que á los partidos medios no se les puede retratar porque no se están quietos nunca; hacen gestos y muecas incesantes; sus doctrinas son levadizas, su política es de goma; su conducta se amolda, como el lacre al sello, á lo que dicta la conveniencia de cada momento, y obedece, como un excelente barómetro de Caswel, á la presion y variaciones todas de la atmósfera política.

El partido moderado estaba hecho pedazos, pero seguian sus partes agitándose á la manera de los fragmentos de un crótalo acabado de destrozar, y conservaba cada una de ellas la volubilidad sorprendente que caracterizaba el todo.

Aquellas partes eran las que el ministerio que presidia el general Narvaez se propuso, con mejor voluntad que probabilidades de éxito, soldar por medio de las elecciones, para tener en las Córtes una mayoría compacta que fuese combatida solamente por una minoría insignificante, pues él no queria tampoco un Congreso unánime, cuyos inconvenientes le habia hecho conocer la experiencia.

El Jesuita desconoce completamente los motivos que tuvo el ministerio para preferir una oposicion absolutista á otra progresista; pero lo cierto es que algunos absolutistas figuraron en las candidaturas ministeriales, lo que prueba que el gobierno quiso formarse hasta la oposicion á su gusto.

El ministerio, que, á fuer de moderado, conocia perfectamente la flexibilidad de su partido, creyó que, otorgando indistintamente su apoyo á los candidatos de las várias fracciones moderadas, las ministerializaria todas.

Incurrió en un error en que tambien incurrió *El Jesuita*.

No comprendió, hasta despues que se hubieron verificado las elecciones, que la movilidad del todo era propia de cada una de sus partes.

El mal era, ademas, inevitable.

Habia el ministerio de entregarse á una sola fraccion, lo que hubiera sido un absurdo, porque al fin y al cabo ninguno de los

ministros era el jefe reconocido de ninguna, ó habia de procurar atraérselas todas.

Intentó lo último, no sólo durante las elecciones, en las cuales aceptó como suyos los candidatos de las fracciones todas, sino posteriormente, dando en el discurso de la Corona una especie de programa que venía á ser un término medio entre las pretensiones de los distintos grupos en que el partido se dividia.

Lo más singular era que todos los grupos decian que el general Narvaez era su jefe; pero de hecho cada uno de ellos tenía un jefe que lo preferia al general Narvaez. Los de la fraccion de Don Juan Bravo Murillo preferian al general Narvaez D. Juan Bravo Murillo; los de la fraccion de D. Luis José Sartorius preferian al duque de Valencia D. Luis José Sartorius. Bravo Murillo, Sartorius y otros varios eran jefes de compañía, y cada uno de ellos tenía en la suya respectiva más prestigio que el coronel del regimiento.

Todo cuerpo, sea militar, sea político, ofrece este síntoma. Se presenta siempre un subalterno que se ha apropiado parte de las simpatías y respeto que correspondia al jefe superior. El general Narvaez seguia siendo el jefe del partido moderado; pero ¡qué diferencia de lo que era en 1857 á lo que habia sido en otro tiempo! ¿Qué moderado, sin atraerse los odios de todo el partido y ponerse en ridículo, se hubiera atrevido algunos años ántes á medirse con él, á disputarle la supremacía? En 1857, eran más de dos, más de seis los que se la disputaban, los que ambicionaban su puesto, los que creian merecerlo tanto como él. ¿Acaso el general Narvaez habia perdido alguna de las grandes cualidades de mando, que tan apto le hacian, al decir de sus amigos, para permanecer al frente de su partido? Nó; el general Narvaez no habia perdido su dón de mando, pero el partido moderado habia perdido su dón de obediencia.

El general Narvaez, jefe de ejército y jefe de partido, sabía bien que con un ejército ó un partido que carecen de disciplina no se pueden hacer los milagros que se piden como cosa fácil y corriente á los ejércitos y á los partidos subordinados.

Lo peor es que en un partido no hay medios, como en un ejército, de restablecer la disciplina. Un partido que se indisciplina, indisciplinado se queda.

Confiado en la magia de su nombre, creyó el general Narvaez que le sería posible devolver al partido moderado su consistencia y organizacion antiguas. Más fácil le hubiera sido reconstruir un hombre con las cenizas de su cadáver.

En vano transigió con todas las fracciones, desviándose á pesar suyo, en obsequio de la reconciliacion, de la fraccion única que permanecia fiel depositaria de los principios de que él habia sido en otro tiempo el representante más legítimo. Disgustó á esa fraccion, sin complacer á las demas.

En vano colocó al marqués de Viluma, personificacion del retroceso en su mayor escala, en el sillon presidencial del Senado; en vano hizo de Martinez de la Rosa, personificacion la más elevada del moderantismo puro, su candidato para la presidencia del Congreso; en vano el ministerio á que el general Narvaez daba nombre salpicó de una á otra fraccion para poblar el Parlamento y proveer los cargos públicos. Su afan fué inútil; cada fraccion lo queria todo para sí, todo, hasta las poltronas ministeriales; cada fraccion formaba ya un partido aparte, independiente de todas las demas fracciones.

Y si esto sucedió, teniendo el partido moderado un caudillo tan prestigioso como el general Narvaez; si éste no pudo desenvolverse, si es lícito hablar así, por solicitarlo en direcciones opuestas las fuerzas antagonistas de un partido solo; si el antagonismo de estas fuerzas inhabilitó de tal manera al partido moderado para gobernar, que Doña Isabel II se vió al cabo obligada á desprenderse de él, á quien tanto amaba, y á llamar á la union liberal, á quien odiaba tanto, ¿qué no ha de suceder ahora al partido progresista, que carece de un jefe bien caracterizado, y tiene que mendigar, para seguir en el poder, el apoyo de partidos que le odian y á quienes odia?

El general Espartero, que era el jefe reconocido del antiguo partido progresista, lo sería tambien del actual, si éste fuese siquiera una derivacion de aquél. Pero no lo es, y el general Espartero lo sabe, y sabe tambien que los que más representacion tienen en la actual situacion son sus más capitales enemigos. Sin embargo, los actuales progresistas quisieran que el ilustre pacificador de España aceptase la jefatura nominal del partido para cubrir, con el prestigio de su nombre, sus miserias y sus desmanes.

Pero, áun suponiendo que el héroe de Luchana hubiese pasado la esponja del olvido sobre los sucesos de 1843, ¿cabria dentro de una misma situacion con D. Salustiano Olózaga, despues de aquel famoso banquete de los Campos Elíseos, en que el hombre de la Salve le declaró chocho y caduco y le envió al cuartel de Inválidos?

En cuanto á Olózaga, carece de condiciones para jefe de partido. En sus buenos tiempos servia para acaudillar una oposicion en el Congreso, y, sin embargo, ya entónces era una calamidad. Ahora, que se halla en plena decadencia, es un personaje repulsivo, ridículo y hasta grotesco; un personaje, como todos los que figuran en el dia, á la altura de la situacion.

Los señores Sagasta y Ruiz Zorrilla, hasta para jefes de los *jamancios* de la Gloriosa, son demasiado pequeños.

Del general Serrano no hay que decir. En el tiempo que ha desempeñado la jefatura de la union liberal, que heredó del incomparable D. Leopoldo O'Donnell, ha dado pruebas irrecusables de su incapacidad é insuficiencia. El general Serrano es completamente nulo; no es más que un *bon vivant* como Olózaga, solo que éste es mucho más *prudente*.

Dícese que ha dejado la jefatura de la union liberal para tomar la de las abigarradas huestes de cimbrios, progresistas y moros fronterizos que han de sostener el actual órden de cosas. Siendo así, se ha impuesto una tarea mucho más penosa que la que el general Narvaez en 1857 no pudo llevar á cabo con todo su ascendiente, no obstante su habilidad y su carácter.

El general Narvaez era el jefe reconocido de todas y cada una de las fracciones del partido moderado; pero al mismo tiempo cada fraccion tenía un jefe particular, al cual obedecia ciegamente, estuviese ó nó de acuerdo su política con la del general Narvaez.

El general Narvaez se hallaba pues al frente de un partido que carecia de unidad de miras; y como esta unidad nadie podia dársela, hizo muy mal en empeñarse en conseguirla, porque en política nada perjudica tanto como intentar lo imposible.

En obsequio de la armonía que deseaba restablecer, el general Narvaez renunció á su política propia, transigiendo con todas las fracciones, que era lo mejor que podia hacer para no contentar á ninguna.

Ex vitio alterius, sapiens emendat suum. ¿No habrá entre los amigos del general Serrano quien le recuerde esta sentencia de Publio?

* * *

Debió el general Serrano permanecer al frente de la union liberal, con lo que, en cambio de las simpatías, siempre dudosas, que se hubiera enajenado de la progresería bullanguera, hubiera obtenido las de todos los unionistas. ¿Qué necesidad tenía de participar del descrédito que progresistas y cimbrios habian recogido durante la interinidad, descrédito de que él se libró por medio de la inaccion completa á que le condenó la regencia sin atribuciones? ¿No tenía trazada, por el lugar mismo que ocupaba en la serie revolucionaria, la línea de conducta que debia seguir? ¿No comprende que, situándose en medio de todas las banderías que componen la *familia feliz*, ha de llegar un dia en que una de ellas se sobreponga á las demas, y quiera crearse una situacion propia?

Y qué sucederá entónces? Suponiendo que el general Serrano no quede eliminado, nunca le tocará más que representar un papel secundario, un papel que no es en manera alguna el que, des-

pues del triunfo de Alcolea, correspondia al más caracterizado de los setembrinos que pusieron el cascabel al gato.

* * *

El general Serrano está dando fuerzas á los que han de emplearlas contra él.

Y no es eso lo peor. Lo peor es que se priva de sus fuerzas propias; pues si algunas ha de tener, sólo se las puede dar la union liberal, abandonada por él en el momento más crítico. Se engaña si cree que se capta la voluntad de los progresistas y de los cimbrios cediendo á sus exigencias. Lo único que consigue es enajenarse más y más la del partido que, si no hubiera desertado de él, le prestaria apoyo.

El general Serrano, no teniendo ya la jefatura de la union liberal, no tiene ninguna. Él tal vez se hace la ilusion de que es el hombre necesario de la actual merienda, que otro nombre no merece la situacion actual; pero la vanidad le engaña. No es nada, absolutamente nada. Á ningun hombre hará tomar la historia una actitud más bufa que la suya.

* * *

Entretanto el neo-progresismo está sin jefe. Y, bien mirado, hace bien en no tenerlo. Para comer no se necesita.

Tampoco tiene ninguna doctrina codificada. Él dice que su dogma es la soberanía nacional; pero la soberanía nacional de los progresistas del dia es una soberanía que la nacion delega á las Córtes, las Córtes al Ministerio, y el Ministerio á la *Partida de la Porra*. En último resultado, el soberano de los progresistas es una buena tranca. Á ellos no se les deberia dar otro. *El Jesuita* va convenciéndose, por las cosas que está viendo desde que se hizo la Gloriosa, que los absolutistas que apaleaban liberales y los moderados que atropellaban progresistas no andaban tan descami-

nados como parece, si los liberales y progresistas de entónces eran como los liberales y progresistas de ahora.

* * *

Pero nó, no eran lo mismo. Nada tienen de comun Riego, el Empecinado, Zurbano y Solís con el partido progresista que se improvisó en 1854.

Y cuenta que el partido progresista anterior á la citada fecha no era tampoco acreedor á grandes alabanzas. Nunca tuvo condiciones de gobierno, y, lo mismo que el moderado y que todos los partidos medios, se vió siempre en la imposibilidad de consignar sus aspiraciones en un programa bien definido.

Uno de sus más distinguidos escritores creyó condensar el espíritu del partido en la siguiente fórmula:

«Hoy más liberales que ayer, mañana más liberales que hoy.»

Este mote, que grabaron algunos en su escudo, es la aplicacion absurda al individuo en particular de las leyes de progreso eterno que rigen á la humanidad y la arrojan hácia adelante en el inmenso golfo en que navega; es, en cierto modo, la sustitucion de la humanidad por el hombre; es, si se le quiere dar algun significado, el vanidoso alarde de un cualquiera, que adopta como divisa propia lo que es divisa del mundo entero, pretendiendo ¡él, ser limitado en el tiempo y en el espacio! hacerse la síntesis de la obra del Dios eterno é infinito, como si cupiese en algun cerebro humano el genio que dirige y expresa en sí mismo esas trasformaciones lentas, graduales y sucesivas que requieren, para hacerse perceptibles, estudiarse en los fastos de todas las generaciones.

* * *

Exhumando, desenterrando de esa necrópolis del género humano, que se llama historia, todas las instituciones que yacen

sepultadas, se sorprenden las leyes de progreso que han regido al mundo y que le regirán eternamente; pero estas leyes no son ni pueden ser la autonomía de ningun individuo.

Si el hombre en particular estuviese sometido á la fórmula de progreso que rige á la humanidad, como afectan creerlo los que dicen que son hoy más liberales que ayer y que serán mañana más liberales que hoy, se haría en un dia lo que no pueden hacer sino muchos siglos, y un hombre solo echaria sobre sus hombros el peso de muchas generaciones futuras.

Las progresivas metamórfosis infinitas, perceptibles en la larga vida de la humanidad, no lo son en la corta vida del hombre.

Posible es que haya quien sea más liberal hoy que ayer, más liberal mañana que hoy; pero, para escribir esta frase como lema de una bandera ó como la expresion del sentimiento íntimo de un individuo, necesario sería que esa ascension ó exaltacion continua se verificase de una manera susceptible de ser percibida por el que la experimenta, pues de otra suerte no tendria éste conocimiento de ella, y mal podria, por consiguiente, adoptarla como divisa.

En el caso de ser perceptible el fenómeno, el más liberal hoy que ayer, más liberal mañana que hoy, sería tan liberal en pocos años, que dejaria su época en pos de sí rezagada de muchos siglos.

Hace ya algunos años que se profirió la frase, y se debe por tanto creer que el que la adoptó ó creó ha adelantado ya de algunos siglos al siglo actual, y se ha hecho en política contemporáneo de los biznietos de nuestros biznietos.

Verdad es que, por fortuna de su autor, la frase es susceptible de interpretarse de dos maneras distintas, pues sin violentarla en lo más mínimo tiene un doble significado.

«Hoy más liberales que ayer, mañana más liberales que hoy.» ¿Quiso significar, quien así expresó su liberalismo siempre ascendente, que quiere tener hoy más libertad que la que tenía ayer y querrá tener mañana más libertad que la que tiene hoy, ó quiso significar simplemente que mañana tendrá más amor á

la libertad que hoy y que hoy tiene más amor á la libertad que ayer?

Si lo primero, nada tiene *El Jesuita* que añadir á lo que lleva ya dicho; el progreso social se verifica, por lo visto, en cada individuo en particular, y motivos hay para reirse de los antropólogos, que, al explicarse la procedencia de un solo primer padre de todas las razas humanas diseminadas por el globo, para poner de acuerdo sus cálculos científicos con las tradiciones sagradas, no han sabido hasta ahora determinar el tiempo que habrán necesitado las misteriosas influencias del clima para teñir de negro la epidérmis de los descendientes de Adan que habitan la Etiopia.

Probablemente, segun la flamante teoría de los que notan en sí mismos los progresos de toda la humanidad, los habitantes de ciertas comarcas de África se volvieron negros de la noche á la mañana.

Pero si hoy más liberales que ayer, mañana más liberales que hoy, quiere significar que el autor de la frase y los que la adoptan como símbolo de sus aspiraciones quieren hoy la libertad más que ayer y mañana la querrán más que hoy, es evidente que tienen la conciencia de que hoy no la quieren bastante, pues esperan poderla querer más mañana.

* * *

De todos modos la frase, cualquiera que sea la interpretacion que se la dé, á ningun partido conviene ménos que al progresista, que es de todos el que ménos ha progresado y el más enemigo de todos los progresos. Á esa paralísis, á ese marasmo, á ese estancamiento llama él *consecuencia;* por lo que, lector, cuando oigas decir de alguno que es un *consecuente progresista*, puedes estar seguro de que ese tal no ha progresado nada en política, aunque tal vez por medio de la política él haya progresado mucho. Como dice muy bien el artículo de *El Eco de España* de que queda hecha mencion, la calificacion de progresista no cor-

responde al partido, sino á cada uno de sus individuos, porque, en realidad, sus individuos progresan con asombrosa rapidez y en razon inversa de sus merecimientos.

Personillas, de quienes nadie podia esperar que llegasen nunca á personas, han llegado á personajes. ¡Cuántas podria citar *El Jesuita!* Acaso puedan contarse por docenas los progresistas á quienes, un dia ántes de la batalla de Alcolea, tuteaban los mozos de cordel, y que hoy tienen tratamiento de excelencia. ¡Qué capitanes, qué coroneles, qué generales, qué magistrados, qué comisarios de guerra, qué intendentes, qué diputados, qué senadores, qué directores, qué subsecretarios, qué embajadores, qué ministros!

Pero el partido no se mueve; no ha pasado del himno de Riego, ni ha modificado en un ápice las doctrinas que nunca ha tenido. Es un antropolita, un cadáver petrificado.

* * *

Como todos los partidos estacionarios, el progresista tiene un enemigo capital, que es el tiempo.

Su desaparicion de la escena es la primera necesidad de España, necesidad que *El Jesuita* reconoció ya en 1852, y que ahora reconocen todas las personas sensatas, hasta las pocas que merecen esta calificacion entre los mismos progresistas.

De esta necesidad se ha hecho cargo *El Pueblo*, periódico republicano unitario, en un bien pensado artículo, cuya reproduccion, lector, es la mejor conclusion que puedo dar á este capítulo.

«No hay que ocultarlo por más tiempo; el partido progresista está siendo el principal obstáculo á nuestra regeneracion.

»Ni hay que decir tampoco, como algunos optimistas, que el partido progresista ha muerto, nó. El partido progresista vive, pero vive desorganizado y desorganizador, y no es una necesidad su muerte, sino su desaparicion.

»Es preciso que, ántes de disolverlo todo, se disuelva á sí pro-

pio, distribuyendo sus miembros en el partido donde cada uno tenga más afinidades; trabajo fácil, puesto que en todas las numerosas y opuestas fracciones de nuestros hombres públicos puede colocarse un progresista.

»Es tanta la ductilidad de sus opiniones; es su dogma tan indefinido; son sus doctrinas tan elásticamente formuladas, que donde quiera que la palabra libertad se pronuncie, y en España la pronuncian todos, hay lugar para que, sin falta de consecuencia ni pecado de pudor, pueda un progresista afiliarse convenientemente.

»En el partido progresista hay de todo:

»Individuos que protestan de las conquistas revolucionarias en secreto, y las pregonan en la plaza pública por darse aires de convencionales;

»Sujetos fronterizos á los partidos conservadores en la teoría, y que en la práctica van todavía más allá que los conservadores;

»Soldados valerosos que, sujetándose al sentido estrictamente reformador de su nombre, aceptan de buena fe y defienden con calor todas las libertades, explicándolas y defendiéndolas filosóficamente, siguiendo sólo en el partido progresista por una obstinacion pueril que no deben los hombres públicos tener nunca, y mucho ménos cuando se trata de seguir adelante por las vías del progreso;

»Progresistas que lo son por temperamento y á los que no es posible decir nada ni exigirles algo, porque no es bueno contrariar los caprichos de la naturaleza;

»Progresistas históricos que, por haber conocido á D. Agustin Argüelles ó haber estado en los campos de Vergara, entienden la libertad como se entendia entónces y piensan que la invariabilidad es consecuencia, y el estancamiento lealtad;

»Progresistas á la moderna, que hablan siempre de los grandes y firmes caracteres de su partido, citando tres ó cuatro nombres que pertenecen á la historia y que hoy no serian progresistas; hablando continuamente de libertad en la creencia de que

nombrarla es practicarla, entusiasmándose por fútiles motivos y solfeando aires nacionales ó himnos patrióticos sin otro fin que meter ruido y enardecer al público, como si hacer llegar la libertad á todos los ámbitos con los pulmones ó los instrumentos fuera lo mismo que hacerla llegar á las leyes y reformas de lo alto.

»Partido en el cual cada individualidad es un partido, cada programa un dogma diferente, cada soldado un general.

»Siempre su dominacion, corta por fortuna, ha traido como consecuencia una época larga de tiranía y opresion.

»Cuantas veces subieron los progresistas al poder, subieron por la ley de la necesidad del momento y cayeron en los brazos de una insurreccion ó de una intriga.

»Si hoy viven, su vida es la que les presta un sepulcro recientemente ocupado por un infortunado general que fatalmente arrastró á la tumba á su partido, porque su partido, falto de ideas y de conjunto armónico, hizo de él su representacion y su absoluto soberano.

»Si ayer contribuyeron á la revolucion, fué por impaciencia; si hoy continúan en el poder, es por misericordia ó cálculo del que lo consiente.

»Desde sus tiendas cuesta el mismo trabajo pasarse á la República que al moderantismo: hay la misma distancia á la reaccion que á la libertad. Cuando miran en peligro su existencia por el lado de la reaccion, se concentran y se abrazan con los demócratas gritando: «Todos somos unos; radicales, á defenderse.» Cuando les amenazan por el lado de la libertad, se juntan y confunden con los unionistas diciendo: «Viva la conciliacion!»

»En los tiempos de paz y de bonanza, cuando nadie atenta á sus intereses ni se conjura contra ellos, se esparraman y se subdividen hasta lo infinito, colocan gentes en todos los partidos, profesan opiniones que jamás explican, forman una masa política de mucha extension y poca densidad á que no es posible interrogar por su bandera ó por su símbolo, viviendo cada soldado

donde quiere con la única consigna de gritar: «¡Vivan el órden y la libertad!»

»Dos soluciones y dos fórmulas se disputan hace tiempo el imperio del mundo y el destino de los pueblos. Las revoluciones y trastornos habidos en España en lo que va de siglo no han reconocido otra causa que los esfuerzos de los dos partidos por obtener la victoria. El partido progresista ha estorbado el triunfo de cualquiera de ellos. Tan pronto liberal como doctrinario, hoy inclinando los ojos hácia lo pasado, mañana hácia lo porvenir, ha impedido la constitucion definitiva de la patria.

»Si acepta los principios de la democracia, que lo diga de una vez; si cree necesarios aún los extremos de la reaccion, que no lo disimule por más tiempo: haga un cambio de frente, internándose por uno de los dos senderos, porque, en el estado actual de las instituciones y de los partidos, es necesaria de toda necesidad su desaparicion ó su reforma.»

Muy bien hablado. Y eso que *El Pueblo (nota bene)*, no obstante su republicanismo, ha tratado siempre á los progresistas con mucho mimo, y les ha pasado la mano por el cerro para amansarlos y atraerlos á la República una é indivisible. ¡Caricias inútiles! Los pocos progresistas que saben leer no leen más que los tres ó cuatro diarios que hay de su comunion, únicos que están al alcance de su poco cultivada inteligencia. La lectura de los demas periódicos les obligaria á trabajos mentales que deben evitar en lo posible los que comen mucho, si quieren hacer buenas digestiones. La meditacion y el estudio son causa de dispepsia.

¿Y qué sería de los progresistas si enfermasen del estómago, que es la única víscera que les queda sana y que funciona enérgicamente?

* * *

Permite, lector, á *El Jesuita*, ántes de decir *mutis* al partido progresista, que hace demasiado rato que está en la escena, llamar tu atencionsobre dos de sus rasgos más característicos.

Si los progresistas no fuesen antropomorfos, es decir si no tuviesen figura humana, los zoólogos, que se ocupan de la índole de los animales sometidos á sus investigaciones, dirian que los progresistas son mestizos de perro y de gato.

Tienen del perro el servilismo y del gato la ingratitud.

Lamen como perros la mano que les azota, y arañan como gatos la mano que les acaricia.

El general Espartero, en 1840, les sacó *ex limo terræ*, y en 1843, dirigidos por Prim, Olózaga, Serrano y otros *ilustres* patricios no ménos desinteresados y consecuentes, se coaligaron con los moderados contra el general Espartero.

En 1854, cuando su impotencia era de todo el mundo conocida, el general O'Donnell les quitó de encima el moderantismo que pesaba sobre ellos como una losa funeraria. Los Lázaros, apénas se sintieron resucitados, se pusieron furiosos contra el mismo que acababa de devolverles la vida, y le hostilizaron con el mayor ensañamiento, siendo muy digno de notarse que los más energúmenos fueron los hombres de *La Iberia*, los patriotas del dia siguiente, los que no habian sufrido la menor persecucion durante los once años de dominacion moderada, ni ántes tampoco, y no se apercibieron de que eran progresistas hasta que cayó el moderantismo.

Y algunos años despues, cuando O'Donnell tuvo que ceder su puesto á Narvaez, al mismo Narvaez que habia sido siempre el bú de los progresistas y les habia tratado á baqueta, celebraron este suceso con iluminaciones algunos consecuentes liberales de los barrios bajos. La naturaleza felina de los progresistas se revela en estos hechos.

En los siguientes se revela su naturaleza canina:

Se entregaron en cuerpo y alma á D. Juan Prim, que habia ganado la faja y la gran cruz de San Fernando luchando contra ellos y á favor de los moderados, y áun hoy agitan el incensario delante de D. Salustiano Olózaga, el cual, á sabiendas ó inconscientemente, pero creyendo servir su propia ambicion, fué el prin-

cipal agente de la intriga que urdieron desde Francia la reina Cristina y Luis Felipe, para derribar á Espartero y hundir con él al partido progresista.

Del general Serrano han recibido los progresistas favores y palos, y es seguro que por éstos les es simpático y por aquéllos antipático.

Corolario: el partido progresista no merece favores, sino palos.

CAPÍTULO XIV.

EL PARTIDO REPUBLICANO.

Al poner á los partidos en camisa, no se propone *El Jesuita* hacer su apología, sino su crítica.

Pero á la crítica se prestan poco los partidos que no han ocupado nunca el poder, porque en el poder es donde descubren todos sus malas mañas.

En la oposicion son todos unos benditos; todos hablan de órden, de libertad, de economías; todos hacen entrever al pueblo un Eldorado; todos anuncian una nueva Jauja; todos invocan la ley; todos predican moralidad; todos poseen la única fórmula aceptable para resolver los grandes problemas políticos y sociales.

En el poder varían de aspecto. Allí es donde arrojan la máscara; allí es donde ellos mismos se ponen en camisa y hasta en cueros; allí es donde se ofrecen á la pública espectacion con toda la vanidad de sus teorías, con toda la falacia de sus promesas, con todos los vicios de su organizacion, con toda la perversidad de sus instintos, con todos los errores de sus cálculos; allí es donde cada uno de ellos copia y exagera las iniquidades y malas artes que ha censurado en los otros; allí es donde enseñan todos sus partes pudendas, cuidadosamente tapadas con la hoja de higuera ántes de asaltar las regiones oficiales; allí es donde muestran con

desvergüenza sus vergüenzas; allí es donde hacen cínico y provocativo alarde de sus alifafes, deformidades y jorobas.

* * *

El partido republicano en España no ha sido poder nunca, y por consiguiente no ha descubierto aún sus miserias. Y como son las miserias de los partidos el objeto de este libro, poco será lo que acerca del republicano diga *El Jesuita*.

En España los republicanos no quieren una república teocrática como la de los judíos ántes de Saul; ni una república aristocrática como la de Esparta; ni una república mixta, compuesta á la vez de elementos aristocráticos y democráticos como la de la antigua Roma; ni una república oligárquica como la de Venecia; ni una federacion de repúblicas aristocráticas y democráticas como la de Suiza ántes de las últimas revoluciones.

Los republicanos en España quieren, salvas algunas excepciones muy raras, una república democrática y federal, como la actual de Suiza y la de los Estados-Unidos de la América del Norte; quieren una república compuesta de provincias independientes en cuanto á la soberanía interior, pero unidas unas con otras por un lazo federal.

Esta forma de gobierno es la que más en armonía se halla con las ideas modernas, con las ideas democráticas. La forma natural de la democracia es la república. Los mismos monárquicos que se llaman liberales reconocen que, al ménos en teoría, la forma de gobierno republicano es la más perfecta, porque es la ménos depresiva de la dignidad individual, la única que no descansa sobre una ficcion y se opone, no á las jerarquías que se fundan en el mérito de cada uno, revelado por los servicios prestados á la causa comun, sino al repugnante desnivel producido en las sociedades por desigualdades arbitrarias y facticias.

Extraño viceversa! Miéntras en España el establecimiento de la República se consideró imposible, todos los liberales, hasta los

más tibios, decian que eran republicanos en teoría, y no habia constitucional que no considerase el régimen monárquico representativo como un puente para trasladarse de la monarquía á la república; pero apénas hubo quien, cansado de farsas, tuvo el valor de llamarse francamente republicano y quiso descender al terreno de la práctica, los republicanos teóricos se asustaron como unas colegialas, y se refugiaron en la tradicion para librarse, como ellos dicen, de las garras de la demagogia. ¡Una sociedad sin condecoraciones y sin títulos nobiliarios! ¡Una sociedad que reconoce derechos y deberes anteriores y superiores á todas las leyes positivas! ¡Una sociedad que tiene por principio la libertad, la igualdad y la fraternidad, y por base la familia, el trabajo, la prosperidad y el órden público! ¡Una sociedad en que la soberanía reside en la universalidad de los ciudadanos, sin que ningun individuo, ninguna fraccion del pueblo pueda monopolizar su ejercicio, porque es inalienable é imprescriptible! ¿Puede darse algo más horroroso?

* * *

Basta de aspavientos.

El Jesuita no niega que, para que una república tenga probabilidades de consolidarse, se requiere mucha abnegacion, mucha sencillez de costumbres, profundo respeto á la ley, obediencia absoluta á los magistrados que la hacen observar, y pocos empleados; pero no dice, como el inmortal autor del *Contrato social*, que la república democrática es para hombres una forma de gobierno demasiado perfecta.

No hagais, pues, de Rousseau vuestro parapeto, porque de él os desalojará el que os ponga delante el ejemplo de la Confederacion helvética y de los Estados-Unidos, con su grandeza, su prosperidad y sus garantías individuales.

Lo que es bueno en teoría podrá no ser bueno en la práctica; pero nada puede ser bueno en la práctica si es malo en teoría.

El régimen republicano es sin duda una forma de gobierno que reclama ciertas condiciones. Dice Montesquieu que no se necesita mucha probidad para que un gobierno monárquico y un gobierno despótico se conserven y se sostengan, porque para reprimir las malas pasiones basta la fuerza de las leyes ó el brazo del príncipe suspendido sobre todas las cabezas como la espada de Damócles, al paso que en una república democrática se necesita un resorte más, que es la *virtud*.

Es cierto; pero, por lo mismo que la monarquía no necesita este resorte, no lo crea, y la república lo ha de crear, por lo mismo que lo necesita.

¿No es preferible una forma de gobierno que para sostenerse necesita virtudes, á una forma de gobierno que para sostenerse necesita que no las haya?

* * *

Se dirá que en las repúblicas la poca duracion del poder, incesantemente renovado por la eleccion, es una causa de agitacion permanente, porque alienta á los ambiciosos, y los cortesanos de los reyes, que bullen alrededor del trono, son reemplazados por los cortesanos del pueblo, más perjudiciales aún.

Respecto á la poca duracion del poder, la observacion sería de gran fuerza si se tratase de poner en parangon la forma republicana con la monarquía de derecho divino; pero ésta es imposible por la sencilla razon de que nadie cree en el derecho divino de los reyes.

La observacion carece de valor tratándose de monarquías constitucionales.

La estabilidad de la forma monárquica, que era la única ventaja que la hacía preferible á la republicana, no existe. Los reyes constitucionales y las dinastías caen casi con tanta facilidad como se derrumban los ministerios, y hoy dia los reyes cesantes son ya tal vez en Europa más numerosos que los reyes en activo servicio.

El aliento dado por la incesante renovacion del poder á las ambiciones desatentadas no es un argumento contra la república que no lo sea tambien contra las monarquías constitucionales. ¿Qué importa que en éstas no se ambicione el poder supremo por considerarlo inaccesible, si se ambicionan los favores del que lo ejerce para alcanzar los más elevados puestos?

Bajo un régimen monárquico-absoluto, tiene cortesanos el monarca; bajo un régimen democrático-popular, los tiene el pueblo; bajo un régimen constitucional, los tienen á la vez el pueblo y el monarca, siendo los que adulan al uno los que adulan tambien al otro, y los que se convierten á cada instante en detractores de los dos.

* * *

Difícilmente se hallará hoy un constitucional que ame sinceramente al trono, ni que ame sinceramente al pueblo. Los verdaderos amantes del trono son absolutistas; los verdaderos amantes del pueblo son republicanos; los que afectan amor á uno y á otro no aman sinceramente á ninguno de los dos.

Republicanos vergonzantes hay en España desde que se estableció el régimen representativo, como hay tambien desde entónces absolutistas vergonzantes, y tal vez no andaria descaminado el que dijera que todos los llamados constitucionales son una ú otra de estas dos cosas.

Pero republicanos declarados, republicanos que tuviesen el valor de su opinion, republicanos que no se limitasen, como los progresistas, á decir pestes de los reyes, sino que se declarasen abiertamente contra la institucion monárquica y procurasen imbuir en los ánimos la necesidad de derribarla, no parecieron hasta el año de 1841, durante la regencia de Espartero. Terminado el tempestuoso período de la regencia, desaparecieron como si se hubiesen evaporado.

Publicáronse en Madrid y en provincias periódicos republica-

nos, algunos de buena fe, otros de quienes no se atreve *El Jesuita* á decir otro tanto. Todos contribuyeron poderosamente á dar el triunfo á la coalicion que derribó á Espartero y trajo once años de reaccion liberticida. Algunos obtuvieron el premio del servicio prestado en aquella ocasion, y, tirando la careta, abrazaron la causa del moderantismo. Lo que dice *El Jesuita* es histórico, y no cita nombres propios porque no es necesario.

* * *

Á algunos republicanos ha oido muchas veces decir *El Jesuita* que Barcelona, la capital del antiguo Principado de Cataluña, es la cuna de su partido. Segun ellos, nació á raíz del levantamiento de 1840, y le atribuyen un importante papel en los sucesos de Barcelona que provocaron el bombardeo de 1842, á que sucedieron, como inmediatos corolarios, la caida del general Espartero y once años de reaccion sangrienta.

Siente *El Jesuita* tener que decir que dichos republicanos convierten en título de gloria de su partido la página de su mayor ignominia. Suponen que, terminada la guerra contra D. Cárlos, vino al poco tiempo á hostilizar y disputar el campo á la monarquía la idea republicana, la cual no podia manifestarse segun las disposiciones á la sazon vigentes, pero que, no obstante, se propagó, y á los dos años vencia ya en Barcelona por la fuerza de las armas.

C'est trop fort.

Posible es que, durante la regencia del general Espartero, las disposiciones á la sazon vigentes no permitiesen á la idea republicana manifestarse; pero, gracias á la longanimidad del gobierno de aquella época, la idea republicana, á pesar de las disposiciones vigentes, se manifestaba tan abiertamente como si de hecho hubiera estado establecida la República. Díganlo en Madrid *El Guindilla*, *El Peninsular* y *El Huracan;* dígalo en Barcelona un periódico que de tal manera encubria sus tendencias republi-

canas, sin duda para eludir las disposiciones á la sazon vigentes que no permitian á las ideas republicanas manifestarse, que se titulaba *El Republicano*.

Verdad es que el tal *Republicano* no lo sería más que en el nombre, pues formaba coro con *El Papagayo*, periódico ultra-reaccionario pésimamente dirigido por un futuro polizonte.

Verdad es tambien que el tal *Republicano* consideró terminada su mision luégo que cayó la libertad, sin duda porque el despotismo de once años que sucedió á la caida del general Espartero era la República á que él aspiraba. Durante la sangrienta endécada, ni su director, ni sus redactores, ni sus suscritores, que eran muy pocos y algunos de ellos moderados hasta los tuétanos, dijeron *esta boca es mia*, ni tomaron parte, al ménos como republicanos, en el movimiento centralista de 1843, última convulsion de la libertad moribunda.

Despues, en 1854, cuando, gracias al magnánimo general O'Donnell, reapareció la libertad, volvieron á hacerse visibles ciertos republicanos que se han resignado siempre á un discretísimo silencio bajo todas las dictaduras y bajo todos los despotismos, como si nada tuviesen que hacer cuando no tienen ninguna libertad que derribar.

Nó, no fueron ellos en 1843 los que vencieron en Barcelona. Quien venció fué Barcelona toda entera, que se levantó al grito de «Abajo el regente!» y no de «Viva la República!» Aquel movimiento era esencialmente moderado, y en él tomaron parte los progresistas imbéciles como verdaderos suicidas. Aquel movimiento era moderado, tan moderado como el cónsul Lesseps, agente de Luis Felipe, que fué quien lo dirigió. Á la sazon no llegaban á ciento los que en Barcelona se llamaban republicanos, ni á diez los que en realidad lo eran.

Y entre los muy pocos que en realidad lo eran, hubo algunos, que hoy figuran muy dignamente al frente del partido federal, que, con gran peligro de su vida, sostuvieron á Espartero, lo mismo que *El Jesuita*, hasta el último momento. No se fiaron, nó,

ni de Prim, ni de Serrano, ni de Olózaga, ni de Gonzalez Bravo. Vieron la mano oculta de que eran instrumento esos cuatro ambiciosos y otros, como ellos, *arte pelasga et dolo instructi.*

El Jesuita dice que eran instrumentos, no queriendo decir que eran cómplices.

* * *

Numerosísimos batallones de milicia nacional, algunos de ellos progresistas, otros moderados, ninguno republicano, pues no habia republicana más que una compañía, auxiliados por todo el pueblo sin distincion de edades, ni sexos, ni matices, y parapetados en las casas, de manera que podian herir impunemente, mataron á los pobres soldados que tenian que batirse contra un enemigo invisible, siendo un horroroso espectáculo el que ofrecian tantos y tantos bizarros oficiales que, en defensa del órden y de las leyes, derramaban la última gota de una sangre que habian ya prodigado generosamente en defensa de la libertad, en seis años de guerra contra el absolutismo.

Aquel triunfo no fué republicano, y de ello deberian darse el parabien los que de republicanos se precian, porque aquel triunfo no fué honroso. *El Jesuita* se lo dejaria, si pudiese dejárselo sin faltar á la verdad, ya que tanto lo apetecen. Y se lo quiere dejar por un momento; quiere por un momento suponer que fueron los republicanos los que triunfaron en Barcelona de las fuerzas del ejército acaudilladas por los generales Van-Halen y Zurbano. Los republicanos triunfaron; pero dónde está su triunfo? Dónde está la República? La República que vino en pos de aquel triunfo, fué la más espantosa de las reacciones.

* * *

El Jesuita no se ensaña con los republicanos que en 1842 se sublevaron contra el gobierno del general Espartero, pero pone

en duda el republicanismo de la mayor parte de aquellos sublevados, fundándose, entre otras cosas, en que desistieron de sus alardes republicanos desde que consideraron perdida la causa del regente. ¿No es éste suficiente motivo para creer que lo que querian era derribar á Espartero, y no entronizar la República? Durante la regencia de Espartero, *El Jesuita* preguntaba á los republicanos, como se lo preguntaba muchos años despues durante el mando del general O'Donnell, si creian que á la situacion que tan encarnizadamente hostilizaban sucederia la República ó la más espantosa de las reacciones, y nunca obtuvo más que la callada por respuesta. Á pesar de eso, no se quejaba entónces, como no se quejó despues ni se quejará nunca, de que los republicanos consignasen sus principios, manifestasen la excelencia de sus doctrinas y procurasen su propagacion; pero reprobaba entónces, reprobó despues y reprobará siempre que en nombre de la libertad se combata una situacion, sabiendo que sobre sus ruinas se ha de levantar otra ménos liberal que la que se combate.

No es posible conceder que, ni aún momentáneamente, triunfasen en Barcelona en 1842 los partidarios de la República. Si ellos hubiesen triunfado momentáneamente, momentáneamente tambien la República se hubiese establecido. No se estableció; no se oyó ni un sólo grito de República durante el combate, ni despues del combate.

* * *

Miéntras iban las fuerzas del ejército evacuando la ciudad, se nombró, no se sabe cómo ni por quién, una Junta en que figuraban algunos republicanos, pero que en su mayoría estaba compuesta de progresistas muy exaltados. Los progresistas y republicanos que componian la Junta eran casi todos hombres de reconocida probidad, si bien habia entre los últimos un militar que, habiendo sido de los más intransigentes, perteneció más adelante al bando reaccionario. *El Jesuita* ignora si se vendió despues

del triunfo de la reaccion, ó si estaba ya vendido cuando, haciéndose el liberal, contribuyó á su triunfo.

Aquella Junta marca el período de mayor exacerbacion, el parasismo de la fiebre revolucionaria. Sin embargo, no proclamó la República, y, áun sin proclamarla, tuvo que disolverse pronto por las repugnancias que excitaba á la mayor parte de los barceloneses, que la consideraban demasiado exagerada.

* * *

El Jesuita conoce muy bien, tal vez demasiado, los sucesos de Barcelona de 1842, que algunos consideran como la primera manifestacion del republicanismo en España. Los que, llamándose republicanos, tomaron parte en aquellas lamentables escenas, eran pseudo-republicanos, eran agentes asalariados y enmascarados de la reaccion liberticida, los cuales contribuyeron al triunfo de ésta manteniendo la capital de Cataluña en un estado de permanente alarma. Hicieron odioso el mando del general Van-Halen, que se distinguia por su templanza, porque hicieron odiosa hasta la libertad, haciéndola sinónima de la más espantosa anarquía. Toda libertad parecia poca á los que ninguna invocaban ántes bajo el látigo de Cárlos España y del baron de Meer, y ninguna invocaron despues bajo el látigo del general Zapatero. Convirtieron en blanco de sus odios al general Van-Halen, modelo de cordura, y al heroico Viriato de nuestros dias, al malogrado Zurbano, al que quiso inútilmente dar su sangre por cordial á la libertad que otros hirieron.

En 1842, el general Van-Halen y el hijo de Varea hubieran triunfado de la insurreccion, si no hubieran preferido la peligrosa evacuacion de Barcelona á los fáciles medios que se les presentaban para hacerla sucumbir inmediatamente. Pero consideraron siempre á los insurrectos como liberales alucinados, y vacilaron ante la idea de derramar su sangre. No á otra consideracion sa-

crificaron su reputacion militar, y hasta ahora no se ha apreciado en su justo valor tan inmenso sacrificio.

* * *

Perdona, lector, á *El Jesuita* la divagacion á que acaba de obligarle el deseo de pagar un merecido tributo de admiracion á la memoria de dos ilustres patricios, que deberia perseguir como un remordimiento á los liberales del dia capitaneados por Olózagas y Serranos.

El Jesuita insiste en que el triunfo de los insurrectos del 42 en Barcelona no fué republicano. La primera Junta que se formó despues de la victoria, compuesta de republicanos aparentes ó sinceros y de ultra-progresistas, fué recibida con general disgusto, y su carácter efímero, y la Junta consultiva, que para neutralizar ó dirigir sus actos nombró con mucha prisa la parte sensata de la poblacion, prueban su impotencia y su falta de apoyo en la opinion pública.

Aquel combate y aquel triunfo fueron de coalicion, y así es que, despues de la victoria, nadie sabía qué hacer de ella; á casi todos les pesaba más que una derrota, y por cada satisfecho habia al ménos mil arrepentidos. Por eso no tenía Espartero ninguna necesidad de bombardear la poblacion para entrar en ella. Hasta muchos de sus enemigos le esperaban con los brazos abiertos, á pesar de los vivos deseos que tenian de derribarle.

* * *

Tambien, lector, habrás oido decir á algun republicano que la captura de unos cuantos correligionarios suyos fué en Barcelona la causa ocasional de la sublevacion de 1842. Niégalo rotundamente. Barcelona está demasiado acostumbrada á capturas más ó ménos inicuas, para sublevarse por tan poca cosa. La de los re-

publicanos en 1842 no fué una causa ocasional de la sublevacion, sino un pretexto, como otros muchos que se buscaron en aquellos aciagos dias, y que se buscan siempre en circunstancias análogas.

Hasta se pretendió explotar, para producir un choque inmediato de la milicia nacional con el ejército, el altercado que tuvo con un dependiente del resguardo una mujer que queria introducir un pellejo de vino.

Los hombres turbulentos y los déspotas son fecundos en recursos de esa especie.

Para exasperar al populacho contra los frailes, se hizo correr la voz de que éstos habian envenenado las aguas.

La muerte de unos cuantos soldados, que cayeron en manos del cabecilla Tristany, sirvió de pretexto á algunos milicianos indignos para asesinar cobardemente á los infelices carlistas presos en Atarazanas y en la Ciudadela, y el asesinato de un alcalde, cometido por un marinero, dió pretexto á la autoridad militar de Cataluña para deportar sin formacion de causa á liberales los más inofensivos.

Los déspotas y los héroes de motin encuentran siempre, como el lobo de la fábula, motivos especiosos para legitimar sus atentados.

Se engaña el que en la captura de unos cuantos republicanos, en 1842, ve algo más que un pretexto para sublevarse. Si aquel pretexto hubiera sido insuficiente, se hubiera encontrado otro.

* * *

Es muy dudoso que en 1842 existiese ya en Barcelona en estado embrional ese gran partido republicano que es hoy tan vigoroso.

Hasta seis años despues, hasta que en 1848 se proclamó en Francia la República, los liberales que consideraban la forma republicana como su bello ideal, no acariciaron la idea de convertirla en España en un hecho inmediatamente realizable. Y

áun así, los varios sacudimientos populares que se produjeron en aquella época no tuvieron un carácter ostensiblemente republicano.

Pero en la situacion que se creó en 1854, á consecuencia del levantamiento del general O'Donnell, se formó en la Asamblea constituyente una falanje que combatió resueltamente la institucion monárquica. Los que componian aquella falanje no eran ya republicanos platónicos. Alguno, sin embargo, de los que la capitaneaban se monarquizó catorce años despues, en el momento de caer Doña Isabel II, cuando no habia ya ningun trono que derribar, y por consiguiente cuando era más lógico y natural que nunca el establecimiento de la República.

En el período que medió entre 1854 y 1868, el partido republicano adquirió desarrollo, no combatiendo por medio de la prensa la institucion monárquica, porque le estaba terminantemente prohibido, sino combatiendo á los que la defendian. Trabajó con asiduidad é inteligencia. Tuvo grandes escritores, como ha tenido despues grandes oradores. Los tuvo y los tiene, á pesar de haberle abandonado á la hora crítica algunos ambiciosos impacientes, de incontestable talento.

Pero el partido se ha desenvuelto desde 1868 con una rapidez que á algunos parece asombrosa, pero que parece natural á *El Jesuita*. Tuvo la fortuna de que le derribasen el trono los mismos monárquicos; lo que, por más que despues lo hayan levantado de nuevo, fué darle hecha más de la mitad de la tarea. Lo más difícil era derribar un trono secular: en pleno siglo diez y uneve, un trono nuevo, sin raíces en la tradicion, fundado sobre el voto de una Asamblea que otra Asamblea puede anular (ó no hay lógica en el mundo), se derriba con un soplo.

Tuvo el partido republicano la fortuna de que los mismos monárquicos aceptasen en toda su extension el dogma democrático que es incompatible con la monarquía. Verdad es que si á raíz de la revolucion no lo hubiesen aceptado, teniendo que establecer el sufragio universal, que es lo ménos que podian hacer para

fundar una nueva dinastía, la mayoría en las Córtes hubiera sido republicana.

Tuvo el partido republicano la fortuna de que los monárquicos, que, no obstante su monarquismo, derribaron el trono (lo que los monárquicos no deben hacer nunca á no ser que dejen de serlo), formasen á retazos una Constitucion en que quisieron conciliar las más opuestas tendencias de la arlequinada revolucionaria, pero cuyo espíritu es esencialmente democrático. Es una Constitucion que no puede conservarse y observarse sin que los republicanos se sobrepongan á los monárquicos; y si éstos la reforman, que es lo que desean hacer, ó la infringen, que es lo que están haciendo, consuman su descrédito, labran su ruina, acaban de divorciarse del pueblo, que empieza ya á convencerse de que son todos ellos unos imbéciles ó unos farsantes.

Tuvo el partido republicano la fortuna de que, los que expulsaron á una reina nacida en nuestro mismo suelo, llamasen para reemplazarla á un príncipe nacido en extranjera tierra. ¡Y en qué tierra! ¡En Italia, de la cual ningun español se acordaria nunca si no vinieran de allí los cantantes y los chiquillos que piden limosna al són del arpa!

Porque es preciso no hacerse ilusiones. Los españoles en general no son como *El Jesuita*, que no ve más que hermanos en todos los hombres, cualquiera que sea el lugar de su nacimiento, no siendo seguramente los italianos los ménos acreedores á sus simpatías. En este mismo libro ha hecho *El Jesuita* la apología de Italia, madre de las artes y de las ciencias, y que, áun despues de caida de su antiguo pedestal de gloria, ha sido fecunda en hombres eminentes en todos los ramos del saber humano.

Pero un trono recien levantado causa siempre á los pueblos una mala impresion, una impresion extraña. ¡Es una prueba de tan mal gusto darse voluntariamente un amo!

Hasta los más enemigos de reyes sufren con cierta resignacion relativa una monarquía antigua, como un jiboso de nacimiento sufre su congénita joroba. Pero un individuo bien cons-

tituido y conformado se desespera cuando, á consecuencia de una caida ú otro cualquier accidente, se vuelve jorobado. Una nueva dinastía es para el pueblo una joroba que le ha salido, al paso que una dinastía antigua, hasta para los enemigos de las dinastías todas, es como un vicio de conformacion al cual se acostumbraron desde que nacieron. Es mucho peor, infinitamente peor, volverse ciego que haber nacido ciego.

Tuvo el partido republicano la fortuna de que los monárquicos de la revolucion, por el mero hecho de haber derribado una dinastía y haber querido fundar otra, multiplicasen en el campo monárquico los gérmenes de discordia é hiciesen al mismo tiempo más hondo el abismo que separaba unas de otras las irreconciliables fracciones en que se dividia.

Durante el reinado de Doña Isabel II, la cuestion dinástica no dividia á los monárquicos más que en dos grandes partidos, el isabelino y el carlista; hoy, á más de isabelinos y carlistas, hay monárquicos de Espartero, monárquicos de Montpensier y monárquicos de Amadeo. Los monárquicos del príncipe Alfonso no deben contarse, porque son los mismos isabelinos.

Antes que cayera Doña Isabel II, una transaccion de los constitucionales con los absolutistas, aunque difícil, no era de todo punto inasequible; pero pensar hoy en poner de acuerdo á los carlistas, amadeistas y alfonsinos, sería querer contraer méritos para hacerse encerrar en un manicomio.

Tuvo el partido republicano la fortuna de no atraer á su causa al general Prim, despues de haber cometido la indiscrecion de intentarlo. Si se lo hubiera atraido, se hubiera atraido tambien á toda la chusma progresera, que no sirve más que para comer, y hoy el partido republicano estaria tan desacreditado como el más desacreditado de los partidos medios. Estaria en él la demagogia, que hoy está en el partido progresista. Estaria su campo plagado de tahures, de chupópteros, de parásitos, de haraganes, de asesinos del cuartel de San Gil, de liberales empíricos, de sanguijuelas, de tontos, de logreros y de porristas.

El partido republicano ha tenido ademas la fortuna de que los monárquicos de la revolucion hayan acabado de desacreditar todo aquello cuyo descrédito le interesaba. Posiciones, honores, condecoraciones, títulos nobiliarios, han dejado de ser una distincion; la verdadera distincion consiste en no tener nada de eso. Si *El Jesuita* hubiese dado alguna vez importancia á esas fruslerías, bagatelas y zarandajas que ha inventado la vanidad para burlarse de sí misma, hubiera renunciado á un título de Castilla que tuviera, aunque fuese el más rimbombante y añejo que en la *Guía de forasteros* se registra. Dios mio! ¡ser marqués y conde como M. Martin!

En cuanto á condecoraciones y cruces, bien está que se dén á los que las quieran, pero oblígueseles á llevarlas, para que nos distingamos de ellos los que no las queremos. *El Jesuita* va avergonzado por la calle temiendo que le tomen por un condecorado. Ú oblíguese á los que lo son á hacer uso constante de su distintivo, ó invéntese una contra-cruz para los que no tenemos cruz alguna.

Por último, el partido republicano ha tenido la fortuna de que los monárquicos de la revolucion hayan defraudado todas las esperanzas que habian hecho concebir al pueblo. Se esperaba ver desaparecer el nepotismo, y nunca el nepotismo habia tomado tan repugnantes formas y tan desmesuradas proporciones; se esperaba ver la regeneracion de la Hacienda, y lo que se ve es su próxima bancarota; se esperaba ver respetada la seguridad individual, y nunca los intereses y la vida de los ciudadanos habian corrido mayores peligros; se esperaba ver restablecido el imperio de las leyes, y nunca las leyes habian sido tan escandalosamente holladas hasta por los mismos encargados de su custodia; se esperaban economías, y ha crecido el despilfarro; se esperaba disminucion en las cargas del Estado, y éstas han aumentado considerablemente, y el *déficit* es mayor cada dia, y las atenciones no se cubren, y el pueblo paga, y los farsantes comen, y vamos andando y trampeando.

Era preciso rehabilitar el régimen constitucional desprestigiado, y los monárquicos de la revolucion han acabado de desprestigiarlo con sus supercherías, violencias y desmanes.

Qué más podian desear los absolutistas y los republicanos?

Se han pasado á sus filas muchos de sus adversarios, y los que no se han pasado han perdido todo su crédito y se hallan profundamente divididos.

* * *

No pueden los monárquicos de la revolucion fundar una situacion normal, y mucho ménos una situacion que sea simpática al país. Están perdidos, irremisiblemente perdidos, sin que para salvarse puedan meter miedo con el despotismo, porque ellos son el despotismo, ni con la demagogia, porque ellos son la demagogia, ni con el cáos, porque ellos son el mismo cáos. Han puesto al país en el caso desesperado de los que ya nada tienen que perder, ni moral ni materialmente.

Los monárquicos de la revolucion, cuyos capataces podrán estar muy versados en el arte de hacer fortuna, enteramente desconocido del *Jesuita*, pero que todos, sin excepcion de uno solo, son en política muy negados, sin que ninguno de ellos tenga el buen deseo y el patriotismo que algunas veces sustituyen al talento, y sin los cuales éste nada vale; los monárquicos de la revolucion, al derribar la antigua dinastía, creyeron poder sobre sus ruinas echar los cimientos de una dinastía nueva, y hasta creen haberlos echado; pero los cimientos que han echado han sido ó los del Absolutismo ó los de la República.

* * *

Unos cuantos albañiles pueden derribar la Alhambra de Granada, que sólo pudo levantar el genio del arte.

Cuesta poco destruir, y vosotros, monárquicos de la revolu-

cion, no habeis hecho otra cosa, no habeis conscientemente fundado nada, y os creeis grandes revolucionarios, grandes fundadores. Pobres enanos! Miserables pigmeos! El pueblo se encargará de levantar á su gusto el edificio.

Es muy fácil, teniendo buenos bofes, gritar desaforadamente: «Abajo la raza espúrea de los Borbones!» y, teniendo á mano un poco de pintura al óleo, estampar una indigna frase con gruesos caracteres en la fachada de un edificio público. Y despues?

Derribado el trono, cómo lo levantais de nuevo? Rota la tradicion monárquica, cómo la soldais? El pueblo os ayudará. Le decís que es soberano, y él, en virtud de su soberanía, pudiendo escoger entre la forma republicana y la monárquica, escogerá la que mejor le parezca. Vacila, porque carece de criterio; pero vosotros le dais el vuestro, y le decís: «Democracia, derechos individuales.» Entónces tiene ya un punto de partida, tiene un guía, y cesan sus perplejidades, y sabe á qué atenerse. La opcion no puede ser dudosa. Si ha de haber democracia, es preferible la República á la Monarquía. La República es la forma natural de la democracia.

Vosotros, pues, monárquicos de la revolucion, habeis con vuestro inconsciente democratismo quitado la razon de ser á la Monarquía y se la habeis dado á la República. ¡Y luégo os quejais de que haya tantos republicanos! ¿No los ha de haber si habeis puesto de su parte la lógica?

Lo que extraña *El Jesuita* es que no haya aún más, que no haya muchísimos más; lo que extraña *El Jesuita* es que, habiendo aceptado el dogma democrático, sólo compatible con la forma republicana, no se hayan hecho republicanos todos los que se llamaban liberales.

Si hubiéseis proclamado la Monarquía ántes que los derechos individuales, éstos hubieran sido un absurdo; pero proclamados los derechos individuales, es un absurdo la Monarquía.

Vosotros, monárquicos de la revolucion, sin saberlo y sin quererlo, habeis fundado la República. Podreis tal vez, der-

ramando torrentes de sangre, aplazar su advenimiento; pero en la sangre que derrameis se ahogará el régimen constitucional, y con él vosotros, y sobre vuestras ruinas se levantará el Absolutismo.

* * *

Il mondo va da se. Absolutismo ó República. Este dilema no lo han sentado ni los absolutistas, ni los republicanos, sino vosotros, monárquicos demócratas, que quereis que la democracia tenga un trono, y que el trono tenga una democracia. El tiempo os dirá cuál es el resultado de ciertas antítesis.

El Absolutismo! ¿Está la nacion bastante degradada para sufrirlo? Si no lo está, en pos de él vendrá la República.

La República! ¿Está el pueblo debidamente educado para soportarla? Si no lo está, en pos de ella vendrá el Absolutismo.

Pero lo que no vendrá, porque la historia no se repite, será la Monarquía constitucional. Los monárquico-constitucionales la han muerto y sepultado en la tumba de su propio crédito.

* * *

No quisiera *El Jesuita* terminar este capítulo, ya que está expresamente dedicado al partido republicano, sin indicar á este partido el escollo en que suelen estrellarse las repúblicas. Pero *El Jesuita* no se siente con autoridad bastante para ello, y recurre á la de Ciceron, entresacando de su *Tratado de la República* los siguientes párrafos, que el pueblo deberia grabar en su memoria:

«Cuando acosa al pueblo una sed insaciable de independencia, y, servido por aduladores perversos, bebe ávidamente la copa llena de libertad sin mezcla alguna de autoridad, sus magistrados y jefes, si no se doblan á todos sus caprichos, se ven perseguidos, ultrajados, acusados, y se les llama dominadores, déspotas y tiranos.»

Y luégo añade:

«Así como el poder excesivo de los grandes da por resultado la destruccion de los grandes, así tambien la licencia del pueblo da por resultado la esclavitud del pueblo. En el mismo seno de la libertad se engendra un tirano que reduce al pueblo á la más inicua servidumbre.

»Casi siempre brota del mismo pueblo, indómito y salvaje, un jefe audaz, corrompido, que ceba principalmente sus furores en los ciudadanos que han merecido bien de la patria, y se halla dispuesto á prostituir al pueblo, y á los demas, y hasta á sí mismo. Si semejantes hombres, como sucede con frecuencia, sucumben bajo el peso de la venganza de los buenos ciudadanos, la sociedad recobra su vigor perdido; pero si mueren á manos de un malhechor comun, son reemplazados por una faccion, otra especie de tiranos. El poder es desde entónces una pelota que pasa de una á otra mano, de los reyes á los tiranos, de los tiranos á los aristócratas, y de éstos otra vez á las facciones y á los tiranos, sin que la misma forma de constitucion política prevalezca largo tiempo.»

* * *

El Jesuita lo confiesa; simpatiza con el partido republicano, pero le tiene mucho miedo. ¿Por qué, monárquicos, habeis desacreditado el régimen constitucional, á cuya sombra, si lo hubiéseis cultivado debidamente, los que huimos del despotismo y del desórden hubiéramos podido tranquilos esperar el porvenir?

CAPÍTULO XV.

EL PARTIDO UNIONISTA.

Los iniciadores de la mal llamada *union liberal*, en cuyo número nadie tiene más derecho á contarse que *El Jesuita*, lo que ménos se propusieron al proclamarla fué formar un nuevo partido.

La mal llamada union liberal no era más que una mancomunacion de esfuerzos de todos los constitucionales para salvar el régimen constitucional, puesto en gravísimo peligro por las excisiones y disidencias de sus sostenedores, los cuales invertian en hostilizarse mutuamente las fuerzas que necesitaban para contrarestar á la reaccion liberticida que se sentó en el trono con Doña Isabel II.

La reaccion estaba latente en Palacio. Ningun rey es liberal de buena fe. Todos lo son á la fuerza, y era preciso, por lo tanto, para que Doña Isabel II no se entregase á sus instintos retrógrados, convencerla de que habia para oponerse á ellos un gran partido constitucional unido y vigoroso.

Tratábase, pues, no de la creacion de un nuevo partido, sino de la reorganizacion de las huestes constitucionales.

Éstas empezaron á descomponérse desde muy temprano. Los partidos medios adolecen de este defecto. Son muy elásticos, pero poco consistentes. Se adecuan fácilmente á todas las circunstan-

cias, porque no tienen una doctrina codificada; pero su falta de principios, si bien retarda sus catástrofes, es una causa permanente de disolucion.

En 1840, al terminar la lucha á mano armada con el absolutismo, los isabelinos, que se hallaban ya divididos desde que la mayoría de ellos rechazó el Estatuto real que les imponia el trono para ellos á su vez imponer al trono una Constitucion, ensancharon más y más las distancias que les separaban, habiendo por de pronto cesado ya el peligro comun que les obligaba, ya que no á una transaccion, á un armisticio incesantemente renovado.

No habia aún entónces más que dos partidos constitucionales: el moderado, que, con más razon que moderado, debió desde un principio llamarse retrógrado, y el exaltado, que no tuvo razon para más adelante llamarse progresista.

Los dos partidos, sin embargo, estaban conformes, al ménos ostensiblemente, en los puntos esenciales de su indefinido credo, que eran: libertad, órden, independencia nacional y trono constitucional. Y estos principios hubieran sido lazos suficientes para mantenerles unidos, si no hubiesen sido más fuertes que todos los lazos las ánsias presupuestívoras. Moderados y exaltados, en lugar de trabajar para borrar sus calamitosas disidencias, que impedian al país constituirse definitivamente, procuraban ahondarlas, y, no hallando motivos de divorcio en sus principios esenciales, los buscaban en todas las cuestiones secundarias.

¡Y todo porque no cabian juntos dentro de un mismo presupuesto! La marmita! siempre la marmita!

Entretanto el republicanismo empezaba á aparecer, apénas delineado, en un lejano horizonte; y el absolutismo, á quien se creia ya cadáver, respiraba, aunque muy penosamente; dejaba oir su voz, aunque muy ahogada, y hasta se permitia algun ligero movimiento.

En 1843, á consecuencia de la coalicion de las dos grandes fracciones constitucionales contra la regencia de Espartero, una

de ellas, la exaltada, que ya entónces se llamaba progresista, se dividió en dos grupos, el de los coaligados y el de los esparteristas; y en 1845, la otra fraccion, la moderada, con motivo de la reforma en sentido retrógrado de la Constitucion de 1837, se dividió tambien en dos bandos, de los cuales el uno siguió llamándose moderado, aunque más adelante quiso tomar el nombre de conservador, que era el que se habia dado el otro.

Y el republicanismo seguia creciendo, y acentuaba cada vez más sus formas. No era ya un embrion; era ya un feto, y podian ya conocerse sus caracteres distintivos. Y el absolutismo parecia entrar en calor y seguia reanimándose. Á uno y otro daban esperanzas y aliento las excisiones de los constitucionales que volvian infecundo su sistema.

Pero las excisiones no cesaban. Los constitucionales representaban á las mil maravillas el papel de los conejos de la fábula, que fueron cogidos por los perros miéntras disputaban sobre si eran éstos galgos ó podencos.

El bando conservador, desprendido del moderantismo, se acercó á los progresistas demandando auxilio; y aunque no consiguió atraérselos, obtuvo la benevolencia de los ménos intransigentes. Aquello era ya un conato de lo que más adelante se llamó union liberal, pero era un conato prematuro. Aunque la fraccion moderada y la progresista se hallaban ya muy descompuestas, no habian aún llegado al grado de disolucion previo que requeria la gran síntesis.

Ya ántes, cuando la existencia del partido republicano era aún dudosa, la resurreccion del partido absolutista parecia imposible y no se notaba aún distintamente el predominio que en las más altas regiones ejercia el espíritu reaccionario, *El Jesuita*, en *Los Políticos en camisa* (1), habia anunciado para dentro de un término más ó ménos próximo la necesidad en que se verian los

(1) Año 1845.—T. 1, págs. 265 hasta la 269 inclusive.

constitucionales de formar juntos una sola comunion política, si querian salvar su dogma comun.

Y la idea republicana se difundia, y el absolutismo tomaba cautelosamente posiciones cerca del mismo trono constitucional. Y los constitucionales, cada dia más fraccionados, cada dia más impopulares, cada dia más empeñados en desacreditar su sistema, seguian luchando entre sí, sin dejar de parodiar á los conejos de la fábula.

Sobre las desbandadas huestes constitucionales cayó como una bomba la noticia de la formacion del ministerio Cleonard-Balboa. La reaccion acababa de quitarse su careta de constitucionalismo, pero volvió á ponérsela al momento, asustada de su propia audacia. Era inútil; ya se la habia visto la cara.

Ella, sin embargo, no renunció á su propósito, pero aplazó su ejecucion para ocasion más oportuna, y modificó un poco su táctica. Conoció que se habia precipitado. La reina echó de todo la culpa al rey consorte, pues así lo tendrian convenido los dos de antemano, para el caso de que se diera el golpe en vago.

En 1852, la disolucion de las dos grandes fracciones en que la comunion constitucional se dividia era ya completa, y por consiguiente era ya posible la fusion de las dos. El poder oculto, que es como se llamaba á la influencia reaccionaria que dominaba en Palacio, la hacía necesaria. *El Jesuita* fundó en Barcelona un periódico titulado *La Actualidad*, sin más objeto que hacer esta necesidad patente á los ojos de todo el mundo.

Alrededor de la bandera de conciliacion se agruparon casi todos los hombres más importantes del partido moderado y del partido progresista.

Se estableció la salvadora síntesis, que más adelante, bajo el nombre de union liberal, se convirtió en un tercer partido constitucional, en lugar de ser la reduccion á uno solo de los dos ya existentes, que era lo que *El Jesuita* se habia propuesto, sin contar, como debia, con la capacidad de la marmita, que no bastaba para tantas cucharas, ni con los obstáculos formidables que la

cuestion de jefatura habia de oponer necesariamente á la completa realizacion de su pensamiento.

Hasta el mismo conde de San Luis, hasta el mismo general Narvaez se adhirieron á la conciliacion, pensando sin duda poderla reducir á las exiguas proporciones de una coalicion pasajera para derribar del poder á D. Juan Bravo Murillo, que era entónces el instrumento de la reaccion palaciega.

Ésta tuvo miedo, y se desprendió de D. Juan Bravo Murillo para apaciguar á los constitucionales mancomunados. Doña Isabel II llamó á sus consejos al general Roncali, y despues al general Lersundi, y por último al conde de San Luis, con lo que los reaccionarios creian que sus adversarios debian darse por muy satisfechos.

No fué así sin embargo; *alea jacta erat. C'etait trop tard.*

* * *

Ahora ya nadie se acuerda de los sucesos que precedieron al levantamiento del general O'Donnell en el Campo de Guardias. No parece sino que el período que media entre la subida al poder de D. Juan Bravo Murillo y la caida del conde de San Luis no pertenece á la historia contemporánea. Diríase que por encima de él han pasado las aguas del diluvio, y que, roto el hilo de la tradicion, ha de ser juzgado por simples conjeturas. Se habla de las cuatro administraciones que precedieron á la sublevacion militar del *Campo de Guardias* con más vaguedad que de las plantas y animales fósiles, y su clasificacion ofrece más dificultades á los políticos que á los naturalistas el anoplotéris y el lofiodonte.

Algunos narradores cándidos que se han ocupado de las causas que provocaron la insurreccion, atribuyendo un significado político que no tenian á las dos administraciones que sucedieron á la de D. Juan Bravo Murillo, dicen que el sistema adoptado por el ministerio del general Roncali estaba en completa contradiccion con el de D. Juan Bravo Murillo, cuyos proyectos de retrógrada

reforma provocaron las hostilidades de muchos hombres políticos de importancia, y que, de consiguiente, era natural que dichas hostilidades cesaran habiendo desaparecido la causa que las habia determinado.

* * *

Parece, en efecto, que los adversarios de la reaccion debian cejar en su empeño cuando el ministerio Roncali retiró la parte más importante y represiva de la reforma política intentada por su antecesor, cuando retiró una denuncia que habia entablada contra un manifiesto que habia dado la oposicion parlamentaria, y autorizó toda clase de reuniones electorales, y permitió á la prensa ocuparse de la manera que creyese conveniente de la reforma constitucional, y amplió la libertad de las elecciones, y suspendió todas las concesiones de ferro-carriles.

No cejaron, sin embargo, ni debieron cejar, ni abandonaron, ni debieron abandonar tampoco su actitud hostil, cuando el general Lersundi, reemplazando al general Roncali en la presidencia del Consejo, manifestó deseos de resolver la cuestion política por la vía de la tolerancia y de la conciliacion, y llamó á ocupar puestos en el ministerio y en los altos destinos á hombres de distintas fracciones.

Los adversarios de la reaccion no cejaron, porque se consideraban y eran en realidad bastante fuertes para aspirar á un triunfo completo, y no debian de consiguiente contentarse con un triunfo á medias; no cejaron, porque aquellas mismas mudanzas ministeriales y la conducta observada por los ministerios que se iban sucediendo eran una prueba de que la influencia, que habia tan tenazmente sostenido á Bravo Murillo, no habia renunciado á su propósito aunque se batiese en retirada; no cejaron, porque comprendieron que la sustitucion de unos hombres con otros, que representaban todos las mismas tendencias, á pesar de las diferencias de su táctica, sólo tenía por objeto adormecer la opi-

nion para cogerla desprevenida, y, debe decirse todo, no cejaron, porque entre ellos habia muchos ambiciosos que deseaban ser ministros.

* * *

El general O'Donnell, que estaba resuelto á plantear la cuestion en el terreno de la fuerza, no era tan poco perspicaz que no conociese que se amasaba un pastel, y que todos los ministerios que sucedian al de Bravo Murillo eran ministerios calmantes, ministerios laudanados. Vió que, organizado el que el general Roncali presidia, el conde de San Luis se separaba de la conciliacion constitucional, y esta separacion imprevista le hizo comprender que el conde de San Luis aspiraba á la presidencia del Consejo, y que, para hacerse posible en el poder, transigia con la influencia palaciega, la cual, sin renunciar á la reforma que debia llevar á cabo el señor Bravo Murillo, se vió obligada á aplazarla, en vista de la actitud cada dia más imponente que tomaban las oposiciones.

La elevacion al poder del conde de San Luis confirmó al general O'Donnell en las sospechas que le habia hecho concebir su evolucion inesperada.

Sabía el general O'Donnell que el pensamiento de reforma no se habia engendrado en la cabeza de Bravo Murillo. Sabía que era mucho más antiguo. Sabía que el ministerio Cleonard-Balboa lo hubiera realizado si no hubiese pasado con la rapidez de un metéoro, empujado por los adictos del general Narvaez, que se pronunciaron todos contra él, y presentaron la dimision de los cargos públicos que desempeñaban, á pesar de su cacareado respeto á las prerogativas de la Corona. Los partidos medios son siempre lo mismo. Se rebelan contra el uso que hace el rey de las armas que ellos mismos han puesto en sus manos.

* * *

Resucitó el ministerio Narvaez, y en todo el tiempo que medió entre la caida del conde de Cleonard y la elevacion de D. Juan Bravo Murillo á la presidencia del Consejo, la influencia retrógrada hizo como que dormia, y se puso sagazmente en acecho, aguardando una ocasion propicia para caer encima de las instituciones.

Como el ministerio Cleonard-Balboa se habia formado en oposicion con las prácticas parlamentarias, y éstas fueron las que sirvieron de pretexto al partido moderado para rebelarse contra él, Isabel II quiso que Bravo Murillo subiese en conformidad con ellas, y al efecto Bravo Murillo se separó del gabinete que presidia el general Narvaez, y se colocó en las filas de la oposicion, invocando, para atraerse auxiliares en el Parlamento, la necesidad de introducir economías. Puesto de acuerdo con el poder oculto, consiguió derrotar parlamentariamente al general Narvaez, procurando ocultar cautelosamente sus proyectos de reforma, que no descubrió hasta hallarse en el poder. Sus decantadas economías eran no más que un pretexto; eran una fagina detras de la cual tenía asestadas sus baterías el poder oculto.

* * *

Bravo Murillo habia sido llamado por la Corona con el exclusivo objeto de plantear la reforma, y cayó, al quererla plantear, ántes de haber conseguido su intento.

Roncali sucedió á Bravo Murillo, y Lersundi á Roncali, y el conde de San Luis á Lersundi, sin tener ninguno de ellos más objeto que adormecer á la oposicion, dándola á entender que era una abdicacion completa del pensamiento liberticida lo que sólo era un simple aplazamiento. Láudano, láudano, láudano!

* * *

¿Qué podia importar al general O'Donnell que hubiese cesado momentáneamente el riesgo que habian corrido las instituciones,

si sabía que se reproduciria á cada instante, porque de lo único que se trataba era de adormecer al país para hacerle callar, y espiar de este modo la ocasion de encadenarle cogiéndole desprevenido?

El país necesitaba algo más que una mudanza de ministerio para dejarse desarmar, algo más tambien que una mudanza de táctica. Necesitaba una mudanza de sistema. Al fin y al cabo los ministerios son síntomas de la enfermedad que sufren los Estados, pero no son la enfermedad misma.

El general O'Donnell se levantó en armas, no precisamente contra la administracion del conde de San Luis, sino contra la reaccion, y ésta fué vencida.

* * *

Habiendo sido O'Donnell quien en la lucha habia acaudillado las huestes constitucionales, justo era que siguiese acaudillándolas despues de la victoria.

Pero el general Narvaez, cuando vió que no quedaba él al frente de la comunion constitucional reorganizada, porque ésta habia ya reconocido como jefe al general O'Donnell, quiso conservar la jefatura de las dispersas huestes moderadas, lo que hizo que sus adictos, que eran muchos, se negasen á ingresar en la union liberal.

Al mismo tiempo la influencia palaciega, que era astuta, ya que no podia por de pronto evitar que el general O'Donnell crease una situacion, quiso que esta situacion llevase en sí misma los elementos de su ruina, introduciendo ella, desde el momento mismo de formarse, un dualismo insostenible.

El nombramiento del general Espartero, para presidir un gabinete en que entró O'Donnell como ministro de la Guerra, no tuvo otro objeto.

* * *

Los *consecuentes progresistas*, en su mayor parte, viendo que se hallaba al frente de los negocios su jefe natural, el ínclito Espartero, no creyeron que debiesen compartir con nadie el poder, y rompieron la conciliacion, desentendiéndose completamente del general O'Donnell, que era quien les habia *traido las gallinas*.

Prodigios de habilidad tuvo que hacer el general O'Donnell para sostenerse en el gabinete con el general Espartero. Otro cualquiera se hubiera desalentado. Sabía que los restos de los antiguos partidos, que no supieron unirse con un fin patriótico, estaban mancomunados para hostilizarle sin tregua ni cuartel. Sabía que los partidos extremos le odiaban porque temian que restableciese en toda su pureza el régimen constitucional, cuya esterilidad era su única esperanza. Sabía que la reina, si bien disimulaba su resentimiento, no habia olvidado que la sublevacion del Campo de Guardias habia desbaratado sus planes liberticidas.

Pero el general O'Donnell tenía gran fuerza de voluntad, y las resistencias multiplicaban su empuje. Su fin mismo, que era muy patriótico, servia para inspirarle aliento. Estaba convencido de que, en el estado de disolucion en que se hallaban los partidos medios, cuyas numerosas fracciones eran tan incompatibles entre sí como podian serlo con cualquier otro partido, carecian de suficiente fuerza para contrarestar á los partidos extremos, que, aunque débiles, se iban vigorizando, y no tenian condiciones para volver fecundo el régimen monárquico representativo. «Y si no son los partidos medios, se preguntaba, los que pueden contrarestar á los extremos, quién ha de poder contrarestarlos?»

En efecto, su pregunta bastaba para comprender la necesidad de que el país, cuya inmensa mayoría, al paso que no habia renunciado á su constitucionalismo, se hallaba divorciada de los antiguos partidos, encontrase una bandera á cuya sombra pudiese concentrar sus esfuerzos para salvar la esencia del amenazado régimen, por el cual habia derramado torrentes de oro y sangre

Despues de la disolucion y desconcierto de los partidos medios, ¿á quién se ocultaba que habia llegado para los constitucionales un período de refundicion, si no se preferia que sobreviniese otro de la más desenfrenada licencia, ó del más insoportable despotismo?

Hasta que se empezó á verificar la nueva síntesis, las opiniones individuales, los elementos desprendidos de los partidos medios descompuestos, estuvieron como flotantes y diseminados por la atmósfera, sin acertar á sumarse para reconstituir el espíritu de constitucionalismo que no podian reconstituir más que ellos, pues eran infinitamente más numerosos á la sazon que los que constituian cada uno de los partidos extremos. No tenian un punto de apoyo de que asirse, y era necesario dárselo. La mal llamada union liberal, la designada con perfecto conocimiento de causa por un eminente escritor y orador republicano como última evolucion de los constitucionales, era realmente el supremo esfuerzo, el último, el único inaccesible parapeto en que los amantes del régimen monárquico representativo podian hacerse fuertes contra los choques de todos sus enemigos. En ella habian de estrellarse todos, pero no podian estrellarse más que en ella. Bien lo sabian los partidos extremos, y no por otra razon la combatieron con encarnizamiento infatigable.

«Si no hay unionistas, se decia el incomparable O'Donnell, ó, lo que es lo mismo, si no hay constitucionales que estén decididos á salvar á toda costa el régimen representativo; si no hay más que las diminutas fracciones del llamado moderantismo y del llamado progresismo, que tiran cada cual por su lado, ha de llegar un dia, que no está muy remoto, en que los dos partidos extremos ni siquiera se dignen hostilizar á semejantes fracciones de fracciones. Las dejarán acabarse de pulverizar recíprocamente, y dirigirán todos sus esfuerzos el uno contra el otro, con la completa seguridad de que, el que consiga triunfar, no hallará ya ningun enemigo capaz de hacerle frente.»

Y cualquiera que hubiera sido de los dos el que hubiera triun-

fado prematuramente, el país hubiera sido vencido, porque hubiera quedado subyugado por una minoría exigua, republicana ó absolutista, por una minoría que, en el mero hecho de ser tal, no podia darle lo que deseaba, una libertad sin turbulencias y una tranquilidad sin despotismo.

Bien sabía el general O'Donnell que la dominacion entónces de cualquiera de los dos partidos hubiera sido pasajera, porque hubiera sido un cataclismo, y los cataclismos son pasajeros siempre; mas no por ser pasajero hubiera dejado de ser terrible, y se debia, por consiguiente, procurar evitarlo á toda costa. Tambien son pasajeras las pestes, tambien son pasajeras las grandes erupciones de los volcanes, tambien fué pasajero el diluvio.

* * *

Los republicanos, mucho más débiles entónces que ahora, se hacian la ilusion de creer que la práctica de sus doctrinas serviria para popularizarlos, y que, hallándose en el poder, se convertirian en una robusta mayoría.

Hubiera sucedido todo lo contrario. El partido que sube al poder siendo minoría, minoría se queda, porque precisamente el poder, no haciendo su propaganda entre los estómagos hambrientos que se dejan convencer por argumentos culinarios, es siempre un mal propagandista.

El partido republicano en el poder hubiera sido en 1854 una minoría, y hubiera tenido por lo tanto que ser violento. Porque tal es la necesidad de todos los partidos débiles. Son débiles porque son impopulares, y porque son impopulares han de ser violentos, y porque son violentos acaban de despopularizarse ó debilitarse. ¿No es ésta la historia de ayer del disuelto partido moderado y la historia de hoy del disuelto partido progresista?

Acerca del particular, el partido absolutista no se hacía ilusiones. Sabía que su dominacion tendria que ser violenta, y de

antemano anunciaba que lo sería. La violencia es una parte constitutiva de su dogma.

* * *

«El país, añadia O'Donnell, desea una libertad sin turbulencias y una tranquilidad sin despotismo, y en el actual estado de la opinion, ni una ni otra se pueden esperar más que del régimen constitucional monárquico debidamente observado. Y como el régimen constitucional no puede ser salvado por los antiguos partidos medios en el estado de disolucion en que se hallan, es necesario que los elementos de que se componian, y cuya incompatibilidad no sea absoluta, se mancomunen y asocien cada dia con más intimidad para resistir victoriosamente á los que, por ser una insignificante minoría, no podrian dar al país ni una libertad sin turbulencias ni una tranquilidad sin despotismo.»

Hé aquí, lector, la teoría de la union liberal, tal como su ilustre jefe la comprendia, tal como la habia formulado *El Jesuita* en 1852, hallándose en el poder D. Juan Bravo Murillo.

* * *

La union liberal tomaba su razon de ser de un razonamiento que no tiene réplica, y que *El Jesuita* dejó consignado en un folleto de circunstancias que publicó en 1856 (1). Ya en él decia *El Jesuita* que, pretendiendo que no se dividiesen en partidos los que no diferian esencialmente en los principios fundamentales de su política, no pretendia en manera alguna que todos los hombres pensasen del mismo modo, adoptasen las mismas soluciones y tuviesen las mismas ideas. Proferido semejante absurdo, establecida tan extravagante unanimidad de ideas y pareceres, hubiera sobrado el Parlamento, hubiera sobrado hasta el mismo Gobier-

(1) *Autonomía de los partidos*, pág. 32.

no. Para que todos los constitucionales formasen una sola comunion política, no era necesario que pensasen todos en todas las cuestiones absolutamente de la misma manera. Al contrario, por lo mismo que en todas y cada una de las cuestiones secundarias y de oportunidad no encontraba *El Jesuita* dos constitucionales del mismo grupo que pensasen del mismo modo, y á todos los de todos los grupos les hallaba de acuerdo en los principios fundamentales de su credo, decia que todos juntos formaban un solo partido, y que las fracciones en que este partido se dividia eran arbitrarias y puramente nominales. Para constituir un partido se necesita un pensamiento comun, y este pensamiento existia en los progresistas y moderados, al paso que ningun pensamiento existia en particular en cada una de las antiguas fracciones. No habia, pues, de hecho partido moderado y partido progresista; no habia más que partido constitucional, que se dividió en dos *porque sí*, ó por cuestiones de pitanza.

* * *

La union liberal era, como se ve, una exigencia á que obligaba al régimen constitucional amenazado la disolucion de los partidos medios, y los partidos medios querian hacer á la union liberal responsable de su disolucion. Acusábase al general O'Donnell de que habia contribuido á que la disolucion de los antiguos partidos medios se consumase.

Pero ¿era cierto que el general O'Donnell hubiera acelerado con su política el trabajo de descomposicion de las dos grandes fracciones en que la comunion constitucional se dividia?

Si lo era, la mision que se habia impuesto, ó que le habia impuesto la fatalidad, era la más gloriosa que podia caberle en una nacion en que el espíritu de partido habia ahogado el espíritu público.

Siendo imposible la reorganizacion de un partido cuando ha empezado ya á disolverse, se debe procurar que su disolucion com-

pleta se verifique cuanto ántes, para que no ocupen los muertos el lugar de los vivos.

Los cadáveres de los partidos, como los de los individuos, deben enterrarse.

* * *

Un partido que ha empezado á disolverse, no sirve más que de estorbo, y así es que los partidos medios, en el estado de disolucion en que se hallaban ántes de subir al poder el general O'Donnell, eran ya impotentes para contrarestar á los partidos extremos, de los cuales el uno era un feto que se esforzaba en desenvolverse, y el otro era una momia que se esforzaba en galvanizarse.

Pero era el caso que la opinion general se oponia al desarrollo del uno y á la resurreccion del otro, y, constitucional como era, no habiendo partidos medios dignos por su cohesion, por su virilidad, por su *vis vitæ*, de representarla y formularla, tenía una necesidad absoluta de una nueva síntesis.

Mas una nueva síntesis no podia realizarse sino por medio de la combinacion de los elementos de que se componian los partidos disueltos, y de consiguiente, cuanto más disueltos éstos se hallasen, más fácil era que la nueva síntesis se estableciese y consolidase.

Toda nueva síntesis política no es en un principio más que una coalicion, no es más que una mancomunacion de esfuerzos, y de ninguna manera una fusion de principios, de ninguna manera un partido propiamente dicho. Pero es una coalicion que dura tanto como las circunstancias que la han provocado, y si éstas son permanentes, ella es permanente tambien.

¿Y cómo se concibe que una coalicion permanente no se convierta al fin y al cabo en una fusion, en un nuevo partido? ¿Cómo se concibe que dos grupos que no son esencialmente distintos, poniéndose en contacto para resistir los ataques que á ambos simultáneamente se dirigen, no tiendan á fundirse en uno solo para oponer mayor resistencia?

Poco á poco, lo que tienen los dos de comun es lo único que de uno y otro queda, y sacrificando á lo *bueno* realizable un *mejor* utópico é imposible, se renuncia en pro del interes de todos á las incompatibilidades de todo género.

* * *

La union liberal no llegó á ser un partido. No habiendo, los que á ella se acogieron, borrado los hábitos y reminiscencias de la fraccion de que procedian, no tenian para llamarse partido ningun título legítimo, como no lo tiene el progresismo con sus tres Constituciones contradictorias y antitéticas, como no lo tiene el moderantismo con sus fracciones, que son casi tantas como sus jefes, y con sus jefes, que son casi tantos como sus individuos.

La union liberal no llegó á ser un partido, pero lo hubiera sido con el tiempo. Lo hubiera sido, porque el vacío que habian dejado los partidos medios se habia de llenar, y sólo ella podia llenarlo. Renunciar á llenarlo hubiera equivalido á renunciar al régimen monárquico-constitucional, á proclamar la Monarquía absoluta ó la República, porque disueltos, como se hallaban, los partidos medios históricos, carecian de fuerza hasta para resistir á un niño, como era entónces la República, á un caduco, como es el Absolutismo.

Sin la union liberal habian de triunfar necesariamente el Absolutismo monárquico ó la República; y el triunfo de cualquiera de las dos formas de gobierno hubiera sido la peor de las calamidades que podian sobrevenir á nuestra sociedad; porque el Absolutismo habia ya perdido casi todas sus raíces en la opinion pública, y el Republicanismo habia echado aún muy pocas. Prescinde, lector, en este momento de la bondad de sus doctrinas. Para rechazar en la práctica una doctrina, basta abrigar la conviccion íntima de que es ó tardía ó prematura.

Y siendo así, como *El Jesuita* lo creia firmemente, ¿hubiera podido ensayarse algo más calamitoso que un absolutismo mo-

nárquico, que se hubiera visto obligado, para consolidarse, á destruir todos los intereses creados por la revolucion, y derribar tal vez todas las cabezas que llevan las ideas de la época? ¿Hubiera podido ensayarse algo más turbulento que una República, puesta en la dura precision de demoler en un dia la obra de cien siglos?

Si era únicamente la union liberal quien podia librar al país de un Absolutismo necesariamente bárbaro, ó de una República necesariamente turbulenta, porque ésta por precoz y aquél por rezagado tenian necesariamente que imponerse; y si la union liberal necesitaba para fortalecerse pronto, que cuanto ántes se consumase del todo la disolucion de los antiguos partidos, hacian sin querer la apología del general O'Donnell los que le acusaban de acelerar con su conducta la disolucion de los antiguos partidos en la imposibilidad de contenerla.

* * *

Dos años permanecieron juntos en un mismo ministerio el jefe de la union liberal y el jefe del partido progresista, haciéndose cada dia más incompatibles, no por sus exigencias propias, sino por las exigencias de sus respectivas falanjes.

El general O'Donnell habia previsto desde hacía mucho tiempo un choque entre los dos elementos, y se preparó cautelosamente para cuando llegase el momento crítico. Tenía á su disposicion fuerzas de ejército muy escasas, y casi toda la milicia nacional le era hostil. Libró, sin embargo, la batalla; disolvió á cañonazos la Asamblea constituyente; expulsó de la situacion al progresismo intransigente, y quedó durante algun tiempo dueño único del campo.

Permaneció poco tiempo en el poder, y le reemplazó en la presidencia del Consejo el general Narvaez, el cual ya entónces debió convencerse de que con el partido moderado no era posible gobernar.

El general O'Donnell se colocó de nuevo al frente de los ne-

gocios, llamado por la reina, que sólo se servia de él, como de una válvula de seguridad, cuando amenazaba una explosion inminente.

La union liberal permaneció en el poder durante cinco años, que constituyeron un período relativamente próspero, pudiendo asegurarse que en ningun otro, desde que se estableció el sistema constitucional, ha gozado España de tanta libertad con tanta tranquilidad, ni de tanta tranquilidad con tanta libertad.

Entónces demostró el general O'Donnell su admirable tacto político, y al mismo tiempo que puso en evidencia sus relevantes dotes de hombre de gobierno, elevó á su colmo, como caudillo de la guerra de África, la reputacion militar que á tanta altura la habia hecho subir con su valor y pericia en la encarnizada lucha de las huestes constitucionales contra los defensores del régimen absoluto.

* * *

Cuando España empezaba á conocer las incontestables ventajas de la política conciliadora del general ilustre, cayó la administracion que él presidia, aquella administracion tan tolerante, tan inteligente, tan llena de patriotismo, tan dotada de buen sentido.

No recuerda en este momento *El Jesuita* qué real capricho ó palaciega intriga produjo tan imprevista peripecia; pero desde luégo puedes asegurar, lector, que no se fundaba en ninguna razon de Estado ni de conveniencia pública.

Más adelante, el general O'Donnell fué llamado de nuevo á los consejos de la Corona, porque los moderados no podian entenderse. ¿Y cómo habian de entenderse, si eran un partido tan partido, que se componia casi de tantos partidos como individuos?

* * *

Por qué la reina no nos llama á nosotros? decian los progresistas.

Pero cómo les habia de llamar si son tan nulos? Y, sobre todo, la cuestion de estética. Entónces no se habian inventado aún las monarquías democráticas, y Doña Isabel de Borbon era etiquetera y ceremoniosa. Por nada del mundo hubiera prescindido de ciertas fórmulas. Un ministerio progresista no podia entrar en sus miras, y ménos aún una córte progresista.

Por lo demas, si para llevar á cabo el plan reaccionario que habia confiado al ministerio Cleonard-Balboa, se hubiese dignado valerse de D. Salustiano Olózaga, de D. Juan Prim, de D. Francisco Serrano, de D. Manuel Zorrilla ó de D. Práxedes Mateo Sagasta, estos señores, con tal que les hubiera halagado con la perspectiva de un gran porvenir y hubiera dado bien de comer á sus parientes y paniaguados, hubieran aceptado el encargo con más entusiasmo y mejor voluntad que han aceptado despues el sufragio universal y los derechos individuales.

Los progresistas perdieron los estribos. Se echaron á conspirar, y se dieron muchos aires de convencionales; pero el general O'Donnell, acostumbrado á sus bravatas, no les hacía ningun caso. Sabía que no habian de echarse á la calle, porque ni eran de armas tomar, ni podian disponer de las muchedumbres, habiéndose ya las clases proletarias pasado casi en su totalidad al campo republicano con armas y bagajes.

Sin embargo, tuvieron los progresistas auxiliares entre los republicanos mismos, á quienes, como siempre que se hallan en la oposicion, afectaban igualar en liberalismo, prometiéndoles aceptar sus más radicales soluciones. Los republicanos, por su parte, tenian esperanzas muy legítimas de poder representar despues del triunfo el papel del leon de la fábula.

* * *

El último período de mando de la union liberal no fué tan tranquilo y sereno como el anterior. El general O'Donnell tuvo

que practicar en Palacio muchas contraminas para desbaratar intrigas cortesanas; tuvo que ahogar no pocas semillas de discordia introducidas en el seno de la situacion á cuyo frente se hallaba; tuvo que seguir el hilo de más de un complot y jugarse el todo por el todo en el terreno de la fuerza.

El general Prim, á quien habia contribuido imprudentemente á dar una importancia inmerecida, haciéndole teniente general y senador, y dándole á mandar en la guerra de África un cuerpo de ejército, se separó de la union liberal, en cuyas filas se habia ingerido sin decir oste ni moste, y despues de una corta estancia en ella, regresó al partido progresista, cuya jefatura militar birló al esclarecido general Espartero.

El general Prim no hizo más que conspirar contra O'Donnell, dirigiéndose principalmente sus miras á sobornar al ejército. Más de una vez, por su falta de resolucion para sacar de los cuarteles batallones comprometidos, fracasó su intento. Porque el general Prim no tenía el temple de alma del general O'Donnell, el cual en Pamplona, despues de haber entrado en un cuartel para llevarse un regimiento que se negó á seguirle, entró en otro á probar fortuna, en lugar de desistir de su peligrosísimo propósito.

Pero al fin llegó un dia en que Prim pudo hacer salir de Aranjuez, donde se hallaban acuartelados, dos regimientos de caballería sublevados contra el gobierno. No fué él, por supuesto, quien los sacó de los cuarteles.

El general Prim no acometia nunca ninguna empresa de este género sin haber tomado de antemano todas las medidas para, en caso de mal éxito, salvar su individuo, que era lo único que le interesaba. En todos sus actos de conspirador se nota la misma *prudencia*.

Con los dos regimientos de caballería, no hizo más que huir á Portugal, lo cual podia haber hecho solo. Para ese viaje no necesitaba alforjas. Como empezó á huir desde un principio, llevaba mucha ventaja á las columnas que salieron en su persecucion, y le fué fácil evitar que le dieran alcance. No obstante saber que

los que mandaban las fuerzas lanzadas contra él no tenian confianza en la tropa, evitó cuidadosamente su encuentro, y ni siquiera se presentó delante de unas cuantas poblaciones para ver si seguian el movimiento por él iniciado.

Se conoce que el general Prim no habia querido más que cubrir el expediente. Habia tantas veces faltado á su puesto de honor en el momento crítico, que su reputacion de valiente empezaba á decaer hasta en el concepto de los mismos que se la habian creado á fuerza de bombo, únicos que creian en su legitimidad á pié juntillas.

Tenía que hacer algo sin hacer nada, é hizo lo que hizo.

* * *

Pero los trabajos de zapa para hundir la situacion no cesaron un momento. El ejército, en quien el general O'Donnell tenía depositada toda su confianza, estaba minado. Dos regimientos de artillería se sublevaron en Madrid en el cuartel de San Gil, al grito de *viva la libertad* y *viva Prim;* abrieron el parque al pueblo para que fuese á tomar armas y municiones, y asesinaron cobardemente á un gran número de oficiales. En el cuartel de la Montaña del Príncipe Pio hubo tambien conatos de sedicion, y en los cuerpos todos de la guarnicion se habian introducido elementos de soborno.

La posicion del general O'Donnell no podia ser más crítica; pero su valor sereno, superior siempre á todos los peligros, dominó la insurreccion en pocas horas, valiéndose, para combatirla, de fuerzas cuya lealtad era por lo ménos muy dudosa. Se desentendió completamente de las barricadas que el pueblo habia levantado en algunos puntos, para concentrar toda su accion en las avenidas del cuartel de San Gil, en que los artilleros se habian hecho fuertes. «Vencida la insurreccion militar, dijo, las barricadas defendidas por el paisanaje las echaré abajo á puntapiés.»

Así fué en efecto.

Dirigió el ataque con toda la pericia de que tantas pruebas habia dado en la guerra civil y en la guerra de África y en todas las peligrosas aventuras que habia corrido en su accidentada y tempestuosa existencia de soldado, y se batió como un cabo de escuadra, ocupando siempre el puesto de mayor peligro.

El general Prim en todas las aventuras pensaba siempre, ántes de acometerlas, en la manera de salvar su vida; el general O'Donnell daba siempre por perdida la suya. Qué diferencia!

* * *

Los insurrectos invocaban el nombre de Prim, y Prim no estaba en el combate. El general Pierrad ocupó el puesto que el general Prim debia haber ocupado. Á uno y otro hará justicia la historia, á pesar de los feticistas.

Ahora hay quien dice que si el general Prim se hubiera puesto al frente de los insurrectos, la insurreccion hubiera triunfado. Lo que *El Jesuita* cree es que, si la insurreccion hubiera triunfado, el general Prim se hubiera puesto al frente de los insurrectos.

* * *

Aquellos deplorables sucesos se prestan á muy sérias reflexiones. Se ha querido enlazarlos con los que en Setiembre de 1868 derribaron á Doña Isabel II, y por sus tendencias y por sus actores son de todo punto independientes unos de otros.

La sublevacion de los artilleros, acaecida en 22 de Junio de 1866, era progresista, ó, por mejor decir, primista, y se dirigia contra la union liberal, sin tener ningun carácter anti-dinástico, aunque tal vez lo hubiera tomado despues si hubiese triunfado, porque el elemento republicano se presentó en la lucha como auxiliar del progresista.

El levantamiento de Setiembre de 1868 era de orígen unionista, por no decir montpensierista, y tendia á derribar á Doña Isabel II, como la derribó en efecto. Los que triunfaron de la insurreccion de 1866 fueron los insurrectos victoriosos de 1868, y, sin embargo, por la victoria ganada en 1868 se premia á los derrotados de 1866, que en nada contribuyeron á ella.

* * *

Como España es el país de los viceversas, el triunfo obtenido por el general O'Donnell sobre los sublevados, que debió haberle consolidado en el poder, aceleró su caida. Doña Isabel II, que sabía cuánto valia O'Donnell para dominar una insurreccion, cuando ésta estuvo vencida creyó que no le necesitaba ya para nada, y que podia prescindir de él sin ningun inconveniente. Antes quiso, para acabar de hacer odioso al ilustre vencedor, que manchase sus laureles con sangre derramada despues del combate. No le obligó á presentar su dimision hasta que fueron ejecutados los desgraciados sargentos y algunos cabos condenados á muerte por un consejo de guerra.

Dícese que el general O'Donnell se interesó vivamente por una conmutacion de pena, pero que Doña Isabel fué inexorable. La súplica está, en efecto, en el carácter del general, como está la negativa en el carácter de la reina. Doña Isabel II, cuya misericordia era inagotable para los reos de los delitos comunes más espantosos, no reservaba de ella el menor átomo para los reos políticos. Díganlo Zurbano y sus desventurados hijos.

Sin embargo, de la conmutacion de pena, impuesta á tantos infelices por el consejo de guerra, debió el general O'Donnell haber hecho cuestion de gabinete. Estuvo torpe. La reina no se hubiera atrevido por una causa semejante á admitirle la dimision, y, si se la hubiera admitido y la ejecucion se hubiera verificado, ¡cuánto hubiera O'Donnell ganado y cuánto hubiera la reina perdido!

No dice *El Jesuita* que aquel acto de sanguinaria severidad fuese injusto; y si lo era, la injusticia no estaba en el general O'Donnell ni en el consejo de guerra, sino en la ordenanza y en las leyes. Suprímase de una vez la pena de muerte.

Habia, sin duda, circunstancias agravantes; habia el asesinato absolutamente innecesario de tantos y tan dignos oficiales.

Y sin embargo, la conciencia humana execra aquella espantosa hecatombe, como execra la muerte en garrote del desgraciado compañero de Sixto Cámara y de otros dos comprometidos en la conjuracion del denodado republicano; como execra el fusilamiento del capitan Espinosa y otros varios arrastrados al precipicio por la ambicion del general Prim; como execra la muerte del gran poeta Plácido, el Espartaco de la isla de Cuba. ¿Por qué ha de tener el gran O'Donnell estas manchas de sangre en su brillante historia?

Se dirá que sin castigos ejemplares no es posible mantener la disciplina en el ejército, y que, si ha de haber ejército, éste ha de ser disciplinado. Es cierto; ¿pero *El Jesuita* desea acaso que no se castiguen las sediciones? ¿Desea que quede impune algun delito? Nó, no quiere que se deje impune ninguno, absolutamente ninguno, por leve que sea; pero no quiere que ni por los más graves se aplique la pena de muerte.

Y si *El Jesuita* dice que son pocos en España los militares de alta graduacion que no se han sublevado alguna vez contra el gobierno establecido, y que por consiguiente carecen de autoridad para ser severos en materia de insurrecciones, los aludidos contestarán que con la misma severidad hubieran sido tratados ellos si el triunfo no hubiera coronado sus esfuerzos.

Pero eso, como se ve, equivale á decir que no se castiga al crímen, sino al mal éxito. Qué moralidad!

Por lo demas, *El Jesuita* cree que, por la sangre con que se ha regado la arena de las ejecuciones durante el mando de la union liberal y del general O'Donnell, ninguno de los partidos que han ocupado el poder puede tirar la primera piedra.

Y la union liberal tiene al ménos sobre ellos una ventaja que bien merece tenerse en cuenta, y es que durante su mando todas las víctimas inmoladas han caido bajo el peso de la ley. ¿Pueden decir otro tanto los absolutistas, los progresistas, los moderados? ¿Querrán que se les citen hechos recientes que están estereotipados en la memoria de todos? No es necesario.

Á los progresistas, en particular, les quiere *El Jesuita* dirigir una pregunta: ¿No es verdad que al general O'Donnell, si hubiese sido vencido en los combates á que le provocásteis, le hubiérais arrastrado como al desgraciado Bassa? ¿No es verdad que no hubiérais sido con él tan generosos como él lo fué con vosotros cuando os abrió el camino de la emigracion para poneros á cubierto de las leyes? Al ménos deberíais ser agradecidos.

* * *

Cayó O'Donnell del poder, y murió en extranjero suelo. Murió léjos de esta patria que tanto habia querido y que tanto habia honrado. Parecia que con el españolismo de su corazon queria borrar el extranjerismo de su apellido. Habia heredado de sus ascendientes ese rencor que profesa Irlanda á Inglaterra, su opresora, y una fe religiosa inquebrantable, acompañada de una gran tolerancia. Era católico, lo que para *El Jesuita* y otros muchos podrá no ser una cualidad, pero ni para *El Jesuita* ni para nadie puede ser un defecto.

* * *

Lector, por fuertes que fuesen los lazos de simpatía que unian á *El Jesuita* con el ilustre jefe de la union liberal, conservó siempre su completa independencia, sin haber contraido el compromiso de constituirse en apologista sistemático de sus actos, por más que se hallasen en armonía con sus opiniones propias.

El carácter del *Jesuita*, que no puede sufrir ninguna tra-

ba, ha contribuido, tal vez tanto como su patriotismo, á mantenerle separado de todas las banderías, porque los que pertenecen á cualquiera de ellas no pueden obrar siempre en conformidad con las prescripciones de su conciencia, y si no quieren pasar plaza de díscolos, han de dejarse absorber por el espíritu de secta, y tener empeñado su criterio en el montepío de un partido.

Críense eunucos en el envilecido Oriente, y no en países libres y cristianos.

El Jesuita no pertenece á ningun grupo, para poderse pertenecer á sí mismo. Si ama la memoria del general O'Donnell y dió á éste en vida la preferencia sobre todos los demas personajes que habian tenido en sus manos las riendas del Estado, débese, más aún que á sus altas é incontestables dotes políticas y militares, á la circunstancia de personificar mejor que ningun otro los principios de libertad y órden que constituyen su credo; pues sin negar al general Espartero su patriotismo de ciudadano y su valor de soldado, y al general Narvaez su constancia en el propósito y su energía de hombre de gobierno, *El Jesuita* cree que uno y otro habian adquirido tantos hábitos y resabios de partido, que ninguno de ellos hubiera acertado á desprenderse, aunque hubiera querido, de las exigencias del suyo respectivo para sobreponerse á ellas y colocarse al frente de la nacion en nombre y en interes de la nacion misma.

* * *

Por otra parte, el general O'Donnell no era de los que aman el poder por el poder, y en verdad que, si hubiesen tenido todos los gobernantes su talla política, no se hubieran despertado tantas ambiciones ridículas.

Pero son tantas en nuestro desventurado país las medianías y hasta nulidades que han llegado al poder, que no es extraño sean tantas las medianías y hasta nulidades que á él aspiran, y el ser ó haber sido ministro es ya entre nosotros una cosa tan vulgar y

que llama tan poco la atencion como las grandes y pequeñas cruces y los títulos académicos y nobiliarios.

* * *

El Jesuita quiere creer piadosamente que hay hombres que desean ser ministros, no precisamente para disfrutar el sueldo de tales, no para obtener cesantía ó mejorar la que tienen, no tampoco para prevalerse, á favor de su individuo ó de su familia, de las ventajas de su elevada posicion, sino pura y simplemente para satisfacer su vanidad; y como queda ya dicho que el ser ó haber sido ministro no da en la actualidad ninguna importancia, debe parecerte, lector, imposible que haya hombres tan tontos que para satisfacer su vanidad deseen ser ministros.

Y, sin embargo, no buscando en una codicia sórdida el orígen y la explicacion de semejante deseo, necesario es confesar que el número de esos tontos que quieren ser ministros, para que se les llame ministros miéntras lo son y ex-ministros despues de serlo, es infinito.

Todos los que quieren ser ministros aspiran necesariamente á uno de estos tres fines:

Á labrar su fortuna personal, es decir á explotar su posicion en provecho de sus intereses individuales;

Á satisfacer su vanidad;

Á mejorar la suerte del país cuya direccion se les confia.

Tenemos, pues, lector, tres clases de pretendientes al ministerio.

Los de la primera clase son inmundos: tienen viruelas en el alma, como decia no sé quién del tan grande como corrompido conde de Mirabeau;

Los de la segunda son tontos: Dios, en lugar de cabeza, les ha dado un *montgolfier* de más ó ménos pequeñas dimensiones;

Los de la tercera son verdaderos hombres de Estado, si á su buena intencion corresponde su talento para gobernar. Son los

únicos que deben ser ministros, y los únicos que no suelen serlo. Su entrada en el poder es un sacrificio de sí mismos que raras veces se les permite consumar.

El Jesuita quisiera poder decir que los de la primera clase son muy poco numerosos; pero, si lo dijera, le desmentirian tantas y tantas fortunas improvisadas.

Los de la segunda clase sean acaso los que más abundan. Con ellos se forma en España la mayor parte de los ministerios, y con ellos, sin repetir un solo nombre, sería fácil arreglar una candidatura para cada dia del año, y para cuantos años pueden trascurrir hasta llegar á la resurreccion de la carne.

Escasos, escasísimos son los de la tercera clase, los que tienen un plan preconcebido, una teoría formulada, un sistema que ha experimentado en su cerebro un largo período de incubacion, y que sólo aspiran al poder para poderlo aplicar con la conviccion íntima de que su aplicacion será beneficiosa á los pueblos. De esos, la historia guarda todos los nombres, y guardará el de Don Leopoldo O'Donnell. Escasean los grandes caracteres como el suyo.

* * *

El Jesuita ha de decirlo todo. El general O'Donnell daba poca importancia á las cuestiones personales; pero tenía su tertulia, que si bien no intervenia, como la progresista, en los negocios del Estado, influia en la provision de todos los cargos públicos. Los tertulianos subian que era una maravilla. No se puede, sin embargo, comparar el nepotismo de aquel tiempo con el de las épocas de mando del general Narvaez, y mucho ménos con el que impera desde la Revolucion de Setiembre.

* * *

Isabel II, derribando á O'Donnell, se derribó á sí misma. Y cuando murió el heroico caudillo, creyó la desgraciada reina que se habia librado de un gran peso. ¡Y se acababa de colocar la losa sepulcral sobre su dinastía!

En la tumba del general O'Donnell se sepultó el trono de la reina Isabel, y con este trono la union liberal, es decir los partidos medios despues de haber descrito su última evolucion.

* * *

La union liberal hubiera podido sobrevivir al general O'Donnell, si la herencia de su jefatura hubiera pasado á manos más hábiles que las del general Serrano. Para suceder al ilustre caudillo se necesitaba un varon fuerte, un gran carácter, uno de esos hombres que se imponen á los demas sin que los demas se sientan humillados, porque para reconocer su superioridad no necesitan ellos mismos rebajarse en el concepto propio.

Otros hombres habia en la union liberal más idóneos que el general Serrano para reemplazar al general O'Donnell. ¿No habia un Rios Rosas? ¿No habia un D. Domingo Dulce? Desgraciadamente Rios Rosas, aunque muy valeroso, no es militar, y el general Dulce, aunque tenía mucho talento, no era orador.

Y al decir que no era orador, no quiere *El Jesuita* significar que no sabía pronunciar grandes discursos como Rios Rosas, como Castelar, como Gonzalez Bravo; no quiere significar que carecia de esa afluencia y pulcritud de frase que distinguen á un Moret, á un Rodriguez, á un Catalina, ni quiere significar tampoco que no era un discutidor ingenioso y diestro como Figueras, como Benavides, como Posada Herrera. Nada de eso es Serrano, nada de eso era Prim, nada de eso son la mayor parte de los que hablan en las Asambleas. Pero hablan, salen del paso bien ó mal, degollando la gramática, si es preciso, estropeando la lógica, descabellando el sentido comun, y ni áun eso podia hacer con su bien organizada cabeza, tan propia para la incubacion de cualquier plan, el sagaz y perseverante general Dulce. Hubiera preferido estar años y años conspirando, como Mazzini, en la oscuridad, encerrado entre cuatro paredes, acechando una ocasion, madurando un concepto, combinando un golpe, urdiendo

una estratagema; hubiera preferido atacar una batería tras otra, envuelto en una nube de metralla, á hablar en público cinco minutos seguidos.

Ademas, cuando murió D. Leopoldo O'Donnell, el general Dulce estaba ya enfermo, estaba ya moribundo. Sin esta circunstancia, él hubiéra sido el verdadero caudillo de la Revolucion de Setiembre, y si hubiera contraido el compromiso de colocar en el trono al duque de Montpensier, se hubieran guardado muy bien Olózaga y Prim de colocarse entre él y su candidato. Tenía, como se dice vulgarmente, malas pulgas.

* * *

De todos modos, la union liberal, única que podia salvar el régimen constitucional, no podia durar más que lo que durase el reinado de Doña Isabel II. Debia principalmente su razon de ser á la necesidad de contrarestar á los partidos extremos, y éstos, habiendo caido la dinastía secular, se han hecho ya demasiado fuertes para que puedan oponérseles victoriosamente los partidos medios, de cualquier manera que se mancomunen.

Y no se mancomunarán. El sólo hecho de haber derribado á Doña Isabel II ha vuelto incompatibles á los moderados con los unionistas. El sólo hecho de haber proclamado el dogma democrático para atraerse á las muchedumbres, ha vuelto incompatibles á los unionistas con los progresistas.

Y luégo la cuestion de candidatos al trono ha dispersado á la union liberal como si fuese un puñado de serrin lanzado al viento.

Cuando los partidos medios, por su estado de descomposicion, se hallaban incapacitados para gobernar, y los partidos extremos no eran aún bastante fuertes para sobreponérseles, la union liberal era la única evolucion que podia salvar á los constitucionales.

Ahora la union liberal es ya insuficiente, y, sobre todo, es ya imposible. Despues de tantos ensayos de constitucionalismo in-

útiles y perturbadores, funestos al órden, funestos á la libertad, el pavoroso problema, de cuya solucion depende que sea Europa republicana ó cosaca, pide ser resuelto inmediatamente, y proscribe todos los términos medios. ¿Qué fórmula posee la union liberal en este caso extremo para salir del paso? Ninguna.

No es ya en la union de los constitucionales, sino en su desaparicion de la escena, en lo que fundan los pueblos su esperanza de una constitucion política y social definitiva.

Sin embargo, si la union liberal fuera posible, si fuera posible mancomunar los esfuerzos de todos los constitucionales para rehabilitar su sistema, que en España desde la Revolucion de Setiembre ha perdido el último resto de su crédito, áun podria el constitucionalismo sortear por algun tiempo las circunstancias. Nada se perderia en intentar una reconciliacion, por improbable que parezca el conseguirla. Á veces la desesperacion hace milagros.

* * *

La union liberal, de cualquier modo que se la considere, ya sea, como pretenden los republicanos, una transaccion entre los moderados liberales y progresistas templados, que, cediendo algo unos y otros de sus principios, tendieron á formar un tercer partido; ya sea, como creyeron algunos conservadores, la absorcion de los progresistas templados por los moderados liberales, lo que argüiria por parte de aquéllos una abjuracion de principios; ya sea, como dice *El Jesuita*, que es el primero en España que demostró su necesidad, la mancomunacion de esfuerzos de los verdaderos constitucionales que quieren salvar el régimen representativo, es decir la libertad y la institucion monárquica amenazadas por los partidos extremos, de los cuales el uno tiende á destruir aquélla con ésta y el otro ésta con aquélla, la union liberal, de cualquier modo que se la considere, era una evolucion definitiva de que los partidos medios no podian prescindir sin

renunciar á su existencia, ó sin que renunciasen á la suya los partidos extremos.

Era una evolucion de tal manera lógica y necesaria, que, habiendo en la cuna un partido republicano que se desenvolvia, y en la tumba un partido absolutista que se esforzaba en romper su sudario como un enterrado vivo, apénas se concibe cómo hubo progresistas y moderados tan enemigos de sí mismos y de su propia causa que se negasen á practicarla.

La union liberal era lógica, como era lógico que la hostilizasen con encarnizamiento y se opusiesen á ella con todas sus fuerzas los partidos extremos, los cuales, desde que *El Jesuita* la inició, comprendieron perfectamente que era la única barrera en que podian estrellarse sus esperanzas y pretensiones.

Pero los que no tenian, como partido, ninguna razon de ser, ninguna razon de existencia, eran los que, creyendo ó afectando ser defensores de la causa constitucional, rehusaron describir la evolucion única con que era posible salvarla.

Los que no tenian, como partido, ninguna condicion de vida eran los progresistas, que no querian bastante la institucion monárquica, y los moderados, que no querian bastante la libertad, para inmolar ante sus aras su conveniencia personal ó su vanidad ridícula ó sus resentimientos mezquinos.

* * *

Si habia progresistas que sólo profesaban á la institucion monárquica un afecto estéril, puesto que no se hallaban dispuestos á hacer para salvarla ningun sacrificio, y si habia moderados que respecto de la libertad se hallaban en el mismo caso que respecto del trono los indicados progresistas, ¿por qué no engrosaban los unos las filas republicanas y los otros las absolutistas?

Hé aquí, lector, otra evolucion, que parecia á *El Jesuita* tan lógica como la union liberal, y que habia de verificarse, como se ha verificado, fatal y necesariamente. Era una evolucion tan na-

tural y al mismo tiempo tan precisa, que, si no hubiese habido una bandera republicana y una bandera absolutista ya enarboladas, se hubieran visto en la necesidad de enarbolarlas los anti-unionistas del progreso y los anti-unionistas del moderantismo.

Los moderados y unionistas que no cabian dentro de la union liberal, no cabian más que dentro del Absolutismo ó dentro de la República.

La absorcion, por el absolutismo y el republicanismo, de los constitucionales que no comprendieron que, para sobreponerse á uno y á otro, era necesario hacer converger todas sus fuerzas en un centro único, provocar, como dirian los fisiólogos, una *sinergía* salvadora, replegar, en una palabra, todos sus medios, esa absorcion, repito, era sólo una cuestion de tiempo.

Ahora mismo se presentan á los constitucionales dos evoluciones, como dos términos inexorables de un dilema muy inflexible y muy cerrado, y el momento ha llegado en que tienen que optar necesariamente ó por una ó por otra.

Ó adherirse á la union liberal, ó dejarse absorber por el absolutismo ó la democracia.

Los que no quieran prescindir de la institucion monárquica ni de la libertad constitucional preferirán la union liberal. Los que no pertenezcan á la union liberal, háganse absolutistas ó republicanos, pero no incurran en el absurdo de ser progresistas ó moderados anti-unionistas, no incurran en el contrasentido y monstruosidad de abrazar una causa y rechazar los únicos medios que tiene de defensa, en el caso de que haya aún defensa posible.

* * *

Desea *El Jesuita* que la absorcion de los constitucionales anti-unionistas por el absolutismo y el republicanismo se verifique cuanto ántes, como, lo mismo que él, deben desearlo los absolutistas y republicanos. Es preferible, hasta para los mismos unio-

nistas, que los que no son de la union liberal se hagan republicanos ó absolutistas, á que, llamándose partidarios del régimen monárquico-representativo, combatan la única evolucion que puede salvarlo de los ataques de los absolutistas y republicanos.

Y lo que *El Jesuita* prefiere, deberian preferirlo todos los partidos.

Deberian preferirlo los absolutistas y republicanos, porque cobraria su respectiva comunion un desarrollo rápido.

Deberian preferirlo los unionistas, porque los proyectiles causan un estrago tanto mayor, cuanto menor es la distancia desde la cual se arrojan, y los que contra ellos disparan los moderados y progresistas parten, al parecer, de su propio campo.

Deberian, sobre todo, preferirlo los progresistas y moderados anti-unionistas, porque están perdiendo miserablemente el tiempo; porque, como constitucionales, ya no pueden hacer más que daño á la causa constitucional; porque están condenados á no ser ya nunca más que auxiliares de uno ú otro de los dos partidos extremos; porque, si no como poder, al ménos como gobierno, han llegado ya á hacerse imposibles, y no lo han recobrado nunca, cuando lo han perdido, por sus propias fuerzas, sino por el empuje de los partidos extremos mismos, á los cuales han tenido que hacer concesiones, con las que, creyendo ser gobierno, no han sido más que un puente echado desde las orillas constitucionales á las del Absolutismo ó la República, para que un dia ú otro pasen á apoderarse de la situacion definitiva los absolutistas ó los republicanos.

CAPÍTULO XV.

EL PARTIDO CONSERVADOR.

Hacer experimentos como *in anima vili* en el cuerpo social para curar los males que le afligen, es sin duda aventurado y peligroso.

Á nadie, de consiguiente, debe causar asombro que todos los *statu quo* tengan sostenedores constantes hasta entre los mismos que conocen y lamentan los vicios de que adolecen.

En todas las épocas, la conducta de muchos hombres conservadores puede explicarse satisfactoriamente, sin necesidad de recurrir á intereses individuales que obliguen á rechazar toda mejora que se halle con ellos en oposicion evidente.

Hay espíritus, más que tímidos, reflexivos, que no adoptan ninguna innovacion de éxito dudoso; que no se atreven á descender nunca del terreno de la especulacion al de la práctica, temiendo que la experiencia no corresponda á la bondad de las teorías que más les seducen; que no quieren exponerse á las decepciones y desengaños que suelen traer consigo las más concienzudas tentativas, y les espanta y contiene la sola idea de que pueden agravar las llagas de la sociedad con los mismos tópicos empleados para cerrarlas.

Esos conservadores, que se pueden llamar de buena fe; esos conservadores, que sostienen ciertos abusos á pesar de no medrar con ellos, aceptan todos los progresos que la fuerza de las circunstancias ha establecido, pero no provocan ninguno nuevo; aplauden todas las mejoras que el tiempo ha ido realizando, pero tiemblan ante la necesidad de tener que adoptar las mejoras sucesivas reclamadas por las ya existentes; se encierran en la actualidad como en una fortaleza, y transigen con sus defectos por el miedo que tienen de lanzarse al porvenir.

No son los conservadores los que producen mayores males; pero tampoco son ellos los que producen mayores bienes.

Como auxiliares de lo presente, no evocan ni lo pasado ni lo futuro. Representan puramente la actualidad, y sienten un horror instintivo á los anacronismos.

En ninguna de las direcciones de la ciencia y de la actividad humana les pertenecen nunca los grandes nombres históricos, reservados exclusivamente á los caracteres iniciadores.

Su mision, sin embargo, no deja de ser provechosa, constituyendo ellos los principales elementos de que se compone el partido de la resistencia que ocupa ya un lugar en este libro. Sin ellos, las revoluciones y las reacciones adquiririan rápidamente todo el monstruoso desarrollo de que son susceptibles.

Si son rémora del progreso, lo son tambien del retroceso.

No suelen ceñir sus sienes ni con la corona de la gloria, ni con la corona del martirio.

Las ovaciones populares son patrimonio de los espíritus reformadores, de quienes son en cambio patrimonio tambien las persecuciones implacables, las injurias violentas, las ejecuciones, los suplicios. Registra, lector, la historia; no hallarás en ella más que los nombres de los que se han adelantado á su época. Pero estudia la vida de esos hombres; su vida es un sacrificio.

Qué hubiera sido la humanidad sin ellos?

Verdad es que si esos hombres de iniciativa, á que debe el mundo el descubrimiento de todas las grandes verdades, no halla-

sen obstáculo alguno que los contuviese en su camino, la sociedad sería víctima de sus errores de cálculo, tan inherentes á la naturaleza humana, y se veria arrastrada por ellos á abismos desconocidos.

Sin ellos el mundo no progresaria; pero, si no hubiese más que ellos, el mundo se haría pedazos.

Son el vapor, son la fuerza motríz de la máquina social, de que son los conservadores las válvulas de seguridad.

Conservadores, pues, é innovadores son dignos de respeto, porque son unos y otros instrumentos de la Providencia. Sin los unos, la sociedad se despeñaria; se paralizaria sin los otros.

* * *

El Jesuita, si respeta á los conservadores, si respeta á los innovadores, porque unos y otros tienen su razon de ser, porque sin ellos el mundo no se explica, porque son los unos los músculos y los otros los reguladores de esa dinámica social que lanza á la humanidad hácia adelante, no puede dejar de juzgar severamente y manifestar sus repugnancias instintivas á los que piensan en restaurar el pasado, porque no comprenden su objeto, como no sea el de producir contrastes, el de hacer brillar más la luz rodeándola de sombras, el de realzar la verdad poniéndola al lado del error, ó el de provocar la fuerza con la resistencia.

Se concebiria que no se hubiese expulsado á los jesuitas, que no se hubiesen extinguido las órdenes monacales, que no se hubiesen suprimido los diezmos; hasta se concebiria que no se hubiese abolido el tribunal del Santo Oficio. Se concebiria que no se hubiese adoptado ninguna de las reformas sucesivas reclamadas por las necesidades de los tiempos. Las reformas intimidan hasta á muchos de los que las desean. Eso es natural.

Pero rechazar las que ya se han alcanzado, restablecer los abusos que ya se han destruido, desandar los pasos dados en el camino de la civilizacion, teñido con la sangre de tantos mártires,

para ensangrentarlo de nuevo, eso repugna á la razon y á la conciencia, eso es un crímen de lesa-humanidad.

La sociedad sufre grandes males. Es tolerable, y hasta puede ser heroica y digna de elogios, la temeridad de los que, para salvarla, ensayan empíricamente procedimientos y métodos que la experiencia no ha acreditado, y que, como pueden ser útiles, pueden ser funestos. Pero merece la reprobacion de todo el que tiene sentido comun ver á los fanáticos mantenedores del pasado obstinarse en aplicar remedios cuya ineficacia y malos efectos ha confirmado la práctica.

* * *

No confundamos, lector, á los moderados con los conservadores, aunque estos vocablos sean sinónimos en el lexicon de los partidos.

No va ahora *El Jesuita* á examinar etimológicamente esta cuestion. Los partidos, que lo adulteran todo, han adulterado hasta la significacion de las palabras, y sólo el farisaismo político ha podido aplicar las calificaciones de progresista y moderado á las parcialidades que con ella se designan.

¿Conoces, lector, algun partido más retrógrado que el progresista?

¿Conoces alguno más inmoderado que el moderado? ¿Conoces alguno que se haya distinguido más por su lujo de arbitrariedades, por sus infracciones de ley, por sus proscripciones, por su inmoderacion en todos sentidos? Ningun otro ha vivido más atenido, como no sea el neo-polaquismo hoy dominante, á la máxima maquiavélica de que, «con tal que se logre el fin, son lícitos todos los medios.» Ningun otro ha causado más daño á los objetos que ha invocado, afectando á favor suyo el más hiperbólico celo.

Ni una pequeña ráfaga del genio de Mirabeau, de Danton, de Robespierre ha venido á iluminar la cabeza de los políticos de

la época; pero los moderados españoles habian heredado de aquellos grandes revolucionarios su resolucion de pasar por encima de todas las prescripciones de la conciencia para conducirse al término apetecido.

Pero el partido moderado, que se formó en España para remedar, parodiar y poner en caricatura al doctrinarismo frances, se atrajo y asimiló algunos hombres eminentes, realmente moderados por su educacion, por sus costumbres, por su temperamento; hombres enemigos de todo exceso cometido á la sombra de cualquier principio por santo que fuese, hombres que querian de corazon la libertad porque querian la justicia, y que querian el órden porque querian la libertad, y así es que el partido moderado, cuando se hallaba en su apogeo, cuando estaba en toda la fuerza de su virilidad, era realmente respetable por la inteligencia y la probidad de muchos de sus individuos.

Dichos individuos rompieron al cabo con el partido moderado, no queriendo, como el demonio de Quevedo, metido en el cuerpo del alguacil, que se les hiciesen cargos en el otro mundo por haber estado en éste con malas compañías.

Cuando vieron que el partido moderado no era digno de esta calificacion, que tan arbitrariamente se habia él mismo conferido; cuando vieron que, bajo el mentido pretexto de contrarestar los excesos de la revolucion, se entregaba á todos los excesos reaccionarios; cuando vieron que, más que un partido político, era una compañía de explotacion ó una agencia de negocios; cuando vieron que era cualquier cosa, menos moderado, se desprendieron de él, y dejando hasta el nombre de moderados, desacreditado ya por el mal uso y mala aplicacion que de él se habia hecho, adoptaron el título de conservadores.

Y dieron un paso hácia el partido progresista de entónces, que era muy diferente del de ahora. El de Calvo Asensio, que tanto daño ha hecho á la libertad, no habia aún nacido.

Los conservadores preludiaron la union liberal, llevando á su frente al esclarecido orador D. Joaquin Francisco Pacheco, y lo-

graron que se desenlazase á favor suyo una de las crísis ministeriales que tan frecuentes eran durante el reinado de doña Isabel II. Permanecieron poco tiempo en el poder, y no hicieron nada de provecho, porque carecian de iniciativa. Les faltaba un D. Leopoldo O'Donnell.

Por lo demas, eran en realidad conservadores, aunque se les designó con la denominacion de puritanos, que tampoco les sentaba mal. Querian conservar, al mismo tiempo que todas las conquistas de la civilizacion moderna, todas las tradiciones de las civilizaciones antiguas, que el progreso normal, que la libertad en su legítimo y natural desarrollo, no tuviera necesidad de destruir. Tal vez se exageraron demasiado la importancia de ciertas tradiciones, pero hasta esta exageracion era digna de elogios, porque procedia de su amor al órden, y no de odio á la libertad, como las exageraciones del mismo género de los sistemáticos restauradores del pasado.

Era evidente que un partido estratificado como el moderado, formado todo por aluvion, todo de retazos, todo por la sobreposicion de elementos heterogéneos, de ambiciosos de todas las comuniones, de tránsfugas de todas las banderías, que se habian acumulado en torno suyo para acumularse alrededor del presupuesto á la manera de los *patriotas* de ahora, carecia de consistencia faltándole principios, que son los únicos que la dan á los partidos, y por consiguiente no podia sufrir, sin descomponerse completamente, el desprendimiento de los hombres importantes que se separaron de él para constituir la fraccion conservadora.

Al separarse del partido moderado, la fraccion conservadora se llevó las tablas en que tenía escrito su dogma para no dejarlas expuestas á nuevas profanaciones.

El partido moderado se quedó, pues, sin dogma.

* * *

D. Antonio de los Rios Rosas, el orador elocuente, el dialéctico terrible, el O'Connell, el Mirabeau de la union liberal, pi-

dió á los moderados que le mostrasen siquiera un giron de su bandera, y el célebre D. Antonio Benavides no pudo presentarle más que el asta desnuda.

Desde entónces, si lo que constituye un partido son los principios, si son las doctrinas codificadas, bien se pudo decir que el partido moderado estaba muerto.

Muerto está; no ha resucitado.

No te dejes, lector, alucinar por sus movimientos, que no son siquiera convulsiones de agonía, ni siquiera sacudimientos galvánicos. Son el hormigueo que se nota en la superficie del cadáver que ha llegado ya á su período de putrefaccion verminosa. Lo que ves moverse no es él, son los gusanos que le cubren y se alimentan de sus míseros despojos, son miriades de hambrientos que no se separan de él porque áun se nutren con su sustancia.

Si lo que constituye un partido son los principios, ó el partido moderado dejó de existir cuando de él se desprendieron los puritanos, ó el partido moderado quedó reducido á éstos. El partido está donde estan los principios.

Pero los hombres del bando moderado, para confundirse con los disidentes del mismo bando que se separaron de él por no participar de la responsabilidad de sus malos actos, se llamaron tambien conservadores, con mucho sentimiento de éstos, que no querian tener ya nada de comun con sus antiguos correligionarios.

* * *

Y hé aquí, lector, cómo se echaron entónces los cimientos de la que debió llamarse union constitucional, en el caso de llamarse algo.

Los conservadores no eran retrógrados, no eran reaccionarios. Eran pura y simplemente constitucionales, que, temiendo con las revoluciones provocar reacciones y con las reacciones provocar revoluciones, se resignaban á permanecer en un *statu quo*

que sabian que no era satisfactorio, porque temian agravar el mal con los medios mismos que adoptasen para corregirlo, y dejaban á la fuerza del tiempo que venciese los hábitos tradicionales, las preocupaciones inveteradas y todos los elementos de resistencia que se oponian á la introduccion de las mejoras que el estado de la sociedad reclamaba.

Los conservadores eran los observadores leales del dogma de la comunion de que se desprendieron, llevándose consigo, como queda dicho, las tablas de la ley para encerrarlas en el tabernáculo y no dejarlas expuestas á nuevas profanaciones; y como entre los principios en dichas tablas contenidos y los invocados por los progresistas sensatos habia más puntos de contacto que entre los que practicaban los moderados y los de los conservadores liberales, resultaba que era menor la distancia que separaba á los conservadores liberales de los progresistas sensatos, que la que separaba á los conservadores liberales de los moderados recalcitrantes.

Imposible era encaminar á un mismo objeto la política moderada y la política conservadora; pero el que hubiera comparado la política conservadora con la progresista, hubiera notado en ellas una igualdad de tendencias que permitia á sus apóstoles, sin faltar á su credo, dirigirse á un mismo término. Podian encontrarse en el camino sin chocar unas contra otras; no habia en ellas antagonismos; eran dos corrientes que, si bien distintas y ménos veloz una que otra, seguian la misma direccion y marchaban, de consiguiente, á un mismo punto, al paso que las doctrinas de los conservadores liberales y las de los moderados recalcitrantes eran dos corrientes opuestas, que hubiera sido absurdo querer contener dentro de un mismo cauce para dar con su doble accion, imposible de combinar, un movimiento regular y normal á la máquina política.

Todo triunfo obtenido por los conservadores liberales contra los moderados recalcitrantes era un triunfo de los progresistas sensatos; todo triunfo obtenido por los progresistas sensatos con-

tra los moderados recalcitrantes era un triunfo de los conservadores liberales; y del mismo modo toda derrota sufrida por los conservadores liberales ó los progresistas sensatos en su lucha con los moderados recalcitrantes, era una derrota comun, como eran comunes sus triunfos.

Así, pues, la alianza de los progresistas y de los conservadores, para contrarestar la calamitosa política moderada, no sólo era necesaria, sino natural y lógica; y sólo se opusieron á ella los que, teniendo ofuscada la razon por un exclusivismo siempre funesto, desconocieron completamente la afinidad que habia entre el dogma de los conservadores y el de los progresistas.

* * *

Los conservadores eran la protesta viva de una mínima parte de la antigua comunion moderada contra los desmanes del resto de esta misma comunion.

¿Qué habia pues de comun entre los moderados y los conservadores? ¿Qué habia de comun entre los que infringian una doctrina y los ortodoxos que sentian sublevarse su conciencia contra los infractores de la doctrina misma? Nada, absolutamente nada.

Un fiel cristiano dista ménos de un fiel mahometano que de un cristiano renegado.

* * *

Los moderados no fueron conservadores miéntras éstos fueron moderados, sino que los conservadores fueron moderados miéntras éstos fueron conservadores. Los moderados fueron, por consiguiente, los que hicieron defeccion; los conservadores no hicieron defeccion alguna. Siguieron fieles á su antiguo credo. Se marcharon, como los hebreos, cargados con el arca del Testamento.

Los conservadores fueron moderados miéntras estos dos voca-

blos, que despues significaron dos órdenes de ideas muy distintas, fueron sinónimos. Eso no impidió, sin embargo, que los moderados, para quienes los intereses personales lo eran todo y los principios nada, considerasen como apóstatas á los conservadores que habian sido fieles á sus principios, sin cuidarse de intereses personales.

Pudiera decirse de los conservadores respecto de los moderados, lo que dice Rousseau de un hombre que fuese tal como debe ser respecto de la sociedad en general. ¿Qué se diria de un individuo que se presentase en medio de la sociedad, libre de todas las farsas y artificios que son comunes á todos? Sería un tipo excepcional, un tipo en cierto modo ilegal; entre tantos histriones, el que no lo fuese pareceria el único histrion.

Habiendo faltado á sus principios el partido moderado, parecia que los que se conservaban á ellos adictos eran los que habian apostatado.

* * *

Es digno de notarse que, si hubo alguna vez en el bando moderado algun individuo que no hubiese pertenecido nunca á ningun otro bando, se hallaba precisamente en la fraccion conservadora, lo que prueba que á la fraccion conservadora pertenecian hombres que tenian firmeza de principios y religion de conciencia.

En el bando moderado, como se ha dicho en el capítulo correspondiente, apénas se encontraban más que tránsfugas de los demas bandos, y como el bando moderado entero habia hecho defeccion, lo que nada tenía de particular estando compuesto de individuos ya acostumbrados á hacerlas, resultaba que casi todos los que pertenecian al bando moderado habian hecho al ménos dos defecciones, una cuando se hicieron moderados, y otra cuando siguieron en su defeccion al partido moderado entero.

* * *

Al decir que entre los conservadores liberales y los moderados recalcitrantes habia mayor diferencia que entre los conservadores liberales y los progresistas sensatos, no quiere *El Jesuita* significar que entre conservadores liberales y progresistas sensatos no habia diferencia alguna. Habia la que debe haber para producir en los países regidos constitucionalmente esos choques de que sale luz y no sangre, esas impaciencias que excitan y esas resistencias que templan, fuerzas que producen el movimiento y fuerzas que lo regularizan; habia entre los conservadores liberales y los progresistas sensatos la diferencia que hay en Inglaterra entre los toris y los whigs, esa diferencia que les permite alternar en el poder sin destruir ni menoscabar en lo más mínimo una Constitucion, porque caben todos dentro de una misma. Habia esa diferencia que no impidió decir al partido moderado, cuando era aún liberal, que el Código de 1837, aunque obra de los progresistas, se hallaba en conformidad con sus principios.

* * *

Si *El Jesuita* quisiera en pocas palabras marcar la diferencia capital que es lícito establecer entre los conservadores y los moderados, diria que aquéllos representaban los principios genuinos de la comunion moderada, tal como hubiera sido si hubiese sido consecuente consigo misma, y los moderados representaban puramente los intereses personales de la comunion con abstraccion de todas las doctrinas.

Para los unos las doctrinas eran todo, y las personas nada; para los otros no habia doctrinas, no habia más que personas.

Como el bando moderado era, lo mismo que el actual sedicente progresista, un bando puramente oficial, tanto que fuera del círculo oficial no se encontraba un moderado ni por un ojo de la cara; como era un bando que no contaba, como las empresas de teatros caseros, con compañías de aficionados; como era un bando cuyos individuos no hubieran pertenecido á él si no se lo

hubieran pagado, toda su política se reducia á idear medios para satisfacer ambiciones, y como para satisfacer ambiciones necesitaba hallarse en el poder, no tenía más condiciones de existencia que las que tenía de mando; de suerte que, dejando de mandar, dejaba realmente de existir. De aquí nacia la docilidad con que se doblaba á todas las exigencias, por contrarias que fuesen á los principios que proclamaba en ocasiones dadas para conservar el mando; de aquí su afan en aumentar considerablemente el ejército, pues un bando puramente oficial tiene que apoyarse en la fuerza bruta, careciendo de raíces en la opinion pública; de aquí, en fin, su necesidad de presupuestos crecidos y de empréstitos onerosos para aumentar el número de sus partidarios, aumentando el número de los satisfechos.

Se hallaba en el mismo caso que se halla hoy la quisicosa que tan indignamente ha reemplazado al que fué un dia partido progresista.

Por lo mismo que al bando moderado los principios le importaban muy poco, no hubiera tenido ningun inconveniente en avanzar hasta los progresistas ó en retroceder hasta los absolutistas (de los cuales, en los últimos años del reinado de Doña Isabel, le separaba una distancia tan pequeña que le hubiera bastado para salvarla dar un paso de niño) si no hubiese temido confundirse con cualquiera de los dos partidos, lo que le hubiera obligado á descontentar á algunos de los suyos ó á repartirse el presupuesto entre un número mayor de individuos.

Hé aquí lo que le ponia en un gravísimo conflicto, en el cual no tardarán en hallarse tambien los actuales situacioneros.

* * *

En los últimos tiempos de la monarquía caida, el partido absolutista, hácia el cual se habia replegado el moderado huyendo de los conservadores, ó, lo que es lo mismo, de la Constitucion pura y neta de 1845, le invitó á que se acercase á él un poco más

para absorberlo afectando dejarse absorber; pero el bando moderado conoció la intencion é hizo alto. Sabía que una situacion verdaderamente absolutista no podia ser suya, como no podia ser suya tampoco una situacion verdaderamente constitucional, y procuró ser suficientemente constitucional para no confundirse con los absolutistas, y suficientemente absolutista para no confundirse con los constitucionales.

Tal era la situacion del bando moderado, situacion dificilísima, porque algunos de los que lo componian, sin que se hallase completamente satisfecha su codicia, constituian un grupo de descontentos que sirvió de auxiliar á los absolutistas colocados insidiosamente en las avenidas del poder.

Si el paso que en los últimos dias de su dominacion faltaba dar á los moderados para confundirse con los absolutistas, lo hubiesen dado los absolutistas para confundirse con los moderados, éstos se hubieran replegado hácia los conservadores, porque se habian propuesto, asesorándose con su egoismo, permanecer siempre en medio de todos los partidos, cualesquiera que fuesen los movimientos que éstos practicasen.

Haciéndose moderado el partido absolutista, los moderados se hubieran hecho otra cosa. Ellos no querian ser sino lo que no fuesen otros.

¿Por qué levantaron la Constitucion de 1845 sobre las ruinas de la de 1837, despues de haber dicho que ésta se hallaba en conformidad con sus principios? Porque aceptando la Constitucion de 1837, aunque era un paso retrógrado de los progresistas, se confundian con éstos, y los moderados habian resuelto huir de todos los que les saliesen al encuentro, aunque perdiesen en la fuga esos bagajes que se llaman los principios.

Y más adelante, comprendiendo que la Constitucion de 1845 podria algun dia ser aceptada, á falta de otra mejor, por muchos conservadores y hasta por algunos progresistas, concibieron la idea de su reforma para que no pudieran aceptarla.

Los moderados eran como los fuegos fatuos de los cemente-

rios, que se conservan siempre á igual distancia de aquellos á quienes se aparecen; huyen de los que se les acercan y siguen á los que huyen.

* * *

Basta lo dicho para que conozcas, lector, á los conservadores y sepas distinguirlos de los moderados. No se quejarán los conservadores del trato que les ha dado *El Jesuita*.

Pero, lector, es preciso que te andes con piés de plomo, porque el título de conservador es uno de los que más se usurpan.

En general todos los trastornadores de oficio se hacen *conservadores* cuando tienen que conservar la posicion inmerecida que deben á las perturbaciones sociales, y á eso llaman ellos conservar las conquistas de la revolucion. Todos los chupópteros, anarquistas de ayer, son conservadores de hoy. ¿Quién no desea comer en paz? La marmita! siempre la marmita!

Tambien muchos, que blasonan de muy liberales y hasta de revolucionarios, se llaman conservadores, y á fuer de tales combaten el sufragio universal, los derechos individuales y la libertad religiosa.

Di á esos conservadores revolucionarios que soplar y á la vez sorber no puede ser. Ó revolucionarios, ó conservadores.

CAPÍTULO XVI.

EL NEO-CATOLICISMO.

Cuando Doña Isabel de Borbon, convencida de la debilidad de las desconcertadas huestes constitucionales, cuyas discordias fomentaba por todos los medios que tenía á su disposicion, quiso irse atrayendo poco á poco á los absolutistas que la habian combatido con las armas en la mano, para poder prescindir de los que durante la guerra civil habian sido sus defensores, se hizo devota. Importa poco averiguar si representó la farsa guiada por su propia inspiracion, ó si influida por el rey consorte, que se habia propuesto parodiar á Felipe II, ó si aconsejada por la Reina Madre, de la cual se dice, sin embargo, que la escamaron los sucesos de 1854, de que libró bien por milagro, y desde entónces resolvió cobrar pacíficamente su asignacioncilla, dejar á su hija abandonada á sus caprichos, retraerse de la política activa, mirar los toros desde la barrera y no meterse en más dibujos.

El hecho es que Doña Isabel de Borbon se hizo devota, y haciéndose ella devota, se hizo devota toda la córte, y haciéndose devota toda la córte, se hicieron tambien devotos todos los moderados, que del mismo modo se hubieran hecho moros si la córte y Doña Isabel de Borbon hubiesen tenido la ocurrencia de adorar

el zancarron de Mahoma. El caso era conservar cada cual su prebenda. «París bien vale una misa,» dijeron glosando al Bearnés.

* * *

Doña Isabel de Borbon consiguió hasta cierto punto su objeto. Muchos absolutistas se hicieron de pencas; pero otros á la primera intimacion capitularon; tomaron respecto de la reina una actitud benévola, y con más ó ménos reservas tácitas, restricciones mentales y segundas intenciones más ó ménos embozadas, reconocieron la legitimidad de la hija de Fernando que hasta entónces habian negado. Pusieron un pié en el campo constitucional sin mover el otro del campo absolutista, al mismo tiempo que los moderados ponian un pié en el campo absolutista sin mover el otro del campo constitucional. Igual era, por consiguiente, la actitud de unos y otros.

Se confundieron todos en un sólo grupo, para rezar juntos, los volterianos de la víspera y los isabelinos del dia siguiente.

Dicho grupo es el conocido con el nombre de *neo-católico* en los fastos de las prosperidades patrias.

* * *

Neo-católico quiere decir *católico nuevo*.

El Jesuita fué el primero que, en 1857, para abreviar suprimió el *católico* y dejó sólo el *neo*, y la elípsis hizo fortuna, hallándose hoy generalmente adoptada. Cuando se usa el *neo* pelado, el *católico* se sobrentiende. Si se habla de *neo-platónicos*, por ejemplo, es menester decirlo claro. El *neo* sólo, nunca quiere significar más que *neo-católico*.

Introducida en el lenguaje convencional politiquero la abreviatura del adjetivo, era natural que se introdujera tambien la del sustantivo de que deriva. *Neismo* equivale á *neo-catolicismo* ó *bando neo-católico*, *neo-catoliquista* ó *neo-catoliquero*.

Lo que hizo adoptar á *El Jesuita* la abreviatura fué la tiranía de la rima y del ritmo, pues has de saber, lector, que *El Jesuita*

ha llenado resmas con los versos que ha dedicado al neo-catolicismo, á quien consideraba indigno de su prosa.

É indigno tambien llegó *El Jesuita* á considerarle hasta de sus versos. Así se lo manifestó á su órgano más quisquilloso repetidas veces, entre ellas una en que le dijo:

Lo indiqué ya el otro dia,
y de nuevo lo consigno:
Al papel de sacristía
de mi prosa juzgo indigno.
Y me encuentro cual bajel
que azotan vientos adversos,
porque indigno al tal papel
juzgo tambien de mis versos.
¡Y dirá, si no le arguyo,
que el campo ha quedado suyo!
El tal papel me parece
que al fin me volverá loco,
pues mi prosa no merece,
pero mis versos tampoco.

—

Es una necesidad
contestarle..... ¿pero cómo?
¿Lo haré en prosa? No en verdad.
¿En verso? Ni por asomo.
En vano busco una cosa
digna de la gente nea,
prosa, que no sea prosa,
verso, que verso no sea.
¿En tal conflicto, qué haré?
¡Vive Dios que no lo sé!
Es proceder que me escuece
que haga con el cielo el coco
quien mi prosa no merece,
pero mis versos tampoco.

—

. . . . . .
. . . . . .

* * *

El buen ejemplo es siempre eficacísimo cuando viene de lo alto. La devocion se hizo de moda. Desde Palacio se propagó á todas partes. Se multiplicó el número de beatas y de beatos. Los escritores se hicieron religiosos. Muchos ateos compusieron devocionarios. Los poetas proscribieron la mitología griega y romana, y la reemplazaron con la *Biblia* y el *Flos Sanctorum*. En todas las cuestiones se hizo intervenir la teología. Se inventaron milagros, y el que no creia en ellos, al ménos en público ó delante de la gente, era un réprobo, era un precito, indigno de toda posicion oficial. Era preciso seguir la corriente. *El Jesuita* se hizo entónces cargo en la siguiente letrilla de aquella súbita irrupcion de misticismo:

Las modas vienen y van
y las costumbres trabucan;
dominan como un sultan,
mas, poco á poco, caducan.
A la moda está sujeto
un sistema ú opinion,
lo mismo, lector discreto,
que si fuese un pantalon.
La moda invade las ciencias,
y hasta la fe y las creencias
con sus caprichos enloda,
y por eso yo me rio
viendo en este siglo impío
el misticismo de moda.

—

¡Qué prisa en subir, lector,
de Jacob por la escalera!
¡qué repentino fervor
de las almas se apodera!
Lo estoy viendo y no lo creo;
¿es éste el siglo llamado
materialista y ateo?
¡Oh siglo, te han calumniado!

Que tanto de Religion,
despues de la fundacion
de la monarquía goda,
nunca habló la hispana gente,
como que es cosa corriente
el misticismo de moda.

—

Tomo á ciegas un diario,
que es satírico ó formal;
tomo un papel semanario;
tomo un papel quincenal,
que apoya la democracia
ó la monarquía pura;
un boletin de farmacia,
de minas ó agricultura;
tomo, en fin, cualquier papel,
y he de tropezar en él
con un artículo ú oda,
generalmente muy mala,
en que su autor hace gala
del misticismo de moda.

—

En que es Dios republicano
habrá acaso quien insista;
mas viene otro ciudadano
que le hace catoliquista,
pintando al Dios ¡qué impiedad!
que nos sacó de la nada,
con la saña de un Marat
ó el furor de un Torquemada.
Y tambien habrá quien diga
que pertenece á la liga
que las libertades poda,
porque en el fango del hombre
sepulta de Dios el nombre
el misticismo de moda.

—

¡Ay! quizá la Religion,
que tanto y tanto se invoca,
no existe en el corazon
desde que existe en la boca.

¿Qué importa que, cual jamás,
estén hoy los templos llenos?
¿las virtudes son hoy más?
¿los pecados son hoy ménos?
La Religion se predica
mucho más que se practica,
y á sus planes la acomoda
el diablo predicador,
siguiendo así con rigor
el misticismo de moda.

—

Y, sea dicho *inter nos*,
aunque nos tengan por locos:
muchos se sirven de Dios,
aunque á Dios sirven muy pocos.
Más de cuatro van á misa
de esa chusma farisea,
con la condicion precisa
de que la gente los vea.
Y al que comprende el busílis
se le remueve la bílis,
le hierve la sangre toda,
pues causan indignacion
bravatas de religion
y misticismo de moda.

* * *

Para seguir la moda, ó para seguir á la reina, el partido moderado se hizo neo-católico casi en su totalidad. ¡Cuánto retrocedió desde entónces, despues de lo mucho que habia ya retrocedido!

Su espíritu de retroceso se revela perfectamente en todos los períodos de su dominacion funesta, y se pone aún más de manifiesto comparando unos con otros los calamitosos períodos sucesivos.

Al hacerse neo-católicos, estaban tan léjos los moderados de su primer punto de partida, que, si algunos años atras les hubieses

dicho, lector, que al fin y al cabo crearian una situacion que más participaria del régimen absoluto que del verdaderamente representativo; si les hubieses dicho que habia de llegar un dia en que intentasen restablecer las vinculaciones, en que fraternizasen con los que pedian el regreso de Montemolin para facilitar á éste el camino del trono, y en que, revistiéndose de un misticismo hipócrita, que habia de hacer reir á todos los que sabian de memoria su vida y milagros, proclamasen *el Trono y el Altar* como los *feotas* de la sangrienta década calomardina á quienes tan á menudo herian con sus sarcasmos, te hubieran calificado de visionario, de calumniador, de trastornador del órden público, algunos de ellos para ocultar mejor con sus aspavientos sus verdaderas tendencias, y la mayor parte por ignorar adónde estas tendencias habian necesariamente de conducirles.

Los últimos, desconocedores de la lógica reaccionaria, tenian, afortunadamente para ellos, un carácter acomodaticio que se amoldaba maravillosamente á todas las consecuencias, por imprevistas que pareciesen, de la política que seguian como autómatas.

Si daban la voz de *alto* á la reaccion y la reaccion no les obedecia, no por eso se paraban, sino que se dejaban arrastrar por ella. Preferian abandonar sus convicciones á abandonar el grueso del ejército. Pertenecian al partido con independencia de sus opiniones.

Así es cómo se vió prohijada la Constitucion de 1845 por los mismos moderados que en la prensa y en la tribuna la combatieron, por parecerles conforme con sus principios la *progresista-retrógrada* de 1837. Así es cómo se vió á un ministerio, presidido por el general Narvaez, resignarse á una parte de las reformas por las cuales él mismo y sus adictos habian combatido á D. Juan Bravo Murillo, y cómo más adelante se vió á un ministerio, presidido tambien por el general Narvaez y al cual pertenecia Don Cándido Nocedal, primero progresista, despues moderado, más adelante neo-católico y en la actualidad carlista, hacer aceptar

dichas reformas por los que habian agotado, combatiéndolas, todos los esfuerzos de su ingenio.

* * *

Del punto de parada de cada uno de los períodos de su mando hicieron los moderados el punto de partida de sucesivos retrocesos, hasta llegar al neo-catolicismo.

Y no se precipitaron más rápidamente por la senda reaccionaria porque temian llegar al absolutismo, y el absolutismo no les convenia. No eran sus ideas, sino sus intereses, quienes les impedian proclamarlo. Tenian miedo, no al absolutismo, sino á los absolutistas. Sabian que los absolutistas *pur sang* ó de la víspera se apoderarian de la situacion si creaban una situacion absolutista. Sabian que ellos no podrian ser sus representantes legítimos, y sin embargo llegaron al neo-catolicismo, á los confines mismos del régimen absoluto; se acercaron tanto á este régimen, que al fin y al cabo, si no hubiese sobrevenido la peripecia de 1854, y más adelante la de 1868, una situacion absolutista se hubiera creado á pesar suyo.

Caminar siempre hácia el absolutismo, y no querer nunca llegar á él, era un delirio.

* * *

En concepto del *Jesuita*, era muy grave la absorcion de una gran parte del partido moderado por el neo-catolicismo, aunque el partido moderado no traspasase resueltamente las fronteras absolutistas. Porque, peor aún que el absolutismo, es el neo-catolicismo.

Si, como comprenden todos los que están dotados de algun espíritu de análisis, del fondo de toda cuestion política se puede hacer surgir una cuestion teológica, todas las precauciones son pocas para evitar que por un criterio teológico se resuelvan las cuestiones políticas.

Y estas precauciones debian ser mayores en un país como España, en que hasta la caida de Doña Isabel II no se estableció la libertad religiosa, porque, donde esta libertad no existe, el poder espiritual encuentra más fácilmente pretextos con que cohonestar sus extralimitaciones, hacerse más y más invasor, ensayar cada dia en mayor escala sus facultades absorbentes, y fundar sobre las ruinas de la libertad política el despotismo teocrático.

En toda cuestion política se puede hacer intervenir la teología, y toda cuestion política que se resuelve por el criterio teológico se resuelve siempre contra la libertad, porque, si no se resolviera contra la libertad, se resolveria contra el principio de autoridad, lo que sería la abdicacion del criterio mismo por el cual se ha resuelto. ¿Hay quien ignore que el dogma religioso es el principio de autoridad elevado á su mayor potencia?

* * *

Si las cuestiones políticas se resolvieran por un criterio teológico, las naciones tendrian por código un ritual que anularia la libertad, porque proscribiria el exámen, y con éste el ejercicio de la razon que Dios ha dado al hombre.

Haciendo hablar á Dios en las cuestiones políticas por boca de los únicos que se han adjudicado el derecho de llamarse sus intérpretes, ¿no se comprende que toda manifestacion de la personalidad humana que se introdujese en la gestion de los negocios sería un sacrilegio?

Eso es para *El Jesuita* tan claro como la luz, y claro como la luz debe ser tambien para todo el mundo, porque, tratándose de verdades confirmadas por los hechos, aunque su razon no se alcance á todos, los hechos mismos no pueden ser por nadie desconocidos.

Y cuáles son los hechos? Interroga, lector, á la historia, y en ella encontrarás la solucion que el criterio teológico ha dado siempre á todas las grandes y pequeñas crísis. No ha dado nunca una solucion que haya sido favorable á la libertad.

Practica excursiones lejanas, tan lejanas como quieras; excursiones en todos los países, excursiones en todos los períodos históricos. Siempre lo mismo! ¡Siempre la teocracia, buscando y encontrando en el fondo de toda cuestion política una cuestion teológica, se ha apoderado de la política por medio de la teología, y ha procurado avasallar la tierra con el cielo!

No tienes necesidad, lector, de remontarte más allá de la época contemporánea. Te basta consultar tres fechas, tres fechas tristemente memorables: 23, 43, 56. En las tres la cuestion política se resolvió por el criterio teológico, y en las tres sucumbió la libertad.

* * *

Y, no lo dudes, la intervencion de la teología es la más vehemente aspiracion de la teocracia y de todos los farsantes que quieren explotar la tierra con el cielo.

En 1859, en que se hallaba el neo-catolicismo en su apogeo, uno de sus órganos dijo terminantemente que no sólo en toda cuestion política se podia, sino que se debia hacer intervenir la teología.

Siendo así, no habria criterio político. El criterio político sería ahogado por el teológico, porque éste es infinitamente más fuerte que él, como Dios es infinitamente más fuerte que los hombres.

Siendo así, el papa sería rey en lo temporal de todos los Estados en que lo es en lo espiritual.

Siendo así, todas las funciones políticas deberian ser ejercidas por teólogos, y carecerian de sentido aquellas sublimes palabras de Jesucristo: *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César;* y aquellas otras no ménos magníficas, aunque, por desgracia, demasiado olvidadas: *Vuestro reino no es de este mundo.*

Siendo así, las cuestiones políticas, cuya solucion depende casi siempre de las circunstancias, y que son, por lo mismo, va-

riables y discutibles, se resolverian por un criterio inmutable y permanente, lo que es absurdo.

* * *

Siendo así, la política sería inflexible como el dogma, y de consiguiente todo criterio político sería imposible.

Y como no es dado separar los intereses políticos de los materiales, porque forman todos juntos un cuerpo comun, la negacion del progreso político implicaria la de todo progreso material, sobre todo cuando, en la imposibilidad de separar las cuestiones políticas de las económicas, éstas, lo mismo que aquéllas, se resolvieran por un criterio teológico, por el mismo criterio que condenaba á las llamas á los sabios, que abismó á Galileo en una mazmorra y que crucificó á Jesucristo.

* * *

Nada conoce *El Jesuita* tan anti-cristiano como el neo-catolicismo, el cual, como la teología es la ciencia de Dios y Dios interviene en todo, quiere que en todo intervenga la teología, confundiendo lastimosamente la ciencia que trata de Dios con Dios mismo.

Ponte, lector, en guardia contra las sutilezas de los teócratas. Ellos te dirán: «Si se resuelven las cuestiones en conformidad con la ley de Dios, se resolverán á favor de la libertad.» Contéstales: «Resuélvanse las cuestiones á favor de la libertad, y se resolverán en conformidad con la ley de Dios.»

Con la fórmula que pone á tu disposicion *El Jesuita*, no es expuesto, lector, como con la otra, convertir á Dios en una máscara ó en un instrumento de intereses y planes egoistas.

La fórmula teocrática requiere la censura prévia del diocesano; la del *Jesuita* permite rechazarla, áun no habiendo libertad religiosa, en todas las cuestiones que no se rozan con el dogma.

* * *

Pero lo mejor es, lector, que á las extravagancias neo-católicas no contestes nunca formalmente. *El Jesuita* ha contendido mucho con los neos, hasta que vió que le salian á cada instante con una pata de gallo, y comprendió que haría mal en tomarles por lo serio. Con sus salidas de tono, estuvieron á punto de hacerle perder hasta la conciencia de sí mismo. No volvió ya á disputar con ellos gravemente, y, reservándose la prosa para mejores ocasiones, se batió con ellos á letrillazos. Vas á ver la primera letrilla con que rompió el fuego:

LOS DEL NEO.

Cercado de niebla densa,
me revuelvo en un abismo,
y hoy por hoy
no sé nadie cómo piensa,
ni puedo decir yo mismo
lo que soy.
Abro los ojos en vano;
cuanto más en ver me afano,
ménos veo,
que con su saber profundo
han vuelto al cáos el mundo
los del neo.

—

Yo en otro tiempo creia
que un amante del sistema
liberal,
ser buen cristiano podia,
y áun ceñirse la diadema
celestial.
Fué mi error, pues me engañé,
un error de buena fe,
y *laus Deo*.
Hoy es ya cosa notoria
que sólo irán á la gloria
los del neo.

—

Hereges son los que tienen
de liberales el nombre,
sí, lo son.
Son hereges, pues sostienen
que Dios no en vano dió al hombre
la razon.
Al que inventó tal sofisma
deben romperle la crisma
por ateo,
y contra un pillo tan pillo
pedir un chamusconcillo
los del neo.

—

¡Santo Oficio y santas pascuas
y siga la chamusquina
sin cesar!
La elocuencia de las ascuas
sabrá la sana doctrina
propagar.
Inspira tal fe la hoguera,
que, sólo al verla, cualquiera
dice: *Creo.*
La Santa haría primores,
y más siendo inquisidores
los del neo.

—

¡Y yo, que de la virtud
y la buena fe dudaba
¡qué maldad!
de quien pide esclavitud
en nombre de Aquel que amaba
la igualdad,
que en un establo nació
y que en una cruz murió
como un reo!
¡Yo que creí ¡voto á sanes!
que eran sólo unos chalanes
los del neo!

—

Que igualdad es libertad
y libertad es justicia
yo pensé,
y ésta para mí verdad,
que áun hoy mi mente acaricia,
que es mi fe,
creí del cielo bajada,
y era sólo una emboscada
de Asmodeo,
pues enseñan otra cosa
con su ciencia prodigiosa
los del neo.

De sus altercados y porfias con los neo-católicos, sacó *El Jesuita* lo que el negro del sermon. Ya sabía él que trataba con unos chalanes políticos barnizados de religiosos, que querian imbuir al prójimo creencias de que carecian, para por ellas explotarle, haciéndole tragar un Dios artificial, vaciado en el molde de su conveniencia ó egoismo. El Dios de *El Jesuita* y el Dios de los neos son dos Dioses muy diferentes.

MI DIOS Y EL DIOS DE LOS NEOS.

Hay un Dios, un sumo Dios,
que vierte de amor destellos,
y si se os dice que hay dos,
decid que es falso uno de ellos.
Hay un Dios todo bondad,
de influencia siempre propicia,
que es la absoluta verdad,
que es la suprema justicia;
cuyo inmenso poderío
no tiene límite alguno
más que en su propio albedrío,
y este Dios, que es trino y uno,
este Dios es el Dios mio.

Mas para á Éste explotar,
se han formado un Dios aparte
los que viven de engañar,
un Dios que es obra del arte,
un Dios sanguinario y cruel,
que necesita un tizon
de la Santa Inquisicion
para hacer creer en él;
de instintos extravagantes,
amoldados al deseo
de unos cuantos traficantes,
y este Dios, en quien no creo,
es el Dios de los farsantes.

—

Hay un Dios que en cuanto miro
le veo, le veo en todo,
en el surco que en su giro
forma el reptil en el lodo,
en el cielo transparente,
en mi propia insuficiencia,
porque todo lo existente
es prueba de su existencia.
¿Quién más que Dios pudo dar
la facultad al impío
de su existencia negar?
Negar, pues, es confesar
á este Dios que es el Dios mio.
Mas este Dios, que ya he dicho
que es todo amor, bondad suma,
no es ese Dios de capricho
que está de un neo en la pluma.
No es ese Dios con que aterra
el que, mintiendo gran celo,
pretende, en nombre del cielo,
usufructuar la tierra.
El Dios que en estos instantes
invocan muchos á coro,
que eran muy ateos ántes,
no es mi Dios; el que yo adoro
no es el Dios de los farsantes.

—

Hay un Dios, un Dios tan bueno,
que de Jesus tomó el nombre,
y descendió á nuestro cieno
para redimir al hombre.
Que siendo la eterna luz,
nació en un establo inmundo,
y que dió desde la cruz
su preciosa sangre al mundo.
Este Dios es justiciero,
es el Dios en quien confio
y de quien todo lo espero,
éste es el Dios verdadero,
este Dios es el Dios mio.
Mas un Dios que pone en pugna
con la razon su poder,
es un Dios que me repugna,
un Dios que no puede ser.
¿Qué cerebro engendrar pudo
la idea de un Dios insano,
que doquier que hay un tirano,
Él se convierte en su escudo?
Ese Dios de los flamantes
catoliqueros del dia,
á mi Dios tan repugnantes,
sólo está en su fantasía,
es el Dios de los farsantes.

Lo más chusco era que, estando compuesto el bando neo-católico de muy grandes pecadores, se habia impuesto la tarea de abrir á los demas el camino de la eterna bienaventuranza, lo que dió motivo á que *El Jesuita* llamase su atencion sobre la siguiente moraleja:

El charlatan Procopio, que tenia
que rascarse los herpes noche y dia,
pregonaba, diciendo era un portento,
para curar los herpes cierto ungüento.
Y para conservar la dentadura
el agua que anunciaba era segura,

¡y tenia del todo despobladas,
sin un diente por muestra, sus quijadas!
De calvos su pomada era consuelo,
brotar hacía de las piedras pelo,
¡y él era, con poder tan soberano,
más calvo que la palma de la mano!
No podia calzarse ni una bota
porque estaba rabiando de la gota;
contra la cual, en un cartel científico,
decia poseer un específico.
Su bigote era blanco cual la espuma,
cual de los cisnes la nevada pluma,
¡é inventor se llamaba de un cerote
para dar color de ébano al bigote!
Escribió para el uso de la infancia
un libro de muchísima importancia,
y por causa de robo y de homicidio
tuvo un hijo diez años en presidio.
¡Asómbrate, lector! Ese fulano,
con su erupcion y su bigote cano,
con su artrítico vicio y su alopecia,
pudo encontrar entre la gente necia
canos, calvos, herpéticos, gotosos,
que á sus anuncios diesen fe ruidosos,
y vendió de su opúsculo en un mes
una y dos ediciones y hasta tres.

Pero el hombre sensato, que notaba
que á curar á los otros se brindaba
en anuncios enfáticos Procopio,
y que á curarse no acertó á sí propio,
decia al charlatan lo que yo al neo,
cuando en salvar al prójimo le veo
reconcentrar su afan: «¡Cuánto heroismo,
al prójimo salvar y no á tí mismo!»

Que con sus propias obras se construya
la escala el neo que á la gloria guia;
miéntras no haya salvado el alma suya,
cuídese ménos de salvar la mia.

Justo es, sin embargo, decir, en obsequio á la verdad, que los neos no exigian de nadie que fuese religioso, sino que lo pareciese, es decir que fuese religioso como ellos. No era propiamente religion lo que predicaban, sino devocion y prácticas ascéticas que encubriesen la crápula. Ni era su objeto reformar la sociedad volviéndola ménos corrompida, sino obligarla á echarse sobre los hombros un manto de hipocresía. Bastaba para su objeto que se salvasen las apariencias. Querian con la sociedad hacer lo que uno de su gremio hizo con una hija suya que estaba muy enferma. Hé aquí la anécdota:

Tiene Pepa, mi vecina,
mal color, muy mal color,
lo que me da mala espina;
¿quién, al verla, no adivina
que sufre un mal interior?

Los doctores de más fama
ponen al verla mal gesto;
es su color de retama
el síntoma manifiesto
que toda su atencion llama.

Diagnostica cada cual
de un modo distinto el mal.
Hay un doctor que presume
que es una tísis bronquial
que lentamente consume.

Otro impugna su opinion,
diciendo:—Duda no quepa;
reconozco la afeccion;
todo el mal que tiene Pepa
es no más que opilacion.

—Un cáncer la martiriza,
otro dice, que es de azufre
su color; la tez pajiza
harto bien caracteriza
la cruel dolencia que sufre.

—¡Un cáncer! ¡es un error!
sonriéndose con malicia
dice otro sabio doctor;
¿pues no estais viendo el color?
es un caso de ictericia.

Hablan todos por los codos,
y no con muy buenos modos;
ninguno se vuelve atras,
y su opinion fundan todos
en el color nada más.

Sobre el curativo plan
entra luégo la disputa,
y en tal desacuerdo están,
que uno encomia el arraclan
y otro ensalza la cicuta.

Cada cual dice su cosa;
cuál propone un vomitivo,
cuál, limonada gaseosa,
cuál, como remedio activo,
las aguas de Panticosa.

Al ver tanto desacuerdo,
pierde al cabo la cachaza
de la niña el padre lerdo,
y creyendo ser muy cuerdo,
todos los planes rechaza.

Y no deja, sin embargo,
á la niña abandonada;
la toma él mismo á su cargo,
y espera verla curada
sin ningun brebaje amargo.

No la prescribe un emético,
en pequeña ni alta dósis,
ni un purgante, ni un diurético;
cree que basta un cosmético,
sea tísis ó clorósis.

Se siente siempre peor
la muchacha; pero al fin
él cree que está mejor
porque tiene buen color,
pues la pinta con carmin.

El tal, que es un neo, aplica
al mal que tiene la chica
su sistema ó su pamema,
pues pamema significa
de los neos el sistema.

¿Tiende acaso su inmoral
imposicion de creencias
á curar el grave mal
que aflige al cuerpo social?
Nó: á salvar las apariencias.

Sólo en lo exterior se para
un neo, no en otra cosa,
y en su botica prepara
una droga religiosa
para pintarnos la cara.

Entre los neo-católicos procedentes del campo moderado, de los cuales habia muchos que, ántes de ser moderados, se habian distinguido por la exaltacion de sus ideas liberales, casi todos afectaron estar muy arrepentidos de su pasado liberalismo, que les fué prodigamente recompensado, pero ninguno renunció á las recompensas que le habia valido el liberalismo de que se arrepentia. Esos arrepentimientos cómodos impulsaron á *El Jesuita* á escribir la siguiente fabulilla:

LA HORMIGA Y EL GORRION.

Robando trigo y cebada
durante un verano entero,
abasteció su hormiguero
una hormiga muy taimada.
Y resolvió, su almacen
teniendo henchido de grano,

al terminar el verano
hacerse hormiga de bien.
Durante todo el invierno
llevó una vida ejemplar;
¡qué modo de predicar
contra el robo tan eterno!
No pasaba un animal
junto á ella, á quien no diera,
cual pedagoga severa,
una leccion de moral.
Y al recordar su pasado,
distinto de su presente,
decia á todo viviente:
—Heme, cual veis, enmendado.
Cometí robos mayores
que cuantos se han cometido.....
—¿Y habiéndote enriquecido,
hoy abjuras tus errores?
exclamó cierto gorrion
interrumpiendo á la hormiga;
—no prediques más, amiga;
me cansa tanto sermon.
Yo tambien me comprometo,
sin ningun inconveniente,
á ser pájaro decente,
muy honrado y muy discreto,
cuando con las fechorías
que aprendí desde la cuna
asegure mi fortuna
para el resto de mis dias.
Si es el robar un pecado
de que á tí misma te absuelves,
¿por qué al ménos no devuelves
todo el grano que has robado?
¡Hipócrita! no te asombres
si á los hombres te comparo,
pues tu proceder tan raro
es propio de muchos hombres.—

¿A quiénes quiso aludir
el tal gorrion? lo pregunto
porque es muy grave el asunto
y me obliga á discurrir.
¿Quiso aludir por ventura
á tantos, tantos y tantos,
hoy disfrazados de santos,
que blasonan de fe pura,
y que fueron liberales
con sus ribetes de ateos,
hasta lograr sus deseos
de adquirir grandes caudales?
¿Que dormian en la paja
ó en la calle ó no sé dónde,
y hoy uno de ellos es conde,
otro de ellos lleva faja,
todos tienen excelencia,
todos gran categoría,
y viven en la alegría,
y nadan en la opulencia,
y deslumbran con sus cruces,
y atropellan con sus coches,
y hasta suprimen las noches?
Yo no sé. De todos modos,
será menester que diga
lo que el gorrion á la hormiga
á esos traficantes todos:
—Si es la libertad pecado,
y os desliberalizais,
decid: ¿por qué conservais
todo lo que ella os ha dado?

Y lo peor es que los neo-católicos, los conversos, han perdido de tal manera el sentido moral, que no se avergüenzan ni arrepienten del culto que están tributando á la mentira, sino del culto que han tributado á la verdad. No se avergüenzan ni arrepienten de su servilismo presente, sino de su liberalismo pasado. Les remuerde la conciencia por su virtud de otro tiempo. ¡Qué

perversion de sentimientos y de ideas! Su historia es la de cierto cerdo, de quien la siguiente fabulilla nos suministra algunos apuntes que no deberá echar en saco roto el que algun dia escriba la biografía de tan digno animal:

Si hay siete maravillas, es la octava
un cerdo que de limpio blasonaba,
pues de los Faraones el sepulcro
ménos debe admirar que un cerdo pulcro.
Bien dice cierta máxima oportuna
que sin una excepcion no hay regla alguna,
y este adagio, lector, hoy te recuerdo
al ensalzar la pulcritud de un cerdo.

El cerdo excepcional de que me ocupo,
de su piara desertando ó grupo,
de criadillas husmeó un tesoro,
que vale para un cerdo más que el oro.
En el agua abismóse de una alberca,
limpia como el cristal, que habia cerca;
mas él su hocico al sepultar redondo
del fango muchas veces en el fondo,
llenando de tubérculos ansiados
sus intestinos gruesos y delgados,
dejó el agua más sucia en tiempo breve
que de Madrid las calles cuando llueve.
El filon ya agotado de la mina
y enturbiada ya el agua cristalina,
se salió de la alberca hecho una furia,
dirigiéndola injuria tras injuria.

—Tú con tus aguas sucias me has manchado—
con gruñidora voz dijo el malvado;
y queriendo limpiarse, muy ligero
se encaminó á cercano estercolero,
y al revolcarse en él, se figuraba
¡qué argucia ó qué ilusion! que se limpiaba.

¿Pero los cerdos por ventura son
únicos en hacerse la ilusion,
ó que intentan probar con una argucia
que lo que ellos ensucian les ensucia?
¿Son ellos nada más los que limpiarse
llaman á sumergirse y revolcarse
en un monton hediondo de inmundicia,
buscando en la basura su delicia?
A un fulano conozco mercenario,
cuyo nombre citar no es necesario,
que escarbando frenético con hambre,
de criadillas encontró un enjambre
bajo el que llaman liberal sistema,
del cual, despues que lo ensució, blasfema,
pues osó maldecirlo apénas hubo
llenado bien su digestivo tubo.
Hoy su liberalismo ya pasado
dice que es una mancha de pecado,
y de todos revuélcase á la vista
en el estercolero absolutista.
¿Lo ves, lector? hay hombres, y no lerdos,
que se limpian lo mismo que los cerdos.

El neo-catolicismo se fué á pique en el naufragio en que pereció el trono de Doña Isabel de Borbon. Ahora se halla sumergido; pero si llegase á consolidarse la monarquía nueva, la córte, tarde ó temprano, se haría devota y lo pondria á flote. La beatería es una condicion casi esencial de la institucion monárquica. No hay rey, cualquiera que sea su orígen, que no se arrime á la Iglesia. El trono y el altar se solicitan siempre.

Verdad es que el establecimiento de la libertad religiosa reduce mucho la esfera de accion del neo-catolicismo, pero no tanto que no pueda aún producir perturbaciones é introducir en la gobernacion del Estado los gérmenes de muchas discordias.

Ahora ha pasado la moda del neo-catolicismo, pero las modas vuelven. La que priva desde la caida de los Borbones es más re-

pugnante aún que el neo-catolicismo. El ateismo está en boga; no el ateismo franco, leal, en cierto modo inofensivo y casi bufo del célebre Suñer y Capdevila, sino un ateismo echegarayesco, sagastino, casi vergonzante, un ateismo cimbrio-progresista que se traduce en odios, ultrajes y persecuciones al clero, y que es más intolerante aún, si cabe, que la devocion especuladora y que la devocion sincera.

CAPÍTULO XVII.

GRU-PILLOS Y TI-PILLOS.

Hay ciertas fraccioncillas, desprendidas de los partidos, que se componen de un pequeño número de individuos, tal vez de un individuo solo. Son, más que un cisma, un conato de cisma. Ninguna de ellas ha podido formar Iglesia.

Son todas de carácter morboso; son expresiones patológicas de las grandes colectividades que las eliminaron ó de que se eliminaron.

Á pesar de su insignificancia, conviene decir acerca de ellas algunas breves palabras, porque no han dejado de desempeñar su papel en la tragi-cómica historia contemporánea.

El Jesuita va á comprenderlas todas en un sólo capítulo. Son las siguientes:

La de los polacos;
La de los mogigatócratas;
La de los puros;
La de los insaculadores;
La de los cimbrios;
La de los republicanos unitarios;
La de los independientes;
La de los resellados;
La de los moros fronterizos;
La de los prácticos.

LOS POLACOS.

Un cualquiera, adversario sin duda de D. Luis José Sartorius, dió el nombre de *polacos* á los políticos de cierta fraccion moderada puesta al servicio del insigne conde.

D. Luis José Sartorius, primer conde de San Luis, era un señor audaz como pocos, listo como el que más, y hubiera llegado á ser un gran gobernante si los grandes gobernantes fuesen posibles con los reyes y los partidos que se estilan *hodierna die*.

¿Cómo ha de gobernar el que tiene que invertir todo su tiempo y todas sus facultades en guardar el equilibrio, en conjurar una crísis tras otra, en urdir intrigas, en burlar asechanzas, en hacer la zancadilla y en evitar que se la hagan?

Audaz y listo, como queda dicho, el conde de San Luis no se rodeaba más que de agentes que participasen de sus cualidades, y solia pagarles generosamente sus servicios. Les abria la senda de los honores y de las posiciones, de que á muchos de ellos hacía dignos su incontestable talento.

Los satélites correspondian al planeta, alrededor de cuya órbita giraban.

Los polacos valian mucho más intelectual que moralmente. Por su desparpajo y *sans façon* se distinguian no ménos que por su ingenio y travesura. Les estaba expresamente prohibido tener cortedad alguna, y se burlaban de los que la tenian, y más aún de los que no la tenian, por aquello de «tu enemigo el de tu oficio.» Aspiraban al monopolio de todas las despreocupaciones.

De algunos de ellos se ha murmurado que, con el alma echada á la espalda, hicieron muy buenos negocios.

Su línea de conducta les estaba trazada por el conocimiento que tenian del mundo.

«Este mundo es un fandango,
y el que no baila es un tonto.»

Procedian de todos los partidos. Eran lo mejorcito de cada familia. Se habian reunido al grito mágico de «Á vivir, tropa!»

Pero por qué se les llamó polacos? *Quia sic voluere priores*. Fué una extravagancia. ¿Qué habia de comun entre ellos y los hijos de la desventurada víctima de la Santa Alianza? Díjose que, como los hijos de Polonia, no tenian patria. El término de comparacion es, como se ve, muy rebuscado.

Y ¿por qué los polacos del conde de San Luis habian de tener patria siendo españoles? ¿No ha demostrado ya *El Jesuita* que España no es patria de nadie?

«No hay patria, Veremundo.» Estas palabras, que el gran Quintana puso en boca de uno de los protagonistas de la mejor de sus tragedias, son hoy las que con más profunda conviccion pronuncian los españoles en su inmensa mayoría, con las manos metidas en los bolsillos vacíos.

«Patria! ¡la vista atónita no encuentra
patria en torno de sí!....»

dice el mismo inmortal poeta.

* * *

Dignos émulos de los *condottieri* que en la Edad media vendian sus servicios á los diferentes príncipes de Italia, los polacos del conde de San Luis ofrecieron posteriormente los suyos á otros aventureros ambiciosos. Muchos se pusieron al servicio de D. Luis

Gonzalez Bravo, y hubo polacos de los del conde de San Luis hasta en la kabila que llevó el general Prim á la expedicion de Méjico.

Polaco era, y no menudo, el que fué de cronista de la expedicion y dirigió en Veracruz un periódico, sin más objeto que crear atmósfera á favor del general Prim para que los Aztecos le proclamasen emperador. Qué lástima que el plan fracasase!

No sólo hay algun polaco de los del conde de San Luis dentro de la actual situacion, sino dentro del actual gobierno. ¿Qué te parece, lector, la Revolucion de Setiembre?

Hoy el título de polaco se ha hecho extensivo á todos los caballeros andantes y merodeadores de la política, y se aplica, por consiguiente, á todos los sostenedores del desórden dominante, lo que es una arbitrariedad y un abuso, contra los cuales protestan con razon los verdaderos polacos, los polacos del conde de San Luis. Los polacos actuales ó neo-polacos son unos pseudo-polacos. No tienen la chispa de los otros. ¿Cómo habian todos ellos de escribir algo parecido á *El Padre Cobos* ó á *La Gorda*, que tantos *cuatro cuartos* han hecho soltar á *El Jesuita?* Y los soltaba con gusto, aunque fuese quitándoselos de pan. Ay! desde que no sale *La Gorda*, no ha vuelto *El Jesuita* á coger un periódico humorístico que no se le haya caido de las manos. Aquello era intencion y gracia. Maldita sea la *Partida de la Porra!*

Qué se habrán hecho sus anónimos redactores?

* * *

Si oyes decir, lector, que muchos polacos de los primitivos se hallan hoy adheridos á la filfa de Setiembre, di que se les calumnia.

Los polacos castizos serán lo que se quiera, pero no tienen pelo de tontos, aunque, como el actual ministro de Estado, se dejen toda la barba.

El conde de San Luis y D. Luis Gonzalez Bravo no querian imbéciles, y la actual situacion apénas tiene otra cosa. *El Jesuita* está casi seguro de que, exceptuando tres ó cuatro polaquillos de tercera fila que pertenecieron á la redaccion de *El Contemporáneo*, todos los polacos que figuran en la actual situacion se reducen á uno solo, si bien éste basta para polaquizar, aunque de muy mala manera, hasta las posesiones ultramarinas.

LOS MOGIGATÓCRATAS.

La palabra *mogigatocracia* se pronunció por primera vez en 1857, y donde se pronunció fué en la Cámara vitalicia que habia entónces, fué en el Senado. Y quien la pronunció fué un anciano muy respetable, fué un patricio insigne, fué uno de los hombres de Estado más distinguidos, un político de la talla de los Heros y de los Argüelles, fué D. Claudio Anton de Luzuriaga.

D. Claudio Anton de Luzuriaga no era ya entónces uno de esos políticos superficiales que toman la cosa pública por un pasatiempo, y juegan con ella como un niño con una pistola amartillada. Era ya entónces, y habia sido siempre, un hombre grave, circunspecto, formal; era lo que se llama un hombre serio, que no sabía jugar con el vocablo.

* * *

La palabra mogigatocracia es una palabra gráfica, que lleva en sí misma su definicion, que contiene dentro de sí toda la idea para cuya expresion se ha inventado; es una palabra nueva, como es nuevo el objeto que se quiere dar á conocer con ella.

No se diga que tenía equivalentes en nuestra lengua, como hipocresía, santurronería, mogigatería, derivadas de hipócrita, santurron, mogigato, y otras várias con que se ha querido designar al que, para sus fines particulares, finge creencias que no tiene.

La mogigatería es muy distinta de la mogigatocracia.

La mogigatería expresa una conducta puramente individual, la táctica de un hombre que afecta una devocion de que carece, para engañar con ella á los demas, ó simplemente para adquirir ó conservar una reputacian de que es indigno.

El tipo del mogigato es muy antiguo, y cada época ha tenido los suyos.

Mogigatos eran aquellos Fariseos contra quienes clamaba Jesucristo, considerándoles como sus mayores enemigos.

Mogigato era aquel Tartufo en que ejercitó Molière la *vis cómica* de su poderoso ingenio, si bien la *Mogigata* de nuestro Moratin prueba que la especie sobrevivió en la sociedad á los rudos golpes con que la hirió el inmortal poeta cómico frances para hundirla bajo el peso del ridículo.

¿Quién no conoce el magnífico drama de Alejandro Dumas, titulado *Pablo el Marino*? ¡Qué carácter de mogigata tan bien acabado el de aquella mujer resuelta á sacrificar á las apariencias de la virtud la realidad de la virtud misma!

* * *

Pero la mogigatería no es, como la mogigatocracia, un falso alarde de devocion elevado á sistema de gobierno; no es una mano que todo el mundo ve cubierta de sangre, y que, como dice un inmortal poeta, moja un dedo en agua bendita; no es esa voz que Cárlos España dirige al cielo pidiéndole, para colmo de escándalo, que perdone á las víctimas inocentes que acaba él mismo de lanzar á los abismos de la eternidad. No.

La mogigatería es la máscara de hombre religioso que toma,

queriendo parecerlo, el que no lo es; al paso que la mogigatocracia es el cinismo en la hipocresía.

El mogigato es un hipócrita que no quiere pasar por hipócrita.

El mogigatócrata es un hipócrita que de su hipocresía hace gala.

El mogigato, si creyese que al exagerar las prácticas religiosas es tenido por hipócrita, dejaria sus exageraciones, como el enmascarado que se quita la careta cuando ya sabe que le han conocido.

El mogigatócrata sabe de antemano que nadie cree en sus alardes de religion, y sigue, sin embargo, haciéndose el religioso. No aspira al título de religioso, que ya sabe que no lo ha de alcanzar, sino al de hipócrita, que es el que más repugna al mogigato, porque desbarata todos sus planes.

Cuando Cárlos España, despues de una ejecucion sangrienta que él habia decretado, se quitaba el sombrero y rezaba en público un Padre-nuestro ó una Salve, sabía bien que nadie le tenía por religioso, y sin embargo repetia la sacrílega é irritante farsa cuantas veces se reproducian escenas del mismo género. La teocracia, de que era instrumento, no exigia de él que fuese, ni que pareciese siquiera, religioso, sino que afectase quererlo parecer. Nunca la teocracia ha exigido otra cosa.

El mogigato, para representar bien su papel, se ve obligado á respetar las prescripciones de la decencia.

El mogigato es un diablo que, para predicar, se disfraza de predicador.

El mogigatócrata es un diablo que predica en su propio traje de diablo, sin cuidarse de ocultar las uñas ni los cuernos. Sale de una orgía, y en presencia de sus compañeros de crápula besa la mano á cuantos curas encuentra, se quita el sombrero y se santigua al pasar por delante de una iglesia, acompaña al Viático si le halla en el camino, y sus compañeros se rien, y él se rie tambien para sus adentros, como un arúspice romano.

* * *

El mogigatócrata es un tipo nuevo, á quien Víctor Hugo hace rezar en los siguientes términos:

«Oh Dios mio! ¡haced que suban las acciones del ferro-carril de Leon!

»Dulce Señor Jesus! ¡haced que gane un veinticinco por ciento en mis certificados napolitanos del empréstito de Rotschild!

»Santos Apóstoles! vended mis vinos!

»Bienaventurados mártires! ¡doblad el precio de mis alquileres!

»¡Santa María, Madre de Dios, Vírgen inmaculada, Estrella de la mar, Jardin cerrado, *hortus conclusus!* ¡Dignaos dirigir una mirada favorable á mi casita de comercio, situada á la esquina de la calle de Tirechape y de la calle de Quincampoix!

»Torre de marfil, *turris eburnea!* ¡haced que la tienda de enfrente se hunda!»

Un tendero de comestibles dice á su mujer, que está en la tienda, desde la puerta del entresuelo:

«Juana!

—Qué quieres?

—Has echado cal á la harina?

—Sí.

—Has echado yeso al azúcar?

—Sí.

—Has echado pimienta al aguardiente?

—Sí.

—Has echado sebo al aceite?

—Sí.

—Has mezclado harina de bellotas con el cacao molido?

—Sí.

—Has bautizado el vino?

—Sí.

—Has podido hacer pasar las tres pesetas falsas?

—Sí.

—Pues sube, Juana, y rezaremos el rosario.»

No es *El Jesuita* quien ha inventado la anécdota.

* * *

La mogigatocracia es la hipocresía de la hipocresía.

Hasta considerada como hipocresía, la hipocresía del mogigatócrata es mentira; de manera que el mogigatócrata no es siquiera hipócrita, sino que quiere parecerlo.

Si fuese siquiera hipócrita, como la hipocresía obliga á guardar ciertos respetos, podria al ménos ser útil para edificar con su ejemplo á los que no le conociesen.

Pero, ni áun eso!

¿No te parece, lector, cosa extraña la mogigatocracia?

Pues bien; tan extraña como es, se la quiso elevar á la esfera de los sistemas de gobierno, y formar con ella un régimen político; y así como se dice poder autocrático, poder aristocrático, poder democrático, adicionar el largo catálogo de formas gubernativas con otra nueva que se hubiera llamado poder mogigatocrático.

* * *

Lo mismo en política, que en moral, que en religion, que en todo, las exageraciones, lector, deben hacérsete casi siempre sospechosas.

El hombre trata naturalmente de cubrir con bravatas y apariencias de solidez su flanco más débil, para que no sea por él por donde le ataquen.

Nadie blasona tanto de veraz como un embustero.

Nadie se permite tantos alardes de valor como un cobarde.

Nadie hace gala de tanta independencia como un periodista subvencionado.

Los mogigatos parecian inmundos á Molière.

«No hay nada, decia, tan odioso como las falsas apariencias de un especioso celo. No hay nada que más me repugne que esos charlatanes y devotos de circunstancias, cuyo gesto sacrílego y engañador abusa y se burla impunemente de lo más santo y sagrado que tienen los mortales (1).»

Así hablaba Molière de los mogigatos. ¿Qué no hubiéra dicho de los mogigatócratas si en su tiempo se hubiesen conocido?

La hipocresía es repugnante, el cinismo es repugnantet ambien. Pero la hipocresía y el cinismo hasta ahora se habian excluido mutuamente, como el cimbrismo y la union liberal; hoy ya no se excluyen; hoy pueden la hipocresía y el cinismo cohabitar en un mismo individuo, y formar juntos ese monstruo, á la vez bufo y asqueroso, que se llama mogigatocracia.

LOS PUROS.

Si eres, lector, partidario del desestanco del tabaco, quiero decir si eres fumador, te creerás trasportado al cielo al acariciar tus oidos la palabra *puros*. Mas ay! no se trata de Tacones, ni de Pezuelas, ni de O'Donnells, ni de Conchas, ni de Serranos, ni de Lersundis, ni de Dulces, ni de Caballeros de Rodas, ni de nin-

---

(1) Aussi ne vois je rien qui soit plus odieux
que les dehors platrès d'un zèle especieux;
que ces francs charlatans, que ces devots de place,
de qui la sacrilège et trompeuse grimace
abuse impunement et se joue à leur gré
de ce qu'ont les mortels de plus saint et sacré.

MOLIERE.

guno de los que, habiendo mandado en la isla de Cuba, han inmortalizado su nombre al conseguir que se bautizasen con él los cigarros de tal ó cual calidad, de tal ó cual forma, de tal ó cual tamaño.

¡Pero que haya hombres tan dejados de la mano de Dios que se complazcan en ser fumados! Ántes era una ignominia ser quemado en estatua, y ahora es una honra ser quemado en cigarro. Y áun hay quien niega el progreso!

* * *

¡Válganos Dios, lector, qué medios de inmortalizacion ha inventado en España para sus *héroes* la actual generacion de saltimbanquis! Basta que en ello tenga gusto el más simple gacetillero ó el gacetillero más simple, para que se erija una estatua en una plaza pública al difunto á quien tal vez el mismo gacetillero más injustamente habia deprimido y ultrajado en vida. El mismo periodista que hizo coronar á Quintana, hizo coronar despues al señor Lopez de Ayala, y *El Jesuita* sabe el *cur*, el *qua de causa* de las dos coronaciones, pero no quiere decirlo.

Tantas cosas pudiera decir *El Jesuita* que se las calla! Tiene, como Camilo Desmoulins, la mano llena de verdades; pero no la abre enteramente para que no salgan todas.

Debe, sin embargo, indicar, con motivo de la coronacion del autor de *El tanto por ciento*, que en España no obtuvieron en vida tan honrosa distincion oficial, ni Calderon, ni Lope de Vega, ni Cervántes, ni Quevedo, ni Tirso, ni Alarcon, ni Moreto, ni ninguno de otros tantos escritorzuelos que se podrian citar; ni en Francia la obtuvieron Lamartine, Beranger, Balzac, Dumas, Sue, Chateaubriand, etc., etc., etc.; ni en Inglaterra, Byron, Sakespeare, Dikens, Walter Scott, Milton; ni en Alemania, ni en Italia, ni en ninguna parte, ninguno de los que constituyen verdaderas glorias literarias, no ya de su nacion respectiva, sino de la

humanidad entera. ¿Será que el Sr. Ayala valga más que todos los escritores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros? ¿Ó será que la España de hoy valga ménos que la España de otros tiempos y que otra nacion cualquiera? Si no es lo primero, ha de ser lo segundo, y lo primero no es.

* * *

Pero deja, lector, al *Jesuita* que siga haciéndose cargo de algunos de los más importantes medios de inmortalizacion de invencion moderna.

Si fueses personaje importante del dia, habria un color, ó una flor, ó un pastelillo, ó un dulce de tu apellido para representarle dignamente en una tienda de la calle de Postas, ó en la maceta de una ventana, ó en el aparador de un pastelero ó confitero.

Y las cajas de fósforos se encargarian de mantener viva la imágen en la memoria de los fumadores.

Y el patriotismo agradecido daria tu nombre á una calle. ¡Qué gusto! En el barrio de Pozas un ciego cantaba:

> Hubo una calle del Burro,
> y otra de Majaderitos,
> y tambien hay una calle
> de Fernandez de los Rios.

Y hasta te verias reproducido en pañuelos de bolsillo, lo que me parece que no sería honrarte demasiado, atendidos los usos á que los pañuelos de bolsillo se dedican.

Pero qué quieres? Hay individuo que, con tal de ser célebre, se alegraria de que el prójimo se sonase, no ya con su retrato, sino hasta con su original. ¡Cómo embriaga la gloria, que, en resumidas cuentas, es humo y ceniza!

* * *

Hé aquí, pues, cómo está la gloria bien representada por un cigarro. Como quien no hace nada, reduces á humo y ceniza á un Espartero. Tambien hay cigarros puros así llamados.

Puros he dicho? Héme aquí otra vez, lector, llamado por la palabra *puros* á la cuestion de que me habia separado mi costumbre de divagar, que constituye uno de mis mayores achaques.

Los puros del progresismo me han traido á la memoria los cigarros puros que nada tienen que hacer en este libro, y ahora los cigarros puros me recuerdan que son los puros del progresismo el objeto de mis investigaciones del momento.

No sé, lector, lo que de puros tienen los *progresistas puros*, pero ménos sé aún lo que tienen de progresistas, tomando esta palabra en su acepcion etimológica.

Los progresistas puros, así llamados para diferenciarse de otros progresistas que se adhirieron á la union liberal, á los cuales un periódico polaco con su habitual gracejo llamó *de papel* para á su vez diferenciarlos de los *puros*, aparecieron de improviso, como en tiempos de tempestad los caracoles y los sapos, en el año de 1854, allá por los dias en que el general O'Donnell se levantó en armas contra la política á la sazon dominante.

* * *

El general O'Donnell y los demas que iniciaron en el Campo de Guardias el movimiento insurreccional, se lanzaron á su atrevida y patriótica empresa partiendo de un concepto equivocado. Creyendo que Doña Isabel II era un instrumento inconsciente y ciego de una influencia reaccionaria que tendia á reducir á su menor expresion el régimen representativo, se rebelaron contra Doña María Cristina, que era la que ejercia esta influencia, para librar de ella á su hija. No adivinaron que Doña Isabel II se dejaba supeditar por la reaccion, porque ella era reaccionaria por instinto, por educacion, por tradicion, y, sobre todo, por el oficio de reina que ejercia.

La reaccion, que para la reina madre era un medio, para la reina hija era un objeto, era el término de sus aspiraciones.

Doña María Cristina, ávida de riquezas, queria imponer silencio á la prensa y á la tribuna para que no revelasen el misterio de ciertos negocios mercantiles, y Doña Isabel II, favoreciendo los intentos de su madre, favorecia los suyos propios. Parecia obedecer á su madre, y lo que hacía era dejarse llevar de sus propias inclinaciones.

El general O'Donnell no lo conoció, y quiso considerar á Doña Isabel II más bien como víctima que como cómplice de todos los manejos reaccionarios. Si hubiese sabido que ella era el alma del complot contra las instituciones, se hubiera sublevado contra ella, ó no se hubiera sublevado. Lo último, atendidos su inquebrantable monarquismo y su adoracion casi fanática á la reina y á su dinastía, es lo más probable.

La sublevacion de 1854 se inició y llevó á cabo sin más objeto que devolver al régimen representativo sus condiciones legítimas por el esfuerzo mancomunado de los constitucionales de todas las procedencias, librando al trono de la presion que sobre él ejercian bastardos intereses.

Así lo comprendió la nacion entera, que secundó el movimiento y saludó como libertadores á los generales O'Donnell y Dulce que se habian puesto á su frente.

* * *

Pero los *puros* pensaron de otra manera, y afectando un liberalismo de que hasta entónces no habian dado ninguna prueba, hicieron del general O'Donnell y de los patricios encanecidos al servicio de la libertad constitucional, el blanco de todos sus furores.

¡Y blasonaban al mismo tiempo de ser más constitucionales que los otros, de ser los únicos constitucionales!

Á su toque de llamada acudieron muchos progresistas imbéciles, y tambien algunos *leaders* del antiguo progresismo, á quienes la jefatura del general O'Donnell relegaba á un segundo término.

Los puros fueron á la revolucion de 1854 lo que son los cimbrios á la de 1868. Fueron su esterilidad, su descrédito y su muerte.

¿Y qué parte habian tomado los puros, en 1854, en la lucha contra la reaccion? La misma que en la de 1868 tomaron los cimbrios. Ninguna, absolutamente ninguna. No tocaron en ella pito.

Ni siquiera hombres políticos eran cuando la libertad echó á la reaccion el guante. No eran más que farmacéuticos.

Los primeros puros, los que se dieron este nombre, los fundadores del purismo, no habian figurado nunca en el partido progresista, ni en ningun otro. Algunos dias ántes de desenvainar la espada el magnánimo general O'Donnell, empezaron á publicar un periódico más farmacéutico que político, al cual dieron poco despues un carácter anti-o'donnellista, y áun hoy sigue siendo este periódico el órgano de la fraccion pura, que es la que tira al presupuesto más fuertes bocados.

* * *

Los puros hicieron principalmente entre los boticarios y por medio de los boticarios su propaganda política, así como los neocatólicos hacian la suya entre los sacristanes y por medio de los sacristanes.

Apénas hay pueblo, por pequeño que sea, que no tenga boticario y sacristan. ¿Y sabes, lector, lo que es tener en cada pueblo un apóstol predicando la doctrina?

Así tuvo el purismo, desde un principio, organizado en España un sistema de propaganda como el del catolicismo, de

quien dice el ilustre Pelletan que enviaba sus monjes á mendigar y á llevar gratuitamente á todas partes la palabra del Papa, y que, allí donde faltaba esta publicidad ambulante con la alforja al hombro, tenía para reemplazarla el inmenso clamor de las cuatrocientas mil campanas de todas las parroquias.

El purismo no tenía campanas, pero tenía para atronar al mundo los almireces y morteros de todas las boticas.

Y tenía, amén de esas máquinas estrepitosas y pulverizadoras, que hacía funcionar con multiplicada actividad cuando se hacía la ilusion de que estaba en ellas machacando y triturando á Don Leopoldo O'Donnell, ese poderoso instrumento llamado bombo, que los puros tocan mejor que Listz el piano y Paganini el violin, y de que músicos como ellos saben sacar más partido que Echevarría de la bandurria y Sors de la guitarra.

Capaz es un puro con su bombo de hacer enterrar á su patrona, su gato y su perro en el panteon de hombres ilustres.

* * *

El liberalismo de los primeros puros fué fulminante como uno de esos ataques de apoplegía que no dan tiempo ni á la uncion. En esa improvisacion súbita de patrióticos sentimientos debes, lector, fijar tus cinco sentidos.

Los primeros puros que aparecieron en la escena, como llovidos del cielo, eran unos muchachos aprovechados y juiciosos que no se metian en política. Eran ya granaditos, es decir que habian llegado ya á la edad en que se tiene opinion ó no se tiene nunca, y, sin embargo, nada en ellos permitia adivinar á los futuros hombres de Estado de la Revolucion de Setiembre. En los once años consecutivos que duró el martirio, á que condenaron al verdadero partido progresista los señores Olózaga, Prim, Serrano y otros patricios igualmente desinteresados, los futuros padres del purismo estudiaron farmacia y escribieron comedias miéntras

les llegaba la ocasion de representar ellos mismos otras más productivas, sin que en ninguna de las que escribieron pudiese ni el censor más suspicaz vislumbrar la más embozada alusion á las *cosas del dia*.

¿Cómo de repente se hicieron hombres públicos? ¡Oh misterio!

Durante los once años y otros periodos reaccionarios que precedieron á la regencia de Espartero, el que se metia á redentor corria mucho peligro de morir crucificado. El oficio de liberal tenía muchos inconvenientes; era un comercio expuesto á grandes quiebras.

Pero desde 1854 hasta que vino la gloriosa Revolucion de Setiembre de 1868, todos los que hablaban de tiranía haciendo mil aspavientos, todos los que afectaban retorcerse bajo el látigo de la reaccion desapiadada, se quejaban de vicio. No habia tal tiranía ni tal reaccion. La reaccion y la tiranía, al mismo tiempo que la demagogia y el desórden, se enseñorearon del país con la caida de Doña Isabel II, se enseñorearon del país con la subida al poder de los puros, que se opusieron á que la revolucion corriese por el cauce que la habian trazado los que verdaderamente la hicieron, y tambien por el que quiso trazarla el pueblo, para quien, en el caso de hacerse, debia haberse hecho.

Nó; aquellos jóvenes estudiantes de farmacologia, aquellos farmacópolas rudimentarios, que estaban al mismo tiempo en tratos con las musas, no parecian crisálidas ni larvas de que más adelante debieran salir lepidópteros políticos perfectos. Hubieran dado un chasco á Lacepede.

¿Pensaban ellos mismos siquiera en la maravillosa metamorfosis? ¿Qué grados de calor tuvo para ellos la insurreccion de 1854 que tanto aceleró su desarrollo? Porque la verdad es que salieron del huevo, si así puede decirse, con todas las plumas, hechos unos políticos completos, tan armados para entrar en el palenque como salió Minerva de la cabeza de Júpiter.

Y dijeron á todos los políticos de larga historia, curtidos en la

lucha, á Heros, á Lujan, á Luzuriaga: «Atras, follones, que estamos aquí nosotros, y vereis lo que es bueno.»

Efectivamente, vimos lo que era bueno, y lo estamos viendo.

Y lo que veremos aún, si Dios nos da vida!

* * *

El más caracterizado de los puros, el que, reconocido ó nó, era su verdadero jefe, y consiguió atraer á su causa hasta á algunos que no habian cultivado el arte de preparar medicamentos, no era un escritor ni un orador de primer órden, pero estaba dotado de tres grandes cualidades que valen mucho para un hombre de partido. Era grande su audacia, incansable su actividad, inquebrantable su perseverancia. Murió ántes de recoger el fruto de sus asiduos afanes. Si viviera, sería una de las columnas de la situacion y de..... la Tertulia progresista.

El *Purismo* tuvo, y no sé si lo tiene aún, un escritor notable, que mereceria no ser progresista, y que es lástima que lo sea. Nadie como Cárlos Rubio ha prestado á una mala causa tan buenos servicios. Verdad es que la mala causa que defiende no sería tan mala si todos los que la defienden fuesen como él. Y lo mismo podria decirse de otras muchas causas respecto á determinados individuos.

Pero lo que no puede decir *El Jesuita* es ni una sola palabra más acerca de los *puros*. No tiene su tiempo tan de sobra.

LOS INSACULADORES.

Si *El Jesuita* se hubiese ocupado en este libro de los *insaculadores* ántes de las elecciones que acaban de hacerse bajo la *influen-*

cia moral de los actuales gobernantes, hubiera hablado de ellos en singular y no en plural, porque entónces no habia más que un *insaculador*, que era el señor marqués de Miraflores, y ahora hay por lo ménos dos, siendo *El Jesuita* uno de ellos.

Precisamente, si algo bueno esperaba *El Jesuita* de la llamada Revolucion de Setiembre, era la verdad en las elecciones. ¡Habian los puros hablado tanto de ilegalidades y violencias cometidas por sus adversarios en el palenque electoral! Pero, por lo visto, les hacía hablar la envidia. Si no se hubiesen permitido más excesos que los cometidos por todas las administraciones anteriores, que no eran pocos, no hubieran salido victoriosos de las urnas dos docenas de situacioneros.

* * *

Viendo el muy noble marqués de Miraflores que el sistema representativo no era una verdad, á pesar de todos los medios empleados por los constitucionales para que sea una mentira, reflexionó sobre la ley electoral para remediar sus abusos, y no encontró medio de enmendarlo, ni nada con que sustituirlo; por lo que, debiendo optar entre las pasiones con todos sus inconvenientes y la suerte, optó por ésta. Muy bien hecho.

¡Y todavía hay quien dice que es inmoral el juego de la lotería!

Siente *El Jesuita* que la peregrina idea de la insaculacion no se hubiera engendrado en la cabeza del muy noble marqués de Miraflores, porque, si la idea fuera suya, no tendria necesidad de ninguna otra para que su nombre victorioso atravesase entre aplausos y ovaciones la capa de tiempo, por densa que haya de ser, que separe la actual generacion de la última de las generaciones venideras.

Pero el muy noble marqués de Miraflores no hizo más que prohijar el pensamiento de un periódico absolutista que creia sin

duda, lo mismo que *El Jesuita*, que la insaculacion y el absolutismo se concilian perfectamente.

Y no se crea tampoco que tan prodigioso invento sea original de dicho periódico.

Hace ya muchos años que *El Jesuita* lo discutió con un marino de alta graduacion, sin poder entónces presumir que tan singular ocurrencia intentaria, en un término no muy remoto, pasar al terreno práctico.

Los argumentos empleados en su defensa por el marino eran análogos á los del noble marqués de Miraflores, si bien, ménos circunspecto que éste, el marino no negaba á ningun español el derecho de la insaculacion, restringido solamente por la edad y por el sexo.

Como en todas partes, y especialmente en España, los que no saben leer son muy numerosos, era muy fácil que la suerte tuviese el capricho de nombrar, para representarla, un Congreso compuesto casi en su totalidad de gentes legas; pero él allanaba este inconveniente, en el supuesto de que lo sea, nombrando para cada diputado un asesor, un mentor, un lazarillo, una especie de ayo.

Pero en este caso el asesor hubiera sido de hecho el diputado, y para salvar una dificultad se incurria en otra que no era más pequeña.

¿Quién habia de nombrar los asesores, que serian de hecho los verdaderos diputados? El Gobierno? Entónces el pueblo no tendria quien le representase. El pueblo? ¿De qué manera habia de nombrarlos? Tambien por insaculacion? Entónces se exponia á que la suerte le diese asesores tan legos como los diputados. ¿Por eleccion? Entónces renacia el inconveniente que con la insaculacion queria evitarse, cual era el de las contiendas electorales.

* * *

El muy noble marqués de Miraflores contesta triunfalmente á tan apremiantes argumentos. Cuatro mil reales de contribucion

suponen indudablemente todo el talento, toda la instruccion, toda la probidad que se necesitan para representar dignamente al país. No pudiendo ser insaculados más que los que pagan cuatro mil reales de contribucion, ya no podria hacer la suerte ninguna de las suyas; de cualquier modo que se lo manejase, daria por precision un resultado que dejaria satisfechos á los más descontentadizos.

Qué gran marqués de Miraflores! Partiendo de un principio incontrovertible, de una verdad que no puede negarse, de un axioma que no necesita demostracion, cual es que los pobres no pueden ser honrados y los ricos no pueden dejar de serlo, fácil encuentra el muy noble marqués echar los cimientos al edificio de nuestra organizacion política y social. En tres magníficas peroraciones desenvolvió el ilustre marqués su portentosa tésis.

En la primera peroracion, capaz de llenar de envidia al mismo Riquetti, de cuyo título el célebre insaculador lleva en el suyo las dos primeras sílabas, pues el uno era conde de *Mira*beau y el otro marqués de *Mira*flores, éste dejó probado, como dos y dos son cinco, que la soberanía nacional es una cosa hedionda.

En su segundo discurso, el muy alto marqués de Miraflores demostró con su natural sagacidad las ventajas del sistema de insaculacion, segun el cual se rifa un diputado como se puede rifar un cerdo de San Anton, habiendo un número fijo de cédulas que se pagan á cuatro mil reales cada una. A *El Jesuita* se le hacen caras; las del cerdo de San Anton no cuestan más que cuatro cuartos.

En su tercera oracion, el ínclito marqués de Miraflores, ántes de vaciar el saco en que tenía metidos á los que pagan cuatro mil reales de contribucion, hizo ver, con la lucidez que le caracteriza, los gravísimos inconvenientes que tiene el que diluciden cuestion alguna los escritores que, por falta de tintero, mojan la pluma en una jícara rota. Eso es muy grave; es una cuestion que se roza con la alfarería, y hasta con la economía doméstica. Si dan los escritores en convertir en tinteros las jícaras, llegará un dia en

que, por falta de jícara, tendremos que tomar el chocolate en un tintero.

* * *

Como se ve, el muy noble marqués de Miraflores enlaza con la idea de la insaculacion otras no ménos trascendentales que forman un sistema político completo, admirable por su unidad y su armonía.

Nadie como el marqués ha sabido remontarse á la simplicidad de las causas para explicarse la multiplicidad de los efectos.

Así como en las ciencias físicas todos los fenómenos se refieren á la gravedad y á la atraccion, en las químicas á la afinidad, en las fisiológicas á las propiedades vitales, en las psicológicas al sentimiento íntimo, en las teológicas á la autoridad y á la fe, et-cœtera, etc., en la teoría política del muy noble marqués de Miraflores todos los fenómenos se hacen perceptibles á la luz de un sólo principio, la riqueza. Sobre esta ancha base levanta nuestro Nemrod su torre de Babel. Encarámese la patria por ella, y ganará por asalto las regiones siderales.

Quién duda que la soberanía nacional es una cosa hedionda? La nacion está compuesta de ricos y de pobres, y la soberanía no deben ejercerla más que los ricos. ¿Qué derecho tienen á intervenir los pobres en sus propios negocios?

Quién duda que los escritores han de ser ricos? ¡No faltaba más sino que hasta un pobre se creyese autorizado para censurar, desde una miserable bohardilla ó sotabanco, los estupendos partos del ingenio del muy noble marqués de Miraflores!

Los diputados han de ser ricos tambien, si se quiere que sean inteligentes y probos, y es, por consiguiente, una idea soberana y espléndida poner á cuatro mil reales cada billete de la lotería de la diputacion.

* * *

El Jesuita lo repite, y lo repite con toda formalidad: desde que ha visto las últimas elecciones y la manera que se tiene en el Congreso y en el Senado de aprobar actas, el proyecto insaculador del profundo marqués de Miraflores casi le parece preferible á cualquier otro. ¿No es mejor exponerse á las contingencias de la suerte, que, como podria darnos diputados malos, podria dárnoslos buenos, que seguir sometidos á la criminalísima y siempre impune farsa electoral, que no los puede dar buenos nunca? Si todas las elecciones sucesivas han de verificarse como las que se han verificado hasta ahora, á ellas es mil veces preferible la insaculacion del muy noble marqués de Miraflores.

Otras dos palabras para concluir.

En un país, en que la probidad y la inteligencia no fuesen una excepcion como en el nuestro, no se perderia nada con echar á la suerte los nombres de los que han de representarlo. Aguardemos, pues, lector, á que se halle el país en el estado en que tú y yo quisiéramos verle, y no tengamos inconveniente en jugarnos la diputacion con el marqués de Miraflores á la lotería, al mus, al dominó, á la ruleta, al monte, al cané, y hasta á las chapas ó á la morra.

LOS CIMBRIOS.

Bien comprendes, lector, cuánto deben quererse los franceses y los prusianos. Pues del mismo modo se quieren, y más aún si cabe, los unionistas y los cimbrios.

Es muy comun en la historia reproducirse en pequeño los acontecimientos que se han efectuado en grande escala. Á veces

luchan dos hombres uno contra otro como si fuesen dos opuestos bandos; á veces luchan dos bandos como si fuesen dos naciones que no pueden estar juntas en el mapa. Los unionistas y los cimbrios, disputándose el dominio de la situacion, son, aunque en microscópico tamaño, Roma y Cartago disputándose el cetro del universo. Unos ú otros *sunt delendi*.

Los unionistas son incompatibles con la democracia, por lo cual son incompatibles con los cimbrios.

Los cimbrios son incompatibles con la monarquía, por lo cual son incompatibles con los unionistas.

Pero ahí están los progresistas, que son incompatibles con la monarquía y con la democracia, por lo cual son incompatibles con los unionistas y con los cimbrios.

Y como dentro de la actual monarquía democrática no hay más que progresistas, cimbrios y unionistas, resulta que dentro de la actual monarquía democrática no hay más que elementos incompatibles con ella, é incompatibles ellos mismos entre sí. Qué pisto!

* * *

Dejemos á un lado por ahora á los progresistas. Aunque odian mucho á los unionistas, y mucho tambien á los cimbrios, está muy léjos su odio de igualar al que se profesan los cimbrios y los unionistas.

Cómo se espian unos á otros! Cómo se estudian! ¡Cómo se aprenden de memoria!

Así es que ahora, debiendo ocuparme de los cimbrios, tengo que recurrir á los unionistas para que me digan lo que acerca de ellos sepan. Y los unionistas complacientes ponen en mis manos un número de *La Política*, cuyo primer artículo está expresamente dedicado á la cimbrería. Repásalo, lector, que bien lo merece, porque está magistralmente escrito. Despues que lo ha-

yas leido, me permitiré acerca de él algunas ligeras observaciones, y pasaremos á otro asunto.

El artículo dice así:

«Los cimbrios son una enfermedad que el país viene padeciendo hace dos años, y sucede con ellos lo que con las dolencias misteriosas que se resisten al diagnóstico; se sufren, se tocan y se aprecian dolorosamente en sus efectos; pero no hay médico que las defina, ni paciente que tenga al ménos el triste consuelo de saber la naturaleza verdadera de su padecimiento. Sabido es que nuestros contemporáneos discípulos de Galeno han convenido, para no dejar á la ciencia en la ruborosa desnudez de la ignorancia, en atribuir á los *nervios* el orígen de todas las indisposiciones indefinibles. Fulano se muere sin saber de qué; el médico declara, despues de meditarlo mucho, que es una afeccion nerviosa; el honor hipocrático se salva, y Fulano puede morirse en paz. Pues bien; los cimbrios son hasta cierto punto *los nervios* de la política revolucionaria.

»La revolucion ha venido padeciendo de un cimbrismo agudo, que ya se ha hecho crónico; y cuando la opinion pública ha preguntado de buena fe:—Pero qué es eso? Quiénes son esos señores? ¿De dónde ha salido esa plaga, pequeña en personas, grande en efectos perturbadores? ¿Qué tiene, qué representa en las clases, en los intereses de la nacion ese elemento político que nadie ve fuera de Madrid?—Cuando la opinion pública, repetimos, ha preguntado esto en uso del legítimo derecho de su curiosidad, todos los que creemos tener el deber de contestarla la hemos dicho:—Pues nada; los cimbrios no son nada; es decir son una docena de caballeros particulares cuya presencia en las regiones políticas nadie habia previsto, y cuya ausencia nadie apreciaria. Pero así y todo, lo cierto es que los venimos sufriendo grandemente, y que la máquina de Setiembre ha andado, se ha parado, se ha descompuesto y ha vuelto á andar muchas veces, por ellos y para ellos, bajo su direccion, en sus manos.

»Cuando la historia se ocupe de ese hecho anómalo, no lo hará

ciertamente sin sorpresa. Los tránsfugas de todos los tiempos, así los impúdicos que han abandonado sus antiguas creencias por móviles mezquinos y egoistas, como aquellos que han obedecido noble y lealmente á la conviccion, se han sometido siempre con sincera obediencia, con modestia ruborosa, á la nueva autoridad que han buscado y que les ha abierto su seno con generosidad más ó ménos hábil. Concedemos sin dificultad que nuestros cimbrios hayan sido y sean de la buena segunda especie; convenimos en que la Revolucion de Setiembre tiene algo que agradecer á los republicanos que, tomando el pulso al pueblo español, se convencieron de que la monarquía era constitutiva é inevitable en sus entrañas, y aceptaron la monarquía inevitable. Pero la historia no podrá explicarse fácilmente cómo la simple adhesion de un grupo insignificante vino á dar cabeza y direccion á la antigua y compleja hueste, cómo los ménos se impusieron á los más, y recibieron tanto como el que más en el reparto de las esplendideces revolucionarias.

»Nosotros, los actores secundarios del gran drama setembrista, que por el mero hecho de serlo conocemos desde el primer dia los secretos de entre bastidores, podemos, sin embargo, ayudar algo á la historia en esta que ha de ser una de sus más curiosas pesquisas. Nosotros sabemos que el fondo de la conducta del cimbrismo ha sido la astucia. La Revolucion se hizo para la libertad; y cuando los cimbrios de Madrid la pidieron que se llamase democrática, sin dejar de ser monárquica, la Revolucion accedió cándida y noblemente al bautismo, por la razon sencilla de que no veia mal alguno en que al nombre correspondiese el hecho. Monarquía democrática queria decir monarquía española por esencia, resurreccion de aquel hermoso y fecundo consorcio del pueblo y del rey, que hizo nuestra unidad peninsular y echó las bases de nuestra grandeza histórica. Á este ideal íbamos los de Setiembre, si bien atemperándolo al espíritu de nuestra época, y el nombre, por tanto, era lógico, era aceptable, y se aceptó.

»Desde entónces los cimbrios vieron triunfante su primera ha-

bilidad premeditada, y dijeron: « Nosotros hemos dado nombre y bandera á la Revolucion: abridnos paso, revolucionarios.» Y los revolucionarios hicieron con ellos lo que siempre hacen los fuertes con aquellos á quienes creen inofensivos: tolerarlos. Y los cimbrios convirtieron la tolerancia en sombra protectora; y cuando la Revolucion les vió formar grupo en el Parlamento, obtener carteras, crear personajes, hacer y deshacer conciliaciones, combatir ó prolongar la interinidad, era ya tarde para enmendar la falta, y los siguió tolerando.

. . . . . .

. . . . . .»

Estoy cansado de copiar, lector, y te hago gracia del resto del artículo, que es muy largo. Para mi objeto, reducido en este momento á dar á conocer á los cimbrios, lo copiado basta.

* * *

Ya has visto que los unionistas hacen de la cimbrería una neurósis. *El Jesuita* ha dicho en otro lugar de este libro que los cimbrios son el *oidium* de la viña revolucionaria.

Sin embargo, dado el absurdo de la monarquía democrática, la lógica trae necesariamente á los cimbrios. Los apóstatas del republicanismo, que otra cosa no son los cimbrios, son los elementos legítimos, naturales y propios de ese monstruo de Horacio, de esa antítesis que hace tragar á España, quiera ó no quiera, la Revolucion de Setiembre.

Los que pretenden excluir á los cimbrios de la actual situacion, excluyen á la situacion misma y á la Revolucion que la ha creado.

Desconfia, lector, de los retóricos. La raza latina es pura palabrería, no lo dudes; no se paga más que de frases. El bien escrito artículo, de que *El Jesuita* ha copiado una buena parte, contiene tantos conceptos falsos como bellezas de estilo. ¡Música, lector, música!

La prueba de que los cimbrios están en su lugar dentro de la actual situacion es que, siendo muy pocos y muy desacreditados, se sobreponen con frecuencia á los unionistas y á los progresistas. Llevan la batuta.

La prueba de que la actual situacion es absurda, está en que el cimbrismo no crece, no obstante ser el que la representa legítimamente.

* * *

El cimbrismo es una consecuencia recta de una premisa falsa.

No están en lo justo los unionistas y progresistas que dicen que los cimbrios permanecen dentro de la monarquía democrática porque ellos los toleran. Están porque son una necesidad, la única necesidad de la monarquía democrática; están porque sería echar á la misma monarquía democrática echarles á ellos.

Teneis que contemporizar con el *oidium* que mata la viña, si no quereis matar la viña vosotros mismos, señores unionistas y progresistas. Lo echareis fuera echando fuera la monarquía democrática; pero si no echais fuera la monarquía democrática, no echareis el oidium, y el oidium os echará á vosotros.

* * *

Es mucha inocentada la de *La Política*, que atribuye, si bien hipotética y piadosamente, la conversion al monarquismo de los republicanos que componen la familia cimbria á su conviccion de que la monarquía era constitutiva é inevitable en las entrañas del pueblo español. Pero ¿cómo no notaron los cimbrios esta condicion orgánica y esencial del pueblo español durante el reinado de Doña Isabel II, en que no hablaban de República ni áun los mismos republicanos? Precisamente desde el mismo momento que se derribó la dinastía secular, la idea de República surgió espon-

táneamente de la conciencia del pueblo, y entónces precisamente fué tambien cuando los hoy llamados cimbrios, que blasonaban de republicanos ántes que hablase nadie de República, tomaron la librea monárquica.

¿No dice la misma *Política* con cierta amargura, que casi parece envidia, que los cimbrios, no obstante ser un grupo insignificante, recibieron tanto como el que más de las esplendideces revolucionarias? Pues déjese de pulsimancia, que no hay necesidad de hacer recurrir á ella á los cimbrios para darse cuenta de su evolucion inesperada. Ahí está la marmita que la explica satisfactoria y superabundantemente.

Los cimbrios no tomaron el pulso al pueblo español para averiguar si le abrasaba ó nó la fiebre monárquica. Los cimbrios no hicieron más que consultar sus fuerzas digestivas y oler dónde se guisaba.

Por lo demas, el monarquismo del pueblo español, de que habla *La Política*, no es tan axiomático como á *La Política* parece. ¿No cree el ilustrado órgano de la union liberal que por cada unionista habrá al ménos en España, desgraciadamente tal vez, cien republicanos?

Monárquicos, es decir monárquicos constitucionales, no hay en todo el mundo trescientos que lo sean por aficion ó de balde.

Los cimbrios no hicieron astutamente llamar democrática á la situacion para apoderarse de ella, sino que se apoderaron de ella porque se llamaba democrática. Entraron en la situacion por la puerta grande, por la puerta principal. Era su casa.

¿Qué culpa tienen ellos de que los progresistas y unionistas no entendiesen por democracia lo que por democracia entienden los demócratas?

La Política creyó que monarquía democrática queria decir monarquía española por esencia, resurreccion de aquel hermoso y fecundo consorcio (muy hermoso y muy fecundo, como el del reo y la horca) del pueblo y del rey, que hizo la unidad peninsular de España, y echó las bases de su grandeza histórica. Así dice, y

añade que á este ideal iban los hombres de Setiembre, si bien atemperándolo al espíritu de nuestra época.

Magnífico ideal! Es un ideal que se ha quedado atras; es el mismo, exactamente el mismo de los absolutistas, que tambien convienen en que es preciso atemperarse un poco á las necesidades de los tiempos. ¡Á qué han venido á parar aquellos unionistas con quienes *El Jesuita* habia simpatizado tanto! Su bello ideal es la restauracion de un pasado decrépito. Con muy buenas palabras lo dice *La Política*.

* * *

En conclusion, lector, los cimbrios son una calamidad porque es una calamidad la monarquía democrática; pero dentro de la monarquía democrática no están por derecho propio más que los cimbrios.

No me preguntes por qué se llama cimbrios á los de ese grupo de republicanos monarquizados á que se han adherido individuos de diversas procedencias. Se parecen tan poco á los germanos ó celto-escitas, que en el año 114 ántes de Jesucristo dieron no poco que hacer al Imperio romano, como á los hijos de Polonia los satélites del conde de San Luis.

Acaso, al llamarles cimbrios, se quiera dar á entender que se cimbrean mucho. No lo sé. Ni el mismo fray Alba y Astorga, que encontró miles de uniformidades entre el Divino Redentor y el seráfico Padre San Francisco, sería capaz de encontrar una sola entre los bárbaros invasores procedentes del mar Caspio más de un siglo ántes de nuestra era, y esos cimbrios para cuyo desarrollo ha sido una estufa, que les ha hecho prosperar mucho, la monarquía democrática de Setiembre.

El partido no se ha desarrollado; pero sus individuos...!!!

LOS REPUBLICANOS UNITARIOS.

D. Eugenio García Ruiz.

. . . . . .

. . . . . .

LOS INDEPENDIENTES.

Los independientes no forman coleccion; se venden sueltos, ó por piezas.

No se encuentran tampoco en todas las estaciones. Sólo aparecen en los períodos electorales, y algunas veces en los congresos cuando es inminente una crísis.

Son políticos al pairo, que esperan, para orientar el velámen, que el viento afirme y que el barómetro señale buen tiempo fijo.

No los confundas, lector, con los individuos del partido de los que no pertenecemos á ninguno, porque nosotros ni somos diputados ni aspiramos á serlo.

No dés nunca tu voto á ningun independiente.

LOS RESELLADOS.

Ya sabes, lector, que se llama *resello* el segundo sello que se echa á la moneda.

Uno de los impugnadores de la union liberal, que se obstinaron en hacer de ella un partido nuevo y en que no habia de ser la reorganizacion del antiguo partido constitucional, motejó con el apodo de *resellados* á todos los que se hicieron unionistas procediendo de una ú otra de las distintas fracciones constitucionales. Y como en este caso se hallaban los unionistas todos, los vocablos unionista y resellado llegaron á ser sinónimos.

La calificacion de resellados se aplicaba sin embargo más generalmente á los unionistas procedentes del progresismo que á los procedentes del moderantismo, y habia para ello una razon que no era de pié de banco. La union liberal gobernó siempre con la Constitucion de 1845, que era obra de los moderados, y no de los progresistas, y por consiguiente de éstos y no de aquéllos podia decirse si se habian adherido á la union liberal, que se habian resellado, con lo que se queria significar que habian apostatado.

Pero siendo así, ¿por qué no se adhirieron á la union liberal los moderados todos? ¿Por qué no estaban donde estaban sus principios?

La union liberal quiso y supo demostrar prácticamente que hasta con la Constitucion de 1845, tan restrictiva como era de todos los derechos, podia gozar el país de libertad y órden, si el gobierno la observaba lealmente y no la interpretaba con un criterio reaccionario y retrógrado.

Cuánto más liberal es la Constitucion actual que la de 1845! Y sin embargo, ¿quién dirá que no gozaba España de más liber-

tad que ahora, aunque con ménos licencia, en las épocas de mando del general O'Donnell?

Una mala Constitucion con un buen gobierno, es preferible á un mal gobierno con la mejor de las Constituciones. ¿De qué sirve una buena Constitucion si es una letra muerta?

Habia, sin duda, entre los unionistas de todas las procedencias muchos que aguardaron á que la union liberal se hallase en el poder para adherirse á ella y medrar á su sombra, llegando algunos á ocupar los más altos puestos del Estado, y hasta á ser ministros. Á éstos se les podrá llamar resellados, se les podrá llamar apóstatas, pero no á los que proclamaron la nueva síntesis, salvadora de la libertad constitucional, ántes, mucho ántes que el magnánimo general O'Donnell allanase con su espada los obstáculos que se oponian á su realizacion en las altas esferas del gobierno.

El Jesuita, no obstante las muchas persecuciones de que le habian hecho víctima los moderados, fué el primero que, en plena reaccion y ahogando todo resentimiento, procuró demostrar que la division de los constitucionales en moderados y progresistas carecia de razon de ser, y tarde ó temprano sería la principal causa de la esterilidad, descrédito y ruina de la libertad constitucional.

Si hubo, pues, algun unionista que se librase del resello, fué *El Jesuita*, el cual, no perteneciendo, como no pertenece, á ningun partido, áun ahora sigue en la idea de que sólo la mancomunacion de esfuerzos de todos los constitucionales podria salvar en España el sistema representativo.

Desgraciadamente esta mancomunacion no se verificará, y *El Jesuita*, en este mismo libro, ha aducido las razones en que se funda para considerarla poco ménos que irrealizable.

Quien dió á los unionistas el título de resellados, que hoy se aplica indistintamente á todos los apóstatas, debió de ser algun polaco de los antiguos, porque la ocurrencia es intencionada y graciosa.

LOS MOROS FRONTERIZOS.

Se da el nombre de *moros fronterizos* á los diputados de la Asamblea Constituyente que votaron la candidatura extranjera del duque de Aosta para rey de España, despues de haberse comprometido á votar la del duque de Montpensier, patrocinada por los iniciadores de la Revolucion de Setiembre.

Se desprende de la definicion que los moros fronterizos son modelos de consecuencia, prototipos de lealtad, espejos á que deben mirar todos los que quieran aprender á ser decentes, honra y prez de nobles caballeros, flor y nata de varones ilustres, como Plutarco y Tácito no los conocieron nunca.

Los moros fronterizos son, sobre todo, grandes caracteres. La escultura y el arte cerámico, á instancias de la historia, guardarán sus nombres esclarecidos en toda especie de metales y sustancias incorruptibles, para conservarlos hasta que se apague en el cielo la última estrella y se coma en la tierra el último garbanzo.

Los moros fronterizos eran todos ó casi todos unionistas, pero unionistas de los que sentaron plaza en la union liberal cuando ésta tenía la sarten por el mango y vestia á los desnudos y daba de comer á los hambrientos y practicaba otras obras de misericordia.

Son diferentes los pareceres acerca de las razones que tuvieron los moros fronterizos para pegar al duque de Montpensier la gran tostada del siglo. *El Jesuita* opina que no todos obedecieron á los mismos móviles. Todos comprendieron que habiendo los explotadores de la revolucion, por la poca confianza que tenian

de salir bien librados de un plebiscito, conferido, sin derecho para ello, el encargo de elegir rey á una Asamblea cuya mayoría estaba compuesta de presupuestívoros, el triunfo de la candidatura de D. Antonio de Orleans, á que se opuso el omnipotente fetiche de los progresistas, era absolutamente imposible.

Pero imposible era tambien el triunfo de cualquier otro candidato, persistiendo en votar á Montpensier todos los que tenian contraido este compromiso. Era preciso entre los montpensieristas reclutar votantes á favor del candidato que con mayor número de votos podia contar en la Asamblea, y se reclutaron los suficientes. Cómo se reclutaron?

Algunos cedieron á la primera intimacion, por miedo que tenian á que se les echase encima la federal ó una restauracion borbónica, como si la federal ó una restauracion borbónica no debiesen venir de todos modos, y como si no fuesen preferibles una y otra á un rey extranjero.

Otros capitularon tambien muy fácilmente para salir pronto de la interinidad que empezaba ya á hacerse insoportable, sin comprender que con el triunfo de un candidato patrocinado por Don Juan Prim y los progresistas, en lugar de salir de la interinidad, se metian más en ella. Y si no, ya lo estamos viendo.

Otros, y eran los más, calcularon que un rey progresista era imposible, y que, por consiguiente, cualquier rey que viniera, aunque fuese del agrado de los progresistas, les daria á ellos la preferencia sobre éstos y harian su negocio. Ya lo están haciendo, y se prometen hacerlo mayor dentro de un término más ó ménos breve.

Qué te parecen, lector, los moros fronterizos?..... ¿Qué te ha dado? Te tapas las narices? Haces bien; fumiga la habitacion con espliego y otras plantas aromáticas; apaga, y vámonos.....

Pero no te vayas todavía. No quieres ver á los prácticos? Despacho pronto. Conozco que debes estar cansado, y que con tantos políticos la atmósfera se ha impregnado de miasmas.

LOS PRACTICOS.

Hay un tipo de políticos, muchos de ellos muy botarates, cuyo aparente liberalismo excede á todas las ponderaciones. En teatros, en cafés, en tertulias, no hablan más que de libertad, y no retroceden nunca ante ninguna solucion por radical que sea.

Llega un dia en que uno de ellos es diputado á Córtes. No hay nadie más liberal que él en el salon de conferencias. Pero está con el gobierno. Su patriotismo de relumbron le ha valido un buen empleo.

Llaman á votar. Ningun ministerial, sobre todo si es de los chupópteros, como suele suceder, puede excusarse. Se trata de un proyecto de ley el más reaccionario, en completa contradiccion con las opiniones que acaba de sostener en el salon de conferencias el *político del tipo*.

El político del tipo vota en pro del proyecto.

—Cómo ha sido eso? le preguntan sus compañeros haciéndose cruces.

Y él, si ántes de la votacion no ha dicho algo para explicar su voto, responde:

—Yo conozco la verdad de ciertas doctrinas; á mí en liberalismo no me gana nadie; tengo el mio bien acreditado; pero, señores, ántes que todo, soy hombre práctico.

Y así cree, llamándose hombre práctico, excusar y hasta legitimar todas las inconsecuencias.

Los hombres prácticos abundan principalmente entre los demócratas.

Todos los cimbrios, y en general todos los apóstatas, son hombres prácticos.

Ahora, lector, vámonos á respirar el aire libre, y comentaremos, paseando, nuestras impresiones.

CONCLUSION.

El Jesuita, lector, como tiene de costumbre, ha sido más indulgente que severo con los partidos que ha puesto en camisa. Ya lo habrás notado.

El Jesuita no ha dicho de ellos más que una parte muy mínima de lo que sabe y pudiera decir; pero cree haber dicho lo suficiente para que los conozcas y sepas á cuál debes incorporarte. Me parece que á ninguno.

Si, como *El Jesuita*, adoptas por divisa el *vitam impendere vero* que hacía preceder el filósofo de Ginebra á sus inmortales páginas, no sirves para hombre de partido, porque todas las ventajas que pudiera reportarte el dejarte mecanizar por un partido cualquiera no equivalen á la más pequeña mortificacion que sufre en su amor propio el hombre de bien que conoce y ama la verdad, cuando se ve obligado á bastardearla con una de esas transacciones que los ambiciosos políticos llaman de conveniencia.

Se necesita, ademas, un carácter especial, cierta docilidad bastante parecida al servilismo, cierta propension á la idolatría que revela un vicio muy radical en el corazon ó en la cabeza; se

necesita estar organizado de cierta manera, para dejar absorber su propio criterio, su propia individualidad, su propio sér, por una de esas unidades colectivas que se llaman partidos.

El que tiene la conciencia de su dignidad no acierta á depender de la sinrazon de nadie, ni siquiera de la de un partido, y renuncia á los favores que éste pudiera dispensarle para no reducirse á la condicion de siervo suyo.

> Segun la condicion de nuestras almas,
> cada cual de un tirano ve en los dones
> torpes cadenas ó vistosas galas,
> y el freno, que el caballo encuentra blando,
> del leon ensangrienta las quijadas.

Y no hay ningun tirano que lo sea tanto como un partido; ninguno que exija de sus favorecidos tantos sacrificios de su dignidad y de su honra; ninguno que haga pagar tan caros los favores que dispensa, porque todos se adquieren con algun menoscabo de la conciencia.

Los precedentes versos de Lamartine, que *El Jesuita* ha traducido tan literalmente como se lo han permitido la rima y el ritmo, expresan gráficamente su idea.

El Jesuita sabe bien, por su propia experiencia, que no sin muchos sinsabores y amarguras el que quiere conservar á toda costa su independencia, para decir la verdad sin ambajes, se coloca en medio de los partidos con la firme resolucion de no dejar á ninguno de ellos que se lo asimile.

No es seguramente el camino de la independencia individual el que conduce á los honores, á las dignidades y á los puestos lucrativos.

Por de pronto, el que se propone no hacerse nunca traicion á sí mismo, ni dejar empeñada su voluntad en el monte-pío de ningun partido, ha de resignarse á sufrir las injurias de todos; á

ser tratado por todos de díscolo y rebelde, y ha de renunciar, no sólo á los elogios hiperbólicos que cada partido tributa únicamente á sus dóciles afiliados, sino hasta á las más justas y merecidas consideraciones que se deben á cualquier hombre.

El Jesuita sabe bien que áun quedó cicuta para todos los Sócrates que proclaman la verdad. Pero tambien sabe que para ciertas organizaciones, que en la actual época de positivismo son por desgracia excepcionales, la cicuta es ménos acerba que los remordimientos, las alabanzas ménos gratas que la satisfaccion interior que reporta el hombre de sus buenas acciones; y sabe, sobre todo, que le importa poco empequeñecerse á los ojos de los demas al que se enaltece á sus propios ojos.

Lástima, que no envidia, inspirarian al varon fuerte de Horacio los que, para atraerse las simpatías ajenas, enajenan las suyas propias.

Faites ce qu'on devra, advienne qui pourra. Esta máxima debe escribirse con caracteres indelebles en todos los corazones honrados, y no puede servir de divisa á los que se sienten alguna vez dispuestos á sacrificar la conveniencia pública ó su conciencia propia á los intereses de bandería. Tú puedes, lector, adoptarla, si quieres el gobierno del país por el país, porque este deseo, que es incompatible con el espíritu de partido, sólo puede alimentarlo el que se emancipa de todas las sectas.

Los que quieren el gobierno del país para el país, quieren implícitamente todo lo que deben querer los buenos patricios, y sus sentimientos prevalecerán al fin sobre las pasiones egoistas y bastardas. Algunas veces, viendo lo que pasa, te parecerá, lector, en tu desesperacion que nuestra patria es un enfermo desahuciado. Pero de pronto renacerá tu fe en su porvenir, y no renaceria seguramente si no abrigases la conviccion íntima de que al cabo todos los hombres de buena voluntad se colocarán en una posicion independiente de los partidos para reconstituir el espíritu público.

Amante de la libertad hasta el extremo de no reconocer en

nadie el derecho de llamarse más liberal que él, *El Jesuita* está dispuesto á sacrificar á ella hasta las mismas formas de gobierno que le son más queridas, porque son las que le parecen más propias para encauzar las corrientes del progreso. Pero las formas de gobierno pueden ser un medio y no un objeto, un accidente de la libertad y no la libertad misma. Una posicion independiente de los partidos te permitirá, lector, reconocer todos los gobiernos de hecho, y apoyarles á todos si favorecen la libertad, y á todos combatirles si se oponen á su desarrollo.

Tú dirás ahora si quieres esta posicion independiente, cuyos inconvenientes y ventajas te he indicado, ó si prefieres ser hombre de partido. Allá te las hayas.

FIN.

CORRECCIONES.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Debe decir.
58	34	el del.	el
Id.	35	el del.	el
65	18	mundo..	mando
111	1	vociferarios.	turiferarios
123	16	letrilla..	cartilla
202	17	símbolo y un rey, ...	símbolo, y un rey
397	3	mérito de la.	manto de
330	27	removerlas.	conmoverlas
387	9	ser lo.	serlo
643	1	susceptibles.	asequibles
663	22	hacer de él.	hacer
683	24	que aun.	aun

CORRECCIONES.

ÍNDICE.

Reminiscencias y generalidades á guisa de prólogo. v

Capítulo I.—*El Jesuita* no pertenece á ningun partido. 1

II.—Los dos partidos que son, fueron y serán desde el principio hasta el fin de las sociedades humanas. 15

III.—El gran partido ó el partido innominado. 32

IV.—El partido decente. 103

V.—El partido de la iniciativa y el partido de la resistencia. 335

VI.—Partidos legales y partidos ilegales. 467

VII.—Los partidos clasificados por sus aspiraciones. 472

VIII.—El gran partido liberal. 476

IX.—El partido ordenista. 488

X.—El partido absolutista. 497

XI.—El partido moderado. 640

XII.—El partido progresista. 723

XIII.—El partido republicano. 761

XIV.—El partido unionista. 781

XV.—El partido conservador. 815

XVI.—El neo-catolicismo. 829

XVII.—Gru-pillos y ti-pillos. 853

ÍNDICE.

Reminiscencias y generalidades á guisa de prólogo. v

Capítulo I.—El Ateneo no pertenece á ningun partido. 1

II.—Los dos partidos que son, fueron y serán desde el principio hasta el fin de las sociedades humanas. 15

III.—El gran partido ó el partido liberal. 32

IV.—El partido decente. 103

V.—El partido de la iniciativa y el partido de la resistencia. 338

VI.—Partidos legales y partidos ilegales. 407

VII.—Los partidos clasificados por sus aspiraciones. 472

VIII.—El gran partido liberal. 476

IX.—El partido ordinario. 482

X.—El partido absolutista. 497

XI.—El partido moderado. 640

XII.—El partido progresista. 723

XIII.—El partido republicano. 781

XIV.—El partido unionista. 781

XV.—El partido conservador. 815

XVI.—El neo-catolicismo. 829

XVII.—Gre-gallos y ti-fillos. 859



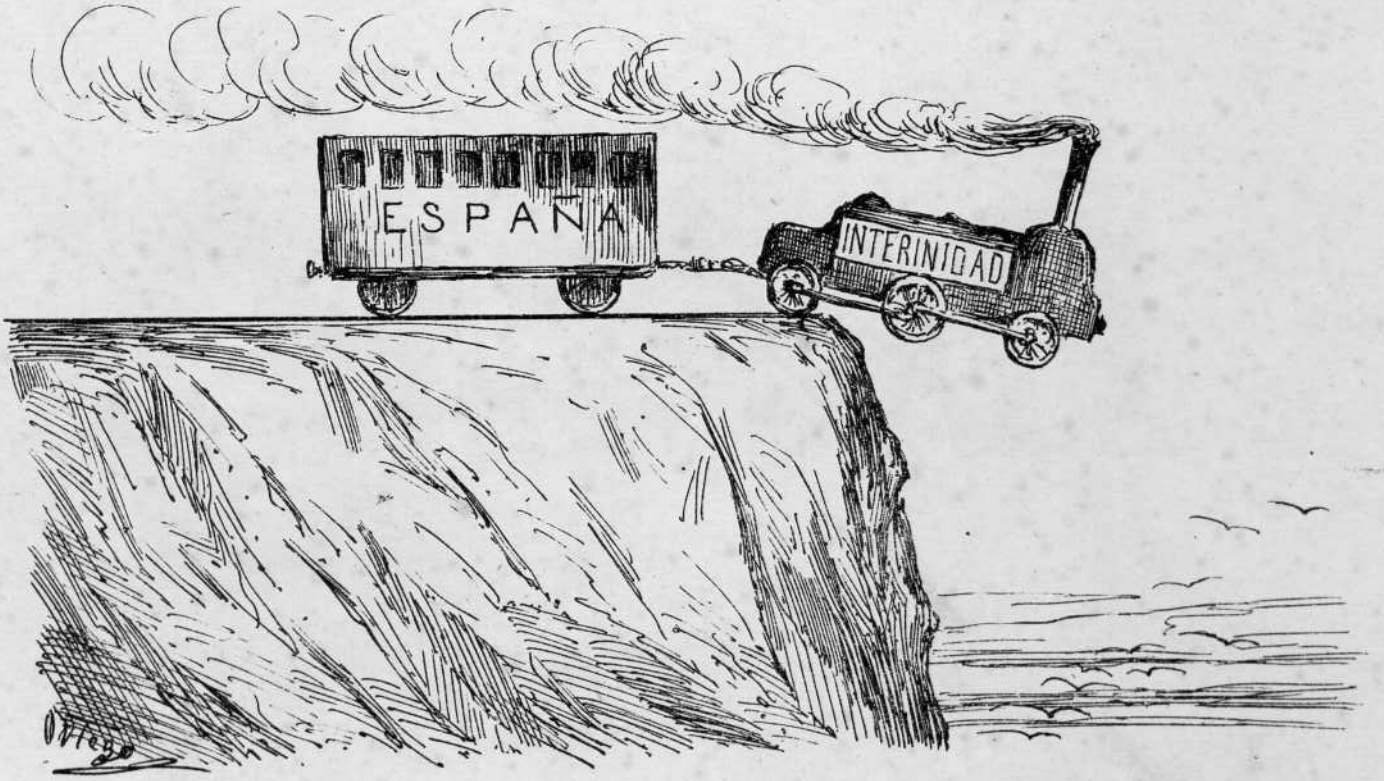
La víctima.



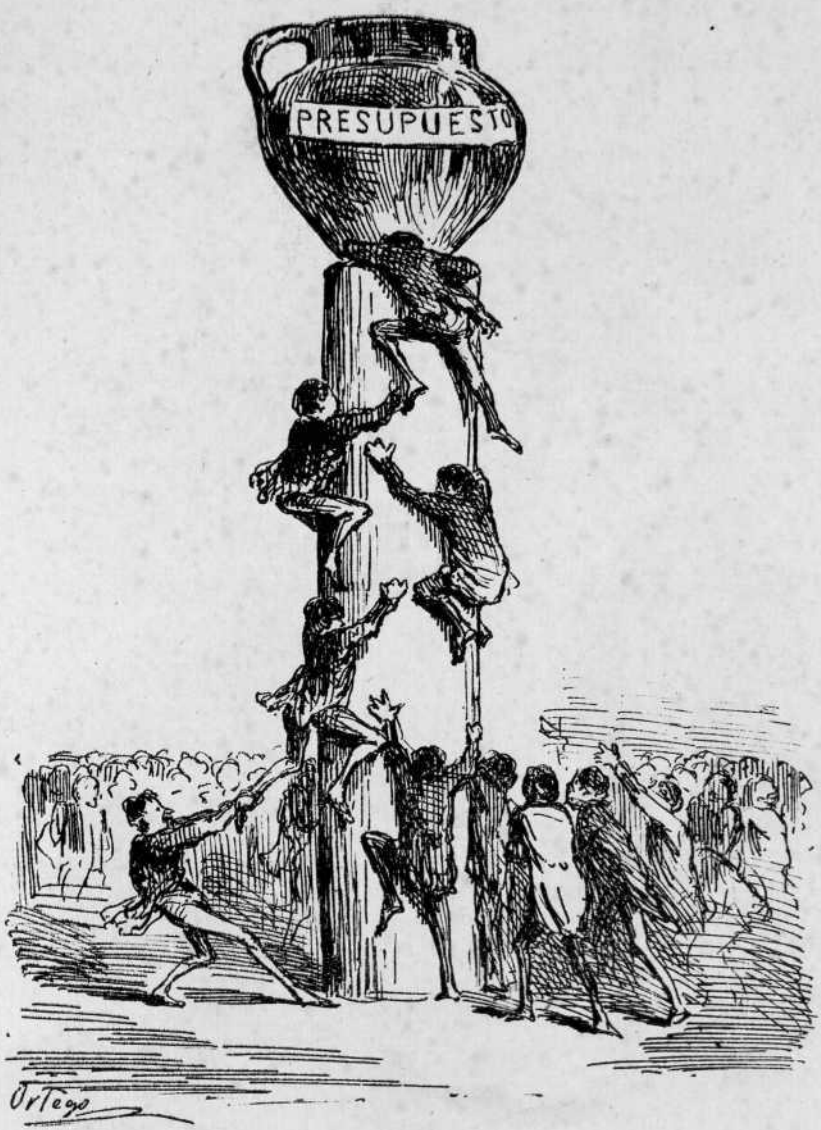
Las aves carniceras.



Amor pátrio.



¿ Donde irá á parar.?



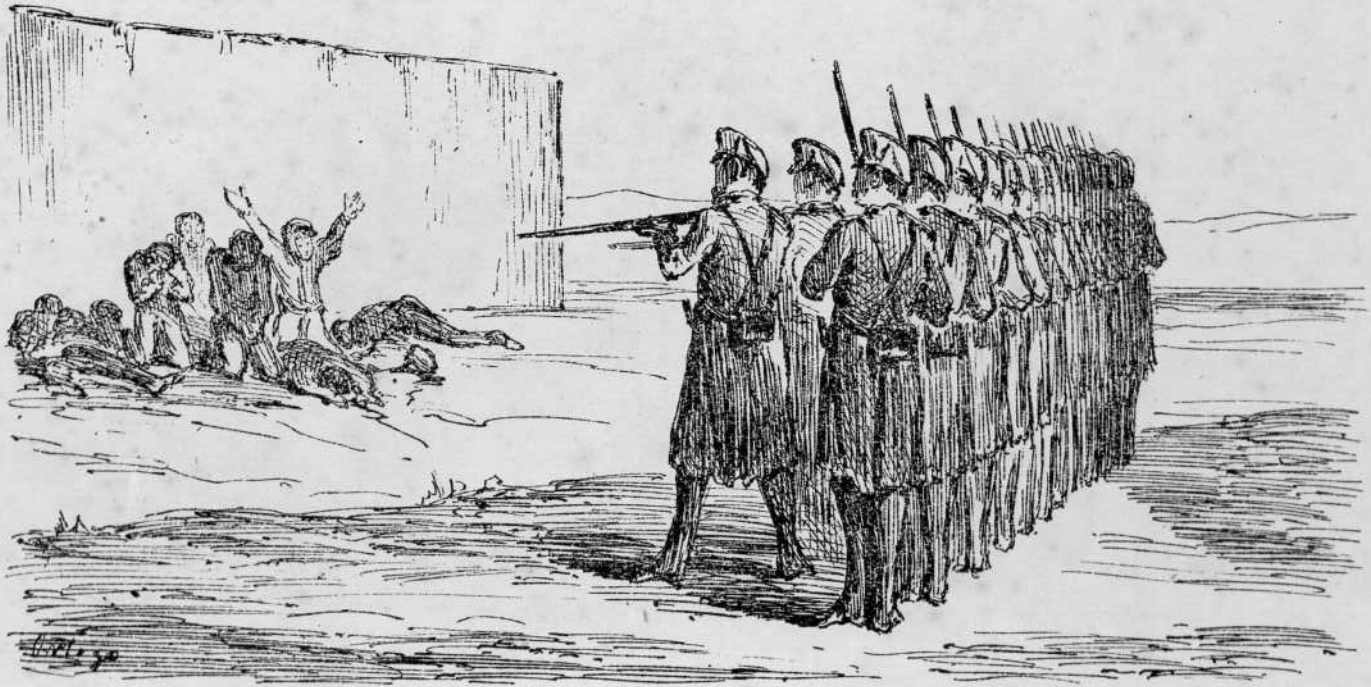
La oposicion.



Gobierno.



A la faz de Europa.



Hechos heróicos de todos los partidos.



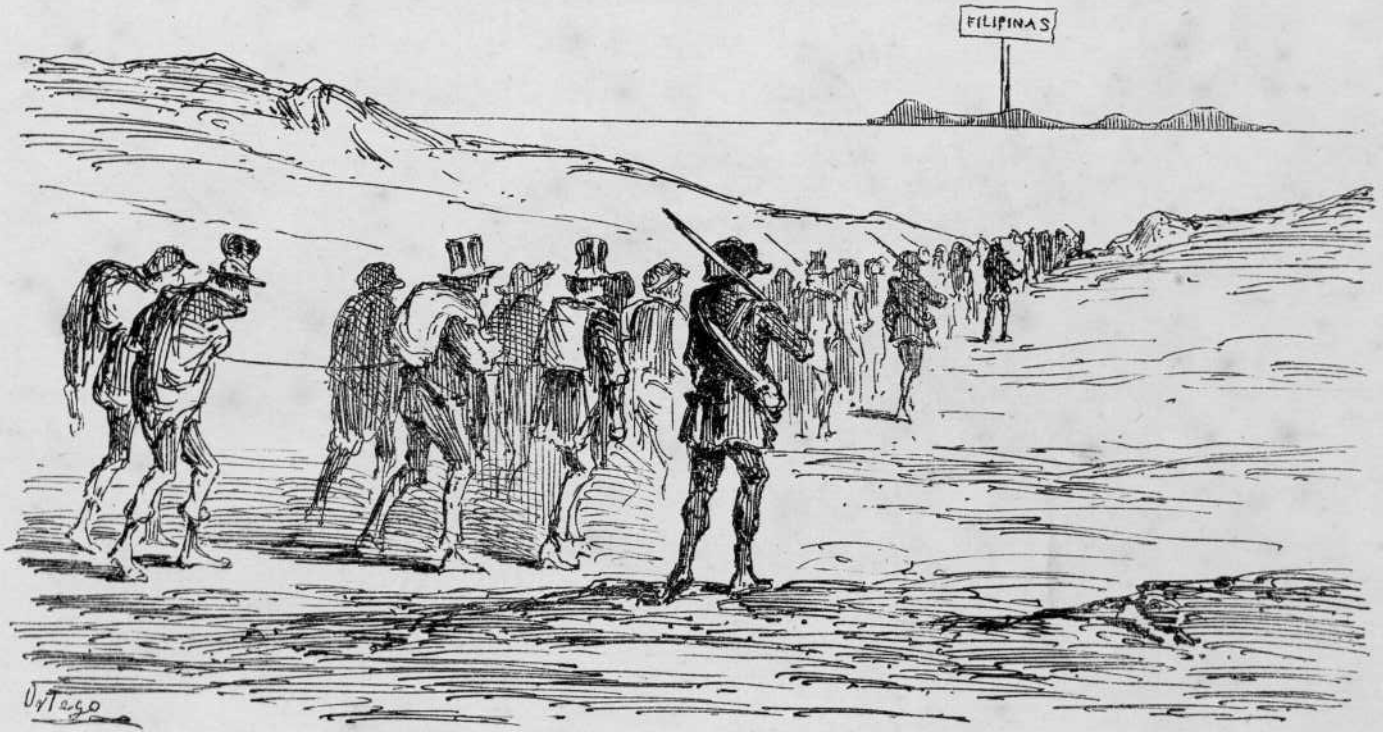
Los amigos de la interinidad.



Los enemigos de la interinidad.



La fuerza moral del partido moderado.



Hechos heróicos de los moderados.

LO QUE ES REPÚBLICA SEGUN ALGUNOS.



—¡Hombre de Dios! ¿Que está V. haciendo?
—Poca cosa: Vd. tiene una casa, yo ninguna; la parto por medio y tendremos media cada uno; así hay igualdad.



Almuerzos oficiales; himno de Riego, y mucho bombo.
Este es el partido progresista.



Lit. de N. Gonzalez, Madrid

Son muchos los que no saben prescindir de eso que se llama esplendor del trono.

Porque hay grandes enanos
Que no pueden vivir sin besamanos.

Raro Rotas Portada y 1ª hoja

17 grabados dibujados por Ortego

LOS PARTIDOS

EN CAMISA.

G 44931